



Travesías biográficas Un diálogo interdisciplinar

María Jesús González
Adrián Magaldi (eds.)



Ediciones
Universidad
Cantabria

g. de Chislen
1975



Manuel Alberca

Universidad de Málaga

Jaume Aurell

Universidad de Navarra

Anna Caballé

Universidad de Barcelona

Miguel Dalmau

Escritor y biógrafo

J. Benito Fernández

Biógrafo

Soledad Fox Maura

Williams College (Massachusetts)

María Jesús González

Universidad de Cantabria

Richard Holmes

Biógrafo. British Academy

Lindie Koorts

University of the Free State (Sudáfrica)

Hermione Lee

Universidad de Oxford

Miranda Lida

Universidad de San Andrés (Argentina)

Adrián Magaldi

Universidad de Cantabria

Felipe Nieto

*Universidad Nacional de Educación a
Distancia (UNED)*

Birgitte Possing

Universidad de Copenhague

Paul Preston

*London School of Economics and Political
Science*

Adam Sisman

Biógrafo

Sahar Vahdati Hosseini

*Universidad Islámica de Azad, Rama de
Ciencia e Investigación (Irán)*

Travesías biográficas
Un diálogo interdisciplinar

Colección HISTORIA #149

Directora de colección: Ángeles Barrio Alonso



CONSEJO CIENTÍFICO

D. Enrico Acciai
*Università degli Studi di Roma
«Tor Vergata», Roma*
Dña. Rosa Cid
Universidad de Oviedo

D. Igor Goicovic
Universidad de Santiago de Chile
Dña. Ana Belén Marín
Universidad de Cantabria

Dña. Rebeca Saavedra
Universidad de Cantabria
Dña. María José Vilalta
Universidad de Lleida

La colección *Historia* ha obtenido, en julio de 2017, el sello de calidad en edición académica CEA, promovido por la UNE y avalado por ANECA y FECYT.



CONSEJO EDITORIAL

Dña. Silvia Tamayo Haya
*Presidenta. Secretaria General,
Universidad de Cantabria*

D. Vitor Abrantes
*Facultad de Ingeniería,
Universidad de Oporto*

D. Ramón Agüero Calvo
*ETS de Ingenieros Industriales y
de Telecomunicación,
Universidad de Cantabria*

D. Miguel Ángel Bringas Gutiérrez
*Facultad de Ciencias Económicas y
Empresariales, Universidad de Cantabria*

D. Diego Ferreño Blanco
*ETS de Ingenieros de Caminos, Canales
y Puertos, Universidad de Cantabria*

D. José Manuel Goñi Pérez
*Modern Languages Department,
Aberystwyth University*

D. Salvador Moncada
*Faculty of Biology, Medicine and
Health, The University of Manchester*

D. Agustín Oterino Durán
*Neurología (HUMV), investigador del
IDIVAL*

D. Luis Quindós Poncela
*Radiología y Medicina Física,
Universidad de Cantabria*

Dña. Claudia Sagastizábal
*IMPA (Instituto Nacional de
Matemática Pura e Aplicada)*

Dña. Belmar Gándara Sancho
*Directora de la Editorial
Universidad de Cantabria*

Travesías biográficas

Un diálogo interdisciplinar



María Jesús González
Adrián Magaldi (eds.)



Ediciones
Universidad
Cantabria

Travesías biográficas : un diálogo interdisciplinar / María Jesús González, Adrián Magaldi (eds.). – Santander : Editorial de la Universidad de Cantabria, 2022
420 páginas : ilustraciones. – (Historia ; 149)

ISBN 978-84-17888-53-4

1. Biografía (Género literario). 2. Biografías. I. González Hernández, María Jesús, 1961-, editor de compilación. II. Magaldi Fernández, Adrián, editor de compilación.

82-94

THEMA: DNB, 3MP, 3MRB

Esta edición es propiedad de la EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD DE CANTABRIA; cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Esta obra ha sido sometida a evaluación externa por pares ciegos, aprobada por el Comité Científico y ratificado por el Consejo Editorial de acuerdo con el Reglamento de la Editorial de la Universidad de Cantabria.

Maquetación: Manuel Ángel Ortiz Velasco [emeaov]

© Imagen cubierta: Giorgio de Chirico, *Il poeta e il pittore*, 1975, óleo sobre tela, 100 x 81,5 cm (inv. 72). Fondazione Giorgio e Isa de Chirico, Roma

© Editores: María Jesús González Hernández y Adrián Magaldi [Universidad de Cantabria]

© Los autores. «El viaje , la búsqueda» traducción de «Travelling» (*This Long Pursuit*, HarperCollins, 2016) © Richard Holmes. «¿Y cómo acabar? La biografía de un personaje vivo», traducción parcial de «A charmed life» (*Tom Stoppard a life*, Faber London, 2020) © Hermione Lee.

© Editorial de la Universidad de Cantabria
Avda. de los Castros, 52. 39005 Santander
Tlfno. y Fax: +34 942 201 087
www.editorial.unican.es
ISNI: 0000 0005 0686 0180

ISBN: 978-84-17888-53-4 (PDF)

ISBN: 978-84-17888-52-7 (RÚSTICA)

DOI: <https://doi.org/10.22429/Euc2022.014>

Hecho en España - *Made in Spain*
Santander, 2022

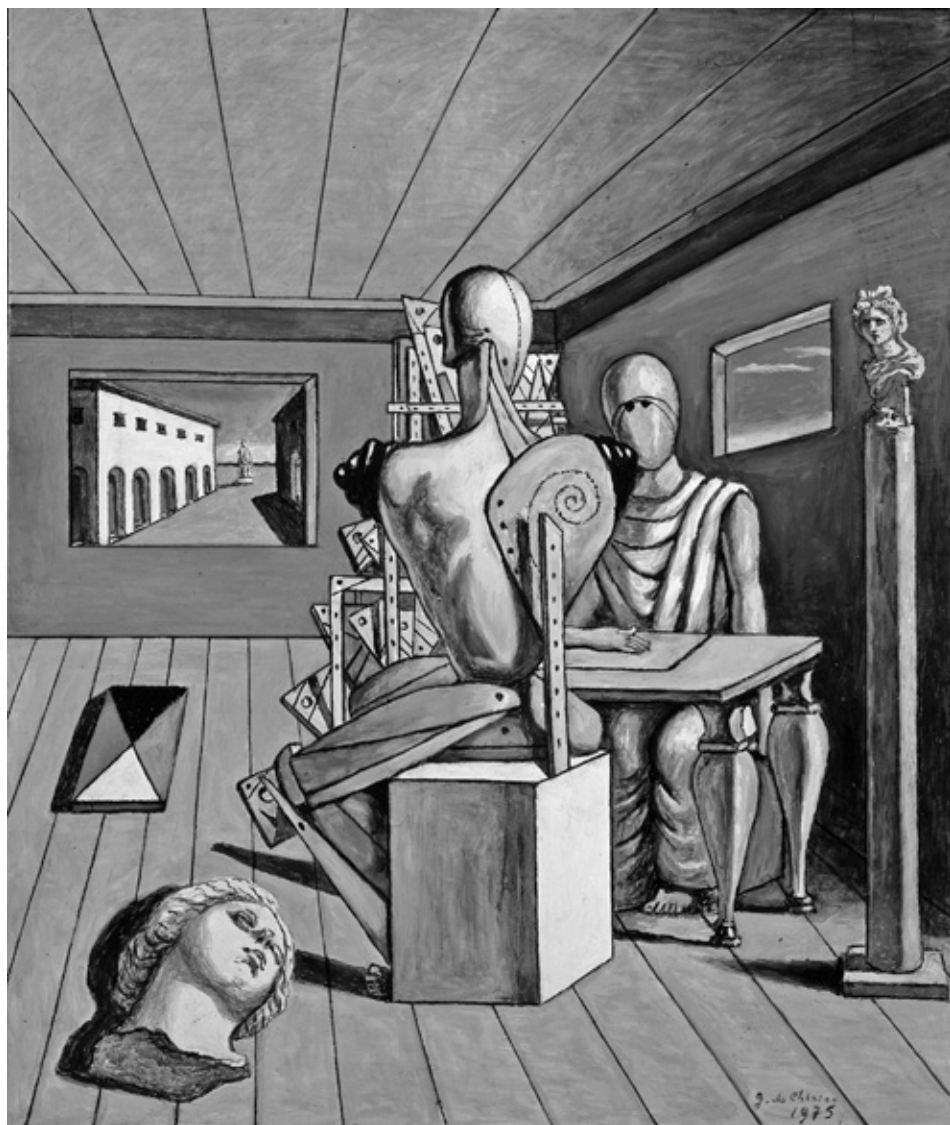
SUMARIO

INTRODUCCIÓN	
<i>María Jesús González y Adrián Magaldi</i>	11
EL INICIO DEL VIAJE. LAS RUTAS	21
LA VIDA Y LA VOCACIÓN	
<i>Anna Caballé</i>	23
EL DESAFÍO BIOGRÁFICO	
<i>Manuel Alberca</i>	49
COMPRENDER LAS BIOGRAFÍAS: EL GÉNERO Y SUS ARQUETIPOS	
<i>Birgitte Possing</i>	75
LOS PAISAJES	107
PANORAMA BIOGRÁFICO EN ESPAÑA	
<i>María Jesús González</i>	109
AVANCES Y DESAFÍOS EN LA BIOGRAFÍA ARGENTINA. DEL NACIONALISMO METODOLÓGICO A LA MIRADA TRANSNACIONAL	
<i>Miranda Lida</i>	139
BIOGRÁFICA BRITANIA	
<i>María Jesús González</i>	161
LOS PERSONAJES	183
UNA VIDA EN TRANSICIÓN. ESCRIBIENDO LA BIOGRAFÍA DE ALFONSO OSORIO	
<i>Adrián Magaldi</i>	185
DESAHUCIADAS DE LA HISTORIA: CONSTANCIA DE LA MORA, ISABEL ÁLVAREZ DE TOLEDO Y MARÍA LUISA ELÍO	
<i>Soledad Fox Maura</i>	209

LAS HISTORIADORAS Y SU (AUTO)BIOGRAFÍA. LA ESCRITURA POLIFÓNICA DE CAROLYN STEEDMAN	
<i>Jaume Aurell</i>	233
ISAIAH BERLIN Y SUS ESPEJOS	
<i>María Jesús González</i>	257
LAS ENCRUCIJADAS (EN PRIMERA PERSONA)	285
POST SCRÍPTUM. DESVELANDO A FRANCISCO ÚMBRAL	
<i>Anna Caballé</i>	287
LAS AVENTURAS DE UN PINTOR DE ALMAS	
<i>Miguel Dalmau</i>	293
RETRATANDO A UN COMUNISTA. JORGE SEMPRÚM: EXILIO, CLANDESTINIDAD Y DEMOCRACIA	
<i>Felipe Nieto</i>	303
VIVIENDO CON MI PERSONAJE: EL DOCTOR JOHNSON, HUGH TREVOR-ROPER, JOHN LE CARRÉ Y YO	
<i>Adam Sisman</i>	315
CÓMO HE CONSTRUIDO MIS BIOGRAFÍAS	
<i>J. Benito Fernández</i>	325
ENTRE EL DISTANCIAMIENTO Y LA FAMILIARIDAD: ESCRIBIENDO LA BIOGRAFÍA DE UN LÍDER DEL APARTHEID EN SUDÁFRICA	
<i>Lindie Koorts</i>	337
ESCRIBIR BIOGRAFÍA EN IRÁN CON LOS DESAFÍOS DEL IDIOMA Y LA CENSURA: ¿POSIBLE O IMPOSIBLE?	
<i>Sabar Vahdati Hosseinian</i>	353
LA HISTORIA DE ESPAÑA A TRAVÉS DE SUS BIOGRAFÍAS. MEMORIAS DE UN BIÓGRAFO	
<i>Paul Preston</i>	365
EL VIAJE Y LA BÚSQUEDA	
<i>Richard Holmes</i>	377
¿Y CÓMO ACABAR? LA BIOGRAFÍA DE UN PERSONAJE VIVO	
<i>Hermione Lee</i>	389
BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA POR CAPÍTULOS	395
AUTORES Y TRADUCTORA	413

«My God, how does one write a Biography?»

(Virginia Woolf)



Giorgio de Chirico, *Il poeta e il pittore*, 1975, óleo sobre tela, 100 x 81,5 cm (inv. 72).
Agradecemos a la Fondazione Giorgio e Isa de Chirico, Roma, que nos haya permitido gentilmente su reproducción parcial y en forma de puzzle en la cubierta de este libro.

INTRODUCCIÓN¹

María Jesús González y Adrián Magaldi
Universidad de Cantabria

Después de muchos años de carencias o altibajos, la biografía está (de nuevo) en alza; tanto entre el público lector como en el ámbito académico. Este género todoterreno ha demostrado su capacidad de evolucionar y de sobrevivir a las modas historiográficas, los imperativos comerciales, las fronteras culturales y hasta a las ideologías y censuras políticas. Incluso en los momentos en los que todo parecía conjurarse en su contra, han despuntado obras maestras. Tal vez sea así, en parte, porque sus sujetos de estudio constituyen una fuente de atracción y aprendizaje eterna; un campo que es (y quiere permanecer) irreductible a fórmulas o leyes. La biografía trata de las vidas de los hombres y las mujeres y de las múltiples proyecciones e introspecciones de su *ser* y de su *estar*. También de su *hacer*. Desde el universo de los nombres con rostro –que son nuestros similares, nuestros villanos o nuestros ídolos, tan parecidos y tan distintos a nosotros– quien escribe biografía aborda los procesos de maduración del pensamiento político y de creación artística, literaria o científica; desvela las incertidumbres, las angustias y pasiones de la existencia; profundiza en las estrategias de adaptación, de supervivencia, de poder o de acción social; y desbroza los actos geniales y las miserias. Explica nuestro mundo pasado y presente. Y todo resulta más inteligible porque es humano.

¹ Este libro recoge algunos de los frutos del proyecto *La razón biográfica: biografías y narraciones autobiográficas en la investigación histórica y literaria del Siglo xx europeo. Estudios de caso y reflexión teórica*, HAR2017-82500-P financiado por MCIN/AEI/10.13039/501100011033/ y por FEDER «Una manera de hacer Europa».

¿Y cómo se aprende a escribir una biografía? ¿Cómo se aprende a transmitir la esencia de una vida que siempre es única y diferente... inasible? No hay manual de instrucciones. No se enseña en la academia (al menos en muchos países, incluido el nuestro). A veces ni siquiera tenemos suficientes evidencias para abordarla. Aunque nos lo parezca. En el fondo contamos, apenas, con «nueve huesos y escayola»: conocimientos científicos o rastros básicos e imaginación para «reconstruir al brontosauro» que luego expon-dremos. Superponemos nuestras composiciones parciales como «láminas anatómicas» para ir reedificando al personaje y su medio, en realidad de una manera artificial e insuficiente. Hacemos un retrato pictórico (nunca fotográfico) al que infundimos nuestro estilo personal. Confeccionamos un traje que le dé corporeidad al «hombre (o la mujer) invisible»; a un ser que no es ni tiene que ser coherente, o estrictamente representativo de nada, ni tampoco modélico. Aunque en ocasiones le convirtamos en parte o en todo ello: coherente, modélico y representativo. Estas consideraciones provienen de las reflexiones biográficas de reputados autores como Mark Twain, P.B Waite o Evelyn L. Forget². Pero, sin llegar tan lejos nos podemos preguntar: ¿y cómo recopilamos el material de una vida? ¿y cómo lo plasmamos? ¿qué tipo de biografía queremos escribir? ¿y hasta dónde podemos llegar? ¿hasta dónde nos sirve para entender y explicar los procesos históricos o literarios? ¿cómo insertar al personaje en su contexto social y cultural? ¿y en qué proporción? ¿qué repercusión tiene (o debería tener) en nuestro propio contexto? ¿y en nosotros mismos? Todas estas cuestiones son relevantes y básicas. Y ello por no entrar en las disquisiciones o debates más teóricos sobre su naturaleza literaria o histórica, objetiva o subjetiva (entre otros).

Por contestar, al menos, a la pregunta que abría el párrafo anterior: se aprende leyendo muchas biografías, por supuesto. Pero además es importante conocer las experiencias, los problemas, las casuísticas a las que se han enfrentado los biógrafos y las biógrafas que las escriben. Y también sus técnicas. La manera de abordar los diferentes protagonistas y hasta el tipo de personajes a los que nos podemos enfrentar y sus repliegues. Precisamente, Simone Lässig ha escrito que quien practica la biografía debería exponer sus técnicas de montaje y revelar y hacer explícito su forma de recoger, combinar, leer y escribir, de construir y narrar una biografía. Esta «exposición» de los procedimientos y trayectorias biográficas constituye un objetivo esencial en

² Véase Whaite, Peter Busby, *Reefs unsuspected. Historians and Biography in Canada, Australia and elsewhere*. (A Public Lecture at Macquarie University, Thursday 3 November 1983), Macquarie, University Printery, 1983. p. 5.

nuestro libro. Y también lo es la narración personalizada de esos problemas a los que, en tantas ocasiones, se han enfrentado los autores y autoras; y la descripción de sus soluciones o sus fracasos. No es un género fácil, como se lamentaba Virginia Woolf. En España se han escrito muy buenas biografías. Y también algunos fantásticos artículos teóricos sobre el género. Pero tal vez necesitemos más estudios pedagógicos, una mayor perspectiva de paisajes biográficos propios o ajenos y también más reflexiones en primera persona que permitan al público interesado, académico y no académico, familiarizarse con el universo biográfico y sus entresijos. Es lo que intentamos aquí.

En *Travesías biográficas. Un diálogo interdisciplinar*, se integran voces de distintas nacionalidades; hombres y mujeres, jóvenes y veteranos, procedentes de diversas especialidades que escrutan y exponen el mapa global del viaje biográfico o narran el suyo propio. Desde la formación literaria y la filología escriben Anna Caballé, Manuel Alberca, Soledad Fox, Richard Holmes y Hermione Lee. Otros y otras practicamos la historia, como Birgitte Posing, Jaume Aurell, Miranda Lida, Adrián Magaldi, Lindie Koorts, Felipe Nieto, Paul Preston y María Jesús González. Pero también se suman escritores o investigadores independientes, ajenos al mundo académico como Miguel Dalmau, J. Benito Fernández, Adam Sisman y Sahar Vahdati Hosseinian. Todos usamos lenguajes diferentes, aunque no ininteligibles o incompatibles. Reflexionamos, por otra parte, desde perspectivas, estilos y claves de acercamiento plurales (filosófica, historiográfica, pedagógica, poético-literaria, memorialística o metodológica) sobre un género tan versátil. Pero no hay cacofonía. La interdisciplinariedad resulta enriquecedora y gratificante. El diálogo existe y es fluido.

El libro está articulado en cuatro bloques:

El inicio del viaje, las rutas

Toda larga, variada y con frecuencia accidentada travesía biográfica comienza con la vocación. Anna Caballé desgrana con profundidad filosófica, belleza y sinceridad, algunas claves de la suya propia. Nos habla de los inicios de su carrera y de los estímulos de las lecturas de vidas escritas, también de las cuestiones vitales e intelectuales que le acercaron al género. Más allá de la vocación, se recrea en la pasión biográfica y sus retos. Manuel Alberca, por su parte, despliega un interesante mapa pedagógico del que denomina el desafío biográfico, en el que combina el análisis teórico y las múltiples preguntas con los enriquecedores ejemplos de obras diversas. Fundamentalmente, expone y analiza los juegos de antinomias que la atraviesan (ficción/no ficción, individuo/grupo, historia/literatura, subjetividad/objetividad y continuidad/

discontinuidad). Y concluye que el arte biográfico consiste en reconocer y armonizar estos polos diversos. Birgitte Posing transita y desarrolla magistralmente otra ruta: la de la biografía histórica. Lo hace partiendo de la premisa de su importancia como manifestación de un debate cultural sobre los iconos nacionales, pero además analizándola como disciplina y como campo de estudio histórico. Para «comprender las biografías» también ella se detiene en su definición y sus problemas; en la relevancia o interpretación de sus sujetos históricos; en su cualidad de iluminar la historia y en uno de sus lastres más significativos: el desequilibrio de género. Finalmente aborda la definición y ejemplificación de sus diversos arquetipos: la biografía espejo, la hagiografía, el retrato personal, la biografía interpretativa, la biografía prisma, la de vida y época, la polifónica y la prosopográfica.

Los paisajes

El género biográfico no ha evolucionado de igual manera en todos los países. Las diferentes tradiciones, idiosincrasias nacionales y circunstancias políticas y culturales se han sumado a las evoluciones académicas particulares de cada lugar. Se diría que la evolución de la «cosa biográfica» universal tiene un carácter de polifonía, que se manifiesta en el distinto ritmo y tonalidad que adopta en unos países y en otros, a pesar de la participación común en una misma melodía armónica: la de las vidas escritas. En este apartado contamos con tres trabajos que abordan sendos paisajes biográficos nacionales. En ellos, más allá de las coincidencias básicas (el tránsito de la biografía hagiográfica a la moderna, la losa de las escuelas estructuralistas, el desprecio por el género en ciertos entornos, la apertura final de la academia a la biografía) se retratan «ecosistemas» muy diferentes. Así sucede en los casos de España y Reino Unido, que trata María Jesús González. En el capítulo sobre la biografía en España, analiza la evolución histórica e historiográfica del género, muy condicionada por la situación político-cultural y los contextos nacionalistas, pero más fecunda de lo que pudiera parecer; sobre todo en los últimos años. En el caso del Reino Unido, resume los rasgos fundamentales y algunos ejemplos de las muchas (inabarcables) obras que se han escrito en el que tal vez sea uno de los países donde más éxito y carácter magistral ha alcanzado el género. También destaca sus múltiples encarnaciones institucionales y culturales y sus centros de estudio. ¿Está «muriendo de éxito» y sobreproducción la biografía británica? Es la pregunta que se han planteado algunos de sus autores. Afortunadamente se puede concluir que no. Miranda Lida, por su parte, desarrolla una valoración global de la biografía histórica argentina, con referencias al ámbito latinoamericano. Al margen de sus reconocidas carencias, y según destaca la autora, el género comienza lentamente a florecer. Lida se

centra en un aspecto muy interesante: más allá de las biografías políticas, ¿qué aportación han tenido las biografías intelectuales en la consolidación de una perspectiva más global y un replanteamiento de la cuestión «identitaria» en América Latina? Su propio trabajo le ayuda a ejemplificarlo.

Los personajes

Los personajes son nuestros objetos/sujetos de estudio, los protagonistas: las figuras del paisaje. Son diversos y también únicos, pero comparten rasgos comunes y por eso siempre nos permiten extraer aprendizajes. Adrián Magaldi reflexiona sobre la vida «en tránsito» ideológico de un personaje fundamental del periodo de la transición a la democracia en España, Alfonso Osorio. En su análisis destaca las claves que este aporta para comprender mejor el periodo. Paralelamente relata el proceso de su propia investigación, interpretación y escritura biográfica no exenta de obstáculos: las cuitas del biógrafo ante el biografiado. Soledad Fox, por su parte, es biógrafa o editora de las autobiografías y obras memorialísticas de Constanza De la Mora, Isabel Álvarez de Toledo y María Luisa Elío. En este capítulo reivindica ambos aspectos –biográfico-memorialístico y de edición– como estrategias fundamentales para recuperar la vida (y obra) arrumbada de unas mujeres que tuvieron y tienen mucho que aportar para reconstruir y enriquecer con perspectivas más completas la historia de España. También en clave de revalorización femenina, Jaume Aurell realiza un acercamiento original y estimulante a las escrituras de vida de las historiadoras, entre las que cita a Annie Kriegel, Jill Ker Conway, Elisabeth Roudinesco, Luisa Passerini, Natalie Zemon Davis, Gerda Lerner, Gabrielle M. Spiegel y Sheila Fitzpatrick. A través del análisis concreto del caso de Carolyn K. Steedman y la que el autor denomina su «escritura polifónica», no sólo destaca la importancia para la relectura de la historia de las aportaciones biográficas y autobiográficas de las propias historiadoras, sino la interrelación entre ambos géneros. María Jesús González, por su parte, recrea un juego de espejos biográfico-autobiográfico en el personaje objeto de su estudio: Isaiah Berlin. A partir un planteamiento selectivo y crítico de su fascinante perfil biográfico y los retos que este plantea, analiza la magistral utilización del género por parte del personaje para su producción y expresión intelectual pero también en su enriquecimiento y reconstrucción personal.

Las encrucijadas

Las biografías son trabajos cuajados de desafíos y dilemas. En este bloque, diversos autores y autoras relatan en primera persona su experiencia con algunos de ellos.

De entrada, cabría preguntarse: ¿Existe coherencia entre la vida y la obra? Cuando se hace la biografía de hombres o mujeres que escriben, crean arte o incluso hacen política, ¿hasta dónde se debe o se puede profundizar en los aspectos más recónditos de su vida para entender su obra? Kipling, igual que Thomas Hardy consideraba la biografía «alto canibalismo»³. Una incursión en su privacidad innecesaria para valorar su genio (tal vez por eso Hardy decidió dictarle su manipulada biografía a su propia esposa). Quienes escriben biografías, sin embargo, suelen tener interés, incluso obsesión por escarbar en las vidas de sus personajes y mantenerse fieles a «la verdad», y en muchas ocasiones encontrar y poner en valor claves explicativas. Este es un aspecto que, en no pocas ocasiones, provoca incomodidad con los biografiados y también debates entre los críticos, así como reacciones extremas, airadas o entusiastas, en el público lector o entre los herederos o agencias literarias: «*the keepers of the flame*»⁴. A nadie le gusta que sus «debilidades», defectos, paradojas y contradicciones sean ofrecidas como festín; aunque sea en honor a la verdad, o argumentado su utilidad como elemento fundamental para explicar su producción creativa. Entonces, ¿se puede o se debe «negociar» lo que se desvela en una biografía con el personaje si él o ella vive? ¿O con sus deudos? ¿Cuál es el costo de romper una reputación (un icono cultural o político, un héroe o heroína nacional)? ¿Y alguien tiene derecho a controlar todo esto? Dos autores, Anna Caballé y Miguel Dalmau, narran sus experiencias y aprendizajes en este sentido. La primera, desgrana su odisea con la biografía de Umbral, la conflictiva revelación por su parte de la traumática reinención del escritor y un cierto pentimento «postscriptum» de la autora. El segundo, biógrafo indómito, reflexiona a partir de una argumentada y orgullosa reivindicación de su criticada incursión en la que denomina «el cuarto de Barba azul»: la estancia secreta de la vida sexual, en el caso de su biografía de Gil de Biedma. También, destaca las repercusiones indirectas que esta misma cuestión tendría en su acercamiento posterior a Julio Cortázar.

Felipe Nieto y Adam Sisman han escrito la biografía de personajes vivos (fallecidos durante o al poco de escribirse su biografía) que colaboraron directamente con los autores... pero que no ocultaban su preocupación por cuál sería la construcción final de su imagen. Nieto aborda su elaboración parcial de

³ Rollyson, Carl, «Biography: the Highest Form of Cannibalism?» en *The Sun*, New York, 14 marzo 2007.

⁴ Y este es precisamente el título de un brillante libro que aborda estos problemas: Hamilton, Ian, *Keepers of the Flame: Literary Estates and the Rise of Biography*. London, Faber & Faber, 1994.

la biografía del político, intelectual y memorialista Jorge Semprún, centrada en su época de clandestino comunista. El autor cuenta como se impregnó y quiso respirar sus entornos previos, los territorios que el personaje visitó y habitó en el dolor y en la lucha. Destaca lo que éste le transmitió para entender el ambiente de la oposición comunista al franquismo y el exilio. También revela alguna de las preguntas que quedaron sin respuesta en su biografía. Sisman, estudioso del caso Boswell-Johnson, reflexiona sobre qué diferencia supone en su «producto» final el hecho de que el biógrafo conozca o haya conocido a su personaje personalmente. Repasa sus experiencias con el historiador AJP Taylor y, fundamentalmente, con Trevor-Roper, que se llegó a convertir en un amigo. También aborda su proceso de elaboración biográfico, su admiración y sus tensiones con el maestro de la intriga John Le Carré (David Cornwell), que pareció entrenarse con su biógrafo para revivir y escribir posteriormente sus propias memorias.

J. Benito Fernández ha tratado igualmente en persona a sus protagonistas Leopoldo María Panero, Eduardo Haro Ibars y Sánchez Ferlosio (aunque este último no colaboró), e incluso fue conocedor indirecto de los detalles más íntimos y conmovedores de la muerte de Ibars. Pero en este texto, sobre todo, repasa el proceso de construcción de sus biografías. Al margen de otras consideraciones sobre la tarea biográfica, expone con sencillez y precisión su metodología al reconstruir «el rompecabezas», los pasos que sigue, las fuentes que utiliza, así como la importancia de las entrevistas y el perfeccionismo en la caza de los recuerdos y la realidad.

La académica sudafricana Lindie Koorts reflexiona sobre las dinámicas y complicaciones de escribir sobre un líder y perpetrador del apartheid, D.F. Malan, en una sociedad donde las atrocidades y las injusticias del apartheid aún son recuerdos vivos, y conviven víctimas y verdugos ¿Es la ambición biográfica de comprender al sujeto agresor insensible a las víctimas?. La autora profundiza en sus esfuerzos como biógrafa por mantenerse neutral y «entender» en el sentido del *verstehen* weberiano sus motivaciones y su política y narra su propia experiencia y agonías en la superación de sus propios prejuicios o sentimientos y la búsqueda de la objetividad.

Sahar Vahdati Hosseinian, amparada en delicadas perífrasis narrativas y silencios, escribe un texto que se puede leer entre líneas. En él analiza, precisamente, los dos elementos que más afectan a la labor biográfica en su país, Irán: los retos del lenguaje, en realidad de los lenguajes en plural y de sus disfraces defensivos y sus velos, y también la implacable censura. Pero además introduce un elemento más: la brecha de género que, en este caso, se traduce aún más en la vulnerabilidad e invisibilidad de la mujer.

Paul Preston ha escrito sobre algunos de los protagonistas más significativos de la historia de España como Franco, el rey Juan Carlos y Santiago Carrillo, pero también ha abordado biografías colectivas de actores y actrices de carácter «secundario» pero fundamentales para explicar sentimientos, empatía, idealismos y pasiones políticas como los corresponsales extranjeros o un ramo de mujeres comprometidas en la guerra civil española. En su texto recorre su trayectoria biográfica, sus experiencias y aprendizajes históricos (y problemas metodológicos) con los diversos sujetos y reflexiona sobre la objetividad y la empatía o antipatía del biógrafo.

Richard Holmes, en un texto poético y personal, recrea una vez más su pasión biográfica en su búsqueda profunda de la esencia de sus personajes. Describe su incansable seguir el rastro de esas «huellas». Unas huellas que le llevaron a toparse con reales o simbólicos puentes destruidos por los que siglos antes habían cruzado sus personajes y que él ya no podría transitar. Le condujeron a sitios de la memoria habitados ahora por jóvenes estudiantes o testimonios y reescrituras falsas garabateadas en la cueva donde antaño la grabó su protagonista. Plantea una pregunta fundamental ejemplificada en sus anotaciones diversas en las páginas enfrentadas de su cuaderno de trabajo (a un lado, los datos, al otro sus reflexiones): *¿Cómo fue realmente esta vida humana y qué significa para nosotros en la actualidad?*

Hermione Lee, al finalizar su biografía del escritor y dramaturgo Tom Stoppard, se recrea en el relato de la relación relativamente ambigua que mantuvo con su personaje. Su reflexión fundamental es la que pone de manifiesto la «inestabilidad» de la verdad biográfica, de la imagen definitiva: la vida se vive y cambia a medida que tú escribes sobre ella. Existe además el problema del «cierre». ¿Cómo va a acabar esto? La biógrafa, humilde, ha de poner un fin a su trabajo, a sabiendas de que, en realidad, es inconcluso. El personaje, orgulloso, continúa brillando.

Nosotros también ponemos fin a nuestras aportaciones aquí con cierta sensación de provisionalidad. El género está vivo y evoluciona. Sus personajes –que siguen aportándonos claves para entender el mundo y a nosotros mismos– también varían o se revisitan desde nuevas perspectivas. Y qué decir de las nuevas fuentes, basadas en correos electrónicos, imágenes con photoshop o recreaciones vitales e invenciones en redes sociales que tal vez alteren las posibilidades y perspectivas biográficas del futuro. No podemos concluir taxativamente porque tampoco sabemos «cómo va a acabar esto». Pero este libro ha mostrado, al menos, una buena parte del camino y las cuitas de nuestras respectivas travesías biográficas.

Y, fundamentalmente, ha recogido el espíritu de diálogo interdisciplinar y parte de las reflexiones desarrolladas en el transcurso de nuestro proyecto *La razón biográfica...*, citado al inicio de estas páginas. Agradecemos a todos los autores que hayan participado de esta conversación final, aportando generosa y entusiásticamente sus textos y también agradecemos a Victoria Gordo del Rey sus excelentes traducciones de los diversos capítulos en inglés.

El inicio del viaje. Las rutas

LA VIDA Y LA VOCACIÓN¹

Anna Caballé

Universidad de Barcelona

La escritura de la vida humana, de las vidas concretas que ya fueron o que todavía son y de las que por alguna razón urge su esclarecimiento, no ha estado tan presente en la cultura española como sería deseable, si tenemos en cuenta dos cosas importantes: a) es, debería ser, el primer punto de mira de la Historia, b) no hay experiencia más corriente y universal que el hecho de vivir. Vivimos. La experiencia impregna a todos cuantos nacimos a lo largo de miles de años, enfrentándonos a un caos parecido, al amasijo de esperanzas, dolores e incertidumbres que, sin embargo, cada uno de nosotros ha resuelto de forma original y relativamente única, pues es el fruto singular de múltiples decisiones y descartes. Billones de respuestas singulares al apasionante y complejo hecho de vivir. Sin embargo, rara vez nos detenemos a pensar en las posibilidades que cada vida humana ofrece a la reflexión. En conjunto, todas proporcionan una sucesión de puntos brillantes que avanzan día y noche, infatigablemente, un año tras otro, en una dirección desconocida y a la espera de emanar su propia luz en la esfera celeste. Javier Gomá ha denominado «imagen de la vida» a esa aspiración íntima de dejar tras de nosotros algo de luz y de calor. Es tanto el frío que nos rodea...

¿Adónde vamos? No puede saberse. Las humanidades, sin embargo, nos animan desde sus orígenes a cumplir con nuestro destino. Josep Pla lo dejó

¹ El texto, con una ligera adaptación a este volumen, constituye el primer capítulo del libro *El saber biográfico. Reflexiones de taller* (Ediciones Nobel, 2021). Se publica con autorización de la editorial.

escrito en su *Vida de Manolo*, pensando también en sí mismo: «Como a todos los hombres trabajados, lo que le importa [a Manolo Hugué] ante todo es su propia personalidad, salvar su sensibilidad y su ánimo, convertirse en la medida de todas las cosas». Para Pla un ser trabajado era alguien que por las razones que fueran había tenido que enfrentarse a sí mismo y al hacerlo había comprendido la necesidad del hacerse por dentro. Trabajarse uno mismo por dentro es el destino que a todos debería ocuparnos, pero no siempre somos conscientes de ello. Sin duda es el propósito más humano, aunque cuando lo escribió el autor ampurdanés ignoraba que ese objetivo dejaría muy pronto de preocuparnos, como sociedad, ante la dimensión fagocitante adquirida por la apariencia y la imagen, por la potencia del simulacro frente al valor de lo real. En todo caso, sí sabemos de dónde venimos y eso, en cierto modo, nos debería resultar suficiente para avanzar con cierto conocimiento del mundo, de nuestro mundo, del de cada cual. Hay toda clase de vidas, buenas y malas, mediocres y grandiosas, largas y cortas, fecundas y fracasadas, solitarias o repletas de amor, felices y amargas, luminosas y sombrías, conciliadoras o dispuestas siempre para el combate. Lo cierto es que en todas ellas muchos de esos rasgos se comparten con mayor o menor intensidad, no hay vidas perfectas ni trazadas en función de una sola pasión, aunque unas sean más dignas de admiración que otras. Tampoco una vida puede ser rechazada o anulada por otra vida, ninguno de nosotros está en condiciones de hacerlo, aunque practiquemos el ejercicio de la denostación de los demás de mil maneras distintas –criticamos, menospreciamos, rechazamos, olvidamos, expulsamos, envidiamos, hostigamos, acosamos...–, porque cualquier adquisición, cualquier avance, cualquier brillo, venga de la vida que venga, es provechoso para la humanidad en su conjunto. Es, debería ser, una lección, un espacio moral colectivo desde cuya atalaya observar las trayectorias individuales, las disparidades del talento, la brillante opacidad de los yoes –incluso de los más vanidosos–, las oscuras motivaciones que nos mueven, la ambición de ser, el sabor amargo de las traiciones, la maravilla de la maternidad, las rugosidades de la vejez, el peso de la muerte en la vida, el peso de la vida en cada muerte.

Y no podemos, epistemológicamente, hacernos a nosotros mismos sin instruirnos en las enseñanzas que las existencias del pasado nos dejaron como lección, porque en sí mismas siguen albergando fuego bastante para encender hogueras que nos ayuden a ver en nuestra penumbra. No podemos considerar la historia de la humanidad como la consecuencia de un mero saco de existencias extintas porque eso supone un inmenso, incalculable desperdicio de todo su valor acumulado. Debemos instruirnos en su dirección

y para mí este es el espíritu de la biografía. Más que una escritura histórico-literaria, que lo es, la entiendo como una oportunidad de reflexión sobre un tipo de conocimiento que nos es vital, aunque no seamos conscientes de las especies de utilidad que obtenemos, que podemos obtener, del pensar en las vidas de otros. Tal vez sea, en este sentido, la biografía una buena escuela de vida. A veces, el simple saber, como sostenía Emerson, que en una ciudad determinada vivió un hombre que inventó la vía férrea o que puso en marcha el primer telar industrial, o bien que una casa, que todavía se mantiene en pie, fue habitada por una mujer capaz de sostener con sus manos el espíritu de su tiempo, puede ser el aliento que necesitamos para abrirnos un hueco en nuestra propia sombra y avanzar más fácilmente en lo que hemos venido a hacer en este mundo.

Con el tiempo, y la relación de tantos años con jóvenes universitarios, he comprendido que por corto que sea el talento de una persona se ha de permitir que actúe por su cuenta y eso es lo que procuro fomentar en las clases a mis estudiantes, que se sientan libres para encontrar su propia vocación y hacerla avanzar en la dirección que vean más posible o conveniente. Una diferencia capital que abre un abismo entre unas personas y otras es que en la etapa final de sus vidas sientan que han podido cumplir, o no, con su cometido. Cuando no es así la vejez se convierte en una experiencia traumática y resentida con el mundo, porque conlleva el sentimiento de impotencia para rectificar. En este sentido, la biografía esclarece el conocimiento que puede proporcionarnos una existencia concreta por el mero hecho de ocupar un espacio en la sociedad, combatiendo el riesgo de fundir ese conocimiento en una masa de información, ajena, incluso hostil, a veces, a las aportaciones en particular de los individuos. Sin embargo, tanto en los orígenes del género como en las teorías que lo han sustentado a lo largo del tiempo ese fundamento cognoscitivo no es fácil de apreciar. Muy al contrario, la escritura biográfica suele permanecer en el oscuro ángulo de la sospecha, de múltiples sospechas y voluntades para someterla². ¿Por qué te interesan las vidas de los demás? Es una pregunta a la que todo biógrafo o biógrafa debe enfrentarse no una sino muchas veces a lo largo de la profesión. Tras ella laten siempre algunas palabras... Morbo, curiosidad malsana, ilegitimidad, venganza, apropiación, incapacidad para vivir la propia vida...

² La historiadora Isabel Burdiel planteó el escenario del problema en su espléndida introducción: Burdiel, Isabel, «La dama de blanco. Notas sobre la biografía histórica», en Burdiel, Isabel y Pérez Ledesma, Manuel (coords.), *Liberales, agitadores y conspiradores: biografías heterodoxas del siglo XIX*. Madrid, Espasa-Calpé, 2000, pp. 17-48.

¿En qué momento, debido a qué circunstancias la biografía emergió como una forma histórico-literaria singular? ¿Qué relaciones ha mantenido la biografía con otros modos de representar, de imaginar y escribir sobre la vida humana? ¿De qué forma se nos muestra impregnada de los hábitos y estilos de una nación y de sus formas singulares de honrar a los muertos que han dejado tras de sí una memoria? ¿Con qué objeto se escribe una biografía? Las preguntas se agolpan ante una disciplina que se ha constituido desde sus orígenes como *praxis* y que apenas ha problematizado su modo de proceder, su propia posición en relación a su epistemología. Es esta una cuestión en la que inciden todas las escuelas biográficas en el presente. Qué diferencia entre la teoría y la crítica que a lo largo del siglo xx supieron generar la novela, la narrativa histórica, la poesía o la historia social frente al vacío interpretativo en el que la escritura biográfica ha ido acumulando sus propuestas y avances calladamente. Algunas biografías recibieron en el pasado una gran acogida popular, pero a ella no siguió la reflexión sobre sus metodologías, sobre la fiabilidad de las fuentes, el estilo narrativo o el punto de vista que se adoptaba respecto del personaje biografiado. Tampoco nos hemos detenido a pensar por qué unos personajes despiertan una curiosidad entusiasta, incluso infatigable, mientras otros no consiguen llamar la atención a pesar de sus valiosas aportaciones. Por poner un ejemplo relevante, el interés que ha suscitado la figura de Napoleón desde su muerte, confinado por los ingleses en la isla de Santa Elena, no tiene término de comparación con otro personaje histórico de cualquier época. *La Revue des Études Napoléoniennes* cifraba en agosto de 1929 en cuarenta mil las publicaciones en torno al que fuera emperador de los franceses. La figura de Napoleón ha fascinado siempre con su personalidad arrolladora. «El esplendor de la patria se elevó con él a una altura desconocida en la historia de ningún pueblo» escribiría lleno de admiración el conde de Las Cases en su conocido *Memorial de Santa Elena*. Y Hegel llegó a calificarlo de «alma del mundo». Pero más que su carismático carácter debió de fascinar, lo sigue haciendo, la extraordinaria ambición personal y política que acabaría, sin embargo, conduciéndole al fracaso. A Napoleón no le tumbó su derrota en la guerra con España o la dureza del invierno ruso sino la impaciencia desmesurada por crear un gran imperio sin reparar en el sentimiento exhausto del pueblo francés, cada vez más alarmado por el coste que suponía tener que participar en una guerra tras otra.

En todo caso, el saber qué hay tras el interés que la sociedad manifiesta por determinados personajes y en qué medida este interés es cambiante y evoluciona en función de circunstancias concretas es una cuestión que

tampoco se ha tratado con la debida seriedad. Leon Edel, magnífico biógrafo de Henry James a cuyo estudio dedicó toda su vida, se quejaba de que la labor de alguien como James Boswell, «el arquitecto de una clase de biografía moderna», con su biografía del gramático Samuel Johnson, no hubiera generado con el tiempo una metodología adecuada a su alrededor.

Su pensamiento o sus observaciones «de taller» difícilmente pueden considerarse unos *principia biographica* que Edel echa de menos³. Y esas observaciones de taller, formuladas al paso por los biógrafos en sus prólogos son las que solemos encontrar, sin que quepa hablar de una sistematización del conocimiento procesado. Por su parte, la crítica ha puesto el énfasis en los materiales, pero no en la forma (decisiva) en que son trabajados por el biógrafo. Edel escribe su biografía de Henry James entre 1953 y 1972: su proyecto coincide en el tiempo con los proyectos de Richard Ellmann sobre James Joyce (1959, edición revisada en 1972) o de George Painter y su biografía de Marcel Proust (publicada en 1959 y revisada en 1965). Es decir, que en la década de los años cincuenta del pasado siglo, entre 1953 y 1959 como quien dice, se abrió paso la biografía académica en los términos que han servido para fundar la metodología contemporánea.

Pensemos asimismo en las muchas reseñas y semblanzas biográficas que se escriben y publican. En su mayoría, se limitan a glosar el contenido de una vida tal como se formula en la biografía que se reseña: cuándo nació y murió el personaje, lo que hizo, las dificultades que encontró... Sin establecer una distancia crítica en relación al personaje y a las posibles interpretaciones que el biógrafo hace de los hechos. Se lo ve como una especie de médium que trasvasa el conocimiento que está a la vista de un recipiente a otro, siendo del dominio público su utilización. Se vuelca la información, se utiliza según convenga y se prescinde, sin compasión, de quién se esforzó e invirtió tal vez años de su vida en proporcionarla. Como si escribir una biografía no conllevara un enorme esfuerzo de investigación, de reflexión y de comprensión de una manera de ser que no es la propia y que, sin embargo, se quiere y se debe poder explicar en los términos de un relato. Como si una biografía no generara una propiedad intelectual, como si fuera un conocimiento difuso que no tuviera autoría ni derechos y se pudiera entrar a saco en ella, ignorando quién firma el trabajo realizado. Sé de lo que hablo. Habría también mucho de lo que hablar ante la forma

³ Así titularía Edel su reflexión sobre el género en su ensayo: Edel, Leon, *Writing Lives: Principia Biographica*. New York, W.W. Norton, 1984.

de reaccionar de quienes se creen los custodios de una memoria y actúan como si aquella memoria les perteneciera. Herederos, fundaciones, albaceas espurios que se arrojan esa condición sin poseerla y que actúan como si todo les perteneciera: les pertenecen los derechos de autor, la experiencia de quien los generó, lo que puede escribirse sobre ella y quién debería decirlo... «Hay una guardia celosa, reflexiona Américo Castro, que vigila para que nadie ose traspasar el límite del canon crítico permitido. El principio de *ne varietur* es hoy [por 1925, año de la publicación de *El pensamiento de Cervantes*] el más difundido entre quienes se ocupan de estos asuntos». Donde don Américo escribe *canon crítico* pongamos canon biográfico y la conclusión es la misma. La tendencia a anatemizar, aislar y silenciar aquello que se inclina en otra dirección de la esperada pone de manifiesto el miedo a estar equivocado. Es como permanecer atado a una tabla, temblando por los peligros que acechan: imposible ver la imagen completa.

¿Qué nos mueve a leer una biografía? ¿Y a escribirla? Cuando era una adolescente las preguntas sobre cómo vivir, qué era la vida y en qué momento o de qué forma podría saber si me hallaba en el camino correcto en cuanto a mis elecciones eran preguntas que se agolpaban en la mente de forma confusa, incluso obsesiva. Píndaro decía «sé lo que eres» y la sentencia ha sido replicada por la filosofía de todos los tiempos: «realízate, «vuélvete en lo que ya eres»... Consejos aparentemente sabios que también proceden de Delfos y del célebre «conócete a ti mismo»⁴. Sí, son frases que tienen un gran impacto porque dan de lleno en la verdad humana, pero que en la adolescencia sirven de poco. Entre las pocas notas privadas que dejó Descartes se halla una escrita en su juventud donde copia un verso de Ausonio que dice: *Quod vitae sectabor iter?*, «¿Qué camino tomaré para mi vida?»⁵. Las tribulaciones juveniles son las mismas o muy parecidas, también la incertidumbre, independientemente de la época. Porque ¿quién era yo y como podía ser yo misma si no sabía quién era? Como subraya Heidegger, la pregunta en torno a quién soy la sostenemos todos durante todo el tiempo de vida: es el *Dasein* histórico del ser humano.

⁴ Para Hegel ese precepto delfico no tiene el valor de un mero autoconocimiento según las aptitudes particulares de cada cual, las inclinaciones o debilidades, sino que su significado se refiere al conocimiento del ser humano, o sea de la esencia misma del ser humano como espíritu. En Hegel, *Enciclopedia de las ciencias filosóficas* (1830). Madrid, Abada Editores, 2017, pp. 379 y 390.

⁵ Leo la anécdota de Descartes en: Ortega y Gasset, José, *El hombre y la gente*. Madrid, Ediciones Revista de Occidente, 1957, p. 67.

Todas mis libretas de apuntes se llenaban en el bachillerato de flechas con las que orlaba también, a veces, los márgenes de los libros. Flechas y más flechas en cualquier papel, flechas que siempre llevaban una misma dirección... Iban todas hacia delante, nunca hacia atrás o formando dibujos. No había ninguna creatividad, era un ejercicio mecánico, compulsivo, una manera de combatir la angustia del no saber o saberse perdida. Ahora veo claro que las flechas proyectaban el deseo de una dirección a la que dirigirse. En la adolescencia hay mucha oscuridad. ¿Adónde ir? ¿Dónde detenerse? ¿Por qué todo el mundo tiene a los ojos de una adolescente una apariencia de seguridad que no hace más que aumentar la inseguridad en la que ella vive? ¿Qué cabe esperar de la vida? ¿Qué podía esperar yo de la mía? La respuesta eran flechas y más flechas. Gide en su *Diario* expresa algo parecido. En una de sus hojas sueltas escribe: «Al compararme continuamente con los demás, me doy cuenta de mi poquedad y caigo aplastado, ahogado por el orgullo, por la ambición que me obsesiona».

Lo cierto es que yo tampoco había leído a Montaigne, cuando ante la misma pregunta –¿quién soy yo?– su respuesta es que no somos más que una naturaleza muy imperfecta, llena de contradicciones con las que hay que aprender a vivir⁶. Este es el secreto. Cuarenta, cincuenta años después de aquellas incertidumbres comprendo que aquella idea mía, o pretensión, de disponer de una teoría vinculante sobre cómo vivir, de encontrar los fundamentos de una razón biográfica, era inoperante porque es el propio vivir el que determina la forma que va adquiriendo nuestra existencia. De ahí la importancia excepcional de la vejez como situación vital contraria a la adolescencia: si en la primera todo son preguntas abiertas al mundo, en la segunda las preguntas quedaron de algún modo, y más o menos satisfactoriamente, resueltas por la toma constante de decisiones: el camino en buena parte ha sido recorrido y la figura que la muerte trazará de nuestro ser será, en definitiva, la de lo que aquel ser ha sido. Desde este punto de vista la vejez tiene una

⁶ «Todas las contradicciones se encuentran en ella [en mi alma] desde algún ángulo o de alguna manera. Vergonzoso, insolente; casto, lujurioso; locuaz, taciturno; laborioso, indolente; ingenioso, torpe; mohíno, jovial; mentiroso, veraz; sabio, ignorante y liberal y avaro y pródigo: todo eso lo veo en mí en alguna medida, según me gire; y quien se estudie con mucha atención hallará en sí, hasta en su juicio mismo, esa veleidad y discordancia. Nada puedo decir de mí de modo completo, sencillo y consistente, sin confusión y sin mezcla, ni en una sola palabra. *Distinguo* es el componente más universal de mi Lógica», Montaigne, Michel de, *Ensayos* (II, 1). Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2014. Trad. y notas de Javier Yagüe Bosch.

enorme trascendencia cognitiva, pues acusa todo el impacto de una trayectoria existencial. Mientras los adolescentes de todo el mundo ofrecen unas características vitales bastante comunes, la vejez presenta una enorme disparidad de actitudes. No comprendo aquellas biografías que resuelven la vejez como un mero trámite final, una vez que la vida activa dio de sí lo que podía. Muy al contrario, yo presto una atención casi reverencial a los finales de la vida. No digo que el último viento que sopla sea el más importante, pero sí que su sople tiene el valor de lo definitivo porque tras del suyo no viene ninguno más.

La filosofía ha renunciado a encontrar cualquier forma de unidad en el pensamiento, pero, en aquel contexto de confusión juvenil y angustia por la incertidumbre de quién era yo, lo cierto es que la lectura de algunas biografías y autobiografías me fue especialmente inspiradora y está en el origen de lo que me ha conducido hasta el presente. Pienso en la *Memoria personal* de Gerald Brenan, las *Memorias de una joven formal* de Simone de Beauvoir (aunque siempre he preferido el segundo volumen, *La fuerza de las cosas*), las maravillosas biografías de Stefan Zweig, pero también *Un día en la vida de Iván Denisovitch*, *David Copperfield*, la autobiografía de Lou Andreas Salomé, o la biografía de Oscar Wilde escrita por su amigo Frank Harris. Obras que parecían proceder de otro funcionamiento del mundo... Son referencias que he mencionado muchas veces en reseñas o conferencias porque hicieron su labor de abrirme a otros universos, espiritualmente más atractivos, cuyos ecos llegaban hasta mí con mucha intensidad y con los que de algún modo me identificaba... Brenan, Beauvoir, Zweig, Soljenitsin, Ludwig, Lou Andreas-Salomé, Dickens... Ellas y ellos también parecían haber bregado con dificultades y leyendo sus historias respondían sutilmente a preguntas que, por su puerilidad, yo no era capaz de dirigir a nadie. El joven inglés huyendo, como buena parte de su generación, de la destrucción vivida y sufrida en la Gran Guerra y refugiándose con unos cuantos libros y unas libras de mantequilla en la Alpujarra granadina, como Robert Graves cuando se despidió de las secuelas ocasionadas por el conflicto bélico con un *Adiós a todo eso*, en 1929 («todo eso» era Inglaterra). María Antonieta vista por el gran humanista que fue Zweig, quien, austríaco como ella, sale en su defensa mostrando la madurez y la soledad absoluta de aquella joven reina tan maltratada por una Historia que la juzgaba por sus juveniles comienzos y no por su digno final. Me impactó la determinación de Simone de Beauvoir, con el tiempo tan habituada al éxito como a las decepciones, como

subraya Sami Naïr en su reciente semblanza biográfica de la pensadora.⁷ Las caminatas juveniles por el monte Jura que describe Beauvoir en sus memorias fueron el origen de mis propias andanzas solitarias y los deseos de viajar, y siguiendo sus pasos me acostumbré a leer y escribir en los cafés, hasta que me di cuenta de que podía trabajar con más comodidad y menos distracciones en mi casa o en una biblioteca. Llegué a esparcir mis fichas de trabajo en el bar Sandor, ubicado en la plaza Francesc Macià (entonces Calvo Sotelo) de Barcelona para pasmo de los hombres de mediana edad que lo frecuentaban con otras intenciones, tan legítimas como las mías, pero que iban en otra dirección. Yo creía que estaba en *Les Deux Magots*... En el bachillerato había leído las *Máximas* de La Rochefoucauld, un libro de referencia para mi padre, y siendo los aforismos extraordinariamente sagaces –y aun teniendo algunas frases anotadas en el corcho de mi habitación de entonces, como si fueran la cima de toda sabiduría: recuerdo la de «Si no tenemos paz, de nada sirve buscarla afuera»–, lo cierto es que me resultaban un tanto cínicas. Apreciaba la inteligencia, la agudeza de su espíritu, pero me distanciaba la falta de amor que destilaban. Entonces el amor lo era todo para mí. Y La Rochefoucauld parecía estar de vuelta, mientras yo no había ido a ninguna parte.

El paso como estudiante de Filosofía y Letras por la Universidad de Barcelona constituyó una eficaz sacudida a ese contacto con vidas que contenían una enseñanza que yo intentaba extraer como quien rasca para encontrar alguna veta húmeda en un pozo seco. ¡Cuántos desaciertos se acumulan en la educación de los jóvenes! Cuando leí *La educación de Henry Adams* me solidaricé plenamente con la aguda crítica que plantea su autor al sistema educativo recibido. El matemático y biógrafo Josep Varela me recordaba hace unos meses un pasaje del libro, cuando Adams debe despedirse de uno de sus mejores amigos, Clarence King, enfermo de tuberculosis. Quedarán en pie solo dos amigos para hacerse mutua compañía, John Hay y el propio Adams. Y este escribe, siempre en tercera persona, sobre el vacío que su amigo King deja en su corazón:

Hay aún tenía su familia y su ambición, mientras que Adams solo podía retroceder, torpe y solitariamente, sin ayuda, cansado, nublados los ojos por las lágrimas, hasta la borrada senda que recorría la oscurecida pradera de la educación, sin otro motivo, grande o pequeño, que la curiosidad de llegar,

⁷ Naïr, Sami, *Acompañando a Simone de Beauvoir: Mujeres, hombres, igualdad*. Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2019.

antes de caer él también, a algún lugar que le ofreciera una perspectiva lejana. Estaba morbosamente impaciente por divisar alguna luz al final del túnel [...] El tiempo se había vuelto terriblemente breve, y la sensación de conocer tan poco, cuando los demás sabían tanto, destruía toda esperanza⁸.

Todo el abanico de fuerzas activas del joven Adams permanece en suspenso, a la espera de la pequeña luz que le permita intuir de qué modo descargarse de ellas y hacerlo de la forma más completa y valiosa para su vida. Más que una cita, en este pasaje Adams consigue atrapar la sutileza existencial de un joven desbordado por su propia angustia ante la complejidad que le ofrece su futuro y las carencias de la educación recibida y en la que tenía depositadas sus esperanzas. Es tan eficaz en su propósito este pasaje como lo pudiera ser un tratado en diez volúmenes.

A veces, los poderes activos de la mente juvenil quedan abocados a la atrofia, a la dispersión o se precipitan en soluciones que finalmente no llegarán a serlo. O bien esos poderes consiguen mantenerse en tensión hasta que surge alguna solución inconmensurable que permite dar salida a las corrientes que surcan a los jóvenes de cualquier tiempo por dentro en busca de algo que les afiance en el mundo. Porque algo hay que hacer con ellas. Las biografías que leía mantenían vivo el deseo de forjar mi carácter con cualidades que yo no tenía o creía no tener y que apreciaba mucho. Ahora, viendo de nuevo las cosas en perspectiva, creo que lo principal que me ha aportado el cultivo de la biografía a lo largo de los años es el deseo de comprender a los demás y de amarlos en la medida de lo posible. Eso no significa que las biografías deban cumplir con un contenido ejemplar, de absurdo beaterío o que yo quiera ejercer de apóstol de un género, solo señalo que leyendo autobiografías y biografías encontraba, y sigo encontrando, el combustible suficiente para poder andar por la vida con ese mínimo de claridad que anhela Adams y que yo misma he necesitado con tanta intensidad. Me refiero a un tipo de claridad especial, ajeno a la obviedad que proporcionan otros conocimientos. La que desprende, por ejemplo, el siguiente pasaje de Frank Harris, después de haber admitido el rechazo físico que le causó Oscar Wilde al ver su aspecto adiposo y grasiento, sus fofas manos sembradas de absurdos anillos y una ropa ridículamente ceñida a su gruesa corpulencia.

Pero aquel rechazo inicial evoluciona muy pronto porque Harris es capaz de ver más allá en su juicio:

⁸ Adams, Henry, *La educación de Henry Adams*. Barcelona, Alba, 2001.

Yo conocí íntimamente a Oscar Wilde durante veinte años, desde sus tiempos de estudiante hasta su muerte, en el ápice del triunfo y del éxito, para caer, por último en los abismos del rencor y el desprecio populares. Le visité en el presidio, disfruté de su compañía en libertad, y desde el principio al fin le quise como nosotros, pobres mortales, queremos: con intervalos de vana cólera y alejamientos momentáneos, pero en conjunto, con una admiración entusiasta, afecto y simpatía, sobre todo, por su exquisito humorismo, su imaginación incomparable y la divina dulzura de su naturaleza⁹.

El primer biógrafo que tuvo Wilde reconoce el rechazo que le provocó el aspecto del personaje, pero se esforzó para ir más allá y descubrir tras la apariencia un espíritu fascinante. No quedarse con la primera impresión cuando todo nos impulsa a funcionar con prejuicios y estereotipos me parece fundamental para promover la convivencia. Pero reconozco que mi entusiasmo por la biografía tal vez sea desmedido, fruto de las zozobras interiores. Cada uno lee lo que quiere leer. En todo caso, esa pasión no pude compartirla con nadie en las aulas universitarias. No tuve un profesor que me citara un libro de memorias o una biografía como una lectura enriquecedora, incluso imprescindible para comprender mejor a un autor, una obra o una época estudiada en clase. Para poder penetrar en el conocimiento de un ser humano con la debida complejidad. La brecha de la enseñanza oficial con mi imaginario puede decirse que no era menor de la que expone Adams en su autobiografía, aunque en nada me pueda comparar con él. La biografía no formaba parte de la cultura académica en los años setenta del pasado siglo. Y resulta difícil para un joven, una joven, con una cultura muy limitada del pasado hacerse una idea veraz sobre los hombres que fueron Calderón, Luis Cernuda o *Clarín* a base de abstracciones, fechas y etiquetas muertas de movimientos y corrientes intelectuales. Cito nombres masculinos porque las mujeres eran prácticamente *terra incognita* en la enseñanza oficial de aquellos años. El deslumbramiento íntimo que tantas mujeres de mi generación experimentaron leyendo *Mujercitas*, *Jane Eyre*, *Middlemarch* o bien, la clásica y magnífica *Orgullo y prejuicio* quedaba en eso, en la intimidad de nuestros corazones. Yo, por otra parte, apenas sabía tampoco lo que significaba ser mujer y sentía mis ambiciones muy repartidas. En fin, que los atisbos de plenitud que se intuían en la vida aparentemente dócil de aquellas maravillosas heroínas –Jo March, Elizabeth Bennet, Dorothea Brooke...– no pasaban de la categoría de los ensueños juveniles.

⁹ Harris, Frank, *Vida y confesiones de Oscar Wilde (Biografía)*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1928, p. 91.

Lo que quiero decir es que la naturaleza de mis intereses no coincidía con la dirección de los estudios literarios en aquellas décadas imbuidas de un estructuralismo estricto, aunque me esforzara lo que podía por comprenderlo. Pero... una simple foto en blanco y negro del escritorio de Pushkin vista en una revista francesa me hacía rozar el infinito. No sé cómo podría expresar la fuerza que tiene para mí el poder acceder a los espacios privados que lo fueron de una vida. ¿Cuántas veces hojeé aquella revista de la que no recuerdo más que la foto de una mesa de trabajo, unos libros, unos papeles y plumas? Puede que ni siquiera se tratara de Pushkin... En el psiquismo humano muchas veces la imaginación, lejos de hacernos soñar mediante la recreación de una imagen, nos lleva a actuar, apropiándonos de un pensamiento sugerido por aquella imagen. Yo carezco de imaginación visual y con los años sufro de una progresiva e incómoda prosopagnosia, de modo que solo puedo entender la imaginación como una forma de movimiento mental. En otras palabras, una imagen del pasado me funciona como un holograma capaz de insuflar un vigor especial al conocimiento. Incapaz de reproducir a los diez minutos la imagen que me ha despertado tanto interés, digamos que el recuerdo de la emoción suscitada me es suficiente como estímulo.

Mi primera experiencia con la escritura biográfica fue a raíz de la tesis de licenciatura que hice sobre un periodista que murió en México, en 1963. Se llamaba Paulino Masip Roca y el hecho de que hubiera nacido en un pueblo leridano cuando yo ya ejercía como encargada de curso en el Estudi General de Lleida justificaba mi elección del tema. En torno a 1977 se disponía todavía de muy poca información sobre la literatura del exilio. Había la referencia proporcionada por José Ramón Marra-López en su iluminador ensayo sobre el exilio republicano, la reseña que escribió Rafael Conte sobre la única novela notable de Masip, *El diario de Hamlet García*, y poca cosa más. La novela trata de un profesor particular de filosofía que al estallar la Guerra Civil se resiste a tomar partido por unos o con otros. Se dice que su mundo es el pensamiento, una esfera de cuerpos celestes que él cree ingenuamente exenta de compromiso con la realidad, hasta que la violencia de la guerra se impone a su alrededor y le impide seguir con su filosofía. Su vida se ve profundamente alterada por el conflicto bélico, como ocurrió con todas las vidas españolas. Cuando años después leí de Søren Kierkegaard su primer ensayo, que marcó el inicio de su carrera filosófica, titulado en castellano *O lo uno o lo otro* (*Enter-eller*, 1843), a sugerencia de mi hijo Adrià, lamenté no haberlo utilizado para mi tesis de licenciatura.

Kierkegaard reflexiona sobre la importancia que tiene para la personalidad propia saber elegir y hacerlo en el momento oportuno, el momento que él

llama de la visión o *Augenblick* (para los griegos, *kairos*), antes de que sean los otros o las circunstancias los que decidan por ti. Cuando así ocurre, si dejamos en otras manos decisiones que nos correspondería tomar, sostiene el gran danés, el ser se pierde a sí mismo porque será deudor de una existencia que solo le pertenece pasivamente. Claro que el ensayo de Kierkegaard tiene una explicación: lo escribe después de un noviazgo con su amada Regina Olsen, un noviazgo que duró de tres a cuatro años. Sin embargo, y con la vista puesta ya en un enlace próximo, el filósofo rompería inesperada e incomprensiblemente la relación. Lo hacía por carta el 11 de agosto de 1841, tomando una decisión que cambiaría el futuro de los dos jóvenes. La toma Kierkegaard porque no desea abandonarse a un destino conyugal previsible. A pesar de todo el amor que siente por Regina y que mantendría hasta el final de su vida. Ella nunca entendió las razones de aquel rechazo. Meses después Kierkegaard publicaba su ensayo, *O lo uno o lo otro*. Es decir, y en su caso, o casarse y abandonarse al compromiso adquirido con otra persona, y dejarse llevar por una vida simple, alienada a las vicisitudes del cónyuge, o bien no casarse y asumir la propia libertad vigilante como destino. Quiso tomar las riendas de su existencia girando bruscamente el timón y anulando su noviazgo (también lo haría Kafka años después en su relación con Felice Bauer y por los mismos motivos). El teórico de la angustia vital viviría sitiado en su habitación, sin atreverse a ver a nadie y temiendo siempre el asalto enemigo, las visitas. Y en esa soledad radical autoexigida por la misión que se había impuesto escribió como vivió, pura entraña unamuniana, a fin de poder fijar su situación en el mundo como fruto de su decisión. A mí la indecisión que plantea Kierkegaard con todas sus consecuencias en su libro me funciona a veces como una segunda piel. Carezco de ese «espíritu de partido» que define Madame de Staël en su *Tratado de las pasiones* y que, por ejemplo, es tan necesario para pertenecer a un partido político. Siempre me parece que todo el mundo tiene algo de razón. En otras palabras, he aprendido a flotar, cuando el tiempo lo permite, sobre un mar de incertidumbre.

Kierkegaard, sin embargo, no contempla en su ensayo el componente azaroso que debió de tener su dilema de casarse o no casarse. Es algo que he pensado leyendo sobre todo a Ortega. ¿Hasta qué punto nuestras decisiones no son fruto de la cualidad impredecible de la circunstancia? ¿No hay también que contemplar los factores aleatorios en nuestras elecciones? ¿Cuál es el peso del azar a la hora de tomar la mejor decisión? Unos días de irritación, un dolor de cabeza persistente, un comentario poco grato de Regina Olsen, una noche de insomnio... Una vida es, en buena parte, intimidad, una realidad mental o si se quiere sensorial que existe para sí misma y por

consiguiente solo puede ser conocida desde el interior. Así que, aun siendo conscientes de que cualquier cosa, nos puede afectar más profundamente de lo que estamos dispuestos a reconocer en una percepción posterior, no tenemos por costumbre aquilatar su importancia. ¿Cuánto le debemos en la vida al azar que nos rodea?¹⁰

El trabajo sobre Masip fue mi primerísima toma de contacto real con la biografía. La intuición y las lecturas me decían que había que ir físicamente a los lugares transitados por el personaje. Recorrer, como hacía Zweig con aquel poderío de medios, no solo los espacios más convencionales, sino empaparse de los paisajes absorbidos por la retina del personaje, hacerse una idea de los espacios donde soñó su futuro. La aspiración del austríaco a reconstruir, para el mundo del espíritu, el armazón intelectual y moral de una época, de un aventurero, de una mujer. Pienso ahora en su biografía del explorador Fernando de Magallanes¹¹. Leída cuando empecé a dar clases de literatura colonial, debo decir que por primera vez entendí la pasión de Occidente por las especias que explica el furor de aquellos descubridores por llegar a las costas de Oriente. Una punta de cuchillo de canela, una flor seca de moscada, un poco de pimienta, un botón de aceite de rosas en el cutis de las mujeres... De pronto surgía el prodigio de sabores, texturas e incitaciones desconocidas en Occidente. Cuando Zweig viaja por primera vez a Buenos Aires en un cómodo transatlántico, con todas las comodidades imaginables en la época, se deja llevar por lo que pudo ser un viaje de miles de kilómetros a través del océano cuatrocientos años atrás. Sin luz, de noche, en medio de la oscuridad más completa, sin otra bebida que el agua de la lluvia, sin más comida que unas galletas húmedas y un poco de tocino rancio, sin cama, sin poder lavarse, con un frío y un calor inmisericordes y toda la inquietud contenida en lo más hondo de la mente y del corazón. Zweig se avergüenza de su propia comodidad viajera y la compensa adentrándose a lo largo de los meses siguientes en la singularidad de aquellas aventuras que en el Renacimiento cambiaron la faz del mundo.

¹⁰ Sin pretenderlo es una pregunta cuya respuesta me la dio en parte el libro *¿Por qué España? Memorias del hispanismo estadounidense*, editado por mí misma en colaboración con Randolph Pope (Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2014). Ante nuestra pregunta a los hispanistas estadounidenses, o afincados allí, de por qué motivos habían elegido profesionalmente el hispanismo, muchos de ellos contestaron que fue el azar lo que les condujo en un primer momento.

¹¹ Publicado originalmente en 1938, reeditado recientemente en: Zweig, Stefan, *Magallanes. El hombre y su gesta*. Madrid, Capitán Swing, 2019.

Un día me pareció encontrar en un escritor español una sensibilidad afín a la de aquel amante del conocimiento que fue Zweig. Me refiero a Mauricio Wiesenthal. Su *Libro de los réquiems* me conmovió por la emoción contenida con que se expresaba el narrador, cómo destilaba su admiración por la cultura del pasado y el fondo de melancolía que lo acompañaba. Cuando escribe: «No me preocupa la muerte. Pero he recorrido medio mundo buscando a los seres que me interesaban para redimirlos del olvido». Así es y buscando a esos seres del pasado que tanto le interesan Wiesenthal se olvida de sí mismo. Heine sentenció, no sé si con dureza, que la historia de la literatura es la gran morgue donde cada cual acude a buscar sus muertos, aquellos a quienes ama o de quienes se siente más afín¹². Es muy posible, pero lo importante es poder disponer de esa posibilidad y estar en condiciones de aprovecharla.

La sutileza del placer que suministra un contacto material con el pasado puede ser abrumadoramente intensa. Richard Holmes se refiere a esa típica «distorsión del tiempo» que se puede experimentar cuando se trabaja en una biografía. Él comenta que supo que se había convertido en biógrafo cuando le devolvieron un cheque: lo había fechado en 1772. Yo tengo también mis experiencias en este sentido, aunque más referidas a la distorsión de la atención. Recuerdo la noche en que una cajera del supermercado donde compro en contadas ocasiones me preguntó si había echado de menos alguna documentación. Estaban a punto de cerrar, no entendí que pudiera hacerme aquella pregunta, pero la cajera insistió. «Mire a ver, yo a usted la recuerdo». No le di mayor importancia, aunque ella me pidió el número de teléfono, y olvidé el incidente por completo. Unas semanas después me llamaba para hacerme la misma pregunta. Le dije que aquello me parecía muy raro, pero que pasaría por el supermercado para ver aquellos documentos que alguien se había dejado en una de las cajas a la hora de pagar y así tranquilizarla. Porque, la verdad, yo no sabía dónde buscar. Me demoré todavía unas semanas más. Finalmente pensé en comprar en aquel supermercado y de paso preguntar por los papeles. Fui y el encargado me mostró lo que guardaban desde hacía varios meses. Entonces vi, absolutamente consternada, un sobre abultado y anudado con una gruesa goma. En él y escrita con mi letra, la indicación de su contenido: la escritura de un pequeño apartamento que había comprado recientemente, el contrato de hipoteca del mismo y el acuerdo de divorcio que habíamos formalizado finalmente mi marido, ya exmarido, y

¹² Heinrich, Heine, *La escuela romántica*. Madrid, Alianza, 2010, edición de Juan Carlos Velasco.

yo. Recordé. Venía del notario, de recoger toda esa documentación, cuando me detuve en el súper, siempre voy al filo del cierre, a comprar. Y como siempre con la angustia de ir tarde y tener que decidir la cena sabiendo que en casa te espera la familia con la pregunta rutinaria: ¿qué hay para cenar? No necesito malgastar muchas palabras más. Un par de meses antes había sido capaz de dejarlo todo, coger un avión y pasar cuatro días en el Pazo de Bañobre, cerca de Ferrol, viviendo en un convento de clausura, por el indicio de una información sobre Concepción Arenal que no llegó a nada, y, sin embargo, no recorría cuatrocientos metros para comprobar si unos papeles me pertenecían. Y qué papeles. El punto de vista autobiográfico que adopto en este capítulo me obliga a esta dolorosa confesión. Recuerdo muy bien el trayecto de vuelta a casa desde el supermercado, sumida en una visión absolutamente sombría de mis limitaciones.

Vuelvo a Paulino Masip y a la tesis de licenciatura. Yo no podía irme a México, ni siquiera me lo planteé seriamente en 1978. Entonces, recién casada y sin demasiados recursos económicos, ir a México era viajar al otro extremo del mundo como quien dice. Pocos investigadores españoles y jóvenes compartían entonces la necesidad de seguir las huellas, y los trabajos académicos solían consistir en un hilván de citas. De poder contar con un espíritu más abierto al mundo, que el franquismo impidió, se habría rescatado la experiencia de Clara Campoamor en su exilio suizo a partir de 1955 y conoceríamos ahora de primera mano sus recuerdos, su vida en Argentina y, por último, su refugio en Lausana junto a su amiga, Antoinette Quinche. Nuestro conocimiento biográfico de la mejor política que tuvo España junto a Victoria Kent se interrumpe prácticamente con la Guerra Civil. Ahí acaba casi todo. Pero ella vivió treinta y seis años más de los que poco, muy poco, sabemos. Es solo un ejemplo. ¿Quién se molestó en escribir una semblanza veraz de Teresa Mancha, la amante de Espronceda, cuando murió en la ruina absoluta, dos o tres años después de abandonar al poeta? ¿Quién nos dejó un detalle vívido de Calderón? Nuestro conocimiento biográfico del pasado es de una pobreza abrumadora. Disponemos de las piedras («Si las piedras hablaran...», escribió Antonio Gala), disponemos de archivos y bibliotecas, pero qué poco sabemos de las vidas humanas.

No pudiendo ir a México, visité La Granadella, donde nació Paulino Masip, me entrevisté con su hermano Jaime, un hombre soltero y un punto desconfiado que vivía en la calle Balmes de Barcelona con una sirvienta mayor en un ambiente de gran austeridad y como de tristeza compartida. Me prestó su ejemplar de *El diario de Hamlet García*, entonces un libro

inencontrable. Y me fui a León, a visitar al hermano menor, Hernán Masip, quien demostró tener un carácter muy distinto del de Jaime. Lo recuerdo un hombre encantador, casado y sin hijos, que me trató de forma más que generosa. Con él probé el oporto por primera vez en el Parador de San Marcos, supe que existían los conciertos de Año Nuevo en Viena y aprendí que los catalanes decíamos que veníamos cuando íbamos a alguna parte. Fueron unos días estimulantes, nunca había estado en León (después volvería siguiendo los pasos del primer Umbral) y yo me sentía en cierto modo una impostora, pues me presentaba como investigadora, consciente de carecer de los conocimientos más elementales sobre cómo proceder en una investigación biográfica. De modo que aproveché lo que pude de la rica experiencia que Hernán Masip me ofreció generosamente. Regresé a Lleida, donde entonces vivía y trabajaba, con la escueta obra de Masip bajo el brazo, pues me prestó dos libros más, escritos ya en México. Aquel viaje a León me permitió esbozar una semblanza del escritor, con toda mi ignorancia a cuestas sobre sus años de exilio, de 1939 a 1963, de los que apenas nada sabía y que en la monografía resultante sorteé como pude¹³.

Cuando años después leí los diarios de Max Aub, en la magnífica edición de Manuel Aznar Soler, y di de bruces con los dos o tres comentarios que Aub hace de su amigo Masip, tuve que cerrar el libro de golpe. No podía resistir la impresión que me causaban aquellos comentarios totalmente inesperados. Su españolidad, por ejemplo, de la que Aub se considera influido. Fue un impacto saber que el domicilio de Masip en Madrid fue ocupado por un teniente coronel, tío del crítico Ignacio Soldevila Durante. Los manuscritos que quedaron abandonados, como todo lo demás de la casa, en su exilio habían sido aprovechados bárbaramente por los sobrinos (el propio Soldevila Durante) para sus deberes: escribían en el reverso de los papeles que pertenecían al escritor. «Había poco papel y la letra era poco legible»¹⁴ se justificaría Soldevila ante Aub cuando fue a verle interesado por su obra narrativa. Aub, atónito ante la noticia recién descubierta por su entrevistador, le sugirió a Soldevila Durante que lo que hubiera quedado de libros y papeles de Masip lo entregara a la familia que residía en México. «Él duda, frena», anota escuetamente el hispano-francés. No se dice más en el *Diario*. Y no sé en qué quedaría la sensata recomendación de Max Aub, pero diría que no obtuvo la respuesta que merecía.

¹³ Caballé, Anna, *Sobre la vida y obra de Paulino Masip*. Barcelona, Ediciones del Mall, 1987.

¹⁴ Aub, Max, *Diarios (1939-1972)*. Barcelona, Alba Editorial, 1998, p. 532.

Es tan laborioso seguir el rastro de una vida, vivirla de algún modo de nuevo sin que te pertenezca... Unos años atrás hubiera dado cuanto tenía por disponer de una información tan valiosa que, sin embargo, tanto tiempo después, solo tenía un valor testimonial, pues yo estaba en otras cosas ya muy distintas y Masip quedaba en la niebla de los inicios académicos. «¡A caballo, hijos de la niebla!» exalta Espronceda en su «Canción del cosaco». Pero la niebla envolvió a Masip en los últimos años de su vida, ido, perdido en sí mismo, recluso en un sanatorio de Cholula a causa de una arterioesclerosis cerebral, según cuenta Aub. Le ingresaban el 17 de julio de 1963 y moría dos meses después, el 21 de septiembre. Proust escribe: «Hemos llamado a todas las puertas que dan a la nada, y contra la única por la que se puede entrar y que habríamos buscado en vano durante cien años, de pronto nos chocamos con ella y se nos abre». Así es.

La tesis que escribí sobre la autobiografía en España durante el franquismo me ayudó a madurar. Yo había leído en un ensayo de Gramsci que la importancia de los elementos particulares en una literatura era mayor cuanto más difería la realidad efectiva de un país de las apariencias que exhibía. Así ocurre, sigue Gramsci, en países «especialmente hipócritas» donde la literatura autobiográfica no abunda o si la hay se da en una forma estrechamente estilizada¹⁵. Y eso es lo que quise analizar, ¿era esta la tendencia de la autobiografía española? La respuesta, después de estudiar el corpus autobiográfico publicado en España entre 1939 y 1975 fue un sí rotundo. Sí hubo una literatura memorialística durante el franquismo, pero forzosamente descontextualizada y reprimida, de modo que a partir de los años setenta se produce una explosión surgida de una necesidad de revisar el pasado, de volver sobre él, de buscar la verdad¹⁶. Pero el interés que sentía por la autobiografía tenía que ver, obviamente, con el encuentro conmigo misma. Aquella profunda inseguridad que me impulsaba a admirar incondicionalmente a los demás y a conocer sus historias, me había dirigido en una dirección inesperada: evitar que las conversaciones recayeran sobre mi persona. Es algo que sigo detestando y soy consciente de que cuando hablo

¹⁵ En «Justificación de la autobiografía», incluido en: Gramsci, Antonio, *Cultura y literatura*. Barcelona, Península, 1977, pp. 343-344.

¹⁶ Caballé, Anna, *Narcisos de tinta. Ensayo sobre la literatura autobiográfica en España (siglos XIX y XX)*. Madrid, Megazul, 1995, aunque el libro recoge solo una tercera parte de lo que fue la tesis, todavía inédita. Se publicó en una magnífica colección dirigida por el profesor Ángel Loureiro y financiada por Francisco Jurado, autor él mismo de varios y desconcertantes volúmenes autobiográficos que acabaron con la colección que a su vez lo debió todo a su esfuerzo económico.

de mí lo hago atropelladamente y queriendo acabar cuanto antes, deseando que el silencio se imponga de nuevo sobre la palabra. Sé que no me explico bien. Escribir es otra cosa, pues no siento de forma directa la mirada o la escucha ajena (si es por teléfono) y puedo estar con mi pensamiento en lugar de pensar en la mirada de quien me está viendo o escuchando y entonces aturullarme y desear poner fin a lo que interpreto como una tensión excesiva. Muy pronto adquirí la costumbre de escuchar a los demás lo que tenían que decirme, esa tal vez fue mi otra puerta de entrada a la auto/biografía. De nuevo leyendo a Richard Holmes, cuyo conocimiento debo a la historiadora María Jesús González, me di cuenta de que a él le ocurría lo mismo. ¿Será un rasgo que nos distingue? ¿Un sentimiento de precariedad sobre lo que nos es propio y que nos permite abrírnos más fácilmente al prójimo, a los otros, movidos por una saludable curiosidad? Tal vez sea la excesiva intensidad con la que vivimos nuestro interior y entonces, para compensarlo y encontrar un punto de equilibrio buscamos el cobijo fuera, lejos de nosotros.

En todo caso, escribiendo la tesis conocí a José Luis López Aranguren y muy poco después a Carlos Castilla del Pino. Ambos estaban extraordinariamente interesados por la autobiografía. Aranguren porque fue para él un objetivo imposible por inalcanzable, pero que tenía siempre muy presente. Al parecer no llevó nunca un diario, ni tenía recuerdos precisos de su pasado, o no deseaba tenerlos. En la última etapa de su vida no estaba tampoco dispuesto a un trabajo riguroso y disciplinado. A Aranguren, una persona de una bonhomía extraordinaria, le pudo la dispersión intelectual y la fuga de sí mismo. Prefería aceptar invitaciones, sentir el calor de la amistad, huir de las obligaciones y seducir con su aspecto distinguido. Aunque alguna vez entreví cómo en la facies de su rostro asomaba una cierta incomodidad: es difícil que una persona inteligente llegué a engañarse de verdad a sí misma. Para Castilla del Pino el interés por la autobiografía obedecía a todo lo contrario. Él ya abrigaba en los años ochenta la ambición de escribir la suya, de hecho llevaba toda la vida como quien dice preparándose para la gran tarea que era mostrarse como una personalidad española tan insólita como descomunal en su esfuerzo titánico por hacerse a sí mismo, de la cabeza a los pies, y así lo muestra en *Pretérito imperfecto*. Los dos fueron personas inspiradoras y no pudo haber dos vejees más dispares.

Defendí la tesis en la Universidad de Barcelona. Antonio Vilanova tenía que presidir el tribunal que iba a juzgarla, pero quince minutos antes del acto le vimos escabullirse de su despacho. Yo no era discípula suya y entendió, supongo, que no tenía ninguna obligación de favorecerme cumpliendo

con su deber. Joaquín Marco, director de la tesis, con su buen hacer acostumbrado, disimuló lo que pudo ante la consternación de Aranguren quien vio pasar a un escurrido Vilanova balbuceando que tenía una cita con Maria Aurèlia Capmany en el Ayuntamiento de Barcelona justo a la misma hora y que, por tanto, no podía quedarse. También Santos Sanz Villanueva quedó desconcertado ante un presidente que se daba a la fuga a ojos vista, pues se le estaba esperando en la sala de profesores, justo al lado de su despacho entonces y todos permanecíamos en la puerta, a la espera. Pero la defensa de la tesis fue bien. Aranguren asumió la presidencia del acto y nadie echó de menos a un Vilanova al que me hubiera gustado conocer antes de que la triste historia de una cátedra que no fue para él ensombreciera su vida, me temo que para siempre. Siempre las cátedras, sí, como un gran *corvus corax*, negro y amenazante, revoloteando violentamente sobre el mundo académico, alimentándose de la carroña humana como si no hubiera día siguiente. Es una experiencia que la he sufrido muy de cerca y he luchado para que no enturbiara del todo mi vida universitaria.

El hecho de sumergirse en vidas ajenas seguiría con *Mi vida es mía*, un proyecto que a Joana Bonet y a mí nos entusiasmó. También a Carmen Fernández de Blas, nuestra editora. Después vino *La vida escrita por las mujeres*, una iniciativa que de nuevo debo al editor Joan Tarrida y que marcó un antes y un después en mi percepción de la historia literaria española. Leyendo, descubriendo textos y autoras junto a colaboradoras que entonces trabajaban conmigo en la Unidad de Estudios Biográficos y entre las cuales quiero recordar con gran afecto a Blanca Bravo y a Tania Pleitez, esta última un nombre de referencia en el conocimiento de la literatura centroamericana. Fueron dos años de una tensión máxima pues yo alternaba la preparación de *La vida escrita por las mujeres* con la emergencia de una curiosidad creciente por Francisco Umbral y, sobre todo, con la crianza de mis dos hijos. Jordi Amat era entonces a pesar de su juventud un puntal de la Unidad.

En otro sentido, debo hacer referencia al periodista Arcadi Espada porque en aquellos años, entre 1993 y 2003, nos hicimos amigos y mantuvimos una estrecha relación intelectual. Los dos compartíamos el interés por biografías y memorias y él dedicó una doble página en *El País* a la Unidad de Estudios Biográficos gracias a la cual puso nuestro centro en el mapa cultural español¹⁷. Apenas lo he visto un par de veces en los últimos quince años, pero

¹⁷ Espada, Arcadi, «Memoria de España. La Universidad de Barcelona crea un departamento para el estudio y la conservación de autobiografías», *El País*, 28 de enero de 1995.

su amistad fue importante y aprendí de su carácter incisivo y de su forma de interrogar a la cultura. Siempre seguiría su consejo de llevar un diario de cualquier investigación. Así lo hice y lo he seguido haciendo desde entonces. Libretas y más libretas vinieron a sustituir las flechas disparadas al vacío de la juventud. Y Espada estuvo en los orígenes de los primeros contactos con la editorial Espasa, con la que coordiné un proyecto más que ilusionante: una colección de biografías de escritores que retomará el hilo de aquella maravillosa «colección naranja» de Austral. (El naranja era el color de cubierta adjudicado en la colección de bolsillo a las «biografías y vidas novelescas»). Es decir, textos sucintos, bien escritos, con una buena cronología final y pensados para un público universitario. Publicamos unos diez títulos¹⁸ con muy escaso éxito. Espasa pronto tiraría la toalla dando por cerrada la colección. En paralelo, yo trabajaba en mi objetivo más comprometido hasta la fecha, la biografía de Francisco Umbral. La relación con Arcadi Espada se tensó a raíz de la investigación que compartimos, junto al abogado argentino Beltrán Gambier. El objetivo era averiguar quién se ocultaba detrás de la A. mayúscula de los diarios crepusculares de Josep Pla, sorprendentes por su crudeza erótica. Los dos amábamos aquellos diarios. Y amábamos la filiación moralista de la literatura planiana –Montaigne, Boswell, Eckermann...–. Aquella investigación nos condujo casi al paroxismo y nadie salió bien librado, todavía no sé por qué. Yo había puesto en contacto a Gambier con Espada, pero después tal vez el problema fue que, aturrida por la carga de trabajo, no supe canalizar bien tantas ilusiones y expectativas creadas por ambas partes. Dimos la noticia en *El País*,¹⁹ pero el proyecto «Aurora Perea» se desplomó y ninguno de los tres pudo escribir adecuadamente sobre aquel interesante *retour d'age* que Pla pasados los setenta años experimentó por un amor de su juventud que nunca había quedado atrás del todo. *Obsesión de A.*, ese era el título del ensayo biográfico que nunca llegamos a escribir sobre la inmensa soledad afectiva de los últimos años del escritor ampurdanés. La soportó a base de carajillos de whisky, conversaciones deshilachadas y un deseo erótico irrefrenable fundado en un sentimiento creciente de soledad existencial. Cuando visité a Josep Vergès, en su casa de Pedralbes inquiriéndole por los cuadernos originales de las *Notes per un diari*, su respuesta fue contundente: «Allò era impublicable». Por lo visto, los destruyó. En su opinión,

¹⁸ Abrió la colección «Vidas de escritores» el ensayista Blas Matamoro con una biografía sobre Rubén Darío en 2002. A Darío le siguieron otros personajes: Luis Cernuda, Juan Ramón Jiménez, Blasco Ibáñez, Valle-Inclán, Corín Tellado...

¹⁹ Espada, Arcadi y Caballé, Anna, «El crepúsculo erótico de Josep Pla», *El País*, 8 de marzo de 1998.

ofrecían una imagen demasiado lastimosa de su autor preferido y también del más rentable editorialmente. Pero... ¿quién era Vergès para asumir una responsabilidad que lesionaba de forma definitiva el conocimiento de Pla? En todo caso, Beatriz de Moura no me perdonó del todo que aquel proyecto no se llevara a cabo. Con razón.

Capítulo aparte merecería *El frío de una vida*, la biografía de Francisco Umbral, sin duda el proyecto más difícil de cuantos he abordado. Por una razón fundamental, Umbral vivía cuando me planteé la necesidad de poner un poco de orden en el batiburrillo informativo sobre sus orígenes, su edad, su formación, el pasado republicano de su padre y una infancia revisada por el autor una y otra vez en sus libros. Ni siquiera el nombre del escritor estaba claro. ¿Francisco Umbral y...? El mito que el escritor había hecho de sí mismo en su literatura actuaba como una barrera y se impuso como una necesidad traspasarla y comprender la historia verdadera, como aquella escrita por un soldado de Hernán Cortés sobre la conquista de México. Es decir, qué había de verdad en la historia de aquel niño, evocada obsesivamente en sus libros. Un niño que amaba a su madre (aunque no parecía serlo) y compartía con ella la fiebre de la enfermedad y la pasión por los libros. Aquella experiencia, la relación con Umbral, el febril proceso de escritura del libro, me enseñó algo: cuando te adentras en la vida de un ser humano surge algo distinto, algo que tú no eres o no del todo y que cambia tu percepción de la realidad. Diría que esta es la piedra de toque que permite discernir entre lo auténticamente sentido y la rutina profesional. Lo auténtico exige sangre. Y lo dejo aquí.

Con los años, otros proyectos sufrieron un desplome parecido al de *Obsesión de A*. Ninguno, sin embargo, como el que acaricié de escribir la biografía de Eusebio Güell i Bacigalupi en 2012. Una idea que ha sido tal vez la más persistente y obsesiva de mi experiencia como biógrafa, también la más fracasada. El interés por Güell nació unos meses después del regreso de los Estados Unidos, resarcida del agotamiento que supuso la escritura de la biografía de Carmen Laforet y con ganas de salir de nuevo a la carretera de los destinos. Mi hija Nora y yo tuvimos que obsequiar a una amiga suya procedente de Virginia, donde yo pasé un semestre dando clases en la imponente universidad fundada por Jefferson, la UVA. Victoria pasaba unos días en Barcelona y se me ocurrió llevarlas a visitar el Palau Güell, en las Ramblas, recién abierto al público después de una larga restauración del bellísimo edificio. Ellas, con quince años, se aburrieron bastante aquella mañana del mes de julio, pero yo insistía en mi entusiasmo, siempre ávido consumidor de atmósferas del

pasado. Hasta el punto de querer obsequiar a Victoria con una biografía del propietario de la casa-palacio que acabábamos de visitar. Tenemos tan pocas cosas vívidas que comunicar sobre nuestro pasado... Pero no viendo ninguna biografía en la tienda de recuerdos, me dirigí a la cajera para preguntar. Me dijo que no disponían de ninguna. Una extranjera de mediana edad que iba detrás de mí en la cola me dijo: «Yo quería preguntar lo mismo que usted». Y salí del palacio Güell aturdida, con la emoción interna sobradamente conocida y que ya no pude controlar. ¿Cómo no se había escrito la historia de un hombre que cambió la historia de la ciudad?

En los siguientes tres años, de 2012 a 2015, trabajé de forma casi inhumana. Consulté a los descendientes de Eusebio Güell, pasé horas y más horas en archivos notariales, estuve en Comillas, me empapé sobre la historia económica del siglo XIX, sobre la historia de la familia y sobre las inercias que habían pesado sobre ellos, porque en los pocos libros disponibles se repetían cosas que no tenían el menor sentido. Entablé con Joan Güell Ferrer, el padre de Eusebio Güell i Bacigalupi, y fundador de la saga una conversación imaginaria que me llevaba a volver una y otra vez a los vestigios que quedaban de su paso por el mundo. ¿Cuántas veces no habré pasado por la calle Ancha de Barcelona intentando localizar la casa en la que se instaló al volver de Cuba en 1835, queriendo captar por ósmosis la inquietud de un año tan sangriento para la ciudad condal?

Habré pasado más de cincuenta veces, regresando a casa siempre con prisas para la cena. Con aquel proyecto comprendí la dificultad de materializar el pasado cuando, sin documentación, no es más que una construcción inmaterial aprendida en los libros, libros que nada dicen de las noches en vela de un hombre, del coraje de vivir, de los sueños contenidos, de los secretos inconfesables que quieren ocultarse a toda costa... ¿Cómo había logrado enriquecerse tan rápidamente en Cuba? Recuerdo las visitas a Eusebio Güell de Sentmenat en su propiedad de Sant Gervasi. Era un hombre educadísimo de unos ochenta y tantos años, con unas manos rojas y abultadas que me recordaban las del príncipe Carlos de Inglaterra según he visto en algunas fotografías. Me prestó sus libros, me permitió alojarme en su apartamento en Comillas, me franqueó el acceso a la familia... Los dos estábamos ilusionados con el proyecto de reconstruir objetivamente, sin paños calientes, el pasado de su familia. Él vivía de ese sueño. Trabajé mucho en este proyecto, detrás del cual se alzaba un ideal: reescribir la vida de la burguesía catalana del siglo XIX, sometida a las ácidas visiones de Narcís Oller y Josep Maria de Sagarra, a partir de uno solo de sus prohombres.

Estaba convencida de que había otro modo de ver a la burguesía, no muy lejos de la historia escrita por Thomas Mann en *Los Buddenbrook*. Es decir, una burguesía que en sus comienzos se fundó sobre una estricta disciplina de trabajo y un deseo infinito de superación. Esto último era lo que me motivaba. Pero las investigaciones llegaron a un punto muerto, no había manera de rastrear la figura de Eusebio Güell del modo que deseaba hacerlo y me sentía literalmente exhausta. De pronto, una invitación recibida de parte de una universidad brasileña para dar un seminario en marzo de 2014 me ofreció una salida a un callejón que parecía no tenerla. Necesitaba un puerto de refugio. De modo que me sacudí enérgicamente aquella obsesión que amenazaba con bloquearme y me fui a Porto Alegre, a dar un seminario en la Pontificia Universidade. Allí, en un ambiente sorprendentemente reconfortante, surgieron otras ideas e hice nuevos planes. Trabé una amistad que perdura con la profesora Maria Eunice Moreira, excelente conversadora y un espíritu muy afín al mío. El resultado de todo ello fue *Pasé la mañana escribiendo*, una propuesta de ordenación del diarismo español donde recogía información y lecturas que había hecho con los años y que estructuré como pude estando en Brasil. Sentía la necesidad de contener tantas horas de trabajo aparentemente desperdiciadas con unos temas y otros. Las carpetas y cuadernos acumulados en torno a los Güell siguen en silencio, testimonio de un fracaso, uno más de los muchos a los que debemos enfrentarnos en la vida. Pero los fracasos son siempre relativos y, así como el mar que rompe contra las rocas también las penetra con su flujo diluyendo los límites entre agua y escollo, aquella inmersión en el siglo XIX que no lograba abrirse camino recibió un nuevo e inesperado impulso. Bastó una llamada de teléfono de Javier Gomá, ya de vuelta en Barcelona un año después, y el agua se abrió paso de nuevo entre los escollos. Fue mi primer encuentro con Concepción Arenal...

Nunca había escrito sobre un personaje del siglo XIX, a excepción de las semblanzas biográficas pensadas y redactadas como presentación de las autoras en *La vida escrita por las mujeres* (2003). Suponía pues un ejercicio de distinta naturaleza, por dos razones: porque frente a escritores como Francisco Umbral o Carmen Laforet, la historia de Arenal pertenecía a otra época de la que no quedaban testimonios y poquísimas fuentes a las que acudir. ¿Cómo abrirse camino en un contexto, como el español, tan falto de noticias biográficas en relación a los personajes de su pasado? Pese a algunas biografías ya existentes (las de Juan Antonio Cabezas y Campo Alange), elaboradas de acuerdo con un punto de vista fundamentalmente hagiográfico, la historia de Concepción Arenal estaba por escribir. Y, en cierto modo, por comprender qué era lo

que realmente había sucedido en su vida para que emergiera una mujer de su fuerza intelectual y moral. Entiendo que una biografía debe de ser capaz de captar la voluntad del ser humano, cómo se desarrolla en el mundo de su propia vida. Y decir eso me conduce a mencionar la segunda razón por la que escribir su biografía suponía un desafío. Hasta entonces yo me había movido, por decirlo así, en una atmósfera de relativismo ético. Ni Francisco Umbral, ni Carmen Laforet eran escritores con un universo de ideas que me exigiera enfrentarme a cualquier forma de compromiso moral, más allá del contraído con mi trabajo. Sin que quiera establecer ninguna analogía entre ellos, ambos se habían planteado su obra en estricta lucha consigo mismos y con el mundo. Por el contrario, la vida y la obra de Arenal sorprenden porque ambas se caracterizan, para decirlo con una expresión de Habermas, por manejar una «única unidad de cálculo» para todos los temas que trata o bien a los que debe enfrentarse como persona, como mujer, como madre o como pensadora. Y esa unidad de cálculo es la ética, su obsesión por elevar la moralidad de la sociedad española tanto en sus conductas públicas como privadas, enfrentándola a los problemas que tenía planteados: la esclavitud, el guerracivilismo impuesto por las guerras carlistas, la corrupción, la falta de una opinión pública cívica y militante, la pobreza de la educación recibida, los derechos de la mujer, la necesidad de una reforma penitenciaria... Así podríamos seguir con muchos otros temas, todos ellos concebidos por Arenal sobre la base de una armonía necesaria y concertada entre el individuo y la comunidad a la que pertenecía.

Arenal fue la primera mujer en España que abandonó el espacio protegido de la escritura literaria para meterse en el papel de polemista, participando en los debates más candentes de su tiempo y queriendo influir en la mentalidad española de una forma hasta entonces inédita (en una mujer) a través de folletos y de una revista fundada por ella misma, *La Voz de la Caridad*, que mantendría activa por espacio de trece años, contra viento y marea. Sin embargo, pese al magnetismo de su personalidad, el penalista Rafael Salillas, gran admirador de Arenal, había comentado en el homenaje que le organizó el Ateneo de Madrid a su muerte, que la información biográfica disponible sobre ella era tan pobre que parecía «una hoja de servicios incompleta»²⁰. Si eso se decía en 1893, ¿cómo transformar esa escuálida información, cargada de inercias además, en una razonable historia de vida? Escribir su biografía me puso de manifiesto que no cabe hablar de una metodología practicable universalmente en relación a la disciplina, sino que cada vida requiere de

²⁰ En *Doña Concepción Arenal en la ciencia jurídica, sociológica y en la literatura por los señores Salillas, Azcárate y Sánchez Moguel*. Madrid, imprenta J. Suárez, 1894, p. 3.

procedimientos acordes con las necesidades que se le plantean al biógrafo. Yo empecé con todas las preguntas posibles y apenas ninguna respuesta. Fue fundamental localizar a algunos familiares y a partir de aquella primera relación, acceder a los manuscritos depositados en el Museo de Pontevedra y prácticamente desconocidos. Allí, viendo y leyendo sus manuscritos de juventud, los borradores de sus obras, los apuntes de sus lecturas, su poesía inédita, tuve el contacto imprescindible con la mujer real y su voz me fue guiando en lo sucesivo a la hora de estructurar su historia y comprender las diferentes etapas por las que pasó. Porque la vida de cualquier persona está mechada de reveses, decepciones y giros existenciales que deben poder calibrarse en función de las consecuencias que ocasionan. Las someras biografías de Arenal concluían con la muerte de Fernando García Carrasco y la mención de su obra filosófica. Pero su marido murió en 1857, Arenal le sobrevivió nada menos que treinta y seis años, los más decisivos de su vida porque en ellos construiría su carrera intelectual y sus preocupaciones morales lograron encajar finalmente en un sistema de pensamiento. ¿Cómo fueron todos esos años? Así empecé.

EL DESAFÍO BIOGRÁFICO

Manuel Alberca

Universidad de Málaga

A pesar de las aporías imputadas al género biográfico, que, por otra parte, no deben ni pueden ser ignoradas, este capítulo tiene como premisa fundamental que la biografía es posible. Desde este punto de vista, digamos, «posibilista», escribir una biografía es un *desiderátum*, una ambición literaria, tal vez una obsesión, y, por tanto, un desafío irrenunciable, en el que la biógrafa o el biógrafo se comprometen a buscar la verdad de la vida de una persona y en el que, por fuerza, tendrán que vérselas con los límites y contradicciones del conocimiento humano.

Por su parte, los escépticos de la biografía tienden a descalificarla por sus insuficiencias epistemológicas, por sus carencias ontológicas o por la falta de objetividad. Véanse, por ejemplo, las aducidas por Bourdieu (1997), Castilla del Pino (1989) o Benjamín Jarnés (1929/1936). Según estos, habría que resignarse y aceptar que la biografía es un ejercicio condenado al fracaso por ilusorio, reduccionista e ilógico. Sin embargo, en cada uno de los límites de la biografía, se abrirían otras tantas posibilidades que desafían los obstáculos señalados. No se desdeñan ni se ignoran estos, sino que se tienen en cuenta como eficaces palancas para superarlas. En fin, contar la vida de alguien es siempre una empresa arriesgada, pero fascinante.

Se puede establecer un parangón entre estas insuficiencias y las de las personas al enfrentarse a su propia vida. Carecemos de las claves para gobernar o dirigir con solvencia la nuestra, tampoco la podemos regir como nos gustaría o nos parecería lógico, creemos ser uno y, en realidad, nos habitan varios desconocidos, etc. Sin embargo, estas y otras limitaciones, por demasiado humanas, no nos impiden vivir, al contrario, pueden ser a veces

un estímulo. En fin, como diría Unamuno, se trata de hacer la «novela de la vida», es decir, de vivir apasionadamente nuestra biografía, aunque esto nos lleve a cometer errores.

El carácter desiderativo de las biografías y el reconocimiento de sus obstáculos no ha impedido que se sigan escribiendo y leyendo desde los orígenes de la cultura occidental hasta la actualidad. Por tanto, la tarea de levantar una biografía es, a pesar de todo, posible, si bien con carencias que no conviene ignorar, pues son parte sustancial de su sistema de contradicciones y de la complejidad de las personas. La vida está configurada, en proporción variable e imprevisible, por acciones de responsabilidad propia y por hechos, cuya responsabilidad nos es ajena. En muchas situaciones, somos más sujetos pacientes que agentes, y en este sentido las acciones de terceros, de las que muchas veces somos ignorantes y de las que estamos desprotegidos, condicionan más nuestras vidas que las acciones que nosotros mismos ejecutamos.

En paralelo a este nivel factual, la vida se desenvuelve en proyectos, pensamientos, sueños, fantasías, obsesiones y desvaríos, que en muchas ocasiones ni se llegan a realizar ni afloran a la superficie, sino que se quedan en el ámbito de lo íntimo, accesibles y comprensibles solo al sujeto, y no siempre. Estas acciones imaginativas son, como se puede comprender, muy importantes para conocer en profundidad al biografiado, pero el biógrafo solo tiene acceso a este magma mental indirectamente o por arriesgadas inferencias de otros hechos o informaciones. Ante un escollo de este calibre, no se puede quedar indiferente. Si no se atreve a entrar en este jardín privado del biografiado, el resultado será la prudencia resignada sin arriesgarse a conjeturar algo más que lo que le permite el conocimiento de las informaciones documentadas. En cambio, si el desafío le requiere, tratará de ir más allá de los hechos y de los datos empíricos, para adentrarse en un espacio para el que en principio no tenía permiso. Tal vez incurra en la osadía temeraria que le conduzca al error o, por el contrario, encuentre una interpretación comprensiva del personaje en ese ejercicio interpretativo siempre peligroso. En el primer caso, la biografía será posiblemente una crónica documentada y fiable, pero sin profundidad. En el segundo, las armas de la imaginación, propias de la novela, le otorgarán al relato biográfico poderes de focalización interna y omnisciente, con un ojo panóptico que corre el peligro de hacerse trizas si «el invento» se desploma. También corre el riesgo de convertirse en una suerte de autobiografía disfrazada de biografía, en la que, la biógrafa (o el biógrafo), al identificarse tanto con su personaje, acabe hablando de

sí, cuando cree que lo hace de su personaje. En el primer caso, y a nuestro modesto juicio, se peca por defecto; en el segundo, por exceso. Los «resignados», en su limitación a la comprobación de los hechos, no llegarían a transmitir una imagen viva y veraz del personaje. Los «temerarios», en su osadía, se pasarían, quedando como unos simples charlatanes que no tienen apoyo real ni información contrastada ni datos fehacientes en que basar sus conjeturas e imaginaciones.

El mayor reto para quien quiera escribir una biografía, e ir más allá de la crónica externa, consistiría en acceder a la intimidad, que es por principio la nuez secreta e inaccesible del sujeto. Sólo alcanzando la esfera íntima es posible conocer de verdad a la persona. Esto afecta tanto a la biógrafa como al biógrafo, porque, según el dictado socrático, quien no se conoce a sí mismo, difícilmente podrá conocer a los demás. A la intimidad del sujeto biografiado se accede solo de modo conjetural, es decir, una manera que no permite la verificación: una manera peligrosa, pero irrenunciable. Entonces, si el conocimiento íntimo del personaje es tan limitado, ¿qué nos queda? ¿Qué certeza nos comunica una biografía? Principal y fundamentalmente una tentativa de búsqueda o de acoso de la verdad.

El sujeto biográfico no se manifiesta casi nunca de frente, no se define directamente ni expone su intimidad, porque tal vez no quiere y muchas veces no puede. El sujeto se da a conocer sobre todo en lo aparentemente secundario. Muchas veces por fisuras imprevistas, incluso en minucias y detalles frívolos, es allí donde aflora la verdad del personaje. Este fue el método de dos grandes biógrafos, como Zweig (*María Antonieta*) y Strachey (*La reina Victoria*), por citar dos ejemplos diferentes que se caracterizan por encontrar el alma de sus personajes en los gestos aparentemente anodinos y cotidianos. La aspiración de encontrar la verdad de los seres humanos es, sin duda, un desafío, pero su hallazgo es muchas veces resultado del azar: la biografía se mueve casi siempre en el terreno de lo hipotético, pues no hay método seguro ni procedimientos infalibles para apresar la verdadera faz del personaje.

En la serie de conferencias pronunciadas en Cambridge en 1928, las famosísimas *Clark Lectures*, publicadas después bajo el título de *Aspectos de la biografía*, André Maurois se preguntaba: «¿Qué debe hacer el biógrafo ante el enigma que cualquier hombre encierra?» Al intentar contestar esa preguntaabría un dilema, al que todos los biógrafos responsables se ven emplazados: o bien eligen «hacer del hombre un sistema claro, pero falso» o, por el

contrario, prefieren «renunciar a hacer un sistema, pero a comprenderlo»¹. Como el propio Maurois repite, el biógrafo debe intentar responder la insoslayable y difícil pregunta: «¿Es posible saber la verdad acerca de un hombre?»². Casi cien años después esta cuestión sigue siendo pertinente, pues el desafío mayor de un biógrafo es justamente éste: conocer y comprender la verdad de una vida, aunque ahora sepamos que esto constituye en gran medida un desiderátum, y, sin embargo, siga motivándonos. En definitiva, escribir la vida de alguien, diría Boswell, en su caso de Samuel Johnson, «puede tildarse incluso de presuntuoso afán»³.

No creemos ni esperamos que se vaya a cumplir la predicción de Harold Nicolson, cuando afirmó que la biografía del futuro sería científica o no sería⁴. Han pasado ya casi cien años, y todavía no se ha producido su advenimiento. Del mismo modo tampoco aceptamos el escepticismo ni el pesimismo de Virginia Woolf ante el compromiso de hacer la biografía de su amigo Roger Fry. Numerosos juicios emitidos por la gran novelista modernista connotan el ejercicio de la biografía como imposible. Ahora el conocimiento biográfico va por otro camino, menos científico, más posibilista. Se acercaría más a lo que dijo A. Maurois: «El objeto de la biografía es transmitir de forma verídica una personalidad». Los hechos verdaderos deben ser legibles, pero, para que esto suceda, «es preciso que los hechos sean manipulados». Como artefacto narrativo, la biografía puede ser analizada al mismo nivel que un relato ficticio, pero en tanto que crónica histórica comporta una importante documentación. Es decir, los biógrafos (ellas y ellos) tienen que vérselas también con la heurística y crítica de sus fuentes. Cualquier biografía moderna que merezca ese calificativo se identifica por su carácter autorreflexivo, pues, entre otras razones, cuestiona dentro de sí misma su propia documentación, sus procedimientos y prácticas. Es decir, la reflexión sobre la biografía niega cualquier idea de discurso natural y, en la medida que es depositaria de un corpus ideológico sin explicitar, lo cuestiona de forma inevitable⁵. Por ejemplo, las biografías de escritores son deudoras de una mística y de una mitología burguesa que dan cuerpo e imagen pública a los artistas y escritores como personas al margen de la sociedad o como seres excepcionales.

¹ Maurois, André, *Aspectos de la biografía*. Barcelona, Plaza y Janés, 1974, p. 1210.

² *Ibidem*, p. 1225.

³ Boswell, James, *Vida de Samuel Johnson*. Barcelona, Acantilado, 2007, p. 19.

⁴ Nicolson, Harold, *The Development of English Biography*. London, The Hogarth Press, 1928, p. 155.

⁵ Lejeune, Pierre, *Je est un autre*. París, Seuil, 1980, pp. 76-78.

Según lo cual tenemos diferentes tópicos y modelos biográficos de escritores egregios, heroicos, enfermos o visionarios. Difícilmente encontraremos dentro de este tipo de biografías de artista o escritor, aquellas en las que se presenta a éstos como personas comunes, provenientes de un grupo social característico y de una familia estándar...

Una de las primeras cuestiones que debe resolver quien escribe una biografía es la de las posibilidades de manipulación narrativa, sin que se vea comprometida su deontología. Dicho de otro modo, la necesaria e inevitable búsqueda estética no debería ser una trampa para adormecer la ética. El equilibrio, difícil equilibrio, es conseguir la combinación del máximo parecido entre personaje y modelo con la capacidad de trasposición artística de la realidad documentada. Cualquier preponderancia de uno de esos dos polos penaliza el resultado: bien hacia la pesadez indigesta de los datos, bien hacia la estilización abstracta e irreconocible de lo real, que convierte al personaje en una suerte de fantasma inaprensible. La meta de cualquier biografía debe ser la veracidad y su objetivo, dar continuidad y sentido a unos hechos, que es muy probable que no lo tuvieran del mismo modo en el momento en que se vivieron. Los términos polares de esta definición están marcados por los conceptos arte y veracidad. Y uno de sus mayores escollos es el de la difícil y necesaria armonización de literatura y fidelidad: lograr un equilibrio entre los hechos y datos documentados con la precisa y ágil manera de transmitirlos.

La corriente histórico-positivista del siglo XIX prestó atención sobre todo al lado documental, desentendiéndose del lector y de la amenidad de la biografía. Después el péndulo volteó en dirección contraria, y la preocupación por el estilo y la estilización desrealizaría al personaje hasta hacerlo irreconocible. Fue el caso de alguna de las biografías del proyecto de Ortega y Gasset: «Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX» para la editorial Espasa-Calpe. Representó un loable intento para dotar a los lectores españoles de un corpus biográfico, que, entre otras razones, se vería frustrado por la inestabilidad política de aquel momento y por la Guerra Civil. Vino a coincidir con la llamada «nueva biografía» que en otros países de Europa dieron lugar a una importante floración de biografías modernas, tras de las cuales se encontraban escritores de la talla de André Maurois, Lytton Strachey, Stefan Zweig o Emil Ludwig. El referente fue el de estos grandes biógrafos, pero, a diferencia de estos, los españoles no dispusieron, y prescindieron a veces, de la información documental. Además, algunos fiaron todo al estilo para despreocuparse completamente del contenido. Por ejemplo, Antonio

Espina entendía que los datos históricos no constituían ninguna imposición ni restricción, porque el biógrafo debía evocar la concepción impresionista del personaje, dejando al margen la información⁶.

La polaridad con que se presenta la biografía tiene su fundamento en el carácter fuertemente contradictorio, con que la definen las distintas disciplinas que se han ocupado de ella: filosofía, historia, literatura, etc. Desde este punto de vista, el género biográfico se conforma como un sistema de tensiones, en principio, irresolubles. Los autores y los lectores de biografías deben ser conscientes de que el género se organiza en un juego de antinomias conceptuales, que subrayan tensiones y carencias epistemológicas. Lo paradójico es que cada una de las limitaciones del género biográfico abre posibles puertas de salida. Analizar las objeciones teóricas de la biografía permite explorar caminos para revertirlas, indagar alternativas y buscar soluciones prácticas. Y es que la biografía, en opinión de Franco Ferrarotti, dispone de un método autónomo que encuentra estímulos en la contradicción⁷, y se presenta como un campo privilegiado en donde superar las dicotomías ficción/no ficción; historia/discurso; subjetividad/objetividad; individuo/grupo; historia/literatura; etc. El carácter híbrido del género frente a otras disciplinas o géneros literarios más uniformes, goza de la ventaja que le permite dar respuestas a cuestiones complejas y a resolver problemas en teoría insolubles.

1. FICCIÓN/NO FICCIÓN

La antinomia central de la biografía es la que concierne al estatuto epistemológico del género, es decir, ¿qué tipo de saber o conocimiento transmite? La biografía, en tanto que subgénero histórico y de no ficción, se basa en la demostración de referencias y hechos documentados y en la elaboración de hipótesis, cuya validez deberá ser testificada mediante pruebas. Sin hechos documentados y sin pruebas demostrativas, no hay biografía. Sin embargo, en los años setenta del pasado siglo, los estudiosos del discurso histórico, capitaneados por Hayden White, han venido a demostrar que las narraciones históricas (de las que también formarían parte las biografías), toman prestado o usan los mismos esquemas formales y narrativos que los relatos de ficción.

⁶ Serrano Asenjo, Enrique, *Vidas oblicuas: aspectos teóricos de la nueva biografía en España (1928-1936)*. Zaragoza, PUZ, 2002, pp. 165-167.

⁷ Pereira, Alexander, «Notas para jugar con la ilusión biográfica y no perderse en el intento», *Revista científica Guillermo de Ockam*, nº 9, 2011, pp. 105-122, esp. p. 111.

White sostiene que los relatos del tipo histórico son tan ficciones verbales como lo son los relatos de ficción: «Los lectores de relatos históricos y de novelas no pueden sino ser sorprendidos por la similitud. Considerados sólo como artefactos verbales no se pueden diferenciar»⁸. Evidentemente, para hacer una afirmación de ese tipo, tiene que prescindir de un elemento fundamental como es el diferente tipo de referente que cada uno de los discursos (ficticio e histórico) implica. Para White, disponer los hechos en un orden cronológico supone construir una «intriga» del mismo tipo que lo hace la ficción, pues orden y hechos se manipulan para imponerles una coherencia temporal, que va de principio a fin del relato, con una estructura de presentación, nudo y desenlace. Sin embargo, olvida que la intriga que maneja el historiador, a diferencia del novelista, nace de una actividad que modifica un material preexistente. El historiador selecciona dicho material, elige dónde comenzar y dónde concluir el relato. En estas elecciones tiene que ser riguroso, pues debe ajustarse a una correspondencia básica con los hechos acaecidos y con los documentos que los prueban. Por el contrario, el novelista es libre o sólo se debe a la coherencia artística de su relato, pues no depende ni ontológica ni causalmente de otros hechos que los que él mismo aporta a su relato. Desde campos distintos, Paul Ricoeur y Dorrit Cohn han rebatido las ideas de White y han propuesto reservar el término «ficción» para los relatos no-factuales, puesto que en los relatos ficticios es el propio texto el que va creando o levantando los acontecimientos de forma autónoma; al carecer de referencia externa, estos no pueden ser comprobados ni se pretende que lo sean. En cambio, en los relatos con referente externo el material narrativo, es decir, los hechos contados y su documentación, existe con anterioridad a ponerlos por escrito y por tanto el relato consiguiente puede ser evaluado y contrastado con otras informaciones⁹.

A partir de esta diferencia, se desliza un criterio de superioridad literaria, al colocar los relatos de contenido factual, de manera especial los textos biográficos, en una especie de segunda división literaria, donde se situarían aquellos escritos desprovistos, según esta posición, de la esencia de lo literario o «literariedad». Es éste un concepto elitista y estrecho de lo literario que expulsa fuera del sacrosanto reino de la literatura textos que, de manera eficaz y sorprendente, innovan los modos de dar cuenta de mundos reales. Se percibe en estas posiciones un cierto elitismo, según el cual, para poder ser admitidos en tan exclusivo club literario, el testimonio personal, la

⁸ White, Hayden, *El texto histórico como artefacto literario*. Barcelona, Paidós, 2003.

⁹ Cohn, Dorrit, *Le prope de la fiction*. Paris, Seuil/Poétique, 2001, pp. 175-178.

autobiografía, la crónica periodística, la historia o la biografía, no tuviesen más remedio que disfrazarse de novelas. Pero tan simplificador es negarle a la no ficción soluciones narrativas eficaces y creíbles, como otorgárselas indiscriminadamente a todas las obras de ficción, sin tener en cuenta los distintos modos de lectura que proponen el estatuto de la ficción y el de la no ficción.

Este maniqueísmo que desprecia la literatura factual resulta sorprendente, sobre todo, porque niega a la literatura no ficticia cualquier posibilidad de poder elevar a universal una experiencia personal y, en cambio, admite de forma genérica eso mismo a la ficticia. En principio, tampoco la realidad ni los hechos se hacen evidentes de manera directa al escritor de testimonios por el hecho de haberlos vivido, al contrario, puede percibirlos de manera fragmentaria y caótica, y en consecuencia su relato los deberá seleccionar, ordenar y dotar de sentido. Si quiere sobrepasar el umbral del recuento simple, a veces su tarea deberá ser la de un hábil arqueólogo, otras, las de un sagaz investigador de pistas y siempre alguien dotado de un compromiso y exigencia de contar la verdad, su verdad. La propia esencia de la biografía pone las cosas en su sitio, porque vehicula siempre un referente real a través de un relato, sin abolir la tensión entre esos dos polos (historia/retrato). En cualquier biografía subyace dicha tensión, y el resultado dependerá de dónde se ponga el acento: bien de una historia determinada por un discurso narrativo, bien un relato trasmisor y deudor de unos hechos.

Sin embargo, aunque no se pueda negar que la biografía toma, por ejemplo, recursos de la novela como la intriga o la descripción, esto no la convierte automáticamente en una ficción, como defienden los analistas del discurso histórico. La biografía no está obligada a utilizar forzosamente el esquema lineal y diacrónico habitual en las biografías, porque este modelo no es ni único ni forzoso de utilizar. Puede buscar otros caminos para contar la historia del sujeto biografiado, puede concentrar su vida en un día o desarrollarla en torno a determinados motivos o hechos. Porque lo que distingue a la biografía de la novela no es forzosamente ni el discurso ni los procedimientos narrativos, lo que los hace distintos es el diferente referente al que apunta el contenido de su discurso: textual e interno al texto en la novela; real, exterior y comprobable y documentable en la biografía. Por ejemplo, cuando a un biógrafo le faltan las pruebas documentales, deberá justificar los agujeros, rellenar las lagunas o explicar las deducciones o inferencias no demostradas.

Las novelas podrían simular esto mismo, y de hecho las hay que simulan ser biografías reales o que utilizan el mismo esquema de estas hasta las

propias carencias documentales, como hace Vicente Luis Mora en su novela *Fred Cabeza de Vaca*, que inventa un pintor y su vida, se inventa incluso hasta una frustrada biógrafa, Natalia Santiago Fermi, que tiene que vérselas con la problemática veracidad de la vida que pretende biografiar. Esta biografía inacabada, que es *Fred Cabeza de Vaca*, contiene, en su forma y contenido, todos los elementos y protocolos de una biografía, incluido el desiderátum de ser «la primera biografía, seria, rigurosa y documentada del artista». Encontramos la consabida presentación del proyecto, la exposición de sus objetivos y fuentes documentales, también abundan las referencias a un relato biográfico anterior sobre Cabeza de Vaca, al que Natalia Santiago, la biógrafa ficticia, se propone rebatir, y una sucesión de episodios que, desde el nacimiento a la muerte, cuenta la vida del artista, ilustrada con textos y materiales que fue recogiendo la biógrafa. Pensaríamos, por tanto, que estamos leyendo una verdadera biografía sobre un famoso artista, si el autor empírico, es decir, Vicente Luis Mora, no nos hubiera advertido al comienzo, en la nota previa, que se trata de una «ficción», de modo que no deja lugar a dudas sobre el carácter novelesco de *Fred Cabeza de Vaca*. Mora muestra sus múltiples recursos y registros, pero no ha jugado a la ambigüedad. Podría haber levantado un apócrifo a la manera de Max Aub en *Josep Torres Campalans*, o llevado la confusión del lector al máximo para manipularlo con la ilusión de un trampantojo biográfico tal como hiciese Wolfgang Hildesheimer en *Andrew Marbot*, que engañó no solo a los lectores, también a los críticos y musicólogos, que dieron por real la invención de este crítico ficticio que habría sido coetáneo de Mozart. Al contrario que estos ejemplos, Mora utiliza el dispositivo de la ficción biográfica, pero lo desactiva al anunciar el carácter novelesco de su relato desde el comienzo, pues no es el efecto del engaño el que persigue. No hay fingimiento, hay ficción. No ha querido moverse en el terreno del ilusionismo biográfico, sino en el de la imaginación verosímil.

Como en cualquier biografía, también en esta biografía ficticia, queda flotando siempre la eterna pregunta, siempre por contestar, desafío y meta de cualquiera que intente escribir una biografía, de si es posible conocer la «verdad de un hombre», como diría Maurois. En esta novela, la biógrafa aspira también a penetrar el secreto del artista, pero la verdad del hombre, el «lado existencial» de Cabeza de Vaca, se resiste a ser mostrado. Como le dirá al final del libro un amigo de Fred al editor, excusando el fracaso de la biógrafa: «La figura de Fred, ardua, polémica, talentosa y poliédrica, es difícil de reconstruir, ni siquiera sus documentos componen un retrato aproximado».

Es indiscutible que desde hace más de cien años las biografías están influidas por las técnicas de la novela. Y viceversa, como acabamos de ver en el ejemplo de Vicente Mora, las novelas pueden simular de manera ficticia los presupuestos, protocolos y elementos que se consideran propios de las biografías. Pero lo sustancial, desde el punto de vista epistemológico, es que esta influencia, incluso su denodada contaminación, no se puede traducir como una abolición de las fronteras, al contrario, toda esta suerte de juegos las refuerzan de manera paradójica, pues si la confusión y el *trompe d'oeil* funcionan y tienen carácter significativo, es porque existen las fronteras. Como es sabido, la ficción se beneficia de la «voluntaria suspensión de la incredulidad»¹⁰; es decir, el novelista cuenta o «miente» con el beneplácito del lector, que acepta gozoso ser «engañado», con tal que la mentira sea coherente, la «mentira convincente», de tal modo que el relato le abstraiga de la realidad circundante. En cambio, en la biografía la propuesta no funciona así ni esa es la disposición del lector. Ni el biógrafo puede borrar los hechos ni la realidad en que nacen ni tiene licencia para inventar un hecho sin documentar. Al contrario, ante una laguna o elipsis informativa por falta de documentación, al lector biográfico le cabe esperar dos posibilidades: que el silencio no esconda un hecho de manera deliberada o que la carencia no sea rellenada con contenidos inventados.

Existe una biografía que ejemplifica a la perfección este problema de la verdad factual como asunto insoslayable. Artur Domoslawski, periodista y reportero polaco, discípulo de Ryszard Kapuscinski escribió una biografía de su maestro, *Kapuscinski, non fiction* (2010), en la que dejaba al desnudo las artes «ficcionalizadoras» y la impostura del reportero más afamado y reconocido de esta época de grandes reporteros, cuando estaba llamado a ser posiblemente el primer premio Nobel ganado por un escritor de no ficción. Kapuscinski había montado su prestigio literario y personal de reportero, sobre la base de una sarta de mentiras que él vendió durante muchos años como verdades. Por ejemplo, inventó historias en las que había estado, y tantas veces en peligro, para contar hechos acaecidos en lugares en donde nunca estuvo... La fabulación para intensificar la realidad, pero como si se tratase de una novela. A Domoslawski no le resultó fácil descender el tupido velo de su maestro, al que admiraba por sus dotes literarias y con el que simpatizaba personalmente, pero se sintió engañado y defraudado, y no pudo parar hasta desvelar el engaño. ¡El rey estaba desnudo! Hubo voces

¹⁰ Coleridge, Samuel Taylor, *Biographia Literaria*. Barcelona, Labor, 1975, p. 52.

que trataron de exonerar y de justificar a Kapuscinski, ¿qué importancia tiene que sea invención –dijeron algunos– si al fin está muy bien escrito y nos emociona hasta embaucarnos con sus mentiras? Pero eso no funciona así, porque la emoción de un relato factual, biografía o reportaje, proviene de que los hechos narrados hayan ocurrido. Quien asume o promete el pacto biográfico está obligado a ser veraz, su responsabilidad es cumplir la promesa de no inventar, aunque para ello tenga que vencer la tentación de usar libremente la imaginación. En resumen, la ficción y la no ficción pueden utilizar recursos expresivos similares. Pero la función es siempre distinta. Parecidos, sí, pero no iguales.

2. INDIVIDUO/GRUPO

En el planteamiento estructuralista de Bourdieu la relación del individuo con el grupo producía una antinomia irresoluble, porque el predominio y la jerarquía de las estructuras sociales aplastaban e impedían la emergencia y manifestación del sujeto¹¹. Esta incompatibilidad o insuficiencia epistemológica comienza a superarse desde distintas disciplinas que reivindican la «vuelta del sujeto», pero, de manera especial, gracias a la llamada micro-historia, una tendencia historiográfica, que encontró su paradigma en la obra de Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos* (1976). A través de la vida de Doménico Scandella, alias «Menochio», un molinero del siglo xvi de la región italiana del Friuli, Ginzburg, de un modo historiográfico novedoso, va a hacer una defensa del carácter irreductible del individuo y del papel de este en los procesos históricos. La historia de este molinero, que morirá en la hoguera inquisitorial, acusado de herejía y blasfemia, de la que él mismo se defendió durante años en un par de procesos, permite al historiador mostrar cómo choca la libertad individual con el poder y sus estructuras, y cómo se enfrenta al sistema de reglas que lo sostiene. Según Ginzburg, la historia de Menochio muestra que las estructuras del poder no son omnipotentes en absoluto, sino que presentan incoherencias y fisuras a través de las cuales los sujetos pueden regatear, negociar o trasgredir las reglas. Del mismo modo que las estructuras no son férreas, los individuos no poseen todos las mismas disposiciones, capacidades o recursos, ni están sometidos

¹¹ Una edición de su texto «La ilusión biográfica» se encuentra disponible en la traducción al castellano de su obra: Bourdieu, Pierre, *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona, Anagrama, 1997, pp. 80-82.

de manera pareja ni responden de la misma manera a los mecanismos de control social.

El planteamiento de Ginzburg permite superar la dicotomía entre individuo y estructura, y muestra la manera en que se pueden retro-influir ambas recíprocamente. Menochio es sin duda un personaje singular, en un contexto y en una época única, cuyas particularidades se sustanciarán en un choque y en un conflicto, en fin, genera un caso problemático. La vida del molinero tiene la virtud de mostrar la subjetividad del individuo frente a una situación de quiebra estructural. Este caso límite representa un ejemplo valioso de cómo el conocimiento de una vida particular no puede renunciar al estudio de los condicionantes estructurales, pero también hace palmario el viceversa.

A finales de enero (2019), de Javier Padilla, sigue la senda que abrió Ginzburg, en la cual se armonizan y se enriquecen mutuamente la mirada biográfica y la histórica. Padilla hace la crónica política de los quince años, más o menos, que abarcan el tardofranquismo y los comienzos de la Transición, es decir, desde la mitad de los sesenta hasta finales de la década siguiente. En esta crónica el autor entrelaza los avatares de la contestación universitaria a la dictadura con las vidas paralelas de tres jóvenes que se encontraron en la Universidad Complutense de Madrid a mediados de los años sesenta: Enrique Ruano, Javier Sauquillo y Lola González Ruiz. Como anuncia el subtítulo, se trata de *La historia de amor más trágica de la Transición*, en la que se mezclan la política y los sentimientos, lo colectivo y lo individual, la vida y la muerte. Enrique Ruano, estudiante de la Facultad de Derecho, murió asesinado en un interrogatorio de la brigada político-social en 1969. Era militante del Frente de Liberación Popular («Felipe» para entendernos), del que formaban parte también sus compañeros de facultad: Lola González, su novia entonces, y Javier Sauquillo, su amigo. Este último moriría en 1977 tiroteado por unos pistoleros fascistas en el despacho laboralista de la calle Atocha 55, en el que fueron asesinadas cuatro personas más. El cuerpo de Javier sirvió de escudo salvador a Lola: se habían casado tres años antes. Ambos ejercían de abogados en aquel fatídico despacho. Lola sufrió graves heridas físicas y psicológicas de las que, como cuenta Padilla, nunca conseguiría recuperarse completamente.

Escribir un libro histórico-biográfico como este exige que las dos disciplinas convocadas no se interfieran ni se estorben. Tampoco sería factible, si cada una fuese por su lado, por sendas paralelas sin cruzarse. Esta modalidad historiográfica demuestra su validez, en la medida que ambos polos –el individual y el estructural– se complementen y refuercen. El conocimiento

del marco histórico general permite dibujar las posibilidades y restricciones que sufren las vidas individuales. Del mismo modo las biografías permiten conocer la dimensión humana que atraviesan los procesos históricos. La «vuelta al sujeto», con la que se recuperaba el lado biográfico que la historiografía predominante había venido negando hasta entonces (sobre todo la escuela de Annales y la historia marxista), vino a significar que el devenir histórico no era una mera suma de fuerzas autónomas, políticas, económicas y sociales, sino el resultado, también, de la acción de los individuos que vehiculan, secundan, contrarrestan o hacen fracasar los procesos. En esta corriente histórico-biográfica cabe ubicar este libro.

La dificultad de documentar, informar e interpretar los hechos del periodo analizado por Padilla, no creo que se le oculte a nadie. Como historiador, ha manejado una abundante información (archivos públicos y privados, periódicos, revistas y panfletos, documentos legales e ilegales, etc.) y ha realizado decenas de entrevistas a protagonistas y testigos de los hechos. Ha acumulado una copiosa documentación, tanta que, en algún momento, amenaza la claridad del conjunto, pero el autor, guiado siempre por un certero sentido interpretativo, sin sectarismo ni parcialidad, ha sabido sortear este peligro. Contar al unísono tres vidas, las de Enrique Ruano, Javier Sauquillo y Lola González Ruiz, y ligarlas al contexto histórico sin que nada pierda su relieve e importancia, es una tarea meritoria. Además, Padilla lo hace de manera analítica, inteligible y coherente. Nunca es fácil hacer una biografía, y menos ligarla de manera convincente al contexto colectivo de un país; pero, si se trata de tres, pueden imaginarse que la dificultad aumenta de forma exponencial. Al retratar y valorar a sus personajes, el autor acierta porque, a través de su mirada, terminamos comprendiéndoles y queriéndoles. Se mantiene a lo largo del relato una mirada de respeto, de empatía y compasión por lo que supuso su lucha. Pero no incurre en la hagiografía, pues no escatima la crítica en el plano político.

Las vidas de los tres protagonistas de *A finales de enero* ilustran las coordenadas sociales e ideológicas de los universitarios de izquierda de aquellos años. De extracción social normalmente burguesa y perteneciente por lo general al bando vencedor de la guerra, idealizaban curiosamente el mundo obrero que no conocían, y del que por orígenes sociales estaban tan lejos. Estos jóvenes burgueses aspiraban a convertirse en «profesionales de la revolución», muchas veces de manera grotesca, como nos recuerdan los personajes novelescos que Juan Marsé plasmó en *Últimas tardes con Teresa* en 1966. Eran similares a los jóvenes estudiantes de los que habla el

famoso poema de Pier Paolo Pasolini, universitarios con «caras de hijos de papá» («avete facce di figli di papà»), que en los años sesenta en Italia hacían su particular revolución enfrentándose a los policías, «hijos de los pobres» («Perché i polliziotti sono figli di poveri...»).

Cada una de estas vidas y, sobre todo, sus muertes significan y simbolizan algo distinto. La muerte de Ruano, en enero de 1969, señala y nos recuerda el oscurantismo y la represión, torpe y sanguinaria en los estertores del franquismo. La de Sauquillo, en enero de 1977, la inicial dificultad que, sin embargo, conduciría paradójicamente al éxito definitivo de la transición democrática. Por último, el destino trágico de Lola González Ruiz, muerta en enero de 2015, superviviente en una época en la que no encontró su sitio, simboliza el fracaso de la causa comunista en la política posterior a la transición. Fiel a sus principios y contradicciones no pudo o no quiso adaptarse ni reconocer las nuevas circunstancias históricas. Su figura, la menos conocida de los tres, representa un magnífico descubrimiento del autor. Lola es la «víctima» trágica. Poseída por la *hybris*, se inmola de manera consciente. Entre la desmesura trágica y la ceguera política, fue testigo de la Transición y de la Democracia sin alcanzar a comprender lo que contemplaba. Quedó fatalmente anclada en las muertes de Javier y Enrique, y tal vez incapacitada para comprender la marcha de los acontecimientos políticos posteriores. Padilla apunta en su conducta indicios de cierto desvarío: explicaba, por ejemplo, la matanza de Atocha como una conspiración de Carrillo para llevar el país al terreno de la Reconciliación nacional que él propiciaba... El desencanto político y el desencanto íntimo le hizo sentirse profundamente fracasada: haber invertido todo en una causa y obtenido tan poco. Tal vez intuyó que se habría llegado al mismo resultado sin tanto sacrificio.

Padilla cuenta las trágicas vidas de Ruano, Sauquillo y Lola González Ruiz con imparcialidad y distancia generacional, pues no había nacido todavía cuando ocurrieron los hechos que narra. Al mismo tiempo, termina por darnos una visión del antifranquismo y de la Transición que nos interroga sobre sus supuestos logros o aceptadas rémoras. Trata de ser crítico con los «revolucionarios» antifranquistas, muestra sus limitaciones o contradicciones, pero toda la crítica pasa a segundo plano por la manifiesta admiración que, desde la distancia temporal despiertan las aspiraciones de estos, en gran parte fracasadas por irreales y sectarias, el atractivo de su supuesto romanticismo... en fin también Padilla tendría sus propias contradicciones.

La idea biográfica, que trata de armonizar estos dos polos (individuo/grupo), tenidos por los historiadores tradicionales como irreconciliables,

consiste en estudiar al mismo tiempo la excepción y la regla, el caso particular y la estructura, en un doble movimiento de acoso del caso: la forma en que la excepcionalidad choca y trasgrede los condicionamientos estructurales, y la manera en que las estructuras oprimen y aplastan la particularidad¹². Para ello es preciso conocer las peculiaridades del individuo biografiado y las estructuras que condicionan sus acciones. La libertad o la lucha del individuo por afirmarlas en medio de los condicionamientos y su capacidad para enfrentarlos evitan cualquier tentación de ver en las estructuras un determinismo mecánico. La fricción entre individuo y grupo modifica y transforma ambos con resultados diversos.

3. HISTORIA/LITERATURA

Durante siglos los historiadores han ignorado o desconfiado del papel historiográfico de la biografía y de quienes la escriben. Desde este lado el menosprecio se justificaba, porque el género biográfico carecía de metodología científica y de objetividad, condición indispensable y exigible a una disciplina histórica. Tan próximas y concomitantes en tantos aspectos, ambas se desarrollaban dando la espalda a la otra. No era mejor la relación que la biografía mantenía con la Literatura, la otra disciplina sobre la que cabalga el género biográfico. La Literatura, así con mayúscula, desde la *Poética* de Aristóteles, consideraba la biografía una literatura de segunda clase, ajena a la ficción, carente de carácter artístico y sin el alcance universal, propio de la *poiesis*. Por tanto, la biografía se ha movido, se sigue y se seguirá moviendo en el futuro entre las aguas de la Historia y de la Literatura. Se puede estar de acuerdo en considerar, como hace Paul Murray Kendall, y antes lo habían también señalado Nicolson y Strachey, la biografía como la rama más humana y fuerte de la literatura: «A genuine province of literature»¹³, a condición de que no identifiquemos literatura con ficción, pues la especificidad de esta rama del arte literario está basada en hechos comprobados documentalmente (v. supra). La atadura y la restricción con que los hechos obligan a los biógrafos a la hora de construir su relato les impiden disfrutar de la libertad de los novelistas. Como creadores del mundo que narran, los novelistas pueden verbalizar o expresar, por ejemplo, los pensamientos más secretos o las derivas subconscientes en que se pierde el personaje. A

¹² Pereira, Alexander, «Notas para jugar...» *op. cit.*, p. 115.

¹³ Kendall, Paul Murray, *The art of biography*. New York, Norton & Co., 1985, p. XIII.

los biógrafos, por el contrario, esto no les está permitido. No pueden, como hacen los novelistas, explorar los recuerdos ni meterse en la mente del biografiado, porque, salvo licencia biográfica, el foco informativo tiene que ser necesariamente externo.

En este sentido la biografía escenifica el conflicto entre literatura e historia, y ninguno de los dos géneros mayores muestra especial aprecio por este tercer género en disputa. La Historia ha mirado con desdén a la biografía, porque «sólo se ocupa de vidas concretas». Según este axioma, la ciencia histórica trataría de cosas de más calado. Por su parte, la literatura ha ignorado la biografía y, por lo general, la presencia de la biografía en las historias de la literatura en tanto que género literario específico es discreta. Su presencia está subordinada al conocimiento de la vida de los grandes autores.

La biografía fue considerada la pariente pobre de la Historia, lo que delata prejuicios supremacistas de los historiadores, porque, si la historia se ha encargado de estudiar las estructuras sociales, políticas o económicas, en que se ha desarrollado la vida de los hombres, la biografía ha puesto el foco en el estudio de las personas concretas y en su circunstancia particular. La biografía ha terminado, como hemos visto en el epígrafe anterior, por humanizar la Historia en las últimas décadas. Mientras el historiador se concentra en lo que era común a los hombres coetáneos, el biógrafo se fija y, en cierto modo, exalta aquello que los diferencia y los hace únicos.

La misión de la biografía es, según Kendal, perpetuar los seres humanos como si aún existiesen, dándoles nuevamente vida: «La labor de un biógrafo es perpetuar un hombre tal como era cuando estaba vivo –volverlo otra vez a la vida–»¹⁴. Es decir, sería una suerte de prosopopeya o resurrección, con la dificultad que conlleva un ejercicio de este tipo, según el cual se da vida a un muerto¹⁵ (Jarnés, 1929). Ante este problema de difícil solución, Leon Edel considera que el objetivo debe ser hacer hablar a su personaje con su voz y hacerle actuar con sus propias motivaciones, de forma que el yo íntimo y oculto emerja¹⁶.

Todas estas opiniones resultan respetables a condición de que no se olvide que esa vida que se pretende «resucitar» debe estar perfectamente

¹⁴ *Ídem*.

¹⁵ Jarnés, Benjamín, *Sor Patrocinio. La monja de las llagas*. Madrid, Espasa Calpe, 1929.

¹⁶ Edel, Leon, *Vidas ajenas. Principio Biographica*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1990, pp. 23-25.

fundamentada, para lo que no basta disponer de una documentación exhaustiva. Virginia Woolf, al referirse a la dificultad del trabajo biográfico, lo comparó a la pretensión de fundir el «granito» (de los hechos) con el «arco iris» (del relato literario). Woolf reivindica la biografía como un género mixto, en el que deben unirse el arte del literato para narrar y la fiabilidad del historiador para atenerse a los hechos comprobados. A juicio de la escritora inglesa, el problema estriba en la incompatibilidad de la verdad cognitiva de la realidad histórica y la verdad artística del discurso literario. Y lo más problemático para la escritora inglesa es precisamente la necesidad o el imperativo que pesa sobre la biografía de tener que mezclarlas¹⁷.

La biografía aspira a articular la información documental, la deducción lógica de esa información y el uso de la imaginación narrativa para dotar de orden y sentido a los datos. En ocasiones, cuando existen lagunas o agujeros informativos, los biógrafos están tentados de rellenarlos o de tomarse ciertas licencias. En otros tiempos esta mixtura se podría entender como una lacra o una limitación, pero, desde la influencia del modernismo anglosajón, antes que una limitación, se aprecia como un elemento de valor añadido, siempre y cuando esto no suponga la sustitución del obligado compromiso de verificación. Basta leer las biografías de *La reina Victoria*, de L. Strachey, o *Josep Fouché*, de S. Zweig, como ejemplos del equilibrio o arte de la biografía moderna, para entender que es posible hermanar una documentación exhaustiva de carácter histórico sin renunciar a los recursos y argumentos narrativos propios de la mejor novela.

La cuestión del estatuto literario de la biografía es un debate que viene de lejos y que resulta a veces, ¿por qué no decirlo?, un tanto bizantino. A esta cuestión se le pegó posteriormente un concepto posmoderno que, por su generalización acrítica, ha hecho estragos en algunas biografías: la idea de que éstas eran ficticias al mismo nivel que podían serlo las novelas. Como se ha dicho, la polémica sobre la especificidad histórica o literaria de la biografía no es nueva, pero cobra actualidad en el siglo xx. Arranca sobre todo del concepto de «biografía novelada», que introdujo A. Maurois para referirse a determinados ejemplos de biografía artística, representativos del nuevo modo de escribir vidas¹⁸. Sin embargo, ni Maurois ni los «nuevos» biógrafos identifican su arte con la invención. Consideran que la biografía puede y

¹⁷ Woolf, Virginia, «La nueva biografía», *Memoria. Revista de estudios biográficos*, nº 3, 2007, pp. 194-198.

¹⁸ Maurois, André, *Aspectos de la biografía... op. cit.*, pp. 1278 y ss.

debe utilizar los recursos narrativos de la novela, pero sin que eso quiera decir que esté legitimada para introducir hechos o datos no comprobados. Con respecto a esta cuestión, Harold Nicolson apostilla que «lo esencial de la buena biografía es la veracidad [...]. El valor de cada historia depende de su veracidad. Una historia es un cuadro, o de un individuo o de la naturaleza humana en general. Si es falsa, es un cuadro de la nada»¹⁹.

El problema reside en la utilización del término «ficción» con un sentido amplio y ambiguo, que se debería especificar en cada caso. Entorno a esta cuestión subyace un prejuicio que sitúa las obras de ficción por encima de las de no-ficción. El crítico que quiere concederle categoría literaria a la biografía se ve obligado a desnaturalizar el género convirtiéndolo en lo que en realidad no es ni puede ser. Está claro que para algunos críticos la literatura con mayúsculas solo corresponde a las obras de ficción. Si la biografía no es ficción, entonces es un género histórico, espurio e inferior, de segunda categoría. Pero como ha demostrado Dorrit Cohn ni es posible parangonar la referencialidad de los llamados géneros factuales con la de los géneros ficticios, ni existe una jerarquía de éstos sobre aquéllos en función del distinto tipo de referente que vehiculan²⁰.

Leon Edel puso las cosas en su sitio: «La biografía no puede ser una rama de la ficción, puesto que maneja hechos comprobables y palpables, como mucho especula sobre estos hechos como hace la crítica [...]. La única similitud que se puede establecer con la ficción es que utiliza formas existentes en la narrativa, pero no son privativas de ella»²¹. La biografía admite, como la novela y otros géneros literarios, experimentos formales y diseños novedosos a la hora de contar las vidas ajenas, pero esto no quiere decir que hace ficción ni inventa. La forma de contar no socava la veracidad de los hechos documentados, al contrario, una narración adecuada les da presencia plástica y fuerza.

Aunque Maurois es el responsable de haber introducido el término «biografía novelada», culpable, como dije anteriormente, de tantos equívocos y errores, tiene el mérito de haber dejado muy claro su desacuerdo con respecto a este otro concepto de la «ficción» aplicado a la biografía. En sus *Memorias* afirma de manera rotunda: «El biógrafo no tiene derecho a inventar un solo hecho, una sola frase, aunque puede manejar materiales

¹⁹ Nicolson, Harold, *The Development of English Biography...* op. cit., p. 82.

²⁰ Cohn, Dorrit, *Le prope de la fiction...* op. cit., pp. 35 y ss.

²¹ Edel, Leon, *Vidas ajenas...* op. cit., p. 151.

auténticos como si de una novela se tratase». A juicio de Maurois, el biógrafo debe estar preocupado, antes que, por los fines artísticos de su relato, por la búsqueda «audaz» de la verdad y por captar la complejidad de su personaje. Pero advierte las dificultades que tiene delante de sí el biógrafo moderno, si quiere alcanzar los elevados objetivos artísticos y científicos: «Exigimos a la biografía los escrúpulos de la ciencia y los encantamientos del arte, la verdad sensible de la novela y las sabias mentiras de la historia. Es precisa mucha prudencia y tacto para dosificar esta mezcla inestable»²².

Para comprender correctamente esta propuesta artística, que se propone combinar el principio de realidad y el del placer, hay que situarla en su devenir histórico. El modelo precedente a la biografía moderna es el de la biografía victoriana e historicista, caracterizada por una exhaustiva documentación y por un sobrio y plano estilo narrativo de corte notarial. Es justamente en relación a este precedente con respecto al cual la biografía se legitima en su aspiración a innovar formal y estructuralmente la manera de contar, acercándose al estilo de la novela de principios del siglo xx. Este impulso innovador en lo lingüístico es lo que confundió a más de uno que pudo entender que estar legitimado para utilizar los recursos narrativos de la ficción era tanto como estar libre para «hacer ficción» o para inventar allí donde faltaba documentación, y donde se podía entender que una versión inventada era mejor que otra documentada.

Pero el sentido común ha prevalecido en historiadores y críticos literarios que han mantenido la cordura en las décadas en que el relativismo y la confusión posmodernas han hecho estragos en la literatura crítica. Kendall, por ejemplo, en su trabajo ya citado sobre el «arte de la biografía», ha destacado con su equilibrada posición que no descuida ninguna de las dos instancias de la biografía, la histórica y la literaria²³. Este historiador y biógrafo defiende que la biografía puede disponer de las mismas posibilidades narrativas que la novela en cuestiones de modo, persona, punto de vista y tiempo. Pero de manera inevitable debe someterse a las mismas restricciones y obligaciones que la historia. Dicho de otro modo, la posible imaginación debe estar contenida por la naturaleza histórica de la empresa. Debe circunscribirse al hecho hasta donde el hecho le es conocido. Pero también deberá ser juzgado por la habilidad con la que maneje las artes narrativas dentro de las condiciones prescritas por la historia.

²² Maurois, André, *Aspectos de la biografía...* op. cit., p. 1288.

²³ Kendall, Paul Murray, *The art of biography...* op. cit.

Tradicionalmente se vinculó la verdad de la biografía con la certeza de los datos, y la expresión elegante fue sólo un elemento al servicio de la transmisión del saber. Con el nuevo paradigma que introducen Strachey y sus seguidores, se entiende que el estilo puede ser también un medio de acceso, por intuición, al conocimiento más íntimo del personaje. Por eso, para éstos la forma biográfica es el lugar donde se juega la interpretación y el juicio de una biografía. Y es justo en esta hipérbole de la importancia del estilo, en donde se encuentra el origen de muchos de los excesos posteriores.

En escasas ocasiones las biografías clausuran la interpretación de una etapa histórica, al contrario, suelen abrir los procesos históricos infinitamente. La aportación de nuevos datos o la revisión o reinterpretación de los hechos impiden que tengamos relatos biográficos definitivos o cerrados. Incluso los historiadores, que han sido a veces muy reacios a reconocer el valor de las biografías, han terminado, como vimos arriba, aceptando su utilidad histórica y social. En el siglo xx, a pesar de los recelos de los historiadores hacia la biografía, muchos historiadores han reconocido el valor de las biografías para recuperar o revisar, según los casos, la trascendencia de ciertas vidas de personalidades de la política o del poder para restablecer la verdad, para reconocer o reparar el descrédito de su proceder público, el valor moral o inmoral de esas vidas y, por extensión, de la época o escena histórica en que se inserta esta vida. Tal vez con un ejemplo se pueda ilustrar mejor esta idea. Cuando Zweig escribe *María Antonieta* no solo nos muestra la vida íntima o privada de la reina, sino que revisa de manera inevitable y crítica un aspecto de la Revolución francesa como fue la violencia cruel y desmedida que se atestigua al contar la muerte de la reina. La tragedia que le aguardaba (y le pillaría desprevenida) sirve al biógrafo para poner en entredicho este aspecto de la época revolucionaria por el que se desmoronó un mundo entero y se llevó consigo al personaje. La pregunta queda flotando a través de las vicisitudes corridas por María Antonieta: ¿era necesaria tanta crueldad?

4. SUBJETIVIDAD/OBJETIVIDAD

Una de las objeciones que se le hace a la biografía, sobre todo desde el campo de la Historia, es la subjetividad implícita al género. Para los historiadores el género biográfico no puede alcanzar el rango científico toda vez que adolece de una doble subjetividad: la del biógrafo y la del sujeto biografiado. Desde un cierto punto de vista historiográfico el biógrafo sería un cómplice del personaje y trataría de dotarlo de una coherencia que no

estaba en los hechos o acciones de este. Superar esa dicotomía de la imposible objetividad exige en palabras de un historiador: «Objetivar la subjetividad y subjetivar la objetividad»²⁴. Si la objetividad resulta inasequible, la aceptación y exposición de la subjetividad convierte la veracidad en la guía del trabajo biográfico. Dicho de otro modo, la subjetividad es consustancial e inevitable a la biografía, y la objetividad, inalcanzable. En consecuencia, se trataría de sacar la subjetividad del ámbito individual y dotarla de significado colectivo. De este modo lo subjetivo pierde la connotación peyorativa para convertirse en un valor de conocimiento²⁵. No se puede ignorar que el biógrafo está, a la fuerza, implicado en el campo del biografiado, y de esa interrelación resulta transformado, del mismo modo que el historiador transforma el objeto al estudiarlo. «Este proceso de retroalimentación circular ridiculiza cualquier presunción de conocimiento objetivo. El conocimiento no tiene como objetivo al otro; tiene como objeto la interacción inextricable entre observador y observado»²⁶. En conclusión, el biógrafo, que se mueve entre la subjetividad inevitable y la objetividad imposible, tiene que aprender a convivir con esa contradicción.

En realidad, tanto el texto de una biografía como quien la firma se postulan como objetivos e imparciales con respecto a la persona que tratan. Pero, como se acaba de esbozar, del dicho al hecho hay mucho trecho, y de esta divergencia surge la contradicción. En la medida que el narrador de una biografía no forma parte del relato, salvo en incursiones y presencias más o menos puntuales o continuas, como ocurre en el *quest* y en la *bioficción*, podría observar de modo distante, distinto y ajeno, al biografiado. Debería ser, en consecuencia, un juez ecuánime y un cronista objetivo, porque está mejor situado para serlo que el autobiógrafo que es juez y parte. Por lo mismo, se puede sentir más libre para valorar al personaje; está facultado para conocerlo de forma precisa, porque su relato se basa en documentos, investigaciones y diferentes testimonios, que, al menos, deberían permitirselo. Sin embargo, esta misma información, con el aval de los documentos y del archivo, puede servir también para enmascarar su parcialidad o para justificar la falta de objetividad a la hora de juzgar al biografiado. También escondería que el trabajo del biógrafo comienza realmente en el momento

²⁴ Dosse, François, *La apuesta biográfica. Escribir una vida*. Valencia, PPV, 2007, p. 213.

²⁵ Pereira, Alexander, «Notas para jugar...» *op. cit.*, p. 111.

²⁶ Ferrarotti, Franco, «Sobre la autonomía del método biográfico», en Marinas, José Miguel y Santamaría, Cristina (ed.), *La historia oral: métodos y experiencias*. Madrid, Debate, 1993, p. 121-128.

de la elección del personaje. Normalmente esta elección está motivada por la admiración o el rechazo que, desde antes de comenzar el trabajo, despertaba ya el personaje. Porque evidentemente nadie comienza a escribir una biografía sin conocer a su personaje.

Por otra parte, la supuesta objetividad biográfica está en muchas ocasiones dirigida a mostrar una idea que se tiene previamente del personaje o para demostrar una tesis. Y esto es tanto menos evitable, cuando se contempla al personaje, ya desde el minuto uno, sometido y solo explicable desde una determinada perspectiva o línea de fuerza, que marcaría la vida y la obra y serviría para explicar ambas. Por muy imparcial y por objetivo que pretenda ser, la biógrafa o el biógrafo, por fuerza, analizan o comprenden a su personaje a partir de su propia ideología y de prejuicios de todo tipo: personales, morales, políticos o religiosos. Es decir, están inevitablemente condicionados por el conjunto de valores y querencias en que se funda su identidad personal, que podría coincidir o no con los de su personaje, dando lugar a una serie de coincidencias o divergencias dignas de ser analizadas para ver qué tipo de subjetividad sostiene la imagen que se transmite del biografiado²⁷. En consecuencia, la objetividad es una meta prácticamente imposible de lograr, pero en cualquier caso esto no significa que el biógrafo deba mostrarse indiferente u hostil con el biografiado. Su postura debe ser de empatía con el personaje, pero desde la independencia. Debe ser consciente de la influencia positiva o del peligro que pueden entrañar las relaciones con su biografiado para la suerte o el fracaso de su tarea.

Las intensas relaciones que se pueden llegar a establecer entre el biógrafo y su sujeto, son decisivas para la objetiva subjetividad del resultado. Si el sujeto le gusta, se le impone de tal modo que se deja llevar completamente por él. Sería el caso del biógrafo sumiso que ha interiorizado el interés por el biografiado hasta depender de él. Si no le gusta, el riesgo es convertir al biografiado en la suma de los males y vilezas humanas. En dicho caso el biógrafo se muestra inmisericorde con él, lo desprecia o lo injusticia. Estas son las dos formas extremas de relación y ambas son por igual desaconsejables y perniciosas. Claro que, como apostilla un crítico, «puede decidir que, como la mayoría de los seres humanos, su héroe era una mezcla de grandezas y debilidades, pero esto es también una interpretación»²⁸. La porfía

²⁷ Lejeune, Pierre, *Je est un autre...*, pp. 77-79.

²⁸ Bowen, Catherine Drinker, *Biography: The Craft and the Calling*. Toronto, Atlantic, 1968, p. 46.

de la objetividad exige una distancia adecuada y crítica con el biografiado. No se trata ni de esconder hipócritamente los defectos ni de mostrarlos de manera escandalosa; del mismo modo no se trata tampoco de airear los éxitos y logros, ni de magnificar los méritos elevándolo a una categoría cuasi divina. La objetividad biográfica deseable es aquella que coloca al personaje al nivel del hombre para poder comprender sin complacencia sus defectos.

5. CONTINUIDAD/DISCONTINUIDAD

Cada uno de nosotros tiene una experiencia similar de la vida, como conjunto de hechos discontinuos, fragmentarios, incoherentes y hasta simultáneos que avanzan en medio del caos en distintas direcciones y con objetivos diferentes y hasta contradictorios. En fin, la vida desde esta perspectiva, se nos presenta como un galimatías difícil de entender y hasta de retener. En cambio, cuando tratamos, en la vida «escrita», de recordar de manera retrospectiva estos mismos hechos, vividos en el fragor acelerado en que se sucedieron, y de los que conservamos solamente restos, desconectados entre sí en la mayoría de los casos, tratamos de meterlos en un orden cronológico lineal y explicativo, de buscarles una causalidad mecánica, y dirigirlos a un fin lógico, que incurre en una más que posible falacia teleológica. Al fin tratamos de darle una coherencia y un sentido a la vida, que estuvo ausente en esta mientras la vivíamos. Ya lo había advertido Benjamín Jarnés en la «Nota preliminar» a *Sor Patrocinio*: «La vida es incoherente. Pedimos que una biografía no lo sea, que estructure, que intente estructurar lo que tantas veces fue fruto del acaso...»²⁹.

Allí donde el relato biográfico tradicional impone una continuidad cronológica lineal, que consecuentemente le aboca al teleologismo, la experiencia humana no reconoce más que una discontinuidad, llena de lagunas temporales y sin tener una dirección clara ni determinada. El biógrafo convierte los restos del naufragio de la vida ajena en pruebas inequívocas del vivir. Da coherencia y continuidad allí, donde solo había logrado recoger pecios en un desorden caótico; para ello selecciona hechos, los analiza, los trata de interpretar y darles sentido en un relato. Porque, en ningún caso, la biografía podría ser «un cuento contado por un idiota, lleno de ruido y furia, que no tiene ningún sentido» (*Macbeth*, V.v). Al contrario, la biografía debería valorar

²⁹ «Nota preliminar» de: Jarnés, Benjamín, *Sor Patrocinio...* op. cit.

críticamente los datos obtenidos y utilizados, establecer las hipótesis que trata de probar y ofrecerlas con un orden comprensible.

Con este material archivado, tiene que vérselas el biógrafo, y por exhaustivo que sea siempre resultará incompleto e insuficiente. Inevitablemente, si quiere hacer de ese amasijo de datos informes algo legible, tiene que hacer uso de técnicas narrativas similares a las del novelista. Estructura los hechos, los organiza en capítulos, efectúa cortes y paradas en el continuo del vivir, dosifica la información y le da más o menos velocidad al tiempo del relato. Porque la clave del desafío biográfico en este nivel es que no solo debe contar la vida, sino que debe mostrarla o evocarla.

¿Es posible abarcar en un relato la vida entera de una persona? ¿Con sus recovecos, laberintos y pliegues? ¡Qué despropósito! So pena de una ingenuidad angelical, los lectores juzgarán este objetivo como un desvarío. Del mismo modo que resulta ilusorio pretender abarcar la totalidad de una vida, no lo es menos pretender dotarla de un único sentido. Dice F. Dosse, y ningún biógrafo debería desconocerlo, que «el significado de una vida nunca es unívoco, sólo puede declinarse en plural, no sólo por los cambios que implica la travesía del tiempo, sino también por la importancia que se debe conceder a la recepción del biografiado y de su obra»³⁰. Hallar o buscar el significado de una vida puede ser contraproducente, si no se realiza con el convencimiento de que todo debe ser entendido como una hipótesis interpretativa o como un intento de entenderla muchas veces condenado al fracaso.

Estas son las principales contradicciones del género biográfico y los correspondientes mecanismos o estímulos que provocan en los biógrafos. El tópico más manoseado por la crítica recelosa de las posibilidades de la biografía, a la que juzgan en el mejor de los casos un ejercicio ingenuo, trata de convencernos de que escribir la vida de una persona es una tarea imposible. Tal vez por eso, en la práctica, la realización de una biografía tenga mucho de reto intelectual y constituya una meta, que no ignora sus obstáculos y trampas. Y sin embargo el reto sigue tentando por igual a todos los biógrafos, a los ingenuos y a los críticos, a los crédulos y a los descreídos. Como un rito que se renovase sin cesar, cada generación o época tiene necesidad de dejar escrita la vida de sus contemporáneos más ilustres o emblemáticos. Aún más, no sólo la de sus contemporáneos, también la vida

³⁰ Dosse, François, *La apuesta biográfica... op. cit.*, pp. 376-377.

de aquellos que ocuparon un eslabón destacado en la cadena histórica, es decir, personalidades fuertes y poliédricas que desde el pasado nos siguen interrogando e intrigando con su secreto. Pretender conocer la complejidad de los hombres, sus motivaciones y decisiones más recónditas quizá sea un deseo ilusorio, pero no por eso es menos estimulante.

En definitiva, el arte de la biografía consiste en reconocer y armonizar los polos contradictorios. El éxito o el fracaso estarán siempre a la altura de este reto. El género biográfico tiene más de dos mil años de tradición escrita, sin embargo, una de las líneas de la reflexión sobre ella ha consistido en declararlo un ejercicio imposible, poco menos que una maniobra de magia frustrada, que se obstinase en resucitar a un muerto. Pero no por esto se han dejado de escribir biografías. Estas han cambiado al ritmo de las modas y de los tiempos, de la fe o del escepticismo de cada momento, pero ha permanecido el mismo o similar desafío, señal inequívoca de que el ser humano no puede prescindir de conocer a los demás ni de conocerse a sí mismo.

COMPRENDER LAS BIOGRAFÍAS: EL GÉNERO Y SUS ARQUETIPOS¹

Birgitte Possing
Universidad de Copenhague

1. LAS BIOGRAFÍAS COMO TEMA DE DEBATE PÚBLICO

Las nuevas biografías son con frecuencia objeto de intenso debate público. Así ha ocurrido en los países nórdicos con las biografías de algunas de nuestras figuras más famosas del ámbito nacional e internacional: el filósofo danés Søren Kirkegaard, por ejemplo, el estadista Olof Palme y la escritora Astrid Lindgren, ambos suecos y, por parte de Noruega, el dramaturgo Henrik Ibsen. Todos ellos, célebres iconos culturales y políticos cuyas biografías han suscitado un notable revuelo, tanto de entusiasmo como de decepción. El público reacciona vehementemente si aparecen grietas en la imagen esperada de un icono cultural, y prorrumpe en largos e intensos aplausos cuando una nueva biografía confirma los mitos conforme a lo acostumbrado. Por consiguiente, el vínculo entre la Historia y la biografía es estrecho: todas las historias sobre las vidas de los hombres y mujeres ya fallecidos se enmarcan bajo el epígrafe «estudio del pasado». Se convierten en parte de la historiografía. Este artículo se centra en la biografía como manifestación de un debate cultural en curso sobre la forma de retratar iconos nacionales, como un campo de estudio histórico, como una disciplina descompensada desde la perspectiva de género, y como un género que puede dividirse en arquetipos narrativos. Los resultados de la investigación

¹ Este capítulo ha sido traducido del inglés por Victoria Gordo del Rey.

que aquí se presentan aparecen desarrollados en mi libro *Understanding Biographies. On Biographies in History and Stories in Biography* (2017).

El objetivo del libro era descubrir la esencia de la biografía histórica como género. La biografía debería considerarse un componente importante de nuestra herencia e historia cultural, un género con su propia historia, crítica y ética. Pero este «paquete total» parecía constituir una especie de enigma, al que yo traté de quitarle algo de envoltorio superfluo. Esto implicaba una perspectiva general y otra específicamente profesional. Desde una perspectiva amplia, el mercado abunda en biografías, que los lectores devoran y a los medios les encantan; visto desde una perspectiva específicamente profesional, no obstante, críticos y académicos todavía mostraban cierta aversión por el género y podrían por tanto adoptar una actitud algo condescendiente. Esta paradoja había situado al género en un extraño terreno de disputa teórica. Pero la biografía es un género que puede definirse por derecho propio, y diferente de la autobiografía, el libro dialogado, las memorias y la novela. Esta es la razón por la que me he centrado en la biografía. Entendí el interés en la biografía como un elemento de democratización en una comunidad globalizada. Por medio de la biografía hemos dado, a un número cada vez mayor de individuos, un lugar en la historia, una voz, visibilidad y una respuesta contemporánea, que puede a su vez hacernos pensar sobre lo que como individuos podemos contribuir, aprender, vivir o cambiar en la cultura de la que formamos parte. El renacimiento biográfico es el *zeitgeist* individualista que llevamos viviendo desde el cambio de milenio, y que es una consecuencia lógica del derrumbamiento de las grandes ideologías de finales del siglo xx. A través de las biografías nos orientamos en nuestra vida y anhelos humanos específicos, éxitos o fracasos, proyectos, sueños y esperanzas. Deberíamos por tanto guardar a la biografía el debido respeto a la hora de definir y analizar la biografía histórica como un género y presentar algunos recursos que sirven de medio para entenderla. Esto es lo que yo he tratado al identificar las tradiciones que por largo tiempo llevan aplicándose a la escritura y lectura de biografías a escala internacional, así como al reflexionar sobre las biografías, su género, arquetipos, tradiciones narrativas, crítica y ética durante los últimos treinta años.

2. ¿LA BIOGRAFÍA COMO HISTORIA O COMO LITERATURA?

Una comprensión de la biografía como ingrediente en la lucha de una nación o de una cultura por construir una imagen propia es de gran valor para el

trabajo de académicos y biógrafos. Las biografías convierten a sus protagonistas en iconos simplemente contando estas vidas e instalándolas en el imaginario colectivo. Este debate lleva teniendo lugar desde la Antigüedad: ¿es la escritura de una biografía una cuestión de comprender estructuras y personalidades históricas? ¿O es cuestión de entender las claves del retrato literario? En el siglo xx, distintos académicos en el campo de las humanidades y biógrafos han abordado lo que los biógrafos literarios repetidamente han venido denominando la *nueva biografía*². Pero no ha sido hasta el siglo xxi cuando hemos empezado a dar pasos, necesariamente lentos y dubitativos, hacia la reflexión sobre la metodología y la teoría de cómo la biografía puede historizar la *agencia humana*³. Debido a su reputación de género sangriento y caníbal⁴, los académicos –excepto en el Reino Unido– han considerado el género con cierto menosprecio. Durante muchas décadas, y debido a muchos años de pensamiento e historiografía estructuralista, hemos sido reticentes a reflexionar sobre la metodología y la teoría de cómo se construyen las biografías, y de cómo evaluarlas: esto hizo que el género se hallara en un vacío crítico, como un paria metodológico. Esta reticencia está desapareciendo al convertirse una vez más la biografía en un elemento de la historiografía.

La democratización, la globalización, y el derrumbamiento de las grandes ideologías dieron un lugar en la historia a un número cada vez mayor de individuos, creando así la necesidad de reevaluarlos en relación con nuestros recuerdos nacionales y culturales colectivos. Las biografías se convirtieron en voces, generando nuevo conocimiento sobre nuestra cultura. El *zeitgeist* individualista nos ha inducido a pensar cómo deberíamos entender los anhelos, racionales e irracionales, las creencias, las dudas, las derrotas y victorias, los sueños y proyectos, tanto a nivel individual como en relación con la sociedad entendida como un todo. De nuevo, los iconos culturales

² Woolf, Virginia, «The Art of Biography», *Collected Essays*, vol. 4. London, Hogarth Press, 1939; Margadant, Jo Burr (ed.), *The New Biography: Performing Femininity in Nineteenth-Century France*. Berkeley, University of California Press, 2000; Dion, Robert y Regard, Frédéric, *Les nouvelles écritures biographiques. La bigorne écrivain dans les réformations contemporaines*. Lyon, ENS Éditions, 2013.

³ Hamilton, Nigel, *Biography. A Brief History*. Cambridge, Harvard University Press, 2007; Klein, Christopher (ed.), *Handbuch Biographie. Methoden. Theorien. Traditionen*. Stuttgart/Weimar, Verlag J.B. Metzler, 2009; Caine, Barbara, *Biography and History (Theory and History)*. London, Palgrave Macmillan, 2010; Possing, Birgitte, «The Historical Biography», en VV.AA., *Encyclopedia of Social and Behavioral Sciences*. Oxford, Elsevier, 2001, pp. 1213-1217; Possing, Birgitte, *Understanding Biographies. On Biographies in History and Stories in Biography*. Odense, University Press of Southern Denmark, 2017.

⁴ Rollyson, Carl, *Essays in Biography*. New York, iUniverse, 2005.

nacionales han empezado a valorarse como personalidades que construyen historia. Vemos al individuo como una persona específica. Al mismo tiempo, magnificamos a este individuo contando su historia y otorgándole un rol como parte de la historia de las raíces nacionales de un país, convirtiendo de este modo a las biografías en relatos e interpretaciones complejas de las historias nacionales. Como académicos inquisitivos, se nos presenta el reto de investigar cómo. En este aspecto, merece la pena tratar la biografía como un enfoque interdisciplinar, y también como un género.

3. ¿QUÉ ES UNA BIOGRAFÍA?

Una biografía es una *historia sobre una vida y también una interpretación de una vida*⁵. No es ficción, sino una descripción de una vida real, vivida, de un personaje principal, al que llamamos protagonista, escrita o contada por otra persona: el biógrafo. Así de sucintamente puede describirse la biografía como género. Es la doble naturaleza de la definición la que presenta un intrincado desafío. Una biografía no es sencillamente una historia que sigue el rastro que el protagonista ha dejado tras de sí. También es siempre una interpretación de una vida, una reconstrucción o, en otras palabras, el relato de una vida. Hay muchas formas de contar, entender, interpretar y seguir el rastro o analizar a una figura real, una persona de verdad, del sexo masculino o femenino, alguien que ha vivido una vida real y ha dejado su huella en nuestra historia colectiva. Al mismo tiempo, la biografía histórica también constituye una de las muchas formas de contar la historia. Escribir sobre la persona o escribir sobre historia es una cuestión que lleva siglos mortificando a los historiadores. Escribir sobre ambos simultáneamente estuvo por primera vez en boga en el siglo xx con las grandes biografías de vidas y épocas que situaban al personaje histórico dentro de un contexto más amplio. Montar en los dos caballos a la vez, por así decirlo, no hizo las cosas más fáciles. Tradicionalmente, el escritor ha adoptado un enfoque o el

⁵ *Bio graphein*, del griego, significa escribir una vida. En los últimos años hemos asistido a un renacimiento repleto de autobiografías, memorias y, en concreto, infinidad de escritos sobre vidas, relatos sobre vidas e historias sobre vidas de personajes desconocidos, históricamente anónimos, de ambos sexos, además de biografías colectivas. El interés especial en las historias de la «vida real» ha crecido hasta el punto de representar un amplio y complejo campo en el que intervienen la historia, la literatura, la etnología y la antropología –pero ese campo no es el tema de este libro–. Esta tendencia, no obstante, me lleva a señalar que existe un mundo de diferencias entre las autobiografías y las biografías sobre las vidas de otras personas.

otro: al optar por la persona, el personaje principal se situaría en el centro de la narrativa histórica, en lugar de ocuparlo un análisis en profundidad de las relaciones de poder, estructuras y acontecimientos históricos; al elegir la historia, los personajes y, en concreto, la figura individual, desempeñarían un papel menor. Hoy en día, sin embargo, las biografías y el género biográfico no pueden caracterizarse por este tipo de enfoque mutuamente excluyente. Como el escritor, crítico y catedrático noruego de Lengua Inglesa, Tore Rem, escribió en el *Anuario Literario Noruego* de 2011: «Escribir biografía es escribir Historia. Pero la biografía es también un género, un género que pone al biógrafo frente a unos determinados requisitos y desafíos. Escribir biografía no es simplemente escribir un tipo de historiografía. Y, no obstante, escribir biografía es inevitablemente construir historias sobre el pasado, escribir Historia». La biografía es por tanto un género complejo, una complejidad que también la hace controvertida para muchos –historiadores, literatos, especialistas, críticos y lectores por igual–. ¿Existe una forma «correcta» de interpretar las historias biográficas?

Sea el biógrafo un historiador, literato, antropólogo, periodista o cualquier otra cosa, la cuestión que se plantea es: ¿cómo escribir la vida de otro? ¿Existe una forma correcta o errónea de escribir biografía? Si se enmarca en el contexto de una cantidad de fuentes de información suficiente, ¿trasladará una biografía una imagen autorizada de una persona histórica? Y, ¿debería hacerlo? ¿O acaso una biografía nunca es la verdad, sino más bien el resultado del juego pedagógico del biógrafo con las verdades y mentiras del biografiado? ¿Qué papel desempeñan las fuentes, los archivos privados y la documentación en la escritura de la biografía histórica? En 1939, cuando evaluaba los documentos dejados por su amigo Roger Fry para escribir su biografía, Virginia Woolf no quería escribir historia, sino retratarle a él. Esto no obstante le resultó difícil, y su quejoso interrogante ha sido desde entonces citado por innumerables biógrafos del mundo entero: «¿cómo puede uno construir una vida a partir de seis cajas de cartón llenas de facturas de la sastrería, cartas de amor y viejas tarjetas postales?»⁶. La pregunta era y continúa siendo la cuestión clave para todos los biógrafos: las fuentes disponibles, la interpretación por la que optar, la historia a contar.

⁶ Virginia Woolf a Vita Sackville-West, 3 de diciembre de 1939, en Nicolson, Nigel y Trautmann, Joanne (eds.), *Leave the Letters Till We're Dead. The Letters of Virginia Woolf. Vol. VI: 1936-1941*. London, The Hogarth Press, 1980, p. 374.

En su antología de ensayos, Virginia Woolf introdujo el concepto de *La Nueva Biografía*, en referencia a la biografía histórica profundamente interpretativa, que difería de la anticuada, prolija y coherente biografía narrativa del siglo anterior. En su día, la nueva biografía debía adoptar una postura, permitir la autointerpretación y dejar de creer que podía ofrecer una descripción infalible del «hombre», sus hechos y su tiempo. Setenta años más tarde, en 2000, la americana Jo Burr Margadant reintrodujo exactamente el mismo concepto, *La Nueva Biografía*, pero esta vez con un significado completamente distinto. No mencionaba en ningún momento a Virginia Woolf, sino que se refería a la «revolución epistemológica» de la teoría post-modernista en virtud de la cual todos los aspectos de los estudios culturales debían cuestionar cómo se ha creado, reconstruido y narrado la identidad. Argumentaba que el «objeto de la biografía ya no es una identidad coherente, sino una identidad que presenta una impresión de coherencia o bien un individuo con múltiples identidades»⁷. Sin embargo, el reconocimiento de que la identidad y los actos de un individuo no van necesariamente de la mano no era tan nuevo como Margadant creía. En el siglo xvi, el humanista francés Michel de Montaigne escribió que a la gente que «se dedica a examinar las acciones humanas nada les resulta más difícil que hacerlas encajar unas con otras y presentarlas al mundo con el mismo lustre y prestigio; porque por lo general se contradicen tanto unas con otras que parece imposible que puedan proceder de la misma persona»⁸. Un par de siglos más tarde, el «yo» más romántico de todos los «yoes» románticos, el escritor y político francés Francois-René de Chateaubriand, seguía esta misma línea al escribir: «Un hombre no tiene una vida única e igual. Tiene muchas vidas, enlazadas unas con otras, y esta es la causa de su desgracia»⁹. Las preguntas que el biógrafo plantea acerca del biografiado siguen siendo las mismas. ¿El personaje o sus acciones? ¿Héroe o villano? ¿Una única personalidad o alguien con múltiples y ambiguas vidas? ¿Cómo combinar la descripción con la interpretación? Los mismos interrogantes; pero durante el siglo xx y principios del xxi, el repertorio de respuestas ha aumentado. Nuestra principal preocupación en la actualidad tiene que ver con dónde acaban los hechos y empieza la interpretación, dónde termina la verdad y comienza la «escritura»; y si estamos escribiendo la crónica de la trayectoria vital de un individuo determinado y

⁷ Margadant, Jo Burr (ed.), *The New Biography...* *op. cit.*, pp. 3-10.

⁸ Montaigne, Michel de, «Of the Inconsistency of our Actions», en *Essays of Montaigne*. New York, Edwin C. Hill, 1910. [Original de 1580].

⁹ Cita en: Auster, Paul, *The Book of Illusions*. Nueva York: Henry Holt and Company, 2002, epígrafe.

conocido del pasado –alguien cuyas acciones han dejado su huella– o nos movemos dentro del arte del retrato humano que, por razones psicológicas o sociales, pretende captar la esencia y la singularidad de dicho individuo para que podamos aprender de él¹⁰.

Las respuestas biográficas *son* múltiples, y varían dependiendo del *arquetipo biográfico* que sirve de molde a la historia vital, la *postura ética* que adopta el biógrafo respecto al protagonista, la *agenda* que el biógrafo incorpora a la narrativa, y el *género* del biógrafo y el biografiado. Cualquier biografía depende por tanto de estos cuatro elementos clave: arquetipo, postura ética, agenda y género. La configuración de estas cuatro herramientas clave puede introducir nuevos criterios para la comprensión de la biografía histórica, que, pese al giro biográfico, sigue llevando una existencia algo penosa en cuanto a género profesionalmente respetable. La biografía histórica ha sido denominada, con precisión poética, la «hija bastarda de la academia»¹¹. No obstante, el respeto por esta bastarda ha ido aumentando en las últimas décadas, en las que muchos biógrafos han considerado su carácter clave como parte dinámica de un contexto más amplio en tanto que «transmisor de cultura» y «disruptor cultural». Esto ha cambiado el inútil conflicto de intereses entre individuo y sociedad, una discrepancia que hasta hace una generación se consideraba un obstáculo para un correcto desarrollo de la biografía histórica. Hoy en día, por tanto, podemos ver la biografía histórica bajo nuevos puntos de vista.

La manera en que se cuenta la vida y las expectativas que los lectores han puesto en las biografías han ido cambiando con el paso de los años. La historia de la biografía ha ido basculando adelante y atrás durante los últimos dos mil años de Historia de la civilización occidental, una Historia detallada de diversas maneras: de forma entretenida por parte del historiador y biógrafo británico Nigel Hamilton¹²; más árida y académica en la versión del literato e historiador alemán Christian Klein¹³; sucintamente resumida por la historiadora australiana Barbara Caine¹⁴; y, con un intervalo de diez años, yo

¹⁰ Hamilton, Nigel, *Biography. A Brief History...* *op. cit.*

¹¹ Weinberg, Steve, «Biography: The Bastard Child of Academe», *Chronicle of Higher Education*, vol. 54, nº 35, 2008, pp. B15-B17.

¹² Hamilton, Nigel, *Biography. A Brief History...* *op. cit.*

¹³ Klein, Christopher (ed.), *Handbuch Biographie...* *op. cit.*

¹⁴ Caine, Barbara, *Biography and History...* *op. cit.*

misma he presentado en dos ocasiones un relato lexicográfico condensado¹⁵. No repetiré por tanto este último aquí, aunque lo mencionaré brevemente cuando vuelva sobre los arquetipos biográficos.

Encontrar respuesta a la pregunta de Virginia Woolf de cómo componer una vida no es ahora más fácil que antes, por mucho que se haya escrito desde entonces sobre el tema. ¿Cómo aplicar una mirada distante a la vida de otra persona, o una mirada comprensiva, o las dos cosas a la vez? ¿Cómo hacer que algo aporte a un relato, cuando tal vez no aportó nada en la realidad? ¿Es posible y es deseable determinar la identidad de otro, o sus múltiples identidades? ¿Es posible seguir un hilo común que una los detalles de la vida del biografiado? O, ¿es posible dar rienda suelta a la imaginación y prescindir de la inveterada idea de que un individuo tiene una sola psicología, una sola trayectoria y un solo destino? ¿Podría ser que la vida de una figura pública «no encajara en absoluto, o como mínimo, no en la forma que uno pensaba?», como pregunta el escritor noruego Jan Kjærstad por boca del personaje principal de su novela *The Seducer* («El seductor»), el icono televisivo Jonas Wergeland¹⁶. Hablando del escritor y premio Nobel noruego Knut Hamsun en un programa de televisión, Wergeland se negaba a presentarle como si solo hubiera una sola «verdad»: Hamsun no era *solo* un simpatizante nazi, ni *solo* un gran escritor: podía ser ambas cosas. Esto levantó gran polvareda, pero no había ni hay nada que hacer al respecto: de la misma forma que el periodista en la ficción Jonas Wergeland renunció a ser juez y parte, y prefirió pensar imaginativamente, a continuación demostraré que hay más de una ruta a la hora de retratar a personajes del pasado.

4. RELEVANCIA BIOGRÁFICA

Las biografías históricas nos permiten la posibilidad de entender a los individuos como personalidades dinámicas con relaciones complejas con su entorno y su época. La mayoría de la gente, incluidos los biografiados, tienen más de una identidad a lo largo de su vida –y pueden por tanto ser «interpretados» de varias formas, dependiendo todas ellas de las preguntas que plantean las fuentes que han dejado tras de sí. Comprender las

¹⁵ Possing, Birgitte, «The Historical Biography», en VV.AA., *Encyclopedia of Social and Behavioral Sciences*. Vol. 2. Oxford, Elsevier, 2015, pp. 644-649.

¹⁶ Wergeland, Jonas, *The Seducer*. London, Arcadia Books, 2005.

personalidades individuales, su recorrido y su influencia es hoy en día reconocido como parte esencial de cualquier historiografía humanística. El giro biográfico en la historiografía nos ha puesto frente al desafío de comprender cómo el individuo ha convivido, ha influido y ha sido a su vez influido por la cultura y la época de la que ha formado parte. Por tanto, es importante quitarse las anteojeras cuando tratamos con el significado y el método de la biografía —lo que Nigel Hamilton ha calificado como «un significativo vacío en la academia»¹⁷ y debemos investigarlo. Hoy en día, la cuestión para los humanistas expertos no es *si* las personalidades individuales, las personas individuales, han revestido importancia en relación con la dirección en que la sociedad en general ha sido conducida por modelos económicos, movimientos y acontecimientos políticos, el cambio climático, las creencias religiosas o ideológicas. Lo han hecho. Tampoco es una cuestión de si los historiadores, literatos o periodistas deberían elegir entre individuo y estructura, personalidad o sociedad, cuando se trata de analizar e informar del pasado. No deberían. La cuestión a abordar hoy en día trata de la naturaleza del desarrollo en las *relaciones* entre las personas como individuos, entre los individuos y la estructura de poder, las personalidades y su entramado social, y entre todos los sectores dentro de los cuales el individuo existe y crea. Trata también de *cómo* debemos entender las *relaciones* entre los individuos y la sociedad como motores y transformadores históricos y humanísticos, y *cómo* las biografías que investigan estas relaciones pueden contribuir a unas nuevas percepciones del pasado.

Si nos fijamos en la personalidad individual como un activista social que está y ha estado en interacción dinámica con su entorno, la percepción de cómo retratamos, dibujamos y contamos la personalidad histórica individual es crucial para entender nuestra propia cultura, generación y civilización. Ya en 1944, el catedrático de literatura danés Frederik Billeskov Jansen comentó que era «una absoluta necesidad para la autoconfirmación de una cultura social que sus figuras más importantes se sopesaran dos o tres veces cada siglo. Cada generación debe tomar postura, con lucidez y con profundidad»¹⁸. Tras el planteamiento de esta necesidad subyacía la premisa del individuo, el «gran hombre», como fuerza motriz de la historia. ¿Qué es, no obstante, un *gran* hombre? Una figura importante es alguien que, para bien o para mal, ha ido un poco más allá de su vida personal, ha creado algo nuevo

¹⁷ Hamilton, Nigel, *Biography. A Brief History...* *op. cit.*, p. 4.

¹⁸ Billeskov Jansen, Frederik, «Review of Theodor Alred Müller's book *Den unge Ludvig Holberg, 1684-1722*», *History Tidsskrift*, nº 1, 1944, pp. 487-493.

o dejado una huella profunda, sea en el ámbito político, estructural, financiero, cultural, artístico, intelectual, o en cuanto a valores. Esta percepción de la Historia ha venido influyendo, en mayor o menor grado, en muchos historiadores desde 1841, año en el que Thomas Carlyle publicó su obra antes mencionada sobre los héroes y el culto a lo heroico en la Historia¹⁹. Él y sus seguidores consideraban que estadistas, reyes, generales, científicos y académicos, filósofos y escritores, eran los verdaderos agentes y factores determinantes de la ruta seguida por la Historia. Esta percepción se evaporó, como el rocío bajo el sol, en las décadas de 1960, 1970 y 1980, cuando los estructuralistas de toda condición acordaron que el individuo revestía una importancia menor en el panorama mundial más amplio o en los sucesivos giros históricos.

Durante estas tres décadas, no hubo un interés especial en explicar las personalidades, fuerzas motrices y motivos de los activistas históricos. Estructuralistas, marxistas y positivistas de diversas convicciones consideraban que los individuos resultaban en gran medida irrelevantes en el estudio de la Historia y la literatura. El individuo podía, a lo sumo, ser históricamente interesante como representante de una clase, grupo social o ideología. Para los postmodernistas que llegaron después, cualquier idea de una narrativa tradicional de este individuo como fuerza motriz de la Historia o la literatura estaba obsoleta, como propuso el filósofo francés Jean-Francois Lyotard y, por tanto, la biografía histórica no constituía una referencia viable²⁰. La biografía era «espuria» e «ilusoria», sostuvieron intelectuales franceses como Michel Foucault y Pierre Bourdieu, dos de los pocos intelectuales que hicieron una reflexión explícita sobre el género²¹. Las actitudes de estas generaciones académicas fueron sin duda correctivos útiles a las actitudes predominantes en épocas anteriores, que veían los cambios históricos como resultado, *exclusivamente*, de los actos y las obras de grandes hombres. Sus patrones de pensamiento, sin embargo, restaban valor a la capacidad y la voluntad de entender las personalidades individuales como obstáculos, fuerzas motivadoras o, simplemente, seres humanos de una especial relevancia.

Desde el siglo xx al xxi, sin embargo, la percepción de la Historia pasó de estar orientada a la persona a estar orientada a la sociedad, y al

¹⁹ Carlyle, Thomas, *On Heroes, Hero-Worship, and the Heroic in History*. London, James Fraser, 1841.

²⁰ Lyotard, Jean-Francois, *La condition postmodern: rapport sur le savoir*. Paris, Les Editions Minuit, 1979.

²¹ Possing, Birgitte, «The Historical Biography...» *op. cit.*

contrario de nuevo. Bajo el giro biográfico, se legitimó querer entender a las personas en su naturaleza a la vez racional e irracional, sin reducir simplemente los análisis biográficos a especulaciones (post)freudianas. Se llevaron a cabo estudios sobre los patrones complejos y cambiantes en los que el individuo estaba inmerso –social, mental y culturalmente–. Empezó a tomar forma una visión pragmática y analíticamente compleja respecto a la cuestión de las personas y la sociedad, el individuo y la estructura²². Fue abriéndose paso la idea de que las biografías podían aportar nuevas perspectivas a los relatos históricos más amplios, tanto a escala nacional como internacional; de que era posible conjugar el interés por los grandes cambios en la estructura social con la conciencia de la importancia de las personalidades. Al menos esta era la opinión de una serie de destacados historiadores que antes habían mantenido al máximo las distancias con el género biográfico, tanto en Suecia como en Estados Unidos²³. Así pues, ya no quedaba fuera de los límites buscar explicaciones sobre cómo las figuras individuales y los seres humanos habían llevado a la sociedad en diferentes direcciones interactuando con un conjunto de otros factores. Un historiador sueco lo formuló así: «Los individuos organizan las ideas de formas que difieren de las corrientes, ideologías y otras estructuras que han constituido el foco del interés de los historiadores. Dentro de su personalidad, un individuo puede aunar ideas ideológica o lógicamente incompatibles. Porque no es la lógica lo que las ha unido, sino la vida. Lo que hace interesante la vida personal es su naturaleza única, que tenemos en común con otras personas. Lo único es lo general»²⁴. Esta forma de ver la Historia fue adquiriendo cada vez más importancia a raíz de la caída del Muro de Berlín y de la desintegración de las grandes ideologías hacia finales del siglo xx.

Los esfuerzos por entender la biografía y las muchas formas en que las vidas reales se cuentan en la práctica van por tanto inextricablemente unidos a la atención cada vez mayor que las sociedades democráticas occidentales

²² Véase también Dion, Robert y Regard, Frédéric, *Les nouvelles écritures...* *op. cit.*

²³ Åkerman, Sune, Ambjörnsson, Ronny y Ringby, Pär (eds.), *Att skriva människan. Essäer om biografien som livshistoria och vetenskaplig genre*. Stockholm, Carlssons Bokförlag, 1997; Rosengren, Henrik y Östling, Johan (eds.), *Med livet som insats. Biografien som humanistisk genre*. Lund, Sekel Bokförlag, 2007. Véanse los diferentes artículos dedicados a Historia y Biografía en: *American Historical Review*, vol. 114, nº 3, 2009, pp. 573-662.

²⁴ Åkerman, Sune, Ambjörnsson, Ronny y Ringby, Pär (eds.), *Att skriva människan...* *op. cit.*, p. 9.

han ido concentrando en conceptos como la libertad, integridad y complejidad del individuo. Este es el trasfondo del giro biográfico de la Historia.

5. CÓMO INTERPRETAR UNA FIGURA HISTÓRICA

No obstante, *¿qué y quién* es una figura histórica y *cómo* debería «interpretarse» a esa persona: como fuerza motivadora o como alguien que ha ido más allá de su vida personal y ha dejado huella? La respuesta depende de la visión que se adopte respecto a la Historia y la naturaleza humana, así como de las preguntas que planteemos acerca de la personalidad histórica del biografiado elegido. Una figura histórica no es una entidad en sí misma. No podemos fotografiar a una persona del pasado, y si creemos que sí podemos, las cosas irán lamentablemente mal. Podemos, no obstante, dejar constancia de nuestra *percepción* de la persona, y hacerlo *interpretando* las imágenes, fotografías, cartas, declaraciones, entrevistas, fuentes y objetos conservados por y acerca de esta persona. En otras palabras, podemos crear una narrativa sobre una figura interpretando las fuentes de información auténticas. Las biografías que escribimos sobre personas de la vida real que han vivido en el pasado –no personajes ficticios– dependen de las preguntas que le hagamos a las fuentes de información y a la documentación que utilizamos en el relato. Es preciso tener claro qué queremos contar antes de poder averiguar lo que una figura histórica es en realidad, y por qué la vemos como un *gran* hombre o mujer, o como alguien que necesitamos entender por otras razones.

El material que estudié mientras preparaba *Understanding Biographies* («Comprender la biografía») demostraba que el interés por las biografías durante la primera década del milenio, en Europa y en Estados Unidos, se había centrado en iconos históricos como estadistas y políticos, así como intelectuales. Ellos eran a los que claramente consideramos los individuos «más importantes de todos», a juzgar por la extensión del interés biográfico que se les dedicó, aun cuando los biógrafos habían empezado a mostrar un interés cada vez mayor en personas hasta entonces desconocidas del mundo artístico o financiero, rebeldes, criminales y mujeres de todas las categorías²⁵.

²⁵ Fleming, Robin, «Writing Biography on the Edge of History», *AHR*, vol. 114, nº 3, 2009, pp. 606-615.

Por otra parte, prevalece un consenso tácito respecto a que las personas que han tenido un determinado nivel de influencia pública y de impacto sobre el presente, pasado o futuro, son las que percibimos como «grandes» hombres y mujeres, a juzgar por la mayoría de las biografías que de hecho se escriben y publican. ¿Cómo es esto posible? Hace más de un siglo, el historiador ruso G.V. Plekhanov ya estaba interesado en por qué hacemos «grandes» a ciertas figuras históricas y por qué las recordamos con biografías y fama imperecedera, mientras otras personas con talento resultan con frecuencia olvidadas y marginadas tanto en las biografías como en la historiografía. Plekhanov argumentó que un «gran hombre» no era grande simplemente porque poseyera un talento único; una figura histórica solamente era grande si su capacidad y su talento entraban en juego en unas circunstancias que requirieran precisamente esas capacidades. Plekhanov introdujo la línea de pensamiento que sostiene que la relación entre la figura individual y la sociedad era en sí un factor de cambio en la Historia. Hoy en día, esta línea de pensamiento podría denominarse «interseccionalidad». En un escueto libro sobre el papel del individuo en la Historia, Plekhanov presentó una serie de métodos por medio de los cuales probar sus teorías en la práctica, en una serie de biografías concretas²⁶. Su innovador trabajo tuvo lamentablemente una influencia limitada en el mundo moderno, pero sus ideas sobre el impacto y la influencia del individuo como dependientes de las relaciones entre talento, poder y oportunidad habrían encontrado gran eco en el giro biográfico moderno, de haberse conocido.

En 2009, se planteó a diez historiadores estadounidenses la pregunta de *por qué* y *cómo* algunos individuos eran considerados «grandes» y, por tanto, merecedores de ser retratados y constar en el registro de la memoria colectiva de la comunidad. Sus respuestas se publicaron en la *American Historical Review*²⁷. Los historiadores manifestaron diferentes motivos para revitalizar el género biográfico y diferentes tipos de enfoque. Todos compartían el hecho de tener una actitud específica y bien pensada a la hora de abordar el género. En su presentación a los participantes en el estudio, David Nasaw, catedrático de Historia en la Universidad de la Ciudad de Nueva York, en referencia a la antes mencionada obra de Jo Burr Margadant, *The New Biography*²⁸, explicaba que la biografía había vuelto a ponerse de moda porque:

²⁶ Plekhanov, G.V., *The Role of the Individual in History*. Moscú, Foreign Languages Publishing House, 1946. [Versión original de 1898]

²⁷ *American Historical Review*, vol. 114, n° 3, 2009, pp. 573-662.

²⁸ Margadant, Jo Burr (ed.), *The New Biography*... *op. cit.*

«Mientras que algunos historiadores han elegido escribir biografías con la esperanza de atraer a un público más amplio, otros se han sentido atraídos por el género debido a la espectacular expansión en la gama de posibles temas. La biografía ya no se limita a las vidas de los ricos, poderosos, famosos e infames. Existen infinitas historias que contar de hombres, mujeres y niños desconocidos, sin voz, iletrados, y como los historiadores feministas, sociales y de la clase obrera han descubierto, contarlas ofrece un fructífero enfoque a la hora de reexaminar, y tal vez, reconfigurar, las categorías de clase, género y etnicidad en su interacción a nivel del individuo»²⁹. Nasaw también citaba a Arthur M. Schlesinger: «La biografía constituye una sencilla vía de formación en la Historia de Estados Unidos, haciendo el pasado más humano, más vívido, más íntimo, más accesible, más conectado con nosotros mismos»³⁰. Nasaw afirmaba que: «Es tarea del biógrafo desenmarañar, priorizar, tratar de entender cómo, en un momento y lugar determinados, una «persona» se organiza y actúa. [...] El historiador como biógrafo parte de la premisa de que los individuos se encuentran situados, aunque no encerrados, en unas estructuras sociales y regímenes discursivos». La cuestión no se limitaba a humanizar simplemente la historiografía, sino también de confrontar la creencia de que el individuo histórico debía ser visto como una identidad que se ha desarrollado a lo largo de una trayectoria vital lineal, lógica y cronológica. El individuo podría considerarse en su comportamiento racional e irracional, de forma unívoca o lleno de contrastes. Dentro de este contexto, la historiadora y biógrafa Lois W. Banner, autora de *Intertwined Lives: Margaret Mead, Ruth Benedict, and Their Circle*³¹, veía a los autores de biografías históricas como detectives y a la vez como nuevos intérpretes de la historiografía. Los diez historiadores abogaron por una metodología matizada en lo que se refiere a las figuras históricas, un enfoque que incluiría la experiencia personal del biografiado, la forma en la que era percibido por su entorno y la consideración de este individuo dentro de un contexto más amplio. Los historiadores hacían uso de una gran cantidad de fuentes y conscientemente construían sus biografías en torno a documentación y hechos, más que a ficción. Querían situar a los «grandes» hombres y mujeres en el mundo, y a la vez querían comprender el mundo a través de estos individuos, haciéndolos así «grandes».

²⁹ Nasaw, David, «Historians and Biography», *American Historical Review*, v. 114, n° 2, 2009, pp. 573-578.

³⁰ *Ibidem*, pp. 575.

³¹ Banner, Lois W., «Biography as History», *AHR*, vol. 114, n°3, 2009, pp. 579-586.

6. CUANDO LA BIOGRAFÍA ILUMINA LA HISTORIA

Este fue el espíritu que llevó a algunos historiadores a replantearse el sentido habitual de las preguntas. Por ejemplo, la entonces presidenta de la Organización de Historiadores de Estados Unidos, Alice Kessler-Harris, abordó una biografía, pese a que su resistencia al género era bien conocida. Durante más de treinta años había escrito y publicado libros de Historia sobre el movimiento obrero, la ciudadanía económica y el género en Europa, Australia y Estados Unidos, y se consideraba a sí misma una antibiógrafa. Kessler-Harris escribió: «Durante años he rechazado la idea de que la vida de un individuo pudiera aportar algo a los grandes procesos históricos [...] La biografía, me decía a mí misma, está más cerca de la ficción que de la Historia»³². Y seguía diciendo: «Pero, ¿y si el sujeto de la biografía pudiera arrojar luz más allá de lo personal? ¿Y si la biografía del historiador pudiera penetrar en la vida –revelando cómo las tensiones de la vida emergen de la circunstancia histórica y hablan del proceso histórico? Una biografía así posiblemente no satisfaría el deseo de Virginia Woolf de escribir sin verse constreñido por los hechos, pero sin duda nos enseñaría algo de los conflictos políticos y sociales que conformaron el pasado de Estados Unidos»³³. En el verano de 2012, Kessler-Harris sorprendió a sus lectores con la biografía de una dramaturga, *A Difficult Woman: The Challenging Life and Times of Lillian Hellman* (Una mujer difícil: la compleja vida y época de Lillian Hellman)³⁴. Hellman constituía un controvertido fenómeno dentro de la historia cultural estadounidense, y su historia hizo que la declarada antibiógrafa Kessler-Harris se adentrara por nuevos caminos en lo tocante a su opinión sobre la Historia y la biografía. En el estudio de 2009 del *American Historical Review* la autora ya había publicado sus primeros agradecimientos, que de hecho vienen a representar algunas de las ideas más significativas derivadas del giro biográfico. La primera de ellas era que la biografía histórica debería a partir de ese momento considerarse relevante, legítima y esencial como género. Y que alcanzaba su nivel óptimo cuando se basaba en el trabajo detectivesco, rastreando todas las historias encontradas en los archivos del patrimonio cultural, es decir, en todo tipo de documentación auténtica. Leer el ensayo original de Virginia

³² Kessler-Harris, Alice, «Why Biography?», *AHR*, vol. 114, nº 3, 2009, pp. 625-631, esp. p. 625.

³³ *Ibidem*, p. 630.

³⁴ Kessler-Harris, Alice, *A Difficult Woman: The Challenging Life and Times of Lillian Hellman*. New York, Bloomsbury Press, 2012.

Woolf sobre el arte de escribir biografías había sido una revelación para Kessler-Harris. Woolf había expresado claramente, y en términos en los que no cabía malinterpretación posible, que las biografías debían apoyarse en fuentes y estar ancladas en hechos, a diferencia de la ficción, que dependía de la imaginación del escritor. El ensayo de Woolf había servido a la experimentada historiadora como llamada de atención, además de hacerle comprender que la biografía estaba –o debería estar– más cerca de la historiografía que de la ficción, y que los historiadores tenían algo que aportar a la biografía³⁵. Las biografías debían atenerse a los hechos, aun si los hechos históricos contradecían la teoría preconcebida del escritor sobre los hechos y acciones, patrones de pensamiento e identidad del biografiado. La tarea del biógrafo histórico no consistía en adivinar y especular, sino en investigar e ir construyendo historias basándose en dicha investigación. En lugar de distanciarse de la biografía como género, Alice Kessler-Harris podía utilizar entonces su material fundamental como historiadora –la documentación– en lugar de la ficción como los elementos básicos para contar sus relatos históricos. Ya podía considerar la vida individual como una nueva vía para la comprensión del pasado. Las tensiones entre el individuo y el mundo de las ideas culturales, políticas y sociales en que se encontrara inmerso, convertían al individuo en un hecho, un hecho capaz de descubrir e ilustrar el pasado de nuevas maneras. Kessler-Harris compartió este reconocimiento con muchos biógrafos históricos.

Lo mismo era aplicable a su segundo reconocimiento: el de que nuestra percepción de quiénes son y han sido las figuras más importantes del pasado siempre ha cambiado y cambiará con el tiempo. La «verdad» emocional y moral que cada generación tiene de la Historia y del pasado es consecuencia, y depende, de cómo percibimos el presente en el que vivimos. Personas que en determinadas épocas fueron consideradas grandes personalidades del pasado serán olvidadas o marginadas en otros periodos. Algunos individuos quedan en el olvido pese a haberse ganado un lugar en la Historia, mientras que otros que también lo han merecido y han sido olvidados, serán redescubiertos y recuperados para la Historia.

Un gran hombre o mujer no fue ni es algo *en sí mismo*. Es nuestra percepción de las personalidades individuales del pasado lo que hace que lo sean. Esta percepción cambia de acuerdo con el *zeitgeist* predominante. Del mismo modo, la visión de las fuentes en las que se basa una biografía

³⁵ Woolf, Virginia, «The Art of Biography...» *op. cit.*

cambiará también de generación en generación. Nasaw hacía referencia a Virginia Woolf al instar a los biógrafos a asumir y celebrar las limitaciones del género en lugar de tratar de escapar de ellas: «El biógrafo debe ir por delante del resto de nosotros, como el canario del minero, sondeando la atmósfera, detectando la falsedad, la irrealidad y la presencia de convenciones obsoletas. Su sentido de la verdad debe estar vivo y alerta»³⁶. Este planteamiento woolfiano encendió una luz biográfica en Kessler-Harris, que acabaría por desechar el característico prejuicio del historiador del siglo xx contra la biografía –según el cual las biografías históricas siempre estaban estructuradas en torno a una interpretación freudiana de los sueños inconscientes y los recuerdos infantiles del individuo. En lugar de examinar las tensiones psicológicas internas que generaron las experiencias de una persona que anteriormente había sido muy conocida, ella quiso centrarse en lo que las experiencias de esta persona podían decirnos del pasado cultural y político de su sociedad. Otros biógrafos e historiadores llegaron al mismo tiempo que Kessler-Harris a reconocer este mismo hecho, que actualmente ha dado lugar a innumerables biografías históricas escritas durante el giro biográfico acaecido en torno al cambio de milenio. Dichos biógrafos han abordado una o varias de las identidades de sus protagonistas, el trabajo, los anhelos y acciones de su vida que dejaron su huella en la arena, en lugar de centrarse en una única metodología o enfoque del individuo en cuestión. Algunos biógrafos han sido incapaces de sacudirse del todo cierto grado de freudianismo; muchos, sin embargo, han abandonado por completo el freudianismo del siglo xx y seguido nuevas direcciones en el conocimiento y la historia de sus protagonistas.

Las grandes figuras llegan a ser grandes porque las hacemos grandes y porque queremos entender por qué y cómo han plasmado y satisfecho unos requisitos concretos de nuestro pasado. Las hacemos grandes de diversas formas y por varias razones: porque las tenemos como un espejo de nosotros mismos, o porque las necesitamos para ser héroes que podamos admirar o villanos a los que podamos denigrar. O porque, entendiéndolas, podemos sacar a la luz nueva información sobre ellos y su época, porque representan algo más grande que su existencia personal. Queramos o no, el individuo y los grandes hombres y mujeres han vuelto a convertirse en la fuerza motriz de la Historia y, por tanto, sus biografías vuelven a tener fuerza, completamente en línea con el *zeitgeist*.

³⁶ Nasaw, David, «Historians and Biography...» *op. cit.*, p. 578, citando a Virginia Woolf, «El arte de la biografía».

7. EL DESEQUILIBRIO DE GÉNERO EN EL GÉNERO BIOGRÁFICO

A través de las biografías aparecidas en publicaciones profesionales en siete democracias occidentales, nosotros, es decir, mi equipo de investigación y yo, hemos investigado qué personalidades se convirtieron en objeto de una biografía³⁷. Me sorprendió encontrar un desequilibrio de género tan acusado. Ya en 2001, mis asistentes de investigación y yo llevamos a cabo un estudio sobre reseñas de biografías publicadas en las revistas más importantes del mundo occidental, entre las décadas de 1990 a 2000. En promedio, el estudio demostró que los hombres constituían aproximadamente el 90% de todos los protagonistas mientras que las mujeres representaban el 10%: el género biográfico no solamente mostraba un predominio masculino, sino que lo hacía en un grado asombroso. Doce años después, contrastamos este estudio de reseñas con un análisis de una selección de casi mil biografías y sus reseñas, publicadas en un conjunto de siete países, durante la primera década del milenio:

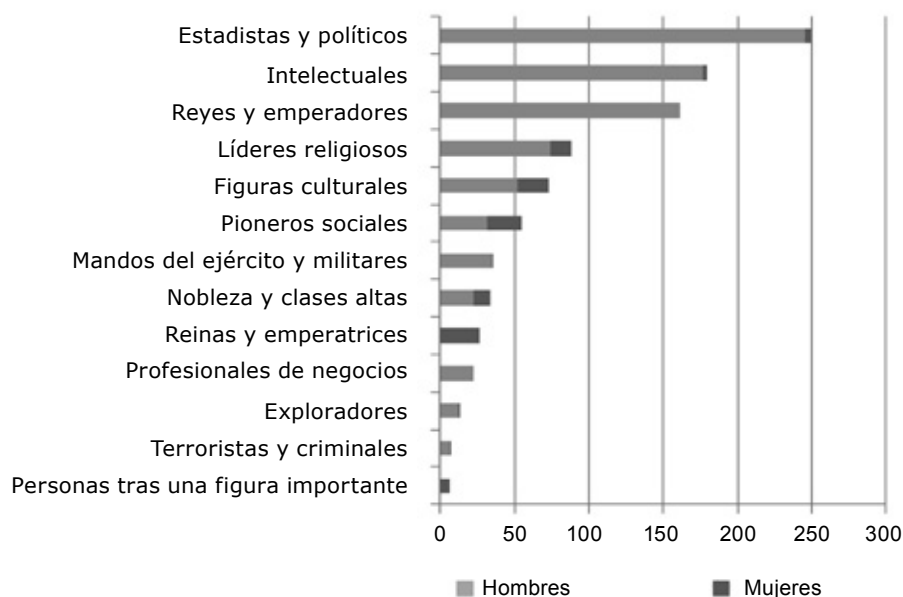
De 2000 a 2011, el número de protagonistas femeninas de las biografías reseñadas en Estados Unidos, Reino Unido, Alemania, Francia, Suecia, Noruega y Dinamarca se elevó, en promedio, del 10% al 15%. Aunque cada vez se estaban incorporando más mujeres a la Historia, los hombres todavía ocupaban el 85% del panorama biográfico. Las diferencias entre países eran muy notables: en Estados Unidos, Suecia y Dinamarca, la proporción de protagonistas femeninas alcanzaba el 20%, esto es, una quinta parte de todas las biografías. En todos los países, los biógrafos habían empezado por hacer de las mujeres iconos culturales –pero a paso de tortuga–. Aparte quedaba Alemania, donde la proporción femenina había descendido por debajo del 10%. El verdadero alcance de esta gran diferencia de género lo descubrimos cuando indagamos algo más en el material y dividimos a los protagonistas en trece categorías.

Los protagonistas pertenecían a innumerables pueblos y profesiones diferentes, pero podían identificarse algunas categorías concretas de especial relevancia para las distintas culturas y los dos mil años de Historia de los países occidentales del estudio: estadistas y políticos, intelectuales, reyes y emperadores, líderes religiosos y misioneros, personalidades del mundo de la cultura, pioneros sociales, mandos y personal militar, aristocracia y clases altas, profesionales de los negocios, exploradores, terroristas y criminales,

³⁷ Possing, Birgitte, *Understanding Biographies...* *op. cit.*

mujeres y hombres a la sombra de algún personaje importante. La imagen resultante era clara: los hombres predominaban como iconos entre los estadistas, políticos e intelectuales, en tanto que las mujeres tenían una mayor presencia entre las figuras del mundo de la cultura y pioneras en materia social. Obviamente, esto reflejaba el tradicional dominio masculino en los ámbitos públicos. Por otra parte, documentaba otras dificultades a la hora de dar visibilidad a las figuras femeninas importantes en la construcción de la Historia y la biografía, aun cuando ellas *hubieran desempeñado* un papel importante en sus respectivas épocas.

La figura de abajo cubre las reseñas de las publicaciones de los países en los que se llevó a cabo el estudio:



La gráfica muestra el número de protagonistas masculinos y femeninos en cada una de las trece categorías de actividad y cubre todos los países en los que se llevó a cabo el estudio: Estados Unidos, Francia, Alemania, Reino Unido, Suecia, Noruega y Dinamarca, en los años 2000, 2005 y 2011³⁸.

³⁸ En aras de alcanzar volumen estadístico, los datos de los países nórdicos se calcularon para cada año durante el periodo 2000-2011, mientras que la magnitud de los datos los de los demás países –más grandes– determinó que el cálculo se centrara en 2000, 2005 y 2011.

El patrón deja poco lugar a la duda. Las biografías de estadistas, políticos e intelectuales se llevan la palma como categorías más dominantes, mientras que el interés biográfico en terroristas, criminales y mujeres en segundo plano fue relativamente menor. Y, una vez más, hubo a este respecto variaciones y diferencias considerables entre los países. Estas variaciones se describen, desarrollan y analizan más en profundidad en mi libro de 2017. Al revisar estos datos en la actualidad (2021) compruebo que el fondo estructural de esta cuestión apenas ha variado. Los hombres todavía escriben fundamentalmente acerca de poder y política y las mujeres acerca de sentimientos fe y familias. Los hombres todavía escriben el 75-80% de las biografías políticas mientras que las mujeres escriben (o publican) fundamentalmente las biografías culturales³⁹.

8. ARQUETIPOS BIOGRÁFICOS Y ESTRATEGIAS NARRATIVAS

Llegado este punto quisiera presentar una perspectiva muy distinta en el entendimiento de las biografías planteando un enfoque analítico a través del cual aproximarse al inmenso abanico de las biografías: una categorización de los arquetipos biográficos mediante una panorámica estructural y analítica del enorme campo de las biografías históricas.

Un arquetipo no es nada en sí mismo. Es una forma, o una matriz, que puede dar estructura al confuso mosaico del relato de una vida. Es una categoría analítica que representa un método mediante el cual llegar a entender qué es lo que está en cuestión en una narrativa biográfica determinada. Es un indicador, un conglomerado de propiedades simbólicas y fácilmente reconocibles. Es una estrategia narrativa para una biografía. El aspecto útil de los arquetipos es que señalan las verdades de la biografía en cuestión: ¿es una interpretación mítica o un relato documental, un retrato personal o una narración histórica? Aunque cualquier biografía en concreto puede fácilmente considerarse como integrada por uno o más arquetipos, las obras del género biográfico pueden dividirse en ocho estrategias narrativas relativamente claras, cada una de ellas derivada de su época histórica específica, aunque en líneas generales hoy en día todas ellas siguen gozando de excelente salud: la

³⁹ Tal y como ya destacamos Erla Huda, Halldórsdóttir, Maarit Leskelä-Kärki Tiina Kaumen y yo misma en nuestras colaboraciones en *Biography and Gender*, 2016. Véase Possing, B. «Special Keynote. XIII Nordic Women and Gender History Conference» 19-21 August 2021 Aarhus University, p 4.

biografía espejo, la hagiografía, el retrato personal, la biografía interpretativa, la biografía prismática, la biografía de vida y época, la biografía polifónica y la biografía colectiva.

La *biografía espejo* es la que, reverenciando al protagonista, podría servir como espejo de un grandioso esfuerzo humano o bien, denostándolo, reflejaría lo contrario, es decir, los rasgos humanos más antipáticos. La biografía espejo también podría denominarse biografía didáctica, dado que su intención es mostrar características humanas y arrojar luz sobre ellas con un propósito instructivo –desde la bondad, la brillantez, la capacidad de trabajo y la habilidad, a la maldad, la vagancia y el fracaso–. En las vidas de grandes militares, jefes de Estado o políticos, hemos visto plasmados virtudes y defectos por igual. El hecho de que la persona retratada fuera en la vida real tal y como se describía en el libro no era tan importante para la biografía espejo. Tampoco era muy importante si el biógrafo llevaba a cabo una exhaustiva exploración de la vida y hechos del protagonista. El aspecto más importante de la biografía espejo es la imagen que presenta al público –como modelo de actuación, advertencia o indicador de cómo los «grandes» personajes pueden y han sido capaces de mostrar el camino de una buena o mala vida–. Hoy en día encontramos biografías espejo en algunas de las vidas escritas de políticos o figuras destacadas de la industria mediante las cuales algunos periodistas avisados dictan su veredicto sobre una figura viva o recientemente fallecida, destacada o controvertida. Para ello emplean un método de poda clásico que nos dice más de la fascinación, cautelas e ideas morales del biógrafo sobre lo que el lector debería saber que sobre el protagonista que en realidad vivió esa vida o las huellas que dejó tras de sí. El arquetipo de la biografía espejo se avivó y experimentó un renacimiento en la era postmoderna, después de la caída del Muro de Berlín y el desmoronamiento de las grandes ideologías. En sustitución de la creencia en cualquier gran narrativa divina o de factura humana, el foco volvió a ponerse en la actuación individual. La biografía espejo tiene una larga historia. Se considera al escritor de la Grecia Antigua Plutarco, con su *Bioi parallēloi* (*Vidas paralelas*), como instaurador de la tradición de la biografía occidental y su paradigma del arquetipo de la biografía espejo: Plutarco utilizaba sus biografías de nobles emperadores y jefes militares para ofrecer ejemplos morales de las ambiciones y deseos, prestigio o errores de los grandes hombres de estado. Plutarco comparaba a los protagonistas griegos y romanos entre sí y les puntuaba «sobre diez»: ¿merecían reconocimiento por haber cumplido con su deber principal, o debían ser censurados por su orgullo, arrogancia u otros viles comportamientos? Con

mano sensata y artística, Plutarco llevó a cabo su extensa obra con una mezcla de hechos biográficos y anécdotas, utilizando estos elementos para instruir, entretener e informar al lector de los principios éticos en virtud de los cuales había que evaluarlos. La medida en la que *Vidas Paralelas* era una recopilación de historias sobre las vidas *vividas* por hombres *reales* es difícil de determinar, dado que no sabemos en qué fuentes se basaban. Tampoco este era el aspecto más importante: el objetivo de las biografías de Plutarco consistía más bien en enviar un mensaje sobre los principios éticos fundamentales de la sociedad como tal.

La intención del arquetipo de la biografía espejo es didáctica. Los lectores tienen que mirar el espejo, para inspirarse o emitir un juicio. En la biografía espejo, el protagonista aparece retratado como un modelo o un contramodelo moral de virtudes contemporáneas.

La *hagiografía*: como derivación de la biografía espejo laica, la hagiografía es claramente una narración épica sobre un héroe o mártir, que se remonta a los primeros siglos de la Iglesia Cristiana y la persecución que sufrió por parte de otras creencias. Utilizando una mezcla de hechos y mitos, su objetivo era glorificar y honrar a los santos, héroes o individuos cuyos actos se trataba de idealizar. La hagiografía se desarrolló dentro de un marco cristiano, en paralelo con la desaparición de la mentalidad grecorromana profana a raíz de la caída del Imperio Romano. La hagiografía inició su crecimiento en consonancia con las demandas y los requisitos espirituales de la Iglesia, y su primer gran éxito popular llegó de manos del historiador, escritor y martirólogo inglés John Foxe y su *Actes and Monuments of these Latter and Perilous Days, Touching Matters of the Church* («Hechos y monumentos de estos últimos y peligrosos días, conmovedores asuntos de la Iglesia»), comúnmente conocido como el *Libro de los mártires* de Foxe. La primera edición inglesa apareció en 1563, y constituyó el proyecto de publicación más importante hasta esa fecha en Inglaterra⁴⁰. En vida de Foxe se lanzaron cuatro ediciones y es uno de los ejemplos más famosos de hagiografía. El libro, una recopilación de polémicos relatos sobre el sufrimiento de los protestantes a manos de la Iglesia Católica, especialmente en Inglaterra y Escocia, con más de sesenta detalladas y dramáticas ilustraciones en forma de grabado

⁴⁰ El título de la primera edición, en 1563, era en realidad muy largo. Aun cuando algunos ya lo llamaban el *Libro de los mártires* en vida de Foxe, este quiso que el libro mantuviera el título original de «Hechos y Monumentos», pero la decisión de los lectores y la Historia fue otra.

en madera, generó una enorme influencia en su día y posteriormente. Estos fueron los orígenes del arquetipo biográfico de los santos. Al igual que en la Antigüedad, la intención de la biografía cristiana era en realidad didáctica, en este caso dentro de un marco religioso y confesional en el que el personaje central se presentaba como modelo de pureza y virtud religiosa. La creación de Dios aparecía retratada como un individuo que se convertía en un modelo moral para otros a lo largo de su vida y cuyo destino quedaba sellado con su muerte. Durante la Edad Media, la frontera entre la biografía y la hagiografía era muy difusa. Los sermones funerarios cristianos, centrados en la sincera y cotidiana fe en Dios de la gente corriente, también contaban historias de hombres y mujeres que no formaban parte de la minoría culta. La hagiografía cristiana y la biografía de los mártires sobrevivió al periodo medieval con sus historias de mártires y su marco religioso, y hoy en día también puede encontrarse en contextos seculares, si bien es relativamente poco frecuente en su forma completamente pura.

Hace más de cien años, el polémico escritor irlandés Oscar Wilde escribió: «Antes, solíamos canonizar a nuestros héroes. El método moderno consiste en vulgarizarlos»⁴¹. Esto sigue siendo cierto; el santo se convierte en la imagen opuesta: el malvado y calculador villano que merece ser expuesto en la plaza pública. La aclamación o el desprecio, no el reflejo en el espejo, es la intención de este arquetipo.

El retrato personal. Hace ya mucho tiempo, y en paralelo a la hagiografía, salió a la luz un incipiente retrato no cristiano de una personalidad muy destacada en *La vida de Carlomagno*, de Einhard⁴². Esta biografía se cita con frecuencia en la literatura como el mejor ejemplo de una perspectiva secular sobre la vida de los grandes hombres, como muestra de los comienzos del arquetipo que denominamos *el retrato personal*. Como arquetipo, se centra en los rasgos característicos de la personalidad, analizándolos en aras de una caracterización imparcial de un individuo con matices, compuesto por varias capas, y tal vez ambiguo, que fue cambiando a lo largo de una vida. Este arquetipo aborda al individuo, que podría ciertamente ser situado en un contexto incluso dentro de un contexto, y la labor del biógrafo consiste en rastrear los rasgos de la personalidad del protagonista. El retrato personal

⁴¹ Wilde, Oscar, *The Artist as Critic. Critical Writings*. Chicago, University of Chicago, 1982. [Original de 1891].

⁴² Einhard, *The Life of Charlemagne*. New York, Harper & Brothers 1880, de *Vita Caroli Magni*, 829.

adquirió importancia durante el Renacimiento italiano. Petrarca alcanzó grandes e innovadores progresos en su colección inacabada de biografías matizadas de hombres eminentes titulada *Sobre hombres ilustres*⁴³. Un amigo de Petrarca, el escritor y poeta italiano Giovanni Boccaccio, famoso por su obra *El Decamerón*, también cultivó un interés por lo humano y sus detalles específicos y abordó ambos sexos en sus biografías *Sobre las mujeres ilustres*, *Sobre el destino de hombres famosos* y *Vida de Dante Alighieri*⁴⁴. Giovanni Boccaccio dibujó a sus personajes como individuos reales, reflexivos e inteligentes. Pese a que las biografías escritas por Petrarca y Boccaccio tal vez glorificaran en exceso algunas personalidades brillantes, se caracterizaron no obstante por un humanismo que verdaderamente cobraría auge en el ámbito biográfico durante el *zeitgeist* individualista de los siglos XVIII y XIX⁴⁵. Las primeras enciclopedias alemanas de mujeres eminentes confirmarían esta tendencia⁴⁶.

Sin embargo, el *retrato personal* no dejó verdadera huella como género en los anales de la biografía europea hasta finales del siglo XVIII, con los dos volúmenes de James Boswell sobre la *Vida de Samuel Johnson* (1791)⁴⁷. La publicación de este trabajo ha pasado a la literatura como el gran giro paradigmático, dado que la *Vida de Samuel Johnson* se basaba en abundantes fuentes⁴⁸. Los diarios de Boswell han sido publicados en diversas ediciones desde su descubrimiento a principios del siglo XX. Su *Vida de Samuel Johnson* se basaba en las observaciones anotadas en su diario, así como en una enorme cantidad de material empírico en forma de cartas, documentos privados, conversaciones con el propio protagonista e innumerables entrevistas a personas del entorno inmediato de Johnson. De este modo, el retrato lograba hacer una reconstrucción abundantemente matizada de una persona real y los rasgos de su personalidad. Hoy en día, cuestionaríamos la cierta

⁴³ Petrarca en *De Viris Illustribus*.

⁴⁴ Boccaccio, Giovanni, *Decamerone*, 1349-1352, revisado 1370-1371; *De mulieribus claris*, 1361-1375; *De casibus virorum illustrium*, 1355-1374; *Tartlets in laude di Dante*, 1348; *Little Tractate in Praise of Dante* sobre el poeta, escritor y político Dante Alighieri (1265-1321).

⁴⁵ Klein, Christopher (ed.), *Handbuch Biographie... op. cit.*, pp. 221-265.

⁴⁶ Oettinger, Eduard Maria, *Bibliographie biographique universelle. Dictionnaire des ouvrages relatifs à l'histoire de la vie publique et privée des personnages célèbres de tous les temps et de toutes les nations*. Bruxelles, J.J. Stienon, 1854.

⁴⁷ Boswell, James, *The Life of Smauel Johnson*. London, Henry Baldwin, 1791.

⁴⁸ Disponible en: http://archive.org/stream/lettersjohnson01hilluoft/lettersjohnson01hilluoft_djvu.txt

ausencia de distancia crítica y rigor analítico. Pero ese es otro tema. La vida de Samuel Johnson que escribió Boswell es la primera biografía conocida que introdujo una base empírica en su enfoque sobre la descripción de una personalidad matizada, formada por muchos componentes, y todavía se sigue considerando una obra pionera del género.

Medio siglo después, Thomas Carlyle publicó seis de sus conferencias en el libro *Sobre los héroes, el culto al héroe y lo heroico en la Historia* (1841). Carlyle mantenía que la Historia mundial englobaba las biografías de los grandes hombres, y que la biografía del hombre individual era y debía ser un recorrido vital continuado hacia unas metas importantes, casi como un *Bildungsroman* o novela de aprendizaje de la Historia misma. La biografía era por tanto una rama fundamental de la historiografía; es más, era el tallo principal a partir del que debía florecer toda historiografía. Para Carlyle, el culto a los héroes era el motor decisivo que hacía avanzar la Historia; él fue la inspiración de una escuela de historiadores idealistas, como Boswell lo fue a su vez para los hombres de letras: para los primeros, la biografía era la historia de la vida de los grandes hombres, mientras que el segundo la consideraba como una forma artística específica dentro del retrato humano. Estos dos enfoques diferentes del mismo arquetipo ilustran la frecuente y eterna controversia que ha pesado sobre la biografía histórica desde la Antigüedad hasta hoy: ¿la biografía tiene más que ver con el género de la narración o del retrato? ¿Es más una narrativa organizada y coherente o una historia desorganizada y fragmentada?

En la era moderna y posmoderna, el retrato personal biográfico se ha convertido en un género clave para muchos eruditos humanistas, dado que ofrece la posibilidad de una reflexión abierta sobre contradicciones y ambigüedades, tanto sobre la Historia como sobre la personalidad histórica. En la revista francesa *Annales*, el historiador italiano Giovanni Levi señaló que era legítimo trabajar con ambigüedades. Su artículo, «Les usages de la biographie», en el que trata de las diversas maneras de utilizar la biografía, alcanzó rápidamente la categoría de un clásico⁴⁹.

El propósito del retrato personal es llegar a un entendimiento del carácter y los estratos más profundos que actúan como motivación y guía de una persona conocida.

⁴⁹ Levi, Giovanni, «Les usages de la biographie», *Annales. Economies, Sociétés, Civilisations*, vol. 44, n° 6, 1989, pp. 1325-1336.

La biografía interpretativa. La biografía interpretativa hace un análisis claramente perfilado de los elementos más cruciales de la vida y la obra del protagonista, dejando fuera otras muchas cosas. El objetivo de este arquetipo es contarle al lector algo nuevo y sorprendente. La historia de la vida moderna, como se conoce también a la *biografía interpretativa* del siglo xx en la literatura⁵⁰, surgió como resultado de las crisis del cristianismo, el racionalismo y el humanismo que siguieron al darwinismo y al freudianismo. Un nuevo y revolucionario formato biográfico, introducido por el escritor y crítico británico Lytton Strachey (1880-1932) con su libro *Victorians eminentes*⁵¹, desempeñó el mismo papel crucial para el género biográfico que Boswell había desempeñado más de un siglo atrás. Lytton Strachey introdujo la biografía interpretativa que, con un enfoque artístico y una atrevida estrategia, seleccionaba, sintetizaba e interpretaba las fuentes de una forma completamente nueva. La idea era penetrar más allá de los mitos sobre personajes clave y sentar las bases para unas biografías que desmitificaran a los hombres y mujeres de la vida real. Y esto es lo que llevó a cabo en *Victorians eminentes* en 1918⁵². Strachey observó que los victorianos habían legado a sus descendientes un sistema basado en la fuerza más que en la solución pacífica de los conflictos. De modo que en *Victorians eminentes* no se anduvo con tapujos a la hora abordar las biografías de un cardenal, una enfermera, un educador y un oficial militar. Cada una de ellas estaba entretejida en su propio contexto, pero todas tenían no obstante algunos hilos en común. El libro causó un enorme impacto; críticos, políticos e intelectuales manifestaron su entusiasmo por el elegante y enérgico ataque de Lytton Strachey contra la era victoriana y sus pretensiones de superioridad moral⁵³. El libro marcó el inicio de una era completamente nueva de la biografía como género. Strachey fue un destacado miembro del grupo de Bloomsbury, caracterizado por su mentalidad liberal y con gran influencia en Inglaterra, con el que estuvo también relacionada Virginia Woolf. También ella abordó la biografía, haciendo comentarios incisivos sobre su intención y

⁵⁰ Possing, Birgitte, «The Historical Biography...» *op. cit.*

⁵¹ Strachey, Lytton, *Eminent Victorians*, London, Chatto & Windus, 1918.

⁵² Levy, Paul, «A string quartet in four movements», *The Guardian*, 20 de julio de 2002.

⁵³ Edmund Wilson, crítico estadounidense, en *The New Republic*, 21 de septiembre de 1932, poco después de la muerte de Strachey; y Roy Hattersley, político laborista británico, en *New Statesman*, 12 de agosto de 2002. Russell, Bertrand, en una carta a Gladys Rinder, en Griffin, Nicolas (ed.), *The Selected Letters of Bertrand Russell*, vol. 2. New York, Routledge, 2001, p. 151. En la nota al pie nº 5, p. 151, Griffin comenta: «Estando en la cárcel, Russell leyó estos cuatro satíricos retratos [...] y le hicieron tanta gracia que el vigilante entró en su celda a recordarle que la cárcel era un lugar de castigo».

la de sus colegas de expandir los límites y profundizar en la biografía como género crítico: la percepción de la verdad por parte del biógrafo debía, en su opinión, ser la que marcara el camino, palpando el ambiente, detectando falsedades, hechos ficticios y convenciones obsoletas. En su ensayo «El arte de la biografía», Woolf escribió que la biografía se encontraba «solo en un estado inicial; le queda una larga y atractiva vida por delante, sin duda, una vida llena de dificultades, peligros y arduo trabajo»⁵⁴. Y se demostró que tenía razón. En el siglo xx, la *biografía interpretativa* tuvo numerosos modos de expresión, se especializó en varias disciplinas y estuvo sometida a un constante debate⁵⁵. Tanto Woolf como Strachey se colocaron a la cabeza del nuevo arquetipo biográfico, la biografía interpretativa. Su enfoque era principalmente literario, pero abordaba las mismas figuras políticas, militares, intelectuales y religiosas, así como rebeldes sociales y agitadores culturales que las vidas sobre las que escribían otros biógrafos de formación menos literaria.

El propósito de la biografía interpretativa es exponer los usos y costumbres, revelar y mostrar nuevas verdades, desmitificar, analizar y aplicar un nuevo pensamiento a retratos y biografías de personalidades históricas. El arquetipo interpretativo dio lugar a una serie de otros arquetipos que en cierta manera podrían ser clasificados como subcategorías dentro del marco del arquetipo global. Por otra parte, también podían considerarse en sí mismas, dado que a lo largo del siglo xx prácticamente sirvieron de base, con unos símbolos fácilmente reconocibles, para la comprensión de los tipos particulares de biografía.

La *biografía prismática*. Aunque retrata a un personaje histórico, la biografía prismática profundamente interpretativa lo utiliza como palanca para el análisis de otra cosa que no es el protagonista: por ejemplo, se centra en un tipo de persona, una clase, una cultura, un género, una raza o una minoría. Este arquetipo ha demostrado servir de foro para críticos sociales, historiadores o antropólogos, en lugar de para literatos y periodistas. La historiadora estadounidense Barbara W. Tuchman, pionera de la biografía prismática con su obra *La torre del orgullo. Una semblanza del mundo antes de la guerra, 1890-1914* y otros libros importantes⁵⁶, ha demostrado que la

⁵⁴ Woolf, Virginia, «The Art of Biography...» *op. cit.*, p. 227.

⁵⁵ Possing, Birgitte, «The Historical Biography...» *op. cit.*

⁵⁶ Tuchman, Barbara W., *The Proud Tower. A Portrait of the World Before the War, 1890-1914*. New York, Bantam Books, 1966.

biografía puede utilizarse como medio para expresar un *zeitgeist* y a partir de él contar historias sobre algo de una dimensión mayor que el individuo. *La torre del orgullo*, publicada por primera vez en 1966, es una colección de ocho ensayos, cada uno de ellos centrado en una persona a través de la cual se analiza e informa de las fuerzas que movían la sociedad en los años previos a la Primera Guerra Mundial; por ejemplo, escribió sobre Alemania utilizando al compositor Richard Strauss como «prisma», porque lo creía «atractivo e interesante para abordarles [a los alemanes] desde el punto de vista de lo mejor, en lugar de lo peor, que tenían que ofrecer; a través de las artes, en lugar de su militarismo»⁵⁷. Con este enfoque, las biografías prismáticas se abren a historias más amplias, demostrando que se puede llegar a lo universal a través de lo particular. Barbara W. Tuchman recibió varios galardones, incluidos dos premios Pulitzer en la categoría de no ficción, y se le reconoce como artífice de la biografía prismática.

El propósito de la biografía prismática es utilizar un individuo del pasado para exponer y contar una historia de mayores dimensiones sobre la sociedad en la que el protagonista actuó.

La biografía de vida y época. La analíticamente desafiante biografía de vida y época es un terreno que los historiadores hollaron ya hace tiempo. Este arquetipo sitúa a su protagonista y su obra dentro de un marco más amplio, examinando la relación dinámica entre el personaje principal y el contexto temporal y social en el que vivió. Esta contextualización muestra cómo el entorno y las circunstancias geográficas, sociales, culturales, religiosas, políticas y familiares influyen en la vida, identidad, autopercepción, posición, opinión y práctica del individuo, y cómo, a la inversa, los esfuerzos del individuo también pueden tener un efecto sobre este entorno y cambiarlo. El concepto de contextualización tiene que ver con el análisis de cómo el individuo puede ser un «transmisor cultural» y un «disruptor cultural» al mismo tiempo, y es este tipo de análisis el que subyace a muchas de las biografías que se han escrito dentro de la tradición de vida y época. La contextualización, de este modo, convierte la propia cuestión de cómo esta persona influyó o se vio influida por la época y el entorno que le rodeó en un elemento clave del relato. Las primeras reflexiones que se publicaron sobre esta relación dinámica entre individuo y sociedad, actor y estructura, fueron las del ya mencionado G.V. Plekhanov⁵⁸. Fue él quien introdujo la

⁵⁷ *Ibidem*, p. 85.

⁵⁸ Plekhanov, G.V., *The Role of the Individual...* *op. cit.*

idea de que la *relación* real entre individuo y sociedad es en sí misma un factor de cambio en la Historia y presentó una serie de métodos mediante los cuales la teoría podía ponerse a prueba en historias concretas de vidas escritas. La primera obra biográfica de la historiadora estadounidense Kathryn Kish Sklar, *Catherine Beecher: A Study in American Domesticity*, constituye un magnífico ejemplo de este arquetipo y de la puesta en práctica de estos métodos⁵⁹.

El propósito de la biografía de vida y época es entender y explicar cómo un individuo destacado podía convertirse a la vez en «transmisor» y «redentor» de una necesidad importante en su época, y, de esta manera, convertirse en una figura merecedora de ser recordada.

La *biografía polifónica*. La biografía polifónica deconstruye y reconstruye la vida del protagonista y actúa desde varios ángulos y varias situaciones. En el mundo angloparlante, esta biografía polifónica a menudo adopta la forma de la biografía de acontecimientos, que se caracteriza por incluir unos hechos concretos dentro de la paleta con la que se pinta el retrato. Este arquetipo difiere claramente de los demás arquetipos biográficos en la forma de tratar la cronología y la correlación –como la polifonía en la música, apunta a un relato a múltiples voces, unas voces que armonizan en segundo plano. Sería difícil nombrar a un solo pionero como introductor de la biografía polifónica como arquetipo, pero esta claramente emerge en la escena posmoderna, especialmente de las obras de biógrafos nórdicos, como la de la noruega Toril Moi, *Simone de Beauvoir: The Making of an Intellectual Woman*⁶⁰. La biografía polifónica no tiene que ver con las historias de los padres, abuelos y bisabuelos, ni con interpretar la posible influencia de los orígenes del protagonista; en lugar de ello, nos presenta una serie de historias, contadas a través de varios temas, y con interpretaciones contrapuestas –por lo general, todas ellas basadas en fuentes divergentes entre sí. El propósito del arquetipo polifónico es contar una vida y obra desde diversos ángulos y a través de varias voces, que se complementan y contradicen entre sí, por lo que los relatos introducen al lector en la biografía.

⁵⁹ Sklar, Kathryn Kish, *Catherine Beecher: A Study in American Domesticity*. New Haven, Yale University Press, 1973. Sklar, Kathryn Kish, *Florence Kelley and the Nation's Work: The Rise of Women's Political Culture, 1830-1900*. New Haven, Yale University Press, 1995.

⁶⁰ Moi, Toril, *Simone de Beauvoir: The Making of an Intellectual Woman*. Oxford, Blackwell, 1994.

La *prosopografía*. La biografía colectiva, también conocida en los estudios históricos como prosopografía, es otro arquetipo independiente. Como el nombre ya sugiere, esta categoría abarca las biografías de una serie de personas del mismo tipo o que pertenecen a la misma categoría social, familia, trayectoria laboral, etcétera, e investiga rasgos comunes dentro de un grupo histórico seleccionado. La biografía colectiva ha sido cultivada tanto por literatos como por historiadores. De hecho, *Victorians eminentes*, de Lytton Strachey fue una de las primeras, y posteriormente se publicó un estudio realizado por la crítica literaria, ensayista, biógrafa y educadora Phyllis Rose sobre parejas casadas como unidad política mínima, titulado *Parallel Lives: Five Victorian Marriages*⁶¹. Los sociólogos también han escrito biografías colectivas. Ya en 1918, Florian Znaniecki y William I. Thomas introdujeron la prosopografía con su innovador trabajo *The Polish Peasants in Europe and America*⁶², que mostraba la manera en que individuos y grupos de individuos anónimos se veían influidos por el cambio social histórico pero también contribuían a él. Puede que su proyecto no haya sido de una importancia paradigmática, pero sí resultó crucial para el estudio de los movimientos sociales y de la forma en que las personas perciben la vida, el trabajo, la guerra y el amor. Hoy en día, la más famosa de todos los documentalistas y biógrafos prosopográficos es la periodista y escritora bielorrusa Svetlana Alexievich. En sus libros sobre mujeres, niños, criminales, suicidas y adultos perdidamente enamorados de ambos sexos, ha contado historias de cómo las personas se persiguen y se matan unas a otras, viven y mueren en la guerra, en masacres, o tras accidentes nucleares. Por otro lado, más recientemente, ha hablado de su país en la actualidad a través de historias generacionales⁶³. En su artículo «Prosopography», el historiador británico Lawrence Stone introdujo el concepto como herramienta para los historiadores⁶⁴. Predijo que la prosopografía sería en adelante de una gran importancia para los historiadores

⁶¹ Rose, Phyllis, *Parallel Lives: Five Victorian Marriages*. New York, Alfred A. Knopf, 1983. Las parejas británicas del siglo XIX eran: John Ruskin y Effie Gray; John Stuart Mill y Harriet Taylor; Thomas Carlyle y Jane Welsh; George Eliot y G.H. Lewes; Charles Dickens y Catherine Hogarth.

⁶² Znaniencki, Florian y Thomas, William I., *The Polish Peasants in Europe and America. Monograph of an Immigrant Group*. (5 vols.) Chicago, University of Chicago Press, 1918-1920.

⁶³ Alexievich, Svetlana, *War's Unwomanly Face*. Moscow, Progress Publishers & Dalkey Archive Press, 1988; Alexievich, Svetlana, *Zonky boys: Soviet voices from a forgotten war*. London, Chatto & Widus, 1992; Alexievich, Svetlana, *Voices from Chernobyl Prayer: Chronicle of the Future*. London, Aurum Press, 1999.

⁶⁴ Stone, Lawrence, «Prosopography», *Daedalus*, vol. 100, n° 1, 1971, pp. 46-79.

sociales: tenía razón. A raíz del cambio de milenio, historiadores, literatos y biógrafos han vuelto a retomarla; y, como la historiadora británica Katharine Keats-Rohan ha escrito al respecto, actualmente incluso más con la ayuda de las bases de datos electrónicas⁶⁵.

El propósito de la prosopografía es hablar de la vida de un grupo y las narrativas que se derivan de su configuración como grupo.

9. EXPERIENCIAS BIOGRÁFICAS APRENDIDAS CON ESFUERZO

Los ocho arquetipos no son entidades reales en sí. Son símbolos y categorías analíticas que ofrecen la posibilidad de entender las intenciones y el estilo de la mayoría de las biografías históricas publicadas. Muchas vidas escritas podrían interpretarse dentro de los parámetros de uno o incluso dos arquetipos; los biógrafos rara vez se ciñen estrictamente a un solo modelo, sino que van sumergiéndose en otras posibilidades a medida que su trabajo va avanzando –o no tienen ninguna categoría de ningún tipo en mente y simplemente escriben como les parece mejor–. Esto último es lo más habitual. No obstante, entender los arquetipos es útil y puede aplicarse con gran provecho por parte de los escritores, críticos y lectores de biografías. Todos sabemos que una vida vivida es al mismo tiempo una vida y un contexto, contrastes y direcciones, reflexiones racionales e irracionales, decisiones y destinos, anhelos y pérdidas, victorias y derrotas, y que cualquier vida vivida se desarrolla de forma diferente dependiendo de las circunstancias biológicas, sociales, culturales, económicas y políticas en las que un bebé nace y va viviendo esa vida –y que saber esto hace que casi parezca inevitable la conclusión de que es imposible escribir, leer y valorar una biografía histórica–. Sin embargo, los arquetipos demuestran que los interrogantes fundamentales que plantean los biógrafos respecto al sentido de este altamente complejo y desafiante género de la biografía histórica se han mantenido más o menos constantes a lo largo de la Historia de la civilización occidental.

A los grandes escritores, cuyas obras biográficas siguen siendo clásicos, y los que hemos seguido su estela, nos ha costado mucho adquirir esta experiencia mientras escribíamos las vidas de otros. La conciencia de estos

⁶⁵ Keats-Rohan, Katharine (ed.), *Prosopography. Approaches and Applications: A Handbook*. Oxford, Prosopographica et Genealogica, 2007.

procesos puede ayudarnos a identificar algunos de los escollos biográficos con los que podemos toparnos cuando nos disponemos a adentrarnos en la travesía biográfica y parte del territorio sobre el que podríamos arrojar luz en caso de culminar con éxito la tarea. Si lo conseguimos, nuestras biografías podrían llegar a ser objeto de un intenso debate público.

Los paisajes

PANORAMA BIOGRÁFICO EN ESPAÑA¹

María Jesús González

Universidad de Cantabria

1. INTRODUCCIÓN

El desarrollo de la biografía en sus diversas facetas –como método de investigación histórica, como forma de literatura y narrativa, y también como perspectiva del mundo y fenómeno de cultura popular–² se ha producido en consonancia con la evolución universal de los cambios de paradigmas en el campo de las humanidades y las ciencias sociales, pero también estrechamente asociado a las diversas culturas y procesos nacionales.

En España, los cortes cronológicos que han marcado su devenir en los siglos xx-xxi se corresponden, *grosso modo*, con el patrón general internacional: un poco quizás a rastras del mismo, siempre en el papel de inspirada más que inspiradora y con esto tal vez se pueda destacar una primera peculiaridad de la biografía en la España contemporánea al menos hasta hace unos años: una cierta pobreza de modelos autóctonos y su relativa subordinación,

¹ Este capítulo es una versión modificada y ampliada de la publicación en inglés: González, María Jesús, «Biography in Spain: a historical and historiographical perspective», en Renders, Hans y Veltman, David (eds.), *Different lives. Global perspectives in Biographies in Public Cultures and Societies*. Leiden/Boston, Editorial Brill, 2020, pp. 69-85. Ambos capítulos están dedicados a Santos Juliá.

² Utilizo la clasificación de Depakt, Volker, «The challenges of biography: European-American reflections», *Bulletin of the German Historical Institute*, nº 55, 2014, pp 39-48, esp. p. 39.

dependencia o mimetismo respecto de las influencias, teorías y modelos del exterior, así como de traducciones de biógrafos extranjeros, fundamentalmente anglosajones. Si en el Reino Unido o Alemania, por ejemplo, ha sido predominante la biografía literaria y en Francia la histórica, en España ambas han sido débiles. Esa debilidad, que ha alterado la sincronía internacional se puede adscribir a los planos cultural y político.

Por una parte, ciertos elementos específicos de orden cultural –que comprenden desde la herencia de una tradición religiosa moralizante, hasta una pobreza de fuentes memorialísticas– han influido en una producción que siempre ha sido numéricamente inferior a la de otros países en cualquiera de sus etapas y, tal vez, con menos obras de calidad, con lo cual la existencia de una masa crítica, canónica, de referencia, siempre ha sido mucho más limitada, y también sus avances y difusión pública.

Ya desde principios del siglo xx los críticos de la época solían destacar en la prensa nacional este «déficit» vinculándolo con el peso del catolicismo y la contrarreforma pero también con otras características culturales psicologistas presuntamente endógenas y asociadas a un peculiar carácter español. Así, por ejemplo, en los años veinte cuando triunfaba en Europa la biografía literaria y ésta apenas comenzaba a «contagiarse» en nuestro país, Baeza incidía en la penuria previa del género derivada –decía– del individualismo: «un individualismo de raza, individualismo egoísta, que conllevaba a un escaso interés por el *otro*». En la misma línea se manifestaba Gerald Brenan quien aludía además a la «pudibundez» ante la exposición de asuntos privados, tal vez heredada del catolicismo³. Este tipo de argumentos religioso-culturales eran también utilizados en la época para entender el caso contrario: por ejemplo, la sobreproducción biográfica en Gran Bretaña⁴.

Por otra parte, no son pocas las voces autorizadas que han aludido a la relación del cultivo biográfico con «democracia», «civismo», «modernidad» o, incluso, «libertad moral» como los componentes del humus que favorece su desarrollo cualitativo. Hay quienes intentan entender el proceso actual de

³ *El Sol*, 29 de abril de 1927. Un egoísmo paradójicamente combinado con una «falta de aprecio por la individualidad», Gibson, Ian, «Biografías para qué y cómo», en Casas, José Luis y Durán, Francisco (coords.), *II Congreso sobre el republicanismo en la Historia de España. Historia y Biografía*. Córdoba, Patronato Niceto Alcalá-Zamora y Torres, 2003 pp. 231-248, esp. p. 236.

⁴ Véase: Nicolson, Harold, *The development of English Biography*. London, The Hogarth Press, 1928, pp. 134-142.

crecimiento del género en España, precisamente, considerando esas perspectivas culturales y políticas que trascienden las puramente historiográficas. Ha escrito Jordi Gracia que en España «hemos ido perdiendo el miedo a la singularidad, a la multiplicidad de sujetos que somos cada uno de nosotros. Es una sociedad menos quebradiza, menos hipócrita, más capaz de asumir que todos estamos llenos de taras. Este nivel de conquista de veracidad no formaba parte de este país por la potentísima influencia católica»⁵. A la mayor libertad de expresión en una sociedad democrática y más laica cabe añadir el efecto de la redefinición identitaria en un mundo global.

La sucesión histórica en España de fuertes rupturas políticas (guerra(s) civil(es), dictaduras, etc.) que se han sumado a una tensión superpuesta de nacionalidades y de modelo de régimen no sólo han condicionado o alterado dramáticamente el desarrollo del género –sometiéndolo a manipulaciones, tensiones y generando silencios– sino que además permiten dibujar una *geografía de la biografía* más marcada que en otros países. La narración biográfica, por su naturaleza más puramente «física», «humana» (carente de barreras de abstracción teórico-conceptuales) y su inteligibilidad, constituye un producto esencialmente sensible y permeable para ser «colonizado» y transmitido. Es por ello que, independientemente de su maduración o vaivenes teóricos, se ha convertido en un campo de batalla de representaciones religiosas, políticas, nacionales o de género muy concurrido.

La suma de estos elementos ha hecho que, en España, a lo largo del siglo xx y en rasgos generales, haya pesado más la dimensión moral/pedagógica y política de la biografía que la experimental, o la más neutralmente metodológica como herramienta para penetrar en el conocimiento interior del individuo o de sus áreas de acción/recepción social. Esta «lacra» ha afectado sobre todo a su vertiente histórica y al campo historiográfico. A continuación, realizaré un breve recorrido de la biografía histórica en España para revisar su evolución y aportaciones más destacadas en este campo.

⁵ Entrevista a Santos Juliá y Jordi Gracia en *Letras Libres*, 13 de febrero de 2015. Jordi Gracia es autor de *La vida rescatada de Dionisio Ridruejo* (Anagrama, 2008) y *José Ortega y Gasset* (Taurus, 2014).

2. EL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XX: HAGIOGRAFÍA, «BIOGRAFISMO» Y EL NACIMIENTO DE UNA REGIONALIZACIÓN BIOGRÁFICA

Debemos considerar dos focos fundamentales (que lo fueron también editoriales): el área de influencia madrileña y la catalana. Ambos focos se vieron igualmente enriquecidos a finales de los años veinte por la Nueva Biografía europea que penetró en España entre 1928 y 1936 con su perspectiva liberadora y desmitificadora respecto de los viejos modelos acartonados, su «punto de vista» como propuesta y su penetración psicológica. Esta perspectiva liberadora tendría un importantísimo impacto en el ámbito biográfico literario, pero influyó también, en parte, en su desarrollo histórico-historiográfico a partir de sus dos preceptos: «no divinizar al héroe ni moralizar». La biografía se extendió. «Las rachas del momento –se leía en *El Sol*– son la biografía en el arte literario y el fascismo y el comunismo en política»⁶. En este contexto de influencia común, los focos madrileño y catalán presentan características y estilos particulares, así como sus propios panteones de personajes diferenciados.

El núcleo madrileño

En el núcleo madrileño se desarrollaron dos líneas fundamentales. Por una parte, ya desde 1912 hasta los años 30 se editaron diversas colecciones biográficas muy clásicas de carácter semi hagiográfico y escasa calidad con retratos de grandes hombres. Entre ellos se pueden citar «Los Grandes Españoles» –que recogía retratos de políticos y pensadores vivos como Maura, Romanones o Cánovas– también la colección iniciada por La Residencia de Estudiantes, y las biografías breves patrióticas «Figuras de la Raza» o «Los hombres de nuestra raza» de Ediciones de Nuestra Raza (obsérvese la reiteración del concepto «raza», con un uso españolista en realidad, bastante difuso). Estos son sólo los ejemplos más destacados de una miríada de pequeñas colecciones o publicaciones de quiosco con un predominio de perfil literario o histórico de baja calidad que han estudiado Pascual y Pulido desde el punto de vista editorial⁷.

⁶ Ballesteros de Martos en *El Sol*, 23 de marzo de 1932.

⁷ Martínez, Pascual, *Escritores y editores en la Restauración canovista 1875-1923*. Madrid, Ediciones de la Torre, 1994 p. 444. Fundamental en su detalle editorial, Pulido, Manuel, *Plutarco de moda. La biografía Moderna en España, 1900-1950*. Extremadura, Universidad de Extremadura, 2009. Y también, *ABC* 7 de julio de 1935; *ABC*, 3 de septiembre de 1935 y *ABC*, 10 de octubre de 1935.

Por otra parte, surgió la aportación más importante al desarrollo del género, a partir del experimento dirigido por el filósofo Ortega y Gasset con la colaboración de un historiador, Melchor Fernández Almagro. Ambos, bajo el influjo europeo de la citada nueva biografía, tomaron las riendas editoriales y teóricas con un claro objetivo: impulsar la producción biográfica en España con un propósito regenerador. Ortega dio cuerpo a su teoría sobre la *razón biográfica* escribiendo diversas semblanzas (como las de Velázquez o Goya) en las que desplegaba su perspectiva. Diseñó una propuesta editorial alimentada con una motivación de fondo que se había cocido en el taller mental raciovitalista del filósofo. Consideraba la biografía filosóficamente fundamental para potenciar la individualidad «humanizadora», para entender al hombre en sus circunstancias (no para crear héroes, mitos o santos), y también era necesaria desde el punto de vista pedagógico y cívico-político como elemento regenerador: a partir del conocimiento de hechos pasados era posible librarse de repetir los errores⁸.

No impulsaba una propuesta de corte nacional-patriótico, más bien difusamente liberal. Ni apelaba a raza o virtudes especiales de los españoles. El proyecto «Vidas Españolas del siglo XIX», que se desarrolló entre 1929 y 1936 y pronto se amplió a «Vidas Españolas e Hispanoamericanas del siglo XIX», fue la empresa más consciente y determinada en esta línea con la publicación de 59 biografías en 7 años. No se ha producido nada igual desde la fecha. Estas biografías abordaban todos los personajes decimonónicos de adscripciones diversas –elegidos uno a uno por el filósofo– no necesariamente de primera fila ni necesariamente ortodoxos o aleccionadores. Castelar, Béquér, Zumalacárregui o el libertador Bolívar, Arenal o Ganivet se combinaban con la impostora Sor Patrocinio Frascuelo y Luis Candelas. «No eran Plutarcos edificantes... –escribía Fernández Almagro en *La Gaceta Literaria*– que la Historia, en efecto, no es una moralidad ni un ejemplo»⁹.

El proyecto no triunfó en su conjunto, produjo una cierta «confusión» de paradigmas y tuvo una trayectoria irregular con obras muy desiguales,

⁸ Salas, Jaime de, «Vida y biografía en Ortega», *Revista de Occidente*, julio-agosto 1987, nº 74-75, pp. 77-87. Ver José Ortega y Gasset, papeles sobre Velázquez y Goya, Lasaga, José, «Notas para una teoría de la biografía en Ortega», en Atencia, José María (ed.), *Ortega y Gasset: el imperativo de la intelectualidad*. Málaga, universidad de Málaga, 2017; y Cáliz, Jéssica, «La renovación biográfica de las 'Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX'», *Dicenda. Cuadernos de Filología Hispánica* 2014, vol. 32, nº especial, pp. 125-138.

⁹ Crónica de Fernández Almagro en *La Gaceta Literaria*, 15 de enero de 1930.

pero dejó algunos productos excelentes y una estela¹⁰. Se sumaba a la producción biográfica de «Personajes Ilustres» editados por *La España Moderna*. Y también acompañó a otros proyectos editoriales biográficos menores que menudearon desde 1914. Sin profundizar o describir todas las líneas, se podría concluir que en estos años había una gran actividad biográfica: «*biografismo*» lo llamó Andrés Soria¹¹. Escritores e intelectuales de diversas procedencias y de gran calidad: historiadores, periodistas literatos (e incluso un médico) asentaron el germen de una escuela biográfica en España posteriormente truncada: Ramón Gómez de la Serna, Antonio Marichalar, Américo Castro, Antonio Fabié, Vicente Huidobro, Gregorio Marañón, Benjamín Jarnés, Antonio Espina y Manuel Chaves Nogales, a los que se sumaron en Cataluña Josep Pla o Eugenio D'Ors (entre otros). También políticos como el conde de Romanones o el propio Azaña quien ganó un premio biográfico. Había además un público lector aficionado y la prensa nacional (*El Sol*, *La Vanguardia*) comentaba las biografías. «¡Sigue la racha! Biografías a granel», se leía en *La Voz*. Como se ha destacado, «nunca la biografía conoció tanta apertura y experimentación»¹².

La esfera catalana

En Madrid su zona de influencia, como hemos visto, más allá de la difusa masa biográfica popular, se reforzó un panteón de hombres notables y se intentó reconstruir y reafirmar el universo liberal y sus referentes cívicos según un laxo modelo patriótico e inclusivo. También se nutrió la conexión latinoamericana. Pero en Cataluña las cosas eran diferentes.

Desde la época de la *Reinaixença* se había perfilado una línea «propia» de biografía nacionalista escrita en catalán, en la que se recogían y exaltaban las personalidades locales con modelos específicos y contrapuestos al presunto patrón «central». De este modo, ya desde finales del siglo xix pero sobre todo durante el primer tercio del siglo xx la biografía se incorporó al armamento

¹⁰ Véase: Caballé, Anna, *El saber biográfico. Reflexiones de taller*. Madrid, Nobel, 2021, especialmente capítulos del 13 al 16.

¹¹ Soria, Andrés, «El biografismo y las biografías: Aspectos y perspectivas». *1616: Anuario de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada*. Anuario I, 1978, pp. 173-188.

¹² Sobre la idea de «biografías a granel»: *La Voz* 17-7-1934. Respecto a la experimentación: Caballé, Anna, «La biografía en España: primeras propuestas para la construcción de un canon», en Burdiel, Isabel y Foster, Roy (eds), *La historia biográfica en Europa. Nuevas perspectivas*. Zaragoza, Instituto Fernando el Católico, 2015, pp. 89-117.

de construcción cultural y nacional catalana y se cultivó ampliamente. Para empezar, se produjo un número «inabarcable» de pequeñas biografías en actos de recepción de academias y corporaciones y en sesiones necrológicas. Abundaron igualmente las semblanzas biográficas publicadas en la prensa: en los Quaderns Blaus, los Catalans d'ara, Homes de Catalunya o los Homes d'En Patufet, o las escritas entre 1911 y 1939 por Rovira i Virgili¹³.

Pero también se editaron colecciones de mayor entidad. Entre ellas, la más destacable fue la colección Barcino de la editorial Casacuberta (años 20 y 30) de la que ha realizado un excelente examen crítico muy recientemente Fausto Ripoll. Esta editorial, recogía –escribe Ripoll– personajes «catalanísimos», «catalanes por los cuatro costados», la «tradición encarnada» o ejemplos «raciales» (así se especificaba en la editorial) que trasladaban su catalanidad innata y prolífica al arte, la política o la religiosidad, el gen catalán a la estética o los negocios y, por supuesto, a la forja nacional. La plástica, el cromatismo y la aptitud artística de Fortuny; el valor de Rafael Casanova; el civismo de Almirall o el modernismo protodemocrático de Pedro el Ceremonioso, se abordaban como virtudes específicamente catalanas. Nunca existió nada similar en el resto de España¹⁴.

Esta característica de atención al deliberado «*modelo y moldeamiento nacional*» tan presente en las biografías catalanas desde fechas tan tempranas diferenció claramente los universos biográficos catalán y castellano contribuyendo a una regionalización biográfica en España. La biografía jugó un papel muy activo en los inicios de estilización visual de una propuesta nacional catalanista, dotándola de rostros y caracteres que se sumarían para constituir una síntesis orgánica, un perfil colectivo (y atractivo) nacional: una muy útil antropomorfización de la nación.

¹³ Casassas, Jordi, «La biografía histórica a Catalunya contemporània (notes sense ànim d'exhaustivitat)», *Cercles: revista d'història cultural*, n° 10 2007, pp. 102-113. También ver Miracle, Josep, *La leyenda y la Historia en la Biografía de Angel Guimerà La Laguna de Tenerife*. La Laguna de Tenerife, Instituto de Estudios Canarios, 1952.

¹⁴ Ripoll i Domenech, Faust, «La biografía com a eina de construcció nacional. Les biografies del catàleg de Josep Maria de Casacuberta», en Espinós, Joaquim, Maestre, Antoni y Marcillas, Isabel (coords.), *La biografia a examen*. Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2015, pp. 27-33. Casassas, Jordi «La biografía...» *op. cit.* Casassas, Jordi, *La fàbrica de les idees. Política i cultura a la Catalunya del segle xx*. Barcelona, Afers, 2009, pp. 56-66.

De manera paralela a la línea nacionalizadora se cultivó en Cataluña otra línea biográfica en castellano, pero basada fundamentalmente en protagonistas internacionales y dirigida a un público más joven¹⁵.

En el mapa biográfico español, por tanto, el localismo catalanista combinado con una cierta mirada de «fuga» europea surgía como alternativa al españolismo (difuso) y latino-americanista castellano. Una tendencia que se prolongaría durante años.

3. LOS AÑOS FIEROS: SECUESTRO Y CRISIS DE LA BIOGRAFÍA

La Guerra Civil

La Guerra Civil supuso claramente un corte brusco e implicó, por razones obvias, la paralización de proyectos históricos o literarios. Sin embargo, la consciencia de la fuerza expresiva que ostentaba la biografía como posible transmisora de un mensaje moral o político llevó a que durante los años de la contienda ésta se mantuviera pujante, alistándose en pequeños «batallones complementarios». Así, dos ejércitos desiguales de personajes escritos, incorpóreos, pero de gran poder persuasivo y moralizante, se enfrentaron en el conflicto bélico convirtiéndose en refuerzo simbólico de los civiles en la retaguardia, o acompañando a los soldados. Como una metáfora de lo que sucedía en la realidad sociopolítica, los personajes liberales (seres intermedios, reformistas, «imperfectos») que habían florecido en la literatura biográfica desde los años 20 quedaban silenciados, aletargados en espera de tiempos mejores, pero despertaron los nuevos héroes extremos.

Del lado de la República, durante el periodo de gobierno desde 1931, las biografías habían constituido parte del material docente de las Misiones Pedagógicas con el que se pretendía atraer y formar lectores y educarles en democracia¹⁶. Pero también se utilizaron como elementos de propaganda, adoctrinamiento y, durante el conflicto, de resistencia. La editorial Guerri, colectivizada, publicó las series de «Vidas Revolucionarias». Y la editorial Maucci, pronto absorbida por Tierra y Libertad, editó «Grandes Figuras de la Revolución», En ambos casos se retrataban anarquistas, bolcheviques ejemplares

¹⁵ Pulido, Manuel, *Plutarco de moda... op. cit.*, p. 63.

¹⁶ Caudet, Francisco, *Las cenizas del Fénix. La cultura española en los años 30*. Madrid, Ediciones de la Torre, 1993. Martínez, Ana, *La política del libro durante la Segunda República: socialización de la lectura*. Gijón, Ediciones Trea, 2003.

(incluyendo a Lenin) o heroicos revolucionarios italianos¹⁷. Los sublevados, por su parte, también exhibieron su músculo biográfico con su amalgama de héroes (muertos y vivos) santos y mártires. Tuvieron especial interés en retratar a los militares protagonistas en series como la «Vida de Soldados ilustres de la Nueva España», o las «Siluetas biográficas de las figuras más destacadas del movimiento salvador», que repetían héroes: Franco, Mola, Varela, Saliquet, Queipo de Llano, Orgaz o Aranda... Como destaca Pulido Mendoza, desde las prensas de *El Diario Montañés* en Santander o desde Ávila, Valladolid y otras ciudades bajo el manto nacional se acuñó ese tipo de biografía hagiográfica nacional-católica que permanecería con el tiempo¹⁸.

La guerra civil partió en dos –entre tantas cosas– el posible acuerdo respecto a iconos biográficos nacionales comunes; una partición que aún permanece aunque más veladamente. Apenas un año acabada la guerra, comenzó además la odisea biográfica de Franco que, desde 1937 hasta la actualidad, ha acumulado más de 50 biografías. Entre ellas no sólo se cuentan las hagiografías producidas durante la guerra o la dictadura sin que, 25 años después de su fallecimiento y aun esporádicamente hasta hoy en día «algunas siguen siendo descaradamente favorables», tal y como ha destacado Paul Preston. La polémica voz «Franco» en el *Diccionario Biográfico Español de la RAH*, ha constituido la última muestra palpable¹⁹.

El franquismo o la perversión del género

En 1936 se publicó la última biografía de la colección Vidas Españolas e Hispanoamericanas: la del reaccionario Donoso Cortés: «Hay algo casi de sobrenatural en el hecho de que una biografía sobre un personaje que defendía la dictadura política en determinados casos coincidiera con ella»²⁰. Con el triunfo de Franco, el género biográfico como el resto de la historiografía, se

¹⁷ Llanas, Manuel, *Casa Editorial Maucci (Barcelona, 1892-1966) [Semblanza]*. Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2016. Del mismo autor: Llanas, Manuel, «Notes sobre l'editorial Maucci i les seves traduccions», *Quaderns. Revista de traducció*, nº 8, 2002, pp. 11-16.

¹⁸ Véase también: Pulido, Manuel, *Plutarco de moda... op. cit.*, pp. 152 y ss.

¹⁹ Preston, Paul, «Los biógrafos de Franco» en González, María Jesús y Ugarte, Javier (eds.): *Juan Pablo Fusi. El historiador y su tiempo*. Madrid, Taurus, 2015, pp. 113-124. Ledesma, José Luis, «El Diccionario Biográfico Español, el pasado y los historiadores», *Ayer*, nº 88, 2012, pp. 247-265. Treglown, Jeremy, «Franco's Friends», *Times Literary Supplement*, 30 de marzo de 2012.

²⁰ Caballé, Anna, *El saber biográfico... op. cit.*, p. 250.

convirtió en una más de las herramientas de formación del espíritu nacional. El franquismo «alteró», menospreciándola, «la significación concedida en los años anteriores a la biografía»: exploratoria del ser humano, iconoclasta, experimental y metodológicamente relevante... El género asumió el patrón dominante: imperial, fatalmente ideologizado, y desvergonzadamente hagiográfico. Se desvaneció, con ello, cualquier propósito de profundización en la esencia individual o de pretensión de calidad historiográfica. Pero el corsé político no sólo afectó al estilo o la metodología. Desaparecieron también personajes (y con ellos épocas) «heterodoxas». Su lugar fue tomado por soldados, monjas, conquistadores, virreyes, misioneros, y otras figuras coloniales, además de santos y héroes nacionalcatólicos que curiosamente encontraban muy frecuentemente su ADN en épocas medievales, creando una «galería de mitos nacionales»²¹.

En esta época, sin embargo, pese a su contaminación ideológica y su (mayoritaria, aunque con salvedades) degeneración cualitativa, la biografía prosperó y se utilizó pedagógicamente. Y, sobre todo, se vinculó muy estrechamente y fortaleció a una rancia historia política y diplomática. No es de extrañar que tiempo después sufriera una reacción de rechazo profundo convirtiéndose en un género «científica y moralmente sospechoso» del que se olvidaban los avances previos²². Este repudio de la biografía, debido a su instrumentalización ideológica por parte franquismo, tendría efectos devastadores en la misma.

Hubo ciertamente algunas excepciones en los años de Franco. Se publicaron las diversas obras psicobiográficas de Gregorio Marañón²³ como las biografías de *Luis Vives* (1942) o *Antonio Pérez* (1947), la biografía de *Jovellanos* (1945) de Francisco Ayala, el *Cánovas* de Fernández Almagro, (1951) o el *Cambó* (1952-1969) de Pabón, las biografías de *Prim*, (1952) y *Prat de la Riba* (1964) de Rafael Olivar Bertrand y la biografía (inacabada) de *Fernando II de Aragón* de Vicens Vives. Incluso el exiliado Salvador de Madariaga escribió

²¹ *Ibidem*, p. 109.

²² Burdiel, Isabel, «La dama de blanco. Notas sobre la biografía histórica», en Burdiel, Isabel y Pérez Ledesma, Manuel (coords.), *Liberales, agitadores y conspiradores: biografías heterodoxas del siglo XIX*. Madrid, Espasa-Calpé, 2000, pp. 17-48.

²³ Sobre el análisis de la obra de Marañón, véase: Olmo, Teresa del, *Teoría de la biografía*. Madrid, Dyckinson, 2015. Entre las biografías publicadas por Marañón se encuentran: *El Conde-Duque de Olivares. La pasión de mandar* (1936), *Don Juan. Ensayo sobre el origen de su leyenda* (1940), *Luis Vives. Un español fuera de España* (1942) y *El Greco y Toledo* (1957).

una trilogía americana (*Colón*, *Hernán Cortés* y *Bolívar*) entre 1940 y 1951. Por otra parte, como ha destacado Ghanime, sólo los hispanistas franceses o anglosajones parecían mantener interés por figuras decimonónicas: como en el caso de Albert Dérozier sobre José Manuel Quintana (1968 traducida en 1978), el de Robert Marrast sobre Espronceda (1974) y el de Hans Juretschke sobre Alberto Lista (1951)²⁴. También Vicens en su libro *Industrials i Politics del segle XIX* (1958) estudiaba a los empresarios para entender la economía, (no para destacar ningún carácter «genético» catalanista) y concedía a la biografía un papel esencial como se demuestra en su listado de los perfiles biográficos en el apéndice realizado por Montserrat Llorens que incluye diagramas de trayectorias biográficas: «líneas de fuerza de las generaciones catalanas»²⁵. Estas obras y acercamientos constituyeron un oasis en el contexto del franquismo o tardofranquismo.

Tal vez lo más destacable en estos años sea lo que podríamos denominar la «*paradoja catalana*»: esto es, el discreto florecimiento de una biografía de sutil recuperación catalanista desarrollada, paradójicamente, en pleno franquismo. Desde los años cincuenta se publicaron biografías en lengua catalana. Una editorial, Aedos, además de crear una colección biográfica de calidad (escrita en catalán y castellano), convocó un importante premio de biografía ya en 1953. Le siguieron diversas colecciones editoriales y repertorios biográficos como las «Biografíes Populars» de Alcides y la Pinya de Rosa de la editorial Dopesa²⁶. Se publicaron también en los años cincuenta las biografías cortas de los «homenots» de Josep Pla y las obras de Pabón. Otros autores como Josep María Poblet, Ramón Carnicer, Enric Jardí, Juan Arbó, Josep Miracle y el padre Hilari Raguer, por su parte, también mantuvieron viva una biografía de calidad en castellano o catalán.

²⁴ Ghanime, Albert, «Reflexiones y datos sobre la biografía histórica en España (personajes contemporáneos)», *Cercles: revista d'història cultural*, nº 10, 2007, pp. 114-144.

²⁵ Vicens Vives, Jaume y Llorens, Montserrat, *Industrials i Politics del segle XIX*. Barcelona, Teide, 1958. Véase también el artículo Morales Moya, Antonio, «Marañón, una visión personalista de la historia», *Historia Contemporánea*, nº 43, 2011, pp. 701-717.

²⁶ En 1956, por ejemplo, el historiador Joan Reglá, vinculado al nacionalismo catalán y al bando republicano durante la guerra, ganó el premio con su obra *Filip II i Catalunya*. Rafael Oliver Bertrand lo ganó en 1964 por una biografía de Prat de la Riba. Ver Soldevilla, Llorenç, «Seixanta anys de biografisme català (1953-2013). Aproximació i repertori», en Balaguer, Enric, Francés, María Jesús y Vidal, Vicent (eds.), *Aproximació a l'altre Biografies, semblances i retrats*. Barcelona, Jon Benjamin, 2015, pp. 62 y ss.

4. ANTIBIOGRAFISMO POSTFRANQUISTA

Es bien conocida la reacción historiográfica que se produjo tras la muerte del dictador. Una sed ciudadana y académica por el estudio y conocimiento de la historia social, las revueltas campesinas, la guerra civil, etc... coincidía graciosamente con los últimos coletazos europeos de los tiempos historiográficos de las estructuras. Así, lo político y lo historiográfico se fundieron. Desde el punto de vista del protagonista histórico se recuperaron los sujetos colectivos y desde el punto de vista teórico el marxismo. Fueron años de historiografía (necesariamente) reivindicativa en los que pesaba más la militancia y la necesidad de recuperar espacios de libertad y resignificar procesos o movimientos sociales, y todo ello llevó al «sacrificio de la dimensión individual» en expresión de Sabina Lóriga²⁷. Se produjo una paradójica proliferación de la producción memorialística que habitualmente tiende a seguir a momentos críticos o traumáticos²⁸. Pero la reacción antibiográfica de la historiografía fue muy evidente. En esos años tan sólo los más conservadores, como Carlos Seco Serrano en 1978, lamentaban el descrédito del género²⁹. Incluso aquellos autores progresistas que se atrevieron a escribir biografía, como Jutglar o Fontana, tuvieron que recurrir a una buena dosis de acompañamiento de Marx o de Gramsci para legitimar su aportación³⁰.

Desde el punto de vista formal, por otra parte, no eran tiempos en que se prestara especial atención a la narrativa (un aspecto tan esencial en el universo biográfico) y con frecuencia se publicaba dentro de la línea que un autor ha definido como «feísmo historiográfico»: textos constreñidos por corsés ideológicos y conceptuales y, por lo general, desinteresados por los aspectos formales³¹.

²⁷ Véase Lóriga, Sabina, «La escritura biográfica en los siglos XIX y XX», en Burdiel, Isabel y Foster, Roy (eds.), *La historia biográfica en Europa: nuevas perspectivas*. Zaragoza, Instituto Fernando el Católico, 2015, pp. 15-46.

²⁸ Esto afectó sobre todo a políticos del periodo de la Transición, ver Magaldi, Adrián, «A través de los recuerdos. Las diferentes visiones de la Transición desde la memorialística política», *Investigaciones históricas. Época moderna y contemporánea*, nº 38, 2018, pp. 479-506.

²⁹ Seco Serrano, Carlos, «La biografía como género historiográfico», en Juan José, Carreras et al., *Once ensayos sobre la historia*. Madrid, Fundación Juan March, 1976, pp. 105-119, esp. p. 107.

³⁰ Fontana, Josep, *Aribau i la indústria cotonera a Catalunya*. Barcelona, Rafael Dalmau, 1963. Jutglar, Antoni, «El magisterio de Pi y Margall: a los cien años de Las nacionalidades», *El Ciervo*, nº 298, 1976, pp. 16-17.

³¹ Fuentes, Juan Francisco, «La biografía como experiencia historiográfica», *Cercles: revista d'història cultura*, nº 10, 2007, pp. 37-56, esp. p. 41.

5. EL RENACIMIENTO: DE LA BIOGRAFÍA HISTÓRICA A LA HISTORIA BIOGRÁFICA

La recuperación: los años 90

No me detendré en los aspectos relacionados con la renovación historio-gráfica que se produjo en estos años a nivel internacional, dado que ya se abordan en este libro. La crisis de la práctica doctrinal marxista y de Annales, el auge de la narrativa, la microhistoria, la influencia de las nuevas corrientes filosóficas de orientación lingüística o subjetivistas de la postmodernidad, y más específicamente el giro denominado *biographical turn* favorecieron el nuevo auge de la biografía. La *historia biográfica* tomó impulso y adquirió status académico.

La reaceptación y práctica de la historia política resultó claramente un estímulo. Las obras biográficas recién traducidas de prestigiosos hispanistas británicos –cuya calidad alentó el respeto y querencia del género– se sumaron a las de la nueva generación en España. Así, los hispanistas publicaron las biografías del Conde Duque, de Felipe II, de Franco y del rey Juan Carlos. Pero, paralelamente, una nueva generación de historiadores de la política publicaba otro Franco, Carrero Blanco, Primo de Rivera y a diversos políticos de la Restauración, lo que revitalizó el género³². Pero, en este contexto, también tuvieron un papel muy importante los historiadores procedentes de la historia social, de un ámbito progresista (y previamente reticentes al género) como Santos Juliá, José Álvarez Junco, o Julio Aróstegui. Sus obras biográficas confirmaban que reivindicar el género no suponía ya ser un historiador de la vieja escuela o radicalmente antimarxista, y la metodología biográfica se comenzaba a tomar en serio historiográficamente. Se podía llegar a la biografía desde su vieja aliada natural, la historia política, pero también desde la historia social. De hecho, la historia socio-cultural ha jugado

³² Elliott, John H., *El Conde Duque de Olivares: el político en una época de decadencia*. Barcelona, Crítica, 1990; Kamen, Henry, *Felipe II*. Madrid, S XXI, 1997; Fusi, Juan Pablo, *Franco*. Madrid, Ed. El País, 1988; Preston, Paul, *Franco, caudillo de España*. Madrid, Círculo de Lectores, 1994; Tusell, Javier, *Carrero: la eminencia gris del régimen de Franco*. Madrid, Temas de Hoy, 1993; Forner, Salvador, *Canalejas y el Partido Liberal Democrático (1900-1910)*. Madrid, Cátedra, 1993; Cabrera, Mercedes, *La industria, la prensa y la política: Nicolás María de Urgoiti 1859-1951*. Madrid, Alianza, 1994; Powell, Charles, *Juan Carlos. Un rey para la democracia*. Barcelona, Ariel/Planeta, 1995; Gil Pecharromán, Julio, *Primo de Rivera*. Madrid, Temas de Hoy, 1996; González, María Jesús, *El universo conservador de Antonio Maura: biografía y proyecto de Estado*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1997; Moreno Luzón, Javier, *Romanones: caciquismo y política liberal*. Madrid, Alianza, 1998.

un papel muy importante en su renovación metodológica³³. Las biografías de intelectuales, por su parte, fueron capaces de mantener relativamente su producción, aunque han aumentado los estándares de calidad y ha sido en los últimos veinte años cuando se han publicado más obras³⁴.

Al tiempo que se desarrollaba de nuevo el género, se comenzó a incluir en congresos internacionales de historiografía como en el Congreso de Ciencias Históricas en Madrid en 1992 o el I Congreso Internacional de Historia a Debate en Santiago de Compostela (1993). También se inició la publicación de artículos y monográficos que reflexionaban y animaban esta línea. Con una cierta demora respecto del compás europeo, los conceptos «retorno del sujeto» y «resurgimiento de la biografía» se repitieron en los artículos académicos españoles (y curiosamente, aún se repiten casi treinta años después)³⁵.

En los últimos años, las biografías en el campo historiográfico han mostrado, entre otras cosas, y más allá del conocimiento de personajes de interés, su gran utilidad para recrear los mecanismos de poder caciquiles o de la corte, las estrategias del populismo y el liderazgo carismático. Igualmente,

³³ Juliá, Santos, *Manuel Azaña una biografía política: del Ateneo al Palacio Nacional*. Madrid, Alianza, 1990. Álvarez Junco, José, *Lerroux: El emperador del paralelo*. Madrid, Alianza, 1991; Aróstegui, Francisco, *Largo Caballero, la última etapa de un líder obrero*. Madrid, Fundación Largo Caballero, 1990. Tavera y Burdiel, por ejemplo, han explicado su «necesario» aterrizaje en la biografía desde la historia social, véase la entrevista a Susanna Tavera en Cattini, Giovanni C., «Història social / Biografia històrica. Entrevista a Susanna Tavera», *Cercles: revista d'història cultural*, n° 19, 2007, pp. 280-289; y en la entrevista a Isabel Burdiel en: Bolufer, Mónica, Burdiel, Isabel y Sierra, María, «¿Qué biografía para qué historia? Conversación con Isabel Burdiel y María Sierra», en Gallego, Iñaki y Bolufer, Mónica (coords.), *¿Y ahora qué?: nuevos usos del género biográfico*. Barcelona, Icaria, 2016, pp.19-35.

³⁴ Por ejemplo, López Vega, Antonio, *Gregorio Marañón, radiografía de un liberal*. Madrid, Taurus, 2011; o las biografías de Pío Baroja, Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset, Giner de los Ríos, Saavedra Fajardo, Luis Vives, etc., incluidas en la colección «Españoles eminentes» de la editorial Taurus.

³⁵ Ya en 1987, Antonio Morales Moya recogía ese «cierto» retorno a nivel internacional: Morales Moya, Antonio, «En torno al auge de la biografía», *Revista de Occidente*, n° 74-75, 1987, pp. 61-76. En Cataluña, el Grup d'Estudi d'Història de la Cultura i dels Intel·lectuals (GEHCI), comenzó a dar sus frutos en forma de biografías de intelectuales a partir de 1992. Véase: Ghanime, Albert, «Reflexiones...» *op. cit.*, pp 126-128. Ver además Morales Moya, Antonio, «Biografía y Narración en la historiografía actual», en VV.AA., *Problemas actuales de historia. Terceras Jornadas de Estudios Históricos*. Salamanca, Universidad de Salamanca, 1993, pp. 229-257; y Veiga, Xosé Ramón, «Individuo sociedad e historia. Reflexiones sobre el retorno de la biografía», *Studia Histórica, Historia Contemporánea*, n° 13-14, 1995, pp. 131-147.

ha iluminado las trayectorias de género, los mecanismos de la creación intelectual o la formación y las características de una mentalidad y práctica empresarial. Se ha demostrado, finalmente, que la metodología biográfica no es incompatible con ninguna de las tendencias historiográficas: política, social, económica, cultural y, por supuesto, con la historia de género. Ha contribuido a potenciar su interdisciplinariedad además de reflexionar sobre las técnicas argumentativas o las nociones de identidad o experiencia.

Si bien los primeros campos beneficiados han sido las biografías de políticos e intelectuales podemos destacar otros campos muy feraces.

6. CAMPOS DE INTERÉS EN LA ACTUALIDAD

Las vidas de las mujeres

Uno de los campos biográficos que ha crecido en relevancia en la actualidad es el de las mujeres, estimulado por las reivindicaciones y los logros culturales del feminismo y el avance de la historia de género.

La (in)visibilidad ha constituido un argumento clásico a la hora de reivindicar las biografías de mujeres tanto como su historia. De hecho, «invisibles» es uno de los términos que se repiten universalmente cada vez que se habla de la historia o la biografía de mujeres junto a «silenciadas», «ocultas» o «ignoradas». Tal vez haya quien considere enojosa o cansina esta reiteración que prologa monografías, sirve de *leitmotiv* para colecciones editoriales, prosopografías o diccionarios y sigue alimentando el argumentario de artículos académicos. Sin embargo, la desproporción en la presencia de mujeres (que revela cualquier recuento biográfico), ratifica los apelativos citados. Lo ha demostrado simple y gráficamente el recién publicado Diccionario Biográfico de la RAH, donde su número no llega al 9% del total³⁶. Es cierto, por tanto, que en la producción biográfica sigue siendo una tarea necesaria fortalecer esa presencia «cuantitativa» femenina. Y, sin embargo, de acuerdo con Bolufer, considero que resulta insuficiente escribir indiscriminadamente sobre las «no narradas» o situar solo el foco sobre «las excluidas», del mismo modo que resulta contraproducente propiciar actitudes celebratorias o victimistas³⁷.

³⁶ Según cita Treglown, Jeremy, «Franco's Friends», *Times Literary Supplement*, 30 de marzo de 2012.

³⁷ Una opinión que ha expresado Bolufer, Mónica, «Multitudes del yo: biografía e historia de las mujeres», *Ayer*, n° 93, 2014, pp. 85-116.

Con ello sólo se conseguiría implantar una suerte de género hagiográfico femenino (que no feminista) arcaizante y simplificador, que poco o nada aportaría al canon biográfico o, en su posible función socio cultural, a la reconstrucción y representación en los espacios históricos y públicos de las mujeres. La labor realizada en este respecto por la biografía feminista de las últimas décadas ha sido enorme, aunque hay quien se pregunta «cómo» está siendo integrada ésta en el canon, si constituye tan sólo un «apéndice» al mismo, una propuesta alternativa, o está exigiendo un giro radical en el sistema de pensamiento «abriendo la épica al ser femenino»³⁸. Esa es una observación fundamental que contempla la necesidad de aportaciones sustanciales, cualitativas. Como ha escrito Joan Scott en su ensayo «*Storytelling*», donde analiza la obra de Natalie Davis, su trabajo reenfoca la historia y no lo hace «simplemente porque otorgue protagonismo y visibilidad a quienes han estado ocultas o en sus márgenes, sino porque revela las complejidades de la experiencia humana *con lo que desafía las categorías con las que estamos acostumbrados a pensar el mundo*»³⁹.

Por una parte, se ha desarrollado muy ampliamente una biografía básica deliberadamente visibilizadora o nominativa de las mujeres. El trabajo pionero fue el de Antonina Rodríguez y sus *Mujeres de España (las silenciadas)*, (1979). Con posterioridad, se ha desarrollado una línea biográfica de carácter narrativo que, al margen de ciertas monografías, se ha concentrado en colecciones populares especializadas o en diccionarios donde la propuesta y argumentación teórica o política se puede encontrar, como mucho, en las introducciones. Entre las colecciones más destacadas en esta línea se pueden citar la de «Biografías de mujeres» que coordinada por la AMMU (Asociación Matritense de Mujeres Universitarias) publica la editorial Eila y que se caracteriza porque sus autoras o autores son mayoritariamente españoles. Por su parte en la colección de biografías Circe, que en sus tres décadas de existencia, desde 1988, acumula más de 100 biografías. Los volúmenes que la conforman son traducciones de autoras o autores extranjeros salvo dos o tres excepciones recientes (como José Dalmau y Victoria Combalía). Pero además se han escrito decenas de diccionarios y enciclopedias biográficas o prosopográficas de mujeres con una orientación diversa de la de los viejos diccionarios de «Mujeres notables» al uso. Se aúnan artistas, científicas, escritoras, nobles, piratas, olvidadas, esenciales, maestras, «de armas tomar»,

³⁸ Caballé, Anna, «Mujer y biografía», entrevista *Letras Libres*, 13 de febrero de 2015.

³⁹ Scott, Joan W., «Storytelling», *History and Theory*, vol. 50, nº 2, 2011, pp. 203-209, esp. p. 207.

mujeres en el callejero, en el franquismo, los sesenta, la edad moderna o medieval, licenciadas, arquitectas, trabajadoras, masonas, gitanas, reinas, heroínas, esposas de dictadores y hasta mujeres con discapacidad en la historia. Dialnet muestra una impresionante lista (de desigual calidad) cuya cita desbordaría nuestros límites⁴⁰.

Por otra parte, se han publicado biografías de mujeres sometidas a criterios de una mayor profundidad en su planteamiento de problemas historio-gráficos y, en mayor o menor medida, influida por la perspectiva de género. La presencia de este tipo de biografías está creciendo pero, precisamente por su complejidad y tiempo de elaboración, no abundan tanto⁴¹.

Y finalmente, habría que destacar una tercera línea no menor que abarca la reflexión teórica y metodológica sobre la biografía y la historia de las mujeres, sus problemas, aportaciones en diversos campos, incluido el de las mujeres científicas abordado desde la propia historia de la ciencia⁴².

⁴⁰ A modo de ejemplo: Martínez López, Cándida et al (dirs.), *Mujeres en la historia de España. Enciclopedia biográfica*. Barcelona, Planeta 2000; Castells, Irene, Espigado, Gloria y Romeo, María Cruz (coords.), *Heroínas y patriotas. Mujeres de 1808*. Madrid, Cátedra, 2009; Tavera, Susana, «Trayectorias individuales y memoria colectiva. Biografías de género», *Arenal*, vol. XXI, nº 2, 2005, pp. 211-307; Capel, Rosa María (ed.), *Mujeres para la historia. Figuras destacadas del primer feminismo*. Madrid, Abada, 2004.

⁴¹ Tavera, Susana, *Federica Montseny la Indomable*. Madrid, Temas de Hoy, 2005; Núñez, Concepción, *Carmen de Burgos, Colombine en la Edad de Plata de la literatura española*. Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2005; Burdiel, Isabel, *Isabel II. Una biografía (1830-1904)*. Madrid, Taurus, 2010; Burdiel, Isabel, *Emilia Pardo Bazán*. Madrid, Taurus 2019; Caballé, Anna y Rolón, Israel, *Carmen Laforet. Una mujer en fuga*. Barcelona, RBA, 2010; y Caballé, Anna, *Concepción Arenal. La caminante y su sombra*. Madrid, Taurus, 2018.

⁴² Borderías, Cristina, «Subjetividad y cambio social en las historias de vida de las mujeres: notas sobre el método biográfico», *Arenal*, vol. 4, nº 2, 1997, pp. 177-195. Bolufer, Mónica «Multitudes del yo...» *op. cit.* Rodríguez Jiménez, José Luis y Nuñez de Prado, Sara, «Las biografías de mujeres en la enseñanza de historia de la España actual», en Rodríguez, Javier (coord.), *Nuevas metodologías didácticas*. Madrid, ACCI, 2014, pp. 265-282. Gallego, Henar y Bolufer, Mónica (eds.): *¿Y ahora qué?... op. cit.* Santesmases, María Jesús, Cabré, Montserrat y Ortiz, Teresa, «Feminismos biográficos: aportaciones desde la historia de la ciencia», *Arenal*, vol. 24, nº 2, 2017, pp. 379-404. Véase también Miqueo, Consuelo y Ballester, Rosa (eds.), «Biografías médicas, una reflexión historiográfica», *Asclepio*, vol. 57, nº 1, 2005.

Biografías colectivas: diccionarios y estudios prosopográficos

A diferencia de lo que ha sucedido con las biografías individuales, la producción de diccionarios biográficos se ha mantenido más o menos constante a lo largo del tiempo. Sin embargo, desde mediados o finales de los años noventa se ha producido una verdadera «eclosión» de diccionarios biográficos con diferentes temáticas. Entre 1990 y 2005, se creó y alimentó un recurso biográfico en la Biblioteca Nacional, que se ha convertido en una fuente muy útil: se trata del *Archivo Biográfico de España, Portugal e Iberoamérica*, conocido como ABEPI, que rescata la copia (en microficha) de numerosos repertorios ya editados en papel en distintas épocas, lo que resulta de gran utilidad⁴³.

El acercamiento biográfico-prosopográfico ha adquirido una especial relevancia en la historia contemporánea. Se ha realizado para confirmar líneas o escuelas historiográficas, clanes económicos y su interacción con el poder, mentalidades o grupos parlamentarios, ideológicos culturales o corporativos. Se han editado diccionarios biográficos y estudios prosopográficos de liberales, socialistas, intelectuales, empresarios, misioneros, masones, jesuitas, actores, farmacéuticos, artistas, escritores, historiadores... La base de datos de Dialnet contabiliza unos 185 diccionarios desde 1980 entre los cuales 152 se han editado entre 2000 y 2018. El polémico diccionario de la RAH constituye la última muestra de ese esfuerzo por compilar repertorios biográficos⁴⁴.

a) Diccionarios de parlamentarios

Tal vez uno de los géneros más cultivados sea el de los diccionarios de parlamentarios, bien en forma de colecciones biográficas (donde la selección está basada en la eminencia) o en forma de biografía colectiva o prosopografía en la que importa establecer un perfil colectivo. Aunque los diccionarios comenzaron recogiendo a los personajes políticos principales, los criterios selectivos o las perspectivas metodológicas han cambiado. En la actualidad se analizan tanto los *frontbenchers* (parlamentarios con protagonismo) como los *backbenchers* (o parlamentarios sin responsabilidades destacadas).

⁴³ Disponible en: <http://www.bne.es/es/Micrositios/Guias/ObrasReferencia/RepBiografico/EvolucionHistorica/ArchivBiograficos/>

⁴⁴ Ledesma, José Luis, «El Diccionario Biográfico Español, el pasado y los historiadores», *Ayer*, n.º 88, 2012, pp. 247-265.

Su producción en los últimos años ha sido verdaderamente abrumadora, la nómina de autores y diccionarios es muy extensa. Estos estudios han servido para matizar viejas afirmaciones generalizadoras y propiciar un tratamiento más certero de las élites⁴⁵. Cumplen, indudablemente, un papel notable en la recuperación de una cultura constitucional-parlamentaria y también liberal (la que el franquismo arrojó a la papelera de la historia). En relación con el estudio biográfico de estas élites también se cuentan los estudios de sagas familiares⁴⁶.

b) Diccionarios de historiadores y Cliografías

En el campo de los diccionarios biográficos otra variante significativa que ha florecido discretamente en los últimos años ha sido las compilaciones de vidas de historiadores (o cliografías) con perspectiva regional. Estas se vienen publicando desde 2002 y que se han combinado con ensayos de ego-historia⁴⁷. El interés por las vidas de historiadores no es exclusivamente español y responde a un impulso similar al que ha motivado la producción

⁴⁵ Véase: Higuera, Eduardo, Pérez, Rubén y Vadillo, Julián, «Repertorios biográficos, política y cultura constitucional en la España contemporánea», en Higuera, Eduardo, Pérez, Rubén y Vadillo, Julián (coords.), *Activistas, militantes y propagandistas. Biografías en los márgenes de la cultura republicana (1868-1978)*. Sevilla, Athenaica, 2018, pp. 11-19. Burdiel, Isabel y Romeo, María Cruz, «Los sujetos en el proceso revolucionario español del siglo XIX: el papel de la "prosopografía histórica"», *Historia Contemporánea*, nº 13-14, 1996 pp. 149-156. Un análisis de los diccionarios colectivos en España en Agirreazkue-naga, Joseba y Urquijo, Mikel, «Desafíos de la biografía en la historia contemporánea», *Cercles: revista d'història cultural*, nº 10, 2007, pp. 57-78. Los conceptos de «backbenchers» y «frontbenchers» en Urquijo, Mikel, «Prosopografía parlamentaria a partir de la biografía colectiva: algunas reflexiones metodológicas», en Agirreazkue-naga, Joseba y Alonso, Eduardo José (eds.), *Estatu-Nazioen Baitako Nazioak. Naziogintza Kulturala Eta Politikoa, Gaur Egungo European*. Barcelona, Editorial Base, 2014, pp. 57-63. Un estado de la cuestión pionero fue el trabajo de Carasa, Pedro, *Élites. Prosopografía contemporánea*, Salamanca, Universidad de Valladolid, 1995. Urquijo, Mikel, «Renovación metodológica de los diccionarios biográficos nacionales en el siglo XXI», *Erebea*, nº 3, 2013, pp. 249-270. Se han publicado diccionarios parlamentarios de la época liberal y hasta la actualidad de: Andalucía, Canarias, Cantabria, Castilla La Mancha, Galicia, Navarra, Almería, La Rioja...

⁴⁶ Por ejemplo: Pons, Anacleto y Serna, Justo, *Un negoci de famílies: els Trenor i els Vallier*. Gandía, Centre d'Estudis i Investigacions Comarcals Alfons el Vell, 1996. Díaz Morlán, Pablo, *Los Ybarra. Una dinastía de empresarios, 1801-2001*. Madrid, Marcial Pons, 2005. Valdaliso, Jesús María, *La familia Aznar y sus negocios (1830-1983). Cuatro generaciones de empresarios en la España contemporánea*. Madrid, Marcial Pons, 2006.

⁴⁷ El concepto «cliografía» acuñado por: Clive, John, *Not by fact alone, Essays on the Writing and Reading of History*. London, Collins Harvill, 1990, p. 191.

internacional: determinar el papel (y el peso) de *los productores de cultura* (en este caso del canon académico) en su contexto social, profesional e institucional. Sin embargo, abundan menos que en otros países⁴⁸.

Pero esta línea se ha desarrollado no sólo con el objeto de establecer la formación de un canon profesional sino –como ha destacado Peiró, uno de los máximos representantes en este área– de analizar a los historiadores como sujetos insertos «en el marco político, cultural e internacional que conforman *las diversas culturas nacionales de las sucesivas Españas desarrolladas a lo largo de los siglos XIX y XX*»⁴⁹. Con estos estudios, como apunta el mismo autor, se ha potenciado la disciplinariedad de la Historia de la Historiografía apuntalando su complejidad teórica y metodológica al añadir a la mera interpretación crítica de los textos una investigación de las «fuentes» productoras: los profesionales de la historia. No en vano E.H. Carr pedía el «estudio de los historiadores antes que los hechos históricos».

Mención especial requieren los diccionarios biográficos o semi biográficos como el *Diccionario Akal de Historiadores españoles contemporáneos* (2002) y su «réplica» catalanista *Diccionari d'historiografia catalana* (2003), en cuyo prólogo se destaca abiertamente una misión que «va más allá de la historiográfica y académica» que contribuya a la investigación o la docencia en Cataluña y los «Països Catalans»: se trata del análisis y reconocimiento de una tradición historiográfica catalana como uno de los ejes culturales que vertebran el complejo proyecto nacional catalán y que es «equiparable plenamente a las más desarrolladas del mundo occidental»⁵⁰. Este diccionario se ha citado como un ejemplo paradigmático del «desacomplejamiento» catalán que debería servir de ejemplo para Galicia y Euskadi en su reconocimiento de sus «historiografías propias» para profundizar en el autogobierno o la independencia política⁵¹.

⁴⁸ Sobre esta cuestión trato en mi capítulo González, María Jesús, «Raymond Carr: La biografía de un historiador», en Burdiel, Isabel y Foster, Roy (eds.), *La historia biográfica en Europa: nuevas perspectivas*. Zaragoza, Instituto Fernando el Católico, 2015, pp. 491-518.

⁴⁹ Peiró, Ignacio, «En el taller del historiador: la(s) biografía(s) como práctica histórica e historiográfica», *Gerónimo de Uztariz*, n° 28-29, 2012-2013, pp. 11-29.

⁵⁰ Pasamar, Gonzalo y Peiró, Ignacio, *Diccionario Akal de Historiadores españoles contemporáneos*. Madrid, Akal, 2002. Simón, Antoni, *Diccionari d'historiografia catalana*. Barcelona, Enciclopedia Catalana, 2003.

⁵¹ Pujol, Enric, «Es posible una historiografía vasca, catalana y gallega desacomplejada? Consideración sobre el caso catalán», en en Agirreazkuenaga, Joseba y Alonso, Eduardo José (eds.), *Estatu-Nazioen Baitako Nazioak. Naziogintza Kulturala Eta Politikoa, Gaur Eguno European*. Barcelona, Editorial Base, 2014, pp. 245-251.

Las biografías de historiadores de la democratización han tenido enorme importancia: entre los historiadores catalanes, la más importante es la de Josep M. Muñoz sobre Jaume Vicens Vives (1995), pero también las de Albert Ghanime sobre Joan Cortada (1992), la de Francesc Vilanova Vila-Abadal sobre Ramón d'Abadal (1996) o la de Enric Pujol sobre Ferran Soldevila (2000). A ello se suman los estudios sobre los historiadores Juan José Carreras, Miguel Artola, Tuñón de Lara, o mi propia biografía de Raymond Carr⁵². Pero también se están revisando las biografías de los historiadores bajo la dictadura franquista. Al margen de las diversas biografías individuales editadas recientemente, se ha celebrado incluso un Congreso Internacional «El Historiador y su biografía», en Zaragoza (abril de 2017)⁵³.

Biografía y nacionalismo. Nuevos enfoques en la biografía de nacionalistas

En lo que respecta al papel de la biografía y el nacionalismo ya se han ido desgranando algunos aspectos, pero quisiera destacar una propuesta de cambio fundamental.

Desde la democratización, en España se ha fomentado en las diferentes autonomías –y particularmente en la vasca y la catalana– la construcción del que Molina ha denominado «homo nationalis»⁵⁴. Aunque en Cataluña, por ejemplo, ya existía una tradición de biografía de corte nacionalista, el fortalecimiento del autonomismo tras la Transición estimuló su producción a través de nuevas inversiones públicas del gobierno autonómico y premios, como el Joan Esterlich de editorial Dopesa o el Premi Ferran Soldevila desde 1985. En los primeros años de la democracia se desarrollaron diversas colecciones de biografías cortas auspiciadas por el Instituto de Estudios Catalanes entre otros. También desde los años 90 se han editado numerosos diccionarios

⁵² Reig, Alberto, De la Granja, José Luis (ed.), *Manuel Tuñón de Lara: el compromiso con la historia, su vida y su obra*. Bilbao, UPV, 1993. Reig, Alberto, De la Granja, José Luis y Miralles, Ricardo F.J. (coords.): *Tuñón de Lara y la historiografía española*. Madrid, Siglo XXI, 1999. González, María Jesús, *Raymond Carr: la curiosidad el zorro*. Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2010.

⁵³ Entre las biografías de historiadores recientes están las de Vicens Vives, Artola, Carreras o Carr. Véase Congreso Internacional «El Historiador y su biografía», Universidad de Zaragoza, 27 y 28 de abril de 2017.

⁵⁴ Véase: Cattini, Giovanni, «El relat biogràfic en la història contemporània. Unes reflexions desde la historiografia catalana», en Agirreazkuenaga, Joseba y Alonso, Eduardo José (eds.), *Estatu-Nazioen Baitako Nazioak. Naziogintza Kulturala Eta Politikoa, Gaur Egungo Europan*. Barcelona, Editorial Base, 2014, pp. 151-161, esp. p 159.

de biografías colectivas de alcaldes, obreros, comerciantes... en la vieja línea de potenciar un perfil catalanista cívico y popular en contraste con el presunto elitismo castellano: recuperando héroes anónimos, redibujando y fortaleciendo la imagen local. Desde los primeros años de la democracia se desarrollaron diversas colecciones como «Gent Nostra», «Gent de la Casa Gran», la colección Pere Vergés de biografías de Edicions 62 o la colección institucional de biografías cortas «Semblanzas biográficas» del Instituto de Estudios Catalanes. También se comenzaron a publicar diccionarios diversos de profesionales «locales». Toda esta producción tiene un valor «normativo, formativo, nacional y democratizador»⁵⁵.

En su estudio sobre las biografías editadas en Cataluña entre 1953 y 2013, Llorenç Soldevilla contabilizaba unas 400 biografías publicadas entre estas fechas en lo que destaca como un esfuerzo institucional y sostenido con mecenazgo público o privado pero, pese a todo, no tan popular⁵⁶. El género no ha acabado de cuajar en un público amplio: no se vende tanto, algo que muestra que en realidad no responde a una demanda popular y ha necesitado apoyo de financiación de la Generalitat, Ayuntamientos, etc.

Esto denota claramente el esfuerzo institucionalizado (o construcción de arriba abajo) que, independientemente de sus resultados comerciales, añade al paisaje una estela de biografías que cumplen su función, gota a gota, como nutrientes de paisajes nacionales, como las estatuas de las plazas.

Otra perspectiva es la propuesta más recientemente para analizar la «experiencia de nación» o «construcción de nación» a través de casos heterodoxos, que maticen, o contradigan los procesos supuestamente ortodoxos de nacionalización. Se trata de entender «cómo el individuo habita la nación o cómo ésta es personalizada por el individuo», expresiones derivadas de los estudios antropológicos sobre la nación de Cohen⁵⁷. Siguiendo esta perspectiva crítica de análisis, por ejemplo, Núñez Seixas y Molina han editado un trabajo que recoge 13 biografías de nacionalistas «heterodoxos» que cambiaron

⁵⁵ La nómina de diccionarios de catalanistas médicos, obreros o parlamentarios catalanes, y de personajes notables leridanos, o de Montblanc o del Vallés oriental, por ejemplo, es muy numerosa y certifica el interés por los repertorios. Casassas, Jordi, «La biografía histórica a Catalunya...» *op. cit.*

⁵⁶ Soldevilla, Llorenç, «Seixanta anys de biografisme...» *op. cit.*

⁵⁷ Molina, Fernando, «La nación desde abajo. Nacionalización, individuo e identidad nacional», *Ayer*, n° 90, 2013, pp. 39-63.

de patria o ampliaron el significado de ésta ⁵⁸. Estas contrastarían con el predominio de las biografías como trasunto de esencia nacional, «construidas» y adaptadas al canon, y recogerían una propuesta de análisis desde abajo: visiones diversas o conflictivas nación en tanto que experiencia biográfica.

Así, por ejemplo, la biografía publicada por Javier Varela de un catalán heterodoxo inclasificable como D'Ors contrastaría con las biografías exquisitamente ortodoxas de personajes como Lluís Maria Xirinacs, Maria-Mercè Marçal o Carles Riba, que representan prototipos fácilmente encuadrables e identificables con los movimientos o partidos independentistas actuales. En la obra de Varela, escrita en castellano por un historiador no catalán y premiada con el premio Gaziel, se analiza un intelectual muy incómodo para el catalanismo, porque transita de un nacionalismo catalán «virulento» a un nacionalismo españolista y pro franquista. Aparte de recrear el ambiente intelectual y político, aborda los nacionalismos como «identidades reactivas» en su explicación del tránsito de D'Ors. Xirinacs, Marçal y Riba, sin embargo, reflejan prototipos de independentistas «sin fisuras» que conforman las líneas matrices que se reconstruyen en las diversas tendencias o partidos del pacto independentista en 2020⁵⁹.

Biografía y memoria histórica

La metodología biográfica en España se ha insertado también en el campo difuso de la recuperación de la memoria histórica asociada al traumático proceso de la guerra y la dictadura. La biografía, simbólicamente, también desentierra cuerpos, nombra y señala a los culpables, rehabilita las vidas despreciadas de los perdedores, destruye viejos monumentos y crea nuevos panteones y «callejeros» culturales historiográficos y literarios. Pero además se ha involucrado en la re-memorización del proceso de la transición democrática, ahora puesto en cuestión política. Este es un período peculiar y digno de estudio aparte. Aunque ya había sido «reconstruido» desde una ingente producción memorialística, a partir de las autobiografías de sus protagonistas

⁵⁸ Núñez Seixas, Xosé Manoel y Molina, Fernando (eds.), *Los heterodoxos de la patria. Biografías de nacionalistas atípicos en la España del siglo xx*. Granada, Comares, 2011.

⁵⁹ Varela, Javier, *Eugenio D'Or (1881-1954)*. Barcelona, RBA, 2017. Ver también Busquets Lluís, *Xirinacs, el profetisme radical i no violent*. Barcelona, Balasch, 2017; Julià, Lluïsa, *Maria-Mercè Marçal. Una vida*. Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2017. Guardiola, Carles-Jordi, *Carles Riba. Retrat de grup. Protagonistes de la cultura catalana del segle xx*. Barcelona, Tres i Quatre S.L., 2017.

(en una primera avalancha de justificación y significación) ahora llega la segunda oleada biográfica que se ha publicado mayoritariamente en los últimos diez años, en una segunda oleada de re significación y revisión⁶⁰.

Así que, con esa ya mencionada sutil capacidad normativa de ejemplaridad, la biografía se ha convertido indirectamente en una herramienta esencial en la reeducación democrática de la memoria o su nuevo «repositorio de referencia». Precisamente porque durante el régimen anterior la glorificación de unos nombres frente a la vilificación o silencio de otros fue tan abundante (y tan «barata»), la revisión biográfica se impone ahora como una tarea necesaria. Por poner un ejemplo, en 2017 en la web del Ejército del Aire había 49 biografías de aviadores: 34 sublevados y 15 gubernamentales, ensalzando la actuación de los aviadores golpistas: su «valor extrahumano» y «actuación heroica», «cazador excepcional» su especialización en «bombardeos nocturnos a gran distancia». Su «gloriosa muerte»...⁶¹ Es cierto que en la tarea de contrarrestar y recuperar se corre el peligro de propiciar un efecto péndulo de mitologización de ciertos individuos antes desechados políticamente. En este sentido, se han multiplicado las biografías de personajes relacionados con el bando republicano en la guerra civil: no siempre con la objetividad requerida. También se están recogiendo biografías colectivas de exiliados, represaliados (con numerosos volúmenes colectivos sobre mujeres) y, como novedad, de los franquistas «represores» «para evitar la impunidad del franquismo». Los «mártires católicos», por su parte, también pugnan en la batalla velada de los rostros y nombres de la memoria⁶².

⁶⁰ Tras la ola memorialística, las biografías sobre protagonistas de la Transición publicadas en los últimos veinte años son crecientes, véase el trabajo de: Magaldi, Adrián, «Consideraciones en torno a la biografía y la transición democrática: un balance historiográfico», *Historia Actual Online*, n° 55, 2021, pp. 149-160. También Raga, Pascual, «La Transición biografiada», *Aportes*, n° 90, 2016, pp. 101-136.

⁶¹ Denunciado por la Asociación de Memoria histórica en *eldiario.es*, 26 de abril de 2017. Ver: Río, Manuel del, *La memoria y los aviadores de la II República durante la Guerra Civil española*. Alicante, Universidad D'Alacant, 2018. También Barba, Juan, *Biografías de hombres de armas de la República (Guerra Civil española 1936-1939)*. Madrid, Ed. Ministerio de Defensa, 2015.

⁶² Angosto, Pedro L., *Diccionario del franquismo. Protagonistas y cómplices (1936-1978)*. Granada, Comares, 2018. Garrido, Iñaki y Lekuona, Aitziber, *Las raíces del árbol en el exilio: las biografías de los consejeros del primer gobierno de Euzkadi*. Oñate, IVAP/HAEE, 2006. Portella, Josep, *Llibre d'Exilis. Diccionari biogràfic de l'exili menorquí*. Maó, Menorca Segle xx, 2017. Mir Cucó, Conxita, *Tenien nom: víctimes de la repressió franquista a les terres de Lleida, 1938-1963*. Barcelona, Pagés Editors, 2017. Arasa, Daniel, *Católicos del bando rojo*. Madrid, Syria, 2009. Ferrer, José Antonio, *Jefes de gobierno masones de España 1868-1936*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2007. Sobre las mujeres existe un

La polémica en torno a la conflictiva imagen de ciertos personajes del Diccionario Biográfico Español también se puede adscribir a este campo de batalla simbólica⁶³.

Las reflexiones teóricas o metodológicas sobre la biografía

Al igual que en Europa, las reflexiones teórico-metodológicas han conformado un campo particularmente fértil en los últimos años en nuestro país. Ya hace tiempo se ha propuesto la necesidad de elaborar una teoría del género biográfico como vehículo ineludible que dignificara su práctica. El auge de la biografía ha llevado a una emergencia y crecimiento paralelo de reflexiones sobre su sentido, metodología, significación o papel en la producción histórica. Desde el punto de vista historiográfico destacan trabajos como los realizados, entre otros, por Morales Moya, Hernández Sandoica, Veiga Alonso, Agirrezkuenaga, Urkijo, Fuentes, Ruiz Torres, Egido, Casassas, Ghanime, Serna, Pons o sobre todo Burdiel⁶⁴. Los autores y autoras citados han escrito sobre la revalorización de la biografía en el contexto internacional, su definición y papel en la producción histórica, o su metodología, así como aspectos específicos relacionados con diversas áreas de aplicación histórica. Desde el campo de la filología una tarea similar la han llevado a cabo Caballé, Amat, Ripoll, Serrano Asenjo, Ibáñez, Lassaga, Pulido Mendoza, del Olmo o Alberca, que analizan aspectos diversos como el origen y la evolución de la biografía como género literario hasta su estado moderno, la teoría biográfica de los precursores, la necesidad de establecer un canon

campo amplio. Véase: Egido, Ángeles, «Memoria de la represión: nombres femeninos para la historia», *Arenal*, vol. 24, nº 2, 2017, pp. 509-535.

⁶³ Entre los múltiples artículos de prensa o reseñas, el mejor estudio es el de Ledesma, José Luis «El Diccionario Biográfico Español...» *op. cit.* Treglown, Jeremy, «Franco's Friends», *Times Literary Supplement*, 30 de marzo de 2012.

⁶⁴ Véase Hernández Sandoica, Elena, «La escritura biográfica», *Cercles*, nº 10, 2007, pp. 10-25. Burdiel, Isabel, «La dama de blanco...» *op. cit.* Y también la coordinación del número monográfico Burdiel, Isabel (coord.), *Los retos de la biografía*, Ayer, nº 93, 2014, con artículos de Pedro Ruiz y Mónica Bolufer. Ghanime, Albert, «Reflexiones...» *op. cit.* Veiga, Xosé Ramón, «Individuo sociedad e historia...» *op. cit.*, pp. 141-145. Shubert, Adrian, «What do historians really think about biography?», *Letras de Hoje*, vol. 53, nº 2, 2018, pp. 196-202. Ver además Davis, James C. y Burdiel, Isabel, *El otro, el mismo: Biografía y Autobiografía en Europa, (siglos xvii-xx)*. Valencia, PUV, 2005. Sobre biografías no específicamente históricas o biografía literaria, además de las citadas obras de Amat, Mandoza, Ripoll etc., ver: Alberca, Manuel, *Maestras de vida: Biografías y bioficciones*. Madrid, Pálido Fuego, 2020; y Caballé, Anna, *El saber biográfico... op. cit.*,

biográfico español y sus formas, etc.⁶⁵. La relativa insuficiencia de una masa crítica y de calidad abundante que permita debatir modelos epistemológicos o metodológicos extraídos de la producción «propia» hace que buena parte de las reflexiones teóricas aún sigan basándose en referencias foráneas: partiendo de las obras, los ejemplos o los debates teóricos que se han desarrollado en otros países, a veces retomando y repitiendo «mantras» y lugares comunes con escasas referencias o muestras locales de su aplicación práctica.

En nuestro país no ha cuajado, por otra parte, la corriente del *Life Writing*: un acercamiento altamente teórico en el que se incorporan, por ejemplo, perspectivas del post estructuralismo, estudios de comunicación, postcoloniales, etc., y en la que se revisa (y funde) la relación entre biografía y auto biografía, reimpregnando el producto de subjetividad.

7. LA INSTITUCIONALIZACIÓN BIOGRÁFICA: BIENVENIDA A LA ACADEMIA

En los últimos años se ha verificado un claro (aún tímido) proceso de difusión e institucionalización académica y cultural de la biografía que se ha refrendado en el plano académico, a través de la celebración de más seminarios y congresos, proyectos de investigación financiados y tesis, y en un ámbito más general, a partir de la creación de nuevas colecciones biográficas. El incremento de premios específicos o la concesión de premios nacionales de historia o ensayo ha constituido, indudablemente, otro estímulo para el género. Lo ha convertido en más atractivo para el público lector e indirectamente ha supuesto un incentivo para la elaboración de historia biográfica. Con la excepción del Premio Comillas –que desde su creación en 1987 hasta la actualidad ha premiado anualmente las biografías de personajes de interés histórico, político o cultural–, el resto de los galardones «nacionales» tienen un origen más reciente, nacidos fundamentalmente a partir del año 2000. Ese es el caso del Premio de Biografía Antonio Domínguez Ortiz, que se otorga a obras sobre personajes destacados cuya actividad «haya significado una

⁶⁵ Entre otros, Del Olmo, Serrano, Mendoza y Cáliz. En el ámbito catalán destacan las obras que recogen (entre otros aspectos) su evolución histórica en Cataluña, como las obras citadas de Casassas. Balaguer, Espinós, Maestre y Marcillas. Caballé, Anna, «La biografía en el siglo XXI cómo investigar y escribir una vida», *Andalucía en la Historia*, nº 47, pp. 92-94. De la misma autora, Caballé, Anna, «Biografía y autobiografía: Convergencias y divergencias entre ambos géneros», en Davis, James C. y Burdiel, Isabel (eds.), *El otro, el mismo... op. cit.*, pp. 49-61; Caballé, Anna, «La biografía en España...» *op. cit.*, y su obra más reciente, Caballé, Anna, *El saber biográfico... op. cit.*

aportación incuestionable a la historia de la humanidad». El Premio Algaba de Biografía, Autobiografía, Memorias e Investigaciones Históricas, también se estableció en el año 2000. Por su parte, el Premio Biografía Las Luces, se creó en 2002 (aunque desapareció en 2004) y finalmente, el premio Stella Maris de biografía histórica «cualesquiera fuera la época, la nacionalidad y el ámbito en el que destacase el personaje» ha estado vigente entre 2014 y 2017.

En Cataluña, destaca la labor pionera realizada por la editorial Aedos con el premio biográfico ya citado creado en 1953. A partir de la celebración en 1979 del Congreso de Cultura Catalana se sumó en 1985 el Premi Fundació Congrés de Cultura Catalana de Biografia i Estudis Històrics, que desde el año 1993 se transformó en Premi Ferran Soldevila de Biografia, Memòries i Estudis Històrics. Este último se centra en obras escritas en catalán, aunque en realidad sólo se han premiado 7 biografías en 32 años. También está activo desde el año 2000 el premio Gaziell de biografías y memorias convocado «con objeto de contribuir a la recuperación de la memoria contemporánea» por la Fundación Conde de Barcelona y RBA Libros.

En general se podría aludir, incluso, a una especie de contagio biográfico (y su rentabilización en el mercado) que se manifiesta en productos extra historiográficos como los *biopics* –un aspecto que no voy a tratar aquí para no extenderme–.

A pesar de todo este ambiente en apariencia tan favorable, aún queda mucho por hacer. La labor más destacable desarrollada en España por dinamizar la biografía (a través de artículos teóricos o metodológicos, conferencias, proyectos de investigación o su propia producción biográfica) se ha producido gracias a la espléndida labor de dos mujeres inevitablemente muy citadas en este texto: se trata de Isabel Burdiel en el campo de la historia y Anna Caballé en el de la filología. Ambas han sido galardonadas con premios nacionales de historia por sus biografías (Isabel II y Concepción Arenal, respectivamente), Caballé, además ha creado y dirige el Centro de Estudios Biográficos en la Universidad de Barcelona (único en España). A pesar de todo, la biografía en España sigue sin contar con una docencia formativa en la licenciatura o postgrado, aún continúa siendo bastante inusual como proyecto de tesis doctoral y, salvo excepciones, carece de proyección internacional, tanto en su traducción como en reseñas⁶⁶.

⁶⁶ Como excepciones: González, María Jesús, *Raymond Carr. The curiosity of the fox*. Sussex, Sussex Academic Press, 2013; y Moradiellos, Enrique. *Franco, anatomy of a dictator*.

8. UNA REFLEXIÓN FINAL

A Frankenstein, el monstruo creado por Mary Shelley, se le proporcionaban biografías para enseñarle historia y para humanizarle: «la lectura de las *Vidas paralelas* de Plutarco me enseñó pensamientos elevados –decía–. Ese autor [Plutarco] me hizo trascender la esfera miserable de mis propias reflexiones, para admirar y amar a los héroes de tiempos pasados»⁶⁷.

La biografía en España sirvió, durante mucho tiempo, para reforzar la idolatría o el sometimiento a reyes, la devoción a los santos, la sumisión a las doctrinas religiosas o políticas o la legitimación de militares y dictadores reinventados como héroes salvapatrias o líderes carismáticos. En otros momentos intentó abonar la enteca cultura liberal retratando a adalides del liberalismo. También, como ya se ha destacado, nutrió las estanterías de las Misiones Pedagógicas republicanas para ayudar a la formación de una nueva ciudadanía democrática «ideal». Hoy se utiliza, por ejemplo, para recomponer y poblar un mundo en femenino, y para promover vocaciones artísticas o científicas entre niñas o adolescentes que antes no tenían modelos de referencia o también para estimular, en general, intereses intelectuales y de comportamientos éticos, ejemplos de superación o de creación intelectual, artística o científica.

Sin embargo, todo el proceso desarrollado desde la rehabilitación del género en España en el campo de la historia, ha redundado en el fortalecimiento de su aprecio y revaluación metodológica y en su legitimación historiográfica. Y lo ha hecho a partir, precisamente, de un cierto rechazo, alejamiento y depuración de esos componentes (tan utilitarios y resbaladizos): lo heroico, lo moral y hasta lo pedagógico.

Las mayores batallas que se han desarrollado contra la biografía en el campo de la historia han tenido lugar precisamente en nombre de la apelación a una construcción «científica» de los productos históricos, que el acercamiento y estudio de la individualidad subjetiva parecía impedir. A partir de la revalorización de la perspectiva subjetiva, se han desarrollado esfuerzos en rehabilitar la metodología biográfica reivindicándola por su capacidad para explicar hechos y problemas históricos y, fundamentalmente,

London/New York, I.B. Tauris, 2017. Ambas han sido ampliamente reseñadas en medios como *Times Literary Supplement* y otras diversas revistas especializadas.

⁶⁷ Shelley, Mary, *Frankenstein or The Modern Prometheus*, 1869.

para entender la interacción entre individuos y procesos⁶⁸. En la actualidad, y más allá de la profundización en el sujeto, en el ámbito historiográfico, se valoran las biografías guiadas por problemas que superan el dilema entre excepcionalidad y representatividad del personaje biografiado, para analizar «qué puede traer el análisis de una trayectoria individual al conocimiento del pasado», un método en el que importa menos el quién que el cómo, según Sabina Lóriga. Así lo ha reivindicado también recientemente Adrian Shubert explicando su biografía de Espartero como un estudio de la construcción de mitos nacionales⁶⁹. Pero no se desecha la penetración psicológica de los personajes. Ni tampoco la adopción de perspectivas de construcción biográfica multidisciplinares (desde la teoría de género, la sociología, la psicología...). En definitiva, se experimenta más y se ha ganado en una pluralidad de acercamientos en busca de un producto de calidad. A estas alturas cada vez existen menos complejos y más claridad y certidumbre. Tal vez se pueda concluir que, como afirmara Santos Juliá (el gran historiador y biógrafo *malgré lui* al que se ha dedicado este capítulo), después de muchos prejuicios y restricciones en España «el biógrafo ha conquistado la libertad»⁷⁰.

⁶⁸ Ruiz Torres, Pedro, «Las repercusiones de los cambios culturales de la modernidad en el modo de pensar la biografía», *Ayer*, n° 93, 2014, pp. 19-46,

⁶⁹ Shubert, Adrian, «What do historians really...» *op. cit.* El autor también cita a Sabina Lóriga.

⁷⁰ Entrevista a Santos Juliá y Jordi Gracia en *Letras Libres*, 13 de febrero de 2015.

AVANCES Y DESAFÍOS EN LA BIOGRAFÍA ARGENTINA. DEL NACIONALISMO METODOLÓGICO A LA MIRADA TRANSNACIONAL

Miranda Lida

Universidad de San Andrés (Argentina)

1. INTRODUCCIÓN

En las últimas décadas, a la luz de la consolidación del proceso de profesionalización e institucionalización de la disciplina histórica, la biografía ha concitado creciente interés en sede académica en la Argentina y en distintos países latinoamericanos. Se han desarrollado congresos y jornadas específicas sobre la materia, se han tendido lazos transnacionales para la construcción de redes académicas que sirvan de aliento al desarrollo del género, se han expandido notablemente las publicaciones de dossiers, artículos y libros, algunos de estos últimos destinados a un vasto abanico de lectores, no necesariamente especialistas¹. También, destaca la formación de la *Red de Estudios Biográficos de América Latina*, que funciona en la Universidad de Buenos Aires y la celebración de encuentros como el II Congreso de Historia Intelectual de América Latina en 2014 bajo el lema «La biografía colectiva en la historia intelectual latinoamericana». La multi-

¹ A modo de ejemplo, se destacan los dossiers: Amaro, Lorena y Darrigrandi, Claudia (coords.), «Rostros de la biografía latinoamericana», *Literatura y lingüística*, n° 36, 2017; Bruno, Paula (coord.), «Biografía e historia. Reflexiones y perspectivas», *Anuario IEHS*, n° 27, 2012; y Fontana, Patricio (coord.), «Usos de la biografía en la historia política. Argentina y Cuba». Disponible en: <https://historiapolitica.com/dossiers/biografia-xix/>.

plicación de las instancias de reflexión y debate sobre el género biográfico no puede ser pasada por alto. Las implicaciones de este crecimiento de la biografía en América Latina se pueden constatar cotejando algunos catálogos editoriales de las colecciones especializadas de los últimos años, en las que colaboró un arco importante de especialistas. En el caso argentino, destaca la colección de biografía política denominada «Los nombres del poder», editada por la sede local del Fondo de Cultura Económica a partir de la década de 1990. En ella descolló el historiador Ezequiel Gallo, con su sutil biografía de Carlos Pellegrini². Por otro lado, contamos con la colección «Biografías argentinas», editada por Edhasa Argentina desde la primera década del siglo *xxi* bajo la dirección de Juan Suriano y Gustavo Paz, en la que se amplió el arco de los biografiados para hacerlo extensivo a figuras prominentes no sólo de la política, sino también de la vida social y cultural, tanto del siglo *xix* como del *xx*, aunque con mayor énfasis en el primero³. En 2011, cuando apareció el primer título de esta última colección, su director, el historiador Juan Suriano, afirmaba que «la biografía es un género escasamente explorado en el campo historiográfico académico» en la Argentina⁴.

Todavía hoy, una década después de aquellas palabras, siguen existiendo muchas limitaciones para que se avance en la expansión del género biográfico en Argentina y América Latina pero no se puede pasar por alto que se han producido progresos importantes que han comenzado a revertir aquel cuadro, como trataremos de mostrar en las siguientes páginas. Las colecciones mencionadas instalaron en el campo académico la idea de que la biografía no era un género menor, ni mucho menos banal, y crearon el acicate necesario para que historiadores profesionales de renombre se interesaran por hacer su contribución al mismo. Ello se vio facilitado y acompañado por los frutos recogidos tras varias décadas de profesionalización y consolidación de

² Gallo, Ezequiel, *Carlos Pellegrini*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1999; Botana, Natalio, *Domingo Faustino Sarmiento. Una aventura republicana*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1996; Privitellio, Luciano de, *Agustín P. Justo*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1997.

³ Bragoni, Beatriz, *San Martín. Una biografía política del Libertador*. Buenos Aires, Edhasa, 2019; Míguez, Eduardo, *Bartolomé Mitre. Entre la nación y la historia*. Buenos Aires, Edhasa, 2019; Goldman, Noemí, *Mariano Moreno. De reformista a insurgente*. Buenos Aires, Edhasa, 2016; Fradkin, Raúl y Gelman, Jorge, *Juan Manuel de Rosas. La construcción de un liderazgo político*. Buenos Aires, Edhasa, 2015; Lida, Miranda, *Monseñor Miguel de Andrea. Obispo y hombre de mundo*. Buenos Aires, Edhasa, 2013.

⁴ «Suriano: la biografía es un género escasamente explorado», *El Cronista*, 21 de septiembre de 2011. Disponible en <https://www.cronista.com/cartelera/Suriano-La-biografia-es-un-genero-escasamente-explorado-20110921-0166.html> [Consulta realizada en junio de 2021]

la disciplina histórica, en especial tras el retorno de la democracia en 1983 en la Argentina. Por razones de mercado, ambas series han presentado dificultades. La primera se ha visto discontinuada y la segunda, en la editorial Edhasa, ha tenido problemas financieros para sostener su regularidad en la aparición de nuevos títulos, por lo que publica biografías de modo cada vez más esporádico. A pesar de ello, los logros alcanzados nos brindan una excelente oportunidad para reflexionar acerca de los avances, los escollos y los desafíos en la biografía y, a su vez, para preguntarnos qué podemos aportar desde este lado del Atlántico a uno de los géneros más antiguos de la historiografía que, como sabemos, puede remontarse hasta Plutarco y Suetonio.

Mostraremos que en Argentina y, tal vez en América Latina también, la biografía es un género capaz de poner a prueba miradas esencialistas acerca de la identidad, así como recuperar el valor de la hibridación cultural, incluso en un contexto de globalización, puesto que las historias de vida, con todos sus repliegues y particularidades, son una cantera en la que explorar la mezcla en la identidad latinoamericana, donde lo local, lo nacional y lo transnacional se entrecruzan. Podremos advertir en este contexto que la biografía en la Argentina se ha enriquecido con aportaciones que han logrado franquear la valla del nacionalismo historiográfico, lo cual invita a pensar los aportes al género de la perspectiva transnacional. En especial, donde mejor se advierte esta complejización de la labor del biógrafo es en el caso de las biografías intelectuales, puesto que es el campo que ha dado los frutos más sofisticados, como trataremos de exponer. Finalmente, en el último apartado, recorreremos nuestra propia obra para mostrar cómo el cambio de lente, de lo nacional a lo transnacional, resultó decisivo para iluminar bajo una nueva luz la biografía del intelectual nacido español Amado Alonso, con amplia carrera académica en las Américas, sobre el cual yo misma había trabajado primero bajo la escala nacional, para luego abordarlo en clave global, aunque sin perder de vista tampoco la trama local.

2. AVANCES Y RESULTADOS EN LA BIOGRAFÍA ARGENTINA: DE LA HISTORIA POLÍTICA A LA HISTORIA INTELECTUAL

Al igual que en otras geografías, el florecimiento del género biográfico histórico en la Argentina ha estado supeditado a factores exógenos tales como el impulso desde el Estado para la consolidación de pedagogías cívicas, la construcción de un panteón de héroes nacionales, la exaltación militante de

figuras del pasado que forjaron una u otra tradición política o ideológica, o bien la canonización de un altar de «padres de la patria» estilizado para uso escolar. En muchos casos las biografías se han visto imbuidas de una fuerte impronta hagiográfica, que se ha dirigido sobre todo a ensalzar a los héroes de las luchas por la independencia y de la puesta en marcha del proceso de conformación institucional del país a lo largo del siglo xix. Con un enfoque propio del historiador, pero no desprovisto a su vez de una intencionalidad de aportar una lectura que puede contribuir a construir un relato acerca de la nación, se destacaron los importantes trabajos de Bartolomé Mitre, textos canónicos que inauguraron el género en la historiografía argentina en el siglo xix. Sus biografías de Manuel Belgrano y de José de San Martín proporcionaron una interpretación de la historia nacional, el proceso de la independencia y sus implicancias a nivel continental, que influyó durante décadas en los manuales escolares⁵. El lugar de Bartolomé Mitre en la expansión de la biografía en la Argentina es insoslayable. Los literatos han incursionado igualmente en el género biográfico. Escritores de relieve como Ricardo Rojas o Manuel Gálvez han publicado sendas biografías de José de San Martín o Juan Manuel de Rosas que conserva mucho de la impronta hagiográfica, aun cuando es necesario reconocer en este último caso un ligero intento de eludir la forma apologética, dado que el autor no se identifica con el biografiado y desea evitar el viejo molde de las biografías ejemplares⁶.

A lo largo del siglo xx, y en especial en las últimas cuatro décadas, tanto los debates acerca de los usos públicos del pasado como los propios progresos del campo disciplinar han permitido que los historiadores profesionales trataran de responder a nuevas demandas provenientes tanto del gran público como de la propia complejización del campo académico e intelectual. Con estas premisas han sometido al género biográfico a una renovación en sus enfoques, así como a intensos debates críticos y metodológicos que permitirían abrirlo a nuevas perspectivas de análisis⁷. La expansión del

⁵ La *Historia de Belgrano y de la independencia argentina* se publicó por primera vez en 1857, mientras que la *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana* de Bartolomé Mitre, tuvo su primera edición en 1887. Son consideradas obras fundadoras de la historiografía argentina. Véase, en este sentido, Devoto, Fernando y Pagano, Nora, *Historia de la historiografía argentina*. Buenos Aires, Sudamericana, 2010.

⁶ Los títulos más relevantes en este sentido son: Rojas, Ricardo, *El santo de la espada. Vida de San Martín*. Buenos Aires, Losada, 1940; y Gálvez, Manuel, *Vida de don Juan Manuel de Rosas*. Buenos Aires, Tor, 1949.

⁷ Acerca de estas transformaciones, véase Devoto, Fernando, *Historiadores, ensayistas y gran público. La historiografía argentina 1990-2010*. Buenos Aires, Biblos, 2010; Catta-

campo editorial, por otro lado, sirvió de aliciente para que el género cobrara nuevos bríos, aunque en el fondo nunca haya abandonado su lugar en las bateas de las librerías. La demanda por dar a luz una producción biográfica ajustada a los estándares de calidad científica, sin descuidar a su vez la comunicabilidad y la capacidad de atracción que podía llegar a despertar en el más amplio público lector, se hizo presente en las nuevas colecciones aparecidas desde la década de 1990 que le confirieron al género biográfico un lugar de creciente relevancia entre los historiadores profesionales, pero sin desplazar del todo a las biografías escritas en sede periodística que le ha proporcionado al género un amplio crecimiento en las últimas décadas, centrándose en especial en figuras prominentes de la historia reciente⁸. Los cambios en los públicos lectores en pleno siglo *xxi* ejercieron también su influencia sobre los editores que comenzaron a atreverse a ir en busca de nuevos modelos en el género.

Además, en el caso argentino se destaca el hecho de que, tras la última dictadura militar de la década de 1970, el país concitó la atracción de un sinnúmero de historiadores extranjeros, mayormente provenientes de la academia anglosajona, que se volcaron a estudiarlo. A su vez, enfocaron de cerca personajes clave que servían para iluminar desde el género biográfico diferentes problemas de la historia argentina del siglo *xx*. Entre estas obras se destacaron, por su rigor académico, la biografía de Juan Domingo Perón por Joseph Page⁹ y la de Eva Perón por Marysa Navarro¹⁰, doctora en historia por la Universidad de Columbia. Además de ofrecer dos obras de calidad que ayudaron a impulsar la investigación histórica, estos trabajos brindaron asimismo un modelo y un camino a seguir que todavía resultan iluminadores, en especial, para la biografía política. Los esfuerzos que se derivaron de estos modelos fueron importantes para la región; así, baste con mencionar las aportaciones de la ya citada Marysa Navarro al campo de la

ruzza, Alejandro, *Los usos del pasado. La historia y la política argentina en discusión*. Buenos Aires, Sudamericana, 2012.

⁸ Por ejemplo, Larraquy, Marcelo, *López Rega. El peronismo y la Triple A*. Buenos Aires, Punto de Lectura, 2007; Seoane, María, *Todo o nada. La historia secreta y pública de Mario Roberto Santucho, el jefe guerrillero de los años setenta*. Buenos Aires, Sudamericana, 2003; Seoane, María y Muleiro, Vicente, *El dictador. La historia secreta y pública de Jorge Rafael Videla*. Buenos Aires, Debolsillo, 2006.

⁹ Page, Joseph, *Perón: A biography*. Random House, 1983 (primera edición en español en 1984, por editorial Javier Vergara).

¹⁰ Navarro, Marysa, *Evita*. Buenos Aires, Corregidor, 1981 (primera edición en español).

historia de las mujeres en la historiografía latinoamericana¹¹. Por tratarse en ambos casos de dos figuras muy controvertidas de la historia argentina como Perón y Eva, que han tenido por igual detractores y seguidores entusiastas (la cuestión fue polémica desde los primeros biógrafos de Eva, en especial, el caso de Mary Main, que la denomina «la mujer del látigo»¹²), es necesario poner de relieve el esfuerzo de estos investigadores por brindar explicaciones fundadas y sólidamente argumentadas, sin apelar ni a la animosidad ni al partidismo faccioso¹³. En ambos casos, han logrado calibrar adecuadamente su análisis para no recaer en la apología, el panfleto o la diatriba. Esto no significa que hayan quedado por completo superados los obstáculos para el desarrollo de la biografía en la Argentina, dado que subsiste un sinnúmero de dificultades que desde aquel entonces han puesto trabas a la normalización del género en el campo académico y en el mercado editorial a la vez. El balance, sin embargo, es alentador tanto en Argentina como en otros países de la región, donde la biografía política ha comenzado a ganarse un lugar. Se destaca, en este sentido, la ambiciosa obra de Enrique Krauze en torno de quienes terminaron conformando las elites políticas mexicanas que a la luz de esa reconstrucción revelan sus matices y diversidad¹⁴.

Sin embargo, en Argentina prevaleció menos la biografía política, como se verá, puesto que tanto la historia social, que comenzó a desarrollarse desde la década de 1960, como la historia cultural, hacia finales del siglo xx, alentaron a los historiadores a depositar su mirada más allá de las elites políticas tradicionales. Sin duda, aquí fue decisivo el impacto del proceso de profesionalización del campo historiográfico que atravesó la Argentina desde 1983. La reorganización universitaria en el campo de las humanidades dio por fruto un proceso de normalización y consolidación de las carreras científicas que permitieron la consolidación de los Departamentos de Historia en las universidades, a la par de la creciente presencia de historiadores en los organismos de ciencia y técnica que sostienen el sistema científico argentino y, también, en las editoriales y las colecciones

¹¹ Navarro, Marysa, *Women in Latin America and the Caribbean: Restoring Women to History*. Bloomington, Indiana University Press, 1999.

¹² Main, Mary, *Eva Perón. La mujer del látigo*. Buenos Aires, La Rija, 1955.

¹³ Eva Perón concitó enorme cantidad de trabajos, incluso a escala global. Sobre este particular, Ehrlich, Laura y Gayol, Sandra, «Las vidas post mortem de Eva Perón: cuerpo, ausencia y biografías en las revistas de masas de Argentina», *Historia Crítica*, n° 70, 2018, pp. 111-131.

¹⁴ Krauze, Enrique, *Biografía del poder. De Francisco I. Madero a Lázaro Cárdenas*. México, Tusquets, 2013.

especializadas¹⁵. Algunas herencias jugaron en contra, sin embargo, para que estos avances encontraran sus limitaciones. Por un lado, es necesario tener en cuenta que había muchas carencias a superar en esa coyuntura, tanto en lo que respecta a la actualización historiográfica, que había avanzado a pasos lentos bajo la dictadura, como en la lentitud en el desarrollo de algunas áreas de investigación que apenas habían sido abordadas dado el amordazamiento general de la sociedad y de la cultura durante el gobierno militar. No fue de menor importancia la necesidad de renovación de los *staffs* de las universidades y centros de investigación, así como también la preocupación por contar con nuevos recursos humanos imbuidos del rigor metodológico propio de la investigación científica (téngase en cuenta que no eran fáciles de encontrar cuando en el país apenas existían escuelas de posgrado). En este contexto, a pesar de la efervescencia cultural facilitada por la apertura democrática en pleno «destape», el género biográfico no prosperó con rapidez, dado que los escollos institucionales mencionados demandaron vastos esfuerzos que entorpecieron la capacidad de desarrollar proyectos de largo aliento como son las biografías. No faltaron, sin embargo, importantes avances en el debate sobre las aportaciones del género biográfico que ayudaron a mejorar su recepción en sede académica en los últimos años¹⁶.

Por otro lado, es necesario poner de relieve la fuerte hegemonía de tradiciones intelectuales que solían dejar a un lado el sujeto en la historia. Entre ellas, destacan desde el positivismo decimonónico hasta el estructuralismo y el marxismo más determinista a lo largo del siglo xx, puesto que construyeron una agenda donde pesaban más el conjunto «abstracto» de las elites políticas y económicas, el proceso de conformación del Estado, las estructuras políticas, sociales y los cambios en los modos de producción, en detrimento de los sujetos. Cuando estos aparecían, lo hacían más bajo

¹⁵ Para un cuadro de estas transformaciones véase: Remedi, Fernando, «El retorno a la democracia y el oficio del historiador en América Latina. El caso de la Argentina en los años ochenta», *Diálogos*, vol. 14, n° 1, 2010, pp. 83-110; Romero, Luis Alberto, «La historiografía argentina en la democracia: los problemas de la construcción de un campo profesional», *Entrepasados*, n° 10, 1996, pp. 91-106.

¹⁶ Desde una perspectiva metodológica e historiográfica, véase Milano, Adriana, «El género biográfico y sus aportaciones recientes: el impacto en la historiografía argentina reciente», *Historiografías*, n° 6, 2013, pp. 53-76; Bruno, Paula, «Biografía, historia biográfica, biografía-problema», *Prismas. Revista de historia intelectual*, n° 20, 2016, pp. 267-272 y de la misma autora, «Biografía e historia de los intelectuales. Balance y reflexiones sobre la vida cultural argentina entre 1860 y 1910», *Literatura y lingüística*, n° 36, 2017, pp. 19-36.

la forma de hagiografías que de biografías críticas que fueran capaces de situar a los sujetos en sus contextos específicos, con sus luces y sus sombras, con todas sus torsiones. El fuerte peso del estructuralismo en las ciencias sociales en América Latina entre las décadas de 1960 a 1990, grosso modo, comenzó a ser discutido sin embargo hacia el final de dicho período. Fue entonces cuando se incorporaron nuevos enfoques tanto de la historia social como de la historia cultural, nutridas a su vez por la microhistoria bajo el influjo de Carlo Ginzburg o Giovanni Levi, ambas bajo los coletazos del impacto del así llamado «giro lingüístico», que habilitó la aparición de perspectivas que le daban más espacio a la hermenéutica, en detrimento de los determinismos¹⁷. Las transformaciones globales en el campo historiográfico penetraron rápido y permitieron la renovación de los puntos de vista. No sólo el contexto político y cultural resultó refrescante, sino que la intensidad de los debates que circulaban a escala global alentaron igualmente «una nueva coyuntura en las prácticas historiográficas» en América Latina, como dijera Carlos Altamirano, uno de los intelectuales que más se comprometió en renovar el campo de la historia de las ideas en las últimas décadas¹⁸. En ese contexto, es necesario subrayar el papel que jugaron desde la década de 1990 revistas especializadas muy sensibles a los debates teóricos, metodológicos e historiográficos como *Entrepasados* y *Prismas (Revista de historia intelectual)* que se destacaron por alentar la puesta al día de la historiografía argentina.

No se puede perder de vista, por otra parte, el papel que jugaron las propias dinámicas del campo profesional y el modo en que dichas lógicas incidieron a su vez en la relación entre los intelectuales y el mercado editorial, dado que la biografía es un género ampliamente demandado por el mercado, pero lo es escasamente, por contraste, por la estructura científica y académica. Esta última exige resultados según estándares de calidad científica centrados sobre todo en la publicación en *journals* especializados tras sortear las rigurosas evaluaciones que son de práctica habitual en la academia. El género biográfico difícilmente encaja en dicho esquema, dado que su soporte es por excelencia el libro. Dicho de otro modo, la biografía ha ido a contrapelo del propio proceso de profesionalización del campo disciplinar

¹⁷ Bragoni, Beatriz (comp.), *Microanálisis. Ensayo de historiografía argentina*. Buenos Aires, Prometeo, 2004; Levi, Giovanni, *Sobre microhistoria*. Buenos Aires, Biblos, 1993;

¹⁸ Altamirano, Carlos, «Breve apología de la historia intelectual» (1990), citado en Sábato, Hilda, «Formas de hacer historia: cavilaciones de una historiadora participante, 1984-2020», *Estudios*, n° 45, 2020, pp. 15-38, esp. p. 19.

sometido a las exigencias por acoplarse a los estándares científicos demandados en términos de formatos, tipo de producción exigida y su cantidad. Por otra parte, demanda un trabajo de largo aliento en el cual el investigador o investigadora debe recorrer muchos repositorios archivísticos, en ocasiones, en diferentes países. De ahí que se suela desalentar a los jóvenes historiadores a que elijan el género biográfico para sus tesis doctorales, por el trabajo a largo plazo que se requiere para este tipo de obra y eventualmente por una presunta falta de preparación o maduración historiográfica necesarias para llegar a buen término en un proyecto de esta naturaleza. Por lo general hoy en día el género biográfico es abordado, sobre todo, por historiadores de vasta trayectoria y no por los que se inician en el oficio.

Ahora bien, creemos que, a pesar de que biografías políticas como las de Page y Navarro en el caso argentino, o las de Krauze para México, sirvieron de impulso a la biografía política –en coincidencia con el inicio del proceso de renovación de la historia política–, ha sido en rigor la biografía intelectual la que en las últimas décadas ha logrado consolidarse para dar por resultado los frutos más sofisticados en este género. En efecto, el campo donde se advierte el avance más significativo en la producción argentina (incluso latinoamericana) en este género es, en verdad, el campo de la historia cultural e intelectual. Esta es una presencia que no parece casual si comparamos con otros países de América Latina que en las últimas décadas han venido atravesando un recorrido similar, alimentado por diálogos en congresos y seminarios periódicos, que han ganado regularidad en el subcontinente. Argentina cuenta con sólidos grupos de investigación, algunos de vasta trayectoria, entre los que destaca el «Seminario de Historia de las ideas, los intelectuales y la cultura Oscar Terán», que funciona desde hace más de treinta años con sede en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. También se pueden mencionar el Centro de Historia Intelectual de la Universidad Nacional de Quilmes y el Programa de Historia y Antropología de la Cultura, de la Universidad Nacional de Córdoba. No menos relevante es la conformación en 2001 del Seminario de Historia Intelectual en América Latina que funciona en El Colegio de México, que tiene lazos muy estrechos con todos los anteriores.

Esta tendencia, además, se afianza en protagonismo a medida que nos adentramos en el estudio de la historia intelectual latinoamericana en el siglo xx, como se puede advertir si se echa una ojeada al índice del segundo tomo de la importante obra de Carlos Altamirano, *Historia de los intelectuales en América Latina*. Esta tiene a los estudios biográficos por protagonistas, ya

sea a través de ensayos que abordan sus principales figuras, como a través del análisis de los grupos, revistas y redes de los que participaron¹⁹. Dicha obra, además, da cuenta de la maduración del campo y refleja una labor sostenida en la historiografía latinoamericana, puesto que pone en evidencia que la historia intelectual tiene cultores en todo el continente que trabajan en permanente diálogo. Escoger para el análisis los trabajos provenientes de la historia intelectual no significa minimizar las aportaciones que la historia política ha dado al género biográfico en las últimas décadas, puesto que han sido muy relevantes. Sin embargo, se trata del campo en el que hubo más lugar para la innovación historiográfica y, a la par, para el debate²⁰.

Una tendencia general que se advierte en este terreno en América Latina es el tránsito de las biografías individuales a las biografías comparadas y colectivas, o bien el estudio de los sujetos en sus respectivas redes intelectuales, sin dejar a su vez de atender los múltiples diálogos que los biografiados sostuvieron con instituciones culturales, publicaciones y diversas tramas y configuraciones intelectuales que les eran contemporáneos, así como también la contextualización y análisis de los debates en los que participaron. Ejemplos relevantes en este sentido son, para México, el estudio de Susana Quintanilla en torno de la juventud del Ateneo y por otro lado para Chile la propuesta de Eduardo Devés-Valdés de poner en valor las redes intelectuales latinoamericanas²¹. A continuación, identificaremos para el caso argentino los trabajos más importantes en el campo de la biografía intelectual de las últimas décadas.

¹⁹ Altamirano, Carlos (comp.), *Historia de los intelectuales en América Latina. Vol. II: Los avatares de la ciudad letrada en el siglo xx*. Buenos Aires, Katz, 2010.

²⁰ En este sentido, se destaca el aporte de Di Pasquale, Mariano y Summo, Marcelo (eds.), *Trayectorias singulares, voces plurales. Intelectuales en Argentina, siglo xix y xx*. Buenos Aires, EDUNTREF, 2015 y para el siglo xix la tesis doctoral: Fontana, Patricio, *Vidas americanas. Usos de la biografía en Domingo Faustino Sarmiento, Juan Bautista Alberdi y Juan María Gutiérrez*. Tesis doctoral dirigida por Cristina Iglesia. Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 2013.

²¹ Quintanilla, Susana, «Nosotros». *La juventud del Ateneo de México. De Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes a José Vasconcelos y Martín Luis Guzmán*. México, Tusquets, 2008 y Devés, Eduardo, *Redes intelectuales en América Latina. Hacia la constitución de una comunidad intelectual*. Santiago de Chile, Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago, 2009.

3. BIOGRAFÍA E HISTORIA INTELECTUAL: DE LO NACIONAL A LO TRANSNACIONAL

Si hacemos un somero repaso de las principales contribuciones desde la historia intelectual a la biografía argentina, debemos detenernos, en primer lugar, en *Los Quesada*, escrito por Pablo Buchbinder, que permite recorrer la historia universitaria y cultural de la Argentina a través de dos generaciones, la de un padre y un hijo cuyas vidas discurrieron entre mediados del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX²². La biografía intelectual colectiva encuentra también un desarrollo maduro en la obra *Pioneros culturales de la Argentina*, por Paula Bruno, que no se agota en la mera prosopografía y el trazado de bosquejos biográficos individuales, sino que procura a través de una sucesión de retratos pensar el lugar de los intelectuales en la coyuntura de finales del siglo XIX en su relación con el Estado, el mercado y los debates de su tiempo y, por fin, discutir imágenes estandarizadas acerca de dicho período²³. No menos importante e igualmente ambicioso es el trabajo de Mario Glück, *La nación imaginada desde una ciudad*, que con referencias metodológicas y conceptuales provenientes de la historia intelectual, la historia política y la historia social, logra llevar a cabo una contribución significativa en torno de la figura del intelectual y jurista Juan Álvarez, de destacada actuación en la primera mitad del siglo XX en la Argentina²⁴. También vale la pena mencionar el estudio biográfico de Omar Acha sobre el historiador José Luis Romero, en este caso desde una perspectiva más específicamente situada en la reflexión acerca de las aportaciones historiográficas del biografiado y, por otra parte, el trabajo de Alejandro Blanco, que ofrece un valioso análisis de la trayectoria del sociólogo Gino Germani²⁵. Los estudios mencionados constituyen las principales aportaciones producidas por historiadores profesionales argentinos al género biográfico desde la perspectiva de la historia intelectual en las últimas décadas. Significativamente, de los trabajos mencionados, solo el primero fue publicado en una colección especializada en biografías confeccionadas según las reglas del género en la historiografía profesional, mientras que los otros aparecieron en colecciones provenientes del campo

²² Buchbinder, Pablo, *Los Quesada. Letras, ciencias y política en la Argentina, 1850-1934*. Buenos Aires, Edhasa, 2012.

²³ Bruno, Paula, *Pioneros culturales de la Argentina. Biografías de una época*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2011.

²⁴ Glück, Mario, *La nación imaginada desde una ciudad. Las ideas políticas de Juan Álvarez*. Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2015.

²⁵ Acha, Omar, *La trama profunda. Historia y vida en José Luis Romero*. Buenos Aires, El cielo por asalto, 2005; Blanco, Alejandro, *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.

de la historia de las ideas, la historia social o la historiografía propiamente dicha. Esta diferencia es producto de la madurez alcanzada en estos últimos campos, en contraste con la biografía, en el caso argentino.

La obra de Buchbinder es una biografía cabal que no deja al margen ningún aspecto de la trayectoria vital de Vicente y Ernesto Quesada, personalidades relevantes de las elites argentinas entre el siglo xix y el xx cuyas vidas discurrieron por cauces muy variados. Esta obra tiene además el añadido de ser una biografía con perspectiva atlántica, dado que los biografiados, en especial el padre, cumplió funciones diplomáticas en Europa. Su periplo se recorre en el libro sin omitir detalles, en una obra que, además, logra cubrir todos los aspectos con un notable esfuerzo de síntesis, dado que se destaca por su brevedad en el género (menos de 250 páginas). Así, *Los Quesada* pone el foco en la labor intelectual y la vida universitaria de los biografiados en plena *belle époque*, pero no se dejan de lado otras aristas relevantes. Entre otras, las estrategias para el ascenso social, el modo en que se insertaron en las elites argentinas, las redes de sociabilidad, su paso por la función pública, su mirada de la modernización científica, universitaria y académica en la Argentina entre los siglos xix y xx, los vaivenes en los negocios familiares, la actuación en el foro, en la jurisprudencia y en las burocracias estatales en expansión, su posicionamiento ante la democratización y la creciente participación de las masas, así como también su mirada acerca de la reforma universitaria argentina de 1918 y sus proyecciones latinoamericanas. De un capítulo al siguiente no solamente se avanza cronológicamente, sino que se ilumina desde un nuevo ángulo la historia que se quiere narrar. Por la vastedad de las perspectivas escogidas para retratar dos figuras escasamente estudiadas hasta aquí, la multiplicidad de archivos históricos consultados (incluidos los archivos privados de los biografiados), tanto en la Argentina como en Europa, *Los Quesada* merece ser puesta de relieve. Se trata, quizás, de una de las más importantes biografías intelectuales publicadas de los últimos tiempos.

Con un enfoque igual de rico merece también ser destacada la biografía del paleontólogo Florentino Ameghino escrita por Irina Podgorny quien, con un enfoque que se nutre de viajes, intercambios, redes, negocios, vínculos políticos y aportes al conocimiento, reconstruye la biografía de uno de los pioneros de la ciencia en el país. Su obra está basada, al igual que en el caso de Buchbinder, en una exhaustiva consulta de archivos muy diversos²⁶.

²⁶ Podgorny, Irina, *Florentino Ameghino y hermanos*. Buenos Aires, Edhasa, 2021.

Una mención destacada merece igualmente la investigación de Mónica Szurmuk en torno a la figura del escritor y periodista Alberto Gerchunoff que, en su libro *La vocación desmesurada*, es objeto de una pormenorizada biografía con algunos rasgos que vale la pena poner de relieve²⁷. Se trata de la obra de una experta en literatura comparada, pero que trasluce un intenso diálogo con historiadores, algo que, en las últimas décadas, se ha vuelto muy habitual en los congresos de historia intelectual y cultural en América Latina. Gracias a ese diálogo, Szurmuk traza un relato en el que interpreta a Gerchunoff como portador de las expectativas y, a la vez, las desilusiones, de una porción de los judíos centroeuropeos emigrados al Río de la Plata antes de la Primera Guerra Mundial que soñaron con la posibilidad de una asimilación sin conflictos en la sociedad de acogida, para luego encontrarse con una realidad menos amable. Esa ilusión por asimilarse había sido forjada por Gerchunoff desde su primera juventud transcurrida en el mundo rural pampeano, en contacto con la peonada y con la gente de tierra adentro con la que compartió parte de su primera infancia y juventud. En esta extraordinaria etapa del relato, Szurmuk nos entrega una vívida reconstrucción del contexto ruso del que emigró la familia, su llegada a las colonias judías del litoral, las condiciones en las que fue educado, que se vieron enfrentadas a la necesidad de reorientar la búsqueda de oportunidades en la ciudad de Buenos Aires. Un dato relevante para el historiador cultural (que solamente a través del género biográfico puede salir a la luz) es que a pesar de haber pasado en el campo sus primeros años, rara vez Gerchunoff cultivó la *gauchesca* en su carrera literaria y, paradójicamente, proyectó en la lengua de Cervantes sus anhelos de asimilación.

Ahora bien, la Gran Guerra puso en jaque la confianza en los valores de tolerancia y progreso, valores a los que Gerchunoff se adhirió sin cortapisas desde su temprana asimilación en la cultura argentina, a pesar de los flagrantes episodios de violencia antisemita que se produjeron en Buenos Aires en ocasión de la Semana Trágica. Y los años que sucedieron, signados por el avance agresivo de los regímenes fascistas, sacudieron esos sueños, sólo ocasionalmente recuperados, por ejemplo, en los años finales de la década de 1920, antes de que se avecinara la crisis desatada en los Estados Unidos, cuando Gerchunoff pudo volver a Heinrich Heine y proyectar en él la expectativa de una Europa tolerante, democrática y plural. Sin embargo, ese anhelo se hizo añicos en la década de 1930, que trajo la peor barbarie

²⁷ Szurmuk, Mónica, *La vocación desmesurada. Una biografía de Alberto Gerchunoff*. Buenos Aires, Sudamericana, 2018.

que nadie hubiera podido imaginar. Gerchunoff comenzó a girar en falso: quiso seguir apostando a un modelo cosmopolita de país, justo cuando el nacionalismo llevó al golpe militar de septiembre de 1930. En la década de los treinta, transitó por distintos foros antifascistas y se involucró de lleno con las redes de solidaridad republicana que se activaron en el contexto de la guerra civil española, conflicto que en Buenos Aires tuvo honda repercusión.

El diálogo entre historia y literatura en el trabajo de Mónica Szurmuk hace que esta biografía se salga del molde habitual en las historias de vida de los escritores sobresalientes. Por lo general, estas son escritas por intelectuales que provienen del campo de las letras, que no siempre se preocupan de situar al sujeto en sus contextos, algo que es decisivo para la mirada del historiador, de ahí que la coloquemos en un renglón destacado. En sus propias palabras, y a modo de síntesis, dice Szurmuk:

me propongo releer el total de la obra de Gerchunoff y resituarlo dentro del entramado intelectual en el que participó que incluye tanto el mundo cultural de Buenos Aires como redes internacionales cosmopolitas de publicación y difusión literarias en castellano, yídish e inglés. A pesar de que Gerchunoff es una figura reconocida en el mundo cultural argentino, la única obra que ha recibido atención crítica es *Los gauchos judíos* y se ha perdido de vista su rol de puente entre las elites intelectuales argentinas y el mundo de la cultura judía y también el de su trascendencia latinoamericana. Me interesa utilizar la vida de Gerchunoff como una ventana para analizar el mundo cultural argentino de la primera mitad del siglo veinte, los intercambios culturales entre la Argentina y otros países del continente y de Europa, y también los puntos de inflexión (poéticos, artísticos, históricos) que marcaron a los intelectuales de la época²⁸.

Trabajos como los de Buchbinder y Szurmuk permiten que llamemos la atención sobre una dimensión que ha enriquecido por demás el género biográfico en la Argentina y que es promesa de convertirse en una cantera capaz de darle una cierta revitalización: la dimensión transnacional como clave para complejizar los estudios biográficos. No casualmente, los personajes escogidos por ambos biógrafos transitaron a lo largo de varias latitudes, ya sea por los orígenes rusos de Gerchunoff, de los que se empapa Szurmuk para comprender a su biografiado, o bien por los estrechos contactos que los Quesada tejieron con las universidades, la sociedad y la cultura alemanas en el fin de siglo y, también, el modo en que la carrera diplomática les

²⁸ Szurmuk, Mónica, «Rutas transnacionales de la biografía: Alberto Gerchunoff», *Anuario IEHS*, n° 27, 2012, pp. 181-196.

permitió pensar el lugar de Argentina en el mundo y las transformaciones que se estaban dando a la par del ascenso de los Estados Unidos. También hay un intento de apostar en este mismo sentido en uno de los frutos más recientes que dio la biografía en años recientes en México: el trabajo de Aurelia Valero Pie en torno de José Gaos, un exiliado republicano español cuya trayectoria en el exilio debe ser pensada a dos orillas²⁹.

La incorporación de escenarios transnacionales en las recientes propuestas biográficas plantea el desafío de cómo pensar esas personalidades que rompen la escala nacional y exigen por parte del historiador enfoques que excedan el estrecho nacionalismo metodológico, muy discutido en las últimas décadas gracias a los progresos de la historia global³⁰. Además de ampliar la mirada incorporando vastas latitudes al conocimiento histórico, el enfoque transnacional permite también sortear cualquier tentación de construir un panteón de hombres ilustres puesto que las trayectorias son más cosmopolitas de lo que cualquier nacionalismo historiográfico estaría dispuesto a admitir.

Las figuras aquí escogidas para su biografía no sólo están fuertemente globalizadas –ya sea por tratarse de inmigrantes, o bien de intelectuales que viajaron y recorrieron el mundo gracias a las funciones diplomáticas, y fueron moldeados por valores europeizantes–, sino que también lo está la propia escritura de sus vidas. Estas biografías son el producto de exhaustivas investigaciones en las que sus autores han debido recorrer archivos de diferentes lugares del mundo; así, las biografías resultan tan globales como los propios biografiados. Por ejemplo, Buchbinder trabajó con archivos europeos, mayormente alemanes, para llevar adelante su investigación; a la sazón, su trabajo no habría podido desarrollarse sin la consulta exhaustiva del legado homónimo depositado en el Instituto Iberoamericano de Berlín. Por su parte, Mónica Szurmuk siguió la vida de Gerchunoff en todos sus viajes a Europa, ya sea como inmigrante primero, y más tarde como intelectual que en ocasiones tuvo a su cargo diferentes misiones diplomáticas. No menos interesante es el modo en que Szurmuk se remontó a las raíces de su biografiado y reconstruyó el mapa social y cultural de los judíos de Europa oriental (más precisamente, de los linderos del Imperio ruso). Con ello logró comprender los cruces de fronteras, los pasajes desde entornos culturales y sociales bastante endogámicos a otros más cosmopolitas que le

²⁹ Valero, Aurelia, *José Gaos en México. Una biografía intelectual*. México, El Colegio de México, 2015.

³⁰ Conrad, Sebastian, *What is Global History?* Princeton, Princeton University Press, 2017.

permitieron a Gerchunoff atravesar un proceso de modernización en el que se cruzaron las referencias y valores argentinos, latinoamericanos, europeos y judíos. Szurmuk debió viajar a Europa central en busca de archivos y diversos insumos que le permitieran seguir los pasos de Gerchunoff y enriquecer su mirada para entender la atmósfera social y cultural de su biografiado. Este trabajo no podría haber sido hecho (al igual que también ocurre en el caso de Buchbinder) sin el acceso al archivo personal de Gerchunoff, depositado en la Biblioteca del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani de la Universidad de Buenos Aires. Este archivo le proporcionó a Szurmuk una materia prima inestimable para su investigación, lo cual permite recordar el valor de los archivos personales y, en especial, de los epistolarios privados, para sostener y alentar el desarrollo del género biográfico en la Argentina y en América Latina. Los dos proyectos contaron con el privilegio de tener disponibles estos archivos personales bien conservados, algo que no siempre es fácil en América Latina, ya sea por deficiencias estructurales en el mantenimiento de los archivos, la falta de conciencia histórica para la preservación del patrimonio o los propios vaivenes políticos que llevaron en ocasión a su deterioro.

En ambos casos, los resultados obtenidos trascendieron las fronteras y en este sentido nos invitan a pensar, desde la periferia latinoamericana, el papel de la biografía como un género que desafía el nacionalismo historio-gráfico, aspecto que en el caso argentino se ve reforzado por las implicaciones de la experiencia inmigratoria que de suyo supone una experiencia transnacional. Asimismo, la biografía puede iluminar no sólo los intercambios transnacionales, sino también las hibridaciones que transcurren a lo largo de esos recorridos, poniendo trabas a la posibilidad de sostener ideas esencialistas acerca de la identidad tanto argentina como latinoamericana. En fin, la biografía puede ser una cantera inacabada para iluminar el carácter poliédrico, no unidimensional, de la cultura latinoamericana, de modo tal de contribuir a una visión plural que enriquezca no solo a los historiadores sino también a la ciudadanía.

4. EL ENFOQUE TRANSNACIONAL EN LA BIOGRAFÍA COMO PUNTO DE LLEGADA. UN COMENTARIO SOBRE MI TRABAJO SOBRE AMADO ALONSO, ENTRE EUROPA Y LAS AMÉRICAS

Me llamó la atención la figura de Amado Alonso (1896-1952) hace más de diez años por su carácter versátil y multifacético, puesto que fue así como se me apareció por primera vez. Más allá de haber sido un catedrático destacado

en la Argentina de las décadas de 1930 y 1940, que dirigió durante casi dos décadas el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, se caracterizó por una personalidad carismática. Esta le facilitó su popularidad entre los estudiantes (con los que incluso hablaba de fútbol) y, además, fue también coordinador de un programa de radio durante una temporada. Estas constituyeron las primeras notas curiosas que conocí de él y que me invitaron a profundizar en el personaje. Su retrato completo incluye las siguientes facetas: fue un especialista español en filología hispánica que trabajaba en múltiples direcciones, desde la fonética hasta filosofía del lenguaje (en diálogo con referentes de la disciplina en la academia alemana); hizo también crítica literaria, tanto de autores clásicos como contemporáneos; abordó diversos aspectos de la historia de la lengua y temas más clásicos en la filología hispánica, tales como diversos estudios sobre letras y fuentes clásicas españolas, desde la época medieval hasta el Siglo de Oro. En una vena más americanista, promovió estudios sobre lenguas indígenas en América (alentó estudios sobre el guaraní, por ejemplo) y participó en debates públicos acerca del estatus de la lengua en la Argentina, un debate que cobró vuelo en la década de 1920, a la luz de la expansión de la cultura popular urbana. Además, escribió, junto a Pedro Henríquez Ureña, una figura de primer orden en la cultura latinoamericana, textos de enseñanza de la lengua para uso escolar que estuvieron vigentes durante años. Editó la primera edición en español del *Curso de lingüística general* de Ferdinand de Saussure, que pronto se convirtió en un clásico y salió por la editorial Losada, de Buenos Aires. Alonso fue director de colección en Losada, al tiempo que puso en marcha un importante número de colecciones especializadas que se editaban en el Instituto de Filología de la UBA, de tal modo que jugó un papel importante también como editor³¹.

Nacido en Lerín (Navarra), Alonso estudió en la Universidad Complutense de Madrid y se convirtió desde muy joven en destacado discípulo de Ramón Menéndez Pidal, quien le abrió puertas para convertirse en becario de la Junta de Ampliación de Estudios, de tal manera que pudo capacitarse en universidades de Alemania y Francia. Llegó con menos de treinta años a la Argentina, como joven promesa, podríamos decir. Tenía (y cumplió) el proyecto de permanecer por un período razonable de tiempo en Buenos Aires, al frente del Instituto de Filología, donde lograría conformar, al cabo de dos décadas, un centro destacado de investigación que se fue consolidando

³¹ Lida, Miranda, *Amado Alonso en la Argentina. Una historia global del Instituto de Filología*. Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2019.

a pesar de la coyuntura cada vez más adversa para la libertad intelectual debido al arrollador avance del fascismo. Así, el Instituto de Filología dirigido por Alonso logró fortalecerse a pesar del vacío que se generó en Europa una vez que se produjo la guerra civil española y, sobre todo, el nazismo, que expulsó a los grandes nombres de la disciplina a través de purgas y exilios forzosos. Las revistas científicas europeas colapsaron con las persecuciones nazis y las guerras, pero Alonso logró lanzar en ese contexto una revista argentina que se convirtió rápidamente de referencia en el campo disciplinar. Tanto es así que los nombres transnacionales abundaron entre los colaboradores. ¿Qué más se puede agregar? Alonso integró el grupo que editaba la prestigiosa revista *Sur* (la principal revista literaria argentina de los años treinta, de intenso diálogo con las diferentes expresiones de la literatura occidental). La revista fue fundada y dirigida por Victoria Ocampo, quien además fue una importante gestora cultural del período, de tal manera que Alonso participó en los círculos intelectuales más prestigiosos de su tiempo. Los trabajos de investigación sobre la revista *Sur* apenas se han detenido en Amado Alonso³². Tampoco le han dedicado un lugar relevante la historiografía que versa sobre historia de las universidades³³. Sin embargo, más allá de estas ausencias notables de la figura de Alonso en la historiografía del período, me entusiasmaba la idea de trabajarlo porque permitía cruzar diferentes perspectivas de una vida marcada por la labor universitaria, pero sin dejar al margen diferentes aspectos de su vida pública y el modo en que se insertó en diferentes espacios de sociabilidad. Se trataba de una vida que debía ser narrada alternando los puntos de vista, desde lo personal a lo contextual y relacional.

A la vez, como veremos, no menos relevante sería su trayectoria transnacional, porque, en efecto, su labor se comprenderá mucho mejor si la situamos en una escala que trascienda las fronteras nacionales. Un proyecto centrado en Alonso no habría podido desarrollarse sin viajar en busca de archivos, puesto que fue contratado por la Universidad de Harvard en 1946 y fue allí donde quedaron depositados sus papeles personales una vez que falleció. Mi primera consulta a dicho repositorio, allá por 2009, me permitió

³² King, John, *Sur. Estudio de la revista literaria argentina y de su papel en el desarrollo de una cultura*. México, Fondo de Cultura Económica, 1989; Pasternac, Nora, *Sur, una revista en la tormenta: los años de formación (1931-1944)*. Buenos Aires, Paradiso, 2002.

³³ Buchbinder, Pablo, *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires*. Buenos Aires, Eudeba, 2010; Buchbinder, Pablo, *Historia de las universidades argentinas*. Buenos Aires, Sudamericana, 2005.

conocer pormenorizadamente las amistades literarias de Alonso en la Argentina y en otras latitudes, sus redes académicas, así como también iluminar desde cerca la fluida y vívida correspondencia que sostenía con sus más preciados discípulos, con quienes mantuvo un diálogo cotidiano a lo largo de los años. Sobre la base de esa exploración en los archivos personales de Alonso y de varios de sus discípulos que también le siguieron los pasos y se radicaron en Harvard tras su partida de la Argentina, pude llevar a cabo un primer trabajo donde Alonso aparecía en un lugar en cierto sentido secundario. No era el centro de atención que había escogido, que se focalizó, más bien, en dos de sus discípulos argentinos más descolantes³⁴. Sin embargo, ninguno de ellos podía entenderse sin Alonso. En realidad, había que abordarlos como si se tratara de un trípode, de ahí que no tardara en re-enfocar mi mirada hacia él.

El hecho de que Alonso concluyera su carrera en los Estados Unidos y, a la sazón, sus discípulos le siguieran los pasos fuera de la Argentina, hizo patente desde un comienzo la necesidad de incorporar una dimensión transnacional a esta investigación. La inserción de Alonso en Estados Unidos tras la Segunda Guerra Mundial formó parte de una intensa labor desarrollada por agencias científicas de aquel país en el contexto que precedió a la guerra cuando el gobierno norteamericano trabajó con más intensidad que nunca para labrar vínculos panamericanos con todo el continente. El panamericanismo se vio acompañado por una intensa labor cultural y de promoción científica. Fue en este contexto en el que fundaciones norteamericanas como Rockefeller y Guggenheim comenzaron a ingresar en la Argentina, al igual que en otros países latinoamericanos. Para 1946, cuando Alonso se fue de la Argentina, ya había alcanzado reconocimiento amplio en Estados Unidos: era miembro de honor de la *Modern Language Association*, de la *Academy of Arts and Sciences*, de la *Philosophical Society of America* y Doctor *honoris causa* por la Universidad de Chicago (1941). Además, y al igual que en el caso de Pedro Henríquez Ureña, le concedieron la cátedra Norton de la Universidad de Harvard. Téngase en cuenta que durante la guerra creció la demanda de profesores de español, un contexto que explica por qué la filología hispánica cobraría centralidad para las universidades norteamericanas. Así, el Instituto de Filología de Buenos Aires pasó a ser considerado un polo relevante, lo cual hizo posible que iniciara proyectos de investigación financiados por la Fundación Rockefeller, para alentar el

³⁴ Lida, Miranda, *Años dorados de la cultura argentina. Los hermanos María Rosa y Raimundo Lida*. Buenos Aires, Eudeba, 2014.

intercambio con académicos norteamericanos. A la par, Alonso proyectó el lanzamiento de un programa de doctorado en estudios hispánicos que pretendía captar estudiantes norteamericanos de español y de doctorado y a la vez potenciar el lugar de Buenos Aires, reforzando el lugar del sur en el mapa atlántico de la filología hispánica. La introducción de una dimensión atlántica a mi investigación fue decisiva para alcanzar una cabal comprensión del problema estudiado.

No podemos perder de vista la centralidad de Madrid, puesto que ocupó un polo decisivo en esta trama, si bien su lugar se desplomó después de 1936 por el levantamiento franquista, la guerra y las purgas que siguieron a continuación. La academia norteamericana en la que se insertó Alonso con posterioridad a 1946 no fue de por sí autosuficiente, puesto que en gran medida se había nutrido desde 1936 con exiliados republicanos. El círculo se cerraba, pues, y conducía directamente a Madrid, a la que yo misma no le había prestado suficiente atención en mis primeras exploraciones. En este punto, es un dato por demás relevante que el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires había sido fundado gracias a un acuerdo entre la universidad argentina y el Centro de Estudios Históricos de Madrid, presidido por Menéndez Pidal. Más todavía, su primer director fue Américo Castro quien, a consecuencia de la guerra civil española, terminaría estableciéndose en Estados Unidos. Así, pues, se hacía imprescindible introducir a España en la investigación, porque sin ella no era posible terminar de comprender muchas de sus aristas.

Llegada a este punto, fue decisiva para mí la visita al archivo de Ramón Menéndez Pidal en Madrid para comprender el papel de España en la construcción de la filología hispánica en perspectiva atlántica, porque me proporcionó una amplia perspectiva en la que situar la experiencia argentina. Tengamos en cuenta que el Instituto de Filología de la universidad argentina dirigido por Amado Alonso respondía, incluso dependía, del Centro de Estudios Históricos y de Ramón Menéndez Pidal, quien lideraba en España el campo disciplinar y, además, procuraba desde allí expandir su influencia sobre las Américas. Menéndez Pidal llevó adelante una política panhispanista, puesto que se propuso la tarea de dar origen a centros de investigación filiados al centro madre para el estudio de la lengua y la cultura hispánicas. Por ejemplo, en San Juan de Puerto Rico, un enclave simbólicamente muy importante tras la derrota de España en 1898, estaba en juego la defensa de la lengua española, de ahí la centralidad que tuvo en la agenda filológica hispánica (a Amado Alonso de hecho lo

enviaron a Puerto Rico a formarse antes de llegar a Buenos Aires). También tuvo presencia en Nueva York, desde el momento en que en la Universidad de Columbia se instaló después de la Primera Guerra Mundial el español Federico Onís, discípulo de Menéndez Pidal, quien estableció un centro especializado que rivalizó con el argentino y, poco después, en Buenos Aires, entre otras ciudades. Dado que desde Madrid se defendía una vocación netamente panhispánica de la lengua, no era de extrañar que cada centro tuviera que adecuarse a la agenda metropolitana. Se trataba de una estructura bastante piramidal en la práctica donde había poco margen (visto desde la perspectiva de Menéndez Pidal) para la autonomía.

Esto permite explicar algunas de las dificultades que afrontó Alonso en sus primeros años en Buenos Aires para lanzar una revista especializada, dado que Menéndez Pidal consideraba que esa iniciativa amenazaría con competir con la madrileña en el campo disciplinar y la desalentó. Así, hubo tensiones fuertes entre el centro madrileño y la periferia de la filología hispánica, que solamente pueden ser comprendidas si prestamos atención a la dimensión atlántica en la reconstrucción de esta específica trayectoria académica. Amado Alonso estuvo expuesto a presiones provenientes de la elite española de la disciplina. Así sucedió, por ejemplo, cuando Américo Castro, con toda su autoridad como primer director y fundador del instituto porteño, le escribió para decirle que en Buenos Aires debía dedicarse sólo a la investigación «seria» y no perder el tiempo en la vida social porteña, en conferencias y tertulias. Insistió también en que se mantuviera apartado de publicar libros de divulgación porque, según creía, en Buenos Aires se publicaba en enorme cantidad, pero sin rigurosidad. Alonso le contestó que llevaría una «vida retirada» pero en la práctica terminó haciendo todo lo contrario: participó de muy variados foros culturales e intelectuales, como la ya mencionada revista *Sur*. De esta manera, resultó tanto el hijo pródigo como el hijo díscolo del centro madrileño. Pródigo porque le dio continuidad a la labor una vez que llegó la guerra civil y la ciencia española fue purgada y diezmada por el franquismo, contexto en el que el instituto porteño de filología encontró la oportunidad de funcionar como digno sucedáneo de Madrid e incluso se proyectó sobre la academia norteamericana, que se volvió también un importante centro; díscolo por el alto grado de autonomía con el que se movió, al punto de generar tensiones, por momentos, con Menéndez Pidal, aunque no llegarían a romper. Cuando en 1935 Alonso se nacionalizó argentino, ya había alcanzado una especie de «mayoría de edad» que lo habilitó a empezar a ocupar al poco tiempo la plaza vacante que dejaría el colapso del centro madrileño luego de 1936.

Escribir, pues, la biografía de Amado Alonso y su trayectoria intelectual desde una perspectiva dominada por el nacionalismo historiográfico habría sido escasamente provechoso. Un intelectual formado en el corazón de la élite humanista española de la «edad de plata», que fue inmigrante en la Argentina, a la que arribó en la década de 1920, donde terminó nacionalizándose, para luego migrar a los Estados Unidos y convertirse en migrante una vez más, nunca perdió el contacto con sus colegas españoles e incluso recreó esos vínculos en distintas circunstancias desde las Américas. Se trata, por tanto, de una biografía atlántica con todas las letras que solamente pudo ser llevada a buen puerto gracias a la posibilidad de consultar archivos de la Argentina, España y Estados Unidos. Esta reconstrucción histórica, al igual que los trabajos de Szurmuk y de Buchbinder analizados más arriba, complejiza la mirada sobre los biografiados, permite iluminarlos desde diversos ángulos la vez y, a la par, comprenderlos más cabalmente. Una trayectoria intelectual como la de Alonso se opacaría y desluciría en caso de quedar constreñida bajo una mirada dominada por el nacionalismo historiográfico, de ahí la centralidad que le hemos asignado a la dimensión transnacional en este ensayo.

BIOGRÁFICA BRITANIA¹

María Jesús González
Universidad de Cantabria

1. «DE VICTORIA A FREUD»²: EL SALTO HACIA LA MODERNIDAD BIOGRÁFICA

Qué delicada, qué decente es la biografía inglesa, bendita sea su boquita recatada!»

Así ironizaba Carlyle sobre la biografía que se escribía en la Inglaterra del siglo XIX: semi hagiográfica, ejemplarmente heroica y detallada en el tratamiento de lo público, pero sospechosamente moral y aséptica en el reflejo de lo privado: «la espada de Damocles de la respetabilidad –sentenciaba– cuelga para siempre sobre el escritor británico... y le reduce prácticamente a la parálisis»³. Tras haber ofrecido joyas de audacia y penetración, como la magistral obra de James Boswell sobre el también gran biógrafo, teórico y crítico Samuel Johnson (1791), a mediados de siglo XIX el género parecía haberse sumergido en una bruma de mediocridad y respetabilidad elegiaca y conmemorativa paralizante. Tan sólo algunos excepcionales trabajos como

¹ Este capítulo es una versión actualizada de la publicada en: González, María Jesús, «God save the Queen». Consideraciones en torno a la biografía en Gran Bretaña, *Letras de Hoje*, vol. 53, nº 12, 2018, p. 255-265.

² El título está tomado de la obra: Gay, Peter, *The Bourgeois Experience: Victoria to Freud*. New York, Oxford University Press, 1984. En ella destaca el cambio de atmósfera de la época de complacencia victoriana a la modernidad eduardiana y posterior a la I Guerra Mundial, con sus ansiedades traducidas en el diván del psicoanalista.

³ Cita de Carlyle en Nicolson, Harold, *The Development of English Biography*. London, The Hogarth Press, 1928, p. 125.

el de John Gibson Lockhardt sobre Walter Scott (1838) o James Anthony Froude sobre el propio Carlyle (1882) se distinguían en el panorama gris de una marejada de biografía escrita al más puro estilo factual-panegírico. En esa época, en las islas británicas, el género se diferenciaba poco de las obras biográficas modeladas y condicionadas (en algunos casos hasta la asfixia) por la contrarreforma en los países católicos del continente.

Sin embargo, superada la «infección» victoriana –esa atmósfera de humedad y herrumbre que, según narraba Virginia Woolf en su *Orlando*, penetró más que en los muros, en el alma de toda una época– la biografía británica inició un despegue espectacular y, aunque con altibajos, de permanencia ininterrumpida. Despegó en modernidad, con el audaz acercamiento psicológico y autobiográfico de Edmund Gosse (*Father and Son*, 1907), el desafío irónico y preciso de Lytton Strachey (*Enminent Victorians*, 1918) y la experimentalidad y teorización de la propia Virginia Woolf (*The Art of Fiction* and *The New Biography*, 1927), que propiciaron la conocida como «nueva biografía».

Reaccionaban contra la «masa indigerida» (e indigesta) de la biografía victoriana –esas obras largas, desestructuradas y densamente factuales y aburridas– y aportaban una mayor brevedad, un acercamiento irónico o irreverente y, sobre todo, un punto de vista, requisito básico tanto de un buen historiador como de un buen literato⁴. Pero además se incrementó y cualificó su producción y popularidad. En 1928, el diplomático y escritor Harold Nicolson, en su delicioso opúsculo titulado *The development of British Biography* destacaba: «las biografías escritas y publicadas en este país son innumerables». Se preguntaba el porqué de su éxito y analizaba el nuevo ascendente de una biografía que él calificaba como *pura* y cuyos rasgos la alejaban de la *impura* (conmemorativa, hagiográfica y excesivamente impregnada de la subjetividad del autor). Claramente en los años 20 se había superado el bache y retroceso producido en el género, retomándose una línea estimulante. Nicolson planteaba una hipótesis para explicar esta evolución: la naturaleza de la biografía, más allá de las modas literarias –decía– estaba estrechamente vinculada al interés público en la personalidad humana, y éste, a su vez, estaba ligado al «flujo y reflujo de las creencias religiosas». Consideraba la tolerancia religiosa, la seguridad política, la convivencia cívica y la valoración del individuo, entre otros, como factores que

⁴ Monk, Ray, «Life without Theory: Biography as Exemplar of Philosophical understandings», *Poetics Today*, nº 28 (3), 2007, pp. 527-570, esp. p. 538.

alimentaban un «espíritu de la época» al que correspondía un reflejo en el género biográfico y su consumo: «El interés inteligente en la biografía se está incrementando –concluía–. Cuanto menos cree la gente en teología, más cree en la experiencia humana, y es en la biografía donde pueden hallar esta experiencia»⁵.

A modo de paréntesis, del interesante razonamiento del escritor británico se podría extrapolar al impacto que ejercen otro tipo de «teologías» no religiosas en la producción intelectual en general y, en particular en la biográfica. Es el caso, por ejemplo, de los efectos que propiciaron las interpretaciones rígidamente estructuralistas en el ámbito historiográfico años después: escamoteando y reduciendo a lo insignificante la importancia del individuo y su papel; convirtiendo a los seres humanos, como apuntaba Isaiah Berlin, en «moscas atrapadas en la tela de araña de las causas históricas». Pero sobre todo permite entender las secuelas de las «teologías» que se derivan de entornos dictatoriales o profundamente nacionalistas. Ambos entornos influyen negativamente en la calidad de la biografía, aunque esta incluso prolifera en su medio (en una aparente paradoja) y es que, aunque lo hace, lo es convertida en producto de propaganda. En ese contexto, la individualidad o el posible estudio y aprendizaje histórico-literario de su experiencia, queda pervertida al ser sometida su factura al molde estereotipado de comunidad (nacional/socioeconómica) idealizada. En ella, el estudio del sujeto queda desnaturalizado y subordinado a un empobrecedor esquema preestablecido y funcional⁶. Tal vez haya sido precisamente la debilidad o ausencia de estas teologías (religiosas, historiográficas y políticas) en una Gran Bretaña mayormente escéptica y liberal lo que ha favorecido un desarrollo más libre y creativo de la biografía⁷. Disraeli llegó hasta el punto de aconsejar no leer historia sino biografía, porque esta constituía «vida sin teoría».

⁵ Nicolson, Harold, *The Development...* *op. cit.*, pp. 134-142.

⁶ Lo demuestran no sólo el tipo de biografías escritas en el periodo franquista en España, sino también su gran declive durante la era soviética y su auge actual en Rusia, véase: Cherkasov, Valerij Anatoljevich, «Crisis of Biographical Methodology in Russian Science and Criticism of 1920-1930», *World Applied Sciences Journal*, vol. 27, nº 1, 2013, pp. 66-69; Morgan, Kevin, «Comparative Communist History and the 'Biographical Turn'», *History Compass*, vol. 10, nº 6, 2012, pp. 455-466.

⁷ No quiere esto decir que no hayan existido o existan ese tipo de acercamientos en el Reino Unido, pero afortunadamente predominan las propuestas más críticas que los desafían.

2. BIOGRÁFICA BRITANIA: LA CONSOLIDACIÓN

El hecho es que a lo largo de los siglos xx y xxi la biografía, esa hija ilegítima de la historia y la literatura –como fue considerada durante mucho tiempo– ha mantenido su pujanza en el universo anglosajón. El producto británico ha destacado tanto por su calidad, como por su apabullante abundancia y proyección internacional, tanto en forma de obras traducidas como de biógrafos «exportados». Los biógrafos anglosajones han retratado magistralmente en sus obras a sus personajes locales. Así, por ejemplo, existen excelentes biografías de la reina Victoria, Henry James, Keynes, Lytton Strachey, G. B. Shaw, Winston Churchill, Virginia Woolf y W. B. Yeats, o incluso las más recientes de Florence Nightingale, Hugh Trevor-Roper o Margaret Thatcher, por citar unas pocas de las decenas de personajes con biografías excepcionales (aunque cuenten con otra media docena o más de retratos mediocres)⁸. Pero han sido, fundamentalmente, las formidables incursiones de los biógrafos y biógrafas británicos en personajes de culturas ajenas a los nacionales las que les han consagrado internacionalmente. Su maestría al acometer biografías de personajes extranjeros resulta equiparable a las hazañas épicas de sus exploradores y se ha extendido, además, a sujetos de muy diferente naturaleza. Por ejemplo, han penetrado el universo de los grandes literatos «Si quieres una biografía de Proust, o Mann o Goethe, o Strindberg o Ibsen te encuentras leyendo a un escritor británico», afirma Holroyd⁹. Es cierto. Y esta realidad también se constata en otros diversos ámbitos como por ejemplo en la biografía de científicos (el Oppenheimer o el Wittgenstein de Ray Monk) o de políticos (el Conde Duque de Olivares de John Elliott, el Hitler de I. Kershaw, el Napoleón de Irene Collins, el Mussolini y el Cavour de D. Mack Smith, el Stalin y el Lenin de R. Service y Deutscher, el Garibaldi de Lucy Riall, el Franco de P. Preston, el Heydrick de Robert Gerwarth) o personajes

⁸ Ellman, Richard, *James Joyce*. New York, Oxford University Press, 1959; Longford, Elizabeth, *Queen Victoria*. Stroud, The History Press, 1971; Holroyd, Michael, *Lytton Strachey: The New Biography*. London, Head of Zeus, 1964; Holroyd, Michael, *Bernard Shaw: The One-Volume Definitive Edition*. New York, W.W. Norton & Company, 1997; Gilbert, Martin, *Churchill* (8 vol.). London, Heineman, 1971-1988; Skidelsky, Robert, *Keynes*. London, Penguin, 1995; Lee, Hermione, *Virginia Woolf*. New York, Vintage Book, 1997; Foster, Roy F., *W. B. Yeats* (2 vols.). New York, Oxford University Press, 1998-2003; Bostridge, Mark, *Florence Nightingale*. London, Penguin, 2007; Holmes, Richard, *Coleridge. Darker reflections*. London, Flamingo, 1999; Sisman, Adam, *Hugh Trevor-Roper: The Biography*. London, Weidenfeld & Nicolson, 2010; Moore, Charles, *Margaret Thatcher* (3 vol.). London, Allen Lane, 2013.

⁹ «The art of Biography n° 3», entrevista a Michael Holroyd, *The Paris Review*, n° 205, 2013.

tan polifacéticos como Gabriel D'Annunzio, biografiado por Lucy Hughes Hallett, o Lorca y Dalí, de Ian Gibson¹⁰. Casi todas estas obras, al margen de su aceptación por el público lector, han enriquecido los conocimientos históricos o literarios convirtiéndose en hitos de referencia académica. Sin embargo, y a pesar de contar con un gran reconocimiento público, las relaciones de la biografía con el mundo académico no han sido demasiado buenas durante mucho tiempo y hasta fechas relativamente recientes. Que la biografía ha sido ignorada o despreciada por la academia es un aspecto que se ha destacado una y otra vez en numerosos encuentros científicos desde 1978. Por una parte se desechaba porque (y esto se aplica fundamentalmente en el campo de la historia), tras la Segunda Guerra Mundial imperaron las corrientes interpretativas anti individualistas y por ende altamente reticentes a la biografía como la escuela de Annales o la marxista que, aunque en menor medida que en otros países, también dejaron su huella en Gran Bretaña. En ese contexto, la biografía resultaba claramente insuficiente e incluso molesta para aquellos que perseguían imponer una ciencia histórica basada en teorías, estadísticas y leyes, o los que pretendían con la nueva historia desde abajo, incorporar a «la gente común» relegada durante tanto tiempo. La (necesaria) batalla contra las biografías sólo de los «grandes hombres» al viejo estilo y lo que ello conllevaba política y culturalmente tuvo en la biografía de calidad una víctima colateral.

Por otra parte se sospechaba de ella porque, precisamente dada su gran popularidad, la biografía británica se había asentado cómodamente en los dominios de los *best sellers*. Este hecho ha atraído siempre a todo tipo de autores oportunistas que practican una versión degradada y facilista en su

¹⁰ Painter, George, *Marcel Proust: a biography*. London, Pimlico, 1965; Meyer, Michael, *Strindberg* London, Penguin, 1985; Meyer, Michael, *Ibsen*. London, Penguin, 2005; Hayman, Ronald, *Thomas Mann*. New York, Scribner, 2002; Boyle, Nicholas, *Goethe*. New York, Oxford University Press, 2003; Monk, Ray, *Ludwig Wittgenstein: The Duty of Genius*. London, Penguin, 1990; Monk, Ray, *Robert Oppenheimer: A Life Inside the Center*. New York, Doubleday, 2012; Elliott, John, *El Conde Duque de Olivares: el político en una época de decadencia*. Barcelona, Crítica, 1998; Preston, Paul, *Franco, caudillo de España*. Madrid, Círculo de Lectores, 1994; Kershaw, Ian, *Hitler* (2 vol.). Barcelona, Península, 1999-2000; Service, Robert, *Stalin. Una biografía*. Madrid, Siglo XXI, 2004; Mack Smith, Dennis, *Mussolini*. London, Weidenfeld and Nicolson, 1981; Riall, Lucy, *Garibaldi, invention of a hero*. New Haven/London, Yale University Press, 2008; Hughes-Hallett, Lucy, *El Gran depredador. Gabriele D'Annunzio, emblema de una época*, Ariel, 2013; Gibson, Ian, *Vida, pasión y muerte de Federico García Lorca*. Barcelona, Debolsillo, 2016; Gibson, Ian, *La vida desahogada de Salvador Dalí*. Barcelona, Anagrama, 2006; Gerwarth, Robert, *Heydrich, el verdugo de Hitler*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2013.

técnica o en su elección de los sujetos (por ejemplo, *celebrities* o personajes de la nobleza y realeza tratados anecdótica y superficialmente), lo que ha afectado de rebote a la consideración del género alejándolo de la respetabilidad académica. Pero una última explicación de esta relación es que la profesión de biógrafo en Gran Bretaña siempre ha mantenido una autonomía, suficiencia y consideración pública excepcionales e inéditas en otros ámbitos internacionales. Al estar consagrada como un oficio independiente no necesitaba de «bendición» académica. De hecho, algunos de los más grandes y respetados biógrafos británicos, como Michael Holroyd, Claire Tomalin, Victoria Glendining, Antonia Fraser, Hilary Spurling o Adam Sisman entre otros, no son académicos, aunque otros igualmente grandes como Richard Holmes, Hermione Lee, Roy Foster, Kathryn Hughes, Lucy Riall Andrew Robers, Jane Ridley o Lucy Hughes-Hallett sí lo sean.

Durante mucho tiempo incluso se disuadió a los estudiantes cuando pretendían hacer una biografía como sujeto de tesis: comenzar la carrera con una biografía era considerado algo así como un suicidio académico. El posible éxito de ventas de obras biográficas escritas por académicos jóvenes (o incluso *senior*) se interpretaba como un paréntesis o una cierta concesión «populista» que le alejaba un tanto del círculo de la teorización y del templo de la sabiduría consagrada y además le identificaba con una cierta interpretación historiográfico-política¹¹. Pero, en la que en algún momento se ha denominado «guerra fría» entre biografía y academia, se fue produciendo un deshielo y ciertos acercamientos teóricos postmodernos y también clásicos (social, cultural o político) tendieron la mano a la biografía confirmando su validez como herramienta metodológica y narrativa e incluso heurística: la biografía se ha llegado a considerar todo un *modelo de comprensión filosófico* en el sentido en que lo definió Wittengstein, como ha señalado Ray Monk en un artículo titulado significativamente «Life without Theory: Biography as an Exemplar of Philosophical Understanding»¹². Pero, además, se ha creado una nueva especialidad: la teoría de la biografía. El gran salto se produjo, como en casi todas partes, en los años noventa, tal

¹¹ Las reticencias académicas ante una tesis basada en una biografía las destaca en su propio caso (entre otros) Possing, Birgitte, *Understanding Biographies. On Biographies in History and Stories in Biography*. Odense, University Press of Southern Denmark, 2017. El mismo Ian Kershaw era «antibiógrafo» por antonomasia, y justificó su biografía de Hitler como una manera de entender su aparato de poder. Su obra supuso un fantástico impulso para la biografía.

¹² Guerra fría en Holroyd, Michael, «Our friends the dead», en *The Guardian*, 1 de junio de 2002. Monk, Ray, «Life without Theory...» *op. cit.*

vez la edad de oro de la biografía en Gran Bretaña donde, además del boom temporal se contaba con una amplia base de calidad y una larga tradición. Fue en esa época cuando se comenzó a cuajar esa idea surgida casi diez años antes: «Biographical Turn» –un concepto que se ha reutilizado en otras diversas ocasiones hasta nuestros días, referido tanto a las humanidades como a las ciencias sociales en diversos países¹³–. Como destacaba Barbara Caine en una entrevista concedida a *The Book Show* el 12 de agosto de 2011, la expresión se comenzó a usar muy ampliamente desde los años 90 en las humanidades y ciencias sociales en general. Servía así para explicar de qué manera que los «estudios de caso» individuales se estaban considerando cada vez más importantes como formas de ilustrar un cambio social o cultural a gran escala. Ese «primer» giro biográfico de los 90 llevó al inicio de la consolidación «institucional» del género y a su revalorización y penetración académica (y también al crecimiento, incluso exacerbado, de su teorización). El año 1999 resultó especialmente fecundo. Se creó el British Institute of Biography (BIB) en Londres y se inició un proyecto piloto utilizando a ciento de estudiantes que escribieron biografías a cambio de créditos académicos. Aunque a la larga fracasó por falta de fondos, mostraba el interés por el género.

En la actualidad, unas ochenta instituciones británicas entre universidades, *colleges* y centros públicos o privados ofrecen cursos de escritura biográfica en Gran Bretaña. La pionera fue la Universidad de Buckingham, donde la biógrafa Jane Ridley ofreció el primer Master en 1996, le siguieron las universidades de Sussex (desde 1999), East Anglia o Goldsmith (desde el 2000) y más recientemente King's College y su organización asociada *Life-Writers of London* (2007), también Kingston, y Southampton donde se

¹³ En el año 2000, la historiadora australiana Barbara Caine impartió en la Universidad británica de Goldsmith una conferencia titulada «The Biographical Turn: New approaches to the Writing of Biography 1970-2000». Véase además Wengraf, Tom, Chamberlayne, Prue y Bornat, Joanna, *The Turn to Biographical Methods in Social Sciences*. London, Verso, 2000. En 2004 se celebró en el Instituto Histórico Alemán en Washington un congreso titulado «Towards a Biographical Turn» a partir del que maduró la obra: Volker, Berghahn y Lässig, Simone (eds.), *Biography between Structure and Agency: Central European Lives in International Historiography*. New York, Berghahn Books, 2008. También se han publicado otros artículos como: Pinna, Giovanna, «Biographical Turn? sobre el retorno de la biografía como método historiográfico», en Oncina, Faustino (coord.), *Tradición e innovación en la historia intelectual: Métodos historiográficos*. Coves, Métodos Historiográficos, 2013, pp. 189-199. Finalmente, en 2017 se ha publicado el espléndido trabajo de Renders, Hans, de Haan, Binne y Harmsma, Jonne (eds.), *The Biographical Turn: Lives in history*. New York, Routledge, 2017.

imparten seminarios, maestrías e incluso doctorados en Biografía y (cada vez más) en *Life-Writing*¹⁴ bajo supervisión de grandes biógrafos-académicos, como Hermione Lee, Kathryn Hughes, Richard Holmes o Jane Ridley. La lista de universidades es larga, pero cabe destacar que la vetusta Oxford también ha sucumbido y en 2010 se creó el *Oxford Centre for Life-Writing* en el Wolfson College que ha cobrado una extraordinaria vitalidad y mantiene una prolífica y variada actividad (seminarios semanales, cursos, proyectos internacionales, retiros de escritura con tutorización... etc.). Además, existen instituciones independientes como la Arvon Foundation (creada en 1968), que dedica una sección docente a *Life-Writing* igualmente desde mediados de los noventa. El ayuntamiento de Londres, en su centro literario *City Lit* también ofrece cursos de diez días «de este excitante género» en los que se imparte historia de la biografía inglesa y técnicas de escritura. Importantes diarios, como *The Guardian* organizan igualmente cursos sobre escritura biográfica. Existe un activo Biographers' Club (desde 1999) y el género es reconocido y estimulado por diversos premios generales y específicos: como el Costa Biography Award, el Marsh Biography Award, el Biographers Club Tony Lothian Prize, el Whitbread Prize for best Biography, o el Elizabeth Longford Prize for Historical Biography y desde 2016 el Life-Writing Prize promovido por Goldsmith University. Pero incluso algunos galardones que no son específicos de biografía (como los prestigiosos Orwell Prize o Samuel Johnson Prize) han premiado biografías¹⁵.

Al margen de esta creciente y envidiable presencia e institucionalización que ha impulsado aún más la profesionalización y calidad de la producción biográfica, existe lo que podríamos denominar un peculiar e indeleble *ethos biográfico* imperante en las islas. Este se manifiesta de manera difusa en el culto a los obituarios, que en la tradición anglo americana constituyen, en ocasiones, verdaderas obras maestras que en EEUU son incluso premiadas. También se observa en la pasión por los retratos, materializada en una National Portrait Gallery (sin parangón en otros países europeos). Otra muestra lo constituye el espléndido ODNB (*Oxford Dictionary of National Biography*),

¹⁴ Este término, *Life-Writing*, como veremos posteriormente se utiliza con dos acepciones diferentes: la primera es compatible con la biografía a la que incluye entre las diversas narraciones de vida en general (biografía, autobiografía, memorialística, diarios, epistolarios) y la segunda se centra en sus aspectos más teóricos de la producción y borra las fronteras entre biografía y autobiografía

¹⁵ Todas estas instituciones y premios están activos tal y como se ha cotejado en sus web-sites. Precisamente, en 2017 Orwell Prize ha sido concedido a una biografía: Bew, John, *Clement Attlee: The Man Who Made Modern Britain*. New York, Berghahn Books, 2016.

de nacimiento decimonónico y originalmente nacional-heróico, pero recientemente modernizado, reeditado y alimentado de biografías de mujeres (antes muy escasas), que tal vez constituya uno de los mejores del mundo y que añade cada año unas 200 nuevas entradas biográficas. También se refleja en los famosos *Who's Who* tan consultados; en juegos de mesa como el «Family History Box» que apelan al gusto autobiográfico y genealogista (la otra cara de la pasión biográfica); en las múltiples ofertas de «ghost writers» para escribir biografías o (presuntas) auto biografías a particulares; en las series biográficas en TV o en la radio (Great Lives en BBC 4) o, sin ir más lejos, en las cifras que desde finales de los años noventa han alcanzado las publicaciones anuales de biografía y, más secundariamente, «sobre» biografía. Los artículos, pequeños manuales y muy útiles conjuntos de reflexiones sobre diversos aspectos de la biografía o su teorización también han proliferado en los últimos años. Algunas de las obras publicadas son casi de carácter filosófico o poético, como el autobiográfico *Footsteps* (2005) de Richard Holmes, donde el autor analiza su pasión y su metodología al escribir la biografía de Stevenson, y también aspectos relacionados con el tiempo, los contextos, etc. En una línea similar ha escrito recientemente *This Long Pursuit: Reflections of a Romantic biographer* (2017). Biógrafos y biógrafas de calidad, estén vinculados o no con el mundo académico, conviven y colaboran culturalmente y narran sus cuitas biográficas contribuyendo al aprendizaje y popularización del género¹⁶. La espléndida revista online *The Paris Review* ha dedicado excelentes entrevistas y reseñas a biógrafos y biografías. Pero lo más significativo es su atención y educación en la biografía (en su lectura y escritura) desde la enseñanza primaria, lo que crea un criterio y una afición notable: una cultura biográfica. Por ejemplo, los cursos online de la BBC, «Exploring biographies» o recursos para la enseñanza de la biografía en la educación primaria y secundaria «Biography plan»¹⁷.

¹⁶ Por ejemplo, en la obra editada por Bostridge, Mark (ed.), *Lives for Sale: Biographers' Tales*. London/New York, Continuum, 2004. En ella Hermione Lee, Skidelsky, Antonia Fraser, Claire Tomalin, Ben Pimlott., Michael Holroyd, el propio Bostridge y hasta 33 autores y autoras narran sus utilísimas experiencias biográficas.

¹⁷ Las ventas de biografía aparecen reflejadas en NPD Book Scan Data. Entre los libros escritos «sobre» biografía desde diferentes perspectivas destacan: Hamilton, Ian, *Keepers of the Flame: Literary Estates and the Rise of Biography*. London, Faber & Faber, 1994; Backscheide, Paula, *Reflections on Biography*. London, Oxford University Press, 1999; Ellis, David, *Literary Lives: Biography and the Search for Understanding*. New York, Routledge, 2000; Holroyd, Michael, *Works on Paper: The Craft of Biography and Autobiography*. Berkeley, Counterpoint Press, 2002; Tridgell, Susan, *Understanding ourselves. The Dangerous art of Biography*. Berlin, Peter Lang, 2004; Lee, Hermione, *Biography*:

3. ¿CRISIS? ¿QUÉ CRISIS? LOS RETOS DE LA SOBREPRODUCCIÓN, LA RENOVACIÓN Y EL «DESAFÍO» DEL *LIFE-WRITING*

A tenor de lo expuesto, se diría que Gran Bretaña constituye una especie de jardín del Edén biográfico. Pero todo paraíso tiene su serpiente... y ésta se ha materializado, paradójicamente, en forma de amenaza de decadencia derivada en parte de su propio éxito y superproducción. Esa alarma, por otra parte, parece surgir y desaparecer en oleadas, como el flujo y reflujo evolutivo del género que observara Nicolson. Así pues, y a pesar de la mencionada proliferación casi tropical en la atención y producción biográfica, han sido varias las voces autorizadas que en los últimos años han denunciado «problemas» con la biografía, utilizando términos de diversa naturaleza como declive, esclerosis o incluso muerte; esta última por «sobredosis». En definitiva: crisis.

Biógrafos y críticos lo llevan manifestando desde hace tiempo aunque, en realidad, no hay acuerdo sobre si el género realmente atraviesa o no una crisis, a no ser que entendamos crisis en su sentido etimológico: como transformación. Que esta transformación sea o no fortalecedora a la postre está por ver. Hay quienes han denunciado el envejecimiento de la fórmula biográfica tradicional. Pero sobre todo, según se ha destacado, parece haberse agotado no tanto la técnica en sí, como su objeto, o más bien su sujeto (en relación con los modelos más característicos de personajes «relevantes»). Algunos críticos o incluso los propios autores se han quejado de un exceso de cosecha biográfica tal que casi ha acabado con monarcas, exploradores, novelistas, figuras de la política o artistas de interés disponibles y que conduce a un recurso reiterado a los personajes ya hechos, o a otros comerciales pero claramente «menores» (y no siempre útiles o bien planteados como microhistorias).

En 2008 Kathryn Hughes habló directamente de la muerte del *Life-Writing*; en el diario *The Guardian*: «memorias de celebrities, vidas de personajes sociales e incontables amantes del s. XVIII... ¿qué le ha pasado a la edad dorada de la biografía? ¿y cuál es el futuro para un género en el que los mejores personajes han sido escritos y reescritos una y otra vez?». Hughes aludía a una especie de «canibalismo biográfico» que se alimentaba

A Very Short Introduction. New York, Oxford University Press, 2009; Benton, Michael, *Literary biography an introduction*. Hoboken, Wiley-Blackwell, 2009; Caine, Barbara, *Biography and History (Theory and History)*. London, Palgrave Macmillan, 2010; Angier, Carole y Cline, Sally, *The Arvon Book of Life-Writing: Writing Biography, Autobiography and Memoir*. London, Methuen Drama, 2010.

de biografías preexistentes y que se cebaba en la enésima biografía de los grandes personajes, sometidos a revisión política o postmoderna: «una George Eliott para la era laborista, una Reina Victoria *queer* adecuada al nuevo milenio o las seis esposas de Enrique VIII redibujadas como las heroínas post feministas de sexo en Nueva York», ironizaba la citada autora¹⁸. Sin embargo, Hermione Lee –una de las decanas de la biografía británica, que ha merecido por ello el título de *Dame*– concibe éste «revisionismo biográfico» como un hecho natural y hasta positivo: cada generación debería poder leer de diferente manera a Virginia Woolf, por ejemplo. Pero además, el hallazgo de nuevo material sensible, como le sucedió a Holmes con los cuadernos de Coleridge, justifica una reescritura¹⁹. El prestigioso biógrafo de Strachey, Michel Holroyd, por su parte, también declaró el género en crisis en 2011 y culpaba a la televisión y a la «ultrateórica» y sociológica corriente de *Life Writing*. También lo achacaba a la transformación de las fuentes que, en los personajes actuales, han pasado de ser cartas, diarios y archivos a emails, blogs y posts en Facebook: «Tengo nostalgia de visitar casas privadas para encontrar cartas y diarios hurgando en el ático», llegó a decir. El biógrafo de Susan Sontag, Benjamin Moser, analizaba su escritura manual, como no habría podido hacerlo en un email, describiendo «lo febrilmente que Sontag, cuando recibió lo que parecía una sentencia de muerte a sus apenas cuarenta años, comenzó a garabatear las meditaciones sobre el cáncer que constituirían su obra *La enfermedad como metáfora*.» Es muy difícil, por otra parte, manejar la masa ingente de emails y material digital que tuvo que afrontar el biógrafo de Steve Jobs. Ciertamente el futuro de las biografías derivadas de las fuentes digitales como tweets, instagrams con photoshops, emails, o podcasts extraídas de tablets, iphones y ordenadores resulta inquietante, casi un capítulo de ciencia ficción²⁰.

Más centrado en la biografía política, D.J.Taylor sentenció también su «declive y caída». Por una parte centraba su crítica en la presunta mediocridad de los nuevos biógrafos y biógrafas modernos, los nuevos escritores, «que no tienen vidas excitantes y aprenden el oficio en academias y que «con ciertas excepciones –escribía– meramente crece, estudia escritura creativa, va a

¹⁸ Hughes, Kathryn, «Death of Life-Writing», *The Guardian*, 28 de junio de 2008.

¹⁹ Entrevista a Hermione Lee «The art of Biography n° 4», *Paris Review*, n° 205, 2013 y también Lee, Hermione, *Body parts. Essays on Life Writing*. London, Chatto & Windus, 2005.

²⁰ Ní Mhaoileoin, Niamh, «You've Got Mail: On the New Age of Biography», *The Millions*, 11 de abril de 2014. Moser, Benjamin, *Sontag. Vida y obra*. Barcelona, Anagrama, 2019.

enseñarla a la Universidad y escribe libros, mientras que sus predecesores viajaban intrigaban y recibieron balas en sus gargantas en la guerra civil española». No le parecían, en definitiva, inspirados por traumas, pasiones o grandes aventuras que añadan el aliciente de la acción a su producción²¹. Por otra parte, Taylor ha desdeñado también el carácter anodino de muchos de los protagonistas como los nuevos políticos «jóvenes, fugaces, mediocres» que ni siquiera son buenos oradores, en contraste con esas grandes figuras de siglos anteriores²². En definitiva, y según él, sin buenos biógrafos o buenos sujetos los productos escritos sólo pueden ser vulgares. Para otros, lo que ha comenzado a fallar es la perspectiva aplicada habitualmente a la biografía, que ya no tiene por qué ser «de la cuna a la tumba», como en las clásicas, sino iluminadora de un episodio o aspecto relevante, o una relación con otro personaje como las de David Caute *Isaac and Isaiah, The Covert Punishment of a Cold War Heretic* (2013) o la que refleja la relación entre las dos escritoras de Bloomsbury, Sara Gritswood, *Vita & Virginia: The lives and love of Virginia Woolf and Vita Sackville-West* (2018) o el Churchill pintor de David Cannadine, *Churchill: The Statesman as Artist* (2017), etc. E incluso, algunos críticos o renovadores, retomando el aserto del Dr. Johnson «podría escribir la biografía del palo de una escoba», han renegado de los grandes personajes para añorar «un nombre elegido a ciegas en la guía telefónica», como soñaba Hilary Spurling, o para realizar el (muy exitoso) experimento de narrar hacia atrás la vida de un mendigo alcohólico, como hizo Alexander Masters con la biografía de un mendigo (*Stuart: A life backwards*)²³.

La realidad, por tanto, no es tan negra como algunos la pintan. Dos de los autores críticos citados previamente, de hecho, con el tiempo han cambiado su parecer e incluso se han embarcado en nuevos experimentos biográficos de diversos tipos. Tras constatar la re-aparición de varias biografías de calidad, Hughes rectificó en el mismo medio en 2013 afirmando: «The art of Biography is alive and well»²⁴. En 2017 ella misma ha publicado una biografía experimental a lo Strachey, e incluso con el mismo tema de

²¹ «Michael Holroyd laments the decline of biography», *The Guardian*, 18 de Agosto de 2011; Hughes, Kathryn, «Death of Life-Writing», *The Guardian*, 28 de junio de 2008; Taylor, D.J., «The decline and fall of political biography», *The Independent*, 29 de marzo de 2014.

²² Ver: Taylor, D.J., «The decline and fall of political biography», *The Independent*, 29 de marzo de 2014.

²³ El deseo de Hilary Spurling lo cuenta Michael Holroyd en «The art of Biography n. 3...» *op. cit.* Véase la reseña en *The Observer*, 3 de abril de 2005 a Masters, Alexander, *Stuart: A life backwards*. London, Harper Perennia, 2006.

²⁴ *The Guardian*, 15 de febrero de 2013.

fondo, el universo victoriano: en *Victorians undone: Tales of the Flesh in the Age of Decorum*. En ella reconstruye irreverentes imágenes de las «miserias» físicas y su condicionamiento de las vidas de diversos personajes victorianos y reivindica esos signos «vitales» de la vida a los que la biografía –dice– se ha tornado indiferente (como respirar, tocar, gustar y oler). Holroyd, autor de los magistrales Strachey o Shaw, ahora produce también originales biografías temáticas y de grupo²⁵. En realidad, no son pocos los autores consagrados que han realizado acercamientos novedosos, fundamentalmente en el campo de la «multibiografía» con un fondo temático unificador. Así, por ejemplo, al margen de la reciente y ya citada obra de Hughes, *Victorians undone* (2017) Richard Holmes ha trabajado sobre un grupo de científicos en el s. XVIII en su *The Age of Wonder* (2008); Michael Holroyd sobre su relación y la de sus biografiados con los coches en *On Wheels* (2012); y Roy Foster sobre las vivencias y referencias comunes de la generación de jóvenes revolucionarios irlandeses en *Vivid faces* (2014). Un tipo de biografía excepcional lo constituye la bellísima obra de Edmund de Waal, *The Hare with Amber Eyes: A Hidden Inheritance* (2010) que a través de la historia de un objeto, un pequeño netsuke, realiza una historia biográfica/ autobiográfica de su familia judío vienesa en los años críticos del siglo xx.

Lo que resulta un tanto paradójico es que, al tiempo que se proclamaba esa presunta «crisis», parecían multiplicarse en el ámbito anglosajón (y traspasando exitosamente sus fronteras) los libros que incluían el término *biografía* en su título como un gancho y también, tal vez, como concepción o filosofía narrativa. Ya en los años sesenta Norbert Elías pedía una «biografía de Alemania» y no son pocas las biografías de ciudades que se han ido publicando, utilizando el marco cronológico de una vida para describir su evolución y su carácter. En 1997 se publicó *Cod: A biography of the fish that changed the world*, por Mark Kuranski. Si bien el título sorprendió inicialmente, abrió el camino a una larga lista de títulos similares que no sólo apreciaban los objetos como materia de estudio, sino que les concedían un acercamiento «biográfico». Entre 2000 y 2020 se han publicado las biografías de Dios, del demonio (que cuenta incluso con una biografía «autorizada» de Satán y con una «nueva» biografía del diablo) y del universo; de alimentos como el té, las patatas o la cerveza Guinness; biografías de lenguas, de ciudades

²⁵ Véase reseña de Rachel Cooke a Kathryn Hughes, *Victorians undone: Tales of the Flesh in the Age of Decorum* (2017), *The Guardian*, 15 de enero de 2017. Holroyd, Michael, *A Book of Secrets: Illegitimate Daughters, Absent Fathers*. London, Head of Zeus, 2010; y Holroyd, Michael, *On Wheels*. New York, Farrar, Straus and Giroux, 2013.

o de monumentos, de conceptos como la cuestión judía, el mito o el cero; de movimientos políticos como el neoconservadurismo; de enfermedades como el cáncer, la talasemia, la diabetes, la histeria o el asma; de objetos, del agua; de emociones como la tristeza; de la soledad y del asesinato, del cricket o hasta de partes del cuerpo... como la reciente biografía de la vagina (esta vez de una americana, Naomi Wolf). Finalmente se hallan las biografías culturales de los objetos (que forman una importante subespecie)

²⁶. Pareciera que la palabra biografía resulta tan atractiva que se ha usado como sustituto de la más «circumspecta» historia. Pero no se trata sólo de eso. En realidad, algunos de estos títulos esconden algo más que un recurso editorial y están impregnados de una teorización que desborda las bases del universo biográfico tradicional y, según algunos, lo amenaza gravemente.

Existe claramente una sobreabundancia de productos derivados de la «biografización» o lo que algunos autores han denominado la «líbido

²⁶ Por citar algunas significativas: Miles, Jack, *God: A Biography is a nonfiction*. New York, Alfred A. Knopf, 1995; Graves, Kersey, *The Biography of Satan: Exposing the Origins of the Devil*. Escondido, Book Tree, 1999; Kell, Henry Ansgar, *Satan: A Biography*. Cambridge, Cambridge University Press, 2006; Hann, D.R., *Satan's Authorized Biography*. S.I., Createspace Independent Pub, 2000; Almond, Philip C., *The Devil: A New Biography*. London, Cornell University Press, 2014; Gribbin, John, *The Universe. A Biography*. London, Penguin, 2007; Gleason, Carrie, *The Biography of Tea*. New York, Crabtree, 2007; Rodger, Ellen, *The Biography of Potatoes*. New York, Crabtree, 2007; Mansfield, Stephen, *The Search for God and Guinness: A Biography of the Beer That Changed the World*. Nashville, Thomas Nelson, 2009; Ackroyd, Peter, *London: The Biography*. New York, Doubleday, 2001; Millward, C.M. y Hayes, Mary, *A Biography of the English Language*. Boston, Wadsworth Cengage Learning, 2011; MacLeod, Suzanne, *Museum Architecture: A New Biography*. New York/London, Routledge, 2013; Weatherall, David, *Thalassaemia: The Biography*. New York, Oxford University Press, 2010; Artenstein, Andrew W., *Vaccines: A Biography*. New York, Springer, 2009; Seife, Charles, *Zero: The Biography of a Dangerous Idea*. London, Penguin, 2000; Vaïsse, Justin, *Neoconservatism: The Biography of a Movement*. Cambridge, Harvard University Press, 2010; Wolf, Naomi, *Vagina: A New Biography*. New York, HarperCollins, 2012; Armstrong, Karen, *The Bible: the Biohgraphy*. London, Atlantic Book, 2009; Boccaletti, Giulio, *Water: A Biography*. Toronto, Knopf Doubleday Publishing Group, 2020; Ball, Philip, *H2O: A Biography of Water*. London, Weidenfeld & Nicolson, 1999; Ray Smith, Alvy, *A Biography Of The Pixel*. Cambridge, The MIT Press, 2021; Morgan, Kate, *Murder: The Biography*. New York, HarperCollins, 2021; Bound Alberti, Fay, *A Biography of Loneliness: The History of an Emotion*. New York, Oxford University Press, 2021. La «biografía» (premiada) sobre el cricket es Simon, Wilde, *England, the biography. The story of English cricket 1877-2019*. London, Simon & Schuster, 2019.

biográfica» o incluso «síntoma biográfico»²⁷ que se extienden como artículos de venta y ávido consumo en el mercado: se trata de bio-ficciones pero también de autobiografías, memorias o narrativas de viajes y ello sin olvidar las biografías autorizadas (o autobiografías ventrílocuas) en las que el biógrafo mismo se convierte en mero *ghost writer* del personaje²⁸. Millones de blogs personales, Facebooks, MySpace, instagrams, *selfies* y sobreabundancia de programas de cotilleo ilustran y caricaturizan esa sed de vidas contadas (propias o ajenas). Ya en 2013, Julie Rak analizó este fenómeno: el «boom» de las memorias en EEUU desde diversos puntos de vista: su creación y producción, marketing, venta... y su papel en la ciudadanía y la vida cultural. La autora concluía que este fenómeno se podía explicar como un recurso a partir del cual los americanos intentaban entender los grandes acontecimientos narrados en forma de experiencias individuales y constituía asimismo una de las vías a través de las que se articulaba la ciudadanía «entre las esferas pública y privada»²⁹. Algo similar ha sucedido en el Reino Unido.

Igualmente destacable es el auge y penetración en el ámbito académico (además de su importante extensión en el mercado) de las autobiografías y en general el conjunto de ego-narraciones que constituyen la base de lo que se denomina *Life-Writing*. Se podría afirmar que el crecimiento y éxito de esta forma de narración es muy notable, y también lo es su teorización, fundamentalmente en el ámbito angloamericano. Pero el término puede producir una cierta confusión. Desde que emergió ya en los años setenta, procedente de los estudios literarios y vinculado a los *Cultural Studies*, ha constituido un concepto paraguas que comprende todas las ego-narraciones y también incluye entre ellas la biografía. Rara vez, sin embargo, se define

²⁷ La idea de «líbido biográfica» en Pelicier, Yves, «La biographie et ses tensions», *Diogene* nº 139, 1987, pp. 89-95. También se menciona en Gibson, Ian, «El yo desenmascarado», *El Periódico*, 1 de diciembre de 2010. La idea de «síntoma biográfico» en Pujadas, Joan J., «El método biográfico y los géneros de la memoria», *Revista de Antropología Social*, nº 9, 2000, pp. 127-158, y Marinas, José Miguel y Santamaría, Cristina, *La historia oral, métodos y experiencia*. Madrid, Debate, 1993. Véase también Delory-Momberger, Christine, «Experiencia y formación: Biografización, biograficidad y heterobiografía», *RMIE*, vol. 19, nº 62, 2014, pp. 695-710.

²⁸ Sobre las biografías autorizadas, véase la crítica de Renders, Hans, «Biography is not a selfie: Authorisation as the creeping transition from autobiography to biography», en Hans Renders, de Haan, Binne, Harmsma, Jonne (eds.), *The Biographical Turn... op. cit.*, pp. 159-164.

²⁹ Rak, Julie, *Boom! Manufacturing Memoir for the Popular Market*. Ontario, Wilfrid Laurier University Press, 2014.

de una manera estrictamente clara. Como ha destacado Barbara Caine, es un término muy inclusivo y un tanto ambiguo lo que lo hace más atractivo sobre todo referido a los «márgenes». Para Max Saunders son precisamente ese carácter omnicomprendivo y su ambigüedad los que lo convierten en «contencioso»³⁰.

El *Life-Writing* tiene fundamentalmente dos vertientes: desde su interpretación más «inocua» supone tan sólo un compendio de todas las mencionadas escrituras relacionadas con las vidas: biografías, autobiografías, novelas autobiográficas, memorias, diarios, auto ficción, cartas.... Pero desde una interpretación cada vez más teorizada y sofisticada, este concepto, basado en la centralidad absoluta de la investigación y tratamiento de las ego-narraciones, está transformando la percepción de la biografía. Así, por ejemplo, esta última es catalogada (y abordada) como parte del todo narrativo de la (auto)biografía, escrita con paréntesis o auto/biografía, con barra cruzada. La forma de escribir ligando ambos vocablos no es inocente. En algunos casos se utiliza la conjunción de los dos términos meramente como resumen del universo de las narraciones de vida a partir de sus dos extremos más significativos. Pero, en otros, su uso implica una perspectiva teórica «militante» que vincula a la una con la otra y confunde ambas narraciones de vida, inundando deliberadamente el producto biográfico de subjetividad y haciendo –apunta Hermione Lee– que la «distinción entre biografía y autobiografía se desdibuje deliberadamente»³¹.

Aunque es cierto que, como señalara Leon Edel, en toda biografía se produce inevitablemente una transferencia del autor «vilificadora o hagiográfica», la teoría del *Life-Writing* da un paso más allá entendiendo que «toda biografía es una autobiografía oculta» en la que el historiador está «subsumido»³². Ante esta (y otras) afirmaciones subjetivizantes, y en ocasiones desvalorizadoras respecto a la biografía clásica, hay autores que han llegado a manifestar que la corriente del *Life-Writing* tiende a desplazar e incluso que está intentando provocar un «eclipse» de la biografía. Lo hace a partir de la jibarización del uso de documentos históricos (que son considerados

³⁰ Caine, Barbara *Biography and History...* op. cit., pp. 68-69. Véase la introducción de Saunders, Max, *Self Impression: Life-Writing, Autobiographical Fiction, and the Forms of Modern Literature*. New York, Oxford University Press, 2010.

³¹ Lee, Hermione, *Body Parts...* op. cit., p. 100.

³² Caine, Barbara *Biography and History...* op. cit., p. 71. Renders, Hans y de Haan, Binne (eds.), *Theoretical discussions of Biography. Approaches from history, microhistory and Life Writing*. Leiden, Brill, 2014.

un constructo artificioso y manufacturado) y su alejamiento del marco historiográfico³³. Los personajes de referencia en ambos casos también varían. En el campo más estrictamente biográfico se siguen seleccionado personajes (hombres y mujeres) relevantes, significativos de una época o unos logros intelectuales, políticos, artísticos o sociales. En el campo del *Life-Writing* ese tipo de biografía se considera «rancia y conservadora» y se prefieren, en todo caso, los protagonistas habitualmente marginados por el «canon escolar», los enfoques altamente teorizados de género, teoría *queer*, identidades o estudios poscoloniales y las propuestas experimentales y «sociologizadas». El hecho de que en nuestro tiempo las narraciones biográficas y autobiográficas se extiendan a nuevos medios (aparte de los mencionados espacios digitales, también los *biopics*, y los comics autobiográficos como el icónico *Maus* de Spiegelman, etc) alimenta aún más la complejización y sofisticación del tratamiento teórico de esta línea. Se puede comprobar en los títulos que aparecen en los índices de las publicaciones más recientes y relevantes de *Life-Writing* o en los diversos números de su revista más señera: la estadounidense *Biography* (Hawai). Fundada por Leon Edel, comenzó como revista especializada en biografía en el sentido «clásico» y en la actualidad apenas la trata, excepto para recoger artículos que den noticia de la producción biográfica en diversos países³⁴. A modo de ejemplo tal vez sirva el *abstract* del exitoso y valorado monográfico sobre *post-human lives* de la citada revista en 2012:

Este número especial sobre la biografía puede parecer exótico. Trata una serie de conceptos que no son frecuentes en los estudios sobre la narrativa vital: empezando por la zoografía y terminando con el Antropoceno. Aborda escenas de la expresión autobiográfica que pueden resultar estrambóticas: animalografías, bioarte, narrativas sobre el dolor crónico, autobiogeografía. Incluye criaturas, bichos, productores y avatares. Su canon crítico no va tradicionalmente

³³ De Haan, Binne «The eclipse of Biography in Life-Writings», en Renders, Hans y de Haan, Binne (eds.), *Theoretical discussions...op. cit.*, p. 177-195

³⁴ Ver: Howes, Craig, «What Are We Turning From? Research and Ideology in Biography and Life Writing», en Renders, Hans, de Haan, Binne y Harmsma, Jonne (eds.), *The Biographical Turn... op.cit.*, pp. 165-176. También Chansky, Ricia A. (ed.), *Auto/Biography across the Americas: Transnational Themes in Life-Writing*. New York, Routledge, 2017, entre otros, los capítulos de Sergio da Silva Barcellos «Paradoxical demand for Realism: Building National Identity in Brazilian Literatures», Eva. C. Karpinski, «Decolonial Translation in Embodied Auto/Biographical Indigenous Performance: Monique Mojica's Chocolate Woman Dreams the Milky Way», o Cyntia Huff «National identity: Animalographies and the ethics of representation in the posthuman imaginary». También el número monográfico de *Biography*, vol. 35, nº 1, 2012 dedicado a «posthuman lives».

asociado con los estudios de la narrativa vital: Bruno Latour, Deleuze y Guattari, Cary Wolfe, Donna Haraway, Rosi Braidotti, Jane Bennett, Neil Badmington, Judith Butler, Giorgio Agamben. Los temas, conceptos y contextos clave de los que nos ocupamos en este número, no obstante, no tienen nada de exótico. Al contrario: lo que significa ser humano es una cuestión fundamental para la narrativa autobiográfica y enraizada en la historia de autobiografía en la modernidad occidental. En torno al posthumanismo están surgiendo una colección de trabajos importantes para la decisiva tarea de la narrativa vital actual, y los ensayos de este número especial apuntan a por qué³⁵.

La presencia del *Life-Writing* tiene peso sobre todo en EEUU, pero tanto en su vertiente más general y omnicomprendiva como en la más teorizada y sofisticada, se está extendiendo a todo el ámbito anglosajón y a otros países europeos y del resto del mundo. No tiene apenas predicamento en España o en Francia, por ejemplo, pero sí en Viena donde se halla el Ludwig Boltzmann Institute for the History and Theory of Biography creado en 2005 y centrado en estas nuevas líneas biográficas desde 2012, año del establecimiento de una cátedra de «Historia y teoría de la Biografía». El Instituto, muy activo en la organización de simposios y en la publicación de obras de referencia, se basa fundamentalmente en la investigación de la teoría de la biografía y está comprometido en el desarrollo y avance del «dinámico campo interdisciplinar del *Life-Writing*» aunque también desarrolla proyectos biográficos «convencionales»³⁶.

Curiosamente, no parece que en Gran Bretaña –donde no sólo se ha aceptado sino que el término se usa abundantemente– se hayan producido grandes debates o reflexiones sobre cómo afecta esta nueva perspectiva teórica y metodológica a la biografía tradicional. Por una parte se acepta y practica en los círculos literarios y académicos modernos (muchos de los centros universitarios británicos anteriormente citados); por otra se ignora o desdeña olímpicamente su vertiente ultrateórica como una (de tantas) moda historiográfica-literaria. La realidad es que ambas perspectivas parecen convivir sin problemas.

Tal vez la respuesta más combativa ha procedido «del continente». Han sido Hans Renders, catedrático de Historia y Teoría de la Biografía y director

³⁵ La revista destacada por las numerosas colaboraciones de literatos posmodernos y lingüistas «en Guerra contra el *grand récit* y enamorados de los paréntesis». Whitlock, Gillian, «Post-ing Lives», *Biography*, vol. 35, n° 1, 2012, pp. v-xvi.

³⁶ Véase esta información en su página web: <http://gtb.lbg.ac.at/en> [Consulta realizada en enero 2018].

del centro académico más importante de biografía en Europa (el *Biography Institute Groningen*, en Holanda, creado en 2004) y su alumno Binne de Haan, quienes han afrontado el reto del *Life-Writing* frente al que se han erigido en combativos adalides de la biografía –abordada con una metodología científica y un propósito académico– frente al *Life-Writing* en dos trabajos fundamentales³⁷. En ellos, entre otros aspectos de gran interés, se aborda directamente el sugestivo debate del que se destacan a continuación algunas aportaciones. De Haan, por ejemplo, ha realizado una excelente síntesis sobre los aspectos más significativos que diferencian la biografía del *Life-Writing* en su metodología, protagonistas o acercamientos teóricos y defiende la biografía convencional (lo cual no implica «rancia»). Por su parte, Craig Howes, director de la revista *Biography* apoya la nueva tendencia, no sólo por su «modernidad» y alta aportación teórica, sino por la aceptación pública-académica con la que parece contar, y para demostrarlo se remite a los índices de artículos más leídos o citados. Ante esta situación, hay quien propone mantener bien clara la frontera entre biografía y *Life-Writing*; en otros casos (en la llamada simbólicamente «nueva biografía», equiparable a la ruptura que propició la nueva biografía de los años 20) se acepta la hibridación y se propone armonizar sin problema ambos acercamientos; y finalmente también existe una posición que propone la intersección «ocasional»³⁸. El debate, tan novedoso como apasionado, está actualmente vivo y abierto entre ambas líneas, que incluso, como ha destacado De Haan, se amparan en instituciones diferentes: la *International Auto/ Biography Association* (IABA), defensora del *Life-Writing*, frente a la *Biographers International Association* (BIO), que reivindica la biografía más clásica. Cuentan, además, con revistas diferentes (*Biography* o *European Journal of Life-Writing* los primeros frente a *Journal of Historical Biography* los segundos) y propugnan acercamientos ideológicos teóricamente opuestos.

Un refuerzo más a la valorización de la teoría y la práctica de la biografía frente al *Life-Writing* se produjo con la creación en 2015 de la ahora extinta

³⁷ Véase Renders, Hans y de Haan, Binne (eds.), *Theoretical discussions...* *op. cit.*, y Renders, Hans, de Haan, Binne y Harmsma, Jonne (eds.), *The Biographical Turn...* *op. cit.* Meister denomina al Instituto dirigido por Renders y su producción «escuela holandesa» en Meister, Daniel R., «The biographical turn and the case for historical biography», *History Compass*, vol. 16, nº 1, 2018. Sobre la cultura de la biografía en Holanda y las actividades y logros del instituto véase: Renders, Hans, «Biography in the public sphere. The year in the Netherlands», *Biography*, vol. 39, nº 4, 2016, pp. 641-647.

³⁸ De Haan, Binne, «The eclipse of...» *op. cit.* También la respuesta en el capítulo de Howes, Craig, «What Are We Turning...» *op. cit.*

The Biography Society, una muy activa asociación académica de investigación internacional e interdisciplinar (basada en una amplia red de miembros e instituciones) presidida por Joanny Moulin y con sede física en Aix-en-Provence (Francia). En esta misma localidad, en la universidad Aix Marseille, también se desarrolló enseñanza especializada de Master con seminarios sobre biografía desde 2017³⁹. Lo cierto es que, además de los ya citados, desde los años noventa se han multiplicado en el ámbito internacional los centros y asociaciones de ambos tipos: biográficos y/ o de *Life Writing*, y con su labor también se ha enriquecido la producción y el debate académico. Entre estos, por ejemplo (y sin pretensión de exhaustividad) podemos citar: Center for Biographical Research (Honolulu, USA, 1990); Unidad de Estudios Biográficos (Barcelona, 1994); Leon Levy Centre for Biography (New York, USA 2007); Lingnan University Life Writing Research Program (Hong Kong, 2007); Biograph-Associação Brasileira de Pesquisa (Auto)biográfica (Salvador, Brazil, 2008); National Centre of Biography, (Canberra, Australia, 2008), o el Centre for the Study of Storytelling, Experientiality and Memory, SELMA, (University of Turku, 2015). Y ello sin olvidar los proyectos y redes de investigadores internacionales existentes, de manera destacada la Red Europea de Teoría y Práctica de la Biografía (RETPB) creada en España en 2009 o incluso, aunque con una naturaleza diferente asociada a la comunicación a través de una web, la Red de Estudios Biográficos de América Latina (REBAL). Como un elemento singular, hay que destacar que, más allá del tratamiento académico de la biografía, se ha establecido un centro biográfico con el explícito objetivo de «ejemplaridad»: el Centre for the Study of Transformative Lives, (New York University, 2012). Esa misma misión atribuida de ejemplaridad cívica es la que convierte la biografía en un elemento central en la docencia *de Civics & Citizenship Education* en Australia. Todo ello lleva a pensar que el género no sólo está muy vivo sino que, en sus diversas formas, se halla en un momento de expansión, fecunda reflexión y, tal vez, de resignificación.

4. *THE QUEEN IS DEAD (?)... GOD SAVE THE QUEEN!*

¿Está acaso perdiendo la Reina Biográfica Britania su corona? ¿Está sucumbiendo o mutando silenciosamente invadida por una corte de teorías post-modernas en las que el «yo» subjetivo vence al «él/ella» como protagonista

³⁹ Los datos son de 2020. En la actualidad el mencionado Master no tiene orientación biográfica y la extinta Biography Society se ha redirigido a Bioestudies society. Véase: <http://biographysociety.org/> [Consulta realizada en marzo de 2022].

en cualquiera de sus formas narrativas? ¿Se está desplazando ese imperio y defensa de la biografía «per sé» y ese aura de excelencia que siempre perteneció a Gran Bretaña (y secundariamente a los Estados Unidos) hacia otros enclaves? La realidad es que en estos momentos no resulta posible responder de manera contundente a estas cuestiones. Parece que en fechas recientes los índices de ventas de biografía en Gran Bretaña han mostrado un descenso –aunque no se ha realizado un estudio diferenciando la proporción de biografía académica, periodística etc.–⁴⁰. También es cierto que las reseñas que aparecen en prensa o revistas especializadas muestran cada vez más obras auto biográficas o biográficas alejadas de los modelos más tradicionales. Y sin embargo, una ojeada a la sección biográfica de la prestigiosa librería Waterstones, por ejemplo (a la lista de obras editadas entre 2017 y 2021), parece desmentir la idea de una crisis o incluso de una «mutación» biográfica evidente, aunque sí es cierto que se observan bastantes «revisitaciones» de personajes ya biografiados. El número de publicaciones es desbordante. A modo de selección y centrándonos exclusivamente en autores británicos, se ha reeditado en la colección Penguin Monarchs, por ejemplo, las biografías de los grandes monarcas de la historia británica (además de la reedición de la obra clásica de Elizabeth Longford sobre la reina Victoria). Por otra parte, se han publicado otras dos nuevas biografías de Jane Austen. Además, se han escrito nuevas biografías de Lord Byron, de Mark Twain y otra segunda de Christina Rossetti. También Churchill cuenta con otras dos flamantes biografías más a añadir a la larga lista: una temática (como artista) y otra sobre sus contradicciones. Se han publicado biografías de intelectuales contemporáneos como la del historiador marxista Eric Hobsbawm, y la del escritor y dramaturgo Tom Stoppard. También se ha publicado una biografía de Alfredo el Grande y unas cuantas más políticas: Enoch Powell, Sadiq Khan, Theresa May, varias de la reina Elizabeth y hasta del recientemente fallecido príncipe Philip... Científicos, agentes secretos, viajeras, artistas, sufragistas, espías, deportistas, religiosos y nobles completan el amplio panorama de biografía británica al que se suman biógrafos americanos y algunas pocas (escasísimas) traducciones de biografías escritas por otros autores europeos. Además, se ha publicado el segundo volumen de *The Oxford History of Life-Writing* que trata de la Inglaterra entre 1500 y 1700⁴¹.

⁴⁰ Agradezco esta información derivada de Nielsen BookScan (ahora NPD BookScan) a Hans Renders.

⁴¹ Bedell Smith, Sally, *Elizabeth the Queen: The real story behind The Throne*. London, Penguin, 2017; Eaton, George, *Sadiq Khan: The Making of a Mayor*. London, Biteback Publishing, 2017; Cannadine, David, Churchill: The Statesman as Artist. London, Blooms-

Resulta ciertamente difícil precisar si se ha producido una deriva de la tan admirada biografía británica en cualquier dirección «incierta». Nuestra impresión es que –en una nación que tiende a aborrecer las teorizaciones, a reforzar la tradición y, sobre todo a hacer buena historia y buena literatura– este género (o método de investigación) convive amigable y civilizadamente incluso con las tendencias más vanguardistas, ultrateóricas o subjetivistas y que sigue contando con el favor tanto académico como del público. En definitiva, la biografía de calidad está perfectamente *alive and kicking*. Parece mantenerse preparada para seguir ofreciendo envidiables obras de referencia. Otra cosa es que Gran Bretaña esté perdiendo su previo monopolio en el ámbito internacional gracias a la maduración y el ascenso (en cantidad y calidad) de la biografía y la teoría biográfica producida en otros países. Pero habrá de pasar tiempo hasta que alguna de las debutantes, incluso de las más brillantes, le arrebate la corona.

bury Publishing, 2017; Stewart, Alan, *The Oxford History of Life-Writing*. New York, Oxford University Press, 2018; Rubinstein, William D., *Churchill: The Contradictions of Greatness*. Brighton, Edward Everett Root Publishers Co. 2018; Hayes, Kevin H., *Mark Twain*. London, Reaktion Books, 2018; Jackson, Christopher, *Theresa May: Power, Chaos and Chance*. London, Eyewear Publishing, 2018; Mason, Emma, *Christina Rossetti: Poetry, Ecology, Faith*. New York, Oxford University Press, 2018; Peattie, Antony, *The private life of Lord Byron*. London, Unbound, 2018; Evans, Richard J., *Eric Hobsbawm. A life in History*. London, Hachette, 2019; Macintyre, Ben, *Agent Sonya*. London, Penguin, 2020; Lee, Hermione, *Tom Stoppard: A Life*. London, Faber & Faber, 2020; Shiels, David Clarke, *Enoch Powell: The Outsider*. London/New York, I.B. Tauris, 2021; Jackson, Chris, *Elizabeth II: A Queen for Our Time*. New York, Rizzoli International Publications, 2021; Doeden, Matt, *Queen Elizabeth II*. Minneapolis, Lerner Publ., 2021. Tomalin, Claire, *The Young H.G. Wells: Changing the World*. London, Penguin, 2021; Brandreth, Gyles, *Philip: The Final Portrait*. London, Hodder & Stoughton, 2021; Sebba, Anne, *Ethel Rosenberg: A Cold War Tragedy*. London, Hachette, 2021; Swan, Annalyn, *Francis Bacon: Revelations*. London, HarperCollins, 2021; Zenith, Richard, *Pessoa: An Experimental Life*. London, Penguin, 2021.

Los personajes

UNA VIDA EN TRANSICIÓN. ESCRIBIENDO LA BIOGRAFÍA DE ALFONSO OSORIO¹

Adrián Magaldi
Universidad de Cantabria

Los recelos existentes hacia el género biográfico en España parecieron mitigarse a partir de la década de los 90, cuando llegaron a nuestro país las nuevas reflexiones alumbradas a la sombra de lo que vino a conocerse como un «giro biográfico». La crisis del estructuralismo, el énfasis posmoderno en la individualidad y la subjetividad, o la creciente influencia sobre la historia de la psicología y la antropología, resultaron factores fundamentales en una renovación del género que se hizo visible en las crecientes biografías publicadas sobre la historia contemporánea española. Fueron varias las aportaciones realizadas con estudios que trascendían las historias de vida para abordar también el sistema político, los partidos, la sociedad o las ideologías de una época². De este modo, se evidenciaba cómo el nuevo modelo de biografía no pretendía abandonar lo estructural para centrarse únicamente en lo individual, sino combinar ambos elementos, al situar al sujeto en su época para interpretarlo desde el contexto en que desarrolló su vida al tiempo que se le utilizaba como interlocutor para un estudio general.

¹ Este capítulo reflexiona sobre la elaboración de mi tesis doctoral, la biografía del político español Alfonso Osorio: Magaldi, Adrián, *Alfonso Osorio. Una biografía política (1923-2018)*. Tesis doctoral dirigida por María Jesús González, Santander, Universidad de Cantabria, 2021.

² González, María Jesús, «Biography in Spain: a Historical and Historiographic Perspective», en Renders, Hans y Veltman, David (eds.), *Different Lives: global perspectives on biography in public cultures and societies*. Leiden/Boston, Editorial Brill, 2020, pp. 69-85, esp. pp. 69-70.

Así se ha visualizado en las diversas biografías escritas sobre personalidades de la Restauración, la Segunda República o la dictadura franquista, publicaciones que han supuesto una clara renovación en la historiografía española. Sin embargo, ha existido una etapa de nuestra historia política reciente donde la relación entre historia y biografía se ha revelado más compleja: la Transición democrática. A pesar de su trascendencia en tanto que «matriz de nuestro tiempo presente», tal y como la definió Julio Aróstegui, y del claro peso de personajes esenciales, la producción de biografías sobre dicho período se ha encontrado con diversas dificultades³.

Varios de los inconvenientes planteados podrían considerarse de tipo metodológico, al confluir problemas de carácter documental y teórico. Respecto a las dificultades surgidas con las fuentes, debe tenerse en cuenta que la proximidad de los acontecimientos ha supuesto que, hasta fechas recientes, la documentación accesible fuera escasa. Todavía hoy, en muchos casos, las principales fuentes sobre las que construir los retratos biográficos de la época se limitan a los archivos personales abiertos o al testimonio de los propios personajes, con el reto de tener que avanzar por un terreno claramente subjetivado que despierta amplias suspicacias. Respecto a la problemática teórica, en las biografías de personalidades de la Transición confluyen los recelos generales de los que todavía no ha logrado desprenderse completamente el género, con una distorsión de la literatura biográfica sobre dicha época. Esa alteración se ha debido, principalmente, al sobredimensionamiento de las aportaciones procedentes del ámbito periodístico, con una concepción del género distinta a la mantenida por la comunidad historiográfica. Las biografías periodísticas habitualmente han empleado una metodología un tanto deficiente, con un escaso empleo de fuentes y una narración meramente descriptiva en la que se entremezcla lo biográfico con lo autobiográfico, convirtiéndose el autor en sujeto destacado de la narración y a sus propios recuerdos en una de las bases del relato. A este problema se suman las distorsiones creadas por la elevada presencia de autobiografías, con unos textos claramente subjetivados desde una perspectiva de justificación o reivindicación de la labor desempeñada⁴.

³ Aróstegui, Julio, «La Transición a la democracia, «matriz» de nuestro tiempo presente», en Quirosa-Cheyrrouze, Rafael (coord.), *Historia de la Transición en España. Los inicios del proceso democratizador*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, pp. 31-43, esp. p. 31.

⁴ Sobre los escritos autobiográficos de la Transición, véase: Magaldi, Adrián, «El caleidoscopio autobiográfico. Las diversas visiones de la Transición desde la memorialística política», en Dubosquet, Françoise y Valcárcel, Carmen (eds.), *Memoria(s) en transición: voces y miradas sobre la Transición española*. Madrid, Visor, 2018, pp. 205-220. Magal-

Debe tenerse en cuenta que, tal y como señaló Anna Caballé, biografía y autobiografía difieren en su forma de aproximarse al sujeto, puesto que «frente al acopio de material que debe llevar a cabo el biógrafo para dotar de objetividad y amplitud su trabajo, el autobiógrafo procede de modo inverso mediante la selección intencional de actuaciones»⁵. Todas estas cuestiones son ejemplo de las dificultades metodológicas existentes en torno a las biografías sobre la Transición, convirtiéndose en un reto para cualquier historiador interesado por adentrarse en la vida de sus protagonistas.

A estas cuestiones se han sumado otra serie de problemas de carácter interpretativo respecto al papel otorgado a los miembros de la clase política en los relatos sobre la época. En el ámbito mediático han predominado las interpretaciones de signo elitista centradas en el papel de los «grandes hombres» durante el proceso de reforma. Sin embargo, estas lecturas han contado con el problema de su politización al compás de la situación nacional, evolucionado desde un inicial relato mitificador que convirtió a tales protagonistas en modelos y referentes, hasta una visión crítica que transformó a dichos sujetos en responsables de un proceso lampedusiano respecto a la dictadura franquista⁶. Además, pese a incidir en la importancia de estos dirigentes, apenas se prestaba atención a su singularidad y, frecuentemente, quedaban difuminados en una identidad colectiva constituida en base a la pertenencia generacional. Esta imagen social sobre la época tuvo su efecto en el campo académico pues, ante la extensión de un relato de evidente componente elitista –tanto en su concepción enaltecedora como en su visión deslegitimadora–, la historiografía trató de reflejar la mayor complejidad del proceso y analizar a los otros agentes que intervinieron sobre el cambio político, como los movimientos sindicales, las organizaciones estudiantiles, las asociaciones vecinales o los medios de comunicación⁷. Frente a la difusión

di, Adrián, «A través de los recuerdos. Las diferentes visiones de la Transición desde la memorialística política», *Investigaciones históricas. Época moderna y contemporánea*, nº 38, 2018, pp. 479-506.

⁵ Caballé, Anna, «Biografía y autobiografía: convergencias y divergencias entre ambos generos» en Colin, David J. y Burdiel, Isabel (coords.), *El otro, el mismo: biografía y autobiografía en Europa (siglos XVII-XX)*. Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2005, pp. 49-62, esp. p. 53.

⁶ Lemus, Encarnación, «Made in Spain, de la autocomplacencia a la crisis» en Quirosa-Cheyrouze, Rafael (ed.): *Los partidos en la Transición. Las organizaciones políticas en la construcción de la democracia española*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2013, pp. 25-35.

⁷ Soto, Álvaro, «Ni modélica ni fracasada. La Transición a la democracia en España: 1975-1982», *Índice histórico español*, nº 125, pp. 117-156, esp. p. 125.

de un proceso transicional «desde arriba», la historiografía trató de reflejar las dimensiones de una transición «desde abajo», lo que para estudiosos como Omar Encarnación derivó en un cierto «mito de la sociedad civil», propiciado por un mundo académico que habría minusvalorado, o relegado en exceso, el papel desempeñado por los dirigentes políticos⁸. De este modo, el «sujeto protagonista» quedó desplazado de los estudios sobre la época, y fueron escasas las aportaciones que se realizaron a la sombra de ese «giro biográfico» que ya se estaba cultivando con éxito en otras etapas de nuestra historia contemporánea.

Estos problemas no han impedido ciertas aportaciones de relevancia, como las biografías de Paul Preston sobre Juan Carlos I y Santiago Carrillo, las escritas por Charles Powell sobre Juan Carlos I y Adolfo Suárez, o la publicada por Juan Francisco Fuentes también sobre Adolfo Suárez⁹. En sintonía con la nueva concepción del género, todos ellos analizaron la trayectoria vital de los personajes inserta en su contexto, lo que ha permitido que estas biografías no sean el mero relato de una vida, sino que también alcancen a interpretar la «significación histórica» del biografiado¹⁰. Analizar su trayectoria desde la época en la que desarrollaron su actividad vital, permitió reflejar lo que hubo de continuidad y de innovación en sus vidas, lo que recibieron y lo que aportaron respecto a los grandes problemas históricos de su tiempo. Ese intento por comprender la evolución y cambios del pensamiento y acción del sujeto desde su propio ambiente alcanzaba una especial consideración al tratarse de personajes cuya mayor relevancia pública se desarrolló en una coyuntura como la Transición, caracterizada por el propio cambio. Para Charles Powell, esta peculiaridad hacía que el personaje y su época se vincularan como factores explicativos interconectados de una manera singular respecto a otros períodos históricos. En su estudio sobre la figura del expresidente Suárez, el gran interrogante biográfico para Powell era explicar «la aparente disparidad entre su escasa preparación formal y la magnitud de los retos a los que hubo de enfrentarse»¹¹. La forma de dar respuesta a

⁸ Encarnación, Omar, *The myth of civil society: social capital and democratic consolidation in Spain and Brazil*. Nueva York, Palgrave Macmillan, 2003.

⁹ Sobre las biografías publicadas acerca de personajes de la Transición: Magaldi, Adrián, «Consideraciones sobre la biografía y la Transición democrática: un balance historiográfico», *Historia Actual Online*, n° 55, 2021, pp. 149-160.

¹⁰ Burdiel, Isabel, «Historia política y biografía: más allá de las fronteras», *Ayer*, n° 93, 2014, pp. 47-83, esp. p. 62.

¹¹ Powell, Charles, «Adolfo Suárez. El presidente que se hizo a sí mismo», en Powell, Charles y Bonnin, Pere, *Adolfo Suárez*. Barcelona, Ediciones B, 2004, p. 45.

dicho problema llegaba a través de las características del propio contexto transicional, puesto que

uno de los factores comunes a muchas transiciones es precisamente el insólito protagonismo que ofrecen a ciertos actores políticos individuales, generalmente heterodoxos, a la hora de maniobrar, negociar y decidir, posibilidades que no suelen darse en contextos más estables e institucionalizados. En circunstancias así, tan infrecuentes como decisivas en la vida de un país, la ausencia de ataduras, la audacia combinada con astucia, y sobre todo el ansia de triunfar, son a menudo las cualidades que distinguen a los verdaderos protagonistas de la Historia¹².

De esta forma, fue precisamente la coyuntura cambiante la que determinó la proyección del principal político que iba a marcar el rumbo de ese cambio. Desde esa reflexión, se nos revelaban las opciones que la nueva biografía ofrecía para repensar las concepciones sobre el hombre y su tiempo en un contexto como el de la Transición.

El valor del enfoque biográfico para arrojar nueva luz sobre el período se ha manifestado en el creciente número de publicaciones sobre personalidades de la época aparecidas en los últimos años, especialmente en el ámbito de los estudios de doctorado. Así destacan biografías como las escritas por Jaime Cosgaya sobre Antonio Fontán, Carlos González sobre Salvador Sánchez-Terán, Jorge Lafuente sobre Leopoldo Calvo-Sotelo, Ana Capilla sobre Javier Rupérez o Gema Pérez sobre José Pedro Pérez-Llorca¹³. En línea con esa creciente atención hacia los protagonistas de la época, surgió mi interés por adentrarme en la vida de un personaje que todavía no había recibido la atención suficiente: Alfonso Osorio. Este político santanderino se convirtió en una personalidad del ámbito reformista, vinculado a las altas esferas políticas, empresariales, administrativas e internacionales, especialmente bien relacionado con políticos europeos y norteamericanos. Hombre próximo a Juan Carlos I, muchos lo consideraban el «tapado del rey» para acceder a la

¹² *Ibidem*, p. 47.

¹³ Cosgaya, Jaime, *Antonio Fontán Pérez (1923-2010): una biografía política*. Tesis doctoral dirigida por Pablo Pérez, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2014. González, Carlos, *Salvador Sánchez-Terán, una biografía política (1934-1982)*. Tesis doctoral dirigida por Pablo Pérez, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2014. Lafuente, Jorge, *Leopoldo Calvo-Sotelo y Europa*. Tesis doctoral dirigida por Pablo Pérez, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2015. Capilla, Ana, *Una biografía parcial de Javier Rupérez: diseño de la política exterior de UCD*. Tesis doctoral dirigida por Florentino Portero y Rosa María Pardo, Madrid, UNED, 2016. Pérez, Gema, *La trayectoria política de José Pedro Pérez-Llorca*. Tesis doctoral dirigida por Pablo Pérez, Navarra, Universidad de Navarra, 2017.

Presidencia del Gobierno cuando se acercara el momento de dirigir el país hacia la democracia¹⁴. En el primer gobierno de la monarquía asumió el Ministerio de la Presidencia, pero su pronosticado acceso a la jefatura del ejecutivo no se cumplió, dejando dicha posición a un Adolfo Suárez del que Osorio se convirtió en su Vicepresidente político, aunque con tal grado de importancia que medios de la época hablaron de «un gobierno Osorio presidido por Suárez». Figura omnipresente durante todo el cambio político, sin embargo, siempre se mantuvo en una posición secundaria. Si era evidente que el inesperado éxito de Adolfo Suárez resultaba de interés para esbozar nuevos planteamientos sobre la Transición, también era indudable que la figura de Osorio aparecía rodeada de estimulantes interrogantes con los que aproximarse al período. No obstante, en la construcción de dicha biografía deberían afrontarse diferentes retos metodológicos e interpretativos. En base a las experiencias y problemas analíticos surgidos durante el estudio biográfico de Alfonso Osorio, a lo largo de las siguientes páginas pretenden plantearse unas breves notas analíticas sobre la forma en que se abordó la escritura de su vida. Serán unos meros apuntes sobre una biografía política «en transición» que, si bien pretende presentar una reflexión respecto a un caso concreto, también servirá para trascender lo estrictamente vinculado a la figura de Osorio y meditar respecto a las metodologías en los estudios de vida, el papel del sujeto en la historia, la naturaleza del género biográfico o las oportunidades ofrecidas por este tipo de enfoques.

1. EL GÉNERO BIOGRÁFICO Y LA NARRACIÓN DE UNA VIDA

El primer problema surgido al abordar la biografía de Alfonso Osorio derivaba de la propia concepción del género, pues si bien era evidente la existencia de ese «giro biográfico» desde la década de los 90, parecía como si «la transición» hacia su aceptación historiográfica no se hubiera completado. Aún había quien lo consideraba una forma menor de historia, algo que parecía convertirla en un «hijastro no amado de la profesión»¹⁵. Incluso, entre ciertos historiadores que recurrían a ella, se observaba una cierta banalización de la idea de biografía, pues como apuntó en su momento Albert Ghanime, «hay son muchos los que escriben biografía, pero, lamentablemente, demasiados pocos los que realmente creen en ella», siendo abundantes los casos en que

¹⁴ Borrás, Rafael, *Cuando tú ya estés muerto*. Barcelona, Edhasa, 2016, p. 305.

¹⁵ Nasaw, David, «Historians and Biography», *American Historical Review*, vol. 114, nº 2, 2009, pp. 573-578, esp. p. 573.

la biografía es concebida como un mero subproducto de su especialización¹⁶. A estas cuestiones se sumaban las críticas a la supuesta carencia de rigor académico por parte de un género que algunos consideraban más próximo a la literatura que a la historia. Catherine Parke lamentaba cómo dicho problema se visualizaba incluso en aspectos como los estantes de librerías y bibliotecas, donde habitualmente las biografías se encuentran situadas «más cerca de la ficción que de la literatura histórica y de los libros académicos sobre la materia»¹⁷. Aún eran amplias las suspicacias con que todavía eran contemplados los estudios biográficos desde amplios sectores del mundo académico, algo especialmente reseñable respecto a un período como la Transición, una época donde las biografías constituían un terreno poco abonado más allá de ciertas personalidades que, por la especial relevancia del cargo desempeñado, parecía «justificado» abordar. Exceptuando tales casos, las publicaciones similares al estudio en que pretendía embarcarme resultaban escasas.

A estas problemáticas intrínsecas al género biográfico, se sumaba la condición de tesis doctoral en que se enmarcaba mi acercamiento a la figura de Alfonso Osorio. Todavía hoy, las biografías siguen suponiendo un cierto «tabú» entre los estudios de doctorado, al cuestionarse no solo factores disciplinares, como el interés de una trayectoria individual o el valor de la biografía como herramienta de estudio, sino también las cualidades y condiciones del propio biógrafo para abordar dicha tarea¹⁸. En el aire sobrevolaban dudas como la capacidad de un joven investigador para adentrarse en la comprensión de toda una vida, al estimarse que este tipo de estudios quizá respondiera mejor al trabajo de un profesional de edad avanzada. Del mismo modo, se cuestionaba si un estudio biográfico permitiría demostrar suficientemente las habilidades investigadoras requeridas para optar al título de doctor, apareciendo en determinados sectores como un estudio puramente narrativo empobrecido por la supuesta ausencia de categorizaciones y conceptualizaciones metodológicas. El hecho de carecer de un marco teórico definido en el que apoyar la investigación, convirtiendo en el principal recurso metodológico la lectura de otros textos biográficos y ciertas

¹⁶ Ghanime, Albert, «Reflexiones y datos sobre la biografía histórica en España (personajes contemporáneos)», *Cercles: revista d'història cultural*, n° 10, 2007, pp. 114-144, esp. p. 116.

¹⁷ Parke, Catherine, *Biography: Writing Lives*. Nueva York, Routledge, 1996, p. XV.

¹⁸ Meister, Daniel, «The Biographical Turn and the Case for Historical Biography», *History Compass*, n° 16(2), 2018.

reflexiones de otros investigadores a partir de su experiencia, acrecentaba aún más dicha percepción negativa. No obstante, la crítica definitiva venía motivada por la acusación de una supuesta carencia de «tesis» conductora del estudio, al demandarse un modelo hipotético-deductivo en el desarrollo del trabajo, algo que teóricamente excluiría un enfoque empírico intrínseco a cualquier investigación biográfica.

Desde tales visiones, eran varios las recomendaciones que instaban a que mi estudio sobre la figura de Alfonso Osorio no se «limitara» a una biografía, sino que tratara de adoptar un enfoque más tradicional, empleando la vida de mi biografiado como una herramienta con la cual abordar problemas estructurales. Era una recomendación que enraizaba con lo que Giovanni Levi bautizó como «biografías modales», una tipología surgida en aquellos primeros momentos posteriores al dominio de la Escuela de Annales, cuando el género todavía recibía unas críticas de las que, según mi experiencia, parecía no haberse desprendido por completo¹⁹. Los defensores de dicho enfoque limitan la utilidad del género biográfico a su valor para ilustrar un contexto o un problema estructural concreto, por lo que las trayectorias vitales abordadas son reducidas a meras ejemplificaciones tomadas como modelos que «ilustran los comportamientos estadísticamente más frecuentes»²⁰. Como criticaba la historiadora Alice Kessler-Harris, desde dichas concepciones lo puramente biográfico parece situarse como «una iluminación de fondo», pues el interés por el sujeto tan solo residiría en su capacidad para generalizar las conclusiones alcanzadas, como si el individuo se tratara de una especie de modelo ideal weberiano²¹. Para las biografías modales parecía como si el sujeto no pudiera ser otra cosa que lo determinado por sus circunstancias, completamente preso de las mismas, quedando anulada, por tanto, su iniciativa individual. Frente a esta visión de la vida como prototipo, lo que realmente justificaba mi interés biográfico por Alfonso Osorio era precisamente lo contrario: su singularidad.

La idea del sujeto determinado por el contexto, reemplazable por otros copartícipes de su experiencia vital, desaparecía desde el primer interrogante que llevaba a interesarse por la figura de Osorio. ¿Por qué a pesar

¹⁹ Dosse, François, *La apuesta biográfica. Escribir una vida*. Valencia, PPV, 2007, pp. 214-215.

²⁰ Gómez-Navarro, José Luis, «En torno a la biografía histórica», *Historia y política: ideas, procesos y movimientos sociales*, n° 13, 2005, pp. 7-26, esp. pp. 18-19.

²¹ Kessler-Harris, Alice, «Why Biography?», *The American Historical Review*, vol. 114, n° 3, 2009, pp. 625-630, esp. p. 625.

de su proyección, contactos y formación quedó desplazado a ese constante segundo plano en contra de amplios pronósticos? Charles Powell había reflejado en su aproximación biográfica a Adolfo Suárez cómo «su escaso bagaje ideológico, su capacidad de adaptación [...] y su sentido de la oportunidad» resultaron claves en su proyección durante un contexto de cambio incierto como fue la Transición²². Todas ellas eran cualidades difícilmente aplicables a Osorio, revestido de una personalidad y trayectoria que, probablemente, lo ubicó en esa posición diferente. Sin embargo, pese a esa condición de número dos, Osorio se distinguió de otros personajes de segunda fila por su proximidad continuada e ininterrumpida a los centros de poder político y económico, convertido en el confidente clave de numerosas personalidades. Fueron muchas las figuras desplazadas del primer plano durante los años de la Transición. En contra de todas las previsiones, personajes como Manuel Fraga, José María de Areilza o Federico Silva se vieron apartados de los centros de poder. Evidentemente, el caso de Osorio era diferente. Su trayectoria vital y sus aportaciones no eran intercambiables con las de ningún otro personaje, y lo realmente interesante era acercarse a sus singularidades para así comprender su figura y sus influencias. Como ha indicado Anna Caballé, «cada personaje reclama su manera de acercarse a él»²³. Una biografía modal supondría negar las singularidades del biografiado y, por tanto, distorsionar su papel en la historia y la realidad sobre la que actuó.

El hecho de no asumir esa concepción del género, obligaba a adoptar una perspectiva de estudio que, sin embargo, también plantearía diversas dificultades analíticas durante el curso de mi trabajo. Toda biografía conlleva la necesidad de sumergirse en la historia de una vida y de su tiempo, una amplia labor que debía abarcar la trayectoria biográfica de Osorio desde su nacimiento en 1923 hasta su fallecimiento en 2018, teniendo en cuenta su evolución vital, las cambiantes circunstancias de la realidad que habitó y las diferentes problemáticas a las que hubo de enfrentarse. Esta era una ardua investigación limitada por unos estrictos plazos que no podían sobrepasarse dada la condición de tesis doctoral de la investigación. Esa situación llevaba a plantearse la posibilidad de renunciar a un estudio biográfico completo para abordar únicamente un tema o una cronología concreta. No se trataba tanto de orientarse hacia una biografía modal, sino

²² Powell, Charles, «Adolfo Suárez. El presidente...» *op. cit.*, p. 47.

²³ Caballé, Anna, «¿Cómo se escribe una biografía?», *Rúbrica contemporánea*, nº 1(2), 2012, pp. 39-45, esp. p. 45.

de las posibilidades que presentaba un modelo de «biografía parcial», algo que ya se había realizado en algún otro estudio sobre personajes de la época. Sin embargo, dicha opción ofrecía a partes iguales ventajas e inconvenientes.

La opción de adoptar una perspectiva temática se mostraba sugerente, pues eran varias las facetas que el personaje ofrecía. Su posición como político reformista procedente del régimen franquista, su defensa de un proyecto democristiano, sus convicciones europeístas o sus relaciones con diversos círculos internacionales eran, tan solo, algunas de las esferas más destacadas. Dicha posibilidad contaba, además, con precedentes en otras biografías de personalidades de la Transición. Anna Capillo había abordado la vida de Javier Rupérez a partir de su pensamiento y actuación respecto a la política exterior española, en lo que la propia autora tituló como una «biografía parcial»²⁴. También Jorge Lafuente, cuya biografía de Leopoldo Calvo-Sotelo supuso un recorrido por su vida a través de las convicciones europeístas del personaje, le pareció «necesario acotar un tema de estudio, pues el análisis completo de su vida política podría resultar inabarcable»²⁵. Se trataba, por tanto, de una posibilidad que contaba con precedentes con valiosas aportaciones a los estudios de la Transición. Sin embargo, dicha opción también suponía enfrentarse a otros riesgos de carácter metodológico.

En primer lugar, resultaba complejo aislar una identidad del personaje sin que otras de sus facetas entraran en juego. Era imposible entender la apuesta de Osorio por una reforma democrática sin adentrarse en su pensamiento cristiano, con la influencia de elementos como el referente democristiano o la transformación del pensamiento católico que supuso el Concilio Vaticano II. Del mismo modo, su evolución de un pensamiento socialcristiano a unos postulados democristianos era inherente a su apuesta por una democratización del país. Igualmente, en sus convicciones europeístas confluían las ideas reformistas –desde el propósito de superar el aislamiento español para homologar el país a las democracias vecinas–, y los ideales democristianos –pues la unidad europea había supuesto uno de los ejes básicos de dicha ideología después de la Segunda Guerra Mundial–. Idéntico problema surgía respecto a sus relaciones con políticos extranjeros, nutridas de su interés por conocer esa realidad democrática europea, algo que le permitió vincularse a diferentes círculos internacionales en los que el factor aglutinante fueron

²⁴ Capilla, Ana, *Una biografía parcial de Javier Rupérez...* op. cit., pp. 13-14.

²⁵ Lafuente, Jorge, *Leopoldo Calvo-Sotelo y Europa. Historia de una convicción política y económica*. Madrid, Sílex, p. 22.

las ideas cristianas. De esta forma, las diversas identidades del personaje aparecían interconectadas entre sí, y resultaba imposible explicarlas sin referirse a cada una de ellas.

En segundo lugar, la opción de asumir una línea temática suponía otro peligro ante la posibilidad de distorsionar la naturaleza real del personaje debido a la elección realizada. Tiempos atrás, el sociólogo francés Pierre Bourdieu señaló como uno de los mayores riesgos del género la llamada «ilusión biográfica», basada en el intento del biógrafo por buscar una coherencia en la trayectoria de su personaje, lo que podía derivar en un relato artificial con una vida dirigida a cumplir un fin previamente construido por el propio autor²⁶. De este modo, señalaba Bourdieu, la imagen del sujeto se distorsionaba al adaptarse a la supuesta coherencia construida por el biógrafo. En el caso de aislar una única faceta del personaje y trazar el relato de su vida en torno a dicha temática, aparecía la posibilidad de caer en una nueva ilusión biográfica. Al elegir una de las múltiples identidades del personaje como línea matriz de su experiencia vital, se corría el riesgo de convertir el resto de esferas de su vida en meros apéndices subordinados a ese elemento asumido como eje vertebrador del relato. En caso de trazar la trayectoria vital de Osorio a partir de una de sus identidades, como podía ser su faceta reformista, el resto de aspectos de su vida quedarían reducidos a simples elementos explicativos de otro rasgo situado en una mayor posición por meras necesidades metodológicas, con el consiguiente riesgo de distorsionar la auténtica naturaleza de su identidad. Si la «ilusión biográfica» de Bourdieu aparecía ante supuestas deficiencias interpretativas, era evidente que dicha desviación también podía venir motivada por la metodología empleada.

Así, pese a las posibilidades ofrecidas por un estudio vertebrado en torno a una temática concreta, también se corrían importantes riesgos respecto al objetivo biográfico. Ello llevaba a plantearse la segunda alternativa: una biografía parcial centrando el estudio en una coyuntura concreta de su vida. También en este caso existían ejemplos significativos, como la biografía de Gema Pérez sobre José Pedro Pérez-Llorca o la escrita por Carlos González sobre Salvador Sánchez-Terán. En ambos casos, el eje central de la biografía lo constituían sus años en los centros de poder, lo cual parecía una salida lógica al ser el eje central de su vida pública. No obstante, también existían situaciones en las que, paradójicamente, se optaba por la vía inversa, como haría Manuel Ruiz Romero en su biografía sobre Miguel Primo de Rivera,

²⁶ Bourdieu, Pierre, «La ilusión biográfica», *Acta Sociológica*, n° 56, 2011, pp. 121-126.

personalidad próxima al monarca y uno de los ponentes del proyecto de Ley para la Reforma Política²⁷. Estos episodios citados fueron convertidos en aspectos anecdóticos en la biografía escrita por Ruiz Romero, al considerar que se trataba de un terreno sobradamente conocido gracias al libro de memorias publicado por el propio personaje, por lo que decidió dirigir la obra a alumbrar otras etapas menos conocidas de su vida pública.

En el caso de Osorio, ninguna de las posibilidades coyunturales se me antojaba oportuna. Para centrarme en sus años como actor fundamental de la reforma política era necesario trazar el recorrido que lo llevó a situarse en dichas posiciones y también comprender la trascendencia que esa experiencia tuvo sobre sus actuaciones y proyectos posteriores. Si la renovación del género partía de ese interés por analizar la significación histórica del biografiado a partir de las herencias y aportaciones que su vida reflejaba, aislar al personaje sobre una «foto fija», sin detenerse en los escenarios previo y posterior, anulaba la capacidad para comprender el significado y los matices reales de esa etapa. Igualmente arriesgado era anular o reducir los años de la Transición por ser más conocidos cuando, en realidad, constituía el eje principal de su condición de hombre público. Osorio había escrito sus memorias, prácticamente limitadas a esos años del cambio político español. Su primer libro de memorias fue publicado en 1980 bajo el título *Trayectoria política de un ministro de la Corona*, centrado en sus etapas ministeriales desde la muerte de Franco en noviembre de 1975, hasta las primeras elecciones democráticas de junio de 1977²⁸. Su segundo libro, *De orilla a orilla*, fue publicado en el año 2000 como una versión revisada y actualizada de su primera obra, pero igualmente con los años de la Transición como eje del relato²⁹. Reducir la dimensión y significado de dicho período por la existencia de libros de memorias, no solo suponía desfigurar la historia de su vida, sino asumir como incuestionable un relato autobiográfico escrito desde unos intereses claramente distintos a los del biógrafo. En su biografía sobre Santiago Carrillo, Paul Preston evidenciaba el valor de plantear una contraposición entre la visión historiográfica del biógrafo y el juego y evolución de las autopercepciones mostradas por el propio personaje en sus escritos,

²⁷ Ruiz, Manuel, *Del franquismo a la reforma. Miguel Primo de Rivera y Urquijo. Una biografía política*. Cádiz, Tierra de Nadie, 2019.

²⁸ Osorio, Alfonso, *Trayectoria política de un ministro de la Corona*. Barcelona, Planeta, 1980.

²⁹ Osorio, Alfonso, *De orilla a orilla*. Barcelona, Plaza y Janés, 2000.

algo que permitía un mejor análisis de su auténtica identidad³⁰. Era obvio que cualquier parte que se anulara de la vida del biografiado supondría tomar una pequeña sección que impediría ver al personaje en su totalidad, con unas acciones y pensamientos siempre influidos e influyentes sobre otras etapas de su vida.

Pese a todos los inconvenientes, el interés por la figura de Alfonso Osorio dirigía la investigación hacia una biografía completa del personaje en sintonía con esa renovación del género. Solo así se alcanzarían las conclusiones y los nuevos enfoques que sobre el hombre y su tiempo ofrece un estudio biográfico. Una vez decidida la forma de aproximarse a su vida, era necesario acercarse a las fuentes que iban a permitir abordar su estudio.

2. FUENTES Y RECURSOS: EL BIÓGRAFO ANTE EL BIOGRAFIADO

François Dosse escribió que la tarea del biógrafo se asimilaba a un trabajo benedictino, al consagrar quien la escribía parte de su existencia a sumergirse en la vida de otro, una labor que concebía como auténtico sacerdocio. Para el historiador francés, «el biógrafo sabe que nunca habrá terminado, cualquiera que sea el número de fuentes que pueda exhumar»³¹. Tal era la dedicación que para mí suponía adentrarse en la trayectoria vital de Alfonso Osorio. Entre las fuentes disponibles abundaban los estudios publicados acerca de los contextos políticos sobre los cuales actuó: el franquismo, la Transición y la nueva democracia. Sin embargo, no existía ningún tipo de acercamiento biográfico previo, más allá de los relatos autobiográficos escritos por el propio personaje. Las auténticas fuentes que permitirían abordar la redacción de la biografía fueron su archivo personal (donado a la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas), las entrevistas al biografiado (quien desde el primer momento accedió a colaborar) y el testimonio de otras personalidades vinculadas a su persona (las cuales aceptaron contribuir tras la intermediación del propio Osorio). Pese al valor de estas fuentes, todas contaban con el problema de haber pasado, de un modo u otro, por el filtro del propio biografiado –su documentación, su voz o sus contactos–, con el consiguiente peligro de suponer un material subjetivado. Temía que este factor pudiera derivar en una distorsión, según la cual, mi relato acabara adoptando la perspectiva del propio Osorio, convirtiendo mi trabajo como biógrafo en

³⁰ Preston, Paul, *El zorro rojo. La vida de Santiago Carrillo*. Barcelona, Debate, 2013.

³¹ Dosse, François, *El arte de la biografía... op. cit.*, p. 13.

lo que María Jesús González comparó con el de un «muñeco ventrílocuo» cuya voz venía dirigida por el propio protagonista³². Si no quería un relato distorsionado que pudiera tornarse en una hagiografía, ni tampoco estaba dispuesto a convertirme en un biógrafo autorizado, eran varios los puntos sobre los que reflexionar respecto a las fuentes disponibles.

El archivo personal de Alfonso Osorio fue donado por este con el objetivo de que la documentación preservada contribuyera a un mejor conocimiento de nuestra historia reciente y, especialmente, de los años de la Transición democrática. El fondo cuenta con una vasta documentación cuyo valor trasciende al propio biografiado, y es que los archivos personales de nuestra historia reciente han adquirido un significativo valor dada las restricciones del material institucional³³. Entre la documentación disponible se encontraban recortes de prensa, discursos políticos, informes internos de su época en el Gobierno, las actas del consejo de ministros durante su etapa como Vicepresidente, dosieres de su actividad en varias fuerzas políticas de la derecha posfranquista, documentos de sus campañas electorales, los originales de sus memorias o numerosa correspondencia personal con diversas personalidades. También se hallaron algunas hojas de su diario personal, probablemente traspapeladas pues, según admitió Osorio, decidió quemarlo después de publicar sus memorias, dejando ese olor de fuentes primarias quemadas que la escritora Midge Gillies veía flotando sobre la historia de tantas biografías³⁴. Era indudable la dimensión documental de su archivo, pero, a su vez, también contaba con importantes dificultades³⁵.

En primer lugar, existían complicaciones derivadas de la mera gestión de un archivo cuya documentación, en el momento de su consulta, todavía se encontraba sin clasificar, algo que entorpecía la organización y administración de la información manejada. Sin embargo, dicha peculiaridad también otorgaba al fondo un atractivo especial, al tratarse de un material

³² González, María Jesús, «Raymond Carr: la biografía de un historiador», en Burdiel, Isabel y Foster, Roy (eds.), *La historia biográfica en Europa: nuevas perspectivas*. Zaragoza, Instituto Fernando el Católico, 2015, pp. 491-518, esp. p. 510.

³³ Un ejemplo en: Cagigas, Yolanda y Urrutia, Inés, «La importancia de los fondos personales como fuente para la historia reciente. El fondo personal de Joaquín Garrigues Walker», *Historia Actual Online*, n° 50, 2019, pp. 69-84.

³⁴ Gillies, Midge, *Writing Lives: Literary Biography*. Cambridge, Cambridge University Press, 2009, p. 10.

³⁵ Cagigas, Yolanda, «The Personal Archives of the Spanish Democratic Transition Presidents and Ministers (November 1975/October 1982)», *Allanti*, n° 24, 2014, pp. 149-162.

completamente inédito que aparecía ante mis ojos tal y como el propio biografiado lo había dispuesto. En segundo lugar, un problema evidente era el riesgo de caer en un cierto «síndrome de Diógenes», quedando atrapado por la magnitud de la documentación, lo que hacía peligrar que la investigación se desviara hacia una «biografía» sobre el archivo más que sobre el personaje. Era necesario mantenerse alerta para que el biografiado no acabara diluyéndose entre una documentación que, en determinados aspectos, transcendía lo estrictamente vinculado a su vida. En tercer y último lugar, debía tenerse en cuenta que la documentación que se iba a manejar era aquella que el propio Osorio había deseado que llegara a manos de los investigadores. Esto suponía que el material disponible no era completamente inocente. Osorio reconocía que había una parte de su archivo que no había donado, por lo que resultaba evidente que podían existir omisiones. No obstante, cuando lograban vislumbrarse tales silencios, estos podían llegar a ser más reveladores que la propia documentación o, incluso, generar unos interrogantes que apuntaran hacia direcciones no contempladas. Junto a estas cuestiones, la documentación disponible también reflejaba otras distorsiones más «involuntarias», intrínsecas a cualquier archivo personal. Comprender su actuación simplemente por la documentación que lo situaba en el lugar central del relato podía sobredimensionar su aportación. Pero, además, debía tenerse en cuenta que la conservación de esa documentación solo se había iniciado a partir del momento en que Osorio fue consciente de la trascendencia histórica de su vida. Así, era escasa la información previa a 1965, momento en que ocupó su primer puesto de relevancia como subsecretario del Ministerio de Comercio. Sin embargo, para entonces ya superaba los 40 años y contaba tras de sí con una larga actividad política «en segundos planos» que era preciso conocer para comprender el desarrollo y evolución de su trayectoria. Por significativo que fuera el valor de su archivo, resultaba imprescindible recurrir a otros fondos –institucionales o personales– para completar la imagen que se iba trazando a través de los papeles preservados por Osorio.

Si el archivo del biografiado estaba revestido de un indudable valor, la posibilidad de contar con su testimonio personal también resultaría clave, siempre teniendo en cuenta que se trata de una de las fuentes más ricas, pero, al mismo tiempo, más peligrosas para cualquier biógrafo. Osorio se mostró dispuesto a colaborar desde que el proyecto comenzara a finales de 2015, constituyendo un testimonio único a través del cual se trazó un recorrido por su vida y su época. Aunque la mayor parte de las entrevistas se realizaron al comienzo de la investigación, estas se mantuvieron hasta su

muerte en 2018 al compás de los nuevos interrogantes surgidos a través de otras fuentes, como el material consultado en su archivo. Su fallecimiento, que indudablemente entrelazaba lo profesional y lo personal (a raíz de la relación establecida con el biografiado), tuvo sus lógicos efectos sobre una biografía cuya redacción no se había finalizado. Desde el punto de vista profesional, no solo supuso la pérdida de un testimonio clave que dejó preguntas sin formular, sino que también me generaba interrogantes respecto a mi propia condición de investigador. Dudaba si el resultado final hubiera sido el mismo sabiendo que este sería valorado y sentenciado por el propio biografiado. Esto no quiere decir que dicha posibilidad hubiera podido suponer una pérdida de objetividad en el análisis, sino si ello afectó al grado de libertad asumido para adentrarme en el mundo interno del personaje o el modo en que lo abordé³⁶. Resulta inevitable preguntarse si, en caso de haber vivido Osorio, en determinados aspectos hubiera tratado de describir esa misma realidad de otra forma. En definitiva, ¿habría sido fiel a mí mismo?

El testimonio oral del biografiado resultó fundamental desde dos perspectivas. En primer lugar, desde un «valor documental», como fuente de datos para conocer de manera detallada el relato de su vida, con determinados episodios en los que sólo podría ser alumbrado, o al menos puesto sobre la pista, por el propio biografiado. Pese a la excepcional memoria que Osorio conservaba en el momento de las entrevistas, el problema de todo testimonio oral reside en lo que Oliver Sacks denominaba la apropiación involuntaria de los recuerdos, donde la experiencia personal acaba por entremezclarse con otras vivencias próximas³⁷. En este caso, la magnitud histórica de los hechos vividos hacía que la apropiación no se produjera tanto sobre recuerdos ajenos sino sobre la memoria colectiva de unos episodios elevados a la categoría de mitos fundacionales de la democracia española. Era inevitable que, como señalaba Mark Roseman, en tales casos se produjera una mezcla entre la memoria pública y la memoria privada, derivando en una falsificación no deliberada de la historia³⁸. Esto se visualizaba claramente en recuerdos relativos a episodios como la forma en que vivió, en tanto que diputado, la toma del Congreso durante el Golpe de Estado del 23-F, donde

³⁶ Manis, Jerome, «What Should Biographers Tell?: The Ethics of Telling Lives», *Biography*, vol. 17, n.º 4, 1994, pp. 386-395.

³⁷ Sacks, Oliver, «Speak, Memory», *The New York Review of Books*, 21 de febrero de 2013. Disponible en: <http://www.nybooks.com/articles/archives/2013/feb/21/speak-memory/>

³⁸ Roseman, Mark, «Contexts and Contradictions: Writing the Biography of a Holocaust Survivor», en Berghahn, Volker y Lässig, Simone (eds.), *Biography between. Structure and Agency*. United States, Berghahn Books, 2008, pp. 201-214.

todas las anécdotas famosas sobre aquel asalto se vinculaban, de un modo u otro, con su experiencia personal.

Junto a este interés documental, cabe señalar el «valor confesional» de su testimonio, vislumbrándose su personalidad a través de las reconstrucciones de la experiencia vivida o las emociones desde las que proyectaba tales recuerdos. Cabe indicar que Osorio se mostró más impermeable a la hora de adentrarse en ese *yo* íntimo, resultando bastante «opaco» en el intento por conocer tal esfera, algo que, indirectamente, acabó por revelar realidades sobre su autopercepción que, igualmente, ayudaban a comprender su trayectoria. Osorio reconstruía su vida al modo de aquellos viejos políticos decimonónicos de la Restauración, los cuales anulaban de su relato autobiográfico la esfera personal e íntima como símbolo del sacrificio que su dedicación pública habría supuesto. Esta forma de reconstruirse nos dibujaba un Osorio cuyas referencias constantes a ese viejo universo liberal-conservador resultaban más comprensibles y, a su vez, entraban en contradicción con esa política mediática de una democracia por la que, en cambio, había luchado desde sus posiciones reformistas. De esta manera, se planteaban nuevas reflexiones sobre su identidad a través de la lectura del mensaje oculto de su relato. Suponía una forma de adentrarse en el mundo interior del personaje, no tanto desde un cierto psicologismo banal, sino desde las nuevas aportaciones recibidas a través de la historia de las emociones³⁹.

A pesar de ese valor, era necesario tomar conciencia de los retos que podía suponer la realización de esas entrevistas. Lógicamente me enfrentaba al inevitable conflicto de todo biógrafo para ganarse la confianza de su entrevistado, pero con las complicaciones añadidas de tratarme de un joven investigador sin una carrera detrás que me avalara, lo que me hacía temer que pudiera acabar relegado a una posición subordinada como mero oyente de una conversación dirigida por mi entrevistado. Además, temía que mi juventud también pudiera jugar en mi contra por el hecho de proceder de una generación que, socialmente, había sido la principal difusora de un relato crítico respecto al proceso político del que Osorio formó parte⁴⁰. La formulación de las preguntas se convertía, por tanto, en el instrumento a través del cual legitimar mi posición y facilitar la relación entre ambos, tanto en el intento de mostrar un conocimiento real sobre su vida, como en la

³⁹ Burdiel, Isabel, «Historia política y biografía...» *op. cit.*, p. 71.

⁴⁰ Juliá, Santos, *Transición. Historia de una política española (1937-2017)*. Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2017, pp. 609-618.

búsqueda indirecta de ciertos «espacios emocionales comunes» que, en mi caso, era posible gracias al hecho de compartir una misma tierra natal, por lo que esos rincones del Santander de su infancia que yo conocía facilitaban el desarrollo de la relación.

Pese a esa importancia del testimonio oral, había que mostrarse cauto para calibrar el grado de proximidad o empatía creado con el biografiado. Un exceso de admiración conllevaría el peligro de perder la capacidad de un análisis crítico hacia el personaje, mientras que un abuso de la distancia podía suponer una frialdad que impidiera entender sus motivaciones y acciones, así como dificultar una comunicación fluida entre ambos⁴¹. Era necesario encontrar el punto intermedio desde el cual comprender críticamente al personaje, todo ello sin «caer en la trampa de confundirlo con uno mismo» en el intento por buscar las razones que guiaban su actuación y pensamiento⁴². En realidad, nuestra relación biógrafo-biografiado se desarrolló como un extraño pacto de confianzas y desconfianzas mutuas, como por otra parte es habitual excepto si uno estaba dispuesto a asumir una mirada hagiográfica hacia su personaje. Mientras él me transmitía un relato de su vida desde lo que consideraba su verdad, mi posición de biógrafo me obligaba a dudar de todo lo que dijera. Del mismo modo, mientras yo le pedía que respondiera a todas mis preguntas, él debía hacerlo sin saber el modo en el que yo iba a emplear esa información y la imagen que de él me estaba configurando. Eran indudables las dificultades y peligros del testimonio oral como fuente, razón por la que algunos historiadores incluso se han negado a entrevistar a su biografiado para evitar caer, de manera consciente o inconsciente, en esa posible trampa biográfica. Sin embargo, fueron mayores las aportaciones de una experiencia profesional y personal cuyo valor trascendía lo puramente académico.

Junto al testimonio de Osorio, también tuve ocasión de entrevistar, remitir cuestionarios o mantener conversaciones con otras figuras de la época, lo que ha incluido tanto a personalidades de la esfera pública como de su ámbito privado, contactos que mayoritariamente me fueron facilitados por el propio biografiado. Así destacan políticos como Marcelino Oreja, Rodolfo Martín Villa, Miguel Herrero de Miñón o Fernando Suárez; periodistas como Victoria Prego y Fernando Jáuregui, o familiares como su hija María Ángeles Osorio. Todos ellos aportaron su punto de vista acerca de la realidad política sobre la que actuó Alfonso Osorio, así como sobre su papel y su carácter.

⁴¹ Gómez-Navarro, José Luis, «En torno a la biografía histórica...» *op. cit.*, p. 22.

⁴² Dosse, François, *El arte de la biografía...* *op. cit.*, p. 60.

Testimonios que sumaban, a los problemas intrínsecos a las fuentes orales ya visualizados en el caso del propio biografiado, la circunstancia de saberse meros apéndices de la investigación por la cual estaban siendo entrevistados, lo que en muchos casos provocaba que se entremezclaran los relatos sobre la vida de mi personaje con el de sus propias vidas. Además, existía un problema intrínseco a toda investigación biográfica: la mayor predisposición a colaborar de las voces amigas, algo que se trató de contrapesar con la búsqueda de algunos testimonios críticos, de forma indirecta, a través de textos autobiográficos o de material hemerográfico.

Así, a través de un acercamiento crítico a las diferentes fuentes disponibles se conseguía la inmersión en la personalidad de Osorio, su mundo y su tiempo, desarrollando eso que el escritor norteamericano Mark Schorer denominó como una «relación simbiótica» pues, sólo así, podría alcanzarse a comprender las acciones y pensamientos de mi personaje para, a continuación, interpretar y analizar su dimensión histórica⁴³.

3. ANÁLISIS E INTERPRETACIONES: EL SIGNIFICADO DE UNA TRAYECTORIA VITAL

Cuando Santiago Delgado y Pilar Sánchez escribieron su biografía sobre Francisco Fernández Ordóñez –otro de los grandes personajes de la Transición–, se marcaron como objetivo dar forma a un relato que integrara «elementos personales, circunstanciales y estructurales, ocupándose de la vida, la acción política y el pensamiento»⁴⁴. Su propósito al biografiar a Fernández Ordóñez pasaba por «desvelar quién fue y cómo fue en realidad; qué escenarios y entornos históricos, familiares, intelectuales, y políticos dieron cobijo a su existencia; cómo logró alcanzar la relevancia pública; cuáles fueron las circunstancias que le impulsaron» a desempeñar tal papel histórico⁴⁵. Ese era también el objetivo a alcanzar con la biografía de Alfonso Osorio. Tras la consulta de las diversas fuentes mencionadas, comenzaba un análisis sobre el sujeto y su tiempo con el cual podían alcanzarse importantes conclusiones que trascendían la mera historia de vida.

⁴³ Gómez-Navarro, José Luis, «En torno a la biografía histórica...» *op. cit.*, p. 22.

⁴⁴ Delgado, Santiago y Sánchez, Pilar, *Francisco Fernández Ordóñez. Un político para la España necesaria, 1930-1992*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, p. 29.

⁴⁵ Ídem.

1. *La relectura de una coyuntura histórica*. El hecho de analizar la vida de un personaje histórico desde su contexto, obligaba a realizar un acercamiento al período que combinaba lo estructural con lo individual. En el caso de Osorio, al analizar esa relación se reflejaba cómo, pese a formar parte del Gobierno que puso en marcha la reforma política, el alcance de sus intenciones se fue ampliando ante la necesidad de adaptar sus discursos y proyectos a la creciente actuación de una oposición rupturista y de una mayor presión social. Esta situación permitía establecer una relectura de la Transición como proceso histórico en la que aunar las dos grandes líneas interpretativas existentes. Si los análisis estructuralistas trataban de reflejar una «transición desde abajo» conducida por la sociedad civil, los análisis elitistas habían incidido en una «transición desde arriba» definida por los dirigentes políticos⁴⁶. El acercamiento a dicha etapa a partir de las singularidades de uno de sus líderes políticos permitía establecer una nueva síntesis entre ambas concepciones, al reflejar cómo confluyeron la llegada al poder de una nueva clase política de convicciones reformistas, con la reformulación de sus principios ante una presión antifranquista que obligó a ampliar los límites de esa reforma para no perder el control político. De este modo, la necesidad de comprender una vida desde sus circunstancias permitió desarrollar nuevas concepciones sobre la naturaleza de aquella coyuntura histórica.

2. *El planteamiento de nuevas hipótesis e interrogantes*. Según afirmó la escritora británica Virginia Woolf en su breve ensayo «El arte de la biografía», la labor del biógrafo se asimilaba a la de ese canario del minero que debe avanzar por delante de los demás, «sondeando el ambiente, detectando falsedades, irrealidades, la presencia de convenciones obsoletas. Su sentido de la veracidad ha de estar vivo y siempre alerta»⁴⁷. El hecho de que la narración biográfica parta de un modelo empirista, sin una hipótesis específica de partida en torno a la cual vertebrar la investigación, permite que esta se vaya construyendo progresivamente en la dirección de los interrogantes surgidos a la luz de las fuentes. Esto conlleva que, al compás de la propia biografía, se vayan reformulando viejas teorías o planteando algunas nuevas no pensadas al inicio de la investigación. Así ocurrió en diferentes aspectos de este estudio al abordar material como su correspondencia personal. Por ejemplo, la biografía de Osorio permitió reformular

⁴⁶ González de Andrés, Enrique, «Los estudios sobre las transiciones políticas. Una mirada crítica», *Historia Actual Online*, nº 40, 2016, pp. 163-177.

⁴⁷ Woolf, Virginia, *El arte de la biografía*. Barcelona, Seix Barral, 2016, p. 14.

cuestiones como la naturaleza de las elecciones al tercio familiar durante el franquismo, a las cuales Osorio concurrió por Santander en 1967 y 1971. Estas consultas generalmente habían sido interpretadas como unas elecciones no competitivas con un resultado previamente determinado desde el poder, suponiendo un mero intento de simulación democrática. Sin embargo, lo que se observaba en las cartas conservadas por Osorio era la existencia de unos contactos con las élites locales en busca de su apoyo a cambio de determinados favores que él podía facilitar por sus contactos con los centros de poder nacional, lo que permitía pensar en la naturaleza clientelar de dichas elecciones. Además, esos personajes locales reaparecían en el archivo en diferentes momentos, trasladándose hasta la época democrática, lo que formulaba el interrogante de cómo tales redes clientelares habrían facilitado el traslado de dirigentes políticos desde el régimen franquista hasta las formaciones conservadoras de la nueva democracia. De este modo, el enfoque biográfico permitía conocer y plantear cuestiones que ni siquiera se hubieran formulado desde otras perspectivas.

3. *El valor de los estudios biográficos de personajes secundarios.* Un interrogante que constantemente sobrevuela a este tipo de investigaciones es el valor de biografar a un personaje de «segunda fila». Ya Lewis Namier revelaba en su prosopografía de parlamentarios británicos de finales del siglo XVIII, cómo un acercamiento a la vida de diputados ordinarios podía ser más revelador para adentrarse en el sentimiento de una época que cualquier otro tipo de aproximación⁴⁸. Algo similar podría decirse para el caso de Osorio y la Transición. Su estudio permitía revelar de forma nítida la relación de un miembro de la clase dirigente con su contexto, puesto que su identidad individual, con sus actuaciones y pensamientos, no quedaba completamente difuminada por la conciencia de la trascendencia histórica de su cargo. Así, en el caso de Osorio, los problemas derivados de la relación con su tiempo no se veían diluidos en el puesto asumido –como podía ocurrir en el acercamiento a un Suárez consciente de su condición de Presidente– o en la institución encarnada –como se refleja en un Juan Carlos I donde la historia de su vida se entremezcla con la de la propia Corona–. En casos como el de Suárez o el monarca, las responsabilidades y obligaciones de tan altas posiciones provocaban que la propia identidad se vinculara a la imagen pública obligados a mantener, siendo más complejo para cualquier biógrafo vislumbrar esa relación entre el hombre y su tiempo. Sin embargo,

⁴⁸ Namier, Lewis, *The structure of politics at the accession of George III*. London, Macmillan, 1957. (La obra original data de 1929).

un personaje de la élite política, pero situado en segundos planos, permitió adentrarse en ese mundo interno del poder. La posibilidad de establecer esa relación entre el individuo y su tiempo se manifestó de una forma más clara, emergiendo ese conjunto de certidumbres y angustias especialmente interesantes para una biografía como la de Osorio, un personaje cuya vida se enfrentaba a un incierto proceso de cambio político. La biografía de una figura secundaria como Osorio reveló esa actuación consciente de la necesidad del cambio y al mismo tiempo temerosa de una guerra civil constantemente recordada en los recuerdos de infancia de su generación. En definitiva, se trataba de un personaje que reflejaba de un modo nítido los sentimientos y emociones de los dirigentes de la época ante aquel salto al vacío.

4. *Las relaciones entre la personalidad y su contexto.* Desde la nueva concepción del género biográfico, comprender al sujeto desde las atmósferas en que desarrolló su vida resultaba fundamental. La reconstrucción de su vida desde su contexto suponía un elemento imprescindible «para superar la ilusión que pudiera representarnos el relato biográfico intrínseco». De esta forma, la época y el entorno social se configuraban como factores que intervienen sobre el personaje y que son necesarios comprender para, precisamente, poder explicar su singularidad, solo comprensible en comparación con «las reglas y normas generales en las que se desarrolla y toma su significación»⁴⁹. Era de este modo como podía comprenderse uno de los grandes interrogantes en la biografía de Osorio, con esa condición de eterno secundario constantemente próximo a los centros de poder. Solo vinculando su personalidad y el contexto como factores interconectados se alcanzaba una explicación. Pese a esa vocación reformista que lo proyectaría públicamente ante la llegada del cambio, su concepción decimonónica de la política, tal y como se apuntó previamente, dibujaba a un personaje atrapado entre sus pretensiones democratizadoras y sus temores a la política de masas que supondría el propio éxito del cambio. Atrapado entre esas seguridades e incertidumbres, Osorio se dedicó a constantes elucubraciones y proyectos, envuelto en confusos equilibrios jurídicos y semánticos, sobre la forma de armonizar sus miedos y esperanzas respecto al cambio. Durante los años previos a la Transición, Osorio debatió constantemente sobre el tema en diversos círculos políticos en busca de una reforma a su medida, lo que de algún modo le convirtió en un verso suelto incapaz de aglutinar un auténtico equipo que apoyara posibles liderazgos

⁴⁹ Agirreazkuenaga, Joseba y Urquijo, Miguel, «Desafíos de la biografía en la historia contemporánea», *Cercles: revista d'història cultural*, nº 10, 2007, pp. 57-81, esp. p. 68.

a los que, quizá por esos miedos, tampoco pareció interesado en acceder. Sin embargo, al llegar la reforma había configurado una personalidad que le posicionaba como el ayudante perfecto al que Suárez no dudó en recurrir. Osorio contaba con el bagaje doctrinal del que su Presidente carecía, por lo que se convirtió en la pata solvente de Suárez en lo jurídico y lo político. Esto le otorgó una especial relevancia, aunque un tanto instrumental, convertido en un teórico constante al que Suárez acudía, o desatendía, según sus propias carencias o necesidades. Así, relacionar la personalidad y el contexto ha permitido configurar una imagen sobre su persona en la que el hombre y su tiempo aparecen como factores históricos vinculados, y en el que el talante mismo del personaje ayuda a recoger el espíritu de la Transición, reflejando el *zeitgeist* de aquel proceso de cambio político.

5. *La significación histórica de una vida.* Las diferentes cuestiones mencionadas sobre el personaje y su época se trataban de las distintas lentes que se superponen para alcanzar el objetivo final de cualquier estudio de vida, como es adentrarse en el significado histórico de la experiencia vital del biografiado. Se trata, por tanto, de estimar la trascendencia histórica del personaje, el significado de su vida respecto al tiempo que vivió, las múltiples herencias y contribuciones que reflejan su vida, o qué recibió y aportó a la historia. Este se convertía en un elemento de especial interés para un caso como el de Osorio, al permitir un acercamiento a los cambios de la Transición desde las propias transiciones internas vividas por el personaje. A lo largo de todo el estudio, Osorio se perfilaba como una figura clave del ámbito reformista, con unas ideas construidas de manera lenta y progresiva en una serie de transiciones previas y paralelas a esa gran transición que supuso la reforma democrática de la que él sería, precisamente, un actor destacado. Su interés por el diseño del cambio y el bagaje intelectual acumulado respecto al problema, permitían percibir un Osorio que se posicionaba como una especie de cerebro gris de la Transición dadas sus habilidades como un perfecto gestor y estratega desde esa posición doctrinal que siempre había mantenido. Los diferentes análisis previos sobre el personaje y su contexto permitían alcanzar a entender la historia de quien fuera el válido necesario, convertido en un auténtico Pepito Grillo, que se mantuvo como la conciencia oculta de grandes figuras de la política española dispuestas a recurrir a quien, por sus características, nunca iba a suponer un rival a su liderazgo. En definitiva, la biografía de Alfonso Osorio reflejaba la historia de alguien que se movió por las zonas más discretas de la toma de decisiones dispuesto a actuar como un arquitecto y proyectista, inspirador más que constructor material, en el proceso democratizador español.

4. A MODO DE CONCLUSIÓN

Escribir una biografía política desde el campo de la historia sigue suponiendo un reto ante un género que no se ha desprovisto por completo de sus antiguos reparos, algo acrecentado en el caso del estudio de una figura como Alfonso Osorio. Su condición de tesis doctoral y la relativa ausencia de biografías sobre políticos de la Transición, hacían sobrevolar numerosas dudas o reparos hacia un trabajo que, sin embargo, ha demostrado un especial valor historiográfico. Han sido varios los análisis interpretativos rescatados a través de esa difícil tarea de convivir con el personaje y su mundo, con unas fuentes que incorporan la documentación inédita y los testimonios orales del biografiado y de otras personalidades próximas a él. Era indudable el interés de estudiar una figura como Osorio, quien supuso un actor, intérprete y espectador privilegiado del cambio político español.

El fenómeno y proceso de la reforma política no podía entenderse sin tener en cuenta la personalidad y toma de decisiones por parte de aquella clase política. Tomando como base la nueva biografía política surgida en la década de los 90, se tornaba imprescindible la tarea de imbuirse en la vida de un personaje como Alfonso Osorio para arrojar luz sobre nuestra historia reciente y así comprender la interacción del sujeto y su tiempo, la forma que se le plantearon sus suertes y desgracias, o sus actitudes, reacciones y pensamientos ante las oportunidades o baches en el camino que su época le brindó. Acercarse a la vida de un personaje como Alfonso Osorio desde esta perspectiva, permitía alcanzar valiosas aportaciones al conocimiento histórico, al esbozarse una relectura de dicha coyuntura histórica, plantearse nuevas hipótesis e interrogantes, rescatarse el valor de un personaje secundario, comprenderse las relaciones entre personalidad y contexto, o adentrarse en la significación histórica del biografiado.

Como refleja la travesía biográfica relatada en este texto, son amplias las oportunidades que sigue ofreciendo estudiar la vida de una figura rescatada de los «segundos planos» de la historia, como Alfonso Osorio. Se trata de adentrarse en una vida que ha revelado el interés histórico de un eterno número dos que transitó por las bambalinas de la Transición poniendo sus conocimientos al servicio del cambio desde dentro del engranaje político, administrativo y jurídico, el hombre que lleno de esperanzas y frustraciones, combinando colaboraciones esenciales con no pocos proyectos muertos, se movió elegantemente por la historia de la reforma política como el «perdedor» imprescindible de la transición hacia la democracia.

DESAHUCIADAS DE LA HISTORIA: CONSTANCIA DE LA MORA, ISABEL ÁLVAREZ DE TOLEDO Y MARÍA LUISA ELÍO

Soledad Fox Maura
Williams College (Massachusetts)

He publicado dos biografías de características más bien tradicionales, del estilo que en inglés se llama «from the cradle to the grave» (de la cuna a la tumba). Ambas cumplen una de las pautas establecidas por Hermione Lee, que dice que la biografía seria debe abarcar (dentro de las posibilidades) la vida completa de la persona. A todo esto, no hay que olvidar que Lee escribió unas reglas muy útiles para orientarse en el género biográfico, pero que la última quizás sea la mejor: «No hay reglas para la biografía».

La primera biografía que publiqué, en Inglaterra y en España, fue sobre Constanica de la Mora, y escribirla me ayudó a apreciar un tipo de escritura que no me habían enseñado a valorar antes. La primera sección de este capítulo la dedico a ella. La segunda biografía fue la de Jorge Semprún, publicada en España, Francia, y en los Estados Unidos. Desde entonces, y en gran parte gracias a mi asociación con el Oxford Center for Life-Writing¹, mi concepto de la biografía se ha ampliado y descolocado de una forma que me ha liberado. He tomado un descanso del formato de dedicar 5 o 6 años

¹ Las semillas de este ensayo vienen de una conferencia que di en el OCLW en mayo del 2020, «The Elusive Subject: Biographies of Exiles.» Quiero dar las gracias a Katherine Collins y Katherine Kennedy, co-directoras del centro, y a Hannie Lawlor por invitarme a compartir mi trabajo en varias ocasiones, y a aprender del suyo, en estos dos últimos años.

de mi vida a una sola persona (aunque no renuncio a volver a ese proceso en el futuro). De vez en cuando entrometo el «yo» en artículos científicos, y me niego a seguir unas pautas académicas creadas y seguidas hace décadas por instituciones y personas que no valoraban la biografía como un campo de estudio ni, en general, a las mujeres estudiosas ni literatas.

En los últimos años me he dedicado a trabajar entre bastidores como editora y prologuista de obras de mujeres, entre ellas María Luis Elío, y Luisa Isabel Álvarez de Toledo que, de alguna forma, como en el caso de Constanza, fueron ignoradas por la historia. Cuando digo «de alguna forma» no me refiero a que nadie haya oído sus nombres, ni el de sus obras, ni a que yo sea una heroína por sacar esas obras a la luz. En ciertos círculos se conocen, y Álvarez de Toledo no se ha salvado de salir repetidamente en la prensa rosa como la colorida «Duquesa Roja», título cruel y gracioso que rebosa resentimiento de todo tipo. Cuando digo que se ha ignorado a estas mujeres, personas que dejaron obra, legados y pistas múltiples precisamente para no ser olvidadas, me refiero a un olvido y una exclusión sistemática, cuyo efecto es que sus obras o no se han publicado o han dejado de editarse, no se enseñan en las universidades ni en los colegios y, en fin, no se consideran oficialmente importantes. El no editar es una forma de borrar, y por eso en vez de escribir biografías, me ha parecido más eficaz y atractivo dedicar un tiempo a devolver la voz a estos personajes que tanto me interesan y proponer que se reediten o publiquen sus obras. El trabajo es parecido al de ser biógrafa: hay que contactar a la familia, conseguir materiales y fotos, conectar con una editorial interesada, y escribir una mini-biografía que presente las obras. La meta es parecida también: que la persona en cuestión y su obra puedan renacer y ser descubiertas por nuevas generaciones. Las biografías constituyen narrativas claves para entender la desaparición o el ninguneo de estas autoras. Sus puntos de vista y sus experiencias son individualistas. No encajan cómodamente con los sectarismos, ni los equipos o banderas que a veces se usan para agrupar y ordenar a las figuras históricas.

La relevancia de estas mujeres se ha mantenido lejos del centro de los cánones del exilio republicano español y, en el caso de Álvarez de Toledo, del antifranquismo de los años sesenta. No son las únicas personas excepcionales y marginalizadas de la historia española del siglo xx, pero al explorar la vida de cada una podemos entender los mecanismos sociales e intelectuales que han llevado a su exclusión. A través de la investigación biográfica y la reedición de sus textos, que tanto merecen ser recuperados y leídos, se las puede reincorporar en el discurso actual. En este capítulo

propongo que la biografía como género es una especie de salvavidas para tres escritoras que han permanecido medio invisibles, pese a las fascinantes vidas y obras que nos dejaron como legado y herencia. Las vidas vividas en los márgenes de la sociedad dominante, en este caso el franquismo, son difíciles de recoger y reconstruir. Las tres mujeres que protagonizan este capítulo eran españolas, pero cada una vivió en el exilio, y si las buscamos en la historia oficial de la literatura y la historia españolas no las encontramos. Su ausencia representa una laguna en un discurso heredado que, aunque renovado, ampliado, y mejorado, a menudo, sigue cegado por una imaginación pública limitada, y por un sistema educativo y una identidad nacional aun reacia a integrar a españoles que de verdad vivieron a contracorriente, a menudo fuera de España. La mujer, tradicionalmente, no se ha concebido fuera del hogar, y por eso la mujer exiliada no deja de ser una minoría que no copa la atención de los modelos dominantes de la producción de conocimiento. La biografía permite combinar las disciplinas y romper los moldes reductivos y anticuados para examinar las experiencias vividas y personales, y relacionarlas con los cambios sociales. Es un género que se presta a corregir dos formas de injusticia epistémica que identifica Miranda Fricker, la testimonial y la hermenéutica:

La injusticia testimonial se produce cuando los prejuicios llevan a un oyente a otorgar a las palabras de un hablante un grado de credibilidad disminuido; la injusticia hermenéutica se produce en una fase anterior, cuando una brecha en los recursos de interpretación colectivo sitúa a alguien en una desventaja injusta en lo relativo a la comprensión de sus experiencias sociales².

Hay que destacar que las obras de Constanza de la Mora, María Luisa Elío e Isabel Álvarez de Toledo son altamente autobiográficas, pues fueron testigos de episodios dramáticos y traumáticos en la historia. Por otra parte, las tres hablan no solo de su propia experiencia sino de la generación que les rodeaba, y de personas que tenían, en muchos casos, menos voz que ellas. Gracias a sus escritos, llenamos vacíos históricos no solo de estas escritoras en particular, sino que recobramos una textura de la experiencia vivida por sus familias, políticos, otros exiliados y, en el caso de Álvarez de Toledo, tanto de mujeres prisioneras en las cárceles de Madrid como de pescadores de Almería.

² Fricker, Miranda, *Injusticia epistémica*. Barcelona, Herder, 2017.

1. CONSTANCIA DE LA MORA

En 2021 la editorial inglesa The Clapton Press publicó *In Place of Splendour: The Autobiography of a Spanish Woman*, de Constanca de la Mora, que tristemente no se había reeditado desde 1944. Setenta y siete años de silencio.

Descubrí este libro cuando era niña y me parecía algo fascinante. Mi madre, que era prima segunda de Constanca de la Mora, tenía una primera edición. Aunque era todavía demasiado pequeña para leerlo, sabía que era un libro antiguo y especial. Había hojeado las primeras páginas algunas veces y casi me avergonzaba el tono tan personal de las descripciones de la autora sobre su propia infancia en Madrid. Eso es todo a lo que llegué, así que no sabía que se trataba de un libro sobre la Guerra Civil Española. Me resultaba difícil imaginar que teníamos una pariente que había escrito una autobiografía en inglés, publicada en Estados Unidos. Me cuesta decir esto ahora, pero era especialmente difícil de creer que una mujer de mi familia hubiera escrito un libro. Nuestro entorno era lo suficientemente cosmopolita para que las mujeres tuvieran y leyeran libros en castellano y en otros idiomas, pero escribirlos era, sencillamente, inimaginable. Nadie más en mi familia había mencionado nunca el libro de Constanca. Durante años simplemente pensé que era una «escritora famosa» que vivió en una esfera de la fama que en ningún punto se cruzaba con la vida de mi familia más inmediata. Mi madre se refería al libro como «el libro de Connie». Yo quedé intrigada ¿Quién era Connie, dónde estaba y por qué había escrito un libro personal en inglés? ¿Qué significaba *Doble esplendor*? El título era obstinadamente enigmático para mí. Se había sembrado la semilla de la curiosidad.

En 2001, empecé a impartir un curso sobre la Guerra Civil Española. Me interesaron especialmente las narrativas republicanas acerca del conflicto. ¿Cómo sobrevivieron los republicanos a la Guerra y cómo consiguieron abandonar España? ¿Dónde tuvieron que reubicarse y cómo se adaptaron a sus nuevas –a menudo permanentes– vidas en Francia, Rusia, México, Estados Unidos? ¿Cómo se ganaron la vida en un país extranjero y, en muchos casos, en una nueva lengua?

De alguna manera, fue gracias a indagar en los hilos dispares de estas complicadas vidas que la Guerra Civil española y sus consecuencias comenzaron a tener sentido para mí. A través de lo específico y de lo personal, conseguí finalmente empezar a reconstruir aspectos de una guerra de tres

años, internacional y sumamente compleja. Fui centrándome en las experiencias de las mujeres durante la guerra y la posguerra y, en esta época, *Doble esplendor* captó de nuevo mi atención.

Releí las primeras páginas, que todavía resonaban desde mis lecturas de niña. Ya como adulta, obviamente, tuve una comprensión mucho más profunda del contexto del libro. Me sorprendió la belleza de su estructura, su hilo narrativo y su cándida e íntima voz al tratar su infancia, su primer matrimonio fallido, su divorcio socialmente condenado, el apasionado amor por un piloto famoso con el que se casó en segundas nupcias y su papel excepcionalmente importante durante la Guerra. Sin embargo, a pesar de la voz clara que contaba su historia, Constancia seguía siendo misteriosa en muchos sentidos. No había logrado ver una foto suya, ni sabía dónde ni cómo murió. ¿Por qué escribió sus memorias con sólo treinta y dos años? ¿Qué había sido de su vida? ¿Por qué se había desvanecido? ¿Por qué no había escrito más libros? ¿Cómo y por qué se propuso Constancia de la Mora publicar la historia de su vida en inglés?

En busca de estas preguntas fundamentales, pasé los siguientes años de mi vida investigando sobre la vida de Constancia entre archivos personales, estatales y de las universidades públicas en España, Estados Unidos, México, Holanda y Rusia. El resultado de esta investigación fue mi biografía³.

Constancia nació en 1906 en el seno de una familia muy influyente en Madrid. Era nieta del político Antonio Maura, cuyo papel en el gobierno comenzó en 1892 y que fue primer ministro durante cinco mandatos, hasta finalizar su carrera en 1922. Creció en la buena sociedad de Madrid, donde fue educada en colegios católicos de élite (para chicas, claro), aprendió a jugar al tenis, montar a caballo, asistir a bailes de debutantes e ir de compras en París. Se movía entre la casa familiar de Madrid, una gran finca de caza en Segovia, «La Mata», y los lugares de veraneo de moda en San Sebastián. Constancia tenía una imponente figura alta, con grandes ojos oscuros, una sonrisa luminosa y una confianza que nacía del poder de su entorno y de su propia personalidad apasionada. Tenía dos hermanas pequeñas. Marichu era una belleza de pelo rubio, políticamente de derechas y conocida por su estilo. Regina, que era la más cercana a Constancia, era cálida, inteligente, ingeniosa y conservadora también.

³ Fox Maura, Soledad, *Constancia de la Mora in War and Exile: International Voice for the Spanish Republic*. Brighton, Sussex Academic Press, 2006.

Según sus memorias, el tiempo más feliz de la juventud de Constanica fue el periodo que pasó estudiando en Cambridge, Inglaterra. Amaba la lengua y cultura inglesas y, por encima de todo, apreciaba la independencia que vio en las vidas de las mujeres jóvenes a su alrededor, algo que quería imitar. Escribió repetidamente a sus padres pidiéndoles permiso para quedarse y encontrar un trabajo. Hay que tener en cuenta que estudió en un colegio católico de Cambridge y que estaba, sin duda, bajo la vigilancia de las monjas que dirigían la institución, pero a pesar de las condiciones de protección, sus padres se negaron de inmediato. Volvió a Madrid para retomar su verdadero deber: encontrar un marido apropiado.

En los años veinte, el matrimonio era el primer gran paso público para mujeres jóvenes como Constanica y, en 1926, cuando se casó con Manuel Bolín Bidewell, ya había sobrepasado un poco la edad convencional de veinte años para contraer matrimonio. Un detalle llamativo sobre los primeros días de matrimonio en las memorias de Constanica es que, durante su luna de miel en Italia, se compró un bulldog francés porque se sentía muy sola. Lejos de crear un lugar duradero para ella en la sociedad, el matrimonio parecía ahogar a Constanica y su anhelo por tener una vida que reflejara sus deseos aún por cumplir. Bolín se dedicó a jugar con el dinero de su mujer. Su suegra temía que Constanica no fuera lo suficientemente recatada, y a Constanica no le gustaba el ambiente conservador y provinciano del que provenía la familia. A pesar de su recelo, dio a luz a su hija Luli en Málaga en 1927. La inquietud de Constanica no era esnobismo, sino una intuición muy astuta sobre los valores y *moeurs* de su familia política. Mientras su familia había estado en el ámbito político durante décadas, la de su marido estaba ansiosa por entrar en los terrenos del poder y hacerlo a cualquier precio. De hecho, años más tarde, en 1936, el hermano de Bolín, Luis Antonio, tendría un papel clave en el destino de España. Consiguió, en Croydon, el Dragon Rapide de Havilland que el general Francisco Franco usaría para volar desde las Islas Canarias hasta el Marruecos español y poner en marcha el levantamiento que daría lugar a la Guerra Civil Española.

La joven pareja se distanció y, en 1931, ya estaban legalmente separados. Constanica hizo algo revolucionario para una joven esposa y madre madrileña: se mudó con Luli a una casa propia y cumplió su sueño, deseado desde sus días en Cambridge, de encontrar un trabajo. Su familia y amigos de la buena sociedad no estaban tan asombrados y horrorizados como uno se podría esperar. Aunque era la obligación de una mujer católica quedarse al lado de su marido, Manuel Bolín se había comportado tan mal con Constanica y su generoso padre, que todos parecieron aliviados de librarse de él.

Empezó a saborear su libertad y a hacer nuevos amigos, y este emocionante periodo de su vida coincidió con el comienzo de una nueva era republicana en la política española. El rey Alfonso XIII fue desterrado y forzado al exilio. Estos cambios provocaron un profundo resentimiento político en la derecha, pero la democracia supuso un soplo de aire fresco muy necesario para la vida social y cultural del país, mientras duró. Ella y Luli se mudaron al apartamento que había alquilado a Jay Allen, corresponsal en Madrid del *Chicago Tribune*, quien generosamente les cedió el contrato de alquiler. Allen fue su primer amigo americano y aprendería muchas cosas de él. Era un periodista político y amplió la percepción de Constancia de América, de la democracia y de España. Constancia también se volvió muy cercana a la cosmopolita Zenobia Camprubí en ese tiempo. Zenobia suponía un cambio de aires muy bienvenido con respecto a las mujeres que había conocido en su juventud. Era medio puertorriqueña y se había formado en la Universidad de Columbia. Venía de una familia de periodistas de Puerto Rico y su hermano era el propietario del principal periódico en español de Nueva York, *La Prensa*. Estaba casada con el poeta Juan Ramón Jiménez y tenía su propia tienda, «Arte Popular», donde solo vendía productos tradicionales de artesanía que encontraba por toda España. Allen y Camprubí tendrían una influencia decisiva y duradera en el futuro de Constancia.

Por último (y, seguramente, lo más importante) es que durante esta etapa de recién hallada libertad fue cuando Constancia conoció al amor de su vida: Ignacio Hidalgo de Cisneros. Ignacio era un apuesto piloto para quien volar y los ideales del nuevo gobierno de la República eran sus mayores pasiones. También lo eran las mujeres. Su hermana Regina, quien presentó a la pareja, advirtió a Constancia de que no se enamorara de él porque dejaba tras de sí una estela de corazones rotos a su paso. Pero la suerte estaba echada y Constancia e Ignacio se volvieron inseparables. Ella obtuvo uno de los primeros divorcios de la historia de España para poder casarse con Ignacio en una ceremonia civil a la que asistieron únicamente sus amigos y miembros de alto rango del gobierno republicano. Ignacio se convirtió en un entusiasta –y veterano– miembro del Partido Comunista en esos años, aunque Constancia no menciona el comunismo en sus memorias. Solo podemos intuir la rapidez con la que se expuso ante su compromiso político y hasta qué punto se convirtió en su compañera de viaje. Sabemos por las memorias de Ignacio, *Cambio de Rumbo*, que una de las primeras salidas que hicieron juntos fue ir al cine a ver *El acorazado Potemkin*.

Con Ignacio a su lado, la educación política de Constancia comenzó en serio. Entre su propio entorno, el círculo de Ignacio y las nuevas experiencias

que vivieron juntos, para cuando estalló la Guerra Civil española, Constanica tenía una visión global y firmes convicciones políticas.

En su transformación fue fundamental el nombramiento de Ignacio como agregado aéreo español en Roma y Berlín. Si la pareja ya estaba comprometida con la República Española e involucrada en buena medida con el Partido Comunista, Italia y Alemania les mostrarían un atisbo de las siniestras fuerzas que aguardaban a su propio país: el fascismo y los traidores españoles pro-monarquía que hablaban con desparpajo contra la República (su propio gobierno) en las embajadas españolas en los países con gobiernos fascistas. Ignacio se dio cuenta de que no había sido informado de lo que debía hacer en sus funciones diplomáticas. Enseguida descubrió que, la mayoría de los diplomáticos españoles en el extranjero y sus familias, deseaban ver el fin de la República. La democracia española les había hecho sentir desplazados, no querían trabajar en nombre de los políticos burgueses y echaban de menos servir a la familia real. Los partidarios del exiliado rey Alfonso XIII conspiraban con los italianos para lanzar un golpe de estado apoyado por Mussolini para derrocar la República. Las embajadas españolas eran avisperos y, si alguno pensase que Ignacio, uno de los mejores pilotos de su tiempo, de familia conservadora y patricia, desempeñaría un papel para socavar el gobierno progresista y democráticamente elegido de España, se hubiera llevado una gran decepción. Además de estos siniestros complots, la pareja de recién casados sintió que los gobiernos fascistas creaban atmósferas amenazantes e incómodas que simplemente deseaban dejar atrás.

Pasaron su primera noche en Alemania en Friedrichshafen. En el restaurante del hotel, encontraron una docena de oficiales militares nazis con sus uniformes marrones, botas altas y brazaletes rojos en el brazo con esvásticas. Les molestó la presencia de la pareja de españoles y hablaron de ellos en voz alta antes de ir a la recepción a hacer algunas averiguaciones.

Tan pronto como Ignacio y Constanica llegaron a Berlín a principios de 1935, sus peores temores se confirmaron. Los primeros nazis que encontró Ignacio dieron por hecho que era republicano solo de palabra y compartieron sus planes con él. Solicitaron aeródromos en Marruecos y en el Sahara español, permiso para construir bases para sus zepelines en España y en las Islas Canarias, y para crear vastas redes de radio en todo el país. A cambio, modernizarían por completo las fuerzas aéreas españolas, preparando a España para un golpe de estado. Ignacio avisó al gobierno republicano, pero le dijeron que no se preocupara. Desafortunadamente, Constanica e Ignacio habían visto, de cerca, lo que le esperaba a España.

En septiembre de 1935 se mudaron de nuevo a un *Madrid* agitado por una gran tensión política. El fervor de Constancia por la República supuso un obstáculo en sus relaciones familiares. Su padre trató de cederles a ella y a sus hermanos parte de sus tierras para eludir las leyes de la reforma agraria de la República y ella se negó rotundamente a aceptarlo. La ruptura con su familia, aunque esta había aceptado al encantador Ignacio con los brazos abiertos, se estaba convirtiendo rápidamente en algo profundo y definitivo. Su padre era propietario de una empresa de electricidad vinculada a la Alemania nazi y ella sospechaba que apoyaba el complot contra la República. Su querida amiga Zenobia, que en días pasados había sido mucho más cosmopolita y progresista que Constancia, se había vuelto políticamente neutral y rápidamente perdieron el contacto, y para siempre. Jay Allen fue uno de los pocos amigos que continuaron luchando por la democracia española incluso después del fin de la Guerra.

Constancia tenía treinta años cuando estalló la Guerra Civil Española el 17 y 18 de julio de 1936. Como se sabe, la guerra en España trajo consigo, paradójicamente, oportunidades sin precedentes para que las mujeres desempeñaran papeles activos en lo que tradicionalmente habían sido esferas exclusivamente masculinas. Constancia inmediatamente comenzó a trabajar. Comenzó ayudando a niños que habían quedado huérfanos o separados de sus padres. Irónicamente, y esto lo sabía por sus pasados días en la alta sociedad, este era el tipo de trabajo que muchas de las mujeres de la clase alta solían desempeñar, con sus apariciones de rigor en los orfanatos para mostrar su lado caritativo. Tan pronto como estalló la guerra, se lanzó a ayudar a los españoles republicanos. Pero el gobierno no tardó en darse cuenta de que sería mucho más valiosa en un papel más público y, de hecho, pronto se ganó el título no oficial de «Jefa de Relaciones Públicas» del Ministerio de Asuntos Exteriores. Después de todo, era la nieta de Antonio Maura, y la mujer de Ignacio, que se convirtió en el Jefe de la Aviación Republicana durante la guerra. Igual de importantes eran su lealtad y el hecho de que hablara inglés con fluidez. Ella e Ignacio estaban a menudo separados y la salud de este empeoró drásticamente durante la guerra. También fue separada de su hija Luli. Cuando los rusos se ofrecieron a acoger a los niños republicanos españoles para protegerlos durante la guerra, Luli fue una de las primeras en marcharse. Ella e Ignacio, que tenía una maravillosa relación con Luli, de nueve años, decidieron que era la mejor solución. Por su parte, Constancia se volcó en su trabajo.

Aunque Ignacio y Constancia habían previsto lo que estaba por venir, su esperanza residía en que el gobierno fuera defendido por otras democracias

cuando el fascismo amenazara con tomar España. Cuando 27 países, encabezados por Francia e Inglaterra, firmaron en agosto de 1936 un acta de no intervención, que suponía efectivamente un embargo de la venta de armas a España, la República quedó devastada. Estados Unidos no firmó pero mantuvo una política aislacionista. En sus memorias, Constanica vuelve una y otra vez al hecho de que Gran Bretaña y Estados Unidos, que ella esperaba que fueran gobiernos amigos y democráticos, tacharon rápidamente a la República Española de «roja» y, con esta justificación, la abandonaron en manos de Franco y sus militares rebeldes apoyados por Mussolini y Hitler. Durante el tiempo que fue Jefa de la Oficina de Prensa Extranjera de la República, trabajó con incontables escritores extranjeros, entre ellos, Ernest Hemingway, André Malraux, y fotógrafos como Robert Capa y su compañera Gerda Taro. Su objetivo desde esa posición, con bombas cayendo a su alrededor, consistía en asegurarse de que la prensa internacional comunicaba cómo la democracia española había sido tratada injustamente y cómo se estaban defendiendo, de una manera excepcional, solos y con la única ayuda de las Brigadas Internacionales, en la lucha contra el fascismo. Su mensaje urgente se podía resumir así: levantad el embargo a España.

Cuando el primer ministro Juan Negrín envió a Constanica a Estados Unidos en enero de 1939, formaba parte de una campaña desesperada para apelar a la Casa Blanca a que levantara finalmente el embargo de armas. Se embarcó a Nueva York y llegó primero a la bonita casa de Jay Allen en Washington Square. El plan era ampliar el papel de Constanica como imagen de la República en el mundo angloparlante. Daba charlas, asistía a mítines contra el embargo, hacía vida social y procuraba acercarse a la Casa Blanca. Gracias a Martha Gellhorn (corresponsal de guerra y futura esposa de Ernest Hemingway), Constanica fue recibida por Eleanor Roosevelt, con la que había mantenido una extensa correspondencia sobre la Guerra en España. La primera dama se mostró incondicionalmente del lado de Constanica.

Doble Esplendor, las memorias en cuestión, formaron parte de la campaña publicitaria. Creo que la idea del libro fue cosa de Jay Allen, quien trajo a Ruth McKenny, una autora de bestsellers de izquierdas, para dar al libro su hermosa estructura y lenguaje. El libro narra la vida de Constanica y ella prestó la historia de su vida a la causa de la República Española para que el mundo pudiera aprender, del relato en primera persona de una mujer –esposa y madre– lo injusta que había sido la guerra en España. Constanica era el modelo ideal de mujer republicana porque había nacido en la riqueza y el privilegio, pero escogió luchar por la democracia y la libertad. Se suprimió

toda la presencia de influencias comunistas. Y, sin embargo, se mostraba abierta a enviar a su hija a Rusia y alababa la generosidad rusa con la República Española. Su historia tenía todos los elementos de una gran narrativa y, el libro, publicado en diciembre de 1939 por una importante editorial, Harper & Row, estuvo en la lista de libros de Navidad del *The New York Times*. Constancia tenía a Estados Unidos en el bolsillo. Fue recibida como una celebridad, un faro de los ideales democráticos y una hermosa señorita española. Este apasionado relato personal y político constituyó un *bestseller* del *The New York Times* que se tradujo a muchos idiomas, como el italiano, el ruso y el español. El hecho de que el libro se escribiera directamente en inglés fue un extra para la autora y la historia.

Aunque *Doble Esplendor* vio la luz ocho meses después del final de la Guerra Civil Española y tres meses después del comienzo de la Segunda Guerra Mundial, se concibió antes de que terminara la guerra en España, en el calor del momento, y el borrador final se entregó en el verano de 1939. La publicación del libro llegó demasiado tarde para afectar el rumbo de la guerra, pero su éxito demostró que mucha gente simpatizaba con la República Española, a pesar de los embargos y la política aislacionista de sus gobiernos. La Segunda Guerra Mundial estalló cinco meses después de que Franco declarara su victoria en España, y los lectores de las memorias de Constancia descubrían hasta qué punto estaban ligados los dos conflictos, y las consecuencias de la no-intervención del gobierno norteamericano en España.

Las memorias y la propia Constancia fueron rápidamente readaptados para ser utilizados en el apoyo a los cerca de medio millón de refugiados republicanos españoles varados en condiciones lamentables, principalmente en Francia. La ocupación alemana de Francia solo empeoró dramáticamente el destino de estos exiliados y varios grupos alrededor del mundo se reunieron para llamar la atención sobre su situación y enviarles suministros básicos. La Segunda Guerra Mundial eclipsó rápidamente el destino de estos españoles desubicados y, la Guerra Fría y la interminable dictadura de Franco y su complicidad con los aliados occidentales, hicieron que el tema cayera en el olvido.

Justo después de que se publicara *Doble Esplendor*, Constancia se reunió en México con Ignacio para un reencuentro muy necesario y un poco de descanso. Luli todavía se hallaba en Rusia y, a pesar de toda la presión que ejerció Constancia, no pudo viajar sola y encontrarse con su madre hasta que terminó la Segunda Guerra Mundial.

Cuando Constanica preparó su regreso a Estados Unidos para reanudar su agenda de conferencias y su campaña a favor de los refugiados españoles y contra el franquismo, se le denegó el visado de entrada. Ni siquiera la petición personal de la primera dama, Mrs. Roosevelt, pudo aportar una solución. Esto supuso un gran golpe para Constanica, cuyo éxito en Estados Unidos parecía que iba a ser duradero y que sería una forma prestigiosa de defender sus ideales hasta que Franco fuera retirado del poder. Inmediatamente después de la Guerra, se habían producido tensiones entre los grupos de ayuda a los refugiados españoles en el exilio, y el nombre de Constanica se asoció al grupo comunista. Eso fue suficiente para que ella e Ignacio fueran incluidos para siempre en la lista negra de Estados Unidos.

Sin poder volver a España o a Nueva York, Constanica e Ignacio se asentaron en Ciudad de México junto con otros exiliados españoles y amigos internacionales como Pablo Neruda y Tina Modotti. Ignacio, acostumbrado a defender a su gobierno y a pilotar con destreza peligrosas misiones, estaba perdido después de la guerra. Su matrimonio se deterioró, se divorciaron y él acabó instalándose en Varsovia, y más tarde en Bucarest, utilizando las conexiones del Partido Comunista para conseguir vivienda y trabajo. Continuó siendo un devoto comunista el resto de su vida y fue enterrado en 1966 con todos los honores militares rumanos. Su familia católica lo desenterró y lo volvió a enterrar en la cripta familiar en Vitoria, España, en 1994.

Constanica se construyó una bonita casa en Cuernavaca. En 1947, rompió todos sus lazos con el Partido Comunista de España. Parece que la echaron, pero, como explico en mi biografía, es dudoso que tuviera mucho interés en seguir en activo.

Cuando por fin acabó la Segunda Guerra Mundial y los aliados dejaron a Franco en el poder, la mayoría de los exiliados sintieron que habían perdido la Guerra Civil una vez más. España fue olvidada por el mundo hasta la muerte de Franco, sin contar la gente que iba en busca de un destino de vacaciones soleado.

En 1947 Constanica tenía a su hija con ella en México y estaba intentando poner en marcha diferentes proyectos literarios y artísticos. También ganaba dinero llevando a turistas estadounidenses adinerados por México y Guatemala. Amaba México y conocía a los mejores artesanos locales y los lugares más bonitos a los que ir.

Fue durante uno de estos viajes por Guatemala en coche, con un grupo de americanos (y la escritora inglesa Nancy Johnstone) cuando los frenos

fallaron en una colina empinada. Nadie resultó herido en el accidente salvo Constanica, que murió en el acto. Era 26 de enero de 1950, la víspera de su cuadragésimo tercer cumpleaños.

Cuando pienso en la vida y muerte de Constanica, casi veinte años después de empezar a trabajar en su historia, todavía no puedo aclarar con firmeza los enigmas que la rodean. Se rumoreó después de su muerte que había sido asesinada por el Partido Comunista de España y/o por el FBI. Mi sensación es que su comunismo no fue duradero y que, en realidad, luchaba por una España democrática. Fue completamente seducida por Ignacio y su ideología, pero pienso en ella como una republicana comprometida, que tenía la esperanza de un futuro positivo para su país. He visto que le han llamado «fanática» cuando fue comunista más bien de manera accidental y solo durante un periodo de su vida. Nunca he oído, sin embargo, que se refirieran al acérrimo Ignacio como tal. Para él todo son elogios. Una «aristócrata elegante»; un «piloto». Me parece que las mujeres rara vez son juzgadas con la misma vara de medir que sus homólogos masculinos.

También es cierto que las vidas y literaturas españolas –masculina o femenina– aún no tienen la visibilidad que se merecen en inglés, ni siquiera cuando han sido escritas, como *Doble Esplendor*, en ese idioma. Es fácil entender que culturas enteras nos son desconocidas porque hay mucho que no se traduce, pero, en el caso de España, fue su propia historia política la que aisló a la gente durante décadas, especialmente a aquellas personas que estaban en el exilio. Y la oscuridad es muy efectiva haciendo que las culturas sean menos atractivas en el mundo exterior. Hacer que la obra de los escritores españoles esté ahora disponible en inglés, es una hazaña increíblemente valiosa de excavación arqueológica, preservación e inclusión. Tal vez algún día no resulte tan extraordinario que el apellido «De la Mora» sea tan familiar para algunos como el de Mitford, Woolf, Stein o de Beauvoir. Su obra es mucho menor, pero su vida no es menos excepcional y digna.

Cuando publiqué mi biografía en 2008 albergaba la esperanza de que *Doble Esplendor* se reeditara algún día en inglés. La historia de Constanica de la Mora es fascinante y rebosante de las tensiones de la política del siglo xx que la gente sigue encontrando tan cautivadora. Es particularmente difícil para los escritores exiliados recuperar sus voces. Sin un país detrás de ellos que les apoye, cuide de su trabajo y reviva sus legados, ¿dónde está su lugar en la Historia?

Dado que algunos de los mejores días de la vida de Constanica los pasó en Inglaterra, parece apropiado que su voz se recupere allí ahora.

2. MARÍA LUISA ELÍO: VOZ DE ALGUIEN

Puede parecer paradójico: uno de los momentos más felices de mi vida fue cuando descubrí el libro *Tiempo de llorar* de María Luisa Elío (Pamplona, 1926-Ciudad de México, 2009).

Empezar a leer esta obra fue una sorpresa y un flechazo. ¿Cómo era posible que, habiéndome dedicado a investigar el exilio republicano en México y la obra de otras escritoras de su generación, hubiera tardado tanto en descubrir esta obra tan desgarradora y conmovedora? Era una voz que había estado buscando desde hace mucho tiempo, una voz que me parecía reconocer y que llenaba un vacío en mi mundo. En cuanto pude me esforcé en descubrir todo lo que pude de su obra y vida.

La edición que preparé para la Editorial Renacimiento y que salió al mercado en septiembre del 2021 reúne *Tiempo de llorar* y *Cuaderno de apuntes* (publicados por Turner en España en el 2002), y *Voz de nadie*, publicado por El Equilibrista en México en el 2017. También incluye su guion para la película *El balcón vacío* (1961).

En el 2002 el escritor colombiano Álvaro Mutis escribió el prólogo para la edición de Turner, y decía: «Volver, con toda una vida pesando sobre nuestros hombros, a los lugares donde transcurrió nuestra infancia. He aquí el tema de toda gran literatura desde que el hombre tiene memoria de su estar en el mundo. Es el regreso de Ulises a Ítaca, pero invirtiendo el curso del tiempo»⁴.

Me parece que Mutis acierta en algo muy importante: todos somos unos exiliados de la infancia, del pasado. Pero no todos somos creadores, ni nos dedicamos a escribir obras como *Tiempo de Llorar*, centradas en el tema de la imposibilidad de recuperar el pasado. Obras llenas de paradojas memorables, poéticas, y profundas: «Volver es irse» o «Es ayer otra vez sin haber llegado a ser hoy». El poder de sus palabras se debe al arte, y no a sus circunstancias vitales, aunque estas fueron dramáticas, y son inseparables de su obra. Pero antes de entrar en su vida y contexto, quería dejar claro –con la ayuda de Mutis– que su obra es de interés universal y transcendental por sus cualidades literarias.

María Luisa Elío fue una niña de la guerra, y su biografía es fundamental. Su vida es su tema primordial. Su trayectoria vital nos puede ayudar a

⁴ Elío, María Luisa, *Tiempo de Llorar y otros relatos*. Madrid, Turner, 2002, p. 9.

entender por qué su obra, aunque publicada y muy apreciada por algunos, se haya marginalizado triplemente en el tiempo. Primero, vivió la guerra desde el anonimato de la niñez. Los niños no protagonizan los grandes acontecimientos, aunque sean testigos de ellos. Segundo, el exilio, aunque lleno de oportunidades creativas que Elío supo aprovechar al máximo, siempre marginaliza y complica las vidas de los que lo viven. Fue musa de Gabriel García Márquez, que dedica *100 años de Soledad* a Elío y a su marido. Además de escritora, fue actriz. Pero, tercero: fue mujer. De su generación suenan más los nombres masculinos.

Llegó a vivir una vida apasionante y participó en los grupos más internacionales y creativos del momento. A pesar de moverse en estos círculos, de su libertad y fecundidad artística, fuera de su círculo y de su trayectoria tan interesante como creadora, su obra no es tan conocida. De hecho, a mucha gente no le suena, y debemos asociarlo a García Márquez, Octavio Paz, u otros hombres de su círculo para destacar su importancia. Ojalá la publicación de estos textos ayude a que María Luisa Elío sea un nombre que suene por sí mismo. No solo se lo merece, sino que se lo debemos. Con retraso.

Todos dependemos de las referencias y las fechas, y hablamos de la Guerra Civil Española como un conflicto que empezó en 1936 y acabó en 1939, pero las consecuencias de la guerra, de cualquier guerra, no tienen fecha final, y los descendientes de los protagonistas se ven afectados durante generaciones.

Es importante notar que varias películas españolas de los años setenta y ochenta (*El espíritu de la colmena*, *Cría Cuervos*, *El sur*) y otras más recientes que tocan el tema de la guerra en España, como *El laberinto del fauno*, están protagonizadas por niñas pequeñas, y es a través de estos personajes que abarcan los temas de la memoria, y la enajenación. María Luisa Elío fue pionera en dar protagonismo al punto de vista de una niña pequeña. Marcada por lo que vivió al estallar la guerra, cargó siempre con esa experiencia traumática.

Nació en Pamplona en 1926. Su madre, Carmen Bernal López de Lago, era ama de casa, y su padre, Luis Elío Torres, un hombre acomodado, terrateniente y juez. Tenía valores progresistas y era católico practicante. Apoyó la Segunda República con entusiasmo, regaló grandes cantidades de terrenos a los labradores que los trabajaban. El día después del levantamiento –el 19 de julio de 1936– fue detenido en su casa delante de su mujer y sus tres hijas. María Luisa Elío, la más pequeña, tenía diez años en ese momento.

Su padre se pudo escapar de la cárcel gracias a los muchos conocidos que tenía, y pasó los tres años de la guerra escondido en varias casas y edificios en Pamplona. Pasó incontables horas encerrado en un armario. Ni sus hijas ni su mujer sabían nada de su paradero, y las pobres tuvieron que superar tres veces la noticia de que le habían detenido y fusilado –cada una falsa–.

Tras escaparse de Pamplona, la madre y sus hijas fueron detenidas en la frontera con Francia y encarceladas durante tres meses. Por fin pudieron llegar a París donde se reencontraron con Luis Elío que a duras penas había sobrevivido. Tras vivir escondido en Pamplona también había sido detenido cuando viajaba a París y enviado al campo de concentración en Gurs.

En el año 1940 la familia completa viajó a México, definitivamente. Pudieron escaparse de Europa gracias a la intervención económica de un importante amigo francés, Hubert de Mombrisson. Nos puede parecer una gran suerte que pudieran dejar Francia –en plena Segunda Guerra Mundial y salir para México– pero la guerra civil española y el exilio habían dejado huellas devastadoras en los padres. Ya poco tenía que ver con la familia que fue antes de julio de 1936 y el exilio definitivo trajo nuevos disgustos y retos inesperados:

Al irse mis padres a América dejaban atrás apellido, posición y dignidad, para encontrarse con un futuro incierto. Dispuestos a jugárselo todo, llegaban a América totalmente desprotegidos. Caro les saldría este idealismo⁵.

Para María Luisa Elío el exilio fue una experiencia llena de alienación y dolor, pero también le abrió un mundo de posibilidades artísticas. Todo lo pobre y duro de la realidad se convirtió en inspiración y riqueza artística. Estudió arte dramático en México con el conocido artista teatral japonés (también exiliado) Seki Sano. Trabajó como actriz de teatro y de cine, y fue parte del grupo de teatro vanguardista «Poetry out Loud». Se casó con el hijo de otros exiliados, José María García Ascot, y juntos formaron una pareja dorada del exilio bohemio e intelectual. José María fue escritor y director de cine. Entre sus amigos estaban Carlos Fuentes, Leonora Carrington, Octavio Paz y Gabriel García Márquez. Mientras este último escribía *100 años de Soledad*, compartía a diario sus nuevas páginas o capítulos con María Luisa, la persona que más pasión tenía por el libro.

⁵ «Voz de nadie» se encuentra recogida en: Elío, María Luisa, *Tiempo de Llorar: Obra Reunida*. Sevilla, Editorial Renacimiento, 2021, p. 17.

A pesar de que María Luisa Elío y su marido tuvieron una vida interesante en México, rodeados de amigos fascinantes, los dos siempre siguieron afectados por la tragedia de la guerra civil y sus secuelas. Esto queda clarísimo en la obra de ambos. En uno de sus poemas, José María habla de «nuestros padres que eran tan mayores y murieron tan jóvenes».

Su guion cinematográfico *El Balcón Vacío* fue dirigido en 1960 por su marido, colaborador de Luis Buñuel y de Juan Antonio Bardem. En esta película experimental y preciosa se explora la memoria, la pérdida, la imposibilidad del retorno, y –a pesar de esta imposibilidad– el deseo insaciable de volver a España. La película está dedicada a todos los españoles que murieron en el exilio. Se basa en los recuerdos de Elío de niña pequeña, y también de la fantasía de volver a Pamplona de adulta, una fantasía que se haría realidad unos años más tarde, en 1970. Incluye metraje del éxodo republicano a Francia de 1939, y quizás fuera de las primeras veces que un público podía ver estas desgarradoras imágenes. Obtuvo el Premio de la Crítica Internacional del Festival de Cine de Locarno en 1962.

El retorno póstumo de la escritora está en marcha desde hace tiempo. En el 2009, Eduardo Mateo Gambarte publicó una biografía, *María Luisa Elío Bernal: La vida como nostalgia y exilio*. En el 2018, Pamplona dedicó la Plaza de la Justicia al juez Luis Elío Torres, el padre de María Luisa. En el mismo año, la biblioteca pública de Barañáin (Navarra), cambió su denominación a Biblioteca María Luisa Elío. También en el 2018, el escritor y periodista Manuel Hidalgo dio una conferencia sobre ella en el Instituto Cervantes en Madrid, organizado por el Círculo Orellana, dedicado a recuperar la memoria de españolas olvidadas. En el 2019, hablé sobre ella y su experiencia como hija de exiliados en la Residencia de Estudiantes.

Para cerrar este apartado, quisiera tomar prestado el título de una de las obras publicadas en esta edición: *Voz de Nadie*. Se me ocurre una alternativa para definir a María Luisa Elío y su obra: voz de alguien. Es una voz inolvidable, arrolladora, sorprendentemente sencilla y a la vez compleja, abstracta, íntima y personal. Con agallas y belleza. No te cuenta su dolor, lo vives con ella. Cuando la lees, te quedas con la sensación de haber pasado toda una vida a su lado. Cuando habla de su hijo, Diego, en *Tiempo de llorar*, es imposible no encariñarse de ese personaje infantil que va de la mano de su madre durante el largo y duro viaje de México a Pamplona, el retorno tan deseado. Cuando hoy en día me llega un correo electrónico de Diego, la persona real, todavía me cuesta creerlo, me es imposible separarle de ese niño plasmado en la literatura. La voz tan poderosa de María Luisa

Elío me ha convertido en una especie de Alonso Quijano, creyendo que la literatura y la realidad se confunden. Es una confusión mágica, quizás más bienvenida hoy que nunca. Gracias a una ola de nuevos investigadores, y al propio Diego, en el futuro próximo contaremos con la publicación de nuevas obras inéditas de su madre.

El retorno, aunque se logre en términos geográficos, siempre es un fracaso. Puede resultar en algo positivo, pero inevitablemente distinto a lo buscado. Como ella cuenta con su voz singular: el retorno no existe.

3. LUISA ISABEL ÁLVAREZ DE TOLEDO, DUQUESA DE MEDINA SIDONIA

El 17 de enero de 1967 dio la vuelta al mundo la noticia de que una mujer española había sido detenida por la Guardia Civil. Su crimen había sido liderar una manifestación para exigir indemnizaciones para unos 50 agricultores andaluces que habían sufrido daños y pérdidas a raíz de un accidente nuclear en Palomares, Almería.

Su detención llamó la atención de los medios internacionales por varios motivos. Era mujer, activista, y española, que para 1967 ya era una combinación bastante excepcional y explosiva. Además, no venía en absoluto de la tradición antifranquista del Partido Comunista Español, ni de ninguna agrupación política. Iba por libre, y había tomado conciencia de las injusticias sufridas por los campesinos andaluces porque les conocía de toda la vida, y había compartido sus penas y alegrías. Pero no era una de ellos. La mujer, cuya foto salió en la portada del *New York Times* entre muchos otros periódicos, había heredado uno de los linajes más aristocráticos de España. Era Luisa Isabel Álvarez de Toledo Maura (1936-2008), XXI Duquesa de Medina Sidonia, Marquesa de Villafranca del Bierzo, Marquesa de Los Vélez, y tres veces Grande de España.

Para entender por qué la detienen, hay que remontarse un año, al 17 de enero de 1966. Como ella misma cuenta en su libro *Palomares (Memoria)* «El día en que chocaron los aviones estaba en Sanlúcar de Barrameda. No di mayor importancia al suceso. Vecina de la base de Rota, sabía por experiencia que los aparatos militares norteamericanos, no son inmunes al accidente»⁶.

⁶ Álvarez de Toledo, Isabel, *Palomares (Memoria)*. Madrid, UNED, 2001, p. 151.

Pronto se confirmó que no fue un accidente cualquiera, sino un desastre nuclear en el que los Estados Unidos perdieron un avión cisterna y un bombardero que llevaba cuatro bombas termonucleares en la localidad almeriense de Palomares, con consecuencias graves. Una de las bombas se desintegró en el mar, pero las otras tres cayeron en tierra. El material radioactivo se esparció por la zona.

El gobierno español y norteamericano se desentendieron de las repercusiones de la radiación en la zona. Manuel Fraga, entonces Ministro de Información y Turismo, organizó una sesión de fotos con los medios en la que él y el embajador de los Estados Unidos Angier Biddle Duke posaban dándose un chapuzón en la playa de Palomares, y saludando como estrellas de Hollywood. Les convenía que el oscuro accidente de Palomares cayese en el olvido. En la prensa española no solo se tapaba el incidente, sino que se le intentaba dar un giro perversamente positivo. Se celebraba que este pequeño pueblo anónimo de la costa almeriense fuese ahora conocido internacionalmente gracias al accidente, como si la fama fuese un activo más importante que la salud y poder ganarse la vida. El episodio de Palomares se cubrió poco y mal, hasta que desapareció totalmente de la prensa nacional. Todo esto lo cuenta e ilustra detalladamente Luisa Isabel en *Palomares*.

Luisa Isabel fue a conocer a las víctimas del desastre, y enseguida confiaron en ella, contándole sus preocupaciones y miedos. Evidentemente para los habitantes de la zona, los pescadores y agricultores, era imposible olvidar los daños personales y económicos sufridos a causa del accidente. ¿Cómo podían lograr saber qué daños reales habían sufrido su salud, sus tierras, el mar donde pescaban si nadie les hacía caso? Las autoridades asignaron un letrado que se suponía negociaba con los americanos. Pero muy lejos de volcarse por el grupo al que representaba, solo dijo que «Todo iba bien. Los yanquis pagarían. Se lo habían prometido, al igual que las autoridades españolas. En Palomares no pasaba nada y no iban a ser los forasteros, quienes rompiesen una calma, que a menudo costaba gran esfuerzo mantener. Así quedaron las cosas»⁷.

Los vecinos escribieron a Luisa Isabel, y le rogaron que volviera a ocuparse de ellos. Le escribieron a Sanlúcar una carta que concluía: «Una vez más le recordamos que no tenemos amparo de nadie, y aunque no queremos

⁷ Álvarez de Toledo, Isabel, *Palomares... op. cit.*, p. 158

que Vd. se perjudique en absoluto, por favor le pedimos que se ocupe de nuestro asunto hasta el final»⁸.

Las compensaciones no llegaban, y se organizó una manifestación encabezada por Luisa Isabel, a petición del pueblo de Palomares. Sin duda, Luisa Isabel ya sabía que corría peligro, y que la manifestación iba en contra de las leyes franquistas y ponía el dedo en la llaga de su encubrimiento del accidente. A su favor tenía importantes contactos con la prensa internacional, y su propia pluma. En contra suyo tenía el gobierno de Franco y el de Estados Unidos.

Luisa Isabel fue detenida delante de todos. Su papel en la manifestación le valió una multa de mil pesetas y una condena de un año de cárcel. Al final se redujo la pena a ocho meses que cumplió en las cárceles de mujeres de Ventas y Alcalá de Henares.

Su primer libro, *Mi cárcel*, está basado en la compilación de artículos publicados por la autora en 1969 y 1970 en la revista *Sábado Gráfico*. Es un libro que denuncia el maltrato vivido no tanto por ella, que nunca se pone en primera fila, sino por sus compañeras de prisión. Al cumplir su sentencia y salir, el Tribunal de Orden Público la siguió persiguiendo por sus publicaciones «subversivas» y su compromiso antifranquista con las causas sociales y políticas. Para evitar nuevas sentencias se exilió a Francia hasta después de la muerte de Franco. Fue en París donde se dedicó a la literatura política, y donde escribió algunas de sus obras más importantes: *Palomares (Memoria)*, cuya publicación fue censurada por el gobierno franquista, *Mi cárcel* (1970) *La base* (1971), *La Huelga* (1974) y *La cacería* (1977).

La triste verdad es que, a pesar de los valientes esfuerzos de Luisa Isabel, de su condena, y sus escritos, hasta la fecha de hoy la zona de Palomares no se ha recuperado. En el 2001, el centro de Investigaciones Energéticas, Medioambientales y Tecnológicas estudió 10 hectáreas de Palomares y encontraron niveles excepcionalmente altos de plutonio, uranio, y americio. Hay zonas en las que se prohibió caminar, mucho menos construir. Desde entonces, la zona de los análisis ha crecido y los resultados confirman los daños, pero el gobierno de los Estados Unidos aún tiene pendiente, en el 2021, cumplir su promesa de retirar los restos radioactivos de esas zonas y llevárselos de España.

⁸ *Ibidem*, p. 211.

A brocha gorda, las primeras dos décadas de la vida de Luisa Isabel parecen relativamente convencionales –dadas las convulsivas circunstancias políticas de España– para una joven de su clase social. Su familia se había exiliado a Estoril y fue allí donde nació en agosto de 1936, y también donde celebró su puesta de largo, junto a la hermana del futuro rey Don Juan Carlos I, Doña Pilar de Borbón Dos Sicilias. Pasó parte de su infancia en el palacio familiar de Sanlúcar, hasta que su madre murió en 1946, cuando Luisa Isabel tenía 10 años. A partir de entonces se ocuparon de ella sus abuelos maternos en Madrid, donde realizó parte de sus estudios como interna en Las Irlandesas, aunque estuvo solo unos meses en el colegio. Algunas compañeras suyas recuerdan su generosidad, y que cuando sus abuelos le mandaban comida con el chófer, ella siempre la compartía con las demás. También pasó por el Colegio Compañía de María en Sanlúcar de Barrameda, y el Sagrado Corazón. Era conocida por su belleza, sus largas trenzas rubias, y su pasión por la hípica. En 1955, con 19 años se casó –embarazada y vestida de negro– con Leoncio González de Gregorio. Leoncio era alto, guapo, y deportista. Tuvieron 3 hijos: Pilar (1956), Leoncio (1957), y Gabriel (1958). Su padre murió el mismo año de su boda, y tras su fallecimiento Luisa Isabel es declarada heredera universal de todos los títulos de su padre y nombrada jefa de las casas de Medina Sidonia, los Vélez, Niebla y Villafranca.

Hasta aquí podría ser más o menos la vida de cualquier aristócrata pudiente de los años 30 en España. El misterio es: ¿cuándo, cómo, y por qué rompe Luisa Isabel con todas las normas de su clase para convertirse en una de las mujeres más excepcionales de la historia de España? Evidentemente no ocurre de la noche a la mañana. ¿Qué factores contribuyen a su activismo tan atípico y apasionado? ¿Cómo fue su vida durante los años sesenta en Sanlúcar, en el exilio en París? Sobre su largo exilio, hasta la fecha, se sabe poco. ¿Qué circunstancias personales y políticas que influyeron en la transformación de Luisa Isabel? No pretendo contestar estas preguntas en este espacio limitado, pero merecen la consideración de los lectores. Criada en un ambiente de antifranquismo monárquico, se convertiría en la mujer más antifranquista de su clase social, denunciando los abusos del régimen a los campesinos y obreros, y la relación de Franco con los Estados Unidos. Luisa Isabel fue mucho más allá de lo esperado, y acabaría rechazando los valores políticos y sociales de su familia, y convirtiéndose en disidente vocal, radical e intelectual. Creía que era su deber ayudar a los menos privilegiados, y sentía que un campesino detenido tenía mucho más que perder que ella.

Hija única, intelectual, autodidacta, militante entregada y valiente, no tenía ningún interés por los bienes materiales. En cambio, fue una apasionada historiadora y novelista, y compaginó con sus actividades políticas el rescate del archivo de la Casa de Medina Sidonia que clasificó, protegió, y cuidó como se merecía. Hasta su intervención, el archivo había estado abandonado. Desde la muerte en 1955 de su padre, Joaquín Álvarez de Toledo y Caro, XX Duque de Medina Sidonia, Luisa Isabel se encargó de los documentos, que con sus 6.418 legajos constituyen el archivo histórico privado más importante de Europa. Contiene siglos de documentación producida y recibida por los distintos titulares de la casa, y es parte integrante de la historia de España, partes de Europa, y el Norte de África.

Gracias a su labor, hoy los investigadores pueden consultar los catálogos que dejó. También escribió numerosos estudios basados en cuidadosa documentación del archivo. En un conocido trabajo *África versus América: la fuerza del paradigma* sostenía que los navegantes andalusíes y africanos ya navegaban por América en el siglo XII. También concluyó que su antepasado, Guzmán el Bueno, que se instaló en el Palacio de Medina Sidonia en 1297, descendía de los Othmán. A pesar de los títulos, el palacio y el archivo, Luisa Isabel vivió durante años con escasos medios. A lo largo de los años pudo restaurar poco a poco el palacio –entre otras cosas creó una hospedería donde hoy se siguen alquilando habitaciones– y creó la fundación que protege el palacio y el archivo. Ella nunca quiso bienes materiales para sí misma, y decía que lo único que necesitaba era algo de comida y un ordenador.

La pareja más importante de su vida, que le ayudó en el trabajo de catalogación y preservación del archivo, fue la historiadora Liliane Dahlmann. Trabajó y vivió con ella en el palacio/archivo de Sanlúcar desde 1982. Se casaron en el 2008, cuando Luisa Isabel ya padecía un cáncer de pulmón galopante. Ambas lucharon juntas para garantizar la seguridad del legado del archivo y el palacio, y para lograrlo contaron con el apoyo de instituciones y políticos desde Mariano Rajoy a Alfredo Pérez Rubalcaba. Dahlmann, hoy Duquesa Viuda de Medina Sidonia, sigue protegiendo el legado de Luisa Isabel desde la Fundación según las pautas marcadas por su fundadora: asegurar el valioso archivo y patrimonio artístico de la Fundación Casa Medina Sidonia.

Hasta la fecha, Luisa Isabel Álvarez de Toledo ha sido relegada a los márgenes de la historia y casi solo aparece su nombre en prensa rosa en el contexto de pleitos por su legado. Quizás la historiografía feminista y de izquierdas la hayan marginalizado por su alta posición social –demasiado título para ser una heroína de la izquierda–. Luisa Isabel no cabe cómodamente

en ninguna categoría, pero esto no justifica su olvido. Su independencia es precisamente lo que le hace un tema de estudio fascinante. De ser británica, por ejemplo, Luisa Isabel sería por lo menos tan valorada como Vita Sackville-West, o una de las hermanas Mitford. El hecho de que haya sido ignorada dice mucho de la relación de España con su propia historia, y de la carencia de interés (con alguna excepción) por las mujeres españolas.

Es sorprendente que su vida y obra nunca hayan sido objeto de un estudio serio que explore a fondo las circunstancias que contribuyeron a su rebeldía contra las tiránicas normas sociales de su época. Su protagonismo político, literario, y social iluminan facetas hasta ahora infra estudiadas de la vida de los campesinos bajo el Franquismo, del trágico accidente de Palomares que hasta la fecha sigue siendo un tema contencioso entre los gobiernos de Estados Unidos y España, la de gestión y conservación del patrimonio nacional, y la aristocracia. Su vida es un ejemplo de un feminismo radical, y de una mujer que se dedicó a buscar la libertad intelectual y personal, a cualquier precio. Su figura es de interés internacional. Prueba de ello es que sus obras se han traducido al inglés, francés, italiano, portugués, ruso, húngaro, y sueco.

Cuando la edición norteamericana de *Mi cárcel* se publicó en 1972 con la importante editorial Harper & Row, fue un éxito crítico y de ventas. Los lectores de la recién publicada *Mi cárcel* conocerán una época importante en la vida de Luisa Isabel Álvarez de Toledo, y en la historia de España. Nadie hablaba de las cárceles de mujeres cuando ella escribió estos capítulos. Ahora que nos fijamos más en estos temas, nadie ha reconocido que Luisa Isabel fue pionera en arrojar luz a la vida de las presas bajo el franquismo. Les sorprenderá, quizás, su cercanía, su talento narrativo, y la simpatía que inspira una española de ideas claras, generosa con las personas que habían nacido con muchísimas menos ventajas que ella. No solo fue una mujer de su siglo, sino que sigue siendo vanguardista en el nuestro.

La investigación de Freya Marshall Payne (del Oxford Center for Life-Writing) se centra en mujeres sin hogar en la Inglaterra actual. Curiosamente, los temas que abordan, tan aparentemente lejanos de España y su historia, están muy relacionados con las españolas de las que hablo en estas páginas. El trabajo de Marshall Payne utiliza historias orales, una alternativa fascinante cuando no hay obras escritas por las propias mujeres, y analiza cómo estas personas sin techo son parte invisible de la sociedad inglesa, y cómo esa invisibilidad encubre un grave problema social. Como sucedió con tantas mujeres exiliadas españolas, viven de forma precaria y no cuentan con

las instituciones políticas, sociales, ni universitarias para apoyarlas. Como dice Miranda Fricker, esta injusticia viene de nuestra forma de concebir y entender el conocimiento. La biografía, en todas sus formas, me parece una disciplina fundamental para dar hogar a las personas, tanto del pasado como del presente, que no lo tengan en nuestro sistema cultural y social. El trabajo biográfico, unido a otros campos, abarca perfectamente los mundos de las personas que pudieron hablar o escribir por sí mismas, pero han sido ignoradas, y las que no tienen obra pero tienen vidas e historias que no contamos, y que no figuran en nuestros cánones.

LAS HISTORIADORAS Y SU (AUTO)BIOGRAFÍA. LA ESCRITURA POLIFÓNICA DE CAROLYN STEEDMAN

Jaume Aurell

Universidad de Navarra

La biografía como escritura de vida tiene una gran afinidad con otro género que es, a la vez, su antagonista y su complementaria: la autobiografía. El análisis conjunto de biografía y autobiografía resulta útil, entre otras cosas, porque revela la existencia de algunos géneros híbridos que, con las libertades narrativas asociadas a los nuevos movimientos post-modernos, han proliferado particularmente entre los intelectuales. Además, nos permite explorar las relaciones no sólo entre ellas –la biografía y la autobiografía– sino también entre ellas dos y la historia.

Un ejemplo muy característico de nuevos géneros híbridos son las *confesiones biográficas*, obtenidas de las entrevistas a los personajes e intelectuales, y que son concebidas para esta finalidad desde su diseño inicial¹. Un segundo ejemplo, que se ha ido expandiendo notablemente desde los años 1980s, son las autobiografías de historiadores. Estos académicos, entrenados desde sus inicios formativos en una escritura implacablemente objetiva, han conseguido transgredir una de las reglas más asentadas de la disciplina y han publicado abundantes autobiografías. Algunas de ellas, además, han

¹ Algunos ejemplos de este género son las largas entrevistas recogidas en Duby, Georges y Lardreau, Guy, *Dialogues*. París, Flammarion, 1980. Abelow, Henry et al. (eds.), *Visions of History*. New York, Pantheon Books, 1983. Adelson, Roger (ed.), *Speaking of History. Conversations with Historians*. East Lansing, Michigan State University Press, 1997. García Pallares-Burke, Maria Lúcia, *La Nueva Historia: Nueve Entrevistas*. València, Universitat de València, 2005.

utilizado la pantalla de una segunda vida –habitualmente un familiar muy cercano, como el padre o la madre– para narrar su propia vida, lo que ha generado un *efecto biográfico* en esas autobiografías.

Este capítulo está dedicado a analizar el fenómeno literario a través de la autobiografía biografiada de Carolyn K. Steedman, *Landscape for a Good Woman* (1986). Esta historiadora británica, que escribió esta obra de madurez cuando tenía tan sólo 39 años, ha aprovechado su talante experimental para dotar a sus autobiografías de una componente biográfica.

Esta escritura de vida se inscribe claramente dentro de la autobiografía de historiadores, que se ha consolidado como un subgénero con unas suculentas implicaciones heurísticas y epistemológicas². Muchos de estos historiadores han decidido seguir el experimentado consejo de A.J.P. Taylor: «Todo historiador debería escribir una autobiografía»³. Entre los cinco centenares de las publicadas, destacan algunas escritas por mujeres historiadoras, que suelen poseer una enorme perspicacia teórica y una notable capacidad innovativa –auténticas joyas académicas y literarias– como las autobiografías de Carolyn K. Steedman (1986), Annie Kriegel (1991), Jill Ker Conway (1994), Elisabeth Roudinesco (1994), Luisa Passerini (1996), Natalie Z. Davis (1997), Gerda Lerner (2002), Gabrielle M. Spiegel (2007) y Sheila Fitzpatrick (2013)⁴. Esta densa producción de autobiografías de historiadoras contrasta extraordinariamente con la escasez de sus biografías,

² Hasta el momento, los dos estudios sistemáticos sobre autobiografía de historiadores son los de Popkin, Jeremy D., *History, Historians & Autobiography*. Chicago, The University of Chicago Press, 2005, y Aurell, Jaume, *Theoretical Perspectives on Historians' Autobiographies: From Documentation to Intervention*. London, Routledge, 2016. Ver también Enzo Traverso, *Passés singuliers: le «je» dans l'écriture de l'histoire*. Montréal, Lux éditeur, 2020.

³ Taylor, A.J.P., *A Personal History*. London, Hamish Hamilton, 1983, p. ix.

⁴ Steedman, Carolyn, *Landscape for a Good Woman: a Story of Two Lives*. New Brunswick, Rutgers University Press, 1986; Kriegel, Annie, *Ce que j'ai cru comprendre*. Paris, Lafont, 1991; Conway, Jill K., *True North: A Memoir*. New York, Alfred A. Knopf, 1994; Roudinesco, Elisabeth, *Généalogies*. Paris, Fayard, 1994; Passerini, Luisa, *Autobiography of a Generation*. Hanover, Wesleyan University Press, 1996; Davis, Natalie Z., *A Life of Learning*. New York, American Council of Learned Societies Occasional Paper, n° 39, 1997; Lerner, Gerda, *Fireweed. A Political Autobiography*. Philadelphia, Temple University Press, 2002; Spiegel, Gabrielle M., «France for Belgium,» en Downs, Laura Lee y Gerson, Stéphane (eds.), *Why France?: American Historians Reflect on an Enduring Fascination*. Ithaca, Cornell University Press, 2007, pp. 89-98; Fitzpatrick, Sheila, *A Spy in the Archives: A Memoir of Cold War Russia*. London/New York, I.B. Tauris, 2013.

por lo que su análisis permite suplir esa carencia en el ámbito general de las «escrituras de vida»⁵.

Más allá del cliché que asigna a los historiadores una escasa preocupación por los aspectos retóricos, es muy posible que ninguna otra disciplina académica pueda presumir de un número tan elevado de autobiografías escritas por sus componentes. Aunque están acostumbrados a establecer una distancia epistemológica con los objetos que estudian, los historiadores tienden a menudo a revisar su propio pasado, buscando asociaciones entre sus experiencias y la historia que analizan. Así, desde una perspectiva más general, estos textos autobiográficos son también artefactos académicos que permiten pensar en las conexiones entre la escritura de la vida y los discursos de la historia, como sugiere Rocío G. Davis⁶.

El deseo de examinar y comprender el pasado ha llevado a los historiadores a dedicarse a la autobiografía, sin importar las dificultades que la práctica de este nuevo género, tan subjetivo, les ha comportado. Así, si la biografía ya había sido plenamente aceptada como una práctica historiográfica convencional, la autobiografía ha experimentado mayores dificultades, aunque finalmente se ha convertido también en una práctica asumida por los historiadores como un género propio, más que una forma poco ortodoxa de representar el pasado. Los historiadores saben que, como han subrayado algunos críticos, al ser la autobiografía una segunda lectura de la experiencia, bien podría ser más verdadera que la primera (la espontánea) porque añade a la propia experiencia tanto conciencia como sofisticación⁷.

Los historiadores utilizan diferentes estrategias narrativas para abordar la historia del yo, dependiendo de sus propias concepciones teóricas de la historia. Como reconoce Jill Ker Conway, «aunque las categorías teóricas que definen un género pueden ser fijas, sus formas y patrones estilísticos varían profundamente a lo largo del tiempo, y estas variaciones constituyen una especie de historia de la forma en que entendemos el yo, y de qué aspectos

⁵ González, María Jesús, «Historicizing the Historian: Writing the life of Raymond Carr», *Journal of Historical Biography*, n° 16, 2014, pp. 1-28, especialmente su apéndice, donde da cuenta de la escasa producción biográfica de biografías sobre mujeres historiadoras.

⁶ Davis, Rocío G., «Introduction: Academic Autobiography and/in the Discourses of History», *Rethinking History*, n° 13, 2009, pp. 1-4, esp. pp. 3-4.

⁷ Gusdorf, Georges, «Conditions and Limits of Autobiography», en Olney, James (ed.), *Autobiography: Essays Theoretical and Critical*. Princeton, Princeton University Press, 1980, pp. 28-48, esp. p. 38.

de éste nos sentimos cómodos hablando»⁸. La diversidad de estrategias narrativas ha aflorado, durante los siglos xx y xxi, en estilos tan diferentes entre las autobiografías de historiadores, como el humanístico, el biográfico, el monográfico, el ego-histórico, el intervencional y el experimental⁹.

Una breve explicación de estos seis estilos ayuda a comprender mejor la propia dimensión experimental de la autobiografía de Steedman, su opción por la intermediación de su madre en su narrativa, y su voz autorial polifónica, tal como las desarrollo en este capítulo. En la época de entreguerras, historiadores como Robin G. Collingwood y Benedetto Croce construyeron sus autobiografías idealizando la formación *humanística* que habían recibido, detallando su formación en la cultura clásica y su esmerada educación en las universidades de élite, como Cambridge y Oxford, en las que estudiaron¹⁰. En la misma época, la primera profesionalización propició una acusada especialización y privilegió el énfasis en la objetividad científica, lo que condujo a historiadores norteamericanos como Arthur Schlesinger Sr. y William Langer a tomar una mayor distancia respecto a sus propias vidas, y por este motivo escribieron un tipo de memorias con un aire claramente *biográfico*¹¹. Esta ansia por objetivar la propia vida que se está rememorando se incrementó todavía más entre historiadores de la posguerra como Annie Kriegel y Eric Hobsbawm, lo que generó –paradójicamente– un estilo *monográfico* de escribir autobiografía, en las que incluso tenían cabida las notas a pie de página, para justificar documentalmente las aseveraciones memorística que se iban narrando¹². Ese mismo estilo algo aséptico se divulgó entre los historiadores franceses de la posguerra, que redujeron todas sus memorias a sus recuerdos y reflexiones al ámbito estrictamente académico, como fue el caso de Philippe Ariès y Georges

⁸ Conway, Jill K., *When Memory Speaks: Exploring the Art of Autobiography*. New York, Vintage Books, 1999, p. 4. Sobre la historicidad de los géneros históricos, Bakhtin, Mikhail M., *Dialogic Imagination: Four Essays*. Austin, University of Texas Press, 1981, y Aurell, Jaume, «Rethinking the Historical Genres in the Twenty-First Century», *Rethinking History*, nº 19, 2015, pp. 1-13.

⁹ La teoría de estos estilos histórico-autobiográficos en Aurell, Jaume, *Theoretical Perspectives...* *op. cit.*, pp. 19-25.

¹⁰ Collingwood, Robin G., *An Autobiography*. Oxford, Oxford University Press, 1967; Croce, Benedetto, *An Autobiography*. Oxford, Oxford University Press, 1927.

¹¹ Schlesinger, Arthur M., *In Retrospect: The History of a Historian*. New York, Harcourt, Brace & World, 1963; Langer, William L., *In and Out of the Ivory Tower: The Autobiography of William L. Langer*. New York, N. Watson Academic Publications, 1977.

¹² Kriegel, *Ce que j'ai cru comprendre...* *op. cit.*; Hobsbawm, Eric, *Interesting Times: A Twentieth-century Life*. London, Allen Lane, 2002.

Duby (la *ego-historia*)¹³ y, más recientemente, al deseo de *intervenir* en los propios debates historiográficos a través de la escritura y reflexión sobre el propio itinerario intelectual, como lo han hecho Geoff Eley y John Elliott¹⁴.

Finalmente, con la expansión de los movimientos asociados al post-modernismo, se generó el estilo *experimental*, que es donde se inscribe el *Landscape for a Good Woman* de Steedman. A partir de los años 80, se generó una insatisfacción por parte de los historiadores de sus propias técnicas tradicionales, puesto que ya no se consideraba suficiente una aplicación mecánica de los métodos heurísticos promovidos por el historicismo y el positivismo decimonónicos. Estos movimientos habían generado una confianza ilimitada en la aplicación de los métodos científicos al análisis de las fuentes documentales, pero un mayor diálogo disciplinar con la literatura y la conciencia de la complejidad del acceso al pasado, promovió nuevas experimentaciones histórico-narrativas. Así, esos nuevos historiadores (mayoritariamente historiadoras) fomentaron un acceso al pasado a través de nuevas fórmulas: Steedman lo hizo a través de la mencionada autobiografía biografiada, pero otras y otros lo hicieron analizando las autobiografías de una generación (Luisa Passerini, 1996), de autobiografías familiares (Robert A. Rosensentone, 2005), de experimentos meta-autobiográficos (Sheila Fitzpatrick, 2011) o de autobiografías psicoanalíticas (Elisabeth Roudinesco, 1994). Escribieron sus vidas desde otros puntos de vista diferentes al suyo propio, lo que constituye en sí mismo un movimiento posmoderno.

La voz autobiográfica femenina, cada vez más frecuente entre los profesionales de la historia, está también claramente relacionada con la progresiva incorporación de las mujeres al mundo académico a partir de los años sesenta. Tras décadas de una influencia creciente pero todavía marginal, en los años ochenta y noventa muchas mujeres se establecieron en la disciplina como auténticos referentes teóricos y metodológicos. Este fue el caso de Annie Kriegel, Gabrielle M. Spiegel, Carolyn Steedman, Joan Scott, Natalie Z. Davis, Lynn Hunt, Jill Ker Conway, Carolyn Bynum, Mary Beth Norton, Elisabeth Roudinesco o Luisa Passerini. No es extraño, por tanto, que se decidieran escribir los relatos de algunas de sus experiencias.

¹³ Ariès, Philippe, *Un historien du Dimanche*. Paris, Seuil, 1980; Duby, Georges, *L'histoire continue*. Paris, Odile Jacob, 1991.

¹⁴ Eley, Geoff, *A Crooked Line: from Cultural History to the History of Society*. Ann Arbor, University of Michigan Press, 2005; Elliott, John H., *History in the Making*. New Haven, Yale University Press, 2012.

Al mismo tiempo, muchas mujeres del mundo académico en general también estaban escribiendo sus memorias. En un artículo sobre las memorias de las mujeres, leyendo las *French Lessons* de Alice Kaplan, Nancy Miller sostenía que el feminismo de los setenta «tenía todo que ver con encontrar las palabras con las que decirlo – emociones sin nombre. En los noventa, nombrar no es un problema, se trata de *hacer* algo con las palabras»¹⁵. Steedman diseñó ese *hacer algo con las palabras* a través del recurso retórico del reflejo de su vida a través de la historia de su madre, tal como Helen Buss lo describió: «para estas mujeres, el desempeño de sí mismas siempre se sitúa en las relaciones con otros, a menudo con muchos otros significativos»¹⁶. Buss concluye su argumento centrándose en la identidad en estos textos:

Para estos sujetos humanos, sus vidas como escritoras e intelectuales y como mujeres en la academia han problematizado una multiplicidad de identidades, a menudo dolorosamente conflictivas, que, irónicamente, les hacen buscar la vida académica como un lugar donde pueden acomodar esta multiplicidad. Sus textos son intentos de poner el proceso intelectual del pensamiento crítico al servicio de sus propias y diversas identidades, y de mantenerlas en equilibrio sin oprimir ningún aspecto de lo que les ha hecho o de quién les ha hecho. La relación entre la vida y la academia está inevitablemente cargada de la ambivalencia que muchas de estas mujeres sienten como resultado de percibirse a sí mismas como sujetos desde los márgenes¹⁷.

Partiendo de estos modelos teóricos, el texto autobiográfico de Steedman, elegido como modelo para este capítulo, aborda problemas tan relevantes como la naturaleza narrativa de la historia *utilizando* una autobiografía biografiada. Asimismo, constituye un lúcido diagnóstico y una propuesta de historia social que utiliza una estrategia híbrida a caballo entre las convenciones de la autobiografía de la infancia, la autobiografía de un historiador y la biografía de personas con una enorme vinculación afectiva con las autoras. No en vano, la autobiografía de Steedman ha recibido el elogio de carácter pionero e innovativo en el género de las escrituras de vida, en la que combina toda su perspicacia historiográfica con su talento de escritora brillante¹⁸.

¹⁵ Miller, Nancy K, «Public Statements, Private Lives: Academic Memoirs for the Nineties», *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, n° 22, 1997, pp. 981-1015, esp. p. 984. See Kaplan, Alice. *French Lessons. A Memoir*. Chicago, The University of Chicago Press, 1993.

¹⁶ Buss, Helen M., *Repossessing the World: Reading Memoirs by Contemporary Women*. Waterloo, Wilfrid Laurier University Press, 2002, p. 169.

¹⁷ *Ibidem*, p. 169-170.

¹⁸ Eley, Geoff, *A Crooked Line... op. cit.*, pp. 172-181.

1. LAS MEMORIAS POLIFÓNICAS DE INFANCIA DE CAROLYN STEEDMAN: UN RETRATO DUAL

Carolyn Steedman (nacida en 1947) creció en el sur de Londres en un entorno familiar de clase trabajadora. Estudió historia en Sussex y Cambridge y trabajó como profesora de primaria entre 1974 y 1981. Cuando tenía treinta y nueve años, publicó una autobiografía sobre su experiencia en la clase trabajadora, titulada *Landscape for a Good Woman*, en la que desafiaba los relatos convencionales y los géneros establecidos. Su análisis introspectivo combina perspectivas feministas, marxistas y psicoanalíticas, mezcla la autobiografía con la escritura académica y de ficción, y ofrece una alternativa a las narrativas y metodologías históricas tradicionales y, más concretamente, al recorrido tradicional de los romances madre-hija.

Al narrar su propia infancia, Steedman también arroja nueva luz sobre la centralidad de algunas narrativas y la marginalidad esencial de otras, y sobre la naturaleza de las historias que nos contamos para explicar nuestras vidas. Al tiempo que deconstruye el sexismo en favor de las categorías de género, y aplica los métodos de la historia social a su propia historia, construye un puente entre la clase social y la identidad sexual. Al examinar su propia vida utilizando sus conocimientos académicos, desafía la tendencia convencional de los historiadores y sociólogos de los años 80 al análisis psicofreudiano colectivo y generalizado. Como explica su colega historiador Geoff Eley, quizás quien mejor ha profundizado en su autobiografía,

El libro de Steedman utiliza su propia historia y la de su madre para cuestionar algunos de nuestros principales escenarios de la historia británica moderna y, de hecho, para argumentar en contra de algunas de las principales formas en que las historias tienden a ser escritas –no sólo la presentación histórica de temas particulares (como la infancia, la maternidad o la clase), sino también el propio proceso a través del cual los relatos históricos se construyen convencionalmente¹⁹.

Steedman quería describir la compleja relación que tenía con su madre, tal como apunta el subtítulo del libro: *A Story of Two Lives* («Historia de dos vidas»). Su madre había crecido en un pueblo de tejedores de algodón de

¹⁹ Eley, Geoff, *A Crooked...* *op. cit.*, p. 174. Para este epígrafe, uso algunas ideas del ensayo que la propia Steedman publicó algunos años después de escribir su autobiografía: Steedman, Carolyn, «History and Autobiography: different pasts», en Steedman, Carolyn, *Past Tenses: Essays on Writing, Autobiography and History*. London, Rivers Oram Press, 1992, pp. 41-50.

Lancashire y encarnaba la situación de las mujeres de clase trabajadora en la Gran Bretaña de la posguerra. Steedman visitó a su madre por última vez dos semanas antes de su muerte, después de nueve años sin verla. Describe a su madre como una «buena madre,» que había cuidado de los niños, haciendo las veces de padre y madre: una madre de clase trabajadora, que tuvo una muerte de clase trabajadora. Steedman narra su propia vida y la de su madre para contrastar con la vida de la clase alta, con la muerte de su madre como espejo de su vida: «Simone de Beauvoir escribió sobre la muerte de su madre, y dijo que a pesar del dolor fue una muerte fácil: una muerte de clase alta. Fuera, para los pobres, morir es una cuestión muy diferente»²⁰. Esta diferenciación dialéctica sitúa su narrativa claramente en la sociedad polarizada de la Gran Bretaña de los años cincuenta.

Steedman presenta su infancia de los años 1950s a través de la historia de sus padres, funcionando su padre siempre como un personaje secundario de su madre. Sin embargo, su objetivo final es interpretar su propia historia sirviéndose de la vida de su madre, ya que «una vez que se cuenta una historia (*story*), deja de ser una historia (*story*): se convierte en un trozo de historia (*history*), en un dispositivo interpretativo»²¹.

Además de la doble condición autobiográfica-biográfica que desarrollaré en las siguientes páginas, me gustaría enfatizar también en este capítulo la condición polifónica de *Landscape for a Good Woman*. Con *polifónica* me refiero a la llamativa capacidad de Steedman de utilizar diferentes voces autoriales, cada una con una tono y clave diferente: la autora funciona, simultáneamente, como autobiógrafa convencional de una mujer de clase trabajadora (*working class*), como autobiógrafa estrictamente académica, como biógrafa de su madre, como feminista, como especialista en historia social, y como académica interesada en la convergencia entre psicoanálisis e historia social. La convergencia de todas estas voces autoriales en *una* voz –la de la autora Steedman– es la que hace de este libro un ejemplar único que, desde mi larga experiencia de lector de autobiografías de historiadores, no ha sido todavía superada, ni siquiera emulada.

En consecuencia, la paradoja permanente de este libro, y quizás lo que lo hace innovador e inolvidable, es el diálogo continuo entre los recuerdos personales y el discurso académico: «(el libro) trata de las historias que

²⁰ Steedman, Carolyn, *Landscape... op. cit.*, p. 2.

²¹ *Ibidem*, p. 143.

nos hacemos, y de la especificidad social de nuestra comprensión de esas historias»²². Su naturaleza polifónica requiere el uso de múltiples fuentes, que Steedman despliega con flexibilidad y maestría: sus recuerdos personales, sus lecturas de la infancia y sus lecturas de la edad adulta, tanto académicas como ficcionales, históricas como literarias. Está claro que le interesa aclarar la diferencia entre la historia oficial y profesional y los otros tipos de historias que imaginamos, soñamos y contamos. Sin embargo, es crucial que utilice la autobiografía no con fines estéticos o terapéuticos, sino sobre todo epistemológicos e interpretativos. Esta conexión con la teoría hace que su autobiografía-biografiada no trate sólo del pasado, sino también del presente:

Pero la cuestión no reside ahí, en el pasado, en el tiempo perdido en el que sucedieron [esos hechos]; la única cuestión reside en la interpretación. El pasado se reutiliza a través de la agencia [*agency*] de información social, y esa interpretación sólo puede hacerse con lo que la gente sabe de un mundo social y su lugar en él²³.

El resultado es un texto nada convencional, de múltiples capas y perspicaz, en el que la autora aborda cuestiones como el reconocimiento social y las convenciones, la identidad social y la clase social, la psicología de las relaciones familiares, y «sobre una madre que no quería ser madre, un patriarcado sin patriarca, y formas de anhelo y deseo, envidia y exclusión, que se salían de los modelos aceptados de la conciencia de clase y de género»²⁴.

Combinando las fuentes memorísticas personales con las académicas, Steedman quiere poner de relieve el diverso origen, significado y articulación de las historias (*stories*) que aprendemos y expresamos. En consecuencia, su capítulo introductorio examina las diferentes teorías e interpretaciones de la infancia de la clase trabajadora, y sirve de introducción interpretativa para los siguientes capítulos, para intentar resolver su principal incertidumbre: cómo tratar la tensión «entre las historias que me contaron de niña, la estructura difusa y atemporal de la casuística con la que se presentan, y las compulsiones de la explicación histórica»²⁵.

²² *Ibidem*, p. 5.

²³ *Idem*. Ver también Popkin, Jeremy D., *History... op. cit.*, p. 253, quien sostiene que el presentismo de Steedman es compartido por otras historiadoras-autobiógrafas como Luisa Passerini.

²⁴ Eley, Geoff, *A Crooked... op. cit.*, pp. 174-175.

²⁵ Steedman, *Landscape*, p. 21.

Tras este capítulo introductorio, Steedman describe un sueño que tuvo cuando era muy joven, una historia en torno a la cual gira el libro:

Cuando tenía tres años, antes de que naciera mi hermana, tuve un sueño. [...] Estábamos en una calle, la calle era tan ancha y las casas estaban tan distantes al otro lado de la calle que podría no haber sido una calle en absoluto; y las casas eran bajas y con huecos entre ellas, de modo que el cielo llenaba una gran parte del cuadro. Aquí, al frente, en este lado de la ancha calle, una mujer se apresuraba a pasar, habiendo cruzado desde las casas de atrás. [...] Llevaba un *New Look*, un abrigo de gabardina beige que caía en dos graciosos pliegues desde la cintura en la espalda (el balanceo debía provenir de unos tacones muy altos, pero no me fijé en sus zapatos), un sombrero inclinado hacia delante con el pelo recogido en la espalda. Iba deprisa, con movimientos espasmódicos, nerviosa y agitada, y me miraba mientras avanzaba en el primer plano de la escena. Varias veces se volvió y regresó hacia mí, amonestando, agitando el dedo. Animándome a seguirla de esta manera, pero moviéndose demasiado rápido para que yo creyera que eso era lo que quería, entró en una puerta giratoria de madera oscura y pulida, de caoba y cristal, y empezó a dar vueltas y vueltas, mirándome mientras giraba. Me gustaría saber qué estaba haciendo y qué quería que yo hiciera²⁶.

Durante muchos años, Steedman no supo quién era esta mujer ni lo que quería de ella («I wish I knew what she was doing, and what she wanted me to do»), lo que le llevó a concluir que nada se explica en la infancia: «los niños no poseen un análisis social de lo que les sucede, o de lo que les rodea, por lo que el paisaje y las imágenes que se presentan ante ellos tienen que seguir siendo un fondo, cobrando sentido más tarde, a partir de circunstancias diferentes»²⁷.

El uso de un sueño para el comienzo de una narración es, sin duda, una estrategia literaria bien conocida desde la Antigüedad²⁸. Sitúa su relato en la encrucijada de la memoria, la imaginación y la historia. Acentúa la sensación de fragilidad de la infancia, la falta de conciencia y la dependencia del niño de los adultos. Enfatiza la debilidad del conocimiento académico. Alerta al lector de la presencia destacada de un personaje femenino en su historia. Pero también permite al lector empatizar con la idea de Steedman sobre la relevancia,

²⁶ *Ibidem*, pp. 27-28.

²⁷ *Ibidem*, pp. 28.

²⁸ Sobre el uso de los sueños como fuente retórica, remito a Aurell, Jaume, *Authoring the Past. History, Autobiography, and Politics in Medieval Catalonia*. Chicago, The University of Chicago Press, 2012, pp. 187-189.

pero también la relatividad, de las historias que recordamos, imaginamos y contamos («La perspectiva del sueño debe haber cambiado varias veces»).

A medida que describe su infancia, Steedman va desentrañando poco a poco el significado del sueño, que se ha convertido en un elemento del pasado que está en el corazón de su presente: «Es mi dispositivo de interpretación, el medio por el que puedo contar una historia», la historia de su infancia junto a su madre²⁹. Lo primero que pudo interpretar y comprender es el mundo material presente en el sueño. Los edificios que desaparecen y reaparecen de fotograma en fotograma en el sueño parecen una representación obvia del Londres de la posguerra: todas las casas tienen huecos entre ellas a causa de los bombardeos. Luego, intenta recordar la forma en que ella y su hermana se vestían en aquella época y, más concretamente, cuánto costaba la ropa, para entender el significado de lo que llevan los personajes del sueño, un estilo de posguerra –un estilo incluso retrasado para su tiempo– que ella identifica como el *New Look*.

Sin embargo, las personas son más difíciles de captar, más difíciles de entender, que las cosas y la ropa. Su incertidumbre sobre el comportamiento de la mujer del sueño refleja la perplejidad de un niño –y en particular *su* perplejidad– que se pregunta qué está pasando, qué traman los adultos y qué quieren de ella: «La única *evidencia* que ofrece el sueño es el sentimiento de la infancia –de todas las infancias, probablemente– el desconcierto del niño que observa desde la acera»³⁰. Así, cuando finalmente («recientemente») comprende quién era realmente la mujer del abrigo *New Look* del sueño, se debe no sólo al recuerdo del propio sueño, sino a su perspectiva histórica (el paso del tiempo) y a sus propias y múltiples reexaminaciones de ese sueño:

La memoria por sí sola no puede resucitar el tiempo pasado, porque es la propia memoria la que le da forma, mucho después de que haya pasado el tiempo histórico. El sueño no es un acontecimiento fijo del verano de 1950; ha pasado por muchas etapas de uso y exploración, y esa reinterpretación da una comprensión que el niño de entonces no puede poseer: sólo recientemente he llegado a ver quién era realmente la mujer del abrigo *New Look*³¹.

Sólo hasta que fue una mujer adulta capaz de verificar sus sentimientos infantiles con las lecturas académicas y los pensamientos de su hermana, pudo

²⁹ Steedman, Carolyn, *Landscape... op. cit.*, p. 28.

³⁰ *Ibid*, p. 29.

³¹ *Ibid*, p. 29.

desmitificar a su madre y reconocer a «una madre que nunca juega con nosotros, cuyas erupciones desde la irritación a la violencia eran la más aterradora de las experiencias.» Así, su madre emerge como «la figura de las pesadillas, aunque me resulta difícil pensar en ella de esta manera»³². Sin embargo, su madre por lo menos «transita por mis sueños,» [*walks my dreams*] mientras que su padre siempre queda fuera de ellos: «Todavía lo veo [a su padre] en la calle, siete años después de su muerte, un hombre de su generación, un anciano en una parada de autobús, su ropa colgando en pliegues: una forma de caminar. Nunca veré a mi madre en la calle de esta manera; ella, yo misma, camina por mis sueños [*She, myself, walks my dreams*]»³³.

En cierto sentido, todo el libro se centra en la interpretación de este sueño seminal, que se refiere claramente, en primer lugar, a la relación con su madre y, en segundo lugar, al mundo que le rodea. Esto la lleva a utilizar la interpretación de los sueños de Freud y a expresar su idea de la influencia decisiva del mundo social para la comprensión personal e histórica, y le permite intentar, al final del libro, una posible lectura final de ese mundo: «Verse a sí mismo de esta manera es en sí mismo una representación del paso del niño al tiempo histórico, uno de los lugares donde la visión establece la comprensión del niño de sí mismo como parte del mundo. A su vez, esta comprensión social ayuda a interpretar el paisaje onírico»³⁴.

Al hablar de su sueño, Steedman sostiene que nuestra comprensión del mundo no sólo proviene de la experiencia que adquirimos mientras crecemos, sino también de la perspectiva social que obtenemos del paso del tiempo y de nuestra madurez emocional, formación intelectual y lecturas. Aquí confluyen la historia personal y la historia general, los itinerarios individuales y los contextos generales –una de las claves de toda autobiografía–. Por eso, al experimentar con el relato de su propia vida y la de su madre, Steedman mezcla lo personal con lo histórico, el microrrelato autobiográfico con el macrorrelato histórico, generando una «caso de estudio» histórico, lo que le permite exponer las tesis más abstractas sobre la subjetividad moderna, el marco del capitalismo y sus relaciones sociales, ya que sigue comprometida con las ideas más amplias de la persistencia y el cambio social. Se centra en los lugares donde la historia y la cultura se encuentran con la subjetividad, para explorar cómo esos encuentros pueden dar forma al sentido de uno mismo.

³² *Ibidem*, p. 46.

³³ *Ibidem*, p. 61.

³⁴ *Ibidem*, pp. 142-143.

El experimento autobiográfico-biográfico de Steedman, publicado en 1986, desafió algunas ideas preestablecidas sobre la historiografía marxista y la historia social, sobre el psicoanálisis y las concepciones convencionales de la infancia, desafiando el «tipo de simplicidad psicológica» en el que parecía haber caído la crítica cultural británica en aquella época³⁵. Con su relato, Steedman propone como alternativa a esos reduccionismos teóricos un análisis del peso de las experiencias personales que confrontan lo histórico: la *historia*, finalmente, no sería el resultado de unos determinismos sociales o psicoanalíticos, sino un cúmulo de respuestas de cada individuo al contexto en el que se encuentra. Con su uso de la naturaleza fragmentada y ambivalente de la experiencia y el yo, Steedman expone la precariedad de la teoría y la conciencia de clase cuando no incorpora en su seno los deseos y las necesidades de los individuos –y más especialmente de las mujeres³⁶. La autora nos enseña finalmente que una de las tareas principales de la historia no es tanto el estudio de los grandes movimientos sociales anónimos, sino la interacción específica entre lo individual y lo social. Y ella lo practica a través de su autobiografía experimental.

La originalidad y eficacia narrativa de Steedman brota de la forma en que interpreta sus sentimientos de exclusión en la infancia, mezclando la memoria con la información que aprendió mientras investigaba sobre la autobiografía de la clase trabajadora en sus veinte años, y la bibliografía académica que estudió en sus treinta. Desplegando un estilo posmoderno, descentralizado, polifónico y experimental, la autobiografía/biografía de Steedman revela imaginación en el contenido, heterodoxia en la forma y falta de restricciones en el método. Evita la narración lineal y se mueve hacia adelante y hacia atrás entre sus historias personales. Formada en la tradición más convencional de la historia social británica, encuentra nuevas formas de narrar la historia, más allá de los métodos de la gran teoría y la narrativa, y de los tipos de determinismo que, de otro modo, habrían fijado los significados disponibles en su lugar. Como contrapartida, ella ensambló una historia de casos, tomando su información de «los trozos de los que está hecha la mismidad psicológica [*psychological selfhood*]]»³⁷.

Sin embargo, no era sólo el contenido del libro lo que no encajaba con el espíritu de la época y la convención de la academia de finales de los años

³⁵ Steedman, Carolyn, *Landscape...* op. cit., p. 7.

³⁶ Chamberlain, Mary, «Days of Future Past», *New Socialist*, Abril, 1986, p. 43.

³⁷ Steedman, Carolyn, *Landscape...* op. cit., p. 7.

ochenta. Se presentaba también como una alternativa ante la incapacidad de los historiadores para desarrollar un lenguaje para tratar los anhelos personales. Tomando una de las ideas centrales de Foucault, Steedman abogó por un lenguaje histórico que pudiera captar «las vidas vividas en las zonas fronterizas... para las que los dispositivos interpretativos centrales de la cultura no funcionan del todo.»³⁸ Demuestra así cómo la autobiografía puede convertirse en un instrumento histórico-historiográfico que explique aspectos marginados del pasado, o al menos los aborde desde una perspectiva diferente, ya que a veces el conocimiento científico no es suficiente:

Las interpretaciones personales del tiempo pasado –las historias que las personas se cuentan a sí mismas para explicar cómo llegaron al lugar que habitan actualmente– suelen entrar en un conflicto profundo y ambiguo con los dispositivos interpretativos oficiales de una cultura. Este libro se organiza en torno a un conflicto de este tipo, tomando como punto de partida las estructuras de análisis de clase y las escuelas de crítica cultural que no pueden abordar todo lo que hay que decir sobre la vida de mi madre³⁹.

Steedman demoniza duramente al psicoanálisis como una de estas escuelas de crítica que no puede tratar esta complejidad humana. El problema del psicoanálisis, y lo que lo hace insostenible como método de crítica cultural, es que aplica el contexto específico de su creación en la opulenta sociedad vienesa finisecular, al «funcionamiento de un sistema social dentro del tiempo histórico [para] perfilar los mecanismos del patriarcado en el Occidente capitalista de los últimos doscientos años, y la forma en que las mujeres llegan a ser como son, viviendo bajo este sistema dual»⁴⁰. Por tanto, concluye Steedman, el psicoanálisis nos habla de «la vida en un sector concreto de la sociedad vienesa de finales del siglo XIX,» pero no funciona cuando «la propia evidencia se utiliza para explorar la experiencia de mujeres de muy distinta clase, cultura y procedencia geográfica en los siglos XIX y XX»⁴¹. Como alternativa a esos anacronismos, la autora experimenta con su relato autobiográfico para evitar estas transposiciones, reducciones o generalizaciones metodológicas, creando una conexión entre las ideas expresadas en relatos singulares con los principios generales sostenidos por los estudiosos de la historia, la sociología y la psicología.

³⁸ *Ibidem*, p. 5.

³⁹ *Ibidem*, p. 6.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 75.

⁴¹ *Idem*.

Un ejemplo típico de la eficacia de esta metodología es su aproximación al tema de la naturaleza de la maternidad. El capítulo «Reproducción y rechazo» (*Reproduction and Refusal*) se abre con una revisión general de la bibliografía académica sobre el tema:

Existe una importante literatura que se ocupa de la maternidad femenina, del deseo de tener un hijo en las mujeres y de la creación, reproducción y mantenimiento de ese deseo en las niñas. La literatura, que incluye la reformulación y ampliación de los relatos psicoanalíticos escritos a finales del siglo pasado, los propios relatos, y las descripciones sociológicas modernas de la maternidad, se ha confabulado en su mayor parte con la necesidad social, es decir, con el hecho de que los demás suelen esperar que las mujeres deseen y tengan hijos⁴².

Steedman desmitifica un enfoque general y reduccionista de la maternidad, mostrando que hay muchas formas diferentes en que las madres conciben su maternidad, o la posibilidad de ser madre. Por ejemplo, afirma que el problema y la ansiedad de la empleada doméstica victoriana Hannah Cullwick –autora de unos celebres diarios que describen la relación entre sirvientes y señores en la Inglaterra victoriana– por la posesión real de los niños,

conecta con todas las madres de las que habla Ann Oakley en *The Sociology of Housework* («La sociología del trabajo doméstico») que, antes de que los mitos de la maternidad se impusieran, sabían que los niños eran los que desordenaban la casa. Conecta con la advertencia que mi propia madre repetía a menudo: «Nunca tengas hijos, querida; te arruinan la vida,» y con la historia de los niños editada en *The Tidy House* («La casa ordenada»), que constituía un intento por parte de los niños de dar sentido a la ambivalencia de su propia madre sobre su presencia, junto con el conocimiento de que algún día podrían tener hijos ellos mismos⁴³.

Este párrafo transmite el potencial académico del enfoque autobiográfico polifónico de Steedman: mezcla a la perfección un relato psicoanalítico escrito a finales del siglo XIX (los diarios de Hannah Cullwick), un trabajo sociológico sobre el trabajo doméstico elaborado por Ann Oakley basado en los testimonios de las madres, el testimonio de Steedman sobre la experiencia de su madre y, por último, el propio trabajo académico de Steedman sobre el tema⁴⁴. Diferentes épocas (la Gran Bretaña victoriana y la de posguerra), disciplinas (historia, crítica literaria, sociología y psicoanálisis) y géneros

⁴² *Ibidem*, pp. 83-84.

⁴³ *Ibidem*, p. 85.

⁴⁴ Stanley, Liz (ed.), *The Diaries of Hannah Cullwick*. London, Virago, 1984; Oakley, Ann (ed.), *The Sociology of Housework*. London, Martin Robertson, 1974.

(relatos autobiográficos, autobiografías femeninas de la clase trabajadora como *Jipping Street*, de Kathleen Woodward, literatura académica sobre la infancia de la clase trabajadora como *Working Class Childhood*, de Jeremy Seabrook, y sobre la relación entre padres e hijos, como *Taking It Like a Woman*, de Ann Oakley) se combinan para producir una idea más integrada del tema analizado.

De este modo, la autobiografía de Steedman despedaza las categorías tradicionales de la gran teoría y de la historia de la clase trabajadora al mezclar todos estos géneros y proporcionar a los historiadores una nueva perspectiva para el estudio de la clase, el género y la política. Steedman pretende destacar el origen polifónico, el significado y la articulación de las «historias» que escuchamos y contamos, y la escritura académica que construimos. Como ella misma admite, su libro «se ocupa de la relación entre el relato autobiográfico (la historia personal), la historia de casos y la construcción y escritura de la historia. Trata de la historia de las mujeres, [...] de las dificultades para escribirla, de las otras historias que se interponen, y de los diferentes tipos de forma narrativa»⁴⁵.

Para ayudar a validar la forma polifónica del libro, Steedman comienza algunos de los capítulos con una declaración de tesis que sintetiza sus ideas centrales: «Es parte del propósito de este capítulo sugerir lo que el rechazo de tener de un bebé o un hijo es en realidad una negación [«refusal of»]. Algunas mujeres del pasado reciente han intentado no reproducirse (aunque algunas hayan sido madres); se han negado a comportarse según las «reglas» oficiales de la buena maternidad»⁴⁶. Después de la introducción de cada capítulo, Steedman avanza hacia una idea general, normalmente tomada de la literatura académica relacionada con el contenido del capítulo, y luego aplica estas perspectivas a su propia vida y la de su madre. Y, finalmente, el sentido común de la experiencia y la reflexión personal desafía a menudo la erudición teórica o las convenciones académicas: «Las mujeres y las niñas del siglo XIX intentaban una y otra vez indicar el significado de la ropa a los investigadores sociales, quienes no entendían, y que ni siquiera se daban cuenta de que no entendían de lo que se estaba hablando, y que simplificaban a los niños de su propia trivialidad»⁴⁷. Este proceso metodológico le

⁴⁵ Steedman, Carolyn, *Landscape... op. cit.*, p. 127.

⁴⁶ *Ibid*, p. 84.

⁴⁷ *Ibid*, p. 89.

lleva a concluir que la erudición no puede captar algunas motivaciones de la gente corriente y, en su caso, algunas motivaciones de *su* madre:

Las teorías de la maternidad esbozadas al principio del capítulo –la psicológica, la psicoanalítica y la sociológica– me desafían. Sé que se basan en ideas socialmente determinadas y de evolución bastante reciente sobre lo que es una buena y una mala maternidad. Lo que no pueden hacer (porque derivan de esa fuente) es proporcionar cualquier forma de decir que mi madre fue, de hecho, lo suficientemente buena, bastante buena en los cuatro años que estuvimos juntos, antes de que el mundo se estropeará, para ella y para mí⁴⁸.

Una de las lecciones más consistentes de *Landscape for a Good Woman* es que siempre hay algo que falta en la interpretación académica que debe ser llenado por las experiencias personales y emocionales. Como resultado del doble enfoque de Steedman, escribe sobre su madre desde una perspectiva académica bastante distante, que contrasta fuertemente con su evidente apego emocional a ella. Sin embargo, al utilizar a su madre como objeto dual –memorístico y académico–, Steedman quizás muestra, de forma más o menos consciente, el profundo trauma causado por su difícil relación. En este sentido, *Landscape for a Good Woman* funciona también como terapia. Como prueba de ello, Steedman culpa a su madre –en un pasaje particularmente emotivo y dramático–, de su propia falta de amor propio y autoestima: «la integración entre el yo y el yo-reflejado [the integration of the self and the mirrored self], que proporciona la base de la sensualidad, muere en la niña, y el rechazo a la madre, la retirada del espejo, reproduce el rechazo»⁴⁹. Aunque actualmente sigue viviendo *en* los sueños de la autora, y no *fuera*, en la calle, como su padre, la madre de Steedman no pudo soportar el rechazo final de su hija mayor –y la hija no está segura de haber sido ella misma quien la culpable de esa situación–.

Steedman concluye su narración con un gesto posmoderno de desafío, un gesto muy foucaultiano, argumentando que la verdadera historia (la que ella ha reproducido en su autobiografía experimental) es la historia que tradicionalmente se ha situado en los márgenes, pero que sigue siendo válida:

El proyecto de la autobiografía de la clase trabajadora fue diseñada para hacer de esto al menos un proyecto factible. Pero hacer esto es pasar por alto la naturaleza irreductible de todas nuestras infancias perdidas: lo que se ha hecho se ha hecho en la frontera. Debo hacer el último gesto de desafío, y negarme

⁴⁸ *Ibidem*, pp. 90-91.

⁴⁹ *Ibidem*, p. 96.

a que esto sea absorbido por la historia central; debo pedir una estructura de pensamiento político que tome todo esto, todas estas historias secretas e imposibles, reconozca lo que se ha hecho en los márgenes; y luego, reconociéndolo, se niegue a celebrarlo; una política que, viendo este pasado diga «¿Y qué?»; y lo consigne a la oscuridad⁵⁰.

Steedman nos ha proporcionado una poderosa narración biográfica y autobiográfica, que dramatiza la vida de sus padres y la suya propia. En cierto sentido, su libro transmite la decepción causada por un padre distante y una madre esquiva que no respondía a la visión idealizada de los padres que suelen tener los niños. Sin embargo, sostengo que su relato trasciende la clásica narrativa de la decepción paterna⁵¹. Esto explica que Steedman no ofrezca un relato cronológico y sistemático de sus experiencias infantiles. Más bien, organiza su relato en una serie de capítulos relativamente desconectados, que funcionan como relatos autobiográficos y ensayos académicos que interpretan tanto su vida personal como social.

Finalmente, Steedman sostiene que realmente ha escrito historia, aunque *otro* tipo de historia. Como admitió ella misma unos años más tarde, en un inteligente ejercicio meta-autobiográfico, «es por las potencialidades de esa comunidad que ofrece la conciencia histórica que supongo que quiero que lo que he escrito se llame historia, y no autobiografía»⁵². Sin embargo, es una forma de historia diferente a la que ya han hecho los historiadores profesionales, ya que la autora no ha acometido ninguna investigación empírica previa para el libro, ni ha comprobado los registros matrimoniales, ni las declaraciones del censo, ni los registros hospitalarios⁵³. En su lugar, quería escribir sobre «las historias que nos hacemos, y la especificidad social de nuestra comprensión de esas historias»⁵⁴. Así, Steedman busca una *comprensión* de las historias más que su historicidad: la forma en que las recordamos, las reconfiguramos y las interpretamos:

Los sueños de la infancia relatados en este libro, las fantasías, los sucesos particulares y recordados de una infancia del sur de Londres en los años

⁵⁰ *Ibidem*, p. 144.

⁵¹ Sobre las perspectivas literarias de la decepción parental, ver Porter, Roger J., «Introduction. The Child's Book of Parental Deception», en Porter, Roger J., *Bureau of Missing Persons: Writing the Secret Lives of Fathers*. Ithaca, Cornell University Press, 2011, pp. 1-16.

⁵² Steedman, Carolyn, «History and Autobiography...» *op. cit.*, p. 50.

⁵³ *Ibidem*, p. 45.

⁵⁴ Steedman, Carolyn, *Landscape...* *op. cit.*, p. 5.

cincuenta no constituyen, por sí mismos, su objetivo. Todos volvemos a recuerdos y sueños como estos, una y otra vez; la historia que contamos de nuestra propia vida se reestructura en torno a ellos. Pero la cuestión no reside ahí, en el pasado, en el tiempo perdido en el que ocurrieron; la única cuestión reside en la interpretación⁵⁵.

2. EL POTENCIAL DE LAS AUTOBIOGRAFÍAS EXPERIMENTALES DE LOS HISTORIADORES

El *paisaje* de Steedman transita entre la autobiografía experimental –tal como la he definido al principio del capítulo– la biografía y el artefacto estrictamente académico. Si bien Steedman ha conseguido manejar la autobiografía como experimento para explorar nuevas formas de escribir la historia, también ha intervenido en el debate historiográfico, especialmente en cuestiones relacionadas con los estudios de género, la crítica cultural, la historia social y el marxismo. Además, también ha proporcionado a los historiadores un modelo literario que más tarde apreciarían y practicarían mucho. Por ejemplo, Robert A. Rosenstone comenzó a relacionar las experiencias personales y familiares con los intereses académicos cuando empezó a pensar en forma autobiográfica:

Nunca se me ocurrió que mis elecciones [académicas] también podrían estar relacionadas con mi herencia. Que si naces en una familia de inmigrantes con padres de dos culturas tan diferentes y conflictivas en cuanto a valores como las de Letonia y Rumanía (la germánica y la latina), una familia en la que los chantajistas y los comunistas y las relaciones extramatrimoniales no eran nada destacables, podrías tener una tendencia a interesarte por personajes desgarrados entre los valores y las creencias de mundos diferentes⁵⁶.

Una lectura crítica del ejercicio autobiográfico de Steedman, Rosenstone y tantos otros publicados posteriormente revela el potencial teórico de las autobiografías posmodernistas y experimentales. Rosenstone aborda en su autobiografía familiar *The Man Who Swam into History* (2002), las vidas de tres generaciones de su familia: una de las ramas procedentes de Rumanía (los abuelos Chaim Baer Rotenstein y Sarah, y su hijo Lazar, el padre de Rosenstone) y la otra de Letonia (los abuelos Adolph Kreisler y Freda Voss, y su hija Hannah, su madre). Comienza con la historia de la

⁵⁵ *Idem*.

⁵⁶ Rosenstone, Robert A., *The Man Who Swam into History: The (Mostly) True Story of my Jewish Family*. Austin, University of Texas Press, 2005, pp. xi-xii.

generación de los abuelos, continúa con la de sus padres y concluye con él en la universidad, a una edad en la que los secretos de la familia –los chantajistas por un lado, los comunistas por otro, las aventuras amorosas de ambos– se revelan por fin.

Autobiografías como las de Steedman y Rosenstone han llevado a los historiadores a replantearse incluso la práctica de la historia. Como hemos visto, algunos años después de escribir sus memorias de la infancia, y recordando su experiencia autobiográfica personal, Steedman reflexionó sobre la «diferencia entre escribir autobiografía y escribir historia»⁵⁷. La reflexión de la historiadora australiana Sheila Fitzpatrick sobre su experiencia de escribir una autobiografía biográfica (dedicada a su padre) también nos ayuda a comprender en profundidad este movimiento de los historiadores, sobre todo en los nuevos contextos epistemológicos asociados al nuevo milenio⁵⁸.

Al igual que Steedman, Rosenstone y Fitzpatrick, los historiadores autobiográficos experimentales tienden a abordar el género como una nueva forma de narrativa histórica y biográfica. Gerda Lerner declara que todo en su autobiografía es cierto porque ha tratado de apoyar la memoria con algunas investigaciones y pruebas históricas, pero considera que escribir una autobiografía es *diferente* de limitarse a recoger datos supervivientes. Más bien, es buscar en el interior, ordenar el desorden, discernir lo suficiente para hacer un patrón, encontrar un significado más allá del evento que se extienda a los demás: algo que diga no sólo «esto me pasó» sino «este es el significado de lo que me pasó». Este proceso concluye con la narración de la propia vida, una narración finita e inevitablemente subjetiva y sesgada: «Uno sigue reordenando el pasado a la luz de sus conocimientos actuales y, por tanto, lo que uno establece no son los hechos, sino una historia. Un mito explicativo en el peor de los casos, un cuento entretenido en el mejor»⁵⁹.

⁵⁷ Steedman, Carolyn, «History and Autobiography...» *op. cit.*, p. 41. Otros ejemplos de reflexiones meta-autobiográficas entre los historiadores/as: Conway, Jill K., «Points of Departure» en Zinsser, William (ed.), *Inventing the Truth: the Art and Craft of Memoir*. Boston, Houghton Mifflin, 1995, pp. 41-59, Eley, Geoff, «The Profane and Imperfect Word of Historiography», *American Historical Review*, n° 113, 2008: pp. 425-437, y Fitzpatrick, Sheila, «Can You Write a History of Yourself? Thoughts of a Historian Turned Memoirist», *Griffith Review* (Brisbane), n° 33, 2011, pp. 1-7.

⁵⁸ Fitzpatrick, Sheila, *My Father's Daughter: Memories of an Australian Childhood*. Carlton, Melbourne University Press, 2010.

⁵⁹ Lerner, Gerda, *Fireweed...* *op. cit.*, p. 1.

¿Qué nos enseña, finalmente, la autobiografía biografiada de Steedman, en su capacidad de fundar un género que ha tenido tanta aceptación entre los historiadores? En primer lugar, funciona como una forma singular y renovada de acceder a la práctica de la autobiografía, la biografía y la historiografía. Otras autobiografías de historiadores –y de los académicos de otros ámbitos del conocimiento– nos proporcionaron una excelente información sobre la historia de su disciplina (itinerarios de los académicos, tendencias teóricas que han dominado el campo, los principales debates, las sucesivas escuelas), pero la intervención posmoderna del estilo de Steedman, Rosens-tone y Fitzpatrick nos ayuda a comprender mejor la historia, la biografía y la historiografía (a *meternos* en la historia) y, por extensión, a ampliar los límites de la autobiografía.

Finalmente, autobiógrafas experimentales como Steedman están convencidas de que el tipo de texto que crean es más poético que narrativo, más literario que científico, más no-convencional que académico, donde la verdad es poesía. Desafían los límites de la narrativa autobiográfica convencional sin perder el respeto por la veracidad. Fracturan la cronología lineal. Son polifónicos. Se consideran a sí mismos como personajes de sus propias historias, una estrategia que ha inspirado a los críticos a formular nuevas ideas no sólo sobre la permeabilidad de los límites entre la historia y la autobiografía, sino también sobre las fronteras de la historia, la ficción y la autobiografía. Experimentan con las estructuras convencionales de la autobiografía. Funcionan como una clara señal de que la idea posmoderna de la «muerte del autor» ha terminado, y el autor/historiador resurge como un sujeto fuerte que tiene su propia voz y no es sólo un objeto de estudios realizado por los historiadores de la historiografía. También rechazan «el retrato autobiográfico estándar de una personalidad coherente desarrollada a lo largo del tiempo [y] hacen hincapié en el poder creativo de la memoria, que no se limita a registrar las experiencias pasadas, sino que las reconfigura en lo que Steedman llama 'las historias que hacemos para nosotros mismos'»⁶⁰. Jugando con el pasado y personalizándolo, han creado una nueva relación con el pasado, y con la historia. Como consecuencia de todo ello, dan pleno sentido a aquellas inspiradas e inspiradoras palabras de Jill K. Conway: «esa

⁶⁰ Popkin, Jeremy D., «Historians on the Autobiographical Frontier,» *American Historical Review*, nº 104, 1999, pp. 725-748, esp. 736. Para la cita de Steedman, véase: Steedman, Carolyn, *Landscape... op. cit.*, p. 5.

mágica oportunidad de entrar en otra vida es lo que realmente nos hace pensar en la nuestra»⁶¹.

Por otra parte, la creciente complejidad y variedad de las perplejidades y transformaciones historiográficas actuales exigen diferentes formas de abordar, leer y comprender el pasado, y autobiografías experimentales como las de Steedman contribuyen a satisfacer esta necesidad. Confirman el principio de que nuestras aproximaciones a la historia (tanto colectiva como individual) son inevitablemente personales, regidas por los contextos particulares de nuestras propias historias, formación intelectual y académica, convicciones espirituales y compromisos políticos, sociales y profesionales. Como sugiere de nuevo Conway, «no hay una historia fija, no hay una historia que sea verdadera. Hay historias que contamos a partir de nuestra historia»⁶².

Hay algo más que decir sobre la especificidad de las autobiografías de mujeres –en este caso, de historiadoras– respecto a la de los hombres. A través de su autobiografía, Conway ha defendido su convicción de que las condiciones y el lenguaje patriarcales han ahogado tanto a las mujeres que no han podido escribir con total autenticidad sobre sus propias vidas. Afirma que, cuando escriben su autobiografía, las mujeres tienden a recurrir a una visión más romántica, utilizando la voz pasiva en lugar de la activa, retratándose a sí mismas no como agentes sino como objetos, centrándose en la vida interior más que en la acción y, en muchas ocasiones –el ejemplo de Steedman es muy patente– se ocultan detrás de una segunda persona, en muchas ocasiones un familiar cercano. Por ello, Conway reclama un papel más activo de las académicas, que deben luchar con mayores dificultades y contratiempos, y deben hacerlo –entre otros procedimientos– enfatizando su agencia narrativa [*agency*], para lo que las autobiografías brotan como un medio privilegiado. Conway concibe la *agencia* como la capacidad de actuar en nombre propio en lugar de que se actúe sobre ella, de dar forma activa a las experiencias vitales. Por lo tanto, concluye, el reconocimiento de la propia agencia es un paso importante hacia la plena realización personal.

Steedman, Fitzpatrick, Lerner y Conway, entre otras, han legado unas autobiografías que funcionan también como ejemplos claves para la emergencia de una forma de memorias académicas de mujeres que se ha ido

⁶¹ «Esa oportunidad mágica de entrar en otra vida es lo que realmente nos pone a pensar en la nuestra»: Conway, Jill K., *When Memory Speaks: Exploring the Art of Autobiography*. New York, Vintage Books, 1999, p. 18.

⁶² Conway, Jill K., «Points of Departure...» *op. cit.*, p. 57.

haciendo cada vez más popular.⁶³ Este impulso refleja una renovada urgencia por añadir la historia de las vidas de las mujeres al registro público. Sus autobiografías, profundamente comprometidas con el desarrollo de las *historias* de las mujeres –y, por tanto, de su crucial función en *la* historia– nos permiten acceder a sus itinerarios académicos y vitales, transformando el acto de auto-inscripción no sólo en una intervención intelectual de gran calado, sino también en un acto de dimensiones performativas.

Combinar la investigación retrospectiva histórica y biográfica con la exploración introspectiva autobiográfica hace que el enfoque de estas indagaciones personales sobre la vida, la sociedad y la profesión sea más completo. Indagar en su propio pasado, filtrado por las experiencias de su madre, ha permitido a Steedman acceder con más profundidad y realismo a la circunstancia de cómo los roles de género establecidos limitaban sus posibilidades, y le han impulsado a superar esos problemas con una actitud más propositiva que victimista. Su elección de una forma autobiográfica experimental está condicionada por el deseo de cambiar la historia de las mujeres en lugar de limitarse a comprenderla. Esto le ha llevado a revisar sus investigaciones originales en historia social británica, y plantearse problemas más generales respecto a la historia de las mujeres. Tal como lo expresa bellamente Conway, en lugar de producir sólo «otra estadística más en la historia de la discriminación contra la mujer,» estas autobiógrafas experimentales han elegido un campo de escritura diseñado para que fuera «de relevancia directa e inmediata para la vida de las mujeres»⁶⁴.

En su decidida apuesta por la intervención autorial y narrativa de unas historiadoras que supuestamente deberían ceñirse a rígidas convenciones académicas, estas audaces autobiografías nos permiten apreciar cómo la poética y la política de la autobiografía se mezclan para reconocer que «los sujetos son construidos por el discurso, pero *también*... los sujetos construyen el discurso»⁶⁵. Ellas han dotado a la autobiografía de un importante potencial

⁶³ Davis, Rocio G., «Academic Autobiography as Women's History: Jill Ker Conway's *True North* and Leila Ahmed's *A Border Passage*», *Rethinking History*, nº 13.1, 2009, pp. 109-123, y Miller, Nancy K., «Public Statements...» *op. cit.*, pp. 981-1015.

⁶⁴ Conway, Jill K., *True North*... *op. cit.*, pp. 163-164.

⁶⁵ Neuman, Shirley, «Autobiography: From Different Poetics to a Poetics of Difference», en Kadar, Malene (ed.), *Essays on Life Writing: From Genre to Critical Practice*. Toronto, University of Toronto Press, 1992, pp. 213-230, esp. p. 223. Ver también, Neuman, Shirley, *Autobiography and Questions of Gender*. London, Frank Cass, 1991. Sobre la postestructuralista idea de la «muerte del autor», ver: Barthes, Roland, «Death of the Author»,

discursivo, ya que el *yo* representado en sus textos opera con fines públicos, promoviendo una identidad femenina que revisa las versiones oficiales de la historia intelectual, social y cultural, y los propios roles asignados a uno u otro género.

Después de la experiencia originaria de Steedman, que publicó su *Landscape* en 1986, otras historiadoras como Gerda Lerner, Jill Conway y Sheila Fitzpatrick han seguido publicando autobiografías experimentales tal como lo han hecho Gerda Lerner, John Lukacs, John Elliott, Asa Briggs y Tony Judt, lo que ha dado lugar incluso a intensos debates públicos⁶⁶. El libro de Gerda Lerner *Living With History/Making Social Change* (2009) es una declaración explícita de los principios de la autobiografía experimental, como transmite uno de sus principales subtítulos: «Redefiniendo la profesión de la historia». Lerner recogió algunas de sus piezas autobiográficas para «explicar cómo la decisión de cambiar el contenido de la erudición y el conocimiento histórico para dar a las mujeres una representación justa se convirtió en un reto para desarrollar nuevos métodos de enseñanza y crear modelos alternativos de discurso académico»⁶⁷. Escribió el libro «no sólo como parte de mi autobiografía, sino para dejar constancia histórica»⁶⁸. Su objetivo de fusionar sus opciones historiográficas con su posición de agente de cambio social hace que su libro sea muy parecido al de otras autobiografías contemporáneas, también escritas por hombres recientemente, como las de Geoff Eley, John Lukacs, Tony Judt, o John H. Elliott. Finalmente, estas historiadoras-autobiográficas han demostrado –a pesar de la impostura biográfica de algunas de ellas como Steedman y Fitzpatrick– el potencial pionero de las mujeres académicas cuando apuestan por una sólida erudición combinada con su capacidad experimental e innovativa.

en *Barthes, Image-Music-Text*. New York, Hill and Wang, 1977, pp. 142-148, y Foucault, Michel, «What is an Author», en Rabinow, Paul (ed.), *The Foucault Reader*. New York, Pantheon Books, 1984, pp. 101-120.

⁶⁶ Lerner, Gerda, *Living with History/Making Social Change*. Chapel Hill, The University of Carolina Press, 2009; Lukacs, John, *The Future of History*. New Haven, Yale University Press, 2011; Judt, Tony, *Thinking the Twentieth Century*. London, Penguin, 2012; Elliott, John H., *History in the Making*. New Haven, Yale University Press, 2012; Briggs, Asa, *Special Relationships. People and Places*. London, Frontline Books, 2012; Fitzpatrick, Sheila, *A Spy in the Archives*. New York, I.B.Taurus, 2013. Con «debate público» me refiero al comentario que esas autobiografías han merecido en medios tan influyentes como algunos suplementos literarios de revistas de impacto internacional, como el *The New York Times*, *The Guardian*, *Los Angeles Times*, *Independent*, *Daily Telegraph* y *The Times*.

⁶⁷ Lerner, Gerda, *Living... op. cit.*, p. 1.

⁶⁸ *Ibidem*, p. 7.

ISAIAH BERLIN Y SUS ESPEJOS

María Jesús González

Universidad de Cantabria

Isaiah Berlin (1909-1997) constituye actualmente mi sujeto de estudio biográfico. Sus indudables aportaciones intelectuales le han valido admiración incondicional y calificaciones hiperbólicas e incluso pintorescas: el pensador más importante del siglo xx, «archi intelectual», «el príncipe de los intelectuales», «el más grande conversador del mundo occidental» y el Paganini o incluso el Fred Astaire de las ideas¹. Pero también ha cultivado críticas llamativamente destructivas: seriamente sobrevalorado, no era un pensador original o, taxativamente, «*great equivocator*»². Su posición intelectual en Gran Bretaña y su posterior extensión internacional es inédita. No tiene parangón.

En este plano, en la combinación de su reputación intelectual y su llamativa (y tal vez desmesurada) relevancia pública e incluso popularidad, se plantean interesantes cuestiones por resolver y que tienen que ver con los mecanismos espontáneos o deliberados de construcción cultural y de los mitos intelectuales que no son objeto de este texto pero que, inevitablemente,

¹ Sobre dichas calificaciones, véase: Ezard, John, «Sir Isaiah Berlin arch-intellectual, dies at 88», *The Guardian*, 7 de noviembre de 1997. «Príncipe» en Collini, *Stefan, Absent Minds. Intellectuals in Britain*. New York, Oxford University Press, 2006, p. 39. «Conversationalist» en *New York Times*, 9 de noviembre de 1977. Alan Saunders: «efervescent, ebullient Fred Astaire of ideas», en el tributo a Isaiah Berlin «The Philosopher's Zone», *ABC Radio National*. «Paganini» en la presentación (envenenada) de Michael Oakesthott a la conferencia de Berlin en la LSE «History as an alibi», 12 de mayo de 1953, Archivo LSE.

² Ver críticas en: Podhoretz, Norman, «A dissent on Isaiah Berlin», *Commentary*, febrero de 1999. También Scrutton, Frank McLynn, «The mouse roars», *New Statesman*, 19 de abril de 1999. También otros autores como Hitchens, Scrutton o Jacoby.

añaden complejidad e interés a su estudio biográfico. Estos mecanismos se activaron y funcionaron con éxito ya en su momento, mientras vivía Berlin, lo que le llevaba con frecuencia a confrontar su realidad con la imagen que le devolvía el espejo social y cuya dimensión superaba crecientemente su propia apreciación de sí mismo que era (o pretendía ser) bastante autocrítica.

Berlin se cuestionaba una y otra vez si no se estaba sobreestimando tanto su obra como su impacto en la cultura de su tiempo: «No creo que haya hecho impacto alguno en absoluto. Me siento como un globo golpeando en la superficie del agua»³. Esta percepción de sí mismo le agudizaba su agonía a la hora de dar conferencias: «aterrorizado antes, histérico durante y avergonzado después»⁴. Pero también incrementaba su bloqueo al escribir, ante la obligación moral de ser ese ganso del que se espera que ponga «si no un huevo de oro sí, al menos, algunos de bronce»⁵. Obtuvo la cátedra Chichele de teoría política en Oxford, incómoda para él porque sabía que tenía que enseñar sobre instituciones, constituciones y la maquinaria del orden liberal... y no lo hizo. Ajenas a sus cuitas, le concedieron doctorados *honoris causa* unas veinte universidades, entre ellas las más importantes del mundo: Cambridge, Harvard, Columbia y por supuesto Oxford, donde además llegó a construir y dirigir un *college*, Wolfson. Obtuvo prestigiosos premios como el *Agnelli International Prize for the Ethical Dimension in Advanced Societies*: «¿Qué he hecho yo para merecerlo considerando que nunca en mi vida he escrito una línea sobre ética ni me interesan lo más mínimo las sociedades avanzadas?»⁶. Ingresó en la Royal Academy of Arts y en la British Academy, que llegó a presidir, y dirigió la Royal Opera House (Covent Garden), además de cosechar títulos honoríficos concedidos por la Corona o el Gobierno. «Soy consciente de que una distinción o privilegio lleva al otro... y por tanto hay una explicación sociológica –le escribía a

³ Transcripción de entrevista entre Isaiah Berlin y Michael Ignatieff, el 8 de junio de 1989, cinta 30-1. Los fragmentos de las conversaciones biográficas grabadas de Michael Ignatieff con Isaiah Berlin que se citan en adelante proceden de la *Isaiah Berlin Virtual Library* y se publican con el permiso de los administradores del *Isaiah Berlin Literary Trust*. Agradezco particularmente a Henry Hardy que me haya proporcionado la versión correcta de las transcripciones.

⁴ Carta de Isaiah Berlin a Marion Frankfurter, 23 de febrero de 1952, en Hardy, Henry y Holmes, Jennifer (eds.): *Enlightening Letters, 1946-1960*. London, Chatto & Windus, 2009.

⁵ Carta de Isaiah Berlin a John Sparrow, 21 de noviembre de 1953, en Hardy, Henry y Holmes, Jennifer (eds.): *Enlightening Letters... op. cit.*, p. 405.

⁶ Carta de Isaiah Berlin a Teddy Kollek, 8 de enero de 1988; y nota de Henry Hardy en: Hardy, Henry y Pottle, Mark (eds.): *Affirming Letters 1975-1997*. London, Random House, 2017, p. 334.

un amigo–, pero estoy encantado de beneficiarme de ello»⁷. La prensa y la radio le presentaban con tono reverencial, como una luminaria, algo que no se hacía con sus contemporáneos como Popper o Hayek o incluso con historiadores británicos de fama como AJP Taylor. Hizo pocas apariciones en TV, donde le reclamaban, porque le producía enorme incomodidad su exposición física: según él tenía una apariencia cómica. El día de su ochenta cumpleaños, la radio BBC le dedicó un excepcional programa de cuatro horas y se le homenajeó con un concierto en el Royal Festival Hall, con Nevill Martinson dirigiendo, Arthur Brendel al piano y Heinz Hollinger con la flauta. Le cantaron arias la mezzo Julia Varady y el tenor Fischer Diskeu. Una fastuosa cena en Corpus Christi College culminó un día celebratorio más propio de un miembro de la realeza que de un pensador. Aunque también recibió un regalo envenenado: un artículo crítico del filósofo conservador Roger Scruton en *The Times* donde, entre otras ironías y sutiles críticas, le denominaba «el AntiAyatollah para el que todas las opiniones son sagradas... siempre que no se crean mucho»⁸.

Berlin figuraba en toda autobiografía intelectual o social que se preciara y también aparecía en diversas obras literarias a través de personajes basados en él como Mr Jericho, Elya Mendel, Ambrose Usher o Sir Jeremiah Altman⁹. Amigos, alumnos y admiradores imitaban (aún lo hacen) su característica voz y circulaban historias míticas con anécdotas sobre su humanidad o sus ingeniosas respuestas. Fue retratado, caricaturizado y fotografiado innumerables veces. En sus últimos años afrontó (y colaboró en) la elaboración de su biografía autorizada, así como en la organización de su archivo y la preparación de su legado biográfico intelectual a través de la recopilación y edición de sus textos dispersos por parte de Henry Hardy. «Todos hablan de él –había dicho Laski en su momento– puede que aparezca en las autobiografías de la gente, pero no quedará nada sustancial». Se equivocaba¹⁰.

⁷ Carta de Isaiah Berlin a John Sparrow, 30 de abril de 1975 (inérita). Las cartas inéditas escritas por Isaiah Berlin se publican con el permiso de los administradores del *Isaiah Berlin Literary Trust* y se hallan en su archivo en Wolfson College, IBLTW.

⁸ Scruton, Roger, «Freedom's cautious defender», *The Times*, 3 de junio de 1989.

⁹ Algunos de los personajes de ficción basados en Isaiah Berlin se recogen en la *Isaiah Berlin Virtual Library*, IBVL. Mr Jericho tal vez sea el que más le divirtió al propio Berlin. Ver Lord Berners, *Far From the Madding War*. London, Constable, 1941.

¹⁰ La biografía autorizada es la de Ignatieff, Michael, *Isaiah Berlin*. Madrid, Taurus, 1998. Ver también Hardy, Henry, *In search of Isaiah Berlin. A literary adventure*. London/New York, I.B. Tauris, 2019. Laski en transcripción de entrevista entre Berlin e Ignatieff, 13 de abril de 1989, cinta 28.

A esta intensa presencia y construcción del personaje en vida se han sumado, en un fecundísimo período *after life*, no sólo sus auto/biografías póstumas: la personal escrita por Ignatieff, y la puramente intelectual reconstruida cuidadosa y profusamente por Hardy, sino también un tsunami de publicaciones, traducciones y reediciones. Múltiples autores le han releído, comentado y diseccionado en precisas parcelas vitales o intelectuales. A modo de autobiografía «en bruto», la publicación de cientos de sus cartas ha desvelado su intimidad con pocos filtros. Su presencia actual en la red (en la nutridísima y creciente Isaiah Berlin Virtual Library y en un activo perfil de Facebook), tampoco tiene precedentes¹¹. Todo ello sumado produce un rumor persistente e incluso una cierta sensación de saciedad, pero también reaviva el interés por desvelar su esencia, aunque el número de capas que hay que atravesar resulte intimidante.

No obstante, todo lo anteriormente dicho potencia aún más, si cabe, su interés historiográfico y biográfico. Berlin constituye un personaje-encrucijada y cargado de significados. Personaje de encrucijada histórica, en unos años intensos en los que se cruzan o colisionan las líneas fuerza matrices del convulso siglo xx. Personaje de encrucijada cultural, en su «tránsito» inacabado, o más bien siempre activo y en ocasiones agónico, entre sus tres identidades: judía, rusa y anglosajona. Personaje de encrucijada sociopolítica, en su particular ubicación privilegiada y sus conexiones con los ambientes del *establishment goyim* social, intelectual y político angloamericano y, más secundariamente, del mundo de las élites intelectuales de rusos exiliados y judíos.

Pero, en lo esencial, constituye también un personaje-encrucijada biográfica de toda una época, porque la suya fue una vida nutrida (intensa y deliberadamente) de vidas: una copiosa suma o mosaico biográfico, atesorado cuidadosamente por un voluntarioso cultivador de vidas en su ámbito relacional y en el intelectual. Vidas anheladas e imitadas, conectadas, escritadas,

¹¹ Entre las biografías «parciales» más significativas: Dubnov, Arie, *Isaiah Berlin: The Journey of a Jewish Liberal*. New York, Palgrave Macmillan, 2012. Caute, David, *Isaac and Isaiah: The Covert Punishment of a Cold War Heretic*. New Haven/London, Yale University Press, 2013. Cherniss, Joshua L., *A Mind and its Time: The Development of Isaiah Berlin's Political Thought*, Oxford, Oxford University Press, 2013. Della Casa, Alessandro, *Isaiah Berlin. La vita e il pensiero*. Roma, Rubbettino, 2018. Los cuatro volúmenes de correspondencia editados por Henry Hardy (*Flourishing: Letters 1928-1946; Enlightening: Letters 1946-1960; Building: Letters 1960-1975 y Affirming: Letters 1975-1997*). El resto de las publicaciones desbordarían este espacio.

narradas... Vidas rescatadas, hechas vivas o instrumentalizadas en las que el autor se expresa personal, ideológica y filosóficamente, se construye, se reconoce, se retrata, se confronta o se esconde. Lo hizo en su propia trayectoria vital, pero también en sus escritos filosóficos, en las semblanzas académicas y en los retratos realizados en *eloges* y otros apuntes biográficos breves, incluyendo los realizados en su correspondencia.

Notoriamente indiferente hacia el mundo natural –ha escrito Jennifer Holmes– Berlin a menudo proclamó que las personas constituían su paisaje y añadió significativamente: «soy un criador de personas como otros lo son de pájaros»¹².

Se refería a su casi obsesivo afán de sociabilidad en el ámbito privado y público, a su curiosidad, interés y atracción voluntaria o compulsiva, emocional o científica, hacia las personas y sus asuntos, y más particularmente hacia las personalidades como confeso «adorador» de héroes. Pero ese frecuentar el paisaje humano y su «cultivo» personal también constituyó un elemento estructural, fundamental, en el plano intelectual. Berlin, en definitiva, se mueve en un laberinto de espejos biográficos en los que se contempla para definir su identidad, pero que también utiliza como expresión y metodología de su historia de las ideas.

A continuación, me centraré en el recorrido y análisis de esos espejos y reflejos: las «encrucijadas biográficas» de Berlin –«criador de personas», «cultivador de vidas»–. A través de este recorrido pretendo desvelar algunas claves sobre su propia biografía y sobre su utilización del género.

1. *MENSCHEN SIND MEINE LANDSCHAFT*. SÓLO IMPORTA EL PAISAJE HUMANO¹³

Los judíos, como los extranjeros que buscan perderse en la extraña tribu, se ven obligados a dedicar todas sus energías y talentos a la tarea de entendimiento y adaptación de los que depende su vida a cada paso. Isaiah Berlin, *Jewish Slavery and Emancipation*

¹² Holmes, Jennifer, «Isaiah Berlin on himself», en Henry Hardy (ed.), *The Book of Isaiah*. Oxford, Oxford University Press, 2009, pp. 238-246, esp. p. 240.

¹³ La cita es de Schuler, Alfred, *Fragmente und Vorträge aus dem Nachlass*. Leipzig, Ludwig Klages, 1940, p. 51. Ver carta de Isaiah Berlin a Marietta Tree, 16 de agosto de 1968, en Hardy, Henry y Mark Pottle (eds.), *Building. Letters 1960-1975*. London, Chatto & Windus, 2016, pp. 359 y 451: «el único paisaje que me gusta son los seres humanos».

—¿Y ahora dígame por qué asume las características de la persona con la que está?

—Seguro...

—¿Qué quiere decir con «seguro»?

—Seguro... ser como los otros

—¿Quiere sentirse seguro?

—Quiero gustar

Diálogo en *Zelig*, de Woody Allen

Para casi dos millones de súbditos del imperio ruso, la revolución provocó una oleada migratoria sin precedentes. El destierro y la pérdida de su patria y sus raíces e incluso de su «existencia» burocrática, se solucionaron formalmente con pasaportes Nansen y la acogida más o menos generosa de ciertos países. Pero, como narraba Nina Berberova, su identidad se resintió. Muchos refugiados (aristócratas, campesinos, militares blancos, mencheviques, socialistas revolucionarios, intelectuales críticos o simplemente burgueses aterrorizados) languidecían, inadaptados, en espera de un regreso a un país y una cultura que ya no existía y que, además, sería imposible recuperar. En el parque de Montsouris en París, las mujeres rusas se abrazaban a los blancos abedules que les recordaban a su país y tradición¹⁴. En Londres los hombres se reunían nostálgicos o conspiraban en torno al samovar.

El antisemitismo, por su parte, constituía la pesadilla de los judíos de Europa a principios del siglo xx: los pogromos, el señalamiento, el rechazo, el *pale of settlement* (la zona de exclusión) y los ghettos. Algunos habían logrado asimilarse e incluso florecer. Otros muchos «judíos errantes», *Staatlosen* (apátridas), seguían buscando un lugar bajo el sol en Europa central y occidental. En el Imperio de los zares la situación no era más fácil. Tras la revolución, la combinación burgués y judío aún complicaba más las cosas.

El niño Isaiah Berlin era un judío burgués exiliado de dos tierras, de su Riga natal, antisemita, y de su San Petersburgo adoptivo, postrevolucionario y anti burgués, y cuya familia aborrecía tanto a los rusos blancos como a los rojos. Su aterrizaje en Reino Unido implicaba un nuevo principio y le provocaba un deseo irreprimible, una urgencia vital de encajar, de pertenecer. Para pertenecer y asimilarse, lo mejor es observar a los demás y lo que hacen, mezclarse con ellos, mirarse en sus espejos... y gustar.

¹⁴ Berberova, Nina, *El subrayado es mío*. Barcelona, Circe, 1990.

Su proceso de adaptación comenzó en Surbiton, un municipio del sur de Londres donde se instalaron por deseo expreso de su muy anglófilo padre de evitar una urbe londinense llena «de judíos, de rusos y otros indeseables»¹⁵. Apenas tocó suelo inglés aporreó *God save the King* en el piano. En su colegio mayoritariamente «goyim», St Paul, fue un estudiante integrado y modelo que nunca sufrió acoso. Por el contrario, sus compañeros le defendieron golpeando al chico que le llamó «sucio alemán»¹⁶. También logró encajar en el elitista Oxford de finales los años 20, donde gustaba a *hearties* y *arties*... y además a los comunistas. Incluso se convirtió en una referencia oxoniense. ¿Cómo lo consiguió? Era el personaje exótico que rompía con los estereotipos o demarcaciones de clase, culto sin ser pedante, divertido, bonachón, inmensamente hablador, de conversación hipnótica (cualidad aderezada por su rapidez, el tono de voz y su peculiar acento). También era feo, rechoncho, con un brazo defectuoso, y aparentemente asexual, lo que aumentaba su cualidad de personaje querible. A la vez era un extranjero, y «one of them». Allí, en Oxford, entendió muy bien la importancia de relacionarse y pertenecer, y comenzó a nutrir su equipaje de nombres; de personajes académicos, sociales, políticos... Entre ellos se hallaba el carismático don Maurice Bowra, quien le «liberó» y le enseñó a no ser una «ridícula caricatura de un personaje inglés»¹⁷, pero también sus amigos-maestros Hampshire, Spender, Fisher, Toynbee, Ayer, Trevor-Roper, Bowen, Blunt, Woolf o extranjeros icónicos: Namier, Von Trott, Plamenatz o el príncipe Mirsky... Era sólo el principio de una vida intensamente nutrida de vidas «señeras». En 1980 le robaron de su archivo personal cartas que intentaron vender en Sotheby's. Entre ellas se encontraba su correspondencia con Spender, T.S. Eliot, Bernard Berenson, Bertrand Russell y Albert Einstein¹⁸.

En 1932 se erigió en el primer judío en ingresar como Prize Fellow en All Souls, la torre de marfil de la Universidad. Para entonces ya usaba traje de tres piezas y fumaba en pipa a la oxoniense. También se integró sin problemas en ese elitista (y racista) entorno y con ello incrementó su caché. Durante la guerra desarrolló una misión de inteligencia en Estados Unidos. Pese a que su cometido se reducía a informar sobre «judíos, sindicalistas y

¹⁵ Transcripción de entrevista entre Berlin e Ignatieff, 20 de octubre de 1988, cinta 2, IBVL.

¹⁶ Transcripción de entrevista entre Berlin e Ignatieff, 5 de junio de 1994, cinta 24, IBVL.

¹⁷ Carta de Isaiah Berlin a Maurice Bowra, 27 de agosto de 1952, en Hardy, Henry y Holmes, Jennifer (eds.): *Enlightening Letters...* *op. cit.*, p. 318.

¹⁸ Carta de Isaiah Berlin a Chimen Abramsky, 16 de mayo de 1980 (inédita), IBLTW.

negros», transitó los diversos ambientes de las élites americanas y sionistas con idéntico éxito, con lo que acrecentó una preciosa y útil red internacional compuesta entre otros por Alsop, Chilver, Frankfurter, Bohlen, Schlesinger, Pritchard, McGeorge Bundy, Kennan...y Weizmann. Este último personaje se convirtió en su héroe del momento y su inspirador de un profundo (y permanente) sionismo moderado. El regreso al Reino Unido tras la guerra, aderezado con una admirativa y cómicamente equívoca reunión con Winston Churchill, añadió brillo a su aura¹⁹.

Fue entonces cuando, con 36 años, decidió viajar a San Petersburgo. Sus entrevistas allí con Akhmatova y Pasternak le excitaron intelectual y emocionalmente y reavivaron su interés y apetito por ese universo donde había pasado apenas unos años de su infancia. Además, estos personajes se incorporaron a su acervo de referencias míticas (y mitificadoras). Al regresar escribió sobre las víctimas intelectuales de Stalin y los héroes resistentes, pero también comenzó a profundizar en la lectura de los viejos revolucionarios románticos rusos con los que se había tropezado al escribir la biografía de Marx. Si a los primeros, intelectuales reprimidos o resilientes, les observó con la curiosidad y casi frivolidad del «turista antropológico» –como le acusó Pasternak–, con los últimos, y particularmente con Turgeniev y Herzen, se sintió identificado y, según observó Walicki, le ayudaron a adoptar la personalidad rusa y a encarnar una cierta mística asociada a ella en suelo británico²⁰. Nunca escribía en ruso ni siquiera a sus padres, aunque deslizara en ocasiones alguna expresión, y sólo usaba el idioma cuando discutía apasionadamente con su madre, o hablaba con los exiliados rusos (artistas y escritores) que aterrizaban en Inglaterra. Tenía, según le dijeron en Moscú, el acento de los mencheviques; el habla y el sonido de la vieja Rusia, sin neolengua. Pero se impregnó, además, de una cultura y nostalgia vicaria «petersburguesa» muy *glamourosa* intelectualmente. «Pero eres de Riga, maldita sea, –le diría su biógrafo, Ignatieff, años después–. De alguna manera estás reclamando una afiliación honorífica»²¹. Tenía razón.

Así que, en los tempranos años cincuenta, Isaiah Berlin ya había construido una fluida tríada identitaria y autobiográfica que le reconciliaba con su

¹⁹ Se trata de la cena a la que Churchill invitó, equivocadamente, a Irving Berlin, autor de *White Christmas* y creyéndole Isaiah le pidió su opinión sobre la situación internacional.

²⁰ «Antropólogo» según Pasternak en Pipes, Richard, *Vixi Memoirs of a Non-Belonger*. New Haven, Yale University Press, 2005, p. 69. Identidad rusa en Dubnov, Arie, *Isaiah Berlin...* *op. cit.*, p. 43.

²¹ Transcripción de entrevista entre Berlin e Ignatieff, 21 de julio de 1989, cinta 31, IBVL.

ser, pero que también le servía para pertenecer, para gustar y que manejaba y combinaba con destreza en los diferentes contextos: «los tres hilos de mi vida» –decía él– que entret Tejía hábilmente. Su consagración intelectual como portavoz del templado liberalismo de las «libertades» y su difusa autoubicación política «en la extrema derecha del movimiento de extrema izquierda», decía, le facilitaba la adaptación fluida²².

En el Reino Unido y también en los Estados Unidos, Berlin personificaba (y él potenciaba ese rol), a la vez, el cautivador «ruso bueno», el judío no conflictivo, el cosmopolita interesante, el exiliado agradecido, miembro de la fundación *Thank-You Britain* (de refugiados judíos poco críticos con la mezquindad británica hacia los mismos) y el inglés quintaesencial. Era un sabio, emisario de otro mundo... vestido de tweed: the *foreign wise man*. Un asilado de lujo, testigo vivo y lúcido de un gobierno totalitario, al que apenas le había rozado ni la garra stalinista, ni la pobreza... ni desgracia alguna –aunque con el tiempo supo que parte de su familia en Riga había perecido por los nazis y uno de sus tíos en San Petersburgo fue internado en un campo de concentración en la famosa «conspiración de los médicos judíos»–. «Tú y yo, nosotros iniciamos la guerra fría», sentenció Akhmatova. Años después él ironizaría sobre esa *tragic queen*, esa «Dido... y yo su Eneas» pero, bajo su influjo, se había convertido en el mítico «invitado del futuro», inspirador y protagonista de una serie poética y objeto de admiración y de debate²³.

En definitiva, Berlin no sólo era lo que era sino, fundamentalmente, lo que representaba a través de su asociación y «apropiación» biográfica. El caudal de ideas que derrochaba era homologable a su *name dropping*, las sartas de nombres y detalles personales con que iluminaba su conversación o correspondencia epistolar. Su capital simbólico era inmenso y muy atractivo, pero también crecía su capital social en todas direcciones. En Oxford continuaba integrado en la *crème* académica y pronto sería miembro estrella del selectivo *The Club*, con Sparrow, Hayter, Strawson, Carr, Lord Blake, Trevor-Roper o Wheare. Fue invitado a la corte en Buckingham donde aconsejó a la reina leer la obra (prohibida por la censura) «Lolita» de Nabokov, y a la

²² Berlin, Isaiah, «The Three Strands in My Life», *Jewish Quarterly* 27, n° 2-3 (Summer/Autumn 1979). Carta de Isaiah Berlin a Morton White, 22 de marzo de 1954, en Hardy, Henry y Holmes, Jennifer (eds.): *Enlightening Letters...* *op. cit.*, p. 437.

²³ Transcripción de entrevista entre Berlin e Ignatieff, 21 de febrero de 1989, cinta 25, IBVL. En cuanto al «invitado del futuro» es el personaje que se ha identificado como Berlin y que aparece en la serie de Akhmatova «Poema sin héroe».

Casa Blanca, donde Kennedy le consultó sobre la psicología rusa y la filosofía de Stalin con el objeto de saber interpretar la crisis de los misiles²⁴. Se le consideraba una excelente compañía en los salones londinenses y actos sociales como los organizados por Anne Fleming, Lord Beaverbrook o los Rothschild. En estos contextos, el pensador era enormemente cuidadoso de no apabullar intelectualmente y hacer que sus acompañantes se sintieran estúpidos haciendo gala de una inteligencia juguetona. Le describían en una cena compitiendo con el periodista Frank Johnson, en evocar óperas de segunda con efectos sonoros, en un dúo tan hilarante, que «las damas tituladas escupían faisán» con sus carcajadas. Constituía una figura muy apetecible y de consenso para premios y titulaciones, elegible en academias e instituciones culturales y también en los clubs exclusivos (aunque en uno de ellos le mostraron la fea garra antisemita). El judío de ninguna parte –escribía Clive Jones– era demandado en todas partes²⁵.

Pero además de todo eso, y tal vez potenciado por estas cualidades, se convirtió en el intelectual por antonomasia en una Inglaterra muy poco amante de esas figuras. Incluso, al decir de Perry Anderson, llegaría a nutrir esa dinastía intelectual de *white emigrés* (como Namier, Gombrich, Klein, Popper...) que renovaron el *establishment* con sus flamantes títulos de Sir, legitimando y dotando de sustancia la política e instituciones británicas²⁶. Aunque apenas tenía una monografía publicada, y algunos artículos y conferencias, su aura de sabio-pensador se consolidaba. Hasta su físico le avalaba. Esa voz profunda, ese porte tan *senior common room* oxoniense, ese rostro con ojos inteligentes y escrutadores «entre un urogallo y un spaniel con grandes ojos marrones listos a la vez para volar y para cazar»²⁷. Tal vez el detonante definitivo para alcanzar el estatus de icono intelectual –que vino de la mano de una mujer, la rusa emigrada Anna Kallin– fueran sus hipnotizadoras charlas sobre pensadores reaccionarios, radiotransmitidas por el *Third Programme* de la BBC. Costaba seguirle. Ni siquiera se le entendía todo lo que decía. Pero resultaba enormemente estimulante la voluptuosa cascada de ideas y reflexiones que vertió con el tema de fondo de la libertad

²⁴ Sobre «Lolita», carta de Isaiah Berlin a Edmund Wilson, 27 de agosto de 1957, en Hardy, Henry y Holmes, Jennifer (eds.): *Enlightening Letters...* *op. cit.*, p. 592. Sobre su episodio con Kennedy, véase: Ignatieff, Michael, *Isaiah Berlin...* *op. cit.*, pp. 239-241.

²⁵ Descripción de la cena y «judío» en Jones, Clive, «Guest from the Future», *The Times Literary Supplement*, 3 de septiembre de 2004.

²⁶ Anderson, Perry, «Components of the National Culture», *New Left Review*, julio/agosto 1968.

²⁷ Brodsky, Joseph, «Isaiah Berlin, a Tribute», en Ullman-Margalit, Edna y Margalit, Avishai, *Isaiah Berlin A Celebration*. London, The Hoggarth Press, 1991, pp. 205-214, esp. p. 210.

humana y que desglosó a través de los detalles biográficos de esos pensadores tan «exóticos» para el universo británico como Helvetius, Rousseau, Fichte, Hegel, Saint Simon y Maistre. El éxito popular le hizo escalar otro peldaño más. Se convirtió en un personaje público. También llevó a que su figura siguiera configurándose cada vez más engrandecida y polisémica, nutrida de biografías, de voces vivas y muertas que le acompañaban y le servían para pensar, proyectarse o mimetizarse. En el diccionario satírico de filosofía de Daniel Dennett, *Philosophical lexicon*, Berlin aparece definido como una «diligencia antigua, llena de viajeros internacionales, todos hablando rápido y contando anécdotas *vivid life*. Según la berlina [Berlin] se acercaba a la ciudad uno podía oír muchos acentos que nunca había oído y deliciosas historias»²⁸.

Todo este traqueteo de vidas y de voces –que también lo eran epistolares– enriquece, aunque también camufla, la naturaleza y esencia de Berlin como sujeto biográfico.

Un elemento fundamental y permanente lo constituían su inseguridad, y su permanente deseo de gustar, que él mismo identificaba con su ADN judío. Ambas cosas le llevaban a ocultar su parecer y no manifestarse públicamente en asuntos conflictivos. Huía del debate intelectual y predicaba mayoritariamente para los convencidos. Le complacía, sin embargo, contrastar sus ideas con corresponsales privados críticos, pero amistosos, que le inquirían, le señalaban sus contradicciones, o le hacían precisar sus propuestas. Nunca se expresó públicamente contra autor alguno. Pese a despreciar y aborrecer a Hannah Arendt e incluso bloquear sus trabajos (*Humana Conditio* no se publicó en Reino Unido porque él lo impidió, e invitó a algunos colegas que criticaran su obra en *Encounter*), nunca se manifestó en público contra la filósofa. En sus cartas privadas, sin embargo, la citaba como esa «señorita» Arendt, *german fumiste* rodeada de humo metafísico, mediocre, judía *self-hater*, fanática, vacía, sobrevalorada y hasta fea... representaba para él un mundo de pesadilla. Idéntica estrategia –censura pública soterrada, abierta y feroz crítica privada– utilizó con Chomsky, sobre todo tras distanciarse de él ante su cuestionamiento del genocidio de los Jemeres rojos, y maniobró para bloquearle un artículo en *Index of Censorship*, aunque pretendiera seguir siendo su amigo. Similares sentimientos negativos y desprecio intelectual (de nuevo nunca expuestos en público), profesaba hacia Koestler, Steiner,

²⁸ Dennet, Daniel C. (ed), *Philosophical Lexicon*. Delaware, University of Delaware, 1987, p. 7.

Adorno y, fundamentalmente, Deutscher, su otra bestia negra, a quien aborrecía desde que le hiciera una feroz crítica, y al que obstaculizó el acceso a una plaza docente²⁹.

Evitaba igualmente pronunciarse en cuestiones polémicas de carácter sociopolítico (como la guerra de Vietnam, la homosexualidad, la pena de muerte, cuestión nuclear, el apoyo explícito a Margaret Thatcher o el feminismo) aunque, de nuevo, se pueden rastrear sus opiniones en privado. A Richard Pipes, que le preguntó a quién debía votar entre Nixon y Mac Govern, Berlin le aconsejó: «votar a Nixon y no decírselo a nadie»³⁰. Como Proteo, ese personaje tan querido por el pensador en sus metáforas para contrastarlo con el Procusto de las interpretaciones rígidas, Berlin tal vez pudiera «predecir el futuro», pero prefería ocultarse, cambiando de forma para evitar tener que hacerlo... y también, tal vez, para camuflarse.

2. LOS ROSTROS DE LAS IDEAS

Decenas de fotos de pensadores o políticos (entre los que sólo había una mujer: Anna Akhmátova), tapizaban la puerta del estudio de Berlin en su mansión de Headington. Los retratos, las semblanzas biográficas, tuvieron un importante protagonismo en la obra de Berlin. No era un biógrafo propiamente dicho (alguno de sus críticos más feroces le ha calificado de «biógrafo por impotencia»³¹, pero tal vez las aportaciones más originales y también las más populares y atractivas de su producción la constituyen los retratos intelectuales individuales o prosopográficos utilizados para su exposición histórico-filosófica. En ellos, Berlin adoptaba la posición del intérprete, el interlocutor y el pensador³². Pero también era, de nuevo, el hombre dialogando con los espejos en busca de su identidad y sus referencias.

²⁹ Sobre Arendt existen numerosas referencias vitriólicas en su correspondencia, incluido el bloqueo a su libro. Entre otras su carta a Norman Brown el 6 de mayo de 1991 tras el fallecimiento de Arendt, «mi *bête noire*» (inérita), IBLTW. La censura a Chomsky y su ruptura está documentada en el Isaiah Berlin Literary Trust, Wolfson Archive, al igual que el asunto Deutscher.

³⁰ Pipes, Richard, *Vixi Memoirs...* *op. cit.*, p. 69.

³¹ Podhoretz, Norman, «A dissent on Isaiah Berlin...» *op. cit.*

³² Berlin, Isaiah, *Lo singular y lo plural, conversaciones con Steven Lukes*. Madrid, Página Indómita, 2018.

Se pueden destacar varias características en su relación con el género biográfico que nos permiten, a su vez, extraer lecciones sobre el mismo. En primer lugar, su utilización de la biografía como metodología en la exposición y análisis de la historia de las ideas. En segundo lugar, su uso de la misma como reivindicación del papel del individuo y, por tanto, trasunto de su propia concepción filosófica: la biografía entendida como principio filosófico *per se*. En tercer lugar, la instrumentalización de la biografía como vehículo de transmisión ventrílocua de sus propias ideas y refuerzo de las mismas, a partir de la selección y el tratamiento de los personajes y sus propuestas. Y, finalmente, la narración biográfica como medio de autobiografía explícita o soterrada.

Como metodología

Isaiah Berlin practicó el *acercamiento biográfico como metodología*, preferentemente en su análisis de la historia de las ideas. Concebía la exposición biográfica como una herramienta fundamental para una mejor exégesis, proyección pedagógica y, de alguna manera «humanizadora» de las ideas e incluso de la filosofía. Los filósofos analíticos, como ha destacado Mark Lilla, asumían que la filosofía sólo sucede cuando las ideas «desarrollaban alas y escapaban» del cuerpo creador (y por tanto su estudio tenía sentido en una pureza abstracta). Berlin, por su parte, consideraba que «se aprende más de una idea como idea cuando se sabe cuál es su génesis y se entiende por qué cierta gente las encontró irresistibles y fueron empujados a la acción por ellas»³³.

La historia de las ideas –decía Berlin– es la historia de lo que creemos que la gente creyó o pensó y esa gente era gente real, no estatuas o colecciones de atributos [...]. Para escribir una historia de la filosofía buena y esclarecedora –añadía– hay que entrar imaginativamente en el mundo mental de los filósofos que uno discute, entrar en lo que las ideas significaban para quienes las sostenían [...] las ideas no son mónadas, no nacen del vacío [...] son parte del llamado clima intelectual y moldean a la gente y sus actos tanto como los factores materiales y la transformación histórica³⁴.

³³ Lilla, Mark, «Isaiah Berlin Against the Current», *New York Review of Books*, 25 de abril de 2013.

³⁴ Jahanbegloo, Ramin, *Conversations with Isaiah Berlin*. London, Halban Publisher, 1992, pp. Xiii y 24.

Berlin nunca citó a Weber, pero esta propuesta de análisis constituye claramente una aplicación de la sociología interpretativa, del «*verstehen*» weberiano, centrado en la comprensión de los diversos significados que los individuos asocian a su mundo. Este Berlin pensador de las ideas, estaba ciertamente más lejos de aquel joven oxoniense que invertía tardes en sus habitaciones del *college*, debatiendo con Austin y otros filósofos del lenguaje sobre la naturaleza de aserciones como «Francia es hexagonal» o «el gato está sobre la alfombra», superando con la realidad el caricaturesco gag de los humoristas de *Beyond the Fringe* sobre los filósofos de Oxford, en el que uno de ellos proponía reflexionar sobre la afirmación: «hay demasiado martes en mi ensalada de remolacha»³⁵.

Karl Marx: su vida y su entorno, su biografía más elaborada y su única monografía propiamente dicha, fue publicada en 1939.³⁶ En ella, combina el retrato psicológico y el análisis del medio intelectual de Marx y de su producción. También refleja su educación y sus gustos. De ella se ha dicho: «Deja al lector la sensación de que si Marx entrara en la habitación sabríamos qué decirle»³⁷. Berlin caracteriza al pensador como un personaje agresivo, grosero, frío, «insanamente celoso» incluso amedrentador (*bully*) obsesionado con posibles conspiraciones. Le describe también enfermo y empobrecido, lleno de amargura, odio y cólera, jurando que «la burguesía le pagaría a precio de oro cada uno de sus carbunclos»³⁸. Además, aparece representado como un hombre profundamente antisemita, criticando a un Lasalle que gastaba más en cigarros y flores para el ojal que el dinero que tenía la familia Marx para comer en una semana y al que llamaba despectivamente «ese negro judío». Tal vez eso sea lo que, claramente, menos le perdona Berlin a Marx: su condición de *Selbstbatterjudische* y de antisemita; una relación difícil con sus propios orígenes judíos que Berlin analiza en otro ensayo aparte. Sin embargo, a la vez, retrata de manera conmovedora su pobreza, amor a la familia, su pasión intelectual y también reconoce su poderosa mente: no le subestima en absoluto. Berlin mostró una capacidad

³⁵ Francia, el gato etc... en los debates con John Langshaw Austin, su amigo y profesor de filosofía moral. El famoso gag de los filósofos de Oxford de *Beyond the Fringe* se representó en los años 60.

³⁶ Berlin, Isaiah, *Karl Marx: his life and environment*. London, Thornton Butterworth, 1939. Se ha reeditado hasta en cinco ocasiones en Oxford University Press hasta 1985. Ha tenido otras diversas ediciones más recientes en Reino Unido y Estados Unidos, así como numerosas traducciones. En español se ha editado cinco veces entre 2015 y 2018.

³⁷ *Ibidem*, p. 27.

³⁸ *Ibidem*, p. 215.

de distancia aparentemente aséptica e incluso de «empatía» a la hora de transmitir las ideas del pensador, respetando su argumentación, originalidad y empuje inicial. «Cuando trabajaba en Marx –destacó– traté de entender qué era ser Karl Marx, en Berlín, en París, en Bruselas, en Londres y pensar en términos de sus conceptos y categorías. Hice lo mismo con Vico y Herder, Herzen, Tolstoy, Sorel»³⁹. Lo que también consiguió fue que su temperamento, su epistemología y su visión política quedaran inherentemente ligadas, contrastando los poco halagadores rasgos de la personalidad del pensador con sus optimistas antecesores⁴⁰.

Se podría decir que fue precisamente esta primera experiencia biográfica y, sobre todo, el campo de autores ilustrados y precursores rusos que le iluminó esta investigación, lo que probablemente le indujo tras la guerra a abandonar la filosofía y adoptar la historia de las ideas. Ciertos autores, no obstante, afirman que en realidad seguía haciendo filosofía cultivando esa perspectiva biográfica.

Las características citadas –diálogo, vivacidad, retrato psicológico y profundización en la génesis «humana» de las ideas– se destacan también en su obra de compilación *Los pensadores rusos*, un retrato colectivo de la *intelligentsia* rusa, en el que se recogen ensayos dispersos de los años cincuenta publicados en diferentes revistas especializadas, introducciones o conferencias. Esta compilación tuvo un sorprendente éxito. El libro no solo se convirtió en regalo favorito en las navidades de 1978, sino que llevó a que la lectura de la obra de Turgeniev o Herzen se pusiera «de moda» en Oxford. Ha sido elegido recientemente por el *Times Literary Supplement* uno de los 100 libros más influyentes desde la guerra. La obra abordaba alguna de las cuestiones estrella de Berlin, como la diversidad e incompatibilidad de valores, el peligro de objetivos ideales o utópicos como respuesta cerrada y única al problema de cómo vivir en el futuro (al costo de las generaciones presentes), libertad y pluralismo frente a monismo... y lo hacía a través de las voces y las ansiedades de sus protagonistas. El hecho de que esa biografía coral de pensadores y autores rusos no demasiado conocidos en el Reino Unido tuviera tal resonancia, dice mucho de la capacidad comunicativa de Berlin. Recreó vívidamente su personalidad, circunstancias, relaciones de amistad y sus diálogos y debates ideológicos: el apasionado ambiente de ebullición intelectual que les llevaba, incluso

³⁹ Jahanbegloo, Ramin, *Conversations with... op. cit.*, p. 28.

⁴⁰ Dubnov, Arie, *Isaiah Berlin... op. cit.*, p. 132.

adorándose unos a otros, a «enemistarse durante semanas enteras porque no podían ponerse de acuerdo en una definición de ‘espíritu trascendental’ de Kant» o estaban ofendidos por las opiniones divergentes acerca de la «personalidad absoluta»⁴¹.

El éxito de esta obra se reavivaría con el estreno de la premiada y exitosa producción teatral de Tom Stoppard *The Coast of Utopia* (2007). El autor se confesó «infectado» por la lectura de Isaiah Berlin y sus personajes: «me enamoré de ellos, al principio intelectualmente, pero luego [...] sentí una vinculación emocional con sus historias»⁴². Tal era su capacidad de transmitir vida e ideas: comunicando y apasionando. Cuando Berlin comenzaba a profundizar en su pensamiento, el lector ya estaba «envuelto» en el personaje y lo entendía. El éxito de la obra teatral hizo que el libro incrementara espectacularmente sus ventas.

Según apunta Alan Ryan, el acercamiento de Berlin se basaba en un profundo humanismo y un profundo culturalismo: «el mundo que importa es el mundo tal y como es entendido» explica, y para entenderlo y exponerlo recurría a una técnica dialógica (de diálogo) explícita o implícita. «Necesitamos al autor completo para tener el argumento completo –añade Ryan– [...] y lo que se produce no es tanto una historia de las ideas como un diálogo filosófico dramático»⁴³. Este diálogo tenía lugar bien *con* sus sujetos o *entre* sus sujetos pensantes. Les retrataba psicológicamente y les confería vida, les interrogaba, les dejaba hablar y, sobre todo, les escuchaba, infundiendo vivacidad a su mente y argumentos. Era un «artista de la resurrección intelectual»⁴⁴. Lo hacía incluso si lo que decían los pensadores le resultaba ajeno o profundamente odioso, como sucedería en el caso del gran reaccionario Joseph de Maistre. De hecho, le interesaban particularmente aquellos autores cuyas ideas diferían de las suyas propias; tanto en el plano intelectual como vital. Cultivaba una fascinación por aquellos personajes «extremos» e iconoclastas con los que contrastaba su propio pensamiento liberal y moderado: oscuros, reaccionarios, críticos inmanejables e incluso violentos. Por muy extravagantes que sean –afirmaba Berlin– dejan al descubierto los fallos donde se puede

⁴¹ Berlin, Isaiah, *Pensadores rusos*. México, Fondo de Cultura Económica, 1978, p. 260

⁴² Lee, Hermione, *Tom Stoppard: A Life*. London, Faber & Faber, 2020, p. 660.

⁴³ Ryan, Alan, «Isaiah Berlin: The history of ideas as psychodrama», *European Journal of Political Theory*, nº 12(1), pp. 61-73.

⁴⁴ Ezard, John, «Sir Isaiah Berlin...» *op. cit.*

insertar la daga⁴⁵. También le servía para explorar identidades alternativas: «adoro –escribía– las relaciones con el enemigo y cruzar las líneas»⁴⁶.

Esta idea la compartía con Stuart Mill, quien llegó a afirmar que «si no hubiera verdaderos disidentes, tendríamos obligación de inventar argumentos contra nosotros mismos con el fin de mantenernos en perfectas condiciones intelectuales»⁴⁷.

Pero, más allá de la fascinación que ejercían los detalles personales o el retrato de los protagonistas en los márgenes o contracorriente, a través de ellos rastreó y expuso las sensibilidades e ideas más fundamentales surgidas en el siglo XVIII y que se convirtieron en origen e inspiración en el siglo XX de ideologías de corte totalitario, derivadas tanto de un pensamiento ultra racionalista como del antirracionalista y religioso.

El volumen editado en 1980 con el título de *Contra la corriente* comprendía también una compilación de ensayos dispersos y abordaba aspectos de Vico, Herder, Marx y Disraeli, Montesquieu, Mosse Hess, Maquiavelo o Sorel, en este caso tratados individualmente, al igual que en el de los *Seis enemigos de la libertad*: Helvetius Rousseau, Fichte, Hegel, Saint Simon o Maistre, que provienen de sus conferencias emitidas en directo en el *Third Programme* de la BBC. Otra de sus obras biográficas, *El mago del norte, J.G. Hamman*, fue directamente rescatada de unos viejos *dictabelts* de los años cincuenta. A estos se suman otros diversos retratos más breves, como los de J.S. Mill, Hume o Locke. La «trampa» metodológica en muchos casos la constituía la subjetividad. Berlin tendía a acentuar los elementos positivos o negativos de la personalidad de los pensadores asociada a su condición de héroe o enemigo ideológico: tendía a pintar, ha escrito Young, a los diablos monistas con sombras muy oscuras y a los ángeles pluralistas con reflejos demasiado brillantes⁴⁸.

⁴⁵ Carta de Isaiah Berlin a Norman Brown, 6 de mayo 1991, en Hardy, Henry y Pottle, Mark (eds.): *Affirming Letters...* op. cit., p. 415.

⁴⁶ Carta de Isaiah Berlin a Morton White 22 de marzo de 1954, en Hardy, Henry y Holmes, Jennifer (eds.): *Enlightening Letters...* op. cit., p. 438.

⁴⁷ Prólogo de Isaiah Berlin en Mill, John Stuart, *Sobre la libertad*. Madrid, Alianza, 1979, p. 29.

⁴⁸ Berlin, Isaiah, *Contra la Corriente, ensayos de Historia de las Ideas*. Madrid, F.C.E. de España, 1992; Berlin, Isaiah, *La traición de la libertad: Seis enemigos de la libertad humana*. Madrid, F.C.E. de España, 1992; Berlin, Isaiah, *El mago del Norte, J.G. Hamman y el origen del irracionalismo moderno*. Madrid, Tecnos, 1997. «Ángeles y diablos» George M Young, Georg M., *Russian Thinkers, Review of Politics*, vol. 41, nº 4, 1979, pp. 596-598.

3. LOS INDIVIDUOS Y LO PERSONAL

En segundo lugar, quisiera destacar su *uso de la biografía como reivindicación y ejemplo de su propia concepción filosófica*; esto es, como muestra de su rebelión contra las abstracciones, las predeterminaciones y el cientifismo y su radical reivindicación del papel de los individuos y lo personal.

«Mi interés en la gente es casi obsesivo», le escribía a Sam Guttenplan, a quien le explicaba que se sentaba en una cafetería y observaba a las personas curiosa, intensa y descaradamente hasta desconcertarlas y resultar casi embarazoso: «esto se refleja en todo lo que hago», ratificaba, ejemplificándolo en la historia de las ideas que se extendía principalmente a «los poseedores o expositores de esas ideas, sus personajes, sus circunstancias personales, las preferencias lugares y circunstancias»⁴⁹. «Algunas personas pueden encontrar esto demasiado frívolo para un académico serio», añadía. Ciertamente, el filósofo y sociólogo de la escuela de Frankfurt, Habermas, se escandalizó cuando Berlin le argumentó que la reacción anti francesa de los pensadores alemanes se debía en parte al hecho de que eran de origen humilde, mientras que los franceses eran aristócratas y que esto creaba tensión entre los alemanes y condescendencia y falta de interés en los franceses: «¡Oh por supuesto! –le dijo Habermas– usted reduce todo a cuestiones personales»⁵⁰.

Ni era frívolo ni era cierto que redujera todo a cuestiones personales. Su superficialidad era, como ha destacado Clive Jones, sólo superficial⁵¹. La búsqueda del «factor humano», el rescate de las individualidades, de su valor heurístico y el impacto en la historia de sus accidentadas y casuales vidas constituía, empero, un propósito constante: una obsesión.

Si yo sostengo –afirmaba– que comprendo a otro ser humano, que siento empatía hacia él, que entro en sus procesos mentales y que por esta razón estoy bien calificado para formarme un juicio de su carácter, de su yo interno, entonces afirmo estar tocando algo que no puede reducirse [...] a un conjunto de operaciones sistemáticamente clasificadas [...] no es algo reducible a una clasificación sociológica [...] Los hombres importan, y las circunstancias importan y las crisis importan y las cosas pueden ir en una dirección o la otra... [tengo] una gran desconfianza en las grandes fuerzas impersonales⁵².

⁴⁹ Carta de Isaiah Berlin a Sam Guttenplan, 14 de julio de 1989 (inédita), IBLTW.

⁵⁰ *Ibidem*.

⁵¹ Jones, Clive, «Guest from the...» *op. cit.*

⁵² Berlin, Isaiah, *Pensadores rusos...* *op. cit.*, p. 269; y transcripción de entrevista entre Berlin e Ignatieff, 30 enero 1989, cinta 21, IBVL.

No es casual que Berlin, enemigo de las abstracciones deshumanizadoras, diera especial protagonismo a los productores del pensamiento, con sus debilidades, dudas, influencias familiares y afanes. En muchos casos destacaba aquello que repercutió en las mentes sensibles de los pensadores, los traumas o pasiones que hicieron cobrar vida a sus ideas y también su carácter. Recreaba la escena de la abuela asesina del niño sirviente, que horrorizó al moderado y escéptico Turgenev (luego temeroso de los reaccionarios y aterrorizado de los radicales). Retrataba el fanatismo amedrentador del gritón Belinsky, caminando de un extremo a otro de la habitación con los ojos encendidos. Describía las dudas del alma torturada de Tolstoi. También reflejaba la megalomanía y fanatismo del «pequeño burgués con complejo de inferioridad» Rousseau; el shock sexual y la crisis religiosa de Hamman que le llevó a su conversión y reacción contra la Ilustración; la dulzura e ingenuidad visionaria de Mosse Hess; y el carácter siniestro y sórdido de un Joseph de Maistre que parecía escribir «desde el patíbulo». Destacaba también las contradicciones vitales del excéntrico Sorel: un apóstol de la acción que vivía en las librerías. Sin embargo, destacaba, su construcción intelectual de una doctrina de la violencia totalitaria que fue tan pura que «pocos años después de morir tanto el gobierno de Mussolini como el embajador de la URSS quisieron construirle un monumento»⁵³.

No se trataba sólo de entender o exponer el pensamiento a través del retrato del individuo sino, casi fundamentalmente, de resaltar el papel del individuo en la historia del pensamiento y, en general, en la historia. Del mismo modo que Berlin se negaba a ver a los seres humanos como esas moscas luchando en la tela de araña de las causas históricas, tampoco admitía su subordinación a los grandes proyectos ideológicos, científicos, totalizadores y universales

Entendía, por otra parte, que existía una sintonía entre lo personal y la producción intelectual. Precisamente en su ensayo «Una década notable» expuso la teoría del «hombre indivisible», una teoría que atribuía a la actitud mental y profundamente moral de los escritores rusos y que aplicaba con gusto a sus propios análisis. Según la visión francesa, explicaba Berlin, la vida privada de un artista intelectual o lo que fuera, no importaba al público más que la vida privada de un carpintero. Esta premisa, añadía, fue rechazada por los escritores rusos que entendían que el hombre era uno y no se puede dividir: «que no es cierto que el hombre es ciudadano por una parte y de modo totalmente independiente es jornalero por otra y que estas funciones

⁵³ Berlin, Isaiah, *Contra la Corriente...* op. cit., p. 413.

pueden mantenerse en compartimentos separados, que el hombre es una clase de personalidad como votante, otra como pintor y otra como marido [...]. Sería siempre falso decir: como artista creo esto y como votante siento aquello: también inmoral y desastroso»⁵⁴.

Berlin no concebía las ideas como algo separado de la personalidad o el carácter. Como destacaba Díaz de Urmeneta en el prólogo a su obra sobre Hamman «las ideas son producto de los hombres que las establecen inventivamente, sí, pero, desde el claroscuro de su acción, sus prácticas y las relaciones de su entorno»⁵⁵. Las ideas viven en la mente de los hombres y mujeres, inspirándoles y moldeando su vida, influyendo en sus acciones –escribía Annan en sus comentarios a *Impresiones Personales*– «al fin y al cabo son los hombres y las mujeres quienes crean las ideas y quienes las encarnan: Nadie podrá comprender las ideas a menos que las vea como expresión de las pasiones, los deseos los anhelos y las frustraciones de los seres humanos»⁵⁶.

En ocasiones Berlin parecía incluso más interesado en explorar la personalidad del pensador, en lo que le condujo a forjar sus ideas, que en la propia coherencia interna o validez de las mismas⁵⁷. Y de nuevo Alan Ryan se pregunta: ¿cuál es la premisa intelectual de la mezcla de biografía, historia y argumento que caracteriza el trabajo de Berlin y que convierte muchos de sus trabajos en unas «impresiones personales»? El autor baraja la posibilidad de que Berlin, simplemente, pensara que la filosofía no podría nunca descubrir nada parecido a la verdad acerca de los valores políticos, y lo que quedaba era el placer de la conversación y el encuentro personal (como si estuviera en una *High Table* en *All Souls*). No andaba muy descaminado Ryan. La conversación, el diálogo, constituía un verdadero método de pensamiento y expresión para Berlin. El contar con un *sparring* intelectual que le cuestionara sus propuestas le obligaba a clarificar sus ideas, a pulirlas y a reflexionar sobre las posibles contradicciones o fallos: «Creo que podríamos producir un libro de filosofía de la historia y creo que lo que deberíamos hacer es escribirnos cartas uno

⁵⁴ Berlin, Isaiah, *Pensadores rusos...* *op. cit.*, p. 254.

⁵⁵ Berlin, Isaiah, *El mago del Norte...* *op. cit.*, p. 31.

⁵⁶ Afterword de Annan a Isaiah Berlin, en Berlin, Isaiah, *Personal Impressions*. Oxford, Princeton University Press, 2014, p. 463.

⁵⁷ Crankshaw, Edward, «The passion for ideas», *The Observer*, 15 de enero de 1978: «un artista *manqué*, menos interesado en las ideas que en los hombres que las propagan».

al otro sobre el tema, le escribía a Morton White⁵⁸. De nuevo, gustaba de mirarse en un espejo.

Ventrilocua

Un tercer aspecto en relación con su práctica biográfica es *su instrumentalización de la misma como vehículo de transmisión ventrilocua y refuerzo de sus propias ideas*.

«Tengo tres o cuatro ideas en mi vida –confesó una vez Isaiah Berlin– que repito una y otra vez»⁵⁹. Esas ideas eran: la diversidad e incluso incompatibilidad de valores que conformaba el pluralismo, la imposibilidad de aplicar un método científico a estudios humanos o de intentar someter sus irregularidades a leyes preestablecidas, el peligro de las utopías que subordinan y sacrifican el presente de los individuos a una futura arcadia, y los dos modelos de libertad. Y es muy cierto que al retratar el pensamiento de los otros Berlin fue desgranando el suyo propio: contrastándolo y nutriéndolo. Según algunos autores han criticado, incluso deformando el ajeno.

Berlin practicaba (sin ocultarla) una permeabilidad en las fronteras entre él y su sujeto. En realidad, él siempre tendía a hacer a sus personajes «razonablemente yo mismo». Era –decía– el único método de empatía con que contaba. Como un actor representando un papel ⁶⁰. Hasta el punto de que en alguna de sus biografías intelectuales se percibe un tono «ventrilocuo» bastante evidente, y una cierta sinfonía recurrente de fondo.

A este respecto, es muy conocida la observación que hiciera uno de sus críticos, Ernest Gellner. Al analizar la teoría del pluralismo de valores divergentes de Berlin (una de sus aportaciones fundamentales), se fijó en que este encontraba sus antecedentes en Maquiavelo, Vico, Herder y Tolstoi «que se parecen –decía Gellner– sospechosamente entre sí como Nicolo Berlianelo,

⁵⁸ También lo demuestra su correspondencia con Andrej Walicki o Beata Polanowska-Sygułska. Ver carta de Isaiah Berlin a Morton White, 4 octubre 1952, en Hardy, Henry y Holmes, Jennifer (eds.): *Enlightening Letters...* op. cit., p. 321.

⁵⁹ Hardy, Henry, *In search of...* op. cit., pp. 161-162.

⁶⁰ Véase Cherniss, Joshua L. y Hardy, Henry, «The life and opinions of Isaiah Berlin», en Cherniss, Joshua L. y Hardy, Henry (eds.), *The Cambridge Companion to Isaiah Berlin*. Cambridge, Cambridge University Press, 2018, pp. 13-30, esp. p. 21. «Actor» en carta de Isaiah Berlin a Norman Brown, 6 de mayo de 1991: Hardy, Henry y Pottle, Mark (eds.): *Affirming Letters...* op. cit., p. 416.

Gianbattista Berlinco, Johan Gottfried Berliner y Lev Nicolai Berlinoi»⁶¹. La coincidencia no era casual, aunque su biógrafo interpretaba generosamente que sus ideas más características eran presentadas como glosa del pensamiento de otros, ocultando así su propia genialidad. Mucho más crítico en su interpretación era el neoconservador Podhoretz, quien tomaba una frase del propio Berlin y afirmaba que no hacía más que «tautología dramatizada»: «¿sustancialmente qué añade?» se preguntaba⁶².

A esa mencionada lista de alter egos que citaba Gellner se sumaba la fusión casi emocional de Berlin con algunos de sus autores favoritos como Turgeniev o fundamentalmente Herzen, el aristócrata exiliado del zarismo. Herzen como Berlin (o Berlin como Herzen), siempre repudió la opresión del individuo, la humillación y degradación de los hombres por las tiranías políticas y personales, la oscura ignorancia... pero sobre todo lo que le identifica con él (y mezclaba sus pensamientos) era su visión de la anti teoría, la historia «sin libreto»: ambos negaban que la vida humana constituyera un «deber social» o que un individuo o una generación debiera sacrificarse por la sociedad por un supuesto bien futuro. «¿Cuál es el propósito de la canción que canta el cantante? Es la canción ...» escribía poéticamente Herzen: la última meta de la vida es la vida, traducía Berlin, quien sobrecargaba de entusiasmo expresivo la exégesis y comentario de las ideas del pensador romántico⁶³. Sin embargo, ese entusiasmo ocultaba también una cierta «domesticación» e incluso no una distorsión cruda, pero sí una clara modulación del tono intelectual de este. «El Herzen de Berlin no es Herzen –afirmaba tajantemente Jacoby–; él estaba más a la izquierda. Estaba más próximo a la revolución y al propio radical Belinsky de lo que Berlin refleja»⁶⁴.

El hecho era que, gracias a ese planteamiento empático, no siempre resulta fácil discernir, en el envolvente discurso de Berlin, dónde está la frontera entre la exposición de sus propias ideas y argumentos y las del sujeto analizado. Esto sucede con mayor frecuencia con sus afines liberales, pero la tendencia a «fundirse» en el discurso (derivada también de su capacidad de empatía), se produce con otros autores antagónicos como Hamman o incluso con Marx. Así lo revela la famosa anécdota que contaba Mary Fisher:

⁶¹ Gellner, Ernest, «Sauce for Liberal Goose», *Prospect magazine*, 20 de noviembre de 1995.

⁶² Ignatieff, Michael, *Isaiah Berlin...* *op. cit.*, p. 329. Podhoretz, Norman, «A dissent on Isaiah Berlin...» *op. cit.*

⁶³ Herzen, Aleksander, *From The Other Shore*, 1850. Berlin, Isaiah, *Pensadores rusos...* *op. cit.*, p. 368.

⁶⁴ Jacoby, Russell, «Isaiah Berlin: With The Current», *Salmagundi*, nº 55, 1982, pp. 232-241.

«cada fin de semana el señor Berlin [padre] leía el libro en voz alta a la señora Berlin y ella a intervalos, interrumpía y decía ¿es ese Marx o es Shaya [Isaiah]? Y él le decía, no, no, ese es sólo Marx, no es Shaya»⁶⁵.

El mismo Berlin observaba, por su parte, con qué frecuencia se producía esta identificación entre otros autores y también era consciente de la suya propia.

Existe un riesgo en particular que radica en el hecho de que aquellos que son tenidos por admiradores de pensadores brillantes y profundos, a la vez que inexactos y oscuros, *lean en los textos de estos mucho más de lo que en realidad dicen, situándolos inconscientemente en la dirección de sus propios pensamientos*⁶⁶. (Cursiva mía)

En su análisis de los autores que estudiaron a Vico, por ejemplo, destacaba como algunos le vieron equivocadamente como un proto marxista, pero también fue presentado como: un pragmatista, un apologista católico, un patriota napolitano, un precursor del fascismo y un existencialista. «Pudiera ser –reflexionaba– que al encontrar en Vico pensamientos que no aparecían plenamente articulados antes del siglo xix y xx, también yo sea culpable de cometer el mismo fallo»⁶⁷. El caso era que lo ubicaba muy hábil y convenientemente en su dinastía argumentativa. Collini lo calificó directamente de *historical ventriloquizing* (ventriloquismo histórico)⁶⁸.

Como autobiografía

Finalmente, Berlin utilizaba la *biografía como estrategia de aprendizaje, contraste y también de autorretrato personal: la biografía como autobiografía*.

En una entrevista realizada con Ignatieff, el poeta Stephen Spender realizó una peculiar y compleja interpretación psicológica de Berlin. Destacó su tendencia a ser algo parecido a un «maestro de teatro» y a vivir vicariamente a través de las emociones de sus amigos (Nicolas Nabokov, Stuart Hampshire, el propio Spender) a los que parecía ver como sus «animalitos domesticados haciendo sus trucos [...] bajo la asunción de que él no vive una vida que

⁶⁵ Prefacio de Henry Hardy a la reedición de la obra de Isaiah Berlin sobre Karl Marx. Shaya era el nombre familiar de Isaiah.

⁶⁶ Berlin, Isaiah, *Vico y Herder*. Madrid, Cátedra, 2000, p. 139.

⁶⁷ *Ibidem*.

⁶⁸ Collini, Stefan, *English Past: Essays in History and Culture*. Oxford, Oxford University Press, 1999, p. 197.

incluya ese tipo de trucos», «hay algo vicario en Isaiah Berlin», concluía Spender. El mismo Berlin se declaró en diversas ocasiones «aburrido, superficial [...], con falta de neurosis creativa, importantes traumas o profunda vida interior». Pero contaba con la comitiva personal e intelectual de una legión de *dramatis personae* en su «no dramática vida», y era a través de ellos como enriquecía su escenario vital⁶⁹.

La utilización de las vidas ajenas como texto autorreferencial formaba también parte de su obra. Del mismo modo que Berlin había utilizado la voz de algunos de los pensadores como megáfono de la suya propia o aderezó las palabras ajenas con su perspectiva particular, también tendió a entrelazarse muy personalmente con sus «modelos», exponiendo retazos autobiográficos en sus retratos de diversos personajes.

En un momento le preguntaron a Berlin: ¿quién o qué te hubiera gustado ser? Y él contestó, sin dudarlo: Alexander Herzen. Su identificación con Herzen es ciertamente muy importante. Ese ruso exiliado y amante de Inglaterra, detractor de la tiranía y socialista pro europeo frente a los fanáticos revolucionarios rusófilos, es descrito por Berlin de una manera muy parecida a como fue descrito él mismo: un seductor intelectual, un conversador, culto, con sentido del humor, un hombre de «extraordinario cerebro que pasaba de un tema a otro [...] inagotable ingenio y brillantez con una asombrosa capacidad para la yuxtaposición instantánea e inesperada de cosas totalmente distintas»⁷⁰. Con él compartía también una actitud de alejamiento de todo dogmatismo sectario y otros temas recurrentes. Indudablemente se parecían. Berlin abordó su biografía y su pensamiento combinando la admiración con la reafirmación identificativa. En el boceto biográfico que realiza en *Contra la corriente*, esa identificación autobiográfica se hace muy evidente. De hecho, Berlin narra un episodio vital del pensador muy similar (incluso sospechosamente similar) al suyo propio y que se basa en un trauma infantil con una gran influencia en su actitud política posterior: Herzen tenía 14 años cuando los líderes de la conspiración decembrista fueron colgados por el emperador Nicolás. Él lo presencié. Mas tarde declaró que este acontecimiento fue el punto álgido de su vida. El recuerdo de esos «mártires sacrificados por la causa de la libertad constitucional rusa»,

⁶⁹ Transcripción de entrevista entre Ignatieff, y Stephen Spender, cinta B8/16-17. Sobre a su «aburrimiento», carta de Isaiah Berlin a Jean Floud, 12 de agosto de 1975 (carta inédita) IBLTW.

⁷⁰ Ver sus descripciones de Herzen en: Berlin, Isaiah, *Pensadores rusos... op. cit.*, Berlin, Isaiah, *Contra la Corriente... op. cit.*

posteriormente se convirtió en «un símbolo sagrado y le afectó para el resto de sus días»⁷¹. Resulta difícil no preguntarse si la famosa visión del niño Isaiah de ocho años, desde su terraza en San Petersburgo, de ese hombre pálido y aterrorizado al que la turba bolchevique arrastraba hacia la muerte y que, según él, le condicionó toda su vida en el desagrado de la violencia revolucionaria, es una realidad coincidente o un recuerdo construido, un préstamo autobiográfico de su héroe.

Otro ejemplo de identificación autobiográfica lo encontramos en su texto sobre «Benjamin Disraeli, Marx y la búsqueda de la identidad». En este texto Berlin explora, a través del análisis del político y el intelectual de origen judío, sus propias inquietudes recurrentes: ¿qué es ser judío?, ¿cuál es la relación con el resto de la sociedad?

Salvando las diferencias él también, al igual que los dos personajes que describe, era un exiliado, desarraigado, un *hyphenated jew* (judío con guiones) ruso-judío-británico. Claramente hablaba de sí mismo cuando destacaba cómo: «la ansiedad extrema por entrar en una herencia cultural que obviamente no es la propia, puede conducir a un deseo ávido de aceptación inmediata». En más de una ocasión confesaría que un rasgo principal de su carácter era la «ansiedad por complacer»⁷². Especialmente por gustar a una élite social a la que ciertamente supo seducir como hiciera Disraeli, pero sin necesidad de bautizarse.

Es en este apartado donde desarrolla una visión biográfica-autobiográfica más sutil y psicologista. Fue la brecha identitaria –afirma– la que condicionó el pensamiento de Marx y Disraeli, de tal manera que generó dos personajes que podrían ser el mismo en un espejo (otra vez los espejos). Se vieron elevados de la posición de «esclavos liberados» a la de amos y se identificaron con otro grupo libre: Marx con los proletarios, aunque sólo en la teoría, porque nunca se mezcló con ellos, Disraeli con los aristócratas. Ambos adquirieron una nueva personalidad, gestos hábitos y estilo de vida: su forma de reacción frente a su inseguridad o crisis identitaria fue identificarse con los otros⁷³.

⁷¹ «Herzen y sus memorias» en Berlin, Isaiah, *Contra la Corriente...* *op. cit.*, p. 265.

⁷² Entrar en herencia cultural en Berlin, Isaiah, *Contra la Corriente...* *op. cit.*, p. 332. Su ansiedad por complacer, lo repite constantemente a sus personas de confianza (Shirley Anglesey, Marion Frankfurter, Kay Graham, Joseph Brodsky, Henry Hardy...).

⁷³ Berlin, Isaiah, «Benjamin Disraeli, Karl Marx, and the Search for Identity», *Transactions & Miscellanies (Jewish Historical Society of England)*, vol. 22, 1968-1969, pp. 1-20.

Pero donde las inserciones autobiográficas de Berlin resultan mucho más explícitas es en la compilación de textos que se publicaron con el título «Impresiones personales», compuesta por retratos breves. Los *eloges* (como él mismo los calificó), constituían encargos escritos para memoriales, obituarios, o celebraciones habitualmente de grandes personajes políticos, intelectuales y académicos, o compañeros de juventud oxonienses que realizaba con cierta frecuencia: «Me siento como Fontenelle, Condorcet, Bossuet... productores profesionales de *Eloges*», decía⁷⁴. Estas piezas ejemplifican lo mejor y lo peor del ejercicio biográfico berliniano. Por una parte, ponen en evidencia su maestría en la penetración psicológica y el retrato irónico y crítico (Namier), o la intensidad de la narración trágica (Pasternak o Akhmatova) en un espacio breve. Pero también abundan los retratos de personajes de cartón piedra, empalagosos. En ellos el tono hagiográfico, la hipérbole descriptiva y la hiper adjetivización en cadena resulta artificial, irritante. Estas características se concentran, fundamentalmente, en algunos de sus personajes más admirados (como Churchill o Roosevelt). De hecho, se dice que fue su enfática semblanza de Churchill (al que retrata como un héroe) la que inauguró el nacimiento del mito. Aunque las hipérboles encomiásticas también afectan a sus amigos y colegas (Bowra, Pares, Herbert, los Halpern...). Tiende hacia la sacarina, diría Jacoby⁷⁵.

La mayoría de los personajes intelectuales retratados, por otra parte, contiene un fragmento de sus propias vivencias. Bowra, Namier, Franfurter o Spender reflejan su percepción y vivencias en Oxford. Los Halpern explican el origen de su vinculación con Anna Kallin y el *Third Programme*. Sus famosos encuentros con los escritores rusos, Akmathova o Pasternak, reviven (o despiertan) sus emociones rusas. Plamenatz aparece como el inmigrante que, al igual que él mismo, a pesar de pasar su vida adulta completa en Oxford y de que su trabajo e influencia eran parte de la historia intelectual de Gran Bretaña, en el fondo se siguió sintiendo un exiliado... un meteque, después de todo. Se autorretrata también en el texto dedicado a su tío Yitzhak Sadeh, casado con Zenya Berlin, la hermana de su padre. Berlin no ocultaba su profunda admiración por este excéntrico personaje, una figura tan contraria a sí mismo. Sadeh, al que denominaba el «Garibaldi judío», era un hombre de acción, enormemente determinado y hasta pendenciero, violento (boxeador, soldado blanco, revolucionario sionista

⁷⁴ Carta de Isaiah Berlin a Arthur Schlesinger, 25 de noviembre de 1952, en Hardy, Henry y Holmes, Jennifer (eds.): *Enlightening Letters...* *op. cit.*, p. 332.

⁷⁵ Jacoby, Rusell, «Isaiah Berlin...» *op. cit.*, p. 240.

radical y comandante del *Palmach*, la élite de *Haganáh*) al que le gustaba luchar: «buscando toda su vida oportunidades para perpetrar la violencia casi sin importar la causa». Todo lo contrario a lo que Berlin definía como su propia «naturaleza temerosa y conejil», como la de su padre... al que en el fondo despreciaba⁷⁶. Rara vez biografió a una mujer. Lydia Keynes o Salomé Halpern, aparecían como interesantes «esposas de». Virginia Woolf –«la mujer más bella del mundo», decía y también la intelectual que le había intimidado– constituyó la única excepción.

Tal vez lo más sorprendente de estos retratos de *Impresiones personales* –a diferencia de la coherencia en el tratamiento de su colección de pensadores– sea el contraste que ofrecen las alabanzas, casi adulación, vertida en éstos, con sus calificaciones a los mismos personajes en su correspondencia privada. Algunos de los contrastes son tan brutales como en el caso del carismático Maurice Bowra, al que dibuja en el *elogio* como un hombre «generoso, cordial» y al que alaba por su espíritu inconformista y su papel como liberador de la juventud, dotado de un cerebro agudo y rápido, un ingenio brillante e irónico, trabajador arduo y metódico, conversador incomparable, con ingenio verbal y fantasía cómica ... y que en su correspondencia se convierte en «patético opresivo, demandante, inductor de culpa, asesino de conversaciones, embarazoso, bruto, enloquecedor, a la vez conmovedor y violentamente repelente, paranoico, sordo, ciego de piel fina y fácilmente ofendible»⁷⁷. A Von Trott, su antiguo amigo de Oxford, muerto heroicamente a manos de los nazis y del que había desconfiado y rechazado cruelmente en vida, también le alabó a pesar de seguir criticándole en privado. Hay otros ejemplos en los que las contradicciones afloran: Einstein, los Frankfurter, Edmund Wilson, Aldous Huxley, etc.

Para finalizar un último apunte. A pesar de constituir el biográfico el género que cultivó con mayor placer, Berlin llegó a rechazar hasta en dos ocasiones la invitación a escribir una biografía de su héroe Chaim Weizmann. Él era el hombre que tanto había dicho admirar, el gran representante

⁷⁶ Sadeh, Yitzahk, *Personal Impressions*. New Jersey, Princeton University Press, 2014, pp 252-269. Sobre Sadeh Yitzahk y la violencia en palabras de Isaiah Berlin, citado por Barry, Brian, «Isaiah, Israel and tribal realism», *Times Literary Supplement*, 9 de noviembre de 2001. Sobre desprecio al padre, carta de Isaiah Berlin a Jean Floud, 27 agosto 1969 (inédita, ver nota 7).

⁷⁷ Ver la correspondencia sobre Bowra en Epstein, Joseph, «A thinker I suppose», *Claremont Review of books*, 2016. Disponible en: <https://claremontreviewofbooks.com/a-thinker-i-suppose/>

legendario del sionismo moderado y amigo que le llegó a pedir incluso que ocupara un puesto de poder bajo su presidencia en Israel. Berlin puso diversas excusas a su viuda: la falta de tiempo, los deberes de la academia o la cercanía emocional. Ante otros interlocutores, no obstante, adujo: «demasiado inflexible e imponente, y demasiado interesado en lo público con una vida privada demasiado escasa para ser bueno»⁷⁸. Incluso, tras ser mal interpretadas sus palabras en un obituario se explayó: «Yo dije ‘noblest and wisest’ y han puesto ‘noblest and best’. ¡Y no era bueno! Era vengativo, ambicioso, demasiado político, demasiado figura pública [...] tenía dureza, falta de escrúpulos, cinismo, y total falta de interés en el otro [...] *uno no puede decir esto en público*»⁷⁹.

Esta última afirmación constituye una lección más sobre la biografía, su potencial, sus virtudes y sus dificultades. Hay un hecho cierto. A través de sus expresivas exposiciones de los diversos pensadores Berlin consiguió una inédita popularización de la historia de las ideas. Las suyas propias, entretejidas con estas biografías y representadas con la ayuda de atractivas metáforas de antropomórficos zorros y erizos, ovejas carnívoras, proteos y procustos, hamlets y quijotes o «cariátides tristes sustentando el suelo del salón de baile del futuro», tuvieron también una resonancia poco habitual. Tal vez porque creó un universo muy inteligible, en el que se paseaban de la mano el pensamiento y el factor humano, el brillo de las ideas y las emociones: la angustia, el humor y la dudas e incertidumbres de la vida.

⁷⁸ Sobre Weizman, carta de Isaiah Berlin a Arthur Schlesinger, 25 de noviembre de 1952, en Hardy, Henry y Holmes, Jennifer (eds.): *Enlightening Letters... op. cit.*, p. 331. Ignatieff, Michael, *Isaiah Berlin... op. cit.*, p. 249.

⁷⁹ Ver sus cartas a Rowland Burdon-Muller el 2 de diciembre de 1952 y a Marion Frankfurter el 28 de diciembre de 1952, en Hardy, Henry y Holmes, Jennifer (eds.): *Enlightening Letters... op. cit.*, pp. 332-348.

Las encrucijadas (en primera persona)

POST SCRÍPTUM. DESVELANDO A FRANCISCO UMBRAL

Anna Caballé

Universidad de Barcelona

En enero de 2004 se publicó mi biografía *Francisco Umbral. El frío de una vida*, sin duda el libro más difícil y delicado de toda mi trayectoria profesional. No se trataba de una dificultad inherente a lo que me proponía, porque escribir la biografía de un personaje vivo es, desde el punto de vista de la investigación y el conocimiento, el ejercicio que puede resolverse con las mayores garantías. Sin embargo... ¿estamos seguros de ello? Es la cuestión sobre la que quiero reflexionar en las líneas que siguen. En otro lugar he escrito sobre los dos grandes *patrones de objetividad* sobre los que se asienta la biografía¹, en el sentido que le da a este concepto Thomas Khun en *La estructura de las revoluciones científicas* (1962). Un patrón de objetividad es un modelo que permite definir una tradición de investigación particular y coherente. Pues bien, uno de esos patrones de objetividad en la biografía no incluye el conocimiento directo del biografiado, o biografiada, bien porque es un personaje del pasado, porque ya ha fallecido o bien porque quien la escribe prefiere asegurarse la autonomía de su investigación manteniéndose a distancia. Hay una forma de operar relativamente afín entre cualquiera de los biógrafos de Cervantes y el autor de una biografía actual que no ha querido contar con el trato directo de su biografiado a fin de asegurarse la libertad que requería para su trabajo. Claro que cuando la época de biógrafo y biografiado es coincidente se dispone de un conocimiento si no directo del personaje, si al menos osmótico del mismo que facilita grandemente la tarea.

¹ Caballé, Anna, «Los horizontes epistemológicos de la biografía», *Letras de Hoje*, vol. 53, nº 2, 2018, pp. 203-211. El artículo se publicó, ampliado, en *Fuentes permeables. Ciencias sociales y literatura*, ed. de José María Pérez Collados, Marcial Pons, 2019.

Mientras que una biografía de Cervantes debe imaginarlo todo, no solo a su personaje, sino cualquiera de los detalles concurrentes en la vida de finales del siglo xvi, una biografía actual de Felipe González no requiere de esta imaginación para ubicarse, pues dispone del conocimiento del contexto y de los testimonios vivos que pueden aportar una riqueza extraordinaria a la comprensión del personaje. Es decir que en el primer caso hay una dificultad añadida y se requiere de enormes conocimientos de historia, política, cultura, leyes, religión y geografía para poder comprender el alcance y la significación tanto de los hechos cotidianos como de los más excepcionales.

Philippe Lejeune ha popularizado una anécdota relacionada con Luis XVI que permite hacerse una idea de lo dicho. El monarca francés fue el primero, según Lejeune, en llevar un diario desde la edad de 11 años, donde anotaba sus ocupaciones oficiales, sus viajes y su costumbre de salir de caza. A lo largo de la semana fatal comprendida entre el 11 y el 14 de julio de 1789 anotaría sucesivamente *Rien* en su cuaderno. Es decir, nada. Nada relevante, se entiende. Imaginamos el estupor de cualquier lector al comprobar la ceguera del monarca ante el tsunami político que se avecinaba. Pero no sería justo para él pues lo que decía con tan contundente palabra el monarca es que aquella semana no había salido a cazar, por recomendación de sus consejeros, y tampoco había sucedido nada significativo entre los muros de Versalles. Ciertamente donde estaban sucediendo cosas importantes era en las calles de París. Pero hay que conocer la costumbre de los reyes de llevar un diario de caza, para dar el sentido justo y apropiado al célebre *Rien* de Luis XVI².

El segundo patrón de objetividad parte precisamente del aspecto contrario, del conocimiento directo del sujeto biografiado. En este caso, las posibilidades básicas son dos: la biografía se beneficia de él o bien no se beneficia: puede solicitar la colaboración del biografiado, la de su entorno, la de sus colaboradores, puede acceder a documentación inaccesible a otras personas, puede incluso someter su manuscrito a la lectura y aprobación de su personaje para que éste corrija o matice aquello que crea oportuno; o bien escribe su biografía distanciándose por alguna razón de su influencia. Es lo que a mí me ocurrió, inesperadamente, en relación a Francisco Umbral. Con él acordé un proyecto biográfico que muy pronto se deshizo debido a nuestra mutua incompatibilidad a la hora de definir sus límites y objetivos. Mientras Umbral veía la biografía como una caja de resonancia de su propia identidad como

² Lo analiza Philippe Lejeune en: Lejeune, Philippe y Bogaert, Catherine, *Le journal intime. Histoire et anthologie*. París, Textuel, 2006, p. 77.

escritor, yo aspiraba a comprender los vacíos y contradicciones que observaba en las semblanzas biográficas disponibles (por poner un solo ejemplo era imposible concretar su segundo apellido o bien su lugar de nacimiento), deseando reconstruir su trayectoria a partir de una base fehaciente. No hubo acuerdo posible y la relación entre nosotros se enfrió hasta el punto de amenazarme el escritor con los tribunales si proseguía con mi proyecto³.

Lo que quiero decir es que cualquiera de los dos patrones de referencia encierran una parecida complejidad. Es posible que en un primer momento resulte más fácil pensar que disponer del testimonio directo del biografiado facilita las cosas, pero muy pronto se comprende que surgen otro tipo de dificultades de orden moral o deontológico que deberán afrontarse.

Cuando me decidí a escribir sobre la vida verdadera de Umbral, pseudónimo literario bajo el cual se oculta Francisco Pérez Martínez, nacido en Madrid en 1932, tenía cierta amistad con el escritor e incluso presenté uno de sus libros, *Diario político y sentimental* (1999) en uno de los mullidos salones del Teatro Real de Madrid. Un acto que contó con la asistencia de muchas caras conocidas, entre ellas recuerdo a Mariano Rajoy (entonces ministro de Cultura) y a un viejo conocido de Umbral, Fernando Lázaro Carreter, director de la RAE entre 1992 y 1998. En todo caso, nuestra relación era lo suficientemente grata como para que ambos compartiéramos un objetivo común: escribir su biografía. Mi idea era clarificar en lo posible el desconcierto que reinaba en torno a su figura, a su influyente imagen consolidada en los años de la transición política de la mano de *El País*, dirigido por Juan Luis Cebrián, y luego en *Diario 16* (a partir de 1988, bajo la dirección de Pedro J. Ramírez), cuando su columna se convirtió en una pieza imprescindible en ambos periódicos. No hay más que leer la semblanza que del escritor traza Juan Cruz en sus magníficos *Egos revueltos* para comprender el poder de Umbral en los años ochenta, siendo uno de los iconos de aquella movida madrileña que si bien envejeció rápidamente, sus destellos iluminaron la sociedad española del postfranquismo de forma tan inesperada como sorprendente. Aquello fue una explosión de vitalidad y contracultura.

Como ya he dicho, todos los datos relacionados con el escritor bailaban, hasta el punto de no poder concretar su segundo apellido o el año en que nació. Para una profesora de literatura especializada en la escritura autobiográfica

³ El proceso de progresiva hostilidad que sufrió nuestra relación está expuesto en mi libro: Caballé, Anna, *Francisco Umbral. El frío de una vida*. Madrid, Espasa, 2004. Nueva edición revisada en Debate, 2022.

la obra literaria de Umbral constituía un desafío. Por poner un ejemplo: en algunos de sus libros memorialísticos el narrador recuerda el impacto de la entrada de la guardia mora en la ciudad de Valladolid en 1939, pero si había nacido en 1937 (una de las fechas barajadas por el escritor) eso no podía ser más que un falso recuerdo. Cuando supe que había nacido en 1932, y por tanto su edad era de siete años en 1939, ese recuerdo sí tenía sentido y posibilidades de ser cierto. En un primer momento Umbral se mostró dispuesto a ayudarme y de hecho hizo incluso planes sobre la publicación de la biografía y de cómo sería el evento. Lamento mucho que todo aquello se desmoronara tan rápidamente y que nuestra relación acabara en desastre. Desde el principio yo esperé, con mi proyecto, poner a Umbral en una relación reflexiva respecto a su historia personal, de modo que pudiera responderme a cuestiones sustanciales, al tiempo que muy elementales en la vida de todo ser humano. Pero ese mutuo entendimiento no se produjo. Procedíamos de lugares muy distintos: él estaba acostumbrado a cubrir y descubrir con deslumbrantes metáforas una profunda experiencia de soledad y extrañamiento, mientras que yo vivía seducida por el ejemplo de los grandes investigadores (Howard Carter, Johan Huizinga, George Painter, Richard Ellmann ...), a los que siempre he leído con devoción. Él era un autor incisivo y brillante que había logrado edificar un imperio de palabras a partir de una dolorosa experiencia vital que mantenía en relativa penumbra: «Nadie podrá acompañarme nunca por los ecos últimos de mi soledad», leemos en uno de sus poemas publicado en *Crímenes y baladas* (1981) y antes en las páginas de *Poesía Española* (1968).

No hay duda, a toro pasado, de que yo no era la persona que él necesitaba para escribir su hagiografía, de modo que nuestras divergencias afloraron muy pronto. Bastó el empeño en fijar su nombre real y la fecha y lugar de su nacimiento –hechos que, al conocerlos hablarían por sí mismos– para que el escritor se distanciara radicalmente del proyecto. ¿Quién era yo para saber y divulgar lo que nadie conocía? Comprendo perfectamente su posición (ahora la comprendo mucho mejor que entonces) y el impacto que debió de causarle la impugnación al personaje que supuso mi libro. Comprendo lo que pudo ser para él verse de pronto confrontado con una memoria que había instrumentalizado a lo largo de su obra sin que nadie aportara el menor reparo. Creo que la verdad existencial con la que Umbral convivía al tiempo que ocultaba explica muy bien el sentimiento de amenaza en que vivía; porque, en el fondo, la fragilidad del escritor era extrema.

En todo caso, al poner en su conocimiento el resultado de mis primeras pesquisas, respondió con una carta (la publico en la página 24 de *El frío de una vida*) que me pareció enormemente inadecuada porque impedía una

conversación aclaratoria y un posible acuerdo en el espacio abierto de las razones de cada uno. Y la catástrofe se consumó. Yo soñaba con la seriedad de mi proyecto, deseaba escribir una biografía a partir de una investigación fiable que captara las repercusiones en la vida y la obra umbralianas de un devastador trauma inicial. Escribí la biografía creyendo firmemente en la fuerza anamnésica de mi labor, reconstruyendo tenazmente un pasado que era individual y colectivo al mismo tiempo (fruto de una sociedad reprimida y represora contra la cual luchaba Umbral, a su manera, con todas sus fuerzas) y que, en mi opinión, debía conocerse porque ayudaba a comprender la singularidad del personaje público y desde luego ayudaba a comprender el alcance y significado de su obra. Nuestra vida intelectual, y moral, me decía a mí misma, necesita que la historia (en este caso la de una vida) no sea asumida ciegamente por la crítica literaria, sino que parta de una sincera aspiración a la verdad y la objetividad. De modo que ante su negativa a facilitarme cualquier tipo de información, empecé a buscar en otras fuentes los ecos de su historia y exhumé las huellas de sus pasos hasta donde me fue posible. Umbral había construido una ficción a partir de la realidad vivida y la había hecho su verdad, presentándola como tal. Mi pregunta es, y era: ¿yo debía aceptarla sin más, sin comprobaciones ni razonamientos de ninguna clase? De responder afirmativamente a esta pregunta, ¿cuál es entonces el papel de la biografía en la cultura?

Y si bien creo que me acerqué a la verdad de su vida, no conseguí la anhelada objetividad. La línea interpretativa que mantuve a lo largo del libro se me fue claramente de las manos en el capítulo 14, titulado «Jais, gachís y choricillas», donde abordaba de una forma cruda y sin los necesarios matices y precauciones su relación con las mujeres y el sexo. Leído veinte años después de que fuera escrito digamos que la validez que le sigo atribuyendo a la interpretación de una escritura que resulta tantas veces humillante para las mujeres no se dice, pese a todo, con el código prescriptivo que yo debía haber respetado, dado que Umbral era un personaje vivo, público y al que yo podía dañar con mi interpretación. Su fórmula de la rosa y el látigo como arquitectura estilística de sus columnas contaminó mi propia arquitectura narrativa y apliqué esos mismos recursos a su obra desde una perspectiva distante e hipercrítica con sus contenidos, especialmente los vinculados, como digo, al tratamiento de la mujer en sus libros y, en general, a su visión del erotismo. Un tema de sobra interesante para un artículo en una revista, para un capítulo de libro, pero que no debía de haber formado parte de una biografía con voluntad académica por su excesiva carga interpretativa. Digamos que la propia crudeza empleada por Umbral en sus columnas y libros se apoderó de mi escritura,

distanciándome centrífugamente de lo que debía haber sido mi único eje: dejar que fuera el lector quien extrajera sus propias conclusiones sin necesidad de forzarle a ellas. La biografía, en el límite, no escribe la vida de un ser real, deja que hable. Su objetivo tampoco es solventar las asperezas de una existencia a base de ungüentos y censuras, sino detenerse en dichas asperezas y analizarlas en función del espacio que ocupan en una trayectoria vital.

En todo caso, he aquí el choque que se produjo entre su conciencia y la mía. Mi deber como biógrafo de comprender y respetar su verdad así como su necesidad, como creador, de enmascararla. Finalmente, sobresalieron algunas cuestiones que quiero dejar planteadas aquí. La primera en relación a la obra literaria es si un escritor puede sobrevivir a la asfixia de no creer más que en sí mismo, negándose a la apertura emocional que supone el reconocimiento de los otros. Creo que ese ensimismamiento emocional condujo a Umbral a una escritura manierista, cuando su talento para la innovación estilística era excepcional. La segunda cuestión fue de otro orden. Para mi sorpresa, dos intelectuales muy conocidos –César Alonso de los Ríos y Rafael Conte, ambos fallecidos–, de los más severos e incisivos hablándome de Umbral cuando los entrevisté, salieron de inmediato en su defensa, con sendas apologías de la amistad que les unía y que publicaron en las páginas de los periódicos en los que colaboraban. Es decir, una vez vieron reflejada en el libro parte de la mucha información (crítica) que me transmitieron, su preocupación por la verdad del personaje se desvaneció como un hilillo de humo entre las pajas. Una cosa es tirar la piedra y otra muy distinta no esconder la mano.

Una última lección adquirida es que si bien sabemos, y yo sabía, que la verdad de una vida puede doler mucho, pese a todo lo cual un biógrafo o biógrafa decide asumir el riesgo de escribirla, creo que no calibré del todo que no solo puede doler mucho al biografiado, sino, y tal vez con la misma intensidad, al biógrafo. Creo que en este caso tanto Umbral como yo misma quedamos involucrados en un mismo plexo vital que necesariamente fundía dos experiencias de vida muy distintas en un relato que no por ser cierto dejaba de ser un duro golpe en la vida real. A la biografía no le queda otro remedio que convertir una vida privada en el objeto central de su curiosidad y de su propia búsqueda, tomando un sinfín de decisiones sobre qué sucesos omitir, qué momentos de la vida puede pasar por alto y cuáles le son decisivos para explicar a su personaje. Pero esta operación en el caso que me ocupa fue mucho más allá de lo previsto en un principio, transformándose en una historia dentro de la historia que no olvidaré fácilmente. Es decir que el problema que se me planteó no fue de orden objetivo sino subjetivo. Y hay que aceptarlo porque cada uno se juega su destino en los riesgos que asume.

LAS AVENTURAS DE UN PINTOR DE ALMAS

Miguel Dalmau

Escritor y biógrafo

Decía el poeta Gil de Biedma que cuando uno vive el ciclo completo de las relaciones amorosas, siempre termina recibiendo una mala noticia acerca de sí mismo. En ese instante descubrimos que éramos más egoístas de lo que pensábamos, o más celosos o más mezquinos o más cobardes. Incluso somos capaces de acciones deleznales y horribles. El amor es así. Sin llegar a tales abismos de pasión, hay algo cierto: cuando un biógrafo llega verdaderamente al fondo de su personaje, termina con frecuencia recibiendo una «mala noticia» acerca de la criatura que le ha robado miles de horas de vida. A partir de ese hallazgo turbador, la incorpora a su texto para dar veracidad al estudio, y luego la mala nueva se difunde rápidamente entre el círculo de lectores-admiradores que rara vez perdonan al mensajero.

Me considero un biógrafo algo alejado de la tradición española. Practico lo que en el Reino Unido se denomina biografía literaria (no ficcional) para diferenciarla de las biografías históricas. Generalmente me ocupo de poetas y novelistas contemporáneos, pero no siempre fue así. Hace ahora medio siglo escribí mi primera biografía. Tenía entonces catorce años y estudiaba en un colegio religioso de Barcelona. Como cada año, los profesores nos encargaron un trabajo de vacaciones y yo decidí contar la historia de Louis Armstrong: el legendario trompetista de jazz que acababa de morir en Nueva York. Estuve documentándome y escribiendo todo el verano, y cuando regresé al colegio llevaba bajo el brazo la primera biografía completa sobre el músico. Y digo «completa» porque incluía las imágenes de su funeral que habían aparecido en las revistas de todo el mundo. Desde ese momento quedé atrapado por el género biográfico y seguí escribiendo acerca de algunos

personajes de mi querencia. Pienso ahora en Aubrey Beardsley, Oscar Wilde, los hermanos Goytisolo, Jaime Gil de Biedma, Julio Cortázar, etc. Pese a sus diferencias, en todas ellas había un rasgo común: siempre encontré secretos que me hicieron ver al personaje bajo una luz muy distinta a la que había imaginado. Encontré algo así como «la incómoda verdad».

Uno de los grandes retos del biógrafo-biógrafa es gestionar esa verdad sin perder la calma. Ha de asimilarla y valorarla, ubicarla en su contexto y enfrentarse al debate ético –porque sin duda lo es– de contar o callar esos hallazgos más o menos sensacionales. Si tras realizar ese ejercicio, decidimos finalmente contar el secreto, nos convertiremos en un portador de verdades incómodas y en el peor de los casos de malas noticias. Quizá por ello, no todos los investigadores quieren enfrentarse al reto: hay muchos que sólo aspiran a transmitir serenas melodías, es decir, a ser el buen cartero que trae felicitaciones por Navidad. En estos casos cabe preguntarse: ¿para qué estudiar la vida de alguien si careces de valor para enfrentarte a su verdad? ¿qué sentido tiene auto-imponerse el voto de silencio en el instante supremo de la revelación?

Evidentemente eso guarda relación con el perfil particular del detective, con su propio estar en el mundo, y su capacidad para distinguir entre el género biográfico y la hagiografía que espera a menudo el lector complaciente. Pienso que el perfil del biógrafo, es decir, su *background* y su trayecto de vida son imprescindibles para comprender el modo en que buscará y se enfrentará a los rasgos más inquietantes de su personaje. Como cualquier otro, yo vengo marcado de fábrica. Soy hijo de un profesor de Patología y de una madre pintora, de modo que estaba condenado a ser el tipo de biógrafo que lleva mi nombre, o sea, un retratista del alma atormentada, que no excluye los gozos y las sombras del cuerpo. No es casual, por tanto, que mi trabajo tenga mucho de autopsia, algo crudo y directo que no es apto para todos los lectores. Sin embargo, el método funciona. ¿Cómo explicarlo? Gracias a un innato sentido de la piedad, heredado de mis mayores, los protagonistas de mis biografías han conseguido abandonar la sala del forense para convertirse en esas figuras al borde de la muerte de la Escuela de Londres. Me refiero a Francis Bacon y muy singularmente a Lucien Freud. En este punto nadie debería olvidar lo esencial: una biografía es un retrato, y cada pintor pertenece a una escuela. Me complace proclamar que la mía es la escuela de nuestro tiempo.

Llegados aquí, conviene recordar que la Escuela de Londres siempre tuvo muy en cuenta la «cosa sexual». Por eso sus representantes supieron reflejar en el arte la fuerza desasosegante y turbadora del sexo. Para ellos el retrato

de la persona queda incompleto si prescinde de ese elemento misterioso que por otro lado, y en primer lugar, hace posible la vida. Una de las grandes limitaciones de los estudios biográficos, todavía hoy, es la reticencia por parte de muchos investigadores a aceptar plenamente el gran hecho que en secreto preside nuestra existencia. Digamos que la mayoría de biógrafos nos proponen un sugerente recorrido por el castillo, pero pasan de puntillas ante el cuarto «ignominioso» de Barba Azul. ¿Es lícita tanta discreción, si todos sabemos que tras esa puerta se ocultan los demonios más abyectos y los espíritus burlones? Lo confieso: me atrae la estancia prohibida.

Una opinión superficial podría sugerir que este interés por lo prohibido es fruto de una obsesión particular, cuando en realidad es la consecuencia inevitable de llevar hasta el límite la indagación sobre otra persona. En ocasiones tenemos tendencia a olvidarlo: en una biografía el protagonista es el que guarda secretos en la cámara del castillo. No el biógrafo. Entonces, ¿por qué culpar a este de abrir la puerta con un chirrido «gothic feeling» y luego alzar la lámpara? A lo largo de los años he descubierto que la «peor noticia» casi siempre está asociada al Eros. Se diría que es el gran orco que nos aguarda en la oscuridad. Eros. El hecho de que el secreto que oculta esa zona de exclusión guarde casi siempre relación con la vida privada del personaje, constituye a su vez una mala noticia para todos. Dice mucho de nuestra sociedad enferma el comprobar por enésima vez que el sexo sigue siendo un material tan explosivo, algo que atormenta la vida del biografiado, quema en el escritorio del biógrafo y explota en las manos del censor que en mayor o menor medida todo lector lleva dentro.

Los motivos de esta deflagración nos remiten también al respectivo «background» del receptor y a su peripecia vital, que desgraciadamente no suele corresponderse con la del biógrafo intrépido. Dicho de otro modo, el lector sólo aceptará plenamente las revelaciones de una biografía si proviene de un territorio personal y cultural muy próximo al del biógrafo. No otro. Por extraño que parezca, ni siquiera necesita estar cerca del territorio de la figura retratada, ya que la batalla no se libra allí. Siguiendo con la pintura, sólo aquellas personas interesadas en el lado oscuro del ser humano, pueden valorar a fondo la obra de Lucien Freud. Por el contrario, aquellos que prescinden de ese lado oscuro o han intentado reprimirlo en ellos mismos, apenas verán en esta pintura unos desnudos descarnados de dudoso gusto cuya «estética» y hasta su «ética» les produce repulsión.

Este argumento no es banal, porque explica el funcionamiento psicológico que se oculta tras la lectura y el posterior rechazo, a veces airado, de las

biografías. El motivo es simple. Por muy atento que sea el lector, su aceptación de la verdad estará directamente relacionada con su propia capacidad para recibir una mala noticia en relación a sí mismo. Dicho de otro modo, para aceptar una realidad propia no asumida o que le llena de estupor e incomodidad. La batalla no se libra, pues, en la zona de confort sino en el área de conflicto. Decía Lichtenberg que un libro es como un espejo, y que un simio no se verá reflejado en él igual que un apóstol. Con las biografías sucede otro tanto: un mojigato no se verá reflejado en él como un libertino, y tendrá una respuesta muy distinta ante la figura del azogue. En este punto no hay muchas opciones: o te recreas en la imagen del espejo o lo rompes de un puñetazo. Al igual que las respuestas pasionales de la vida real, las reacciones lectoras son a menudo «proyecciones», o la prueba de unos impulsos reprimidos que no queremos que salgan a la luz. Y eso lo paga siempre el biógrafo.

Si repaso los ataques furibundos que ha provocado ocasionalmente mi trabajo, todos me llevan a la estancia prohibida del castillo. Parece que la visita guiada a otras habitaciones resulta experiencia gratísima para el público –y ya no hablemos para los guardianes de la buena memoria–, cuando en realidad muchas veces esas estancias no son precisamente un salón barroco. También allí hay claroscuros inquietantes, rincones que merecían atención y sobre todo plantearse algunas preguntas. ¿Por qué el «héroe» se comportaba de un modo tan egoísta? ¿Por qué era envidioso? ¿por qué se abandonaba a los paraísos artificiales? ¿por qué era tan arrogante o violento? Tratándose de seres humanos, la lista de «pecados» sería infinita. Sin embargo, sólo los secretos de la intimidad carnal –sobre todo si no es ortodoxa o se viste de desmesura– tienen la virtud de generar un rechazo casi patológico. De ahí a la indignación sólo un paso. Luego viene el ataque personal.

Lo asombroso es que el crítico, ya lo he dicho, atribuye esas páginas conflictivas a la obsesión del biógrafo. Nada más falso. La presencia de Eros en nuestro trabajo debería ajustarse como un guante a la importancia que tuvo en la vida del personaje. Ni más ni menos. En este sentido el caso más desconcertante con el que me he enfrentado se produjo a raíz de mi retrato de Gil de Biedma. En algunos sectores causó indignación que aireara no pocas intimidades del poeta, desde el tipo de vínculo que le unió a sus sucesivas parejas, a su legión de amantes, e incluso algunos encuentros de una noche. Todavía hoy mis detractores se niegan a entender que no me guiaba ningún interés morboso por lo que podríamos llamar «promiscuidad gay». Lo que me importaba era reflejar cómo había vivido el poeta su homosexualidad en una época marcada por la represión y la homofobia. Y eso quedó muy claro.

Me interesaba mostrar sus estrategias de supervivencia erótica, sus pulsiones ocultas, y también a sus compañeros de drama. Teniendo en cuenta, además, que el Eros forma parte consustancial de su obra, me resulta chocante que algunos lectores rechazaran acercarse al «hummus» donde se había gestado lo mejor de su poesía. ¿No constituye esto una colosal contradicción? ¿Una forma absurda de ceguera? Los mismos que se extasiaban ante sus versos, y hasta dedicaron estudios rigurosos a analizar su lírica, se indignaban ante mi propuesta de acercarlos al supuesto «fango» sexual del que se nutría esa admirada creación poética.

Este despropósito llegó al cenit al obviar un hecho definitivo que me exime de cualquier otro argumento: Gil de Biedma había muerto de SIDA. ¿Acaso no era importante ese dato al contar la vida de quien fue el gran mártir gay de la literatura española moderna? ¿Y qué decir del hecho lamentable de que le hubieran negado dos veces el Premio Cervantes por su condición homosexual? A mi juicio todos estos detalles eran de suma relevancia, merecían ser contados, entre otras cosas por algo abrumadoramente simple: todos estos detalles marcaban la diferencia, es decir, convertían la peripecia vital del héroe en algo de su exclusiva propiedad. Era el sello singularísimo de su vida, lo que era suyo y sólo suyo. No nuestro. Ninguna persona es un clon de otra, y el recordarlo literariamente es el gran encanto de las biografías.

Volvamos al taller. Incluso en una obra tan áspera y atrevida como la de Lucien Freud, existen sustanciales diferencias entre el «Retrato de Su Majestad la Reina Isabel II», por ejemplo, o la serie «Madre del pintor descansando». Y más aún. Dichos cuadros no se parecen casi nada a esos otros retratos, célebres, de cuerpos desnudos que yacen impúdicos en un escenario ajeno a toda forma de cultura o refinamiento. En todos ellos el pintor sigue siendo el mismo –Freud–, pero ha cambiado el personaje, el modelo, y su estar en el mundo. Más allá de cualquier consideración académica, y de defensa de una objetividad, por lo demás utópica, el biógrafo debería reivindicar su status pictórico, su condición de autor, basándose en el desarrollo de un estilo propio que le diferencia de los demás.

Sin embargo, el estilo del biógrafo no se forja en el campo de la palabra-algo insólito en el quehacer literario-sino en un ámbito inquisitivo, por así decir anterior al *Logos*. El estilo es sobre todo una actitud, un modo de plantar el caballete en el espacio correcto y mirar atentamente al modelo y a todo cuanto le rodea. La realidad. Nadie duda de que dicho modelo pertenece a la tribu humana, cierto, pero el cuadro final sólo pertenece al pintor. Desde esta premisa, el primer gran dilema para el biógrafo es encontrar las fuentes

de información que le ayuden a captar los perfiles de la figura. Me refiero a fuentes fiables y preferentemente de carne y hueso. Para quienes trabajamos con personajes contemporáneos, esto es un privilegio y a la vez una condena porque la futura figura de nuestro cuadro sigue rodeada –y protegida– por amigos, familiares, agentes literarios, etc. No obstante hay que correr el riesgo. Algunos biógrafos renuncian a bajar a la calle y se refugian en espacios cerrados llenos de libros. Se olvidan de que en las bibliotecas sólo se encuentra una parte de la verdad, que para mayor inri ha sido escrita por otros. No por nosotros. El único camino para que nuestra «verdad» sea interesante, para que nuestro retrato de otra persona valga la pena, pasa imperativamente por conciliar práctica con teoría. El problema es que siempre es más cómodo leer que preguntar, porque cuando uno interroga a extraños se convierte en individuo bajo sospecha.

Voy a detenerme en este punto porque la elección de las fuentes de información, necesarias, tiene bastante que ver con la capacidad ajena para encajar las «malas noticias». Sé por experiencia que algunas de las reacciones adversas ante una biografía provienen, paradójicamente, de las fuentes de información utilizadas antes de componer el retrato. Para comprender esto es necesario recurrir a las características culturales y sociológicas de los testigos. ¿Cómo explicarlo en tres palabras? En los países latinos los secretos ajenos se reservan para las charlas de café; sucede lo contrario que en los países anglosajones. En España contamos intimidades ajenas al calor del vino, pero ese impudor se transforma en cautela exquisita cuando el testigo «indiscreto» percibe en el oyente un rastro de interés científico. La perspectiva de que su información aterrice en un marco académico pone literalmente enfermo al latino de cultura católica, quien emprende entonces una vergonzosa retirada. «No se te ocurra ponerlo en tu libro», te dicen, «es off the record», etc. En el polo opuesto, el informante inglés no derrama gratuitamente sus secretos con el propósito de pasar el rato. Y menos ante un extraño. Rara vez nos contarán la vida sexual de un allegado a la hora del té, ni cualquier otro detalle íntimo que pueda ponerlos bajo los focos. Al menos en mi modesta experiencia. Pero cuando el anglosajón se convence de nuestras intenciones, tras un escrutinio que incluye la petición de nuestras credenciales, acepta charlar con nosotros. Entonces es el mejor cicerone para acompañarte a cualquier estancia cuyo precioso secreto garantiza que nuestro trabajo biográfico merezca realmente la pena.

Existe un riesgo añadido, por tanto, al escribir biografías en el ámbito latino, y no es otro que el de recibir la condena de aquellos que previamente

nos habían acompañado en nuestro deambular a través del personaje ¿Por qué sucede tal cosa? ¿porque somos anecdóticos y superficiales? Tal vez el informante cree inconscientemente que un dato determinado, una revelación digamos indiscreta, sólo es una pincelada más que aisladamente no hace una figura. Pero se olvida de que la suma de muchas pinceladas de distintos colores termina por completar un retrato, y cuando lo contempla al fin en su totalidad se niega a reconocerlo. Dado que nuestro temperamento es individual, el informador latino aspira siempre a que su testimonio sea la base casi exclusiva de la biografía. Su versión. Para su desgracia y por el bien de la biografía nunca es así. Cuando el retrato se ha hecho público, es asombroso constatar el fenómeno de los desencuentros, a veces amargos, que surgen entre testigos próximos al personaje, gentes que sostienen diferentes puntos de vista en relación a la figura del cuadro.

A partir de esta experiencia llegué a una conclusión desconcertante. Los ataques más virulentos que recibió mi trabajo procedían casi en su totalidad del ámbito académico, mientras que el reconocimiento partió de las personas que se dedicaban por así decir a la creación «pura». El caso más flagrante se produjo con el citado retrato de Gil de Biedma. En el lado de los detractores se posicionaron dos catedráticos de Literatura Española, como Jordi Llovet y Jordi Gracia, que además tenían una obra escrita de cierto interés. Pero su rechazo firme a mi trabajo me confirmó, aparte de otras motivaciones más oscuras, que su ADN era esencialmente universitario. Podían estar escribiendo mil años y nunca lograrían olvidar los claustros ni los departamentos. En el polo opuesto, mi defensa corrió a cargo de autores como Miguel Delibes o Félix de Azúa, poetas como Luis Antonio de Villena, Vicente Molina Foix o Alex Susanna, que a mayor abundamiento fueron amigos de Gil de Biedma. La lista de creadores «puros» que apoyaron mi libro no termina aquí. Pero la ecuación estaba clarísima: también ellos podrían seguir escribiendo mil años, e incluso dando alguna conferencia en la universidad, pero nunca tendrían el ADN del Alma Mater. En realidad, la única persona del ámbito universitario que comprendió «mi» retrato fue Anna Caballé, quizá por ser la pintora de vidas más notable de nuestro país. ¿Qué significa todo esto? Que en el espacio académico hay cosas que se pueden decir y otras que se deben callar. En la calle, en cambio, la palabra no tiene restricciones. Es verdaderamente libre.

Todo esto nos lleva a la descorazonadora conclusión de que no existe una biografía perfecta. Tampoco la nuestra. Ya hemos señalado que nuestro «estilo» responde a una actitud personal, a nuestro estar en el mundo y al modo en que colocamos el caballete en el centro del estudio. Pero también

le debe mucho a la gama de colores de nuestra paleta, que se nutre por igual de la cultura adquirida y de los testimonios ajenos. Todo ello conforma una suerte de alquimia, o por decirlo solemnemente, una «ars combinatoria», de cuyas proporciones depende la pócima final. O el néctar. Los biógrafos sabemos que la mínima variación en las proporciones puede alterar el producto. Cuando uno reflexiona acerca de las características del género, llega a una curiosa conclusión: la biografía tiene mucho de la novela, es decir, puede y debe participar de las estrategias narrativas que se emplean para contar una historia de ficción. En cambio, los ingredientes que utilizamos para escribirla son de una fragilidad más propia de un poema. O de una acuarela. Pero tales ingredientes deberían siempre ser sólidos en su extracción científica, cumplir esa dialéctica de Virginia Woolf entre la dureza del granito y la sutileza del arcoíris aplicada a la metodología de la escritura biográfica. En una novela podemos cambiar cientos de palabras, suprimir párrafos, mover secciones y hasta eliminar personajes. Basta revisar los manuscritos de Proust o Joyce, por ejemplo, para comprobarlo. Todavía deslumbra la capacidad de corrección «in extremis» de esos dos genios y de tantos otros. En cambio, una metamorfosis de ese calibre en una biografía será la prueba palmaria de que el autor no ha hecho bien su trabajo. Ningún pintor cambia la posición del caballete, o la pose del modelo o los colores en la fase final.

Sea como fuere, el biógrafo audaz no está a salvo de que sus retratos sean retirados de las galerías por obscenidad. Incluso en ocasiones es probable que ya no lleguen al público –o al menos de la misma manera–, debido a los intereses del propio modelo, si está vivo, o de sus allegados en caso de que haya muerto. De nuevo he de descender a anécdotas personales. En la fase de composición de mi retrato de Gil de Biedma, recibí dos llamadas de teléfono que alteraron parcialmente el resultado final del cuadro. La primera procedía de una mujer de su círculo familiar, quien me amenazó veladamente si revelaba cierta información acerca de los abusos sexuales que había recibido el poeta en su infancia. La segunda llamada era nada menos que del poeta Ángel González, quien me rogó muy conmovedoramente que no revelara cierto *affaire* sexual entre Gil de Biedma y uno de los mayores novelistas de su generación. «Sería una bomba en la literatura española», me dijo, «y causaría mucho dolor». Cierto. Pero, ¿qué ha de hacer un biógrafo ante el oro que quema? En este caso guardé el secreto porque el novelista en cuestión era padre de familia. Entretanto, el gran amor del poeta, Luís Marquésán, llamó a la Agencia Carmen Balcells amenazando con colocar una bomba en el edificio si su nombre aparecía en mi biografía. Fueron palabras textuales. Lo alarmante es que Marquésán y yo habíamos

mantenido un par de charlas en torno a su relación tormentosa con el poeta. Inútil añadir que todo tenía que ver con el cuarto de Barba Azul. Lo dicho: charlas de café sí, libros no.

Con tales antecedentes, debería haber previsto el veto a mi biografía de Julio Cortázar. Tras varios años de esfuerzo, todo parecía a punto para la salida del libro; pero desde el momento en que la prensa anunció que este alumno de Lucien Freud había pintado un retrato del genio argentino, comenzaron los problemas. La suma de esos problemas aplazó un año largo la aparición de la biografía. Durante ese lapso sumamente incierto, hubo una rescisión del contrato con la editorial que tenía programada la obra, con el consiguiente perjuicio económico para la editora Silvia Lluis y notable quebranto para mí. En paralelo la agencia literaria de Cortázar me negó el derecho a reproducir una sola línea del Gran Cronopio, mientras los abogados de su viuda amenazaban desde París con acudir a los tribunales. Por supuesto nadie había leído una línea de mi estudio, nadie había visto ni siquiera un boceto del cuadro. Pero yo era un biógrafo en el punto de mira: todos sabían de mi inclinación por explorar las estancias secretas, los rincones oscuros. Al final tuve que reescribir un libro de 600 páginas, es decir, rehacer laboriosamente el cuadro, apenas sin citas, salvo las permitidas por la ley, y luego buscarme otra editorial que finalmente publicó la obra. El peaje fueron varios meses de trabajo extra y una crisis bastante seria que me causó trastornos emocionales y hasta neurológicos. Gajes del oficio.

Creo que todos los biógrafos-biógrafas de personajes vivos, o de personajes muertos rodeados de implacables «keepers of the flame», nos hemos enfrentado en alguna ocasión a circunstancias adversas o desagradables. Ello obedece a algo muy simple: al principio la gente recibe con agrado la propuesta de una biografía, en la creencia de que la obra resultará favorecedora. Esto vale por igual para el modelo como para las personas de su círculo. Pero a medida que el proceso avanza, las capas de pintura nos acercan a otra realidad menos excelsa. Al final puede que se produzca un hallazgo aterrador, como en el desenlace de «El retrato de Dorian Gray». La noche y el día. Ciertamente es una percepción exagerada, porque ni Himmler podría ser tan inhumano. Pero es el efecto que queda en muchos lectores, y sobre todo en todos aquellos que esperaban algo diferente, una imagen más acorde con sus ideas preconcebidas o sus sentimientos personales. Para ese lector tan esclavo de sus prejuicios, sólo sirve el retrato oficial, aquel que podrían colgar satisfechos en el salón de su casa. Mucho me temo que habrá de pasar bastante tiempo para que todos tengamos en cuenta la importancia del cuarto

de Barba Azul. Mientras llega ese ansiado día, ¿cómo explicarle a ese lector pusilánime que los cuadros de Bacon, Freud o Kitaj ya cuelgan en los principales museos del mundo? Consciente de que los biógrafos también mueren, confieso que me he sentido tentado en abandonar la Escuela de Londres y volver al retrato clásico con el vano afán de ser finalmente comprendido. Pero viendo el retrato del Papa Inocencio X de Velázquez, descubro que todos los secretos de las estancias vaticanas están reflejados magistralmente en su cara. Como bien sabía y admiraba Francis Bacon.

RETRATANDO A UN COMUNISTA. JORGE SEMPRÚN: EXILIO, CLANDESTINIDAD Y DEMOCRACIA

Felipe Nieto

Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED)

ué nos mueve a escribir una biografía?

En el principio de toda biografía está el personaje, un ser singular que, por los actos y las palabras de toda su vida, suscita interés y ejerce una atracción que se proyecta más allá de sus contemporáneos, hacia la posteridad. En algunos casos, la fecundidad de las vivencias y experiencias de una vida de tal naturaleza puede justificar el análisis por separado de diferentes aspectos –una faceta, una época, una creación...– si bien el biógrafo estará obligado a no perder de vista el conjunto de la peripecia vital.

En mi interés por Jorge Semprún ha estado presente la ejecutoria vital de un personaje que se enraíza en algunos de los momentos y circunstancias más cruciales del siglo xx europeo, del exilio a la clandestinidad en la España franquista, con la peculiaridad muy notable de verse rematada por una obra, escrita o filmada, concebida con la voluntad de dar cuenta de tan convulso como inquietante tiempo. ¿Sería posible en este caso seleccionar alguna de las distintas dimensiones apuntadas sin desmerecer del conjunto y sin seguimiento literal de la visión propia del interesado?

De acuerdo con mis inclinaciones personales y profesionales, seleccioné la actividad política como objeto de mi estudio. Son muchas las razones que lo justifican. Se puede decir que Semprún respiró en una atmósfera saturada de política desde la cuna. Lo propio de un vástago de la dinastía conservadora Maura, tornada republicana a finales de los años veinte en las personas de su tío Miguel Maura y su padre José María Semprún Gurrea,

que Jorge seguiría con plena consciencia desde los comienzos de la Guerra Civil, cuando para él y los suyos comienza el exilio.

Semprún, no obstante, añadió un perfil propio. A los 20 años se hizo comunista. En coherencia con esta decisión, similar a la de muchos jóvenes europeos durante aquella que Hobsbawm denominó la «era de las catástrofes» (el auge de los fascismos, el final de la Guerra Civil española y los comienzos de la II Guerra Mundial), Semprún tomó el camino de la resistencia armada contra los invasores de Francia, cayó detenido a manos de la Gestapo y fue deportado al campo de concentración de Buchenwald en Alemania.

El fascismo fue derrotado en Europa pero sobrevivió en España. Con la anuencia internacional y transformado en dictadura reaccionaria anticomunista, pervivió y evolucionó sin pérdida de su carácter originario represor y excluyente. El comunismo, por su parte, elemento fundamental en la derrota del fascismo, se convirtió en uno de los movimientos político-ideológicos más influyentes del momento, esperanza de muchos pueblos. En España, el Partido Comunista, PCE, perseguido y forzosamente exiliado, reanudaría de inmediato su ofensiva contra el franquismo. Semprún, se estableció provisionalmente en París desde la liberación, donde se fue involucrando paulatinamente en las actividades del partido, mediante el desempeño de tareas subalternas con vistas a un hipotético traslado a España, el verdadero teatro de operaciones.

La mayor parte de estos llamémosles antecedentes, desde la toma de conciencia política hasta el regreso del superviviente de la deportación, no iba a ser el objeto central de mi biografía. Numerosas veces han sido relatados en profundidad por el escritor Semprún. No obstante, para mi mejor conocimiento del personaje, quise situarme directamente, en la medida de lo posible, en los escenarios de su vida en esos años. De este modo, he recorrido París, los barrios, las calles, los cafés y locales de ocio, el Liceo Henry IV, el París en suma que fue descubriendo Semprún desde los comienzos del exilio y fue haciendo suyo desde los años de posguerra. He recorrido los territorios del maquis de Borgoña, campos, bosques y pequeñas poblaciones que Semprún visita en sus libros y las asociaciones para la memoria locales conservan hoy en día con hitos y señales en recuerdo de los tantos que sacrificaron sus vidas en acciones guerrilleras contra el nazismo. Me desplazé igualmente a Weimar para acercarme a Buchenwald, espacio de dolor y muerte donde Jorge Semprún pasó 16 meses. Pese a la voluntad de borrar huellas en un primer momento por parte de las autoridades alemanas y soviéticas, todavía persisten vestigios suficientes para hacerse una idea de la experiencia de

crueledad y maldad humanas –en parte inenarrable, como han sostenido muchos supervivientes– que sufrieron más de 200.000 confinados, corroborada dolorosamente por los archivos y el museo del campo.

Mi investigación arranca a partir de 1945. He seguido, por tanto, al comunista español de una pieza, se diría, comprometido en la política del PCE. Semprún desarrolla su trabajo en el frente cultural. Escribe en las revistas confeccionadas por los exiliados, la mayoría de inspiración comunista, en las que la nostalgia y el dolor por la patria y la lengua perdidas, personalizadas en la II República, presiden las redacciones y los escritos de estos medios de vida efímera. A la idealización de su España arrebatada enfrentan la pintura negra de un país aherrojado por militares y obispos que imponen una represión generalizada junto con la miseria y el hambre. La cultura, dominada por la falange y la iglesia católica, presenta niveles de calidad ínfimos. España es un páramo, un erial en el que nada positivo en el orden cultural puede crecer, porque lo mejor de la cultura española está en el exilio, en Francia o en México, a donde fue «la canción», según los conocidos términos de León Felipe.

Para mí fue un descubrimiento sorprendente comprobar cómo un joven Semprún, autor de un pequeño número de artículos publicados en estas revistas hoy olvidadas, participa abiertamente del menosprecio a la cultura española de la España franquista. Semprún se niega a descubrir valor literario o moral alguno en la prometidora autora de *Nada*, Carmen Laforet, y por extensión en toda la literatura española de posguerra. Igualmente ataca con dureza la prosa y el pensamiento de Ortega y Gasset o combate las corrientes filosóficas del momento, como la existencialista. Solo queda a salvo el pensamiento marxista. A pesar de su menor relevancia para mi investigación, no quise soslayar los frutos primerizos de la nunca dormida vocación literaria de Semprún, concretamente su producción teatral y poética, inédita o poco difundida y concebida como vocación política y estética¹.

Diez años después de la finalización de la Guerra Civil, el PCE dio pasos para un cambio de estrategia que aún tardaría unos años en ponerse en práctica. En la investigación he tratado de documentar la profundidad y extensión de los cambios, sus manifestaciones y sus resultados. Para ello, he sacado a la luz una serie de informes de los primeros años cincuenta

¹ Semprún, Jorge, *Teatro completo*, Sevilla, Renacimiento, 2021. Edición a cargo de Manuel Aznar Soler y de Felipe Nieto. Incluye cinco obras, las dos primeras de 1947 y 1951, la última publicada póstumamente en francés en 2014.

elaborados a petición del Partido Comunista por estudiantes españoles residentes en París que recorrían España, visitaban a intelectuales y a profesionales, y obtenían informaciones y noticias más realistas sobre la situación política y cultural. En todos estos escritos sobresalía la idea de que en las ciudades más importantes de España, bajo la apariencia de una uniformidad opresiva impuesta por la dictadura, latía una inquietud perceptible especialmente en los jóvenes. Algunos de ellos, universitarios por ejemplo, mantenían contactos fuera de España o habían viajado por Europa y dejaban asomar su pensamiento en artículos para revistas de escasa tirada, en poemas de contenido social o en una incipiente nueva cinematografía, en todo lo cual se percibía un descontento difuso con la situación y una aspiración genérica a otro orden de cosas. En resumen, una situación muy prometedora en una España desconocida se abría a los ojos del PCE como terreno virgen que reconquistar, no ya por las armas como en los años cuarenta, sino por la acción política.

Provisto de estas informaciones, sin duda de alcance limitado pero muy significativas y, lo que es más importante, contrarias a la visión estereotipada predominante hasta entonces en el exilio, el gran mérito del PCE consistió en tenerlas en cuenta y en hacerlas efectivas políticamente. El de Semprún sería ejecutarlas, desarrollarlas, dotarlas de vida propia, como enviado por la dirección del PCE a Madrid para el trabajo entre los intelectuales. Semprún viajó clandestinamente a España por primera vez en 1953. Durante un mes recorrió diferentes ciudades, estableció contactos, recopiló noticias y dejó en pie una mínima estructura de partido con colaboradores seguros, receptores de propaganda e instrucciones.

En buena medida, este primer viaje estableció el *modus operandi* de Semprún en la clandestinidad, porque lo que empezó siendo un viaje de exploración con objetivos amplios y poco precisos se convirtió enseguida en una «aventura» política de diez años de duración. Es el término utilizado por Semprún que, a su vez, rescaté para título de mi libro.

Rescaté, a mi vez, las huellas de Semprún desde el primer momento gracias a sus propias informaciones, contenidas en sus pormenorizados informes de viaje remitidos a la dirección del partido. Están detallados los contactos, los domicilios, las citas, los puntos de encuentro, los planes inmediatos, los momentos muertos en que el clandestino se demora en algún café –sentado siempre en un punto estratégico con la mirada atenta a las entradas y salidas–, los de descanso y borrado de su rastro en las salas del Museo del Prado en compañía de las pinturas preferidas, o los dedicados,

en fin, a pasear por Madrid, a recordar algunos lugares propios de la ciudad de la infancia arrebatada muchos años atrás.

La logística para garantizar la completa seguridad de los viajes fue un asunto primordial que el PCE cuidó, de modo altamente eficaz, durante todos los años de su existencia como organización ilegal. La tarea de confeccionar documentación falsa fue obra de Domingo Malagón, el pintor que renunció a su carrera para convertirse en el fabricante secreto de toda suerte de documentos con los que los dirigentes y activistas comunistas se movieron de uno a otro continente sin que jamás los ojos vigilantes de las policías detectaran el engaño. Nadie, en efecto, fue detenido por causa de Domingo Malagón, el hombre más oculto del partido y, en palabras de Semprún, «el más importante de todos nosotros». Pude hablar varias veces con Domingo sobre sus pericias técnicas y fui testigo del cariño fraternal que Semprún le dispensaba cuando en una ardorosa tarde de junio ambos nos desplazamos a su casa en el extrarradio de Madrid y los dos viejos camaradas repasaron con alegría y orgullo algunos momentos de un pasado ya remoto.

Para el relato de la aventura clandestina de Semprún he circulado por dos vías paralelas, la personal y la política. La primera me ha llevado al encuentro con distintos actores políticos en la circunstancia siempre azarosa de la España de la dictadura o del exilio, empezando, claro está, por el protagonista. Por la segunda me he introducido en la razón política comunista que se iba haciendo estrategia y táctica a medida que, entre otros factores, la acción de Semprún en España iba dando resultados y demandaba respuestas.

Para transitar por la primera vía me he servido de los varios encuentros y entrevistas que he mantenido con Semprún a lo largo de los años. Me ha hablado de los viajes y sus circunstancias en las fronteras, de su vida de Madrid, del trabajo político fructífero pero también de los momentos de descanso con el pequeño núcleo de amigos o, incluso, de las vacaciones familiares por cuenta de los soviéticos a orillas del Mar Negro.

Igualmente, he entrevistado a muchos de los jóvenes activistas de entonces, años después convertidos en escritores, profesores, periodistas, abogados o cineastas notables. Me han hablado del poder de atracción, incluso de seducción, de Semprún, de su capacidad de movimientos para aparecer y desaparecer sigilosamente de las reuniones o círculos conspirativos anti-franquistas donde ejercía una acción política atenta y vigilante. Su potencial creció considerablemente a partir de los primeros núcleos, en parte nutridos aun con veteranos militantes procedentes de la época republicana. Al filo del

cambio de década, 1950-1960, el número de afiliados y simpatizantes del sector intelectual rebasaría el centenar. Se detectaba en el ambiente que a Madrid había llegado o vuelto «el Pajarito», corrupción del seudónimo de Semprún, Federico, en boca de la pequeña hija del jefe de los intelectuales en Madrid, el hombre de cine Ricardo Muñoz Suay. A Juan Goytisolo, que lo encontró en Madrid a comienzos de los 60, Semprún le recordaba a un Pimpinela Escarlata por la seguridad con que se movía, escamoteando la persecución policial que nunca logró darle alcance pese a los esfuerzos desplegados.

Semprún hizo uso de diferentes alias, según la circunstancia. La supuestamente eficaz policía franquista –más bien un cuerpo de torturadores que obtenían su información a base de palizas y malos tratos– nunca logró unificar todos esos nombres de guerra, incluido el más conocido públicamente –Federico Sánchez– en la persona de Jorge Semprún. Cuando lo consiguió, en 1963, ya era muy tarde, Semprún había sido apartado del trabajo en España por el secretario general del partido, Santiago Carrillo.

Recuerdo el asombro de Semprún cuando le mostré un documento policial en un breve encuentro una tarde a las puertas del hotel donde se hospedaba en Madrid. Se trataba de un boletín informativo de 11 folios sobre los «antecedentes y actividades dentro y fuera de España» de Jorge Semprún, fechado en junio de 1968. Habíamos quedado en mantener un breve encuentro, tenía otros quehaceres dijo, yo me limitaría a darle los papeles. Salía del hotel en compañía de varios amigos, desconocidos para mí. Después de los saludos y las presentaciones con la calidez habitual, hice entrega del escrito. No lo conocía, me aseguró. Empezó a leerlo de pie. Al instante quedó absorto. Dadas las dificultades que le afectaban para sostenerse en pie por un tiempo dilatado, el personal del hotel le acercó una silla a la misma entrada donde continuó la lectura del documento hasta el final. Lo guardó en el bolsillo del gabán azul. Quedamos en comentarlo con detenimiento otro día. No hubo ocasión. Aquella fue la última vez que nos vimos. Pocos meses después moría en París.

¿Qué revelaba un documento tan tardío como aquél que Semprún no conociese, dónde radicaba su importancia? La historia es un tanto enrevesada. En 1968, año del informe policial, Semprún, fuera ya del Partido Comunista, solicitaba un pasaporte español en el consulado de París para venir legalmente a España. La policía aprovecha la circunstancia para indagar y recopilar toda la información disponible sobre Semprún. Con errores y algunas confusiones de bulto, el informe resultante recoge el historial de un peligroso activista comunista que había actuado clandestinamente

en Madrid, oculto bajo diferentes seudónimos, entre ellos el de Federico Sánchez. Lo sorprendente es cómo llega la policía a este dato. El informe revela que lo obtuvo en 1963 cuando un detenido, estando en comisaría y «al margen de las diligencias que le eran instruidas», declaró que unos meses antes, había visto en Italia una foto del ganador del premio *Formentor*, el autor de *El largo viaje*, llamado Jorge Semprún, que era el mismo que años antes había sido su instructor en el partido comunista con los nombres de Agustín, Artigas o Federico. Fácilmente la policíaató cabos y llegó por primera vez a la plena identificación del clandestino. El documento que yo transmití a Semprún, procedente del Archivo Histórico Nacional, estaba, como se dice en el argot archivístico, «despersonalizado», es decir, con todos los nombres propios borrados, salvo el de Semprún lógicamente, pues era quien me había autorizado la consulta de toda documentación con él relacionada.

Por mi parte, uniendo las informaciones del documento con otras ya conocidas de las detenciones producidas ese mismo año 1963 y en esa misma redada, entre otras las de Javier Pradera y José Antonio, *Chicho*, Sánchez-Mazas Ferlosio, pude deducir fácilmente que el informante de la policía fue un joven profesor, lector de español, procedente de Italia, concretamente Fernando Sánchez Dragó, pupilo de Semprún en su acceso al comunismo en 1956 y detenido en 1963 en compañía de Ángel Sánchez Gijón, ambos acusados de la creación de una Alianza Democrática Popular Española en septiembre de 1963. Mi conjetura empero, solo podía ser expresada en nota a pie de página². Hoy, abril de 2021, dispongo del documento completo gracias a la amabilidad del estudioso Francisco Redondo Abal y ya es posible certificar fehacientemente el origen de la filtración a la policía que tantos años tuvo intrigado a Jorge Semprún³.

En el transcurso de los años de clandestinidad tanto Semprún como la política comunista evolucionaron notoriamente. He podido ilustrar y documentar en qué medida el conocimiento más certero de la realidad española, con sus nuevas generaciones al frente y con el sector de la cultura movilizado, ha influido en los cambios estratégicos de la política comunista y en las

² Nieto, Felipe, *La aventura comunista de Jorge Semprún. Exilio, clandestinidad y ruptura*. Barcelona, Tusquets, 2014, p. 607.

³ Redondo, Francisco Xavier, «Verdades incómodas, memoria selectiva. Semprún/Federico Sánchez y las certezas innombrables», *Conversación sobre la Historia*, 2021. Disponible en: <https://conversacionsobrehistoria.info/2021/04/06/verdades-incomodas-memoria-selectiva-semprun-federico-sanchez-y-las-certezas-innombrables/>

dinámicas de la oposición antifranquista en general, aspectos que creo no eran explícitos ni menos estaban asociados a la figura de Semprún, el dirigente que acabó primero expulsado de las filas del partido y poco después, como es práctica frecuente con los disidentes de los partidos comunistas, expulsado de la historia de ese mismo partido. La contribución política de Semprún fue aún más significativa en un partido como el comunista que se dice obrero y tiene a la clase obrera como el agente político principal en la lucha por la transformación social.

Uno de los cambios fundamentales, y más fecundos en mi opinión en la historia del PCE, fue la adopción de la política de Reconciliación Nacional (1956). Con ella el PCE declaraba el fin de la división de los españoles según los bandos enfrentados de la Guerra Civil y proponía dirigir la mirada al futuro, hacia la construcción común de una España democrática. Aunque influyeron diversos factores en esta decisión transcendental –la distensión internacional, la desestalinización promovida por el XX Congreso del PCUS (1956), entre otros–, fue determinante la lucha de los universitarios e intelectuales movilizados por Semprún en Madrid donde ya convivían y actuaban de consuno los herederos de uno y otro bando, incluso habían lanzado a la opinión pública un manifiesto, el uno de abril de ese año, en nombre de «los hijos de los vencedores y los vencidos».

Cada día se hacía más evidente la importancia de la nueva militancia del «interior», como se decía en la jerga al uso, la mayor parte iniciada en la lucha política durante el franquismo, para la cual, a diferencia de la dirección del partido, mayoritariamente asentada en París, en el Este de Europa o en Moscú, la II República y la Guerra Civil eran recuerdos lejanos, muy estimados pero no motivo de inspiración política con vistas al futuro postfranquista. A comienzo de los años 60 la dialéctica España franquista-Exilio desapareció en favor del primero de los términos. En el caso de los comunistas, la acción del instructor Semprún constituyó una contribución innegable. Sin embargo, en la política general del partido, la dirección exterior, cada vez más personalizada en Santiago Carrillo, siguió teniendo en sus manos la palabra decisiva. Conflictos internos se gestaron en el seno de la dirección porque, a partir de unas convocatorias de protesta en 1958 y de huelga general en 1959, ambas fallidas, la mayoría de la voluntariosa dirección exterior se negó a reconocerlas como tales y menos a sacar las consecuencias.

Semprún se había ido impregnando de las ideas y visiones proyectadas desde el interior. Mi convicción es que Semprún se fue «españolizando», es decir, que su visión política se adecuó a lo que fue aprehendiendo a lo largo

de un periodo intermitente de diez años en España y se vio impulsada por el contacto con camaradas y amigos como Javier Pradera. Otro tanto le sucedería a partir de 1960 al número dos oficioso del partido, Fernando Claudín. Fue una transformación que el afrancesado Semprún tuvo a mucha honra, porque le ayudó a despertar del sueño dogmático de unas fórmulas políticas inviables propaladas desde el exterior. De ahí que declarara repetidamente que los años de clandestinidad en Madrid formaban parte de los mejores de su vida, no importaba el riesgo y el peligro puestos en juego.

La apuesta disidente fracasó. Claudín y Semprún fueron apartados de la dirección y finalmente expulsados del partido en 1965. Su intención de cambiar el rumbo político fue rechazada por la dirección del partido sin discusión a fondo, descalificada en nombre de supuestos principios revolucionarios con la serie de epítetos siempre repetida –revisionistas, oportunistas...– que a estas alturas resultaba no solo caricaturesca sino inverosímil. Hasta el punto de que, pocos años después, la misma dirección ortodoxa empezaría a adoptar, a su modo y sin admitirlo públicamente, los puntos de vista de los dirigentes derrotados.

De la memoria de Semprún, al recordar sus fructíferos años en la clandestinidad, quedaron al margen algunos hechos no tan luminosos, de los que nunca, que me conste, habló en público. No tuve ocasión de hablar de ellos con el interesado a pesar de que aparecieron frecuentemente en el curso de mi investigación.

El caso de la infiltración en la nueva organización estudiantil ASU (1956), colaboradora y fiel aliada del PCE en la universidad de Madrid fue, en palabras de Javier Pradera, que la vivió en primera persona, «vergonzosa». Por orden de Semprún, militantes del PCE tantearon y lograron que varios estudiantes, afiliados a la ASU entraran en el PCE pero que, en un juego de doble militancia, siguieran en la ASU. Era, les explicaría Semprún, el modo de influir en el PSOE, hacerle retrotraerse de su posición anticomunista y avenirse a acuerdos con el PCE. Al final, según me contaba Pradera, «se descubrió el pastel» porque alguien confesó su participación en la trama y estalló un pequeño escándalo en el reducido círculo antifranquista. Los agraviados militantes de la ASU, previa depuración de los traidores, planearon una venganza tan peligrosa como infantil. Uno de ellos se citó con Semprún en el parque de El Retiro, punto frecuente de citas clandestinas, mientras otros, desde un coche, tomaban unas fotos del ultrasecreto dirigente comunista. Un militante destacado de la ASU que colaboró muy estrechamente con Semprún, Francisco Bustelo, me expresó su indignación por la conducta

«estalinista» de aquél, a quien seguía reclamando una petición de excusas personal. Otros miembros de la ASU, como el diplomático Vicente Girbau, tomaron el episodio con más distancia, una tormenta en un vaso de agua, por más que el asunto podría haber acabado acarreando consecuencias peligrosas. Cuando residía en París y la colaboración en la editorial *Ruedo Ibérico* de ambos les había convertido en amigos, Girbau devolvió a Semprún la foto de marras, gesto con el que el incidente quedaba sellado. Semprún, pese a no reconocer los hechos, como he comentado, no tuvo inconveniente en utilizar la foto robada en la portada de su vindicativo libro *Autobiografía de Federico Sánchez*, haciendo pública una de sus escasas fotos en la clandestinidad, el elegante hombre de la gabardina, con paso apresurado, a modo de agente secreto, por las calles de Madrid.

Igualmente, en su memorable libro Semprún apartó de sus recuerdos otro incidente controvertido: el que le enfrentó con su mejor amigo de la clandestinidad y de la vida posterior, Javier Pradera. El joven jurista, militante responsable del sector universitario, envió una carta a la dirección del partido en París en 1960, una crítica certera a la estrategia repetida y fracasada de Huelga General Política. La dirección del partido obligó a Federico Sánchez a responder a su fiel amigo. En cumplimiento de tan desagradable cometido se limitó a amonestar al joven camarada y a reiterarle unos argumentos consabidos. Pradera no se amilanó y escribió una segunda carta, esta vez dirigida a Federico, reafirmando sus planteamientos críticos, aunque no dejara de expresar por primera vez su disposición de acatar las decisiones que tomara el partido. Pradera acabó haciendo su autocrítica, continuó una militancia bajo sospecha y finalmente, cuando salieron expulsados sus amigos, camaradas disidentes Claudín y Semprún, abandonó silenciosamente el partido. Este episodio no mencionado en el libro de Semprún debió de influir en su evolución crítica posterior, como sin duda lo hizo, pese a los rechazos iniciales, en Fernando Claudín.

El tiempo de la clandestinidad sempruniana llegó a su final abruptamente en 1962 para sorpresa del interesado. El de la militancia, como ya he señalado, se cumpliría tres años después. Se ponía fin así a un periodo de más de 20 años de militancia comunista. Faltaba todavía tiempo y perspectiva para el balance y el ajuste de cuentas, personal y colectivo, con el pasado (aunque la dirección del PCE iba diseminando aquí y allá, en privado y en público, invectivas y descalificaciones hacia los expulsados). Ahora bien, dejando de lado esas operaciones de cirugía del pasado que seguirían su propio curso, había algo de lo que Semprún fue muy consciente

siempre, desde sus años juveniles hasta los de madurez postcomunista. El partido, el comunismo, habían sido su familia, una familia más fuerte que la natural (en su caso, deshecha antes de que cumpliera veinte años), la «querida familia» con que comenzaba a veces sus primeras cartas o informes al partido en los comienzos de la clandestinidad. Del mismo modo, sus camaradas españoles serán recordados siempre como lo mejor de esa familia, la «fraternidad comunista», el grupo de hombres y mujeres abnegados, dispuestos a poner en juego su seguridad, a soportar las más atroces torturas e incluso a arriesgar sus vidas por sus camaradas. Es lo que hicieron Domingo Malagón o Simón Sánchez Montero, por citar dos nombres muy queridos para Semprún, y tantos otros a los que el escritor rinde homenaje agradecido en sus recuerdos, consciente de que a ellos debe en gran medida el haber salido indemne en sus años de clandestinidad.

Al concluir este recorrido sinóptico por la biografía de un comunista clandestino puede asaltarnos la sensación de un fracaso por partida doble, el del militante que acaba condenado y expulsado, y el de la organización política que en sus cuarenta años de lucha sin cuartel contra el franquismo no fue capaz de acabar con el sistema de opresión y oprobio al que se enfrentó desde su establecimiento al final de la Guerra Civil.

Nada más incierto, sin embargo. La perspectiva de los años y la historia nos autorizan a hablar más bien del «reverso de un fracaso». Es posible hacer constar el cumplimiento de muchos de los planes y proyectos esbozados por unos disidentes comunistas adelantados a su tiempo, seguidos después a su modo por todo el Partido Comunista, acordados además con los demás grupos y fuerzas políticas. De esta manera, es de justicia afirmar que el triunfo de la democracia en España a la muerte del dictador fue en un alto grado el fruto de la siembra laboriosa de los planes y los proyectos, de los riesgos y los sacrificios, de generaciones de comunistas, entre los que destaca el nombre de Jorge Semprún. La historia personal al servicio de una causa colectiva mayor, la historia de la España actual. La biografía de nuestro tiempo.

VIVIENDO CON MI PERSONAJE: EL DOCTOR JOHNSON, HUGH TREVOR-ROPER, JOHN LE CARRÉ Y YO¹

Adam Sisman

Biógrafo

A lo largo de su gran biografía de Samuel Johnson, James Boswell deja registradas numerosas conversaciones con su amigo. Varias de ellas trataban sobre el tema de la biografía en sí. Boswell cita palabras de Johnson cuando dice que «nadie puede escribir la vida de un hombre sino aquellos que han comido, bebido y vivido en contacto social con él». Esta era una limitación demasiado draconiana, como Johnson sin duda habría admitido si Boswell le hubiera rebatido. El propio Johnson escribió biografías breves de hombres a quienes nunca había conocido, en su *Vidas de los poetas*. Hoy en día consideramos norma del biógrafo contemplar a su personaje desde cierta distancia; con independencia académica, podríamos decir. Pero incluso cuando Johnson parece dogmático hasta el absurdo, sus palabras no dejan de merecer una cuidadosa reflexión. Rara vez hacía una observación que no contuviera una verdad importante.

Al citar estas palabras de Johnson, Boswell está recordando a sus lectores que él mismo ha comido, bebido y vivido en contacto social con el personaje; de hecho, nos cuenta que estaban tomando el té juntos, en su propio alojamiento, cuando Johnson las pronunció. Lejos de cuestionar la afirmación de Johnson, Boswell quiere resaltar la superioridad de sus propias cualificaciones sobre las de sus rivales biógrafos, que habían sido más rápidos que él a la hora de publicar. Por si no hubiéramos captado bien el

¹ Este capítulo ha sido traducido del inglés por Victoria Gordo del Rey.

mensaje, Boswell vuelve más tarde sobre él. «Hablamos sobre biografía», nos cuenta, durante una visita a Oxford con su personaje. «Rara vez se hace bien», refiere que dijo Johnson. «Solo el que vive con un hombre puede escribir su vida con un mínimo de exactitud y criterio»².

Johnson prosigue diciendo que incluso entre «quienes han vivido con un hombre» –sus amigos íntimos, por ejemplo– «son pocos los que tienen el discernimiento de señalar algo interesante sobre él». Yo doy fe de ello por mi propia experiencia como biógrafo. Con demasiada frecuencia he viajado, cargado de expectativas, para encontrarme con un informador que no me ha dicho más que «Ah, sí, X, yo le conocí bien»–y luego me ha decepcionado al comprobar que, aparte de lugares comunes y cosas que yo ya sabía, no era capaz de contarme nada nuevo sobre X–. La mayoría de nosotros sabemos mucho menos sobre las personas que tenemos cerca de lo que imaginamos.

Probablemente merezca la pena establecer desde este primer momento una distinción entre la biografía y las memorias, una distinción que era menos evidente en la época de Johnson. De hecho, fue Boswell el que contribuyó a distinguir entre las dos. Creo que puede decirse que la biografía aspira a contar toda la verdad sobre una persona, mientras que las memorias, al no ser más que eso, recuerdos, son un género menos ambicioso. La biografía pretende ser objetiva; las memorias son subjetivas. Las memorias se basan en el recuerdo, en tanto que la biografía requiere investigación.

En este ensayo pretendo explorar qué diferencia supone que el biógrafo conozca o haya conocido a su personaje personalmente, como Johnson propugnaba. Como el título «Viviendo con mi personaje» sugiere, gran parte del texto está basado en la experiencia personal.

Para un biógrafo, no es difícil apreciar las ventajas de observar a un personaje de cerca, de preguntarle sobre el pasado (como Boswell hizo con Johnson), de ser presentado a sus amigos y familiares, de tener acceso a documentos privados y, tal vez, de recibir comentarios sobre lo que uno ha escrito; pero, a la vez, es fácil ver cómo la intimidad con un personaje puede resultar distorsionadora, inhibidora o restrictiva.

² Citas tomadas de *Life of Johnson* (1791); citado en mi libro *Boswell's Presumptuous Task* (1999), publicado en España con el título *Presuntuoso afán. Así escribió James Boswell Vida de Samuel Johnson*. Barcelona, Belacqua, 2008.

Mi primera biografía fue sobre un hombre a quien nunca conocí, y de hecho, ni siquiera vi, salvo en televisión: el historiador A.J.P. Taylor, el primer «catedrático televisivo», y probablemente el académico más conocido en Gran Bretaña durante las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial³. Comencé a escribir sobre él poco después de su muerte en 1990, y me sorprendió, e incluso alarmó, lo rápidamente que descubrí aspectos de su pasado y de su conducta que ni siquiera sus amigos y familiares conocían. Fue la primera vez que me di cuenta de que los más allegados a una persona son los menos capaces de verla en su totalidad. Esta conclusión se vio reforzada en una conversación con otro historiador de la generación de Taylor, Raymond Carr. En ese momento estábamos hablando los dos sobre el carismático político laborista Tony Crosland, a quien Carr había conocido siendo un joven catedrático de Oxford, justo después de la guerra. La autora de la biografía de Crosland había sido su viuda, Susan⁴. Cabría pensar que una esposa debería de saber tanto de su marido como cualquier otra persona, o quizás más, pero Carr me abrió los ojos al respecto de esta ingenua suposición. Precisamente porque era su mujer, me dijo Carr, él no había sido capaz de confiarle un llamativo hecho de su vida cuando era joven: había «hecho a pelo y a pluma», según su propia expresión.

El propio A.J.P. Taylor había escrito dos biografías: una de Bismarck⁵ y otra de alguien que había llegado a conocer bien, incluso demasiado bien en opinión de algunos que no veían con buenos ojos su afecto hacia el viejo y taimado magnate de la prensa, Lord Beaverbrook⁶.

En 1957 otro carismático y combativo historiador, Hugh Trevor-Roper, fue nombrado «Regius Professor» de Historia Moderna en Oxford, un puesto que algunos pensaban debía habersele concedido a Taylor. Se trata de un nombramiento que no suele atraer mucho la atención fuera del mundo académico: en 1957, sin embargo, la noticia salió en titulares. Taylor manipuló hábilmente a la prensa a fin de dar a entender que existía un complot para instalar a un historiador conservador en vez de a un candidato de izquierdas que lo merecía más. Cuatro años después, Taylor y Trevor-Roper se posicionaron en bandos opuestos en una caldeada controversia sobre los orígenes de la Segunda Guerra Mundial, manteniendo debates sobre el tema tanto

³ Sisman, Adam, *A.J.P. Taylor: A Biography*. London, Sinclair-Stevenson, 1994.

⁴ Crosland, Susan, *Tony Crosland*. London, Jonathan Cape, 1982.

⁵ Taylor, A.J.P., *Bismarck: The Man and the Statesman*. London, Hamish Hamilton, 1955.

⁶ Taylor, A.J.P., *Beaverbrook: A Biography*. London, Hamish Hamilton, 1972.

en televisión como en prensa. Los dos quedaron claramente instalados en la opinión pública como rivales e incluso enemigos.

Pasados más de doce años de la publicación de mi libro sobre Taylor, escribí una biografía sobre su «rival» Hugh Trevor-Roper. Al haber escrito la biografía de ambos, a menudo me preguntan cuál de los dos cuenta más con mi simpatía. Es una pregunta que encuentro siempre imposible de responder, y más teniendo en cuenta el hecho de que a Trevor-Roper le conocí personalmente, y a Taylor no. La comparación por tanto no sería entre términos semejantes.

En este punto me gustaría detenerme sobre mi propia relación personal con Hugh Trevor-Roper, el personaje «con el que viví» mientras escribía su biografía. La primera vez que coincidí con Trevor-Roper fue en una fiesta en Oxford en 1977. Por entonces yo tenía veintipocos años y trabajaba como editor júnior con Oxford University Press (OUP). Ya tenía prácticamente olvidadas las circunstancias de este encuentro cuando, casi treinta años después, encontré en los archivos de OUP una carta que le había escrito al día siguiente. Cuando me puse a hacer memoria de aquel momento –muy emocionante para mí, entre otras cosas porque en aquella misma ocasión conocí también a Isaiah Berlin– recordé también que al principio de la conversación yo fui bastante cauteloso, advertido como estaba de que Trevor-Roper podía resultar bastante mordaz; pero, en cambio, le encontré sorprendentemente afable. Posteriormente le invité a comer con dos de mis colegas, en una velada que acabó resultando bastante fría. Pasado un tiempo, caí en la cuenta de que tal vez fuera una persona tímida y que esto fuera lo que le hacía ocultarse tras esa actitud reservada.

Durante los siguientes doce años, mientras yo continuaba mi carrera en el mundo editorial, mantuvimos un contacto esporádico, que retomé en 1990, poco después de que yo empezara a trabajar en mi primer libro, la biografía de A.J.P. Taylor. Trevor-Roper me concedió muy generosamente varias entrevistas, me proporcionó copias de las cartas que tenía de Taylor, así como de otros documentos interesantes, y comentó el borrador de mi libro. «Lo he leído con gran interés y moderado placer», escribió «moderado porque es una historia tan deprimente como fascinante».

Tras publicarse mi libro en 1994, Trevor-Roper le hizo una crítica (bastante favorable, me complace añadir) en el *Sunday Telegraph*. Incluso accedió a participar en un debate conmigo en la Oxford Union, una especie de reposición de su famoso debate con Taylor sobre los orígenes de la

Segunda Guerra Mundial donde yo adopté el papel de Taylor y Trevor-Roper el suyo propio. (En 2010, tomé parte en otra reedición de este debate para el programa «Head to Head» de Radio 4 de la BBC, en el que el eminente historiador de la Alemania nazi Richard J. Evans –Sir Richard Evans– adoptó el papel de Roper y yo de nuevo el de Taylor.) Cuando hoy en día recuerdo esta ocasión, no deja de asombrarme que él accediera a tomar parte, pero supongo que se debió a su sentido lúdico. El debate mantuvo un tono amable y me acuerdo de que después cenamos con nuestras esposas en el hotel Randolph.

Para aquel momento, como he comentado antes, ya nos habíamos hecho amigos, y yo le visitaba de vez en cuando en su casa, la Old Rectory, en Didcot. Después del ingreso de su esposa Xandra en una residencia y su posterior fallecimiento, empecé a ir a verle más a menudo. Recuerdo llevarle en coche a verla a la residencia, y a las citas médicas que él mismo tenía en el hospital, y las cenas con él en el comedor de la Universidad de Oxford, así como en su casa de Didcot. Aunque para entonces estaba ya casi completamente ciego, tenía la determinación de seguir llevando una existencia independiente e insistía en cocinarme platos, rechazando toda oferta de ayuda. Verle tratar de encender su anticuada cocina de gas, prender una cerilla y, a continuación, encorvarse para atinar con los quemadores moviendo la cerilla hasta que el gas entraba en ignición y el anciano historiador retrocedía de un salto para evitar que le alcanzara la llamarada, era sin duda una experiencia inquietante.

Trevor-Roper iba teniendo cada vez más dificultades para leer y, cuando finalmente le resultó imposible, las visitas solían leerle en voz alta, sentadas frente a la estufa de gas de su despacho. Obviamente, que le leyeran en voz alta consumía mucho tiempo, y aunque Trevor-Roper tenía varios lectores habituales, se vio obligado a recortar sus lecturas drásticamente. De modo que me sentí muy halagado cuando eligió mi libro *Presuntuoso afán: así escribió James Boswell la vida de Samuel Johnson* como uno de los que quería que le leyeran.

En un determinado momento, surgió la posibilidad de que yo escribiera su vida. Hasta bien avanzada la tarea estuve convencido de que la propuesta nació de él, pero la correspondencia que encontré en su archivo indica que partió de mí (lo que constituyó un muy conveniente recordatorio de la falta de fiabilidad de la memoria). En todo caso, él no desalentó activamente esta tentativa. «Para ser mi biógrafo, nadie me gustaría tanto como tú», escribió, pero «dudo realmente que yo merezca ser biografiado: ¿qué hay que contar

de mí?». En otra carta, escrita aproximadamente un año más tarde, escribía que le asustaba lo que él denominaba «tu extraño proyecto». «Mi vida ha sido completamente convencional y nada interesante», aducía: «no hay nada que conmemorar. Yo, como Voltaire, pienso que *'La vie d'un écrivain sédentaire est dans ses écrits* – y mis écrits son muy escasos'».

Yo pensaba que se equivocaba, y seguí insistiendo. Hablábamos con frecuencia de su pasado y me fue enseñando muestras de su abrumadoramente voluminoso archivo. Me presentó a su amigo y albacea de su obra literaria, Blair Worden, quien me animó a que escribiera el libro tras la muerte de Trevor-Roper. Ambos insistían en que tendría carta blanca para escribir lo que quisiera. A Trevor-Roper no le gustaba que le trataran con demasiada veneración, y a menudo ciataba la preferencia de Gibbon por un elogio «sazonado con una sensata dosis de acidez».

La última vez que le vi fue unos diez días antes de su muerte, en 2003. Por entonces se encontraba en un hospital de cuidados paliativos, consciente de que el final estaba cerca, pese a lo cual hasta el último momento siguió interesado en el mundo exterior. «¿Qué noticias llegan de la República de las Letras?», solía preguntarme. Nunca estuve seguro de estar cualificado para responder a esta pregunta.

Cuando en 2010⁷ se publicó mi biografía de Trevor-Roper, tuve que admitir, siendo sincero, que posiblemente mi texto se había visto influido por sentimientos de lealtad, afecto y gratitud. Negar la existencia de estos sentimientos habría sido faltar a la verdad, y quise que fuera el lector quien juzgara si dichos sentimientos habían constituido una ayuda o un obstáculo para mi comprensión del personaje.

Pero, aunque yo había conocido a Trevor-Roper personalmente, y (o así lo creía yo) bastante bien, llegué a conocerle mucho más íntimamente después de su muerte. Entre los papeles que había en su casa ya vacía de Oxfordshire, encontré cartas y otros documentos reveladores, incluidos borradores y diarios autobiográficos, e incluso una carpeta etiquetada con mi propio nombre. La casa continuó vacía durante algunos años; yo tenía un juego de llaves e iba a menudo a trabajar en su archivo, a veces incluso me quedaba a pasar la noche allí. Al menos en una ocasión, dormí en la

⁷ Sisman, Adam, *Hugh Trevor-Roper: The Biography*. London, Weidenfeld & Nicolson, 2010. Reseñado en español en: González, María Jesús, «Hugh Trevor-Roper el historiador beligerante», *Revista de Occidente*, nº 371, 2012, pp. 3-33.

cama de Trevor-Roper; su ropa seguía colgada en el armario, y algunos de sus libros favoritos estaban junto a la cama, aunque, como ya he contado, llevaba ya algunos años sin poder leer sin ayuda. Tal vez esto fuera llevar a otro nivel el mandato de Richard Holmes de que un biógrafo debía seguir los pasos de su personaje⁸.

Trabajar con el archivo de Trevor-Roper durante un periodo de tiempo tan prolongado dejó una profunda impresión en mi mente. Cuando leía sus palabras, me parecía que escuchaba la voz de Trevor-Roper en mi cabeza. Y dado que estaba familiarizado con el contexto en el que se escribieron las cartas, descubrí que podía identificar las referencias que había en ellas e incluso, hasta cierto punto, anticipar lo que me iba a encontrar escrito. Me había ocurrido lo mismo cuando investigaba para mi biografía de A.J.P. Taylor. El efecto era indudablemente más pronunciado por tratarse de dos escritores tan peculiares. En ambos casos, sus personalidades eran para mí tan diáfanas como su escritura. En el caso de Taylor, llegué a hacerme una idea bastante nítida del carácter de un hombre a quien nunca conocí. Y en el archivo de Trevor-Roper me familiaricé con el joven Hugh, más atrevido y arrogante que el autocrítico e irónico individuo que yo había conocido ya en su senectud, y al que tal vez había hecho más humilde la aleccionadora experiencia que vivió en 1983, ante los medios de comunicación del mundo entero, cuando puso en juego su prestigio académico al autenticar una serie de diarios supuestamente escritos por Adolf Hitler que resultaron ser falsificaciones.

Mi siguiente experiencia de «vivir con mi personaje» ha sido escribir la biografía del novelista John le Carré. Ciertamente yo he comido y bebido con le Carré, que era en cierta medida un *bon viveur* –de hecho, a veces he bebido más de lo que posiblemente habría debido–. Le Carré, cuyo verdadero nombre era David Cornwell, podía ser una compañía maravillosa: cortés, sofisticado y divertido. Cuando fui conociéndole más, tomé conciencia del peligro de enamorarme de mi personaje. Tuve buen cuidado de mantener refrigerada la habitación de mi corazón donde se guardaba el pedazo de hielo que (según Graham Greene) todo escritor necesita tener.

Mientras escribía mi biografía de John le Carré, tuve acceso a sus archivos –su archivo personal, localizado en el garaje de su casa, sita en un

⁸ Holmes, Richard, *Footsteps: Adventures of a Romantic Biographer*. London, Harper Perennial, 1985.

acantilado de Cornualles, sobre el Atlántico, y sus manuscritos, conservados en la Biblioteca Bodleiana de Oxford. También pasé muchas horas en su compañía, preguntándole extensamente sobre su pasado. Obviamente, esto constituye un privilegio para un biógrafo. Pero me sorprendió cómo a menudo David (como llegué a llamarle) me contaba historias que yo ya sabía –e incluso a veces algunas que yo sabía que no eran ciertas–. Un ejemplo de ello, sin importancia en sí mismo, me impresionó no obstante poderosamente. Durante una comida en un restaurante de Hampstead, David empezó a contarme cómo había surgido que fuera a enseñar a Eton tras dejar Oxford. Yo sabía que su relato era inexacto, ya que recientemente había leído alguna correspondencia con el director de Eton en los archivos del Lincoln College, y le interrumpí un tanto bruscamente para decírselo. Se quedó muy sorprendido, casi estupefacto. Me resultó evidente que se había convencido a sí mismo de que su versión era cierta, y su desconcierto no pudo ser mayor al descubrir que estaba equivocado.

Mi experiencia me ha demostrado que muy pocas personas constituyen una fuente fiable de su propia historia. La mayoría de nosotros, si no todos, estamos reelaborando constantemente el pasado, en un afán por tratar de encontrar sentido al presente. En el caso de le Carré, este proceso fue especialmente activo, porque una y otra vez acudía al almacén de sus propias experiencias para escribir sus novelas. En la narrativa de su vida, la realidad y la ficción habían llegado a entrelazarse. Ya no sabía qué era verdad y qué era invención, y parte de mi tarea consistió en separar una cosa de la otra.

No obstante, David había reflexionado profundamente sobre la biografía. A veces bromeaba diciendo: «Si yo fuera tú y tuviera que escribir mi biografía, la pregunta que haría ahora mismo es...». Durante nuestras conversaciones, a menudo me venía a la cabeza un fenómeno sobre el que había escrito en mi libro sobre la *Vida de Johnson*: la lucha subyacente a las relaciones entre el biógrafo y el personaje. Generalmente, el biógrafo es el solicitante; el personaje juega con ventaja, porque puede conceder o negar el acceso a sí mismo y a sus documentos; pero el biógrafo posee la llave para entrar en la posteridad.

Anteriormente he mencionado la distinción entre biografía y memorias. Diez días después de haberse publicado mi biografía, se anunció que le Carré iba a publicar unas memorias. «Está tratando de recuperar el control de la agenda», comentó mi editor. Desde entonces, se me ha sugerido muchas veces la poca colaboración, por no decir la hostilidad, que demostró con esta acción.

No me sorprendería que existiera un cierto grado de contrariedad por parte de David. Aunque mi biografía estaba escrita con la cooperación del personaje, sería hipócrita fingir que no hubo tensiones entre nosotros durante los años que la estuve escribiendo. De hecho, no creo que yo hubiera estado haciendo bien mi trabajo si no las hubiera habido. Imagino lo difícil que debió de ser para él que una persona relativamente extraña entrara a explorar en cada una de las habitaciones de su vida, desde el desván al sótano, que expusiera sus errores y controversias y que hurgara en sus heridas. «Creo que nuestra continuada relación ya es un logro en sí mismo», me escribió en 2014.

De modo que me agradó mucho recibir una gentil carta suya el día que se publicó mi biografía, y más aún cuando aproximadamente un año después recibí un ejemplar dedicado de sus memorias, tituladas *The Pigeon Tunnel* («El túnel de las palomas»), unos días antes de que saliera a la venta en las librerías. Este libro tiene una larga historia: él llevaba más de medio siglo coqueteando con la idea de escribir algo parecido a unas memorias; de hecho, el mismo tiempo que llevaba escribiendo novelas, y previamente ya había hechos dos tentativas, en 1979 y de nuevo en 2001. Visto en retrospectiva, yo me pregunté si mi libro podía haber sido el catalizador que finalmente le llevó a escribir el suyo.

Volviendo al precepto de Johnson que citaba al comienzo, creo que podemos afirmar, sin asomo de duda, que él estaba equivocado. Claro que es posible escribir la vida de un hombre (o mujer) sin haber comido o bebido ni mantenido contacto social con él. Como he tratado de demostrar, el contacto con nuestro personaje, aunque útil, no lo es tanto como cabría imaginar. Por otro lado, la obra maestra de Boswell solo podría haber sido escrita por alguien que hubiera vivido junto a su personaje de la forma por la que Johnson abogaba.

Existe, obviamente, otro sentido en el que los biógrafos viven con sus personajes. Cuando escribimos biografías siempre estamos pensando en ellos, leyendo sus palabras y estudiando sus trayectorias profesionales, sus logros y sus fracasos. Hablando por mí, solo sé que cuando estoy escribiendo una biografía, rápidamente llego a un punto en el que todo parece tener que ver con mi personaje, y mi personaje me parece relacionado con todo. Mis hijos se burlan de mí por esto, aunque a mí me resulta inevitable, y probablemente útil, que los biógrafos lleguemos a obsesionarnos hasta ese punto, al menos durante un cierto tiempo. Recuerdo un comentario de A.J.P. Taylor en la

introducción a su vida de Beaverbrook: «Ahora que he aprendido a conocerle mejor a través de sus documentos, le quiero todavía más»⁹.

Pero esta obsesión con nuestro personaje se desvanece muy rápidamente cuando uno deja de trabajar en una biografía. Uno de los gajes del oficio de biógrafo consiste en que para cuando se publica un libro, uno ya está pensando en otro personaje. «Parece que me he convertido en esclavo de ese anciano para siempre», se quejó Taylor a su esposa, solamente unas semanas antes de salir publicada su vida de Beaverbrook. «Está claro que lo hice porque le quería, pero ese recuerdo también va desapareciendo. Ahora me acuerdo a menudo de las veces que me resultaba irritante y me preguntaba por qué se me ocurrió nunca desperdiciar mi tiempo en su compañía»¹⁰.

Hace algunos años, leí otra vida de A.J.P. Taylor, escrita por un autor que no voy a nombrar. El libro me pareció bastante aburrido y lo dejé a la mitad. De repente, me pregunté: ¿por qué llegué a estar interesado alguna vez en este hombre? En las páginas de su biografía aparecía como un hombre infeliz, estrecho de miras y egoísta. ¿Por qué le dediqué varios años de mi vida? Para tratar de dar respuesta a estas preguntas, saqué de la estantería un ejemplar de mi propio libro, que no había revisitado en varios años, y empecé a leerlo. Inmediatamente, mi personaje cobró vida, y volví a verle como el individuo fascinante y encantador que había sido.

⁹ Taylor, A.J.P., *Beaverbrook ... op. cit.*, p. XVII.

¹⁰ A.J.P. Taylor a Eva Haraszti, 28 de mayo de 1972. Disponible en: Taylor, A.J.P., *Letters to Eva*. London, Century, 1991, p. 78.

CÓMO HE CONSTRUIDO MIS BIOGRAFÍAS

J. Benito Fernández

Biógrafo

1. ESCRIBIR LA BIOGRAFÍA DE UN LITERATO CONTEMPORÁNEO

Vaya por delante que cuando hablo de biografías, siempre me refiero a biografías de literatos. En mi caso de literatos contemporáneos.

Me gustan las biografías porque son útiles para conocer al personaje que admiro, para quererlo más, para descifrar algunas claves de su obra, para establecer cierta complicidad con él; para ligar nuestra intimidad a la del escritor, por ejemplo; para saber qué hay detrás de un simple retrato de solapa. Las biografías sirven para explicarnos al autor y su obra.

La vida de un escritor, de un literato, se diferencia de la vida de las otras personas en que los hechos que acontecen en su existencia pueden ser utilizados como recursos artísticos, pueden convertirse en materia *novelable*, pues son legión los escritores que salpican su obra con acontecimientos vividos, con datos autobiográficos, remodelándolos o exponiéndolos tal cual sucedieron. Para un novelista, lo sucedido es materia muy recurrente. Pero las biografías de literatos son muy distintas a las biografías noveladas. A mí no me interesan esas, me aburren. A mi modo de ver, lo peor para una biografía es que esté escrita por un novelista frustrado. No me interesa una biografía novelada. «Deme usted datos, desvéleme el personaje y no haga literatura», le diría a un biógrafo literario.

En una ocasión, cierto novelista metido a crítico circunstancial, me acusó de tener una prosa notarial, lo que para mí no supone ningún desdoro. Para una biografía prefiero la prosa desnuda a la floreada.

Creo que la ficción nunca debe ser material biográfico. De hecho la utilización sin cautela de ese material para la reconstrucción biográfica puede crear una mitología completamente alejada de la realidad del personaje. Otra cosa bien distinta es que la biografía se lea como una novela, que el transcurrir del relato sea semejante al de una narración cuyos personajes nacen, crecen, desaparecen o mueren. En la biografía se ha de lograr amenidad con fundamento. La erudición jugosa, manifestando los detalles más minuciosos de una investigación profunda, se ha de combinar con el relato ameno. De nada sirve mostrar erudición e investigación, si su lectura resulta insufrible.

El género al que pertenecen las biografías es a la no ficción; no son ensayos, puesto que no hay tesis. Quiero contar o que me cuenten la vida de un hombre o de una mujer en estado puro, con hechos y datos reales, sin interpretación alguna.

«En una descripción bien hecha, aunque sea obscena, siempre hay algo moral: la voluntad de decir la verdad», expone con acierto Enrique Vila-Matas. Esa es mi obsesión: la estricta veracidad de los hechos. Describir con abundancia de datos empíricos la personalidad del biografiado: sus ancestros, sus gustos, sus obsesiones, sus perversiones, sus correrías, su pensamiento... Pero hablo de verdad, no de objetividad. Cuando hay una mirada detrás, la objetividad desaparece. Es mi verdad. Soy un hombre que cuenta la vida de otro hombre. Y habrá tantas vidas distintas de un mismo personaje, como biógrafos tenga, como narraciones haya. Puede haber más de una biografía y ser distintas, porque cada biógrafo tiene su propia mirada. Cuentan de diferente forma y hasta pueden ser discrepantes. La misma relación que cada biógrafo establece con los hechos y con los personajes-fuente, pueden dar un sesgo distinto al estrictamente real.

Dice Augusto Monterroso que «imaginación y realidad son términos con frecuencia opuestos, que es más fácil hacer triunfar a alguien en tres minutos de buenos deseos que en quinientos años de realidad». Es cierto. A menudo estamos más dispuestos a creer en lo fantástico que en lo estrictamente real. Tiene más poder de convicción que una mañana un viajante de comercio, tras un sueño intranquilo, aparezca sobre su cama convertido en un monstruoso insecto, de innumerables patas viscosas y un duro caparazón, que un poeta herido moje un cruasán en un charco sobre la calzada y gustoso lo engulla, como en el caso de Leopoldo María Panero. Tiene más poder de convicción que un hidalgo bien cubierto de su rodela, con la lanza en ristre, arremeta a todo el galope y embista contra unos molinos de viento confundidos con gigantes, que un poeta proclame que del televisor salen

voces que le dicen: «¡Panero, deja ya de matar!», lo que el literato consideró una grave intromisión en su vida privada. Estoy con el argentino César Aira: «La realidad es lo más misterioso que hay».

El biógrafo «es un novelista bajo juramento», según Michael Scammell, autor de la vida de Arthur Koestler. Está bajo juramento porque responde de la veracidad de los materiales que maneja, a diferencia del narrador de ficción, que usa lo sucedido como punto de partida y tiene plena libertad para manipularlo. El biógrafo siempre atesora muchos más datos, más información de la que realmente puede contar y publicar, lo que sin duda marca su nivel de autoexigencia. De ahí que haya que administrar con sumo cuidado toda la información.

En el caso de la biografía de Eduardo Haro Ibars, quien esto escribe no pudo hacer un relato pormenorizado de la muerte del poeta. Tenía el testimonio grabado de dos de las personas que le auxiliaron en su final, pero no pude describirlo como fue realmente –y fue muy emotivo–, porque había varios implicados y habríamos ido todos a prisión, ya que estamos hablando probablemente de un delito de homicidio, en opinión de algún jurista. Hasta los propios testigos, en el momento de narrármelo, me pidieron cautela. Esta es una buena prueba de que el biógrafo está secuestrado por sus propios datos y a veces tiene que valerse de la elipsis para contar sin contar.

El biógrafo utiliza los datos y los une para inventar el relato, para darle forma de historia, pero la verdad es muy difícil de contar; el biógrafo es un intruso que obligatoriamente ha de inmiscuirse en las vidas ajenas y está preso de los datos. Comparto con Miguel Sánchez-Ostiz que «el arte de la biografía tiene mucho de pesquisa policial, de reconstrucción arqueológica de un mosaico». El biógrafo necesariamente ha de ser indiscreto. Es como un voyeur que mira a través del ojo de la cerradura. Rastrear los pasos de quien admiramos, conocer lo más íntimo de nuestros autores predilectos, suele resultar una aventura fascinante. Aunque hay quien piensa que es imposible añadir nada trascendente a lo ya escrito por un literato. Como Octavio Paz, que sentenció: «Los poetas no tienen biografías. Su biografía es su obra».

España no es tierra de tradición biográfica. Es un género que ha sido tradicionalmente ignorado en las letras españolas. Quizá sea esa la razón por la que surgen hispanistas que trabajan denodadamente sobre nuestras glorias literarias.

Aunque no tengo un modelo determinado de biografía, me gustan los biografos anglosajones; admiro la minuciosidad y el rigor de los datos con

que a menudo abruman al lector, que se conformaría con mucho menos. Me gustan *James Joyce*, de Richard Ellman, y *Faulkner*, de Joseph Blotner. En ambas no sólo se hace un retrato del personaje, se explica su obra y se recrea la vida literaria de la época, sino que se entra de lleno en las intimidades del escritor. En sus grandezas y en sus miserias, que son las que humanizan al sujeto biográfico. Mi patrón es la biografía llena de datos, de testimonios, de documentos (como *James Joyce*, donde abundan las cartas y se relata sin miramientos el ataque de celos porque dudó de la fidelidad de Nora, su mujer, a quien dio mala vida); mi patrón es la biografía factual –ni especulativa ni psicológica–, la biografía en estado puro, desnuda de opiniones o interpretaciones del biógrafo. Y si el personaje está enmarcado en su tiempo, con una buena descripción de su entorno, mejor que mejor, pues es de gran ayuda un friso de la época. Con *El contorno del abismo* el mayor halago que pudieron hacerme fue decir que parecía escrita por un británico.

2. TIPOS DE BIOGRAFÍAS. LOS PROTAGONISTAS Y LOS DEUDOS

Se pueden hacer biografías de personajes vivos o de personajes ya fallecidos. En el caso de los vivos, ajustándome a mi experiencia, existen tres opciones

- 1) Contar con la colaboración del protagonista sin llegar a ningún acuerdo con él (Leopoldo María Panero), pues la idea partió de mí, pese a que posteriormente me recriminó haberme enriquecido a su costa.
- 2) Sin lograr la cooperación del protagonista (Rafael Sánchez Ferlosio). Pese a su negativa, traté de reconstruir su vida; como no logré su colaboración ni la de algunas personas próximas, decidí subtítular «Apuntes para una biografía»; era consciente de las muchas lagunas a las que me enfrentaría.
- 3) Pactar con el personaje la forma de relatar su vida, lo que llaman «biografía autorizada» (*Mientras llega la felicidad. Una biografía de Juan Marsé*, de Josep María Cuenca). Éstas tienen el inconveniente de que tan sólo se cuenta en ellas la parte pública de la vida del escritor, eludiendo asuntos íntimos. En la de Marsé se relatan episodios conocidos como la polémica con Francisco Umbral y su «prosa sonajero», la disputa con Andrés Vicente Gómez y Fernando Trueba por la adaptación al cine de *El embrujo de Shangai*, la bronca con Carlos Pujol y José Manuel Lara por las malas artes del Premio Planeta... En este caso es el biografiado quien marca los límites, no el biógrafo.

Para contar una vida con veracidad no se puede tener autorización del biografiado o de sus herederos.

La biografía de un personaje vivo tiene el inconveniente de que siempre queda abierta. Dejamos la posibilidad de que haya, al menos, una biografía posterior. En el caso de los personajes muertos, existen dos posibilidades. Por una parte, contar con los deudos, quienes tienden a sacralizar al personaje. Por otra, no considerar a los deudos, lo que nos da mayor libertad para trabajar. Pero tiene una dificultad añadida: su falta de ayuda nos privará de todo tipo de documentación sobre nuestro personaje, como por ejemplo la correspondencia.

Los familiares o los herederos son los enemigos naturales del biógrafo; ellos apelan al honor del apellido más que al rigor y a la transparencia de la investigación. A veces se convierten en censores de lo confesional, por hipocresía o por ignorancia. Los deudos siempre están ahí, por muchos años que pasen.

3. CONSTRUIR UN ROMPECABEZAS. EL TIEMPO, EL MÉTODO, LAS FUENTES Y LA ESCRITURA

Las biografías son trabajos de largo aliento. Ingratos, por lo poco valorados, y a la vez apasionantes. Resulta desazonador cuando, al cabo de unos meses o un año después de haber iniciado el trabajo, vuelves a telefonear a un interlocutor para precisar algún detalle de su testimonio y te pregunta: «¿Pero aún estás con eso? ¿Cuándo lo acabas?».

Para lograr hacer una buena biografía se necesita un mínimo de tres años de trabajo, al menos eso me dice mi corta experiencia. El británico Gerald Martin dedicó diecinueve años a reconstruir *Gabriel García Márquez. Una vida*. Pero para dedicar tantos años a un trabajo de tal calado es necesaria cierta pasión, cierto enamoramiento del personaje. El biógrafo siempre acaba implicado en el propio relato. Es inevitable no tomar partido. Los testimonios de los parientes y de los amigos a menudo son sesgados. Las medias verdades y la cercanía con el personaje o los interlocutores, ponen al biógrafo de un lado o de otro, con lo que la fidelidad de los hechos es imposible de cumplir. Esa es la lucha titánica del biógrafo. El propio relato es el que le lleva a querer al personaje o a detestarlo. Durante el proceso de escritura de las biografías de Leopoldo María Panero y de Eduardo Haro Ibars he tenido momentos en que la crueldad de los protagonistas me ha llevado

por la senda del distanciamiento. Hubo momentos en que los dos personajes se me hicieron antipáticos, me irritaron, pues el biógrafo observa a sus personajes muy de cerca, durante demasiado tiempo, porque son muchos años de esfuerzo y muchas horas de entrega dedicadas a la vida del otro. Y esa antipatía o irritación pienso que se acaba notando en la narración. Por tanto, no creo haber sufrido el llamado «síndrome de Estocolmo».

Sin embargo, si uno no está algo atrapado con el sujeto a investigar, difícilmente le puede dedicar tantas horas del día. Por eso abundan tan poco los biógrafos excelentes. El primer requisito para llevar a cabo una biografía de calidad es la paciencia, la perseverancia. La peor consejera del biógrafo es la prisa y la mejor virtud la paciencia. Para elaborar la vida de Leopoldo María Panero, *El contorno del abismo*, empleé tres años; sin embargo, para la de Eduardo Haro Ibars, *Los pasos del caído*, fueron cinco años de trabajo.

Recuerdo que hace más de una década, un poderoso grupo editorial ofreció a un renombrado grupo de pop-rock de los años ochenta publicar su historia. Sus miembros me propusieron como autor, pero resultó inviable porque el libro tenía que estar listo en tres meses. Yo les dije que me resultaba del todo imposible comprometerme en ese plazo y que era incapaz de hacerlo. De ahí que afirme que es un trabajo muy poco valorado, sin entrar en asuntos crematísticos. Finalmente el libro salió, y en la portadilla el autor figuraba con un nombre distinto al que aparecía en la portada, además de algún que otro desliz ortotipográfico, por citar algunos ejemplos de los descuidos. Las prisas jugaron su papel.

La metodología que empleo es algo que surgió en mí por mero sentido común, como algo intuitivo, innato, y, como hasta ahora me ha funcionado, la repito por estricta eficacia

Existen diversas maneras de contar una vida. Hay biografías especulativas, interpretativas, psicoanalíticas... Otras estructuran la vida de un autor en torno a temas concretos, como es el caso de *Salinger*, de Shame Salerno y David Shields. El libro se vertebra sobre tres traumas que modelan la vida del escritor: su participación en la Segunda Guerra Mundial, su relación sentimental con Oona O'Neill y el violento rechazo del mundo, motivado por sus creencias religiosas en el vedismo, la más antigua de la India.

Yo elijo el orden cronológico, como el modelo estructural del Génesis, porque me gusta rehacer la vida desde el principio hasta el fin, tal vez porque soy de los que creen que la vida tiene principio y fin. Prefiero el método

cronológico, porque entiendo que es el más natural en una biografía. También es similar a la estructura de la novela: el personaje nace (planteamiento), vive (nudo) y muere (desenlace). Pero la cronología tiene el grave inconveniente de la memoria. A mis interlocutores les pido –es una forma de expresarlo– rigor y precisión, pero es mucho pedir, porque a la mayoría de los interlocutores el situar temporalmente cualquier hecho, el preguntarles por una fecha, les saca de sus casillas.

Una vez elegido el personaje, lo primero que hago es leer toda su obra, pues a buen seguro que nos desvelará datos biográficos, personajes a localizar, dedicatorias que nos dan pistas de nuevos personajes, etcétera. En su obra, el autor habla, deposita su imaginario, desgrana los días de su existencia en fragmentos o en páginas autobiográficas. Vida y obra están prodigiosamente imbricadas.

En su *James Joyce*, Richard Ellman nos ofrece muchas claves para entender obras como *Dublineses*, *Retrato del artista adolescente*, *Ulises* y *Finnegans Wake*. Ellman leyó esas obras y tiró del hilo hasta localizar hechos, situaciones y personajes. *Retrato...* le sirvió a Ellman para reconstruir la etapa estudiantil de Joyce. Con la biografía se entiende lo que supuso la aparición de *Ulises* y la reacción de sus coetáneos. Recíprocamente, la lectura de *James Joyce* nos ayuda a comprender mejor estas dos obras del dublinés.

Una vez leída la obra de nuestro personaje, hay que tirar del hilo. Elaborar todo un listado de personas que hemos extraído de su obra; por ejemplo, en las dedicatorias aparecen nombres que desconocemos o no. La lista inicial puede ser no muy extensa, pero hay que tener calma porque un interlocutor nos llevará a otro, inexorablemente. «¿Has hablado con Fulano?», «Tienes que hablar con Mengano. Toma su teléfono», son expresiones habituales.

Logrados todos los testimonios, los documentos, las cartas, las fotografías, los textos originales, la lectura de la obra, otras lecturas de documentación... tenemos dos alternativas: construir un esquema en un pliego de papel florete de cuadrícula (46 x 34 cm.) con todos los años que abarcan la vida del personaje e incluir todos los datos concernientes a su vida. O elaborar una cronología en ordenador donde incluir todo lo anteriormente citado. Esa cronología abarcará desde el año de nacimiento hasta el año de la muerte o bien hasta la actualidad, en el caso de que el personaje se mantenga con vida. Dentro de la cronología incluiremos todos los datos conocidos del autor, como el matrimonio (si es el caso), nacimiento de hijos, fechas de publicación de sus obras y otros datos públicos. Además de

hechos históricos relevantes, para enmarcar sociológicamente al biografiado, pues no entiendo a un personaje dentro de una urna, esterilizado, aislado de su tiempo y entorno. Los datos biográficos están estrechamente ligados al proceso sociopolítico. Necesitan de un marco para darle coherencia porque los personajes mismos son producto de ese tiempo, son hijos del tiempo que vivieron.

Cuando el personaje es un recién nacido, un bebé o un niño, apenas se suceden cosas relevantes. Para cubrir ese hueco y evitar así un salto temporal, suelo recurrir a relatar hechos de los padres o del entorno familiar, o hechos históricos que afecten de algún modo a la cercanía de la criatura.

A lo largo de estos últimos años de trabajo biográfico me he guiado por una cita de Ibn al-Yawzi, historiador musulmán nacido a principios del siglo XII en Bagdad (Irak): «El placer de buscar es superior a la satisfacción de encontrar porque la esperanza subsiste». La sentencia figura en el frontispicio de la mesa de trabajo de una amiga argelina que se dedica a la investigación. Desde el momento en el que la leí, me identifiqué enteramente con esa máxima. El viaje placentero del biógrafo es el recorrido por la obra del autor, por las hemerotecas, por los distintos lugares tras los pasos del biografiado; en suma, la investigación. La búsqueda es siempre más gozosa que la meta en sí.

La primera visita obligada es al Registro Civil (todavía se puede hacer la consulta a través de la página web del Ministerio de Justicia; servicio aún gratuito) para recabar información sobre partida de nacimiento del personaje, matrimonio, nacimiento de hijos, defunciones, etc.

Seguidamente (previa autorización familiar si no han transcurrido los años suficientes), solicitaremos expediente académico en colegios, institutos y Universidad. Igualmente visitaremos los archivos del Ejército, el General de la Administración, parroquiales... A veces es necesario hacer gestiones en el Registro de la Propiedad, para saber cuándo fue adquirida una vivienda o una finca determinada. También suele ser recurrente una visita a los cementerios, donde reposan los restos del protagonista o los de sus antepasados. Y no está de más una inspección ocular de calles y lugares que frecuentó el biografiado a lo largo de su vida. Los porteros suelen ser buenos informadores, por eso fueron utilizados durante la dictadura, cuando la delación era práctica habitual. Ellos eran los mayores confidentes policiales. Frente a la plaza de toros de Las Ventas, en busca del bar Lums, pasé varias horas preguntando en el barrio para ubicar una tertulia taurina a la que asistía

Rafael Sánchez Ferlosio. Para el trabajo sobre Eduardo Haro Ibars tuve que desplazarme a Tánger, donde él pasó algunos años de su vida. Allí, acompañado de un amigo de su infancia, recorrí los sitios que frecuentaban en la medina, el instituto por cuyas aulas pasó el poeta, amén de visitar a Paul Bowles, escritor del círculo de los padres, Pilar y Eduardo. Para el libro de Panero viajé hasta Astorga (León) y para el de Ferlosio a la cacereña Coria.

También hemos de tener en cuenta las horas que hay que pasar en bibliotecas, hemerotecas y de navegación por la Red. La consulta de la prensa de la época ha de ser exhaustiva. Las entrevistas publicadas en los periódicos son de mucha utilidad; nos indican la fecha en que fueron publicadas y a través de sus contenidos sabremos más del personaje. Con todos los recortes de prensa, fotocopias de artículos, dípticos, programas de conferencias, etc. construyo una carpeta en orden cronológico.

Otras fuentes de información primordiales son las esquelas publicadas en los periódicos, que nos proporcionarán pesquisas de hijos, hijos políticos, esposos, esposas, etcétera. Las fotografías, no sólo por el apoyo gráfico, por su continente: personajes, lugar de la instantánea; en los reversos suelen indicar las fechas en que fueron hechas. Los epistolarios también son uno de los pilares del género, aunque a veces lo corresponsales deciden mutilar algunos párrafos. Los pasaportes nos indican los visados, fechas y lugares en que nuestro personaje hizo un viaje determinado. La cartilla militar, en el caso de los varones, también ayuda. Nos aclara el centro de reclutamiento, la fecha de alistamiento, el lugar, prórrogas de incorporación a filas, ascensos, datos médicos de interés, destinos, pase a situación de reserva, etc. Pero, sin duda, la mayor fuente de información son los diarios, dietarios y agendas, tanto del biografiado como los de sus amistades; son otros de los sustentos importantes del género. Una buena fuente de información porque contienen claves, fechas, nombres, lugares.

En el caso de escritores que publican en periódicos, no está de más el dirigirnos al medio para solicitar un listado de las colaboraciones de nuestro sujeto biográfico.

Pero la construcción de este rompecabezas no es ni mucho menos un camino de rosas. El trayecto está jalonado de obstáculos, lleno de dificultades. En España hay cierta tendencia a los discursos lacrimógenos en cuanto a la investigación. Todo el mundo se queja de que en nuestro país no se investiga. Sin embargo, al investigador (y el biógrafo lo es) no se le ponen los medios, ni se le facilita la tarea. Con la famosa Ley de Protección de Datos se

cometen todo tipo de arbitrariedades. Cada cual hace la interpretación que le viene en gana. Con dicha ley sólo se han de proteger los datos clínicos y penitenciarios. Esos son los únicos datos susceptibles de ser preservados. Ese es el único material sensible. Pero pasados cincuenta años, los datos son públicos (Ley de Patrimonio), por ejemplo: las calificaciones escolares. Pese a todo, hay entidades (sobre todo las privadas en manos de la Iglesia) que no facilitan esa información, ni pasados los años exigidos; consideran una información que sólo se le facilitará al interesado o a la familia. Incluso en algunas parroquias exigen autorización o ser familiar para extender una simple partida de bautismo. Y eso que es un servicio de pago. Nuestras figuras ilustres deberían de ser patrimonio universal, deberían de ser un bien público.

El testimonio, las confidencias del interlocutor son de gran importancia; puede ser un familiar, un amigo, un conocido o un estudioso de su obra. En la memoria de ellos está la eternidad de los biografiados. Todos los interlocutores cuentan su verdad, pero sus testimonios han de ser contrastados sistemáticamente con otros interlocutores. Por ejemplo: para cotejar un determinado lance que nos cuentan, hay que escuchar a otros de los partícipes en él, pues la memoria es muy caprichosa y muy selectiva. La verdad a veces es impenetrable, secreta y escurridiza. En ocasiones colisiona con el derecho a la intimidad del biografiado y sus deudos, con quienes hay que contar irremediabilmente.

La cronología, las fechas, son algo que a la mayoría de los interlocutores les saca de sus casillas. A no ser que se lleve un diario, cualquiera tiene dificultades para ubicar los hechos en el tiempo.

He soportado muchas chanzas. Cuando he preguntado por el modelo o la marca de un vehículo (o por el color), que fue utilizado por el personaje para hacer un determinado viaje. «¿Pero qué vas a montar un taller o un libro?», me interpararon. El hecho de que me fascine por esos pormenores, como por el nombre y la raza del perro que acompañó buena parte de la existencia del biografiado, no quiere decir que por ello no preste atención a los libros por él escritos o asuntos de mayor calado. Mi curiosidad no tiene límite.

Cuando trabajaba en la vida de Rafael Sánchez Ferlosio, trataba de averiguar el año en que hizo una excursión a Brozas (Cáceres) con su hermano Miguel y con mi interlocutor en ese momento, pero éste no recordaba en absoluto el año en que tuvo lugar. Cuando le pregunté por la marca y modelo

del coche que tenía entonces, recordó que en ese año cambió de vehículo y que ese viaje se hizo con el nuevo. Luego ya supimos el año, dato en el que mi interlocutor no había reparado. Miguel Sánchez-Mazas preparaba una biografía sobre el humanista Francisco Sánchez de las Brozas, El Brocense, y fue en el verano de 1991.

A nuestros informadores hay que facilitarles la labor y darles pistas para refrescar su memoria. Cuando sabemos de antemano el periodo en que nuestro interlocutor trató al biografiado, es decir, cuando lo tenemos situado en el tiempo, lo más recomendable es llevar una cronología parcial o nuestra cronología general para darle fechas y acontecimientos que le ayuden a recordar.

Durante el trabajo de la biografía de Eduardo Haro Ibars, un personaje me relató un hecho del que tan sólo recordaba estar con el biografiado viendo en el televisor *Malas tierras*, de Malick. Como en la fecha referida sólo existía el monopolio, recurrí al archivo de TVE y pude precisar no sólo el día sino la hora de la emisión.

Una vez recabada la información del interlocutor (a través de teléfono, correo electrónico o entrevista presencial) se transcribe (si es entrevista grabada) y volcamos todos los datos proporcionados en la cronología, con alguna referencia entre corchetes sobre quién nos informó, para saber dónde recurrir a la hora de la escritura.

En ocasiones tenemos información de un hecho importante pero nuestro interlocutor es incapaz de ubicarlo en el tiempo. Si no puedo colocarlo en algún lugar de la cronología, ¿de qué me sirve tener conocimiento de un hecho si no logro situarlo en el tiempo? En este caso prescindo de él o lo señalo en la introducción.

Las personas entrevistadas no guardan los mismos recuerdos, todas conservan del pasado instantes fugaces, pero cada una tiene los suyos; aunque hayan vivido los mismos momentos, sus recuerdos no coinciden, no se parecen. Cada una le da importancia a un hecho, porque la capacidad de memoria difiere de un sujeto a otro. De manera no deliberada deforman el pasado, lo falsifican; exageran la importancia de un acontecimiento y minimizan o callan otro, porque la memoria con frecuencia es selectiva y caprichosa. Esa potencia del alma conserva sólo una ínfima parte de la vida vivida, pero la memoria constituye nuestra vida. «Si alguien pudiera conservar todo lo que ha vivido, si pudiera evocar cuando quisiera cualquier

fragmento de su pasado, no tendría nada que ver con un ser humano», apunta Milan Kundera en *La ignorancia*. José Manuel Caballero Bonald, que escribe a partir de la memoria, cree que toda memoria es rencorosa y que en el fondo de ella «también hay algo de vengativo».

Es muy difícil encontrar a alguien capaz de recordar con pureza y precisión. Qué razón tiene Cesare Pavese cuando dice: «No se recuerdan los días, se recuerdan los instantes». Sin embargo, siempre que he tenido ocasión, he tratado de ubicar con precisión cualquier hecho en la vida del protagonista, porque como lector agradezco mucho el detalle, la exactitud y la fidelidad.

Una vez obtenidos todos los datos a través de las distintas fuentes, comienza el acto de escribir. Mis dos principales guías al iniciar la escritura son la cronología debidamente impresa y encuadernada (aunque sirve la construida en el ordenador) y las carpetas de recortes de prensa.

Tengo por costumbre escribir un prólogo donde explico el porqué de la obra y detallo algunos pormenores de ese trabajo. Suelo hacerlo en primera persona. Pero una vez acabada esa introducción abandono mi ego prologal y me coloco como narrador. La obra en sí la escribo en tercera persona del singular.

Acostumbro enmarcar los hechos en la Historia de España, pues españoles son los escritores biografiados; el personaje, sin abandonar la escena en ningún momento, estando siempre presente, nos permitirá recrear el entorno en que se mueve, sus aledaños. Tanto la vida cotidiana como los aconteceres políticos que vive el país, le incumben al protagonista, pues no se trata de un ser aséptico, enclaustrado en una campana de cristal. Todos los elementos colindantes, a mi modo de ver, engrandecen una biografía.

ENTRE EL DISTANCIAMIENTO Y LA FAMILIARIDAD: ESCRIBIENDO LA BIOGRAFÍA DE UN LÍDER DEL APARTHEID EN SUDÁFRICA¹

Lindie Koorts

University of the Free State (Sudáfrica)

¡Son ellos!... Son ellos, ciertamente. Me quedo helada al reconocerlos. Esa risa lasciva tan particular, esa palmada fraternal en el hombro velludo, ese círculo que ríe a carcajadas y habla un afrikáans vulgar y a la vez tan característico. Los *manne* [hombres]. Más concretamente, los *manne* afrikáneres. Los que llaman a sus hijos «*pa se ou rammetjie*» o «*my ou bul*» [«el carnerito de papá» o «mi torito»]. La pesadilla de mi juventud².

 uando éramos niños, mi padre llamaba a uno de mis hermanos *rammetjie* [carnerito] y al otro, *bulletjie* [torito], mientras jugaban a pelearse y hacerse cosquillas, entre chillidos y risas. Son «los hombres de mi raza», los hombres que la poeta y periodista afrikáner, Antjie Krog, reconoció cuando se encontró con ellos en la Comisión para la Verdad y la Reconciliación en Sudáfrica (*Truth and Reconciliation Commission*, TRC)³.

Yo tenía quince años cuando comenzaron las sesiones de la TRC. Corría 1996, el año en que los afrikáneres tuvieron que enfrentarse a las atrocidades cometidas por aquellos que renonocíamos como los nuestros. Hacía poco que nos habíamos mudado de una pequeña localidad afrikáner a un barrio

¹ Este capítulo ha sido traducido del inglés por Victoria Gordo del Rey.

² Krog, Antjie, *Country of My Skull*. London, Vintage, 1999, p. 134.

³ La TRC fue creada inmediatamente después de terminar el *apartheid* con el fin de sacar a la luz atrocidades, así como permitir a las víctimas contar sus historias y a los malhechores confesar sus actos a cambio de la amnistía.

residencial en Johannesburgo donde se hablaba de forma predominante el inglés. Yo iba a un centro de secundaria⁴ en el que se burlaban de mí por mi acento afrikáans y me señalaban por pertenecer a una comunidad a la que se consideraba culpable del *apartheid*.

Guardo recuerdos muy vívidos de aquellos últimos años del *apartheid*. Una noche me desperté y me encontré a mi padre sentado en la cocina, vestido con un uniforme militar marrón. Los adultos hablaban de comunistas y terroristas (yo creía que eran lo mismo). En mi primer año de escuela, practicábamos simulacros de emergencia por si se producía un ataque terrorista. En mi casa teníamos un jardinero negro y una empleada de hogar negra que nos bañaba y nos vestía, lavaba y planchaba nuestra ropa, pero nunca comía con nosotros. Ella y el jardinero usaban platos y vasos distintos. A mi padre le llamaban *baas* [jefe] y a mi madre *miesies* [señora].

El año que aprendí a leer, recuerdo haber descifrado ya un letrero que decía «solo para blancos» en unos aseos públicos. En afrikáans, estos carteles infames no empleaban la palabra «blanco» [*wit*]. En su lugar, usaban el término *blanke* –un eufemismo, una palabra difícil que yo no alcanzaba a entender todavía. Solo sabía que los adultos la utilizaban en relación con los negros, y que si nosotros, siendo niños, estábamos en un baño a solas con una persona de color, especialmente si era un varón, corríamos peligro; así que salí de allí corriendo, asustada–.

En el colegio nos enseñaban una Historia de corte nacionalista centrada en la valentía afrikáner a la hora de domeñar el peligroso interior africano, y en el victimismo afrikáner a manos de los británicos, que mataron a más de 26.000 mujeres y niños afrikáneres en campos de concentración. Yo pasaba las tardes en la biblioteca local devorando libros para niños, muchos de ellos novelas históricas inspiradas en esta narrativa. Los sermones que oíamos en la iglesia hablaban del pueblo elegido de Dios y la misión a la que estaba llamado, así como de las amenazas que representaban los «paganos». Como la mayoría de la gente de aquella localidad, nosotros pertenecíamos a la Iglesia Reformada Neerlandesa. Sus enseñanzas se impartían también en la instrucción religiosa que nos daban en el colegio,

⁴ La comunidad blanca de Sudáfrica se divide en ingleses y afrikáneres. La relación entre ambas comunidades fue tensa durante la mayor parte del siglo xx. Aunque los miembros de estos dos grupos coexistían e incluso podían contraer matrimonio entre sí, estaban enfrentadas social, cultural y políticamente.

como parte de lo que se denominaba Educación Nacional-Cristiana. Mi mundo formaba un todo completamente coherente.

Recuerdo el día de la liberación de Nelson Mandela –era la primera vez que yo oía su nombre, pero todos los adultos parecían saber quién era–. Durante las noches siguientes, las pantallas de nuestros televisores se llenaron de violencia y escuché a los adultos hablar de un referéndum⁵. Los postes de luz de las calles cercanas a nuestro colegio tenían pegados carteles de los dos partidos políticos blancos. Mis amigos y yo pedimos a nuestros padres que nos explicaran las diferencias entre ambos partidos. A uno de ellos no les gustan los negros, nos dijeron, pero no teníamos muy claro cuál de los dos era.

Nuestros profesores nos instaban a trabajar más, porque nuestra piel blanca ya no iba a sernos de ayuda. No sabíamos lo que querían decir; nadie nos había explicado que nuestros padres eran los beneficiarios de un sistema educativo sesgado que les reservaba los puestos de trabajo.

Nos decían que cierto orden iba a cambiar, en un momento en el que nosotros apenas empezábamos a salir del nido de la niñez. Habíamos percibido su existencia, lo habíamos observado, habíamos captado sus contornos más crudos, pero no aún no entendíamos del todo que el nuestro no era el orden natural.

En 1994, el año en que Sudáfrica celebró sus primeras elecciones plenamente democráticas, yo cumplí 13 años. Un día llegué a casa y me encontré a una señora negra muy elegante tomando el té con mi madre. Era la primera vez que yo veía en mi vida a una mujer negra que no perteneciera al servicio doméstico. Pronto, empecé a ver niños negros en mi colegio, en el que hasta entonces solo había habido niños blancos, y rápidamente aprendimos los nuevos modos de comportamiento de un entorno multirracial.

Esta transformación del país, precisamente a la vez que yo alcanzaba la edad de ir desarrollando una conciencia más amplia del mundo que me rodeaba, representó un momento decisivo.

Dos años después, el traslado de mi familia desde mi pequeña y aislada ciudad a Johannesburgo, donde éramos forasteros, me confirió un inequívoco

⁵ El último referéndum solo para blancos, celebrado en 1992, pedía un mandato al electorado blanco para continuar las negociaciones para una transición política. El resultado fue de un 68 por ciento de «síes» a favor.

estatus de *outsider*; tanto respecto a la relación con la comunidad de donde venía como a la nueva donde tenía que abrirme paso.

En la clase de Historia de mi nuevo colegio, ya no nos enseñaban nada sobre héroes afrikáner. En su lugar, aprendíamos sobre la represiva legislación del *apartheid*, la lucha armada y la violencia en las áreas reservadas para la gente de color. Sentía los ojos de todo el mundo fijos en mi espalda mientras estaba allí sentada, la única representante afrikáner de todas las atrocidades del *apartheid*. El sentimiento de culpa y de vergüenza me abrumaba.

Esto me cambió. Nunca pude volver a la cómoda familiaridad del mundo que había conocido hasta entonces, pero mi reconocimiento y entendimiento intuitivos de aquel mundo permanecía. Este sentimiento dual de complicidad y rechazo llegaría a definirme a mí y a la biografía que más tarde escribiría.

Me convertí en biógrafa casi por casualidad. Siendo estudiante de Historia, sentí una necesidad casi insaciable de estudiar a los afrikáneres, mi comunidad, esa gente que entonces me resultaba a la vez tan familiar y tan extraña. Mi aspiración era estudiar las complejidades del movimiento nacionalista afrikáner y leí algunos trabajos fundamentales sobre el tema, escritos a finales de la década de 1970⁶.

Sin duda, el trabajo más formativo fue *The Rise of Afrikanerdom*, de Dunbar Moodie. La historiografía sudafricana, y especialmente la historiografía *anti-apartheid*, tendía a retratar el nacionalismo afrikáner como un todo homogéneo. Lo mismo podía decirse de la historiografía afrikáner en sí misma, cuyo interés radicaba en retratar a los nacionalistas como un frente unido. Moodie fue el primero en desenmarañar y analizar el pensamiento nacionalista afrikáner, y en identificar las diferentes escuelas que lo integraban. El libro, cuyo autor se había formado en una visión homogénea del nacionalismo afrikáner (desde ambos lados del espectro), constituyó una revelación. Lo que me sorprendió especialmente, al leer la obra de Moodie, fue la figura de D. F. Malan.

Malan fue el primer presidente del *apartheid*. Como ex pastor de la Iglesia Reformada Neerlandesa, resumaba un calvinismo estricto y conservador. Era famoso por su gesto adusto y sus gruesas gafas negras que casi ocultaban sus ojos. Si ha existido una personificación visual del carácter constreñido del nacionalismo afrikáner, ha sido Malan.

⁶ Moodie, T. Dunbar, *The Rise of Afrikanerdom: Power, Apartheid and the Afrikaner Civil Religion*. Berkeley, University of California Press, 1975.

Sin embargo, según el relato de Moodie, Malan era liberal en lo teológico, y no el fundamentalista rígido, bíblico, que se podría haber dado por hecho automáticamente. Intrigada, investigué más en profundidad, y al poco tiempo esta investigación se convirtió en el tema de mi trabajo de fin de máster, una biografía intelectual de la primera mitad de la vida de D. F. Malan antes de que entrara en política, en la que traté de diseccionar sus estudios sobre filosofía y teología, en un esfuerzo por rastrear las raíces del pensamiento del *apartheid*.

Sin embargo, en una Sudáfrica *post-apartheid*, yo temía que mi trabajo sobre Malan, o, para el caso, cualquier interés en él, pudiera interpretarse como admiración. El director de mi tesis también expresó esta preocupación, amplificando de este modo mi ansiedad. Esto generaba en mí sentimientos de culpa y una actitud defensiva. La cuestión tenía mucho que ver con la escasez general de biografías políticas críticas en Sudáfrica –la mayoría de las biografías de políticos, tanto durante como después del *apartheid*, incluso cuando eran fruto de una buena investigación, tendían a estar escritas desde la admiración–.

En todas las presentaciones que hago de mi trabajo, tengo que dejar claro que el hecho de estudiar a Malan no fue por justificar el *apartheid*. Intenté distanciarme de Malan tratándole como una abstracción: este enfoque crítico me ayudó a desentrañar las complejidades de su enrevesada visión del mundo. No obstante, al tratar a Malan como tal abstracción, el estudio no podía recibir la denominación de biografía en el verdadero sentido de la palabra.

De lo que sí mi di cuenta, una vez terminado, era de que apenas había llegado a arañar un poco la superficie. Malan había dejado una relativamente extensa colección de documentos privados, pero su trayectoria política seguía inexplorada y había una historia que contar. Esto se convirtió en el tema de mi tesis doctoral: una biografía integral, política, de D. F. Malan. También me mudé de Johannesburgo al sur del país, donde me matriculé en la Universidad de Stellenbosch.

Stellenbosch y las tierras vinícolas de la Provincia Occidental del Cabo donde estaba sito parecían un mundo muy alejado del de Johannesburgo. La demografía aquí era muy distinta: la ciudad y la Universidad eran todavía mayoritariamente blancas, con una numerosa población de color –el término con el que se conoce la comunidad multirracial de Sudáfrica–.

Los afrikáneres blancos eran aquí distintos a los que yo había conocido en el norte. Había mucho menos racismo crudo que el que a mí me había

rodeado de niña, aunque parecían seguir sintiéndose a gusto con ellos mismos, como si su mundo no se hubiera visto sacudido por los acontecimientos de la década anterior. Yo sentía la necesidad de cogerles por los hombros, sacudir su autocomplacencia y gritarles, «¡No vivís en la verdadera Sudáfrica!».

Mi temor a que me identificaran con Malan seguía estando ahí. Mi nuevo departamento de Historia no lo entendía del todo. Era uno de los pocos departamentos del país que seguía centrado en la historia afrikáner y se había hecho un nombre por haber publicado relatos históricos nuevos e innovadores que se apartaban del molde nacionalista afrikáner. Pero, al mismo tiempo, sus miembros procuraban mantenerse alejados de los temas de historia política, por no hablar de la biografía de un malhechor.

Fue también por entonces cuando me di cuenta de que necesitaba más orientación sobre el arte de la biografía en sí. La biografía, o al menos la biografía crítica académica en Sudáfrica, había constituido un campo relativamente ignorado hasta la década de 1970. Yo había leído algunas biografías internacionales, y en general me habían parecido más interesantes e imaginativas que las que los historiadores sudafricanos habitualmente tenían que ofrecer.

Durante la mayor parte del siglo xx, la Historia académica fue del dominio de los historiadores blancos. Pese a la existencia de destacados intelectuales negros, las puertas de la academia permanecieron cerradas a cal y canto para ellos. Como reflejo de la propia sociedad sudafricana general, los propios historiadores blancos estaban divididos entre ingleses y afrikáneres. Salvo por unas pocas y notables excepciones (una de las cuales sería el director de mi tesis doctoral, y la otra, un catedrático emérito de mi nuevo departamento), la mayoría de los historiadores afrikáner seguían una línea nacionalista y patriótica a ultranza. Sus influencias historiográficas más notables, a principios del siglo xx, procedían de Países Bajos y Alemania y, en concreto, de la metodología propugnada por Leopold von Ranke.

A medida que avanzaba el siglo y Sudáfrica se convertía en un paria internacional, los historiadores afrikáner fueron quedándose cada vez más aislados, con una influencia intelectual del exterior muy limitada. No obstante, siguieron preciándose de llevar a cabo una investigación minuciosa y empírica que penetraba en los más mínimos detalles. Su trabajo era exhaustivo pero acrítico respecto a sus temas y, con frecuencia, de lectura sumamente árida.

Dentro de esta tradición, hubo algunas, si bien escasas, biografías políticas. Meticulosamente investigadas, tendían a la descripción más que a la

narración y eran profundamente hagiográficas. Pese a haberme formado en esta tradición investigadora, que ponía al archivo por encima de todo lo demás, a mí no me agradaba este estilo de escritura, por no hablar de que, para entonces, la perspectiva nacionalista había quedado absolutamente desacreditada.

La historiografía inglesa no tenía mucho que ofrecer como alternativa. Mientras que los historiadores ingleses detestaban el nacionalismo de sus homólogos afrikáneres, y su enfoque era mucho más crítico y analítico, la profundidad de su investigación era cuestionable en algunos casos, especialmente dado que su monolingüismo implicaba que las fuentes de archivo o publicaciones en un idioma distinto al inglés a menudo eran ignoradas. Y aunque su énfasis en la teoría pudiera resultar incisivo, en algunos casos también llegó a convertirse en un sustituto de la investigación.

Los debates en torno a la teoría alcanzaron nuevas cotas en las décadas de 1970 y 1980, cuando una generación más joven de historiadores ingleses, muchos de los cuales habían dejado Sudáfrica y encontrado cobijo en universidades del Reino Unido, muy lejos de los archivos, emplearon un enfoque materialista para analizar los procesos más amplios que dieron lugar al orden racial de Sudáfrica. Esta preferencia por los grandes procesos históricos iba acompañada de una postura de rotundo rechazo hacia el papel de los individuos y la historia del «Gran Hombre» –y, por tanto, de la biografía–, en favor de las historias colectivas de trabajadores, mujeres y sectores marginados, en las que las narrativas individuales solamente se utilizaban para ejemplificar estas fuerzas históricas.

A medida que Sudáfrica fue avanzando en su transición del *apartheid* a la democracia, fue produciéndose una verdadera explosión de biografías y memorias, si bien la mayoría de ellas, al menos en la primera década a partir de 1994, siguió quedando fuera del ámbito académico. En una clara inversión de la narrativa nacionalista afrikáner tradicional, a partir de entonces empezaron a cantarse las alabanzas de una nueva élite africana de lucha nacionalista⁷.

⁷ Más detalle sobre biografía e historiografía sudafricana en: Koorts, Lindie, «Palatable and Unpalatable Leaders: Apartheid and Post-apartheid Afrikaner biography», en Renders, Hans, de Haan, Binne y Harmsma, Jonne (eds.), *The Biographical Turn: Lives in history*. New York, Routledge, 2017, pp. 157-172.

De modo que yo contaba con una muy escasa tradición académica en la que basarme para escribir una biografía diferente a la Historia «de siempre», y nada en absoluto en cuanto a la biografía de un malhechor. Tuve que buscar allende las fronteras de mi país. Cuando un académico de Países Bajos vino a impartir una conferencia invitado por nuestro departamento, el director de mi tesis me animó a que hablara con él y le preguntara si en su país tenían experiencia respecto a la biografía. Y yo así lo hice, bastante azorada. Recuerdo que, cuando se lo pregunté, el hombre se creció: «Sí, claro, en Países Bajos tenemos un Instituto de la Biografía», alardeó en neerlandés; por algún motivo, al oído afrikáner, el neerlandés suena siempre un tanto pomposo.

Esto puso en marcha la maquinaria. Mi universidad tenía un acuerdo de intercambio con la Universidad de Groninga, donde se encontraba el Instituto de la Biografía, y el *Nederlands-Zuid-Afrikaansche Vereeniging* de entonces me concedió una beca para costear mis gastos de estancia.

Era la primera vez que yo salía de Sudáfrica. Cuando era niña, los boicots y la hostilidad internacionales hacían que relativamente pocos sudafricanos pudieran viajar al extranjero. Nos causaba gran impresión la gente lo bastante rica o importante como para haber estado en el «extranjero». Nos parecía un mundo lejano, imaginario.

Tras la liberación de Nelson Mandela y su ascenso a la presidencia, la comunidad internacional volvió a acoger en su redil a los sudafricanos. Mi generación de afrikáneres blancos fue la primera en no ser reclutada por el ejército para luchar en la guerra de Angola. Para nosotros, la generación que cumplió la mayoría de edad después de 1994, los estudios y el trabajo internacionales fueron en cambio nuestro ritual de paso a la edad adulta. Éramos plenamente conscientes de ser los primeros en salir de las fronteras de nuestro país, de experimentar un mundo fuera de nuestro marco de referencia. De ahí que, con los ojos como platos y llena de asombro, yo llegara a los Países Bajos en enero de 2008, aferrada a mi maleta prestada y bloqueando el pasillo del vagón, porque a mí me habían enseñado a no perder nunca de vista mis pertenencias.

El año que pasé en los Países Bajos constituyó una experiencia formativa. Había diferencias culturales e intelectuales –y también las siempre presentes familiaridades–. Mi lengua materna, el afrikáans, era fruto de la interacción entre los neerlandeses propietarios de esclavos, los esclavos transportados hasta Ciudad del Cabo desde las Indias Orientales Holandesas y la mezcla con los indígenas Khoisan. Esto hizo que, tras algunas dificultades iniciales,

yo pudiera entenderme con el idioma y sus abundantes metáforas, lo que a su vez me permitía la oportunidad de entrar en conversaciones a las que los angloparlantes no tenían acceso. Era como ser una prima lejana procedente del extranjero que había venido a aprender las formas y costumbres de los holandeses.

Era una sociedad que comenzaba a experimentar los primeros visos de un malestar instintivo con el multiculturalismo (que en la década siguiente acabaría desembocando en el populismo de derechas). Sin embargo, existía una confianza intelectual especial, y una homogeneidad cultural que añadía una claridad que yo no había conocido hasta entonces. A menudo, la célebre franqueza holandesa me dejaba de piedra.

Sudáfrica es un país que se precia de su tacto: desde pequeños nos enseñan a elegir muy cuidadosamente nuestras palabras para no ofender a nadie⁸. Posiblemente seamos conocidos por nuestras profundas divisiones y nuestra cruda historia de racismo, pero eso no es lo que define nuestras normas sociales. Nuestra transición, que glorificó el multiculturalismo de la «nación arcoiris», también trajo consigo nuevos y más considerados modos de comportamiento⁹. Esta arraigada sensibilidad vino a aumentar en parte mi preocupación respecto a escribir una biografía de un líder del *apartheid* como Malan. Una inquietud que los holandeses no entendían. «¿Significa eso que no debería haber biografías de Hitler o de Stalin?», era la respuesta cuando yo expresaba mi malestar. Para ellos, todos los temas están abiertos a la investigación académica, y les parece ridículo que el investigador pueda equipararse con el objeto de investigación.

Esto me resultó liberador. Por primera vez, dejé mi miedo y mi autocensura intelectual a un lado. La distancia de Sudáfrica me dio espacio para respirar, y para pensar.

⁸ Como ejemplo un tanto humorístico, cuando tuve que renovar una tarjeta de identificación universitaria, me dieron la opción de sacarme una nueva foto. «No sé, ¿tengo mejor aspecto hoy?», pregunté bromeando a la mujer que estaba tras el mostrador. «Yo creo que en la vieja está bien» respondió, muy prudentemente.

⁹ Reconozco que en este sentido ha habido lapsos significativos, especialmente en la era de los medios sociales, testigos de numerosos incidentes de indignación racial. Sin embargo, al mismo tiempo, han existido cambios significativos en los modos de comportamiento sudafricanos desde 1994, los suficientes para que yo, como sudafricana, quedara sorprendida por el discurso holandés sobre el multiculturalismo.

En ese espacio, empecé a tomar en consideración cuestiones que antes nunca me había atrevido a contemplar. Muchas de ellas procedían de conversaciones con biógrafos holandeses. «¿Qué opina de D. F. Malan?», me preguntaron en el curso de una de estas conversaciones. La pregunta era sencilla y directa, pese a lo cual, me pilló completamente por sorpresa y fui incapaz de dar una respuesta coherente. Hasta este momento, yo había tratado a Malan como una abstracción y había puesto toda la distancia posible entre mi objeto de estudio y yo. Nunca me había permitido el lujo de verle como una persona.

Entonces me reté a mí misma a usar la imaginación, a apartarme de la abstracción y a imaginar a Malan como una persona. Esto me generó una gran incomodidad. Empecé a leer textos autobiográficos en los que los biógrafos relataban sus relaciones con sus personajes. Era como si de repente me hubiera tropezado con un mundo secreto en el que se daba abiertamente por hecho que la relación con el personaje biografiado podía ir más allá de lo meramente intelectual, y podía implicar al biógrafo a un nivel personal. Esto constituía una contradicción respecto a la tan elogiada distancia crítica entre el historiador y su personaje en la que yo me había formado. Ahora podía atreverme a hacer humano a un líder del *apartheid* y también a enfrentarme a mis propias reacciones hacia él.

Sustituí mi distancia crítica por una relación crítica, una relación en la que la empatía me ayudara a sumergirme en su mundo y a comprender su visión de él. Malan se convirtió para mí en algo parecido a un tío de la familia, «uno de los hombres de mi raza», cuyas cualidades yo era capaz de reconocer, pero que también podía hacerme sentir muy incómoda. Algo parecido al malestar intergeneracional que había sentido en muchas reuniones familiares y que todavía hoy sigo sintiendo.

Mi siguiente reto era no dejar que mi recién descubierta empatía invadiera la biografía –era importante para comprender a Malan, pero a la vez había que mantenerla controlada–. En este sentido, busqué el equilibrio en el hecho de no esconder ni subestimar ningún elemento del racismo de Malan. A veces se hacía muy difícil, pero yo me esforzaba por todos los medios por penetrar en su pensamiento racial y explicarlo de la forma más sistemática que me era posible. De este modo, sentía que mi investigación estaba guiada por la honestidad intelectual.

Por otro lado, está la propia forma de escribir. El estilo de escritura histórica sudafricano, especialmente en las últimas décadas del siglo xx, estuvo

fuertemente influida por las ciencias sociales, con innumerables títulos y subtítulos que diseccionaban cada componente disponible del objeto de estudio. Mi propio trabajo de fin de máster siguió esta convención. Se otorgaba mucha importancia al tema y a la cronología pero muy poca a la narrativa. Intuitivamente, yo sabía que esto empobrecía mucho la biografía, y ese fue el motivo de mi viaje a Países Bajos.

En este dilema, yo me encontraba en el lado totalmente opuesto del espectro respecto a mis colegas biógrafos del Instituto de la Biografía. La mayoría de ellos procedían del ámbito de la literatura o del periodismo. Para ellos era evidente que la biografía debía tener una calidad literaria, y que la historia debía contarse bien: ¿quién iba a querer escribir un relato aburrido? Les preocupaba más alinearse con el campo de la Historia y asegurarse de que la imaginación literaria estaba firmemente anclada en las fuentes.

Dada mi formación empírica, esto resultaba en cambio obvio para mí. Yo tenía que dar el salto de confiar en que la escritura imaginativa podía también cumplir con todas las exigencias de las convenciones académicas –especialmente, teniendo en cuenta que mi tesis tenía que pasar el examen en Sudáfrica–. Escribí a mi supervisor contándole que quería escribir la biografía como un relato y adoptar un estilo literario de escritura. Me contestó que, si la tesis doctoral no le suponía un reto a su propio autor, de poco valía. Era justo el «permiso» que necesitaba. Pasé semanas dándole vueltas a la frase de apertura, la frase que sería mi puerta de entrada en la biografía y que tenía que encapsular el libro. Al final, la encontré: «Danie Malan era un niño miope».

Con esto comenzó la escritura propiamente dicha. Fue la experiencia más absorbente y estimulante de mi vida. Escribí los primeros dos capítulos en los Países Bajos y luego volví a Sudáfrica, donde completé el resto del manuscrito.

Mientras lo escribía, permanecí apartada del mundo que me rodeaba, especialmente de los temas de actualidad y los debates políticos, y voluntariamente me dejé obsesionar por el pasado. Los personajes cobraron vida: Malan, su familia y sus rivales habitaban mis días y se me aparecían en sueños por las noches. Me sentía como un viajero en el tiempo, un relativista transitando por un mundo en el que lo anormal se convertía en normal. Esto me ayudó a penetrar en el pensamiento racial y nacionalista, a comprender cómo las rivalidades personales y políticas podían suponer un peso mayor que el de la ideología, y a entender que todo ello podía pasarles a

personas corrientes que, una vez más, yo reconocía perfectamente como de mi entorno.

Esto se convirtió en uno de los puntos principales del manuscrito: humanizar y normalizar a Malan y a los nacionalistas afrikáner dentro de lo que era, esencialmente, una biografía muy convencional. Acercándome a mi personaje, y, a través de mí, acercando a mis lectores, me obligaba a mí misma y a ellos a reconocer que compartíamos nuestra parte humana con personas del pasado, lo que a su vez implicaba compartir también la mutua capacidad de ser inhumanos.

El manuscrito iba dando bandazos entre el reconocimiento y el rechazo. En un momento dado se podía compartir el sufrimiento de Malan ante el dilema de dejar la iglesia por la política, compadecerle por la pérdida de su joven esposa, por quedar viudo con dos niños pequeños y asomarse a las cartas que escribió cuando volvió a encontrar el amor; podía incluso dejarse arrastrar por sus mítines políticos y las batallas con sus rivales, y a la vez, como telón de fondo, uno iba leyendo sus formulaciones sobre la raza y cómo estas fueron desarrollándose y expandiendo para dar lugar a la política del *apartheid*.

Yo solo podía escribir y explicar todo esto sumergiéndome en ello. Y, tras esta inmersión, tuve que preguntarme: si yo hubiera nacido en la misma época que Malan, y hubiera estado expuesta a las mismas influencias que él, ¿habría actuado de forma distinta? ¿No habían sido mis circunstancias como hija de la transición de Sudáfrica las que me habían llevado por un camino diferente? Esta es una pregunta contrafactual a la que nunca se puede dar una respuesta inequívoca. No obstante, la experiencia de escribir la biografía de un malhechor generó en mí una fuerte aversión a las certidumbres de la autoridad moral y me dejó con cierta sensación de complicidad. Sin embargo, ya no temía pensar que me asociaran con Malan, dado que sentía que había sido todo lo intelectualmente honesta que era humanamente posible. No había tratado de protegerle y no había ocultado ninguna de sus imperfecciones.

Mi biografía convencional, pese a su tesis nada convencional, superó el examen sin dificultad. El siguiente paso era buscar quien la publicara. Pasaron unos dos años antes de dirigirme a la editorial más importante de Sudáfrica. Me sentí eufórica cuando directamente me ofrecieron un contrato –por dos libros, uno en el inglés original y otro en afrikáans, cuya traducción realizaría yo misma–. Al cobrar vida en afrikáans, con toda la riqueza

de sus modismos y metáforas, el segundo manuscrito adquirió una nueva personalidad propia.

Los dos libros aparecieron en febrero de 2014 –casi veinte años después de las primeras elecciones democráticas en Sudáfrica¹⁰. Fue la primera biografía completa sobre un líder del *apartheid* publicada después de 1994. Yo no sabía qué pasaría. Esperaba, fervientemente, que el libro contribuyera a una comprensión más profunda de nuestro doloroso pasado.

Entonces empezaron a llegar las críticas, que fueron abrumadoramente positivas. Rápidamente me di cuenta de que los críticos, y por extensión los lectores, imponían su propia interpretación sobre cualquier libro dado, y hubo casos en los que la interpretación no era lo que yo había pretendido. Yo había tenido mucho cuidado en no introducirme a mí misma en el relato, y en no sermonear a mis lectores. Muy al contrario, había presentado mi argumento a través de las fuentes que había seleccionado para construir mi narrativa. La mayoría de los lectores y de los críticos así lo habían entendido, pero otros prefirieron hacer una lectura selectiva que confirmara su visión preexistente.

Por otro lado, el libro también suscitó incomodidad. Como el editor de prensa Mondli Makhanya escribió en su reseña:

Lo que más odié de *D.F. Malan and the Rise of Afrikaner Nationalism* fue que la autora penetraba con tanta eficacia en su personaje que terminas identificándote con el padre fundador del *apartheid*. Es como ese sentimiento de culpa que nos brota cuando vemos una película y el personaje del villano está tan bien escrito y tan brillantemente interpretado que te resulta atractivo¹¹.

Me encontré con lectores decepcionados conmigo por no emitir un veredicto directo sobre Malan. Me cuestionaron por no incluirme yo en la narrativa, como por entonces estaba tan en boga en el género de la biografía. En algunos casos, intentaron diseccionar a la biógrafa a fin de encontrarle

¹⁰ Koorts, Lindie, *D.F. Malan and the Rise of Afrikaner Nationalism*. Ciudad del Cabo, Tafelberg, 2014; y traducción al afrikaans, *D.F. Malan en die opkoms van Afrikaner-nasionalisme*. Ciudad del Cabo, Tafelberg, 2014.

¹¹ Reseña del libro «Insight into a champion of Afrikaner Nationalism», *City Press*, 27 de abril de 2014. Disponible en: <http://www.news24.com/Archives/City-Press/Book-review-Insight-into-a-champion-of-Afrikaner-nationalism-20150430> [Consulta realizada el 23 de junio de 2021].

un sentido a la biografía; todo, en un esfuerzo por recuperar la certidumbre, por evitar la incomodidad que yo había despertado.

Pocos meses más tarde de que mi libro saliera publicado, apareció la biografía de otro malhechor célebre, *Askari*, de Jacob Dlamini, que indagaba en el mundo de un agente del ANC que había sido torturado por la policía de seguridad del *apartheid* y que posteriormente colaboró con ella¹². Un año después, apareció otra biografía de otro malhechor, esta vez de un famoso agente del *apartheid*, responsable de la tortura y asesinato de varios activistas anti-*apartheid*¹³. Pareció emerger una nueva receptividad al análisis de las miserias de nuestro pasado. Sin embargo, también hubo casos en los que estas biografías de malhechores despertaron reacciones viscerales, demostrándose que, como yo ya había experimentado, existían límites para la incomodidad que la gente estaba dispuesta a soportar¹⁴.

Un año después de la publicación de mi libro, en marzo de 2015, estallaron en el país una serie de protestas estudiantiles contra la permanencia de los símbolos coloniales y el panorama sociointelectual que todavía estaba pendiente de descolonizar. Era la llamada generación «nacida libre», los niños nacidos a partir de 1994, que al hacerse mayores de edad quisieron dejar claro que todavía no eran libres. La sensación era como si lo poco que quedaba del arcoiris se hubiera caído hecho añicos y hubiera sido sustituido por una ira desatada.

Fue por entonces cuando mi libro empezó a contarse entre los finalistas a importantes premios en la categoría de no ficción, incluido el *Premio Alan Paton* del *Sunday Times*. La ceremonia de entrega del premio tuvo lugar una noche que hacía un frío polar. Antjie Krog fue la encargada de dar el discurso de apertura, en el que lanzó una implacable denuncia sobre la falta de verdadera reparación por el *apartheid*, y las expectativas de 1994 que no se habían materializado¹⁵. Cada palabra era un dardo y cada dardo

¹² Dlamini, Jacob, *Askari: A Story of Collaboration and Betrayal in the Anti-Apartheid Struggle*. Johannesburg, Jacana, 2014.

¹³ Jansen, Anemari, *Eugene de Kock: Assassin for the State*. Ciudad del Cabo, Tafelberg, 2015.

¹⁴ Sobre esto escribo en más detalle en Koorts, Lindie, «Human symbols: The biographical pursuit and the language of symbolism in contemporary South Africa» en Van Walraven, Klaas (ed.), *The Individual in African History: The Importance of Biography in African Historical Studies*. Leiden: Brill, 2020, pp. 53-69.

¹⁵ «An inappropriate text for an appropriate evening», Lectura del discurso de apertura de Antjie Krog en la ceremonia de entrega de los Premios Literarios del Sunday Times de 2015, *Books Live*, 29 de junio de 2015. Disponible en: <http://bookslive.co.za/blog/2015/06/29/>

daba en el blanco. Yo escuchaba allí sentada, rezando para que no fuera mi nombre el que sonara como ganadora del premio. En ese momento, frente a tanta ira, mi afán por avanzar hacia un mayor entendimiento no podía resultar menos convincente.

Para mi alivio, el nombre pronunciado fue del de Jacob Dlamini. Mientras que yo había tenido que irme a los Países Bajos para insuflar vida a la biografía de mi malhechor, él había escrito la biografía del suyo mientras se encontraba en Estados Unidos. De una preselección de cinco nominados al premio, un tercero, Jonny Steinberg, había escrito su libro sobre la violencia xenofóbica en Sudáfrica estando en Reino Unido¹⁶. Parecía como si todos hubiéramos tenido que salir de nuestro país para poder verlo. Jacob se hizo eco de esto mismo en su discurso:

A día de hoy llevo 12 años fuera de Sudáfrica, pero vengo bastante a menudo, y sé que ya he pasado bastante tiempo en casa cuando dejo de notar la presencia de mendigos en las calles. Ahí es cuando me doy cuenta de que llevo mucho tiempo en casa. Cuando vuelvo y todavía lo percibo, que algo pasa en este país, que algo no va bien, sé que estoy tratando de verlo con ojos nuevos. Hay algo en este lugar que adormece el alma. Que adormece la imaginación... No hay nada en él que nos debiera hacer sentir cómodos. Nos queda mucho por hacer. Tenemos que llegar a sentirnos incómodos. Uno sabe que lleva aquí demasiado tiempo cuando se encuentra cómodo. Cuando no percibe la *kak* [mierda] que le rodea¹⁷.

Sudáfrica es un país que te enfrenta a su intensidad, su desigualdad, su belleza, su ira y su humor. Que te obliga a distanciarte un poco –ya sea físicamente o adoptando la actitud de un foráneo– «para verlo con ojos nuevos». Sin embargo, es también la conexión e incluso la complicidad lo que nos proporciona la empatía necesaria para entender una historia que a veces resulta demasiado difícil de soportar. Es intensamente incómoda, pero es en esta incomodidad donde radica el afán por ir más allá de la moralización fácil y llegar a entender lo que de otro modo sería incomprensible. En este

an-inappropriate-text-for-an-appropriate-evening-read-antjie-krogs-keynote-address-from-the-2015-sunday-times-literary-awards/ [Consulta realizada el 12 de julio de 2021].

¹⁶ Steinberg, Jonny, *A Man of Good Hope*. Johannesburgo, Jonathan Ball, 2014.

¹⁷ «South Africans need to be uncomfortable», el ganador del premio Alan Paton, Jacob Dlamini, se hace eco de Antjie Krog en su discurso de aceptación, *Books Live*, 29 de junio de 2015. Disponible en: <http://bookslive.co.za/blog/2015/06/29/south-africans-need-to-be-uncomfortable-alan-paton-award-winner-jacob-dlamini-echoes-antjie-krog-in-his-acceptance-speech/> [Consulta realizada el 12 de julio de 2021].

entendimiento radica la necesidad de encontrar una conexión que supere las divisiones en un país cuyo pueblo ha estado siempre, a pesar de su historia, unido por lazos inextrincables.

Este deseo de comprender pesa más en mí que el temor que tantas veces he podido sentir. Y de nuevo me encuentro escribiendo sobre otro tema complicado y cómplice. Porque es en estos espacios donde se halla mi honestidad y mi verdad.

ESCRIBIR BIOGRAFÍA EN IRÁN CON LOS DESAFÍOS DEL IDIOMA Y LA CENSURA: ¿POSIBLE O IMPOSIBLE?¹

Sabar Vahdati Hosseinian

Universidad Islámica de Azad, Rama de Ciencia e Investigación (Irán)

En los Países Bajos, tras ofrecer una inspirada interpretación de «Hijran Karami», el maestro de ceremonias, que tenía un doctorado en música, entró en el escenario y dijo: «No sé de dónde viene usted, pero percibo a través de su música que procede una región montañosa y fría cuya población ha llevado una vida muy dura». En cinco minutos, yo había conseguido, a través de mi interpretación, explicar el contenido de muchos libros sobre la historia y la geografía de Azerbaiyán y que el público lo captara perfectamente².

La cita es de Changiz Mehdipour, uno de los doce artistas, varones y mujeres, que entrevisté entre 2008 y 2011, todos ellos de diversas edades y clase social, y también con diferentes pero fascinantes reacciones ante las mismas cuestiones que yo les realicé acerca de sus vidas. Entre ellos había quienes, durante el relato de su propia vida, exageraban; otros se quedaban en silencio, lloraban, reían, contenían las lágrimas o simplemente miraban fijamente a un punto desconocido evitando expresarse con palabras. Recuerdo a un miniaturista que, en respuesta a mi pregunta sobre su vida sentimental, se limitó a mostrarme una de sus miniaturas, sin más explicación: debido a su crianza en la cultura de la vergüenza, no quiso hablarme con franqueza de sus sentimientos más íntimos. O un diseñador de alfombras, que creía que todas las obras de arte, incluyendo una alfom-

¹ Este capítulo ha sido traducido del inglés por Victoria Gordo del Rey.

² Hijran Karami (Hicran Kārāmi) es uno de los muchos géneros de la música folclórica de Azerbaiyán.

bra tejida a mano, narran la vida del artista. Él me dijo que un día, mientras miraba algunas alfombras que compartían los mismos diseños y colores, una le llamó especialmente la atención. La notó diferente a las demás; parecía «impregnada de una profunda pena». Tratando de encontrar la razón de esta sensación, finalmente averiguó que quien la había tejido era una aldeana cuya hija pequeña había muerto. Mientras la tejía, esa mujer había estado arrullando a su hija fallecida.

Mientras transcribía las entrevistas, sus sonidos, sus tonos, sus acentos e idioma, me hicieron darme cuenta de algo que me había pasado desapercibido mientras les grababa, pero que en ese momento me planteó algunos grandes interrogantes: ¿cómo debía trasladar sus palabras? ¿Cómo reflejar sus sentimientos sobre el papel? ¿Cómo podía hablar yo del *Hijran Karami*? ¿Cómo transmitir los sonidos de sus instrumentos musicales, sus agujas de tejer y sus estilográficas para que los lectores entendieran sus mundos como había hecho el musicólogo neerlandés? Entre Changiz y su público no había ninguna barrera, solo estaba su púa para tocar (actuando como su lengua) y los oídos de los destinatarios. Un biógrafo debería ser así; debería actuar, a la vez, como el oído del lector y la voz del biografiado. Había, no obstante, algunos obstáculos en la forma en que yo debía tratar de ser todo oídos y altavoz; unos obstáculos que siguen existiendo, y que como biógrafa iraní, que vive en Irán, son más tangibles. Soy una biógrafa que empezó escribiendo biografías breves en revistas, conduciendo programas de radio biográficos, y publicando un libro sobre algunos de los artistas más notables de mi ciudad. Mi principal objetivo ha sido siempre centrarme en el significativo y profundo impacto de los hombres y mujeres de la cultura en mi país, Irán³.

Con el tiempo, me di cuenta de que no podía escribir una biografía crítica y completa en mi país donde, además de las normas sociales, culturales y religiosas, los impedimentos políticos y económicos se hacen cada vez mayores y la gente piensa, paradójicamente, que las biografías y memorias autorizadas son más fiables y fidedignas. Sobre todo, tales obras han acabado convirtiéndose en campo de batalla para los opositores y partidarios de la política del gobierno en Irán. Los problemas económicos, parte de los cuales tienen que ver con la política exterior, imponen además restricciones al método de investigación: dificultades a la hora de conseguir pleno acceso a muchas fuentes, viajar a otros países para completar algunas investigaciones o comunicarse con otros especialistas, algunos de los cuales se hallan bajo

³ *Chebreh-ba* [«Retratos»], de Sahar Vahdati Hosseinian. En: *Tabriz*, Akhtar Press, 2011.

la influencia de ciertas propagandas o, mejor dicho, algunos de los cuales mezclan cuestiones que no son políticas con otras que sí lo son.

La interpretación incorrecta de «lo que debe ser» una biografía, hizo incluso que mis personajes biografiados pensarán que tenían derecho a inmiscuirse en mis decisiones y escritos. Por tanto, tras la publicación del libro, comenzaron a hacerme graves reproches. Me di cuenta entonces de que la sociedad en la que vivo necesitaba imperiosamente una redefinición de la biografía y ser conscientes tanto de los velos invisibles que se acumulan bajo su superficie como los obstáculos visibles en su camino. Tenemos, paradójicamente, muchas biografías y autobiografías inglesas y americanas traducidas, y algunas de ellas son incluso *bestsellers* como *Becoming Michelle Obama*, sin embargo, los trabajos en el área de la teoría o la metodología biográfica aún no abundan o interesan. Por eso es necesario concentrarse y trabajar en los aspectos teóricos de la biografía, explicar a qué problemas nos enfrentamos al escribir obras biográficas y cómo superarlos, y encontrar el modo de hacer estudios comparativos con la biografía producida en otros países⁴.

Irán es un país de idiomas y etnias con peculiaridades económicas, políticas y culturales. Sus fronteras geográficas fueron haciéndose más pequeñas con el tiempo y, al final, el *gato persa* recibió el nombre de *Irán*. Los debates sobre su milenaria civilización siguen vigentes. Sus hitos históricos no son pocos pero, hace cuarenta y dos años, la Revolución de 1979, llamada revolución islámica, marcó un punto de inflexión en la Historia de Irán, así como en las relaciones políticas de otros países con Irán. A partir de entonces, incidir en conceptos como democracia, libertad de expresión, gobierno religioso, amenazas y sanciones, y escribir biografía en especial, se hizo en Irán tan problemático y sin duda tan inexpugnable que la tarea llegó a resultar imposible. No pretendo aquí entrar en detalles de los porqués y los cómo de estos problemas, de algunos de los cuales he tratado brevemente en mi capítulo publicado «Hidden and Forbidden Issues in Works of Iranian Biography» («Aspectos ocultos y prohibidos en las obras biográficas en Irán»), pero sí quiero abordar dos temas: uno de ellos es sencillo, pero discutible, y el otro parece un problema sin solución: me refiero al idioma y la censura⁵.

⁴ Recientemente he traducido al persa «The ABC of Modern Biography», escrito por Nigel Hamilton y Hans Renders, publicado por la editorial RITM en 2021.

⁵ Sahar Vahdati Hosseini, «Hidden and Forbidden Issues in Works of Iranian Biography», en Renders, Hans y Veltman, David (eds.), *Different Lives. Global Perspectives on Biography in Public Cultures and Societies*. Leiden/Boston, Editorial Brill, 2020, pp. 139-147.

1. IDIOMA

Cuando entrevisté a los diversos artistas e intelectuales, pese a la brecha generacional y las diferencias de sexo y clase social –todas las cuales requerían manejar sus propios códigos, y por consiguiente me causaron problemas a la hora de conocer sus circunstancias– mi principal problema consistía en el tipo de lengua en que nos comunicamos. Siendo plenamente conscientes de que sus biografías se publicarían en persa (o farsi, el idioma oficial de Irán), al comienzo de la entrevista me preguntaban en qué idioma hablaríamos, si en persa o turco-azerbaiyano⁶. Ante mi respuesta, «como usted prefiera», todos, sin excepción, incluso académicos o traductores, comenzaron a hablar en turco-azerbaiyano, que era tanto su lengua materna como la mía. La importancia de la lengua materna a la hora de comunicar los sentimientos más íntimos es algo que a nadie se le oculta. Tal vez creían, como Nelson Mandela, que «si le hablas a alguien en un idioma que entiende, lo que digas llegará a su cabeza. Si le hablas en su idioma, llegará a su corazón»⁷. Lamentablemente, yo no les pregunté la verdadera razón de su elección. Si lo hubiera hecho, tal vez esto podría haberme ayudado a descubrir otros aspectos del papel del idioma en la biografía: el papel especial de las palabras y sus intensidades y matices para expresar los verdaderos sentimientos y pensamientos.

Se trataba de personas vivas que me hablaban a mí concretamente, es decir, yo contaba con un narrador directo, a diferencia de trabajar con personajes fallecidos, de quienes había sabido a través de otras personas, o de las entrevistas, libros, etcétera, que habían dejado tras de sí. En algunos aspectos, era mejor para mi narrador ser visible en primera persona, pero, ¿debían hablar pensando en la forma en que sus palabras serían luego escritas en persa e interpretadas con mis propias palabras? ¿o mantener las suyas?

Heydar Babaya Salam, el libro de memorias poéticas de Mohammad Hossein Shahriar, el poeta bilingüe iraní, es considerado por muchos como una obra maestra. Estas memorias han sido en numerosas ocasiones traducidas al persa (y a otros idiomas), pero ninguna de sus obras traducidas refleja plenamente el espíritu de sus palabras. En respuesta a la pregunta de por qué no las había traducido o recreado en idioma persa él mismo, Shahriar, cuya fecha

⁶ Turco-azerbaiyano es la lengua que ahora se habla en el noroeste de Irán.

⁷ Cita en Itzar Laka, «Mandela was Right: the Foreign Language Effect», 3 de febrero de 2014. Disponible en: <https://mappingignorance.org/2014/02/03/mandela-was-right-the-foreign-language-effect/> [Última consulta el 1 de marzo de 2021].

de fallecimiento ha sido declarada «día nacional del poema» en Irán, dijo: «para expresar [mis] sentimientos, tal vez no hay ningún otro idioma equivalente al turco-azerbaiyano... Pese a todos mis esfuerzos, me ha resultado imposible traducirlas. Mi *Hazyan-e Del* [otro de sus poemas] está, no obstante, en su versión persa, pero no hace para nada justicia al texto original»⁸.

En efecto, el mismo relato no puede ser narrado de forma idéntica en dos idiomas distintos, ni por dos personas diferentes. Escuché muchos relatos de muchas personas, con diferentes acentos y estilos; vi su expresión corporal; todo ello lo reflejé sobre el papel en otra lengua, por lo que quedaron plasmadas como narraciones mías en lugar de suyas. Por otra parte, se suponía que no pasarían la censura si eran contrarias a las políticas del gobierno. El mayor problema estribaba en que si se hablaba sobre temas delicados y controvertidos del país, o que no fueran aceptados por las costumbres de la sociedad, había que hacerlo mediante muchos rodeos, si se quería evitar el silenciamiento. Las consideraciones sociales y el prestigio familiar: «la cortesía, la humildad, evitar perjuicios a la reputación de alguien, y el temor a las críticas son impedimentos para la exploración directa de los detalles o secretos de la vida de una persona»⁹. Si los biógrafos o biografiados quieren desvelar esos velos de los que antes hablábamos, «tratarán de elegir eufemismos o de suavizar los aspectos conflictivos de una vida»¹⁰. Esta conducta se halla enraizada en el dilema de la (auto)censura y en nuestra cultura. A menudo, el lenguaje ambiguo, la poesía, el humor y la sátira –la mayoría llenos de recursos estilísticos como la analogía, la metonimia, la metáfora, etc.–, les ayudan (a los sujetos) a ocultarse tras ellos. «En un país bajo continuas turbulencias como Irán, la inestabilidad social y política ha provocado una caída de la autoconfianza, de la disposición a aceptar las críticas, y de la confianza en los demás»¹¹. Por tanto, para que muestren su verdadero rostro, hay que desenmarañar su discurso mediante la interpretación y la traducción, como una actividad externa de sustitución, de cara al exterior, para hacer equivaler contextualmente dos textos. De hecho, no se trata de una tarea meramente lingüística, sino básicamente cultural y política, llevada a cabo a través del lenguaje¹². Aunque hay que tener en cuenta que mi investigación

⁸ Mehrdad Avesta, Hamid Sabzevari y Moshfegh Kashani, «Interview with Shahriar», *Keyban Farhangi Monthly*, n° 2, mayo de 1984, p. 9.

⁹ Sahar Vahdati Hosseinián, «Hidden and Forbidden Issues...» *op. cit.*, p. 144.

¹⁰ *Ibidem*.

¹¹ *Ibidem*, p. 145.

¹² Ali Khazaiifar, «Tarjome-ye Khub Che Tarjome-i Ast; Do Shive-ye Naqd-e Tarjoma dar Iran [¿Qué traducción es buena; dos métodos de crítica de la traducción en Irán]», 6 de

todavía no está terminada, como biógrafa bilingüe iraní, mi experiencia me dice que, dada la importancia del valor de la palabra y del marco mental y lingüístico del biografiado y el biógrafo, el papel de la lengua en la biografía no debería subestimarse. Yo soy una biógrafa, una biógrafa que desarrolla su batalla en dos frentes: la censura y el lenguaje que, a su vez, está bajo la influencia de la censura.

2. CENSURA

Los artículos 23, 24 y 25 de la Constitución de la República Islámica establecen la libertad de expresión en prensa y publicaciones y además prohíben la persecución de las ideas y también la censura. Sin embargo, las obras que se publican llevan bastante tiempo bajo la sombra de esa censura.

Abbas Saffari, el poeta iraní, señala que la censura en Irán se basa en dos cuestiones sensibles: la cuestión político-religiosa por una parte y sexual por la otra. En el aspecto político, y especialmente en el religioso, ninguna publicación debe recoger opiniones críticas ni comentarios sobre ayatolás, imanes infalibles ni ningún cargo importante del gobierno, ni de forma simbólica ni real. La otra cuestión se refiere a todo lo relacionado con lo sexual. Los censores son especialmente sensibles respecto a la literatura del tipo de *Alfiyah* y *Shalfiyah*, etiquetada como literatura obscena¹³. Lo que dice Abbas Saffari sobre la naturaleza de la censura en Irán es muy breve, pero muy correcto. Sin embargo, no hay que olvidar que la censura en Irán es también una cuestión de «gusto» del censor por el que tienen que pasar incluso los libros religiosos. Morteza Akhundi, director editorial de *Dar al-Kutub al-Islamiyah*, que publica solamente libros islámicos y religiosos, destacó la censura del libro de un marja chiíta iraní, el Gran Ayatollá Naser Makarem Shirazi, cuyo

junio de 2015. Disponible en: https://www.google.com/amp/s/www.bbc.com/persian/arts/2015/06/150606_141_book_translation_khazaeefar_summary.amp [Última consulta el 1 de marzo de 2021].

¹³ Mehrdad Qasemfar, entrevista con Mohammad Reza Nikfar y Abbas Saffari, «Sansur va Khod-Sansuri; Tars-e Penhan dar Zehn va Jan-e Nevisande-ye Irani [«Censura y autocensura; un temor oculto en la mente y el alma del escritor iraní»], emitida por Radio Farda, 8 de diciembre de 2011. Disponible en: https://www.google.com/amp/s/www.radiofarda.com/amp/f4_censorship_iranian_writers_hidden_fears/24415417.html [Última consulta el 1 de marzo de 2021].

Alfiyah y *Shalfiyah* es un libro erótico de principios del siglo XI. Véase en: [https://iif.harvard.edu/manifests/view/drs:44579153\\$6i](https://iif.harvard.edu/manifests/view/drs:44579153$6i) [Última consulta el 1 de marzo de 2021].

censor (según Akhundi), claramente sin conocimiento ni cualificación alguna, se había quejado de que su contenido era contrario al Islam¹⁴. Akhundi proseguía diciendo, molesto ante la idea de imponer comentarios irrelevantes y descartables: «¿es verosímil que un excelente marja como el Gran Ayatolá Naser Makarem Shirazi escribiera algo contrario a las normas de la Sharia? ¿Tiene algún sentido esto?»¹⁵. En efecto, uno de los principales problemas de Irán son los censores: no sabemos quiénes son. La orden de censurar se recibe directamente en la editorial sin el nombre ni la firma del censor para que ni la editorial, ni el autor (ni el traductor) sepan de qué persona y de qué corriente ideológica tienen que defenderse¹⁶. Por otra parte, cada vez que un gobierno llega al poder, la censura cambia, lo que lleva a que las líneas rojas oscilen y en consecuencia los escritores no sepan a qué atenerse. Así, obtener una licencia de publicación por parte del Departamento de Cultura y Orientación Islámica (DCOI) no significa que esté garantizada su licencia de reedición. Por ejemplo, *La Vie Devant Soi* de Romain Gary, traducido por Leili Golestan, que llevaba largo tiempo confiscado, logró obtener una licencia de publicación, pero tras muchas reediciones, volvió a ser confiscado de nuevo¹⁷. Las obras (auto) biográficas resultan más recusables y provocadoras que otras publicaciones: en ellas uno es testigo y habla y compromete a muchas otras personas. Por tanto, uno no se encuentra solo con unas cuantas líneas rojas, sino con zonas rojas, así como con unos censores cuyos tentáculos son más sensibles, aunque flexibles (de un gobierno a otro). Conviene añadir que algunas líneas (o zonas) rojas son siempre estables, como la línea roja del líder supremo de Irán, el gobierno de la República Islámica de Irán, y los temas relacionados con el Ayatolá Jomeini. Según la ley, todos los libros que contengan algún material sobre el Ayatolá Jomeini sin autorización del Instituto para la recopilación y

¹⁴ Nasrollah Haddadi, *Tarikh-e Shafahi-ye Ketab (Goftego ba Nasheran va Ketab-frushan) [La historia oral del libro (conversación con editores y libreros)]* Vol. 2. Teherán, Khane-ye Ketab, 2019, p. 260.

El Marja es el máximo nivel de autoridad religiosa a la que los chiítas consultan las normas religiosas.

¹⁵ *Ibidem*.

¹⁶ Informe completo del panel de debate del ILNA sobre «Book Censorship, Do's and Don'ts» [Censura de libros: normas], 20 de noviembre de 2013. Disponible en: <https://www.ilna.news/fa/tiny/news-122288> [Última consulta el 1 de marzo de 2021]. También: Informe completo del panel de debate de Kabaronline sobre «Desafíos de la censura», 20 de noviembre de 2013. Disponible en: khabaronline.ir/news/323399 [Última consulta el 1 de marzo de 2021].

¹⁷ «Raf-e Toqif-e Ketab-e Zendegi-ye dar Pish-e Ru ba'd az 13 Sal [«Cancelar la confiscación de La Vie Devant Soi de Romain Gary después de 13 años»], *Donya-e Eqtasad newspaper*, n° 4432, 26 de septiembre de 2018.

publicación de las obras del Imán Jomeini, directamente no son enviados al DCOI para la obtención de la licencia de publicación¹⁸.

Pero esta censura puede ser también «irregular». Dos ejemplos –representativos de muchos– son el caso de un exhaustivo trabajo de investigación por parte de Hushang Ettehad, que abarca catorce volúmenes, y las memorias de Akbar Hashemi Rafsanjani¹⁹.

El primero, Hushang Ettehad, llevó a cabo en su libro un laborioso estudio sobre treinta y cuatro investigadores iraníes contemporáneos, que se considera una obra de referencia. Davud Moaser, su editor, en la convicción de que ese sería un largo camino sin posibilidad de retorno, decidió no solicitar una licencia de publicación porque, según las evidencias, algunas de las figuras que aparecen en la obra no eran precisamente del gusto de los entonces responsables del DCOI. Decidió, por tanto, esperar al siguiente gobierno para publicar el libro (si bien no por ello se libró del todo de algunas imposiciones de la censura)²⁰.

Sin embargo, el segundo caso, las memorias de Rafsanjani (*Towards Destiny*) se convirtió en una obra controvertida, que mostraba la otra cara de la moneda en lo tocante a las normas de la censura: esto es, cómo algunos pueden evitarlas. A raíz de la publicación de *Towards Destiny*, se suscitó una polémica tan feroz que el autor de las memorias, el editor y las autoridades del DCOI tuvieron que reaccionar enérgicamente, en especial cuando su primera edición fue declarada ilegal o extrajudicial por parte de algunos críticos²¹. El origen de la disputa tenía que ver con la revelación de algunos aspectos controvertidos, en concreto, unas citas del Ayatolá Jomeini. La duda de los críticos y autores de las reseñas era si había obtenido la licencia de publicación y la autorización del Instituto de Recopilación y Publicación de las Obras del Imán Jomeini. El mero planteamiento de estas preguntas llevó a que se extendieran rumores de confiscación y

¹⁸ «Khatrat-e Montasher Shode-ye Ayatollah Hashemi [«Memorias publicadas del Ayatollah Hashemi»], 9 de diciembre de 2016. Disponible en: <https://www.ilna.news/fa/tiny/news-299702> [Última consulta el 1 de marzo de 2021].

¹⁹ Hushang Ettehad, *Pajubeshgaran-e Moaser-e Iran [«Investigadores iraníes contemporáneos»]*. Teherán, Farhang-e Moaser, 1999-2009. Akbar Hashemi, *Be Suy-e Sarnevesht [«Hacia el destino»]*. Teherán, Daftar-e Nashr-e Maaref va Enqelab, 2007.

²⁰ Nasrollah Haddadi, *Tarikh-e Shafabi-ye Ketab... op. cit.*, pp. 732-733.

²¹ Véase: «Ketab-e Khatrat-e Hashemi Rafsanjani Toqif Shod [«Las Memorias de Rafsanjani fueron confiscadas»], 1 de septiembre de 2007. Disponible en: <https://www.asriran.com/0006Nt> [Última consulta el 1 de marzo de 2021].

reedición condicionada a la autorización del antes mencionado Instituto. Curiosamente, Rafsanjani, que fue uno de los padres fundadores de la República Islámica de Irán, cuarto presidente de la República Islámica de Irán y expresidente del Consejo de Interés del Estado, declaró que no era necesaria esta autorización para su reedición²². ¿Acaso estas declaraciones no implican que solamente los políticos más poderosos podrían escribir obras autobiográficas libre y abiertamente?

3. ¿POSIBLE O IMPOSIBLE? ¿POR QUÉ LAS OBRAS BIOGRÁFICAS ESCRITAS EN SOCIEDADES SOMETIDAS A CENSURA NO DEBERÍAN ELIMINARSE DE LOS ESTUDIOS BIOGRÁFICOS?

Cuando se dice que la biografía está estrechamente ligada a la democracia, implícitamente las sociedades no democráticas quedan eliminadas del campo de la biografía. Naturalmente, en una sociedad censurada, donde tanto biógrafo como biografiado se afanan por trasladar su mensaje a los lectores de forma indirecta (por ejemplo, recurriendo a criticar a ex políticos cuyas actuaciones son afines a los que están en ese momento en ejercicio), escribir una biografía completa y seria parece imposible, por lo que resulta absurdo. Pero, por otra parte, si se descarta seguir intentando escribir biografías y desarrollar estudios biográficos en este tipo de sociedad, nos encontraremos con que las escribirán presuntos «biógrafos» al servicio de los intereses particulares de determinadas personas y además el campo de los estudios comparativos se verá limitado.

El estudio comparativo de obras biográficas de todo tipo escritas en Irán con las biografías de otros países, es un tema al que no se ha prestado atención, pese a constituir un criterio de gran utilidad a la hora de mostrar

²² Véase: «Hich-yek az Shaye'a't Darbare-ye *be Suve Sarnevesbt* Sehat Nadard [Ninguno de los rumores sobre *Towards Destiny* es cierto], 7 de octubre de 2007. Disponible en: mehrnews.com/x6P37 [Último consulta el 1 de marzo de 2021]. Masud Lavasani, «Hame-ye Janjal-haye yek Ketab [Toda la controversia en torno a un libro], *Aftab-e Yazd newspaper*, N° 2185, 7 de octubre de 2007, p. 10. Faraj Srkahi, «Rafsanjani: Jael ya Ravi-ye Sadeq? [Rafsanjani: ¿un falseador o un narrador honesto?], 6 de septiembre de 2007. Disponible en: https://www.google.com/amp/s/www.radiofarda.com/amp/o2_rafsanjani/410623.html [Última consulta el 1 de marzo de 2021]. Las memorias de Rafsanjani provocaron un gran revuelo en su momento, y la mayoría de las agencias de prensa nacionales y algunas extranjeras reflejaron las noticias relacionadas con ello. Aquí se han apuntado solo unas cuantas.

el tipo de gobierno, el grado de democracia y, consecuentemente, las razones y los tipos de censura. Nos ayuda a descubrir hechos ocultos, inéditos, silenciados. Demuestra también que el arte de escribir una biografía en una sociedad censurada y politizada, y en un país multilingüe, además de habilidad narrativa, requiere un manejo de la lexicología, los eufemismos y la traducción –precisamente las cosas a las que llevo años dedicándome–. Un biógrafo, entre otras cosas, debe ser un buen traductor y analista del discurso. De alguna manera, ser biógrafo en Irán, implica ser experto en el arte del camuflaje tanto como en codificar o descodificar lenguaje.

Si ponemos en uno de los platos de una balanza las obras (auto)biográficas de distintas sociedades y en el otro las de Irán, se observará que no existe ninguna obra biográfica «en condiciones» sobre mujeres iraníes. A primera vista, esto parece deberse a temas religiosos, pero creo que no es cierto. Curiosamente, tenemos muchos retratos biográficos de mujeres –desde mandos militares a no combatientes, pasando por prisioneras de guerra y esposas de oficiales– relacionadas con la guerra entre Irán e Iraq (del 22 de septiembre de 1980 al 20 de agosto de 1988, denominada en Irán la Sagrada Defensa). Pero en estas obras no encontramos nada sobre problemas femeninos, ya sean en relación con su sexualidad, sentimientos, qué ha sido de ellas tras perder a las personas de su entorno, trastornos psicológicos, etcétera.

La reportera de guerra Maryam Kazemzadeh dice que, en 1986, en la ciudad de Bostan, numerosas mujeres iraníes fueron violadas y a continuación asesinadas por soldados iraquíes. Tras la guerra, en varios lugares de la ciudad se erigieron monumentos con la siguiente leyenda: «os guardamos en nuestra memoria». Para hacer el reportaje y tomar fotos, Maryam fue a Bostan. La publicación de sus fotos en la revista *Zan-e Rooz* despertó no obstante la oposición de las autoridades. En su segundo viaje a esta ciudad, vio con sorpresa que todos los carteles y monumentos habían sido retirados. Aparentemente, constituían una mancha para el país. Esto demuestra que no se quieren contar los hechos²³. También muestra cómo la realidad de las mujeres no sólo está oculta en su vida, sino también en su muerte, y su destino debe también «adaptarse» a unas normas no escritas. Shirin Saeidi, ayudante de cátedra de ciencia política en la Universidad de Arkansas,

²³ Informe del Primer Encuentro de la serie de «Women's Meetings in the eight-year Iran-Iraq War» («Encuentros de Mujeres en los ocho años de la guerra Irán-Irak»), celebrado el 15 de septiembre de 2018. Disponible en: <https://iqna.ir/00Fior> [Última consulta el 1 de marzo de 2021].

apunta a un aspecto muy sutil en su tesis doctoral: «tras su muerte a manos de soldados iraquíes, se extendió rápidamente el insistente rumor de que muchas mujeres habían sido violadas. Pese a que las circunstancias de la guerra no permitieron llevar a cabo un examen post mortem, la mera palabra ‘violación’ bastó para que sus familias las olvidaran y sus cadáveres fueran enterrados en la fosa común. Durante la guerra, las mujeres sufrieron tanto por culpa del gobierno como de la comunidad»²⁴. No solamente la «violación», también otros temas femeninos representan un problema para el fanatismo y los perjuicios del hombre, así como para su reputación y prestigio familiar y, a mayor escala, los principios religiosos, sociales y culturales de la política nacional e internacional.

Por ejemplo, un ex prisionero de guerra recordaba a un hombre con el cadáver de su niña de diez años en brazos, buscando una tumba para enterrarla, diciendo entre lágrimas, «he matado a mi hija con mis propias manos después de que, delante de mis ojos, once soldados iraquíes la violaran; tuve que hacerlo, ¿qué futuro le habría esperado si hubiera sobrevivido?»²⁵. El miedo al futuro: ahí reside la clave. Por eso él acabó con su vida. Intencionada o inintencionadamente, por conveniencia o criterios de cautela, e incluso oportunismo, las voces de las mujeres (en especial), se suelen acallar en las obras (auto)biográficas, igual que se ahogaron en sus tumbas. Pero la biografía debe conseguir realizar el intrincado trabajo de la exhumación. Tiene que hablar de «ese temor al futuro» capaz de interrumpir una vida, tiene que mirar el pasado y al presente a través de una lente inquisitiva.

Si las obras (auto)biográficas y las memorias escritas en Irán y otros países se analizaran y comparan entre sí, veríamos que no solo las mujeres, también los hechos, sufren las consecuencias de silenciar lo que ha ocurrido en la realidad; los hechos también quedan ignorados y enterrados bajo la (auto)censura, las ideas equivocadas, la cultura de la vergüenza, el miedo, la cautela política, etc. Por eso es por lo que yo soy una biógrafa que lucha por el conocimiento y desarrollo de este género en mi país.

²⁴ Maryam Hosseinkhah, entrevista con Shirin Saeidi, «Ravayt-e Na-shenide-ye Zanan az Janq [«El relato no escuchado de las mujeres sobre la guerra»], 27 de septiembre de 2010. Disponible en: https://www.bbc.com/persian/mobile/iran/2010/09/100922_l44_war-30th_women_saeidi [Última consulta el 1 de marzo de 2021].

²⁵ En: «Tajavoz-e 11 Araqi be Dokhter-e 10 Sale/ Kahter-e Yek Azadeh [«11 iraquíes violaron a una niña de 10 años/ Memorias de un ex prisionero de guerra»], 19 de agosto de 2011. Disponible en: khabaronline.ir/news/168727 [Última consulta el 1 de marzo de 2021].

LA HISTORIA DE ESPAÑA A TRAVÉS DE SUS BIOGRAFÍAS. MEMORIAS DE UN BIÓGRAFO

Paul Preston

London School of Economics and Political Science

Soy un historiador cuya vocación inicial la constituyó la historia política y social, concretamente, la historia de España en sus procesos más críticos en el siglo xx. El primer libro publicado por mí que tuvo cierto impacto fue una obra colectiva que dirigí, *España en crisis: evolución y decadencia del régimen franquista*, que se publicó en Madrid y México D.F. en 1978 (traducción del original inglés de 1976, *Spain in Crisis*). Aquel libro fue fruto de un congreso que había organizado en 1974 cuando daba clase en la Universidad de Reading. Aunque mis mayores preocupaciones entonces se remitían a mis deberes docentes y la finalización de mi tesis doctoral sobre los orígenes de la guerra civil española, no podía abstraerme de la situación en el país que era objeto (y atracción) de mi investigación. En los últimos días del franquismo, los acontecimientos dramáticos que se desarrollaron en España me instaron a reunir un grupo de expertos para tratar sobre los orígenes de la crisis de la dictadura.

En 1975, obtuve un puesto en la Universidad de Londres y *Spain in Crisis* salió unos meses después. Aunque pronto terminé mi tesis doctoral, irónicamente, el éxito de dicho libro colectivo me desvió de mis intereses en la guerra civil y sus orígenes. Durante los primeros años de la transición desde la muerte de Franco hasta el golpe fallido del coronel Tejero, los continuos encargos de colaboraciones procedentes de los medios de comunicación de Gran Bretaña y Estados Unidos sobre los acontecimientos en España me convirtieron en algo así como un comentarista sobre la actualidad española.

En todo caso, el texto de mi tesis se publicó rápidamente en Inglaterra como *The Coming of the Spanish Civil War* y en España con el título de *La destrucción de la democracia en España*. Si en ese momento algún periodista me hubiera pedido que me definiera como historiador, lo más probable sería que hubiera respondido que lo mío era la historia político-social desde una perspectiva progresista, o sea, no marxista pero sí «marxisant», como se dice en francés. Fue solamente años después, cuando ya había descubierto y aceptado que tenía una vocación de biógrafo (aunque no fuera exclusiva) cuando me di cuenta de que, tanto en *La destrucción de la democracia en España* como en mi libro de 1986 sobre la transición, *El triunfo de la democracia en España*, se podían vislumbrar las semillas de dicha vocación. Al volver a hojear ambos, veo que había hecho pequeños bosquejos biográficos de los principales protagonistas, porque me fascinaba el elemento humano y también las razones personales que influían en el papel de los individuos al tomar unas decisiones que afectarían a las sociedades enteras.

Sin embargo, pese a la creciente vocación de fondo, mi elección de la narrativa biográfica como principal línea de trabajo no fue deliberada. Escribir mi primera «gran» biografía, una vida de Francisco Franco, fue una decisión en respuesta a una solicitud: un reto editorial que, en un principio, no me apetecía en absoluto porque temía que me iba a aburrir. Efectivamente, como pasa indefectiblemente con las vidas de monarcas, dictadores y estadistas de cierta talla, obviamente no todo consiste en un examen de los aspectos humanos del personaje. Hay que construir sus biografías a base de la edificación de un andamio colosal y complejo que incluye sus escritos y discursos oficiales y sus relaciones políticas tanto domésticas como internacionales, los rastros legales de sus decisiones y su correspondencia oficial o los cientos de documentos donde se le menciona o analiza. Esto supone buscar y estudiar mucho material que es ineludible pero que, frecuentemente, aporta bien poco en la interpretación de la figura humana que hay detrás de la figura pública (y que constituye un objetivo fundamental de toda biografía, se apellide política, intelectual o científica).

En el caso de Franco, además, se sumaba un buen puñado de hagiografías y relatos memorialísticos, generalmente pero no exclusivamente, adulatorios a través de las que hube de transitar «desbrozando» la foresta de santificación de una vida «conducida por el dedo de Dios» y de la propaganda. Pero lo que me salvó de morir de aburrimiento al tener que leer e interpretar sus interminables discursos, su correspondencia oficial y la ingente documentación diplomática en la cual figuraba, fue la necesidad

de descifrar los muchos enigmas del personaje. Tenía que explicar cómo una persona que cada vez se evidenciaba más claramente como «hueca», carente de intereses o conocimientos culturales más allá de libros sobre batallas o de marchas militares, había podido llegar a ostentar el poder durante casi cuarenta años. Resultó que resolver ese enigma fue cuestión de indagar en la vida privada y la psicología de Franco tanto como en los procedimientos de terror y corrupción a través de los cuales pudo dominar a sus colaboradores y controlar un país entero.

Eso es lo que mantuvo mi interés durante los largos años que me llevó preparar el libro. Sin embargo, más allá del mío propio, muy diferente sería mantener el interés del lector a lo largo de mil páginas. Afortunadamente, soy un historiador que se ha formado en la tradición historiográfica británica. Esta se caracteriza por la importancia que se otorga a la narrativa, la consciencia de que hay que saber cuidarla y ejercerla con belleza y de la manera más amena posible, porque se trata de llegar, informar y agradar a un público amplio, más allá del académico. Respecto al oficio de escritor, aprendí mucho de mi quehacer diario como profesor. Me percaté enseguida de que la necesidad central de la enseñanza es la claridad de la explicación. En este sentido, el análisis hecho por el sociólogo americano C. Wright Mills de la pedantería y abstracción teórica y conceptual ininteligible del también sociólogo Talcott Parsons, coincidía en sus términos con el rechazo de los autores británicos de la pretenciosidad de ciertos autores «continentales», y particularmente de los franceses, como el caso de Lacan y Foucault, que lindaba con un oscurantismo deliberado. La propuesta de Mills en *La imaginación sociológica* vinculaba estrechamente la historia, la biografía (la propia y la ajena) y el acercamiento sociológico (científico) con un puente trenzado por una narrativa diáfana. Yo estaba de acuerdo con esa perspectiva de las ciencias sociales y particularmente de la historia. Por tanto, siempre he trabajado sobre la base de que la única teoría necesaria se encontraba en la investigación exhaustiva de las fuentes, el análisis honesto de las mismas y la claridad de la exposición final.

El proceso de elaboración del libro sobre Franco me convenció de que cuando más a gusto estaba en mi trabajo era cuando trataba de los individuos, sus motivaciones y las influencias personales sobre sus decisiones: o sea, haciendo biografía. Me di cuenta también de que la base para hacer una buena biografía, algo que es a la vez una delicia, es la exigencia de dar al lector la ilusión de haber conocido al protagonista. Para lograr ese efecto, hay que crear primero en uno mismo esa ilusión, para después poder trasmitirla

al lector. Esta percepción fue reforzada en mis dos siguientes libros, *Las tres Españas del 36* (1998) y *Palomas de guerra* (2001). En aquellos dos libros, descubrí la satisfacción de hacer colecciones de biografías más cortas de personas de menos importancia política que alguien como Franco. El género ofrece la posibilidad de acercarse a unos protagonistas y sus motivaciones, sentimientos e incluso ideas políticas, sin tener que analizar todo el andamio de los discursos oficiales, la legislación y las relaciones diplomáticas, que es una exigencia ineludible en una biografía larga. Me encantaba tener más libertad para acercarme a los seres humanos biografiados.

Esta posibilidad de acercarse al personaje en seguida plantea algo que es, a la vez, una ventaja y una desventaja. Inevitablemente, lo mismo que pasa en la vida con amigos y conocidos, surgen gustos y disgustos. Entonces, se plantea la cuestión de la objetividad del historiador, de sus preferencias y sus querencias. La evaluación de los acontecimientos históricos y de las reacciones y responsabilidades de los protagonistas necesariamente se interpreta a través del filtro de las creencias éticas del autor. Evidentemente, un historiador pierde valor si tiene visiones sesgadas previas (y condicionantes) de las personas que está estudiando. De hecho, si se deja llevar por sus preferencias, lo que escribe puede convertirse en pura propaganda política. Habiendo dicho esto, hay que preguntarse si ello implica lo que en Inglaterra se llama '*BBC objectivity*', o sea la imposición de un tratamiento «equidistante» e igualmente comprensivo hacia el asesino y su víctima, el violador y la violada, o el dictador y el pueblo reprimido. ¿Qué valor hay en eso si lo único que resulta es un retrato gris y distanciado de la realidad? Y, además, ¿verdaderamente puede concedérseles ese acercamiento equidistante? En este tema, estoy de acuerdo con lo dicho por la escritora y periodista estadounidense que estuvo en España como corresponsal de guerra Martha Gellhorn: «I can't be doing with this objectivity shit» (No puedo trabajar limitada por las reglas de esta mierda de la objetividad). Claro está, el problema es ¿cómo no caer en el sesgo apasionado? La solución para mí, en todos mis libros, sean exclusivamente biografías o estudios más generales (todos por supuesto con sus vertientes biográficas), es mantener la honestidad. Esto se manifiesta en mi obra a través, primero, de la investigación exhaustiva, y después de un sistema de notas y referencias que muestran de dónde he sacado mis conclusiones.

Por supuesto, he escrito libros que no son ni biografías ni colecciones de biografías cortas. Sin embargo, en todos ellos, la vertiente biográfica ha sido siempre muy importante. En *El holocausto español*, por ejemplo, me fascinaban tanto los personajes que propagaban teorías de la exterminación

practicada por los rebeldes militares como los militares y civiles que la implementaban. Por no tener espacio suficiente en aquel libro para poder indagar en las vidas de dichas personas, preparé una secuela, *Arquitectos del terror*, que ofrece biografías de varios de ellos. Se trata de tres propagandistas: un presbítero, Juan Tusquets; un policía, Mauricio Carlavilla y un poeta, José María Pemán; y varios perpetradores: Francisco Franco, Emilio Mola, Gonzalo Queipo de Llano y Ramón Serrano Suñer, entre otros. Del otro bando, me fascinaba la figura de Juan Negrín. Mi libro *El final de la guerra civil* se puede considerar, de alguna manera, uno de mis volúmenes de biografías cortas, en el sentido de que trata de las vidas encontradas de Negrín y el golpista traidor a la República Segismundo Casado.

Volviendo al proceso de «conocer» a los protagonistas, la exigencia primordial consiste en poder evaluar sus acciones y sus decisiones en su contexto social, económico e ideológico. Ubicarles en dicho contexto es algo que requiere un conocimiento de la época tanto en términos domésticos como internacionales. Sin embargo, por muy exhaustiva que fuera la investigación o profundo el conocimiento de la época, no se puede esquivar la relación personal entre el biógrafo y sus protagonistas. No cabe duda de que en esa disyuntiva estriba la fascinación de la biografía. Este problema –si es que es problema y no aliciente– plantea dos preguntas: primero, ¿la simpatía o el rechazo del biógrafo respecto a su personaje invalida el resultado final? Y segundo, ¿se puede biografar a personas vivas sin estar cohibido o por las leyes sobre difamación o por la reacción del personaje o sus allegados y así caer en la tentación de la hagiografía?

Haciendo un repaso de los personajes que he retratado y que he pensado retratar, ha habido de todo, muertos y vivos, buenos y malos, valientes y cobardes, queridos y despreciados. En mi primer libro, *La destrucción de la democracia*, para poder enjuiciar las decisiones tomadas que influían en los grandes conflictos del día, tuve que hacer retratos personales de Largo Caballero, Julián Besteiro, Indalecio Prieto y José María Gil-Robles. Ya que el único de ellos que pude entrevistar fue Gil-Robles, el grueso de la tarea fue algo que tuve que hacer a base de analizar los escritos, los discursos, las acciones y las consecuencias de las decisiones de todos. Sí que pude entrevistar a otros protagonistas menos famosos, como los monárquicos Eugenio Vegas Latapié, uno de los dirigentes de Renovación Española, teórico del golpe militar y luego tutor del joven Juan Carlos; Ignacio Arenillas, marqués de Gracia Real, miembro de Acción Española y después abogado defensor de Julián Besteiro; el socialista Amaro del Rosal; así como el anarquista Miguel

González Inestal, a través de quien pude entrevistar a otros anarquistas importantes como Gregorio Gallego y Eduardo de Guzmán. De todos, los de la derecha y los de la izquierda, aprendí muchísimo y este conocimiento nutrió mi libro *La destrucción de la democracia en España*. Sin embargo, mi gran remordimiento al respecto estriba en que, a ninguno de ellos, pude hacerles muchas preguntas que haría ahora con cincuenta años más de conocimiento encima.

En cambio, cuando preparaba el libro sobre la Transición *El triunfo de la democracia*, tuve la suerte de que ya había conocido a bastantes de los principales protagonistas: a Dolores Ibárruri, Manuel Azcárate, Santiago Carrillo e Ignacio Gallego del PCE, a Felipe González, Alfonso Guerra, Narcís Serra o Fernando Morán del PSOE entre otros muchos de la izquierda y a Adolfo Suárez, Ricardo de la Cierva, Manuel Fraga, Alfonso Osorio, Rodolfo Martín Villa y el General Alfonso Armada de la derecha, por no hablar de muchos de segunda fila. Creo que este conocimiento enriqueció el libro. Por haber vivido la época tratada tuve capacidad de hacerles preguntas más pertinentes. Y es que este es un elemento fundamental en el quehacer histórico y en el conocimiento biográfico: la capacidad del biógrafo (en este caso historiador) de hacerle al personaje vivo o muerto las preguntas pertinentes. La biografía, al fin y al cabo, constituye también un diálogo inteligente, crítico y perceptivo del biógrafo o biógrafa con los personajes biografiados. Y en las preguntas que se plantean en ese diálogo (igual que en la traducción de las respuestas) y que van más allá de los datos puramente biográficos, es muy importante una base de conocimiento de la época y de documentación tanto como la habilidad y percepción psicológica para saber escuchar y leer entre líneas, en el caso de que los personajes estén vivos.

En cuanto al libro sobre Franco, los problemas eran distintos. Aunque tener acceso total a sus archivos privados fue (y sigue siendo) imposible, existían cantidades ingentes de materiales sobre Franco en Portugal, Italia, Alemania, Francia, Gran Bretaña y los Estados Unidos fuera en forma de memorias, diarios, correspondencia o de documentos diplomáticos en los archivos oficiales. No pude entrevistar a Franco, pero sí a colaboradores suyos como Ramón Serrano Suñer, Manuel Fraga y José Utrera Molina. Mis conversaciones con todos enriquecían mucho mi comprensión del protagonista central. Con quien más relación tuve fue con Serrano Suñer a quien había conocido durante una cena en casa de Hugh Thomas en Londres en 1974, después de la cual tuvimos una correspondencia. Luego trabé amistad con su hijo Fernando, a quien conocí cuando estaba destinado en Londres como

agregado cultural. Gracias a esta amistad y el contacto previo con su padre, cuando preparaba la biografía de Franco, Ramón Serrano Suñer me recibió numerosas veces en su casa de Madrid. Fue siempre exquisitamente cortés y muy abierto conmigo. Incluso yo diría que se entusiasmaba al narrar anécdotas de sus experiencias al lado de Franco desde sus primeros encuentros en Zaragoza a finales de los años veinte hasta su ruptura en 1942. Soy muy consciente de que otros historiadores han hecho retratos más críticos de la actuación de Serrano Suñer en cuanto a sus relaciones con la Alemania Nazi que lo que él revelaba en sus memorias y conferencias posteriores. Me he preguntado si mi cercanía a su persona me ha inhibido o si, por el contrario, me ha facilitado una perspectiva más «empática» y «moderada» y, con ella, una percepción que otros no pudieron tener. He pensado varias veces en escribir una biografía de él, pero, hasta ahora, solamente he podido hacer un retrato corto publicado en el libro colectivo dirigido por Ángel Viñas, *En el combate por la historia*.

Me cuesta elegir el libro biográfico escrito por mí con el cual me siento más identificado emocionalmente. Curiosamente, quizás, los «candidatos» finalistas serían dos biografías colectivas: *Palomas de guerra* e *Idealistas bajo las balas*, y soy incapaz de dar prioridad a unos de ellos.

En ocasiones, aunque no he podido conocer a mis protagonistas biográficos, he tenido contactos muy fructíferos con sus familiares y amistades que me han ayudado en la construcción de la ilusión de haberles conocido. Así sucedió en el libro *Palomas de guerra*, con Margarita Nelken, Nan Green y Priscilla Scott-Ellis. A la cuarta «paloma», Mercedes Sanz Bachiller, la viuda de Onésimo Redondo y fundadora de Auxilio Social, sí pude entrevistarla varias veces. Tanto en los primeros tres casos citados como en el de Mercedes, tuve acceso a muchos papeles personales, como diarios y memorias inéditas. En los cuatro casos, creo que llegué a conocerlas fuera directamente, como a Mercedes, o indirectamente, como a Margarita, Nan y Pip. Empatiqué con todas ellas a pesar de las diferencias entre las dos inglesas, una de izquierdas y otra de derechas, y las dos españolas, también una de izquierdas y otra de derechas. Con toda seguridad, cada pareja, la inglesa y la española, se habrían odiado por razones ideológicas, pero yo hice un esfuerzo de ubicarlas a cada una en el contexto de sus orígenes sociales.

A pesar de que era muy consciente de las dificultades, por no decir la osadía, de un hombre escribiendo vidas femeninas, terminé comprendiéndolas y llegando a tener un auténtico cariño para las cuatro. Me atraía cómo, independientemente de su ideología, las cuatro combinaban, en un

entorno tan poco favorable a las mujeres, valentía y entrega altruista a sus ideales. Sinceramente, no creo que esto diera como resultado unos retratos hagiográficos o demasiado favorables. Sin embargo, creo que la empatía creada (derivada de su conocimiento y la comprensión de sus motivos) me permitió saltar las barreras ideológicas existentes en los casos de Margarita y Mercedes y también profundizar en las dificultades experimentadas por protagonistas desconocidas y tan diferentes como la comunista obrera Nan Green y la aristócrata de derechas Pip Scott-Ellis. Tengo que comentar que existe una diferencia importante con la versión inglesa del libro (*Doves of War*). La versión española *Palomas de guerra* se publicó antes e incluye una biografía de Carmen Polo, la esposa de Franco. Mi editor inglés insistió en eliminarla porque la consideraba más buitre que paloma.

En el caso del segundo libro, *Idealistas bajo las balas*, en el cual abordé diferentes corresponsales de guerra extranjeros, mi atracción por los personajes tuvo dos motivos. Por un lado, al empezar a interesarme por España y todavía sin hablar español, muchos de los libros que devoraba eran sus memorias como informadores de la guerra civil. Por otro mi gran maestro, Herbert Southworth había trabajado con algunos de ellos. De hecho, al comienzo de mi relación con Herbert, él estaba de luto por la muerte de su mejor amigo, Jay Allen. El libro surgió de un encargo de contribuir al catálogo de una gran exposición que se montaba en Madrid. Al hacer mi ensayo, mi di cuenta de que había material de sobra para hacer un libro entero. Empecé a acumular sus artículos, sus diarios y su correspondencia. Conforme me iba adentrando en el tema, me encontraba cada vez más identificado emocionalmente con ellos.

Era una experiencia conmovedora para mí ver cómo crecía la simpatía por los republicanos entre unos extranjeros que habían llegado sin compromisos previos y simplemente para hacer un trabajo. La comprensión y el cariño por el pueblo llano español de Jay Allen o Henry Buckley surgía de sus muchos años trabajando como corresponsales en España. Pero hubo otros que en poco tiempo se enamoraron de la España republicana, como Herbert Matthews o Louis Fischer. Por razones complicadas de explicar, el título impuesto en España fue *Idealistas bajo las balas*. De hecho, el título de la edición inglesa es el que recoge la dimensión emocional del libro: *We Saw Spain Die* (Presenciamos la muerte de España).

Muchas de las cosas que escribieron los protagonistas sobre sus sentimientos en el momento, reflejaban exactamente lo que yo sentía al estudiar los mismos acontecimientos. Fueran rusos, franceses, americanos o

británicos, ellos y yo actuábamos como observadores y todos sentíamos parecida indignación e idénticas emociones. Probablemente, mi objetividad/empatía como biógrafo, en este caso se vio claramente afectada. Mi compromiso con ellos se constata en mis esfuerzos de conseguir la reedición de libros como, entre otros, *Life and Death of the Spanish Republic* de Henry Buckley o *Behind the Spanish Barricades* de John Langdon-Davies, o de editar y prologar memorias inéditas como las que componen el que considero uno de los libros más interesantes publicado sobre la guerra, *Never More Alive. Inside the Spanish Republic* de Kate Mangan, quien trabajaba en la oficina de prensa de la República.

Mi biografía de Juan Carlos constituye otro caso diferente en mi quehacer biográfico. Por una parte, se trataba de un personaje vivo, pero le conocí personalmente sólo después de terminar el libro y no durante su preparación. Esta fue una decisión deliberada. Era muy consciente de la existencia de hagiografías del monarca, especialmente en el caso del bestseller de José Luis de Vilallonga, *El rey*, un libro que fue una especie de «*corporate video*» (video oficial palaciego). Yo, que soy historiador y se podría decir que «republicano» (estudioso y admirador del experimento democrático que fue la II República), quería escribir un libro honesto sin objetivos previos como había sido el caso del libro de Vilallonga.

En Zarzuela se sabía que yo iba a hacer el libro porque, entre otras cosas, la editorial lo había anunciado como futuro proyecto mío y varios periodistas ya me habían preguntado sobre el menester. Además, ya había entrevistado a algunas personas cercanas al rey como su íntimo amigo Miguel Primo de Rivera y el general Alfonso Armada. Sucedió algo interesante. El entonces Príncipe de Asturias, Felipe, viajó a Londres, donde yo vivo. Vino acompañado por Fernando Almansa, el conde de Almansa, a la sazón jefe de la Casa del Rey. Coincidí con ambos en la Embajada Española y Almansa se me acercó y me susurró: «Nos hemos enterado que estás haciendo una biografía del jefe». Cuando confirmé que así era, me dijo: «Nos ha extrañado que no hayas solicitado entrevistarle». Contesté que me encantaría, pero que suponía que eso implicaba que debería someterme a unas condiciones. El conde me dijo que, por supuesto, Palacio querría ver el manuscrito para poder hacer algunos comentarios antes de su publicación. La agradecí el ofrecimiento, pero le dije que prefería hacer mi libro sin ninguna conexión o control oficial.

Así lo hice, y el resultado fue un retrato bastante favorable. Cuando el libro salió, el rey Juan Carlos me invitó a comer con él, con la reina y con

Felipe en La Zarzuela. Antes de la comida, tuvimos una larga conversación en la cual me comentó que le había gustado el libro por la comprensión que había mostrada respecto a las dificultades de su niñez y adolescencia. Después le vi en algunas otras ocasiones más. La última antes de las actuales alegaciones respecto a sus actividades financieras. Ni que decir tiene que últimamente he estado abrumado de entrevistas y también de indagaciones periodísticas respecto a la posibilidad de cambiar lo que dije en la biografía. A todos les he dicho que no cambiaría la primera parte sobre la infancia, adolescencia y educación y tampoco la segunda parte sobre su papel crucial como «bombero de la democracia» en los años desde la muerte de Franco hasta la llegada al poder del PSOE en 1982.

Respecto a la época que podríamos denominar del «descanso del guerrero», (y que es la que se corresponde con las acciones reveladas), ya veré si tengo tiempo u oportunidad. Esa es otra cuestión significativa de escribir la biografía de un personaje vivo. Lógicamente es una biografía inacabada. El personaje (sobre todo si es relativamente joven y está activo) sigue cumpliendo años y afanes. Sigue avanzando. Sigue jugando un papel esencial en su entorno. Se reafirma o cambia. Incluso puede iniciar un nuevo camino que transforme radicalmente su trayectoria biográfica. Si además de todo esto no ha habido previamente acceso a archivos o al personaje directamente la biografía realizada habrá sido, inevitablemente, una «biografía provisional» e incompleta. En cualquier caso, tal vez no exista lo que muchos llaman la «biografía definitiva».

También estaba vivo mi siguiente protagonista: Santiago Carrillo, pero el caso es bien diferente. Carrillo era una persona a la que conocía bastante y con quien había tratado y simpatizado mucho. También conocía a otros muchos comunistas que habían trabajado con él: Fernando Claudín, Jorge Semprún, Ignacio Gallego, Francesc Vicens, entre otros. Antes de hacer el libro, seguramente muchos habrían dicho que lo más probable era que yo fuera demasiado complaciente con uno de los llamados «padres de la democracia». Pero la realidad es que el producto final fue muy crítico. Diría que *El zorro rojo* como se llama el libro en español, o *The Last Stalinist* como se llama en inglés, constituye una prueba de que, a pesar de que rechazo las reglas rígidas de esa presunta objetividad, siempre intento ser lo más honesto posible.

Desde que escribí sobre el papel del Partido Comunista de España en la resistencia antifranquista (en mi capítulo en *España en crisis*), había tenido simpatía por Santiago Carrillo. Le conocí personalmente a mediados de los

años setenta cuando le invité a dar una conferencia en la Universidad de Londres. Hubo otros encuentros a lo largo de los años en los cuales hablamos de su papel y el de otros compañeros en la guerra civil y en la posterior lucha contra Franco. Cuando investigaba para *El holocausto español*, traté ampliamente sobre la represión en la zona republicana y necesariamente profundicé en la gran atrocidad de Paracuellos de Jarama, donde fueron asesinados muchos presos de derechas. Como, a la sazón, Carrillo fue el consejero de orden público en la Junta de Madrid, la derecha le había culpabilizado siempre por la masacre. Él, por su parte, había hecho muchas entrevistas negando cualquier responsabilidad. Al hacer mi libro, me di cuenta de las muchas contradicciones que se producían entre sus diversas declaraciones. Además, mis investigaciones probaban que había tres fases en lo de Paracuellos: la autorización, la organización y la implementación. Quién se ocupó de logística de la operación fue Carrillo.

Así que, cuando me encargaron hacer la biografía después de su fallecimiento, tuve esa evidencia de su, digamos, frágil relación con la verdad. Al profundizar en su vida encontré muestras abundantes de esa faceta y lo que más me chocó fue lo que descubrí de sus traiciones a camaradas del PCE durante los años de la guerrilla. También me repugnaban las expulsiones y la crueldad con que procedió frente a los que no estaban de acuerdo con sus políticas rígidas. La realidad del personaje rompió la imagen que yo tenía de él.

Francamente, reflexionando sobre mi carrera de biógrafo, diría que no ha sido clave para mí la lectura de biografías en general. Esto no significa que no disfrute de leer biografías ni que su lectura no me haya influido, pero, si fue así, lo ha hecho en un proceso subconsciente. Dejando de lado las biografías de personajes españoles, cuya lectura resultaba obligatoria, las biografías que más me han gustado son muchas. Si tuviera que elegir, seleccionaría los tres tomos sobre la vida de Trotsky escritos por Isaac Deutscher, las biografías de Mussolini y de Cavour realizadas por Dennis Mack Smith, la de Manuel Carrasco i Formiguera de Hilari Raguer y la vida de Juan Negrín escrita por Enrique Moradiellos en el ámbito histórico. De biografías culturales, sobre todo leo biografías de compositores, como, entre otros muchos, las de Puccini y Verdi de Julian Budden y los ingleses Edward Elgar de Michael Kennedy y Ralph Vaughan-Williams de su segunda mujer Ursula. En cuanto a escritores y artistas, las vidas que más me han fascinado han sido las de Federico García Lorca y Salvador Dalí escritas por Ian Gibson, la de

Gaudí de Gijs van Hensbergen, o las de los poetas Philip Larkin de Andrew Motion y Wilfred Owen de Dominic Hibberd.

Entre las biografías que he escrito, creo que, si tuviera que cambiar algo, hoy sería más crítico con dos de las personas que protagonizaban *La tres Españas del 36*, concretamente con Indalecio Prieto y Manuel Azaña por sus comportamientos en los últimos días de la República. No sé, por otra parte, si he sido demasiado duro con alguno de mis personajes. El esfuerzo que he realizado por conocerles no puede ocultar el rechazo que ocasionan las matanzas o las crueldades cometidas por ellos. Quien me lea verá que hay personajes que admiro y otros que desprecio, pero pienso que siempre dejo al lector los medios para contrarrestar mi punto de vista. Creo, como decía antes, que si el cometido del biógrafo es conocer –o crear la ilusión de conocer– al protagonista, inevitablemente va a pasar lo mismo que pasa con los conocidos en la vida. Después de todo, uno no es de piedra.

EL VIAJE Y LA BÚSQUEDA¹

Richard Holmes

Biógrafo. British Academy

ada cierto tiempo, cierro alguno de mis cuadernos de trabajo (hoy suman casi doscientos, desde 1964; los primeros, de tapas blandas de cartulina arrugada, color azul claro, de Woolworths, y los más recientes, de tapas duras en color negro brillante y con espiral, de Black n' Red) y me pongo a reflexionar sobre todo el viaje, y el tiempo dedicado, y lo que he aprendido en el camino, si es que he aprendido algo. Echo la vista atrás y pienso en las carreteras y los senderos de la biografía, en mis *Footsteps* y *Sidetracks*² y, sobre todo, en mi extraño e insaciable afán de continua, intensa e ineludible búsqueda.

Recuerdo, por ejemplo, el principio del verano de 1974, cuando yo acababa de terminar mi primer libro, una biografía sobre el poeta romántico Percy Bysshe Shelley. El libro tenía ochocientas páginas, y yo casi treinta años. Había viajado por Inglaterra, Escocia, Irlanda, Francia e Italia en busca de mi pasional e indómito poeta. Me sentía como un veterano después de una larga campaña de guerra: quejumbroso, rebotante de anécdotas, desplazado. Para colmo, me encontré con que había regresado con dos conclusiones sobre la redacción de biografías que ciertamente no me habían enseñado allí en la academia.

¹ Este texto se corresponde con el del capítulo «Travelling», *This Long Pursuit*, HarperCollins, 2016, que aquí hemos retitulado. Agradecemos a su autor y también a su editorial el permiso para reproducirlo traducido al español por Victoria Gordo del Rey. (N. del E.).

² *Footsteps* («Huellas») y *Sidetracks* («Desvíos») son ambos títulos de libros escritos por Richard Holmes. (N. de la T.).

La primera era el principio de las *buellas*. Yo había llegado a creer que un biógrafo serio debía perseguir *físicamente* a su personaje a través del pasado. No bastaba con meros archivos. El biógrafo debía ir a todos los lugares donde su personaje había vivido o trabajado, o viajado, o soñado. No solo al lugar de nacimiento, o a aquellos marcados con la típica placa azul conmemorativa que se pone en las fachadas, sino a los lugares provisionales, de paso, a los lugares perdidos, a los lugares soñados.

Él –o ella– debía examinarlos haciendo uso de toda su inteligencia, buscando pistas y descubriendo lo visible y lo invisible, la historia, la geografía y el ambiente. Debía sentirlos como fueron en su momento; debía imaginar el impacto que en su día tuvieron. Debía estar atento a «modos de estar no conocidos». Debía dar un paso atrás, profundizando en la historia.

El segundo era el concepto del cuaderno a doble página. Me parecía que un auténtico cuaderno de investigación debe tener siempre la forma de una «doble contabilidad». Debería haber una línea divisoria clara entre los lados objetivo y subjetivo del proyecto para mantener así un registro de doble entrada de toda la investigación a medida que esta progresaba (o, frecuentemente, se desviaba del tema). Expresado de forma esquemática, debe haber un lado izquierdo y un lado derecho en cada doble página del cuaderno.

En una (la de la derecha), escribiría los hechos objetivos de la vida de mi personaje, tan detallada y exactamente como fuera posible (a partir de cartas, diarios, memorias, archivos). Pero en la otra (la de la izquierda), registraría también mis respuestas más personales, mis sentimientos y especulaciones, mis preguntas y enigmas, mis dificultades y desafíos, mis viajes y mis opiniones. La irritación, la vergüenza, la perplejidad o la pena podían resultar tan valiosos como la emoción, la sorpresa, la inspiración o el entusiasmo. La experiencia acumulativa del viaje de investigación, de pasar varios años en compañía de mi personaje, se convirtió de esta forma en parte de la empresa biográfica en sí. Solo de este modo, pensaba yo, podía utilizar, y esperaba llegar a dominar, el arma más valiosa y a la vez más peligrosa del biógrafo: la empatía.

Un incidente, muy anterior a mi época con Shelley, durante mi novata búsqueda en pos de Robert Louis Stevenson en las Cevenas, una década antes, se convirtió en un inesperado talismán. Nunca llegué a incluirlo en *Footsteps*, pero estuvo calladamente presente en la página izquierda de mi primer cuaderno durante más de veinte años. Solo mucho tiempo después, cuando empecé a dar conferencias sobre el tema de la biografía, me encontré

de repente narrándolo de nuevo. Para mi sorpresa, pasó por varias versiones hasta que finalmente se metamorfoseó de un relato de viajero en una especie de parábola del biógrafo. En su forma desarrollada, decía algo así: primero explicaba que yo tenía dieciocho años y que, siguiendo a Stevenson a través de la agreste cordillera de las Cevenas, solía dormir deliberadamente como él, bajo las estrellas, en un pequeño saco, sin tienda de campaña, à *la belle étoile*. Pero a veces me veía obligado, muy a mi pesar (debido a las espectaculares tormentas de las Cevenas), a pasar una noche en alguna de las remotas posadas o pensiones rurales de la zona. Por aquellos tiempos, era obligatorio presentar un pasaporte para quedar registrado en el *fichier*, haciendo constar nombre, edad y profesión. Como profesión, yo había especificado, con gran optimismo, «escritor». Obviamente, en ese momento aún no había publicado absolutamente *nada*.

Cuando le entregaba mi pasaporte a la Madame recepcionista de turno, siempre parecía pasar lo mismo. «Ah, Monsieur Olmez», solía exclamar en tono adusto mientras rellenaba la pequeña ficha de color ocre, «Ya veo que es camarero». Contrariado, estuve dándole vueltas a esto durante unos días, y pensé en que en adelante pondría «escritor de viajes». Pero luego imaginé cuál sería el aún más áspero comentario: «Ah, Monsieur Olmez, ya veo que es usted camarero de mesa»³.

Esta anécdota, convenientemente adornada con el acento y la gesticulación gala, se hizo conocida como mi «chiste del camarero de viajes». Sin embargo, poco a poco, fue revelándoseme como una profunda lección de humildad profesional. Porque, en cierto sentido, eso es lo que es exactamente un biógrafo: alguien que espera⁴, que *aguarda*, que presta atención, que está constantemente alerta, que se ocupa de sus personajes, que está *a su servicio* durante un largo periodo de leal dedicación. La espera bien desempeñada, concluí yo, implica un enorme trabajo de campo.

Así pues, mi siguiente misión, al servicio del poeta Samuel Taylor Coleridge, duró, con algunas interrupciones, casi quince años, y ocupó casi treinta cuadernos de doble cara. Esta me llevó al West Country y al Lake District de Inglaterra, así como a Alemania, Italia, Sicilia, Malta y, finalmente, a un tranquilo jardín en el barrio londinense de Highgate Hill. La cosa acabó

³ El autor hace un juego de palabras con la pronunciación francesa de las palabras inglesas «writer» (escritor) y «waiter» (camarero) y «travel» (viaje) y «table» (mesa). (N. de la T.).

⁴ «Waiter», camarero en inglés, se deriva de «wait» que significa «esperar». (N. de la T.).

sumando novecientas páginas, recogidas en dos volúmenes. Mi personaje y yo envejecimos considerablemente a lo largo del proceso.

El propio Coleridge fue el maestro de los cuadernos de notas –de los cuales han sobrevivido más de setenta gracias al trabajo que durante toda su vida le dedicó la académica canadiense Kathleen Coburn. Empezó a escribir el primero en Bristol en 1794, a la edad de 21 años; el último quedó inacabado a su muerte, en Highgate, en 1834. Todos ellos sirven al biógrafo como un maravilloso río subterráneo para penetrar en la mente y en el corazón de Coleridge, en su vida interior, en sus relaciones con William y Dorothy Wordsworth, y en su amor secreto y *femme fatale*, su «Asra», Sara Hutchinson.

Los cuadernos son tan variopintos, esquivos e intrincados como el hombre. Contienen sus sensacionales listas de lecturas, sus extraordinarias pesadillas, sus brillantes apuntes para conferencias, sus caóticos y agrestes diarios, sus interminables sesiones de autopsicoanálisis, sus batallas contra la adicción al opio, sus lacerantes problemas médicos (dentales, pulmonares, intestinales), sus fantasmas y obsesiones sexuales, sus laberínticos pensamientos en materia de ciencia y religión, sus pésimos juegos de palabras y sus emotivas oraciones.

También están llenos de maravillosas rarezas: el borrador de una novela cómica, la receta para fabricar un betún de zapatos resistente al agua, relatos de sueños eróticos (parcialmente en griego y normalmente relacionados con la comida), las expresiones de su hijo Hartley, anotaciones sobre el sonido de diferentes trinos de pájaro u observaciones sobre los diferentes tipos y modalidades de lluvia. Como el río subterráneo de «Kubla Khan», se va sucediendo un incesante borboteo de imágenes que luego aparecerían reflejadas tanto en su poesía como en sus ensayos posteriores; pero también una corriente de autodefinición continua.

Recuerdo haber descubierto, como quien de repente se encuentra con una mina de oro, esta descripción de una pequeña cascada del río Greta que escribió cuando visitó por primera vez el Lake District en 1800: «Brotos de agua van hilvanándose al bajar por la enorme roca verde... La rosa blanca que florecía en el recodo de la corriente, intermitentemente, obstinada en la resurrección, es la Vida que *vivimos*».

Al momento se me antojó que Coleridge se estaba describiendo a sí mismo: «obstinado en la resurrección». A partir de entonces, ya nunca he podido ver una corriente que fluye por una roca, con ese borboteo de

espuma (tan brillantemente definido como «rosa blanca») sin pensar en su biografía. Una vida compleja, misteriosa y en muchos sentidos desastrosa, que no obstante se renovaba perpetuamente, brotando de manera milagrosa en una espuma de palabras, «obstinada en la resurrección». Esa fue, en efecto, la vida que él vivió. Poco a poco me fui dando cuenta de que era también la vida que yo necesitaba escribir.

Los viajes de Coleridge fueron geográficos a la vez que metafísicos y, ateniéndome al principio de las huellas, yo le seguí en ellos fielmente. A cambio, Coleridge me enseñó muchas lecciones sobre biografía durante esos viajes de investigación o búsquedas solitarias. Seguí su camino a través de las colinas de Quantock y bajé hasta el pequeño puerto de Watchet, donde comenzó *El viejo marinero* con Wordsworth en 1797. Aquí el Canal de Bristol se abre al Atlántico, generando un rango de amplitud de mareas que se encuentra entre los más notables de todo el norte de Europa, con una subida y bajada de más de 9 metros en doce horas. Al contemplar los barcos de pesca presos de la vigorosa fuerza del mar, comprendí mejor el «Espíritu Polar» de las profundidades submarinas que persiguió al marinero después de que este matara al albatros, y también entendí algo más sobre las enormes mareas a las que siempre estuvo sometida la vida del propio Coleridge.

También fui a Gotinga (Alemania), donde Coleridge asistió a las conferencias científicas de Johann Friedrich Blumenbach en 1799 y leyó la *Filosofía de la naturaleza* de Friedrich Schelling, a partir de la cual acabaría desarrollando, en «genial coincidencia», sus propias ideas sobre la Naturaleza, la Forma y el Inconsciente. Allí quedó también fascinado por la historia de la *Walpurgisnacht* («Noche de Brujas»), en el cercano monte Brocken, que posteriormente aparecería en el *Fausto* de Goethe (1808). Al parecer, Coleridge había subido al Brocken a entrevistar en persona al «fantasma de Brocken», llevado por una mezcla de curiosidad científica y poética. Trepando tras él a través de las oscuras columnatas del bosque Hartz, me encontré con un tipo diferente de brujería.

Mientras atravesaba jadeando un empinado claro entre pinos, sentí como si de repente irrumpiera en una especie de escenario surrealista de Fausto, engalanado con letreros con calaveras que advertían «Deténgase. Prohibido traspasar este límite», con la promesa de una muerte inminente. De repente me había topado con la enorme, siniestra, doble valla fronteriza, sembrada de minas y ametralladoras, que dividía la Alemania Oriental de la Occidental. Igual que veinte años atrás, cuando seguía de manera ingenua los pasos de Robert Louis Stevenson en sus «Viajes con una burra por los montes de

Cevennes», y llegué a su simbólico puente sobre el río, en Langogne, solo para descubrir, con profunda consternación, que estaba roto y que era imposible cruzar al otro lado, como si su época hubiera quedado literalmente separada de la mía. Esta fue otra contundente lección sobre la imposibilidad de recuperar el pasado.

Otro viaje me llevó a Malta, donde, en el insólito papel de secretario del gobernador en tiempo de guerra, Coleridge promulgó estatutos, visitó hospitales militares (y quedó consternado ante los casos de sífilis, varios de ellos confinados en cama), escribió propaganda política y fue el encargado de pasar a limpio los últimos despachos del gobernador y almirante Ball a Nelson antes de la Batalla de Trafalgar.

Su metamorfosis durante este periodo, entre 1804 y 1805, es extraordinaria y muy propia de él a la vez. Estando en La Valeta, vi que sus solitarias habitaciones en el Palacio del Gobernador daban directamente al puerto. Tras pedir prestado un telescopio naval, el atareado secretario se las arreglaba para desaparecer durante horas para contemplar los numerosos barcos que entraban y salían del puerto, aliviar su nostalgia del hogar con opio y poesía erótica y escribir eruditas notas sobre «cultivo orgánico».

Fue aquí donde, inesperadamente, me encontré con Coleridge rezando a la luna. Su extraña y metafísica versión del «sabaísmo», o el culto al sol y la luna, había pasado hasta entonces inadvertida. Pero a mí me reveló algo crucial sobre sus creencias religiosas, siempre a caballo –«una voluntaria suspensión de la incredulidad»– entre un cristianismo punitivo y un panteísmo puro y vivificante. También me recordó la importancia clave que reviste la luna en toda su poesía, desde *El viejo Marinero* a *Limbo*.

Mientras medito mirando los objetos de la naturaleza, y desde lo lejos la tenue luz de la luna penetra a través del cristal de la ventana cubierta de rocío, parezco estar buscando, o como si me estuviera pidiendo, un lenguaje simbólico para algo que ahora y para siempre existe dentro de mí... El débil Despertar de una Verdad olvidada u oculta en mi más íntima Naturaleza... ¡El Creador! ¡El Evolucionador!

De vuelta en Inglaterra, localicé la remota casita de Calne, Wiltshire, situada frente al jardín de la iglesia, donde se recluyó en 1813, abandonado por casi todos sus amigos –incluido Wordsworth– al considerarle un adicto sin remedio al opio, incapaz de conseguir nada. En la ladera a espaldas de su casa, vi el simbólico Caballo Blanco de Cherhill, pintado en tiza en torno a 1780, galopando en dirección a Londres, que siempre le inspiró esperanza.

Dos años después, Coleridge resurgió con un borrador de su obra maestra en prosa, la *Biographia Literaria*, una extraordinaria mezcla de autobiografía humorística, brillante crítica psicológica y filosofía alemana plagiada. Gran parte de ella, como sus conferencias, es mejor leerla en fragmentos. Por ejemplo, esta nota para una conferencia, de apenas cuatro palabras, que resume el comienzo del *Hamlet* de Shakespeare: «la represión conduce al desbordamiento». Me pareció que la frase contenía, o más bien anticipaba, todo Freud.

Sin embargo, algunas de las lecciones más elocuentes proceden de su infancia en Ottery St Mary, en Devon, que tantas veces reaparece en muchos de sus mejores poemas tempranos, como el «Soneto al río Otter» y «Helada a medianoche». En el soneto, explora los infinitamente sutiles cambios que se suceden en la forma de sentir, desde la experiencia inmediata del niño a los recuerdos del adulto. La recreación de esta evolución sigue constituyendo uno de los grandes retos de la narrativa biográfica. Coleridge consigue captarlos con maravillosa sencillez, valiéndose del juego infantil de hacer saltar una piedra sobre la superficie del agua y «el lecho de arena» de la memoria.

¡Qué horas alegres y dolorosas desde que por última vez
deslicé la suave y fina piedra por tu pecho,
contando sus ligeros saltos! Sin embargo, tan profundamente impresas,
se hunden las dulces escenas de la niñez, que mis ojos
nunca cierro en medio del rayo de sol,
sin que, enseguida, con todos sus matices, tus aguas surjan,
el tablón que te cruza, tu ribera con sauces grises,
y el lecho de arena que jaspeado con diversas tonalidades
brillaba a través de tu clara transparencia.

Más adelante, siendo todavía un niño, se adentró en una profunda cueva cercana a la orilla del río Otter, un lugar encantado y conocido como «el salón de los duendes» por la gente del lugar. Con gran atrevimiento, grabó sus iniciales en la piedra de la pared más lejana de la entrada. Una década más tarde, volvió siendo ya un hombre joven y entró de nuevo en la cueva para contemplar esas iniciales, «grabadas por la mano de la infancia». Pasadas dos décadas más, casi con cuarenta años, el hecho físico se había transformado en metafísico. En su poema «Un epitafio sin tumba» (1809), comparaba su entrada a gatas en esta cueva oscura con su posterior exploración de la caverna de la filosofía. El brillo mineral de esta cueva recreada mentalmente,

la de su propia mente e imaginación, añade una nueva dimensión a las «cavernas inabarcables para el hombre» de «Kubla Khan»:

... Sí, a menudo solo,
penetrando en la sagrada cueva tanto tiempo
ignorada,
la guarida oscura de la antigua Filosofía,
vio, levantando la antorcha,
que su pared rutilante brillaba,
como antaño había brillado iluminada por la
llama
de olorosas lámparas cuidadas por el Santo y
el Sabio.

Cuando yo me introduje a gatas en la misma cueva de arenisca, casi exactamente doscientos años después, descubrí algo sorprendente. Al levantar mi tembloroso mechero, avisté, al fondo de la cueva, las iniciales «STC».

Lo que pasó, como dejé anotado en mi cuaderno, es que di un salto de alegría y casi me quedo inconsciente por el golpe en la cabeza contra aquel techo de piedra tan bajo, que hizo caer una gran lasca de arenisca. Mientras estaba allí agachado, viendo las estrellas en la oscuridad, de repente me di cuenta de que la piedra de la cueva era demasiado blanda para conservar las iniciales originales, y que lo que había ocurrido era otra cosa, igualmente interesante: alguien las había *vuelto a grabar*. Esta idea me condujo a varias reflexiones que anoté en mi cuaderno, y que acabaron finalmente expresadas en una nota que decía así: «estas iniciales esculpidas y vueltas a esculpir en la piedra, por sucesivas generaciones de memorialistas anónimos, de repente se me antojaron un símbolo del proceso esencialmente acumulativo que es la biografía en sí».

Otro lugar muy instructivo para mí fue Greta Hall, la casa de Keswick donde Coleridge vivió entre 1800 y 1804, cercana a la de los Wordsworth, en Grasmere. Como luego se demostraría muy útil, el lugar había sido antes un observatorio. Desde la planta más alta se divisaba el asombroso panorama de Derwentwater y las altas colinas que se extendían alrededor. Coleridge solía encaramarse a la ventana y salir al tejado plano para sentarse y escribir mientras contemplaba aquellas vistas. Una elocuente carta comienza así: «Desde el tejado de la casa de Greta Hall, Keswick, Cumberland, que actualmente ocupa y de la que es usufructuario el señor S.T. Coleridge,

caballero-poeta y filósofo en la niebla...». En otra, se ofrece a enviarle a su amigo, el joven químico Humphry Davy, todo el paisaje del Lake District envuelto en una sola píldora de opio.

Aquí fue donde escribió el famoso poema «Abatimiento: una oda»⁵ (1802), del que ahora sabemos que existen dos borradores: el primero en forma de carta de amor secreta a Sara Hutchinson y el segundo como oda formal sobre los poderes de la Naturaleza y la Imaginación para curar la pena y la depresión. Sara era la hermana de la esposa de Wordsworth, Mary Hutchinson, en absoluto una dulce musa sino una mujer menuda, bien parecida, capaz, que caminaba animosa por las colinas, cuidaba de los hijos de los Wordsworth y copiaba los manuscritos de ambos poetas. Tenía la barbilla decidida, ojos bondadosos y un abundante cabello castaño rojizo. Coleridge (que se había casado en 1795) quedó perdidamente enamorado de ella la primera vez que la vio, en 1799, y le dio el ensoñador sobrenombre de «Asra», con el que se refiere a ella en sus cuadernos y en sus poemas.

En ellos aparece como un personaje de fantasía durante los siguientes veinte años, aunque nunca llegó a acostarse con él. En lugar de ello, realizaba para él tareas de secretaria, le acompañaba en sus paseos, le cuidaba cuando estaba enfermo y trataba de evitar que consumiera opio, lo que acabaría conduciendo a su distanciamiento en 1812.

En la oda formal, Sara es simplemente una «virtuosa dama» anónima. En el borrador de la carta en verso (que no se publicaría completa hasta 1988) se la llama «¡Oh, Hermana! ¡Oh, Amada!... Querida Sara... ¡Mi consuelo! ¡Corazón dentro de mi corazón!» En una memorable metáfora con un pájaro, Coleridge también la describe voluptuosamente: «anidado en los encantos de tu amor y sintiendo en tus acogedores brazos

lo que la conyugal y maternal paloma
que toma la tierna calidez de aquellos a los que ella calienta,
siente en sus felices alas, dichosamente extendidas» ...

Aquí también, mientras iba en su búsqueda, tuve una experiencia instructiva. Descubrí que Greta Hall se había convertido en un pequeño internado para niñas, por lo que escribí a la directora pidiendo permiso para visitarlo. Resultó que el despacho que Coleridge tenía en la última planta había pasado a ser el dormitorio de las alumnas de bachillerato. De modo que me

⁵ Título del poema en la versión de José María Valverde.

concedieron permiso para visitarlo por la tarde durante media hora, bajo la atenta vigilancia de la supervisora, mientras las niñas se encontraban fuera, a salvo, jugando al hockey en el jardín.

Tras inspeccionar la habitación, le pregunté a la supervisora si podía salir por la ventana del dormitorio al tejado plano donde Coleridge se había sentado a menudo a escribir. Mientras contemplaba desde allí la magnífica vista y pensaba en su amada secreta, Asra, de repente vi a mis pies dos botellas de vodka y una cajetilla de cigarrillos Black Russian, cuidadosamente envuelta en celofán para protegerla de las inclemencias meteorológicas.

Cuando bajé y volví a encontrarme dentro del dormitorio, la supervisora me preguntó si había encontrado «algo biográficamente interesante». Mientras pensaba la respuesta —«Un biógrafo es un artista bajo juramento»— una alumna de bachillerato rubia, de aspecto angelical, apareció en la puerta, detrás de la supervisora, y me miró fijamente, negando silenciosamente con la cabeza. «Sí, supervisora», respondí en tono solemne, «claros indicios de inspiración artística». La joven movió los labios pronunciando un inaudible «gracias», abrió los brazos en un extraño gesto aéreo y se escabulló enseguida.

Obviamente, yo sentí que el espíritu subversivo de la Asra de Coleridge se había hecho presente entre nosotros. Pensándolo bien, no solo en la persona de la muchacha angelical, sino en la de la amable supervisora, que seguramente sabía más de lo que aparentaba. Esto me recordó que Asra fue a la vez el ángel y la enfermera de Coleridge. En forma mucho más extendida, casi de relato corto (que titulé igual que uno de los poemas de Coleridge, «Un ángel visitante»), este incidente ingresó en la parte izquierda de mi cuaderno como una advertencia tanto frente a los encantos como a los peligros de la idealización. Los lugares de «inspiración» podían verdaderamente retener parte de su fuerza pese al paso del tiempo, y ser capaz de captarlo era fundamental. Pero el biógrafo también debía mantenerse en guardia frente al vodka.

Otro tipo de alquimia muy distinta es la que sostenía la amistad de Coleridge con el joven químico Humphry Davy. Cuando ambos andaban por los veintitantos años, Coleridge se ofreció voluntario a participar en los primeros experimentos de Davy con el óxido de nitrógeno (conocido también como el gas de la risa) en el Instituto de Neumática de Bristol. La descripción científica de Davy sobre el eufórico efecto del gas resultó encontrar extraordinarios

paralelismos con la descripción poética de las alucinaciones producidas por el opio, como se muestra en «Kubla Khan».

«Perdí toda conexión con las cosas externas», dejó escrito Davy, «trenes de imágenes vívidamente visibles pasaron por mi cabeza... Con la más intensa fe y a la manera profética, exclamé... ¡No existe nada, salvo los pensamientos!, el Universo está compuesto de impresiones, ideas, placeres y penas... Yo entonces estaba ya completamente intoxicado... Parecía un ser sublime, recién creado y superior al resto de los mortales...».

Davy y Coleridge también intercambiaron sus impresiones acerca de la naturaleza del dolor y la posibilidad de utilizar una anestesia basada en gases para las operaciones quirúrgicas. Más adelante, Coleridge asistiría a las clases de química que impartía su amigo, y afirmaría entusiasmado: «Fui a las clases de Davy para aumentar mi repertorio de metáforas... Todo lo que Davy alberga en su mente tiene el principio de la Vitalidad. Sus pensamientos están vivos y brotan en su mente como si fuera hierba bajo sus pies...». Al propio Davy le planteó una conexión crucial: «la ciencia, desarrollada necesariamente con la pasión de la esperanza, era *poética*».

Esto me llevó a interesarme en la biografía de Davy y, más en general, en las relaciones entre la ciencia y la literatura. Por primera vez, empecé a plantearme de qué manera una biografía científica puede diferir de una biografía literaria. En concreto, dentro de mi propio ámbito de la literatura romántica, la conexión entre Coleridge y Davy me hizo preguntarme por qué los poetas y los escritores del periodo romántico se nos han presentado siempre como hostiles a la ciencia. ¿Acaso hemos importado, sin saberlo, las ideas del siglo xx sobre la célebre división entre las «Dos Culturas» y las hemos proyectado sobre la biografía romántica? ¿Existió alguna vez, de hecho, algo parecido a la ciencia romántica, y una nueva y vital forma de biografía asociada a ella? Esto es lo que comencé a explorar en mi siguiente libro, *La edad de los prodigios*.

La página izquierda de mi cuaderno se llenó de preguntas y especulaciones, muchas de ellas bastante ingenuas. ¿Tuvieron los científicos de la época romántica («los hombres de las batas blancas») vidas emocionalmente tan intensas como las de los poetas y, en tal caso, qué tipo de escritos podrían atestiguarlo? Era verosímil pensar que la biografía científica debía tratar menos del talento individual y más del trabajo en equipo y del impacto social del descubrimiento. Esto podía requerir una biografía más grupal y de una idea del «efecto dominó» de la ciencia extendido sobre toda una comunidad.

También suscitaba la acuciante pregunta –relativa a figuras como la astrónoma Caroline Herschel, la novelista Mary Shelley y la matemática Mary Somerville– de por qué las mujeres habían sido excluidas de la ciencia, y no de la literatura, donde sí habían conseguido establecerse.

De modo que, a partir de un reducido estudio inicial sobre Coleridge y Davy, *La edad de los prodigios* (2009)⁶, creció hasta convertirse en la biografía de una generación entera, incluyendo a más de sesenta escritores y científicos, así como el momento preciso en el que en realidad emergieron la palabra y el concepto de «científico», en 1833.

Posteriormente, he llegado a pensar que la combinación de los dos grandes modos de descubrimiento humano –la literatura imaginativa y la ciencia– se ha convertido en uno de los temas más urgentes para estudiar y entender por parte de la biografía moderna; en mi opinión, esto es especialmente así en Gran Bretaña y Estados Unidos. Podría decirse que, si queremos salvar nuestro mundo, debemos entenderlo tanto científica como imaginativamente.

A menudo me viene a la cabeza una cosa que en cierta ocasión dijo Sylvia Plath: «Si el poema es algo concentrado, un puño cerrado, la novela es en cambio relajada y expansiva, una mano abierta». Esto me lleva a suponer que la biografía es a su vez una cosa distinta: «un apretón de manos». Un apretón de manos a través del tiempo, pero también entre culturas, entre creencias, entre disciplinas, entre géneros y entre formas de vida. Es un simple acto de compleja amistad.

También existe una manera de mantener abierto el cuaderno del biógrafo por las dos páginas de la misteriosa y eterna pregunta: *¿Cómo fue realmente esta vida humana y qué significa para nosotros en la actualidad?* En este sentido, la biografía no es meramente un modo de investigación histórica. Es un acto de fe imaginativa. Esto es lo que yo creo; de hecho, con la mano puesta sobre mi cuaderno de Black n' Red, lo juro.

⁶ *The Age of Wonder: How the Romantic Generation Discovered the Beauty and Terror of Science*. London, HarperCollins, 2008.

¿Y CÓMO ACABAR? LA BIOGRAFÍA DE UN PERSONAJE VIVO¹

Hermione Lee
Universidad de Oxford

En el verano de 2019, le pregunté a Stoppard, cuando terminó la obra, si escribirla había servido para aplacar las emociones que contenía. «No», me respondió.

Esa fue la última de muchas conversaciones que mantuve con él a lo largo de varios años, desde que me pidió que escribiera su biografía. En nuestra primera conversación, le pregunté cuál era el primer recuerdo que guardaba en su memoria, y así es como comienza este libro. La pregunta constituye una de las bromas de la obra *Rosencrantz y Guildenstern han muerto* («¿Cuál es tu primer recuerdo de todos?», «Nada, desapareció. Fue hace mucho tiempo»). Por entonces yo no sabía que en *Leopoldstadt*, más de cincuenta años después de *Rosencrantz*, la pregunta se repetiría, pero esta vez con un significado profundamente serio: «Entonces, ¿cuál es tu primer recuerdo, Leo?».

Mientras yo he estado escribiendo sobre Stoppard, su vida, y sus sentimientos respecto su propia vida, han ido cambiando. Me dijo que imaginaba que mi proceso de escribir su biografía era como llevar vidas paralelas. Él estaría viviendo su vida y yo estaría escribiendo sobre ella, y de vez en

¹ Este texto forma parte de su biografía escrita en inglés: Lee, Hermione, *Tom Stoppard: A Life*. London, Faber & Faber, 2020. Se corresponde con una parte del último capítulo titulado «A Charmed Life» (que aquí hemos retitulado). Agradecemos a su autora y también a su editorial el permiso para reproducir este fragmento traducido al español por Victoria Gordo del Rey. (N. del E.).

cuando las dos líneas se entrecruzarían. Y, en efecto, ha sido exactamente así. Mientras yo he estado trabajando en sus archivos, hablando con personas que le conocen y escribiendo este libro, él ha continuado viviendo su vida como Tom Stoppard. De vez en cuando, hemos ido coincidiendo y manteniéndonos al día mediante alguna conversación, sala de ensayo, apariciones públicas o fiestas a las que él asistía y, en ocasiones, compartiendo estrado con él en Londres, Oxford o Nueva York. En estos actos, él bromea conmigo sobre el tema de la biografía. En una de estas ocasiones, antes de que yo formulara mi primera pregunta, se dirigió al público y dijo: «¿Conocen al escritor que dijo que la biografía añade un nuevo terror al de la muerte? Bueno, pues aquí le tienen»².

Quienquiera que escriba una biografía de Stoppard debería saber que la biografía siempre ha despertado en él sentimientos encontrados³. En su trabajo es bastante frecuente encontrarse con comentarios como los que la Sra. Swan le hacía al biógrafo en ciernes, Sr. Pike, en la obra *Indian Ink*: «La biografía es la peor excusa posible para confundir a la gente». Uno de los placeres de *Arcadia* es el merecido castigo de Bernard, codicioso y mentiroso sabueso de la biografía, de quien se dice: me da igual que el señor basurero me menosprecie. En *La invención del amor*, se cita creativamente a Oscar Wilde con este epigrama: «La biografía es la red por la que se escapa nuestra vida real». También es Wilde quien dice (aunque por boca de Stoppard): «Solo son hechos. La verdad es otra cosa muy distinta, es obra de la imaginación». A menudo, en sus charlas, ha comparado las ventajas relativas de la ficción biográfica o de las obras de teatro biográficas con la biografía y la historia, ha insistido en otras vías para llegar a «la verdad de una persona» aparte de los meros hechos y ha sugerido que la relación entre los hechos históricos y la verdad puede ser más inestable que la que existe entre esta y la ficción. Pese a todos estos sentimientos encontrados, ha sido paciente, accesible y generoso con su biógrafa. Yo le transmito lo que Beckett le dijo a su primer biógrafo: «No ayudaré, pero tampoco pondré dificultades». En general, Stoppard ha ayudado y no ha puesto dificultades. Pero su mensaje en estos casos es: «Se supone que yo no tengo que ayudarte, esto lo haces tú *sola*».

² Tom Stoppard y Hermione Lee, entrevista pública en 92nd Street, febrero de 2018.

³ Tom Stoppard, Conferencia en la London Library, 29 de octubre de 1997; también «Live Theatre and dead people», Chalke Valley History Festival, 30 de junio de 2013. Tom Stoppard, entrevista con Hermione Lee, 14 de octubre de 2017.

Ha habido momentos en los que claramente ha lamentado haber puesto en marcha este libro y habría preferido que yo no le formulara preguntas personales sobre él o sus amigos, o que leyerá su archivo, o le preguntara sobre su pasado. No por ser un personaje público y claramente visible deja de ser también un hombre con su vida privada, reservado, tímido y vergonzoso, que quiere protegerse a sí mismo y a su familia. Algunas veces se ha sentido desconcertado por todo el proceso y por las preguntas que yo le hacía. «No creo que esto pueda serte útil, ¿no?», me ha preguntado a menudo en medio de una conversación. Pero también le intriga mucho el funcionamiento del proceso. En cierta ocasión dijo que debía de ser algo así como elaborar un mapa del servicio estatal de cartografía, un plano de una casa y un mapa del mundo a la vez.

Si yo hubiera tratado de hacer un mapa que contuviera todo su mundo, y hablar con todas las personas que ha conocido o con las que ha trabajado, habría pasado muchos más años entrevistando a la mayor parte de la profesión teatral, periodística y literaria. Fuera de lo que son sus amigos, familia y más estrechos colaboradores, he tenido que seleccionar nada más que una muestra representativa. No obstante, a partir de las más de un centenar de entrevistas realizadas, el nivel de consistencia respecto a su persona es muy notable. En el mundo del espectáculo, que no está precisamente libre de rencores, su reputación es excepcionalmente buena. Los chismorreos maliciosos no parecen afectarle, tal vez porque para empezar él no participa en ellos. La sensación general es de un profundo sentimiento de amor, respeto y admiración hacia él por parte de todo el mundo, incluso en los casos en que podrían existir diferencias políticas o envidias.

A menudo he pedido a las personas entrevistadas que le definieran con tres palabras, y estas ha sido las respuestas: polímata, inteligente, inspirador, apasionado, riguroso, empático, conservador con «c» minúscula, irresistible, solidario, ingenioso, curioso, abierto, amable, considerado, seductor, abrumador, racional, centrado, estimulante, valiente, cariñoso. Un escenógrafo escogió estas: «un pelo precioso». Las más frecuentes, con diferencia, han sido: leal, amable, considerado, glamuroso, generoso e inteligente. Casi nadie, curiosamente, responde «divertido», pese a que lo es. Tampoco nadie dice cruel, orgulloso, egoísta o desatento. Las personas que así me lo describen son sinceras: es lo que realmente piensan de él. Pero también saben que él leerá sus opiniones acerca de su persona en este libro, y quieren halagarle. Cuando de hecho ha leído este libro, no ha dejado de repetirme algo que ya me había comentado antes a menudo: que es bueno aparentando amabilidad, pero que no es tan amable como la gente cree.

No obstante, también tiene sus cosas. Un joven dramaturgo, que le adora pero que le ha observado con ojos críticos, añadió a estos adjetivos: «Y un poco malvado». Una gran dama de este mundo del teatro, vieja amiga suya, me dijo: «No te dejes seducir por sus encantos». Un director teatral señaló que utilizaba su cortesía para obtener lo que quería de la gente. Una mujer que ha trabajado frecuentemente con él señala que no se deja influir cuando quiere hacer algo a su manera. «Solitario» y «reservado» son adjetivos frecuentes. Muchas personas que le conocen han dicho no estar seguros de saber bien cómo es. No saben quiénes son sus amigos íntimos y ni siquiera están seguros de que los tenga. Un autor teatral dijo: «Le conozco hace cuarenta y cinco años y no le conozco en absoluto». Otro, que después de muchos años no sabe decir si es amigo suyo o no, le califica de esquivo, contradictorio y difícil de ubicar. Otro más le describió como en perfecta y glacial soledad, un solitario: «De vez en cuando echa el cierre, y uno ya sabe lo que hay que hacer». Bastantes personas dicen que tiene una coraza de acero. Un director (haciéndose eco de la opinión de Spielberg, que le calificó de «intratable») afirma que, profesionalmente, hace siempre solo lo que quiere hacer; no trata de adaptarse a las expectativas de los demás. Pero en todas estas conversaciones, tengo la impresión de que a la gente le *importa* él, percibe que Stoppard tiene una relevancia histórica, que será recordado, y que ha marcado un hito en nuestra cultura. Un famoso escritor, que le quiere entrañablemente, dijo: «Es una de las personas más importantes del mundo».

Uno de los placeres, y a la vez desafíos, de escribir la biografía de una persona viva es que la vida cambia a medida que tú escribes sobre ella. Existe además el problema del cierre. Stoppard a veces hace bromas macabras sobre la necesidad de proporcionarme una buena escena final. Pero esta dificultad también ilustra perfectamente el final abierto de las biografías. No existe una biografía «definitiva» o concluyente. La dificultad de encontrar un final es un poco como el problema que surgió en *Shakespeare in love*. Will y Lady Viola no podían alejarse juntos hacia la puesta de sol, considerando los detalles de la historia. Stoppard incorporó brillantemente el problema al guion. «¿Cómo va a acabar esto?», dice el furioso y desconcertado Lord Wessex a la reina Isabel. Y ella responde, con descarnado y triste realismo, que terminará como muchas otras historias de amor: «con lágrimas y un viaje».

¿Cómo va a acabar esta? No se puede terminar la biografía de una persona viva. Tampoco se puede contar nunca toda la historia. No es solo que los procesos de la biografía –recopilar, dar forma y seleccionar– sean bastante

diferentes de cómo una persona vive realmente su vida; es que fuera y más allá de la escritura, está la presencia física de la persona, el sonido de su voz, su mirada, el efecto que causa en una habitación, su «aura», el impacto de su personalidad, las emociones que despierta, su magnetismo, su encanto, su opacidad, sus silencios y sus misterios: las cosas que no te ha contado y que nunca sabrás de ella.

Uno intenta todo lo posible dar vida a la persona en sus páginas, en el escenario que construye con la palabra escrita. Pero al final, esta persona, Tom Stoppard, se desvanecerá en la oscuridad, y todas esas cosas que le hicieron la persona que fue se desvanecerán con él. Vivirá en su obra: le encontraremos allí, como él siempre ha querido que sea. Una vez desaparecido, pasa a ser de sus admiradores. Su vida se convierte en la obra que deja atrás, y en las historias, leyendas, anécdotas y versiones de él que dan otras personas, entre las cuales se cuenta este libro. Lo que yo he tratado de captar no será más que un aspecto de él. La relación de la vida escrita con la vida vivida no puede ser otra cosa que parcial.

El problema del biógrafo me recuerda una historia que Stoppard ha contado a menudo, cuando habla de obras y de dramaturgos, sobre una representación al aire libre de *La tempestad*, junto a un lago de los jardines de una facultad de Oxford, a finales de la década de 1950⁴. Él utiliza este ejemplo para explicar uno de sus temas favoritos: que lo que el escritor aporta al teatro solamente es una pequeña parte de lo que ocurre cuando llega el momento de la representación en vivo. La magia del teatro puede crearse a través de muchas otras cosas aparte de las palabras. Con modestia, a través de paradojas y humor, este mago y pragmatista del teatro, este maestro del idioma – Próspero y Ariel en una sola persona – nos dice que las palabras solamente son una parte del misterio. Así es cómo él cuenta la historia; y aquí es donde nuestros caminos deben separarse.

Cuando llegó el momento en que Ariel tenía que salir de escena, se dio la vuelta y empezó a correr por el escenario, alejándose del público. El escenario era una pradera, una pradera que daba a un lago. Corrió por la hierba y llegó hasta la orilla del lago, y siguió corriendo, porque el director había tenido la previsión de poner una pasarela de tablones justo bajo la superficie del agua. Imaginemos la escena: está atardeciendo, ya se ha encendido gran

⁴ Delaney, Paul (ed.), *Tom Stoppard in Conversation*. Michigan, University of Michigan Press, 1994, p. 200. Revisado por Tom Stoppard en entrevista con Hermione Lee, 1 de noviembre de 2019.

parte de la iluminación artificial y al fondo, en la penumbra, está el lago. Y Ariel dice sus últimas palabras, se da la vuelta y corre hasta el borde del agua, y sigue corriendo, chop, chop, chop, por medio del lago, hasta que le envuelve la oscuridad y solo se oyen sus pasos chapoteando en el agua y luego su figura se pierde de vista. Y en ese momento, desde la otra orilla, se enciende un cohete pirotécnico que sube zumbando al cielo y explota en miles de chispas. Las chispas se van apagando una a una y Ariel ya no está. Es imposible escribir algo tan bueno. Si miras el texto, solo dice «Sale Ariel».

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA POR CAPÍTULOS

«LA VIDA Y LA VOCACIÓN», ANNA CABALLÉ

- BURDIEL, Isabel, «La dama de blanco. Notas sobre la biografía histórica», en Burdiel, Isabel y Pérez Ledesma, Manuel (coords.), *Liberales, agitadores y conspiradores: biografías heterodoxas del siglo XIX*. Madrid, Espasa-Calpé, 2000, pp. 17-48.
- CABALLÉ, Anna, Sobre la vida y obra de Paulino Masip. Barcelona, Ediciones del Mall, 1987.
- , *Narcisos de tinta. Ensayo sobre la literatura autobiográfica en España (siglos XIX y XX)*. Madrid, Megazul, 1995.
- EDEL, Leon, *Writing Lives: Principia Biographica*. New York, W.W. Norton, 1984.
- GRAMSCI, Antonio, *Cultura y literatura*. Barcelona, Península, 1977.
- ORTEGA Y GASSET, José, *El hombre y la gente*. Madrid, Ediciones Revista de Occidente, 1957.

«EL DESAFÍO BIOGRÁFICO», MANUEL ALBERCA

- BOURDIEU, Pierre, *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona, Anagrama, 1997.
- BOSWELL, James, *Vida de Samuel Johnson*. Barcelona, Acantilado, 2007.
- BOWEN, Catherine Drinker, *Biography: The Craft and the Calling*. Toronto, Atlantic, 1968.
- CASTILLA DEL PINO, Carlos, *Temas. Hombre, cultura, sociedad*. Barcelona, Península, 1989.
- COLERIDGE, Samuel Taylor, *Biographia Literaria*. Barcelona, Labor, 1975.
- COHN, Dorrit, *Le prope de la fiction*. Paris, Seuil/Poétique, 2001.
- DOSSE, François, *La apuesta biográfica. Escribir una vida*. Valencia, PPV, 2007.
- EDEL, Leon, *Vidas ajenas. Principio Biographica*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1990.

- FERRAROTTI, Franco, «Sobre la autonomía del método biográfico», en Marinas, José Miguel y Santamaría, Cristina (ed.), *La historia oral: métodos y experiencias*. Madrid, Debate, 1993, p. 121-128.
- GINZBURG, Carlo, *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*. Barcelona, Muchnik Editores, 1981.
- JARNÉS, Benjamín, *Sor Patrocinio. La monja de las llagas*. Madrid, Espasa-Calpe, 1929/1936.
- KENDALL, Paul Murray, *The art of biography*. New York, Norton & Co., 1985.
- LEJEUNE, Pierre, *Je est un autre*. París, Seuil, 1980.
- MAUROIS, André, *Aspectos de la biografía*. Barcelona, Plaza y Janés, 1974.
- NICOLSON, Harold, *The Development of English Biography*. London, The Hogarth Press, 1928.
- PEREIRA, Alexander, «Notas para jugar con la ilusión biográfica y no perderse en el intento», *Revista científica Guillermo de Ockam*, nº 9, 2011, pp. 105-122.
- SERRANO ASEÑO, Enrique, *Vidas oblicuas: aspectos teóricos de la nueva biografía en España (1928-1936)*. Zaragoza, PUZ, 2002.
- WHITE, Hayden, *El texto histórico como artefacto literario*. Barcelona, Paidós, 2003.
- WOOLF, Virginia, «La nueva biografía», *Memoria. Revista de estudios biográficos*, nº 3, 2007, pp. 194-198.

«COMPRENDER LA BIOGRAFÍA: EL GÉNERO Y SUS ARQUETIPOS», BIRGITTE POSSING

- AUSTER, Paul, *The Book of Illusions*. Nueva York: Henry Holt and Company, 2002.
- BANNER, Lois W., «Biography as History», *AHR*, vol. 114, nº3, 2009, pp. 579-586.
- BILLESKOV JANSEN, Frederik, «Review of Theodor Alred Müller's book Den unge Ludvig Holberg, 1684-1722», *History Tidsskrift*, nº 1, 1944, pp. 487-493.
- CAINE, Barbara, *Biography and History (Theory and History)*. London, Palgrave Macmillan, 2010.
- CARLYLE, Thomas, *On Heroes, Hero-Worship, and the Heroic in History*. London, James Fraser, 1841.
- DION, Robert y REGARD, Frédéric, *Les nouvelles écritures biographiques. La bigorne écrivain dans les reformatations contemporaines*. Lyon, ENS Éditions, 2013.
- FLEMING, Robin, «Writing Biography on the Edge of History», *AHR*, vol. 114, nº 3, 2009, pp. 606-615.
- GRIFFIN, Nicolas (ed.), *The Selected Letters of Bertrand Russell*, vol. 2. New York, Routledge, 2001.
- HAMILTON, Nigel, *Biography. A Brief History*. Cambridge, Harvard University Press, 2007.

- KEATS-ROHAN, Katharine (ed.), *Prosopography. Approaches and Applications: A Handbook*. Oxford, Prosopographica et Genealogica, 2007.
- KESSLER-HARRIS, Alice, «Why Biography?», *AHR*, vol. 114, n° 3, 2009, pp. 625-631.
- , *A Difficult Woman: The Challenging Life and Times of Lilliam Hellman*. New York, Bloomsbury Press, 2012.
- KLEIN, Christopher (ed.), *Handbuch Biographie. Methoden. Theorien. Traditionen*. Stuttgart/Weimar, Verlag J.B. Metzler, 2009.
- LEVI, Giovanni, «Les usages de la biographie», *Annales. Economies, Sociétés, Civilisations*, vol. 44, n° 6, 1989, pp. 1325-1336.
- LEVY, Paul, «A string quartet in four movements», *The Guardian*, 20 de julio de 2002.
- LYOTARD, Jean-Francois, *La condition postmodern: rapport sur le savoir*. Paris, Les Editions Minuit, 1979.
- MARGADANT, Jo Burr (ed.), *The New Biography: Performing Femininity in Nineteenth-Century France*. Berkeley, University of California Press, 2000.
- MONTAIGNE, Michel de, «Of the Inconsistency of our Actions», en *Essays of Montaigne*. New York, Edwin C. Hill, 1910.
- NASAW, David, «Historians and Biography», *American Historical Review*, v. 114, n° 2, 2009, pp. 573-578.
- NICOLSON, Nigel y TRAUTMANN, Joanne (eds.), *Leave the Letters Till We're Dead. The Letters of Virginia Woolf. Vol. VI: 1936-1941*. London, The Hogarth Press, 1980.
- PLEKHANOV, G.V., *The Role of the Individual in History*. Moscú, Foreign Languages Publishing House, 1946.
- POSSING, Birgitte, «The Historical Biography», en VV.AA., *Encyclopedia of Social and Behavioral Sciences*. Oxford, Elsevier, 2001.
- , «The Historical Biography», en VV.AA., *Encyclopedia of Social and Behavioral Sciences. Vol. 2*. Oxford, Elsevier, 2015.
- , *Understanding Biographies. On Biographies in History and Stories in Biography*. Odense, University Press of Southern Denmark, 2017.
- ROLLYSON, Carl, *Essays in Biography*. New York, iUniverse, 2005.
- ROSE, Phyllis, *Parallel Lives: Five Victorian Marriages*. New York, Alfred A. Knopf, 1983.
- ROSENGREN, Henrik y ÖSTLING, Johan (eds.), *Med livet som insats. Biografen som humanistisk genre*. Lund, Sekel Bokförlag, 2007.
- STRACHEY, Lytton, *Eminent Victorians*, London, Chatto & Windus, 1918.
- STONE, Lawrence, «Prosopography», *Daedalus*, vol. 100, n° 1, 1971, pp. 46-79.
- TUCHMAN, Barbara W., *The Proud Tower. A Portrait of the World Before the War, 1890-1914*. New York, Bantam Books, 1966.

- WEINBERG, Steve, «Biography: The Bastard Child of Academe», *Chronicle of Higher Education*, vol. 54, n° 35, 2008, pp. B15-B17.
- WERGELAND, Jonas, *The Seducer*. London, Arcadia Books, 2005.
- WOOLF, Virginia, «The Art of Biography», *Collected Essays*, vol. 4. London, Hogarth Press, 1939.
- ÅKERMAN, Sune, AMBJÖRNSSON, Ronny y RINGBY, Pär (eds.), *Att skriva människan. Essäer om biografien som livshistoria och vetenskaplig genre*. Stockholm, Carlssons Bokförlag, 1997.

«PANORAMA BIOGRÁFICO EN ESPAÑA», MARÍA JESÚS GONZÁLEZ

- ALBERCA, Manuel, *Maestras de vida: Biografías y bioficciones*. Madrid, Pálido Fuego, 2021.
- BOLUFER, Mónica, «Multitudes del yo: biografía e historia de las mujeres», *Ayer*, n° 93, 2014, pp. 85-116.
- BORDERÍAS, Cristina, «Subjetividad y cambio social en las historias de vida de las mujeres: notas sobre el método biográfico», *Arenal*, vol. 4, n° 2, 1997, pp. 177-195.
- BURDIEL, Isabel, «La dama de blanco. Notas sobre la biografía histórica», en Burdiel, Isabel y Pérez Ledesma, Manuel (coords.), *Liberales, agitadores y conspiradores: biografías heterodoxas del siglo XIX*. Madrid, Espasa-Calpé, 2000, pp. 17-48.
- BURDIEL, Isabel y FOSTER, Roy (eds), *La historia biográfica en Europa. Nuevas perspectivas*. Zaragoza, Instituto Fernando el Católico, 2015.
- CABALLÉ, Anna, «Mujer y biografía», entrevista *Letras Libres*, 13 de febrero de 2015.
- , *El saber biográfico. Reflexiones de taller*. Madrid, Nobel, 2021.
- CASASSAS, Jordi, «La biografía histórica a Catalunya contemporània (notes sense ànim d'exhaustivitat)», *Cercles: revista d'història cultural*, n° 10 2007, pp. 102-113.
- DAVIS, James C. y BURDIEL, Isabel, *El otro, el mismo: Biografía y Autobiografía en Europa, (siglos XVII-XX)*. Valencia, PUV, 2005.
- Entrevista a Santos Juliá y Jordi Gracia en *Letras Libres*, 13 de febrero de 2015.
- ESPINÓS, Joaquim, MAESTRE, Antoni y MARCILLAS, Isabel (coords.), *La biografía a examen*. Barcelona, Publicacions de l'Aabardia de Montserrat, 2015.
- FUENTES, Juan Francisco, «La biografía como experiencia historiográfica», *Cercles: revista d'història cultural*, n° 10, 2007, pp. 37-56, esp. p. 41.
- GALLEGO, Henar y BOLUFER, Mónica (coords.), *¿Y ahora qué?: nuevos usos del género biográfico*. Barcelona, Icaria, 2016.
- GHANIME, Albert, «Reflexiones y datos sobre la biografía histórica en España (personajes contemporáneos)», *Cercles: revista d'història cultural*, n° 10, 2007, pp. 114-144.

- GIBSON, Ian, «Biografías para qué y cómo», en Casas, José Luis y Durán, Francisco (coords.), *II Congreso sobre el republicanismo en la Historia de España. Historia y Biografía*. Córdoba, Patronato Niceto Alcalá-Zamora y Torres, 2003 pp. 231-248.
- GONZÁLEZ, María Jesús, «Biography in Spain: a historical and historiographical perspective», en Renders, Hans y Veltman, David (eds.), *Different lives. Global perspectives in Biographies in Public Cultures and Societies*. Leiden/Boston, Editorial Brill, 2020, pp. 69-85.
- , «Raymond Carr: La biografía de un historiador», en Burdiel, Isabel y Foster, Roy (eds.), *La historia biográfica en Europa: nuevas perspectivas*. Zaragoza, Instituto Fernando el Católico, 2015, pp. 491-518.
- HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena, «La escritura biográfica», *Cercles*, nº 10, 2007, pp. 10-25.
- HIGUERAS, Eduardo, PÉREZ, Rubén y VADILLO, Julián (coords.), *Activistas, militantes y propagandistas. Biografías en los márgenes de la cultura republicana (1868-1978)*. Sevilla, Athenaica, 2018.
- LEDESMA, José Luis, «El Diccionario Biográfico Español, el pasado y los historiadores», *Ayer*, nº 88, 2012, pp. 247-265.
- MARTÍNEZ, Pascual, *Escritores y editores en la Restauración canovista 1875-1923*. Madrid, Ediciones de la Torre, 1994.
- MIQUEO, Consuelo y BALLESTER, Rosa (eds.), «Biografías médicas, una reflexión historiográfica», *Asclepio*, vol. 57, nº 1, 2005.
- MORALES MOYA, Antonio, «Biografía y Narración en la historiografía actual», en VV.AA., *Problemas actuales de historia. Terceras Jornadas de Estudios Históricos*. Salamanca, Universidad de Salamanca, 1993, pp. 229-257.
- , «En torno al auge de la biografía», *Revista de Occidente*, nº 74-75, 1987, pp. 61-76.
- NICOLSON, Harold, *The development of English Biography*. London, The Hogarth Press, 1928.
- PRESTON, Paul, «Los biógrafos de Franco» en González, María Jesús y Ugarte, Javier (eds.): *Juan Pablo Fusi. El historiador y su tiempo*. Madrid, Taurus, 2015, pp. 113-124.
- PULIDO, Manuel, *Plutarco de moda. La biografía Moderna en España, 1900-1950*. Extremadura, Universidad de Extremadura, 2009.
- RUÍZ TORRES, Pedro, «Las repercusiones de los cambios culturales de la modernidad en el modo de pensar la biografía», *Ayer*, nº 93, 2014, pp. 19-46.
- SANTESMASES, María Jesús, CABRÉ, Montserrat y ORTIZ, Teresa, «Feminismos biográficos: aportaciones desde la historia de la ciencia», *Arenal*, vol. 24, nº 2, 2017, pp. 379-404.
- SHUBERT, Adrian, «What do historians really think about biography?», *Letras de Hoje*, vol. 53, nº 2, 2018, pp. 196-202.

- SOLDEVILLA, Llorenç, «Seixanta anys de biografisme català (1953-2013). Aproximació y repertori», en Balaguer, Enric, Francés, María Jesús y Vidal, Vicent (eds.), *Aproximació a l'altre Biografies, semblances i retrats*. Barcelona, Jon Benjamin, 2015, pp. 61-74.
- TAVERA, Susana, «Trayectorias individuales y memoria colectiva. Biografías de género», *Arenal*, vol. XXI, nº 2, 2005, pp. 211-307.
- TREGLOWN, Jeremy, «Franco's Friends», *Times Literary Supplement*, 30 de marzo de 2012.
- URQUIJO, Mikel, «Prosopografía parlamentaria a partir de la biografía colectiva: algunas reflexiones metodológicas», en Agirreazkuenaga, Joseba y Alonso, Eduardo José (eds.), *Estatu-Nazioen Baitako Nazioak. Naziogintza Kulturala Eta Politikoa, Gaur Egungo European*. Barcelona, Editorial Base, 2014, pp. 57-63.
- VEIGA, Xosé Ramón, «Individuo sociedad e historia. Reflexiones sobre el retorno de la biografía», *Studia Histórica, Historia Contemporánea*, nº 13-14, 1995, pp. 131-147.

**«AVANCES Y DESAFÍOS EN LA BIOGRAFÍA ARGENTINA. DEL NACIONALISMO
METODOLÓGICO A LA MIRADA TRANSNACIONAL», MIRANDA LIDA**

- ALTAMIRANO, Carlos (comp.), *Historia de los intelectuales en América Latina. Vol. II: Los avatares de la ciudad letrada en el siglo XX*. Buenos Aires, Katz, 2010.
- AMARO, Lorena y DARRIGRANDI, Claudia (coords.), «Rostros de la biografía latinoamericana», *Literatura y lingüística*, nº 36, 2017.
- BRAGONI, Beatriz (comp.), *Microanálisis. Ensayo de historiografía argentina*. Buenos Aires, Prometeo, 2004.
- BRUNO, Paula, *Pioneros culturales de la Argentina. Biografías de una época*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2011.
- (coord.), «Biografía e historia. Reflexiones y perspectivas», *Anuario IEHS*, nº 27, 2012.
- , «Biografía e historia de los intelectuales. Balance y reflexiones sobre la vida cultural argentina entre 1860 y 1910», *Literatura y lingüística*, nº 36, 2017, pp. 19-36.
- , «Biografía, historia biográfica, biografía-problema», *Prismas. Revista de historia intelectual*, nº 20, 2016, pp. 267-272.
- CATTARUZZA, Alejandro, *Los usos del pasado. La historia y la política argentina en discusión*. Buenos Aires, Sudamericana, 2012.
- CONRAD, Sebastian, *What is Global History?* Princeton, Princeton University Press, 2017.
- DEVOTO, Fernando, *Historiadores, ensayistas y gran público. La historiografía argentina 1990-2010*. Buenos Aires, Biblos, 2010.

- DI PASQUALE, Mariano y SUMMO, Marcelo (eds.), *Trayectorias singulares, voces plurales. Intelectuales en Argentina, siglo XIX y XX*. Buenos Aires, EDUNTREF, 2015.
- FONTANA, Patricio, *Vidas americanas. Usos de la biografía en Domingo Faustino Sarmiento, Juan Bautista Alberdi y Juan María Gutiérrez*. Tesis doctoral dirigida por Cristina Iglesia. Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 2013.
- (coord.), «Usos de la biografía en la historia política. Argentina y Cuba». Disponible en: <https://historiapolitica.com/dossiers/biografia-xix/>
- GLÜCK, Mario, *La nación imaginada desde una ciudad. Las ideas políticas de Juan Álvarez*. Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2015.
- KRAUZE, Enrique, *Biografía del poder. De Francisco I. Madero a Lázaro Cárdenas*. México, Tusquets, 2013.
- LIDA, Miranda, *Años dorados de la cultura argentina. Los hermanos María Rosa y Raimundo Lida*. Buenos Aires, Eudeba, 2014.
- , *Amado Alonso en la Argentina. Una historia global del Instituto de Filología*. Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2019.
- MILANO, Adriana, «El género biográfico y sus aportaciones recientes: el impacto en la historiografía argentina reciente», *Historiografías*, n° 6, 2013, pp. 53-76.
- NAVARRO, Marysa, *Women in Latin America and the Caribbean: Restoring Women to History*. Bloomington, Indiana University Press, 1999.
- REMEDY, Fernando, «El retorno a la democracia y el oficio del historiador en América Latina. El caso de la Argentina en los años ochenta», *Diálogos*, vol. 14, n° 1, 2010, pp. 83-110.
- ROMERO, Luis Alberto, «La historiografía argentina en la democracia: los problemas de la construcción de un campo profesional», *Entrepasados*, n° 10, 1996, pp. 91-106.
- SÁBATO, Hilda, «Formas de hacer historia: cavilaciones de una historiadora participante, 1984-2020», *Estudios*, n° 45, 2020, pp. 15-38.
- SZURMUK, Mónica, «Rutas transnacionales de la biografía: Alberto Gerchunoff», *Anuario IEHS*, n° 27, 2012, pp. 181-196.

«BIOGRÁFICA BRITANIA», MARÍA JESÚS GONZÁLEZ

- BACKSHEIDE, Paula, *Reflections on Biography*. London, Oxford University Press, 1999.
- BENTON, Michael, *Literary biography an introduction*. Hoboken, Wiley-Blackwell, 2009.
- BERGHAHN, Volker y LÄSSIG, Simone (eds.), *Biography between. Structure and Agency*. United States, Berghahn Books, 2008.
- BOSTRIDGE, Mark (ed.), *Lives for Sale: Biographers' Tales*. London/New York, Continuum, 2004.
- CAINE, Barbara, *Biography and History (Theory and History)*. London, Palgrave Macmillan, 2010.

- CHERKASOV, Valerij Anatoljevich, «Crisis of Biographical Methodology in Russian Science and Criticism of 1920-1930», *World Applied Sciences Journal*, vol. 27, n° 1, 2013, pp. 66-69.
- DELORY-MOMBERGER, Christine, «Experiencia y formación: Biografización, biograficidad y heterobiografía», *RMIE*, vol. 19, n° 62, 2014, pp. 695-710.
- ELLIS, David, *Literary Lives: Biography and the Search for Understanding*. New York, Routledge, 2000.
- GAY, Peter, *The Bourgeois Experience: Victoria to Freud*. New York, Oxford University Press, 1984.
- GONZÁLEZ, María Jesús, «God save the Queen». *Consideraciones en torno a la biografía en Gran Bretaña*, *Letras de Hoje*, vol. 53, n° 12, 2018, p. 255-265.
- HAMILTON, Ian, *Keepers of the Flame: Literary Estates and the Rise of Biography*. London, Faber & Faber, 1994.
- HOLROYD, Michael, «Our friends the dead», en *The Guardian*, 1 de junio de 2002.
- , *Works on Paper: The Craft of Biography and Autobiography*. Berkeley, Counterpoint Press, 2002.
- HUGHES, Kathryn, «Death of Life-Writing», *The Guardian*, 28 de junio de 2008.
- LEE, Hermione, *Body parts. Essays on Life Writing*. London, Chatto & Windus, 2005.
- , *Biography: A Very Short Introduction*. New York, Oxford University Press, 2009.
- MEISTER, Daniel R., «The biographical turn and the case for historical biography», *History Compass*, vol. 16, n° 1, 2018.
- MONK, Ray, «Life without Theory: Biography as Exemplar of Philosophical understanding», *Poetics Today*, n° 28 (3), 2007, pp. 527-570.
- MORGAN, Kevin, «Comparative Communist History and the 'Biographical Turn'», *History Compass*, vol. 10, n° 6, 2012, pp. 455-466.
- NICOLSON, Harold, *The Development of English Biography*. London, The Hogarth Press, 1928.
- PELICIER, Yves, «La biographie et ses tensions», *Diogene* n° 139, 1987, pp. 89-95.
- PINNA, Giovanna, «Biographical Turn? sobre el retorno de la biografía como método historiográfico», en Oncina, Faustino (coord.), *Tradición e innovación en la historia intelectual: Métodos historiográficos*. Coves, Métodos Historiográficos, 2013, pp. 189-199.
- POSSING, Birgitte, *Understanding Biographies. On Biographies in History and Stories in Biography*. Odense, University Press of Southern Denmark, 2017.
- PUJADAS, Joan J., «El método biográfico y los géneros de la memoria», *Revista de Antropología Social*, n° 9, 2000, pp. 127-158.
- RAK, Julie, *Boom! Manufacturing Memoir for the Popular Market*. Ontario, Wilfrid Laurier University Press, 2014.

- RENDERS, Hans y DE HAAN, Binne (eds.), *Theoretical discussions of Biography. Approaches from history, miccrohistory and Life Writing*. Leiden, Brill, 2014.
- RENDERS, Hans, DE HAAN, Binne y HARMSMA, Jonne (eds.), *The Biographical Turn: Lives in history*. New York, Routledge, 2017.
- SAUNDERS, Max, *Self Impression: Life-Writing, Autobiografiction, and the Forms of Modern Literature*. New York, Oxford University Press, 2010.
- TAYLOR, D.J., «The decline and fall of political biography», *The Independent*, 29 de marzo de 2014.
- TRIDGELL, Susan, *Understanding ourselves. The Dangerous art of Biography*. Berlin, Peter Lang, 2004.
- WENGRAF, Tom, CHAMBERLAYNE, Prue y BORNAT, Joanna, *The Turn to Biographical Methods in Social Sciences*. London, Verso, 2000.

**«UNA VIDA EN TRANSICIÓN. ESCRIBIENDO LA BIOGRAFÍA DE ALFONSO OSORIO»,
ADRIÁN MAGALDI**

- AGIRREAZKUENAGA, Joseba y URQUIJO, Miguel, «Desafíos de la biografía en la historia contemporánea», *Cercles: revista d'història cultural*, nº 10, 2007, pp. 57-81.
- BOURDIEU, Pierre, «La ilusión biográfica», *Acta Sociológica*, nº 56, 2011, pp. 121-126.
- BURDIEL, Isabel, «Historia política y biografía: más allá de las fronteras», *Ayer*, nº 93, 2014, pp. 47-83.
- CABALLÉ, Anna, «Biografía y autobiografía: convergencias y divergencias entre ambos generos» en Colin, David J. y Burdiel, Isabel (coords.), *El otro, el mismo: biografía y autobiografía en Europa (siglos XVII-XX)*. Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2005, pp. 49-62.
- , «¿Cómo se escribe una biografía?», *Rúbrica contemporánea*, nº 1(2), 2012, pp. 39-45.
- CAGIGAS, Yolanda, «The Personal Archives of the Spanish Democratic Transition Presidents and Ministers (November 1975/October 1982)», *Atlanti*, nº 24, 2014, pp. 149-162.
- DOSSE, François, *La apuesta biográfica. Escribir una vida*. Valencia, PPV, 2007.
- GHANIME, Albert, «Reflexiones y datos sobre la biografía histórica en España (personajes contemporáneos)», *Cercles: revista d'història cultural*, nº 10, 2007, pp. 114-144.
- GILLIES, Midge, *Writing Lives: Literary Biography*. Cambridge, Cambridge University Press, 2009.
- GÓMEZ-NAVARRO, José Luis, «En torno a la biografía histórica», *Historia y política: ideas, procesos y movimientos sociales*, nº 13, 2005, pp. 7-26.

- GONZÁLEZ, María Jesús, «Raymond Carr: la biografía de un historiador», en Burdiel, Isabel y Foster, Roy (eds.), *La historia biográfica en Europa: nuevas perspectivas*. Zaragoza, Instituto Fernando el Católico, 2015, pp. 491-518.
- , «Biography in Spain: a Historical and Historiographic Perspective», en Renders, Hans y Veltman, David (eds.), *Different Lives: global perspectives on biography in public cultures and societies*. Leiden/Boston, Editorial Brill, 2020, pp. 69-85.
- GONZÁLEZ DE ANDRÉS, Enrique, «Los estudios sobre las transiciones políticas. Una mirada crítica», *Historia Actual Online*, n° 40, 2016, pp. 163-177.
- KESSLER-HARRIS, Alice, «Why Biography?», *The American Historical Review*, vol. 114, n° 3, 2009, pp. 625-630.
- MAGALDI, Adrián, «El caleidoscopio autobiográfico. Las diversas visiones de la Transición desde la memorialística política», en Dubosquet, Françoise y Valcárcel, Carmen (eds.), *Memoria(s) en transición: voces y miradas sobre la Transición española*. Madrid, Visor, 2018, pp. 205-220.
- , «A través de los recuerdos. Las diferentes visiones de la Transición desde la memorialística política», *Investigaciones históricas. Época moderna y contemporánea*, n° 38, 2018, pp. 479-506.
- , «Consideraciones sobre la biografía y la Transición democrática: un balance historiográfico», *Historia Actual Online*, n° 55, 2021, pp. 149-160.
- , *Alfonso Osorio. Una biografía política (1923-2018)*. Tesis doctoral dirigida por María Jesús González, Santander, Universidad de Cantabria, 2021.
- , *El arte de perder. Alfonso Osorio, una biografía en transición*, Madrid, CEPC, 2022.
- MANIS, Jerome, «What Should Biographers Tell?: The Ethics of Telling Lives», *Biography*, vol. 17, n° 4, 1994, pp. 386-395.
- MEISTER, Daniel, «The Biographical Turn and the Case for Historical Biography», *History Compass*, n° 16(2), 2018.
- NASAW, David, «Historians and Biography», *American Historical Review*, vol. 114, n° 2, 2009, pp. 573-578.
- OSORIO, Alfonso, *Trayectoria política de un ministro de la Corona*. Barcelona, Planeta, 1980.
- , *De orilla a orilla*. Barcelona, Plaza y Janés, 2000.
- PARKE, Catherine, *Biography: Writing Lives*. Nueva York, Routledge, 1996.
- WOOLF, Virginia, *El arte de la biografía*. Barcelona, Seix Barral, 2016.

«DESAHUCIADAS DE LA HISTORIA: CONSTANCIA DE LA MORA, ISABEL ÁLVAREZ DE TOLEDO Y MARÍA LUISA ELÍO», SOLEDAD FOX MAURA

ÁLVAREZ DE TOLEDO, Isabel, *Palomares (Memoria)*. Madrid, UNED, 2001.

- DE LA MORA, Constanca, *In Place of Splendour: The Biography of a Spanish Woman*. London, Clapton Press, 2021.
- ELÍO, María Luisa, *Tiempo de Llorar y otros relatos*. Madrid, Turner, 2002.
- , *Tiempo de Llorar: Obra Reunida*. Sevilla, Editorial Renacimiento, 2021.
- FOX MAURA, Soledad, *Constancia de la Mora: Esplendor y sombra de una vida española del siglo XX*. Sevilla, Editorial Renacimiento, 2008.
- , *Connie*. Sevilla, Editorial Renacimiento, 2017.

«LAS HISTORIADORAS Y SU (AUTO)BIOGRAFÍA. LA ESCRITURA POLIFÓNICA DE CAROLYN STEEDMAN», JAUME AURELL

- AURELL, Jaume, *Theoretical Perspectives on Historians' Autobiographies: From Documentation to Intervention*. London, Routledge, 2016.
- , «Rethinking the Historical Genres in the Twenty-First Century», *Rethinking History*, n° 19, 2015, pp. 1-13.
- , *Authoring the Past. History, Autobiography, and Politics in Medieval Catalonia*. Chicago, The University of Chicago Press, 2012.
- BAKHTIN, Mikhail M., *Dialogic Imagination: Four Essays*. Austin, University of Texas Press, 1981.
- BARTHES, Roland, «Death of the Author», en *Barthes, Image-Music-Text*. New York, Hill and Wang, 1977, pp. 142-148.
- BRIGGS, Asa, *Special Relationships. People and Places*. London, Frontline Books, 2012.
- BUSS, Helen M., *Repossessing the World: Reading Memoirs by Contemporary Women*. Waterloo, Wilfrid Laurier University Press, 2002.
- CONWAY, Jill K., *True North: A Memoir*. New York, Alfred A. Knopf, 1994.
- , «Points of Departure» en Zinsser, William (ed.), *Inventing the Truth: the Art and Craft of Memoir*. Boston, Houghton Mifflin, 1995, pp. 41-59.
- , *When Memory Speaks: Exploring the Art of Autobiography*. New York, Vintage Books, 1999.
- DAVIS, Natalie Z., *A Life of Learning*. New York, American Council of Learned Societies Occasional Paper, n° 39, 1997.
- DAVIS, Rocio G., «Academic Autobiography as Women's History: Jill Ker Conway's *True North* and Leila Ahmed's *A Border Passage*», *Rethinking History*, n° 13.1, 2009, pp. 109-123.
- , «Introduction: Academic Autobiography and/in the Discourses of History», *Rethinking History* 13, 2009, pp. 1-4.
- EIRE, Carlos, *Waiting for Snow in Havana: Confessions of a Cuban Boy*. New York, Free Press, 2003.

- ELEY, Geoff, *A Crooked Line: from Cultural History to the History of Society*. Ann Arbor, University of Michigan Press, 2005.
- ELLIOTT, John H., *History in the Making*. New Haven, Yale University Press, 2012.
- FITZPATRICK, Sheila, *My Father's Daughter: Memories of an Australian Childhood*. Carlton, Melbourne University Press, 2010.
- , «Can You Write a History of Yourself? Thoughts of a Historian Turned Memoirist», *Griffith Review* (Brisbane), nº 33, 2011, pp. 1-7.
- , *A Spy in the Archives: A Memoir of Cold War Russia*. London, I.B. Tauris, 2013.
- FOUCAULT, Michel, «What is an Author», en Rabinow, Paul (ed.), *The Foucault Reader*. New York, Pantheon Books, 1984, pp. 101-120.
- KAPLAN, Alice. *French Lessons. A Memoir*. Chicago, The University of Chicago Press, 1993.
- KRIEGLER, Annie, *Ce que j'ai cru comprendre*. Paris, Lafont, 1991.
- LEJEUNE, Philippe, *Le pacte autobiographique*. París, Seuil, 1997.
- LERNER, Gerda, *Fireweed. A Political Autobiography*. Philadelphia, Temple University Press, 2002.
- , *Living with History/Making Social Change*. Chapel Hill, The University of Carolina Press, 2009.
- LUKACS, John, *The Future of History*. New Haven, Yale University Press, 2011.
- MILLER, Nancy K, «Public Statements, Private Lives: Academic Memoirs for the Nineties», *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, nº 22, 1997, pp. 981-1015.
- NEUMAN, Shirley, *Autobiography and Questions of Gender*. London, Frank Cass, 1991.
- , «Autobiography: From Different Poetics to a Poetics of Difference», en Marlene Kadar (ed.), *Essays on Life Writing: From Genre to Critical Practice*. Toronto, University of Toronto Press, 1992, pp. 213-30.
- PASSERINI, Luisa, *Autobiography of a Generation*. Hanover, Wesleyan University Press, 1996.
- POPKIN, Jeremy D., *History, Historians & Autobiography*. Chicago, The University of Chicago Press, 2005.
- , «Historians on the Autobiographical Frontier», *American Historical Review*, nº 104, 1999, pp. 725-748.
- ROSENSTONE, Robert A., *The Man Who Swam into History: The (Mostly) True Story of my Jewish Family*. Austin, University of Texas Press, 2005.
- ROUDINESCO, Elisabeth, *Généalogies*. Paris, Fayard, 1994.
- ROWBOTHAM, Sheila, *Threads through Time: Writings on History and Autobiography*. London, Penguin Books, 1999.

- SPIEGEL, Gabrielle M., «France for Belgium,» en Downs, Laura Lee y Gerson, Stéphane (eds.), *Why France?: American Historians Reflect on an Enduring Fascination*. Ithaca, Cornell University Press, 2007, pp. 89-98.
- STEEDMAN, Carolyn, *Landscape for a Good Woman: a Story of Two Lives*. New Brunswick, Rutgers University Press, 1986.
- , «History and Autobiography: different pasts», en Steedman, Carolyn, *Past Tenses: Essays on Writing, Autobiography and History*. London, Rivers Oram Press, 1992, pp. 41-50.

«ISAIAH BERLIN Y SUS ESPEJOS», MARÍA JESÚS GONZÁLEZ

- ANDERSON, Perry, «Components of the National Culture», *New Left Review*, julio/agosto 1968.
- BERLIN, Isaiah, *Karl Marx: his life and environment*. London, Thornton Butterworth, 1939.
- , «Benjamin Disraeli, Karl Marx, and the Search for Identity», *Transactions & Miscellanies (Jewish Historical Society of England)*, vol. 22, 1968-1969, pp. 1-20.
- , *Pensadores rusos*. México, Fondo de Cultura Económica, 1978.
- , *Contra la Corriente, ensayos de Historia de las Ideas*. Madrid, F.C.E. de España, 1992.
- , *La traición de la libertad: Seis enemigos de la libertad humana*. Madrid, F.C.E. de España, 1992.
- , *El mago del Norte, J.G.Hamman y el origen del irracionalismo moderno*. Madrid, Tecnos, 1997.
- , *Vico y Herder*. Madrid, Cátedra, 2000.
- , *Personal Impressions*. Oxford, Princeton University Press, 2014.
- , *Lo singular y lo plural, conversaciones con Steven Lukes*. Madrid, Página Indómita, 2018.
- CAUTE, David, *Isaac and Isaiah: The Covert Punishment of a Cold War Heretic*. New Haven/London, Yale University Press, 2013.
- CHERNISS, Joshua L., *A Mind and its Time: The Development of Isaiah Berlin's Political Thought*, Oxford, Oxford University Press, 2013.
- CHERNISS, Joshua (ed.), *The Cambridge Companion to Isaiah Berlin*. Cambridge, Cambridge University Press, 2018.
- DELLA CASA, Alessandro, *Isaiah Berlin. La vita e il pensiero*. Roma, Rubbettino, 2018.
- DUBNOV, Arie, *Isaiah Berlin: The Journey of a Jewish Liberal*. New York, Palgrave Macmillan, 2012.
- HARDY, Henry (ed.), *The Book of Isaiah*. Oxford, Oxford University Press, 2009.

- (ed.), *Flourishing Letters 1928-1946*. London, Pimlico, 2011.
- , *In search of Isaiah Berlin. A literary adventure*. London/New York, I.B. Tauris, 2019.
- HARDY, Henry y HOLMES, Jennifer (eds.): *Enlightening Letters, 1946-1960*. London, Chatto & Windus, 2009.
- HARDY, Henry y POTTLE, Mark (eds.), *Building. Letters 1960-1975*. London, Chatto & Windus, 2016.
- , *Affirming Letters 1975-1997*. London, Random House, 2017.
- IGNATIEFF, Michael, *Isaiah Berlin*. Madrid, Taurus, 1998.
- JAHANBEGLOO, Ramin, *Conversations with Isaiah Berlin*. London, Halban Publisher, 1992.
- LILLA, Mark, «Isaiah Berlin Against the Current», *New York Review of Books*, 25 de abril de 2013.
- RYAN, Alan, «Isaiah Berlin: The history of ideas as psychodrama», *European Journal of Political Theory*, nº 12(1), pp. 61-73.

«POST SCRIPTUM. DESVELANDO A FRANCISCO UMBRAL», ANNA CABALLÉ

- CABALLÉ, Anna, *Francisco Umbral. El frío de una vida*. Madrid, Espasa, 2004.
- , «Los horizontes epistemológicos de la biografía», *Letras de Hoje*, vol. 53, nº 2, 2018, pp. 203-211.
- LEJEUNE, Philippe y BOGAERT, Catherine, *Le journal intime. Histoire et anthologie*. París, Textuel, 2006.

«LAS AVENTURAS DE UN PINTOR DE ALMAS», MIGUEL DALMAU

- DALMAU, Miguel, *Yo, Wilde*. Barcelona, Planeta, 1994.
- , *Los Goytisolo*. Barcelona, Anagrama, 1999.
- , *La balada de Oscar Wilde*. Barcelona, Planeta, 2000.
- , *Jaime Gil de Biedma. Retrato de un poeta*. Barcelona, Circe, 2004.
- , *Julio Cortázar. El cronopio fugitivo*. Barcelona, Edhasa, 2015.
- , *Concha García Campoy. La gran ilusión*. Madrid, Plaza y Janés, 2018.
- , *Pasolini. El último profeta*. Barcelona, Tusquets, 2022.

«RETRATANDO A UN COMUNISTA. JORGE SEMPRÚN: EXILIO, CLANDESTINIDAD Y DEMOCRACIA», FELIPE NIETO

NIETO, Felipe, *La aventura comunista de Jorge Semprún. Exilio, clandestinidad y ruptura*. Barcelona, Tusquets, 2014.

REDONDO, Francisco Xavier, «Verdades incómodas, memoria selectiva. Semprún/Federico Sánchez y las certezas innombrables», *Conversación sobre la Historia*, 2021.

SEMPRÚN, Jorge, *Teatro completo*, Sevilla, Renacimiento, 2021.

«VIVIENDO CON MI PERSONAJE: EL DOCTOR JOHNSON, HUGH TREVOR-ROPER, JOHN LE CARRÉ Y YO», ADAM SISMAN

GONZÁLEZ, María Jesús, «Hugh Trevor-Roper el historiador beligerante», *Revista de Occidente*, n° 371, 2012, pp. 3-33.

LE CARRÉ, John, *The Pigeon Tunnel: Stories from My Life*. London, Penguin, 2016.

SISMAN, Adam, *A.J.P. Taylor: A Biography*. London, Sinclair-Stevenson, 1994.

—, *Presuntuoso afán. Así escribió James Boswell vida de Samuel Johnson*. Barcelona, Belacqua, 2008.

—, *Hugh Trevor-Roper: The Biography*. London, Weidenfeld & Nicolson, 2010.

—, *John Le Carré*. London, Bloomsbury, 2015.

TAYLOR, A.J.P., *Bismarck: The Man and the Statesman*. London, Hamish Hamilton, 1955.

—, *Beaverbrook: A Biography*. London, Hamish Hamilton, 1972.

—, *Letters to Eva*. London, Century, 1991.

«CÓMO HE CONSTRUIDO MIS BIOGRAFÍAS», J. BENITO FERNÁNDEZ

FERNÁNDEZ, J. Benito, *El contorno del abismo. Vida y leyenda de Leopoldo María Panero*. Barcelona, Tusquets, 1999.

—, *Eduardo Haro Ibars: los pasos del caído*. Barcelona, Anagrama, 2005.

—, *El incógnito Rafael Sánchez Ferlosio. Apuntes para una biografía*. Madrid, Árdora, 2017.

«ENTRE EL DISTANCIAMIENTO Y LA FAMILIARIDAD: ESCRIBIENDO LA BIOGRAFÍA DE UN LÍDER DEL APARTHEID EN SUDÁFRICA», LINDIE KOORTS

DLAMINI, Jacob, *Askari: A Story of Collaboration and Betrayal in the Anti-Apartheid Struggle*. Johannesburg, Jacana, 2014.

- JANSEN, Anemari, *Eugene de Kock: Assassin for the State*. Ciudad del Cabo, Tafelberg, 2015.
- KOORTS, Lindie, *D.F. Malan and the Rise of Afrikaner Nationalism*. Ciudad del Cabo, Tafelberg, 2014.
- , *D.F. Malan en die opkoms van Afrikaner-nasionalisme*. Ciudad del Cabo, Tafelberg, 2014.
- , «Palatable and Unpalatable Leaders: Apartheid and Post-apartheid Afrikaner biography», en Renders, Hans, de Haan, Binne y Harmsma, Jonne (eds.), *The Biographical Turn: Lives in history*. New York, Routledge, 2017, pp. 157-172.
- , «Human symbols: The biographical pursuit and the language of symbolism in contemporary South Africa» en Van Walraven, Klaas (ed.), *The Individual in African History: The Importance of Biography in African Historical Studies*. Leiden: Brill, 2020, pp. 53-69.
- KROG, Antjie, *Country of My Skull*. London, Vintage, 1999.
- MOODIE, T. Dunbar, *The Rise of Afrikanerdom: Power, Apartheid and the Afrikaner Civil Religion*. Berkeley, University of California Press, 1975.
- STEINBERG, Jonny, *A Man of Good Hope*. Johannesburgo, Jonathan Ball, 2014.

«ESCRIBIR BIOGRAFÍA EN IRÁN CON LOS DESAFÍOS DEL IDIOMA Y LA CENSURA: ¿POSIBLE O IMPOSIBLE?», SAHAR VAHDATI HOSSEINIAN

- RENDER, Hans y HAMILTON, Nigel, *The ABC of Modern Biography*. Amsterdam, Amsterdam University Press, 2018. (Sahar Vahdati, traductora).
- VAHDATI HOSSEINIAN, Sahar, *Chehreh-ha*. Tabriz, Akhtar Press, 2011.
- , «Hidden and Forbidden Issues in Works of Iranian Biography», en Renders, Hans y Veltman, David (eds.), *Different Lives. Global Perspectives on Biography in Public Cultures and Societies*. Leiden/Boston, Editorial Brill, 2020, pp. 139-147.

«LA HISTORIA DE ESPAÑA A TRAVÉS DE SUS BIOGRAFÍAS. MEMORIAS DE UN BIÓGRAFO», PAUL PRESTON

- PRESTON, Paul, *La destrucción de la democracia en España: reforma, reacción y revolución en la segunda República*, Madrid, Turner, 1978.
- , *Franco. Caudillo de España*. Madrid, Círculo de Lectores, 1994.
- , *Las tres Españas del 36*. Barcelona, Plaza & Janés, 1998.
- , *Palomas de guerra*. Barcelona, Plaza & Janés, 2001.
- , *Juan Carlos: el Rey de un pueblo*. Madrid, Círculo de Lectores, 2003.
- , *Idealistas bajo las balas*. Barcelona, Debate, 2007.

- , *El zorro rojo. La vida de Santiago Carrillo*. Barcelona, Debate, 2013.
- , *El final de la guerra. La última puñalada a la República*, Barcelona, Debate, 2015.
- , *Arquitectos del terror. Franco y los artífices del odio*. Barcelona, Debate, 2021.

«EL VIAJE Y LA BÚSQUEDA», RICHARD HOLMES

- HOLMES, Richard, *Footstep. Adventures of a Romantic Biographer*. London, Harper Perennial, 1985.
- , *Sidetracks: Explorations of a Romantic Biographer*. London/New York, Harper Press, 2000.
- , *This Long Pursuit: Reflections of a Romantic Biographer*. London, HarperCollins, 2016.

«¿Y CÓMO ACABAR? LA BIOGRAFÍA DE UN PERSONAJE VIVO», HERMIONE LEE

- DELANEY, Paul (ed.), *Tom Stoppard in Conversation*. Michigan, University of Michigan Press, 1994.
- LEE, Hermione, *Tom Stoppard: A Life*. London, Faber & Faber, 2020.

AUTORES Y TRADUCTORA

Manuel Alberca. Filólogo, profesor de Literatura Española en la Universidad de Málaga y profesor invitado de universidades europeas y americanas. Ha escrito las biografías *Valle-Inclán, la fiebre del estilo* (2002) y *La espada y la palabra. Vida de Valle-Inclán* (2015), con la que ganó el XXVII premio de Biografías, marqués de Comillas. Ha ejercido la crítica literaria en *Cuadernos hispanoamericanos*, *Letras Libres*, *Revista de Occidente*, *Clarín*, *El Mundo* y *The Objective*. Como investigador ha participado, entre otros, en los proyectos de la Unidad de Estudios Biográficos de la Universidad de Barcelona (1992-2015). Es autor de un centenar de trabajos sobre la literatura auto/biográfica, entre los que cabe destacar los libros *La escritura invisible. Testimonios sobre el diario íntimo* (2000), *El pacto ambiguo. De la novela autobiográfica a la autoficción* (2007) y *La máscara o la vida. De la autoficción a la antificción* (2017). En su último libro, *Maestras de vida. Biografías y bioficciones* (2021) aborda los problemas, dilemas y demás contradicciones del género biográfico a partir de la experiencia biográfica propia y ajena.

Jaume Aurell. Historiador medievalista. Es profesor en la Universidad de Navarra, director del *Instituto Empresa y Humanismo* y Co-Investigador Principal del grupo «Religión y Sociedad Civil» del ICS de la misma universidad. Forma parte del Consejo Editorial de la revista *Rethinking History*. Su labor historiográfica es muy reconocida en el ámbito internacional y, más específicamente, su análisis de las conexiones entre los géneros históricos y autobiográficos: *Theoretical Perspectives on Historians' Autobiographies: From Documentation to Intervention* (2016). Otras de sus líneas de investigación se refieren a la historiografía medieval, *Authoring the Past. History, Autobiography, and Politics in Medieval Catalonia* (2012), y los estudios sobre las coronaciones reales, *Medieval Self-Coronations: The History and Symbolism of a Ritual* (2020). Es también relevante su labor ensayística, bien reconocida en libros como *Elogio de la Edad Media. De Constantino a Leonardo* (2021),

Genealogía de Occidente: Claves Históricas del Mundo Actual (2017), *La escritura de la memoria. De los positivismos a los postmodernismos* (2017) y *La historiografía medieval. Entre la historia y la literatura* (2016).

Anna Caballé. Filóloga, biógrafa y crítica literaria, es profesora en la Universidad de Barcelona. Es creadora y responsable de la Unidad de Estudios Biográficos (UB). Expresidenta de la Asociación sobre Género y Cultura Clásicas y Modernas (2017-2021). Ha sido presidenta honoraria de la Biography Society y es vicepresidenta de la Fundación Tom Sharpe. Ha recibido diversos y prestigiosos premios por su obra biográfica, como el Premio Gaziel 2009 de Biografías y Memorias por su obra *Una mujer en fuga. Biografía de Carmen Laforet*, o el Premio Manuel Alvar de Estudios Humanísticos 2015 por el libro *Pasé la mañana escribiendo. Poéticas del diarismo español*. En 2019 obtuvo el Premio Nacional de Historia por su obra *Concepción Arenal. La caminante y su sombra* (2018) y en 2020 recibió el Premio Internacional de Ensayo Jovellanos por su obra *El saber biográfico. Reflexiones de taller* (Ediciones Nobel, 2021). Ha publicado numerosas monografías, capítulos de libros y artículos en revistas especializadas o en prensa. Además de los ya mencionados, destacan *Sobre la vida y obra de Paulino Masip* (1987), *Narcisos de tinta. Ensayo sobre la autobiografía en lengua castellana* (1939-1975) (1995) o *Francisco Umbral. El frío de una vida* (2004).

Miguel Dalmau. Biógrafo, articulista y autor de novelas. Entre sus obras figuran *La grieta* (1997), *La noche del diablo* (2009) y *El reloj de Hitler* (2008), ganadora del XV Premio de Novela Breve Juan March Cencillo. Se ha centrado, fundamentalmente, en la vida de escritores y poetas de relieve internacional: *Los Goytisolo* (1999), finalista del Premio Anagrama de Ensayo XXVII, *La balada de Oscar Wilde* (2000), *Jaime Gil de Biedma* (2004), que fue llevada al cine, o *Julio Cortázar* (2015). Asimismo ha indagado en la intimidad femenina en el ensayo *El ocaso del pudor* (2012). Su última obra, *Pasolini, el último profeta*, inspirada en la vida del escritor y cineasta italiano, ha sido galardonada con el XXXIV Premio Comillas de Biografía 2022.

J. Benito Fernández. Biógrafo y periodista. Ha trabajado en prensa, radio y televisión. Es autor de biografías de algunos de los escritores y poetas más significativos de la época de la Transición: *Vida y leyenda de Leopoldo María Panero* (Tusquets, 1999), *Eduardo Haro Ibars: los pasos del caído* (Anagrama, 2005), *El incógnito Rafael Sánchez Ferlosio* (Árdora, 2017), así como de la doble semblanza *Gide/Barthes. Cuaderno de niebla* (Montesinos, 2011). Sus obras han recibido una acogida unánime de la crítica y excelentes reseñas de especialistas. Ha impartido conferencias sobre sus personajes claves en

diversos congresos, encuentros o ámbitos académicos. Ha sido finalista del premio Anagrama 2005. En la actualidad, el autor está a la espera de que vea la luz la biografía de Juan Benet, trabajo al que dedicado siete años de su vida.

Soledad Fox Maura. Filóloga y profesora de Literatura Española y Comparada en Williams College (Massachusetts). Tuvo la beca Senior Research Fellow de la Fulbright Scholar Program y ha sido Investigadora Visitante en el Departamento de Historia Moderna y Contemporánea del Instituto de Historia, Centro de Humanidades del CSIC. Además de publicar artículos, reseñas, y capítulos en libros colectivos desde hace veinte años, sus obras principales han sido traducidas a varios idiomas. Es autora de *Ida y vuelta, la biografía de Jorge Semprún* (2016), *Connie. Biografía de Constancia de la Mora* (2017), y del estudio literario *Flaubert y el Quijote* (2021). También ha preparado las ediciones de *Mi cárcel* de Isabel Álvarez de Toledo (2020) y *Tiempo de Llorar. Obra Reunida* de María Luisa Elío (2021) ambas publicadas por la Editorial Renacimiento. Su investigación actual se centra en la biografía, las memorias, y la literatura del exilio. En el 2020 publicó su primera novela, *Madrid Again*, con la Editorial Arcade.

María Jesús González. Historiadora, profesora en la Universidad de Cantabria. Especialista en historia política de la España del siglo xx y Gran Bretaña (liberalismo y sufragismo) y biografía. Su monografía *El universo conservador de Antonio Maura* (1997) fue finalista de los Premios Nacional de Ensayo y del de Historia en 1998. Su biografía *Raymond Carr, la curiosidad del zorro. Una biografía* (2010) fue finalista del Premio Nacional de Historia 2011; su traducción al inglés *Raymond Carr the curiosity of the fox* (2013) ha sido finalista del Elizabeth Longford Prize of Historical Biography. Es la única autora española que ha escrito una voz biográfica en el *Oxford Dictionary of National Biography* (2019). Destacan sus reflexiones sobre biografías de intelectuales como Trevor-Roper y Arthur Koestler (*Revista de Occidente* y *Revista de libros*). Es miembro de la Biography Society. Ha publicado también en revistas especializadas como *Letras de Hoje* y *Journal of Historical Biography* y en libros colectivos, recientemente: «Biography in Spain: a historical and historiographical perspective», en *Different lives. Global perspectives on Biographies in Public Cultures and Societies* (2020). En la actualidad está escribiendo la biografía de Isaiah Berlin.

Richard Holmes. Biógrafo británico. Miembro de la British Academy y de la Royal Society of Literature, recibió la Order of British Empire en 1992. Es Doctor Honoris Causa por la Universidad de East Anglia, donde ha ejercido como profesor de estudios biográficos. Su primer libro *Shelley: The Pursuit*,

(1974), ganó el premio Somerset Maugham. El primer volumen de su biografía sobre S.T. Coleridge, *Coleridge: Early Visions*, (1989) ganó el prestigioso galardón Whitbread Book of the Year. *Dr Johnson & Mr Savage* (1993), fue premiado con el Tait Black Memorial Prize. El segundo volumen *Coleridge: Darker Reflections*, (1998) ganó el Duff Cooper Prize, el Heinemann Award y fue finalista del Samuel Johnson Prize. También ha escrito originales libros de reflexión y exploración metodológica biográfica como *Footsteps* (traducido al español como «Huellas») y *Sidetracks: Explorations of a Romantic Biographer* (2000). Sus obras más recientes son biografías colectivas como *The Age of Wonder* (2008). *Falling Upwards: How We Took to the Air* (2013), *This Long Pursuit*, HarperCollins, (2016). Colabora con artículos en varias revistas especializadas como la *New York Review of Books* y es editor de biografías clásicas.

Lindie Koorts. Historiadora y biógrafa sudafricana, investigadora en la University of the Free State, Bloemfontein, Sudáfrica. Ha estado asociada a las Universidades de Johannesburgo y Stellenbosch y Pretoria. Ha sido visitante en el Biography Institute de la Universidad de Groningen. Se le ha otorgado una Newton Advanced Fellowship de la British Academy para desarrollar su trabajo sobre biografías y redes biográficas del Apartheid. Es autora de la biografía *D.F. Malan and the Rise of Afrikaner Nationalism* (2014), la primera biografía posterior a 1994 de un dirigente del apartheid que abordaba el nacionalismo Afrikaaner. El libro fue publicado en tres idiomas y finalista de diversos premios como el *Sunday Times* Alan Paton Award y el premio KykNET Rapport, ambos para obras de no ficción. Posteriormente, ha publicado números capítulos sobre la historiografía de la biografía sudafricana en la época del apartheid y post apartheid. En particular, ha analizado el papel de la biografía en el discurso público y como barómetro del clima político. Escribe una columna mensual para *Netwerk24*, contribuye regularmente a los debates públicos y colabora en documentales históricos sobre Sudáfrica, Reino Unido y Holanda.

Hermione Lee. Biógrafa y crítica literaria británica. Profesora emérita de la Universidad de Oxford. Desde 1998 hasta 2008 ha ostentado la cátedra Goldsmith de Literatura en Oxford y, desde 2008 hasta 2018, ha sido Presidenta de Wolfson College. Es miembro de la British Academy y de la Royal Society of Literature, y miembro extranjero honorario de la American Academy of Arts and Sciences. En 2003 recibió el título honorífico de Commander of the British Empire y en 2013 fue nombrada Dame por servicios a la academia literaria. En 2018 obtuvo el Biographers' Club Prize por su

contribución excepcional a la biografía. En 2020, fue galardonada con el premio BIO (Biographers International Organization). Entre sus obras destacan las biografías de *Virginia Woolf* (1996), *Elizabeth Bowen* (1999) *Edith Wharton* (2006) y *Penelope Fitzgerald* (2013), ganadora del James Tait Black Prize for Biography 2014. También ha escrito múltiples artículos y reseñas, así como un ensayo sobre biografía *Very Short Introduction to Biography* (2009), y una colección de ensayos, *Body Parts. Essays on Life-Writing* (2005). Su última biografía es *Tom Stoppard, a life* (2019).

Miranda Lida. Historiadora, profesora e investigadora argentina. Doctora en Historia por la Universidad Torcuato Di Tella de Buenos Aires, en la actualidad es profesora en el Departamento de Humanidades de la Universidad de San Andrés, Argentina. Ha enseñado también en la Universidad Torcuato Di Tella, en la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad Católica Argentina. Ha sido profesora invitada por la Universidad de Cantabria en el marco de la cátedra Eulalio Ferrer y ha dictado cursos en la Universidad Nacional de Tres de Febrero y la Universidad Nacional de Mar del Plata. Es especialista en temas de historia argentina de la primera mitad del siglo xx, desde una perspectiva de historia social, cultural y política. Entre sus libros destacan: *Amado Alonso en la Argentina. Una historia global del Instituto de Filología* (2019) por el que ha obtenido el Premio de la Academia Nacional de la Historia a las Obras publicadas 2018-2020, Academia Nacional de la Historia (Argentina), *La revista Criterio y el siglo xx argentino* (2019); *Historia del catolicismo en la Argentina. Entre el siglo xix y el xx* (2015) y *Monseñor Miguel de Andrea (1877-1960). Obispo y hombre de mundo* (2013).

Adrián Magaldi. Historiador y doctor con mención internacional en historia contemporánea por la Universidad de Cantabria. Sus investigaciones se han dirigido hacia las reflexiones sobre el género biográfico y autobiográfico en España, fundamentalmente en el periodo de la Transición, así como a la historia política del franquismo y la transición democrática española. Sobre dichos temas ha publicado diversos artículos, capítulos de libro y reseñas, y ha participado en numerosos congresos celebrados en España, Francia y Reino Unido. Ha formado parte del equipo de trabajo del proyecto internacional de biografía: *La razón biográfica: biografías y narraciones autobiográficas en la investigación histórica y literaria del siglo xx europeo. Estudios de caso y reflexión teórica* (HAR2017-82500-P). Ha sido investigador visitante en la *London School of Economics*. En 2021 recibió el Premio de Investigación Histórica Javier Tusell. Es autor de *El arte de perder. Alfonso Osorio, una biografía en transición* (2022).

Felipe Nieto. Historiador, ha sido profesor de Geografía e Historia en Bachillerato y profesor de *Historia del Mundo Actual* en la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED). De sus investigaciones sobre el exilio español, la historia del comunismo y la oposición política de los intelectuales durante el franquismo, proceden estudios como *La constitución de la organización comunista de los intelectuales, Madrid, 1953-1954* (2008), *Derrota, éxodo y dispersión de los comunistas españoles* (2011) y *Refugiados comunistas en México: El caso de Luis Azcárate, militante de la JSU, 1940-1947* (2014). En torno a la figura de Jorge Semprún ha publicado *La aventura comunista de Jorge Semprún. Exilio, clandestinidad y crisis* (2014), (XXVI Premio Comillas de Historia y Memorias), y *Jorge Semprún y la Guerra Civil. Historia y memoria* (2018). Con Manuel Aznar Soler ha editado *Teatro Completo de Jorge Semprún* (2021). Asimismo, ha escrito las biografías de Jorge Semprún, José María Semprún Gurrea y Fernando Claudín para el *Diccionario Biográfico Español* de la Real Academia de la Historia (2013 y 2018).

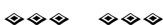
Birgitte Possing. Historiadora y biógrafa danesa. Profesora emérita de la Universidad de Copenhague, Dinamarca. Durante dos décadas ha sido una de las biógrafas internacionales más valoradas. Ha sido Archivera Jefa de la Royal Library, Directora de Investigación en el National Museum, y Directora del Danish Institute for Advanced Studies in the Humanities. Desde 2005 hasta 2018 fue Professor of Comparative Cultural Studies en la Universidad de Copenhague y los National Archives. En la actualidad es profesora emerita. Es autora de libros de historia y biografías sobre iconos culturales nacionales en la historia de Escandinavia como *Viljens Styrke. Natalie Zable. En biografi* (1992 y 1997), *Zable. Awaking the Promise of the Soul* (2001) o *Uden Omsvøb. Et portræt af Bodil Koch* (2007). También ha publicado varias biografías históricas cortas en diversas series de personalidades culturales, políticas y pedagógicas, así como artículos metodológicos, teóricos y pedagógicos sobre el género biográfico. Fue co-editora del *National Dictionary on Outstanding Danish Women* (2000-2001). Publicó las voces sobre «Historical Biography» en el *International Encyclopedia on Social and Behavioral Sciences* (2001 y 2015). Ha participado, además, en AA.VV., *Biography, Gender and History: Nordic Perspectives* (2016), *Understanding Biographies. On Biographies in History and Stories in Biography* (2017) y *Arguments against Women from the Childhood of Democracy till Today* (2018). Ha sido premiada por sus publicaciones con el *Weekendavisen Literature Prize*, el *Kraka Prize*, *The Ejnar Hansen Research Prize*, el *Annual Non-Fiction Prize*, el *Holberg Medal*, y el *Rosenkjær Prize*.

Paul Preston. Historiador británico especialista en la Historia de España del siglo xx y biógrafo, profesor de la London, School of Economics and Political Science, Londres. Ha ostentado la Cátedra Príncipe de Asturias en el *Cañada Blanch Centre for Contemporary Spanish Studies* en la *London School of Economics* hasta 2020. En el año 2000 fue galardonado por la reina de Inglaterra con la distinción de *Commander of the Order of the British Empire* y en 2018 fue nombrado Caballero del Reino por sus servicios a las relaciones entre España y el Reino Unido. Entre otras muchas distinciones, ha logrado el Premio Internacional Ramon Llull (2005), la cátedra Marcel Proust (concedida en la Academia Europea de Yuste en 2006), el título de Caballero Gran Cruz de la Orden de Isabel la Católica (2007) y el Premio Pompeu Fabra (2012). Al margen de su abundante obra sociopolítica, entre sus biografías individuales o colectivas figuran *Franco «Caudillo de España»* (1994), *Las tres Españas del 36* (1998), *Palomas de guerra* (2001), *Juan Carlos. El Rey de un pueblo* (2003), *Idealistas bajo las balas* (2007), *El zorro rojo. Una biografía de Santiago Carrillo* (2013) y *Arquitectos del terror* (2021).

Adam Sisman. Escritor, editor y biógrafo británico. Es Profesor Honorario de Historia por la Universidad de San Andrews, en Escocia. Aclamado por la crítica por cada una de sus biografías, recibió el prestigioso premio americano *National Books Critics Circle Award* por su libro *Boswell's Presumptuous Task*. Es miembro de la Royal Society of Literature y miembro honorario de la Universidad de Saint Andrews. Como editor, ha publicado las correspondencias del aristócrata y viajero Patrick Leigh Fermor y del historiador Hugh Trevor-Roper. Colabora con artículos y reseñas en numerosas revistas especializadas. Entre sus obras biográficas más importantes figuran *A.J.P. Taylor: A Biography* (1994), *Boswell's Presumptuous Task* (1999) traducido al español con el título: *Presuntuoso afán. Así escribió James Boswell Vida de Samuel Johnson*. Concepción, Belaqua (2008), *Wordsworth and Coleridge: The Friendship* (2005), *Hugh Trevor-Roper* (2010), *John le Carré* (2015) y *The Professor and the Parson: A Story of Desire, Deceit and Defrocking* (2019).

Sahar Vahdati Hosseinian. Investigadora y biógrafa iraní actualmente miembro de la Universidad Islámica de Azad (Rama de ciencia e investigación), Teherán. Graduada en Ingeniería de Minas en la Universidad de Tecnología de Sahand y licenciada en lenguas antiguas indo-iraníes en la Universidad de Tabriz (Irán). Seleccionada como talento excepcional en la Universidad de Tabriz entre 2016 y 2018. Comenzó su investigación en biografía a la edad de 16 años, enfocada en las personalidades culturales eminentes iraníes. Ha publicado un libro y numerosos artículos, y participado en simposios en Turquía, Holanda y

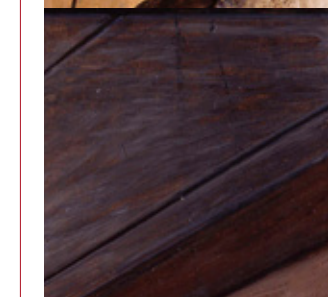
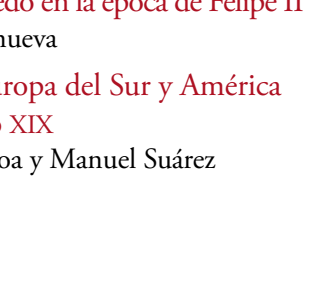
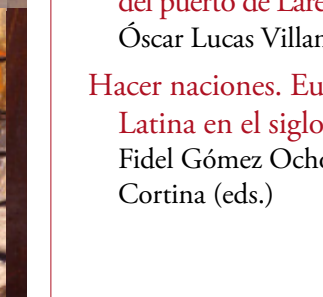
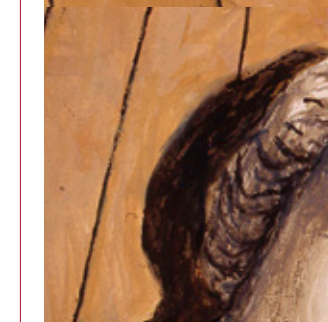
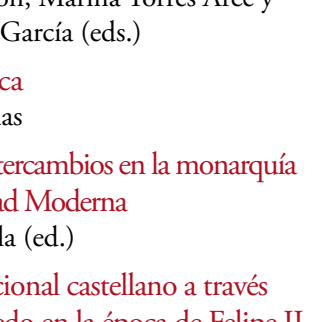
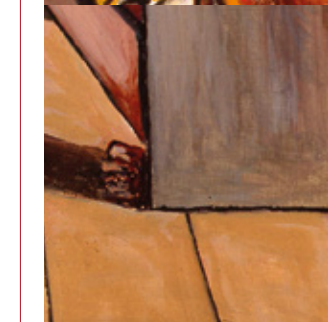
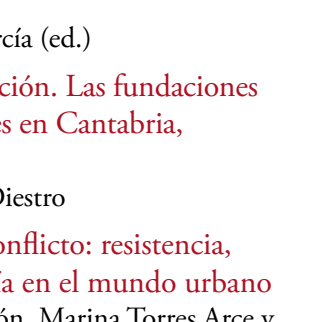
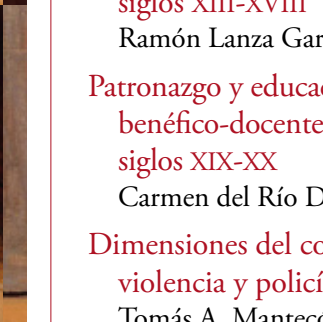
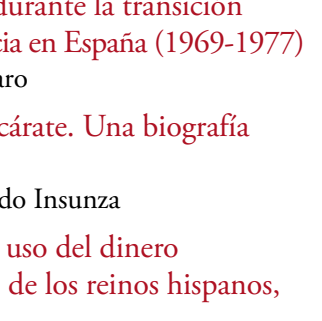
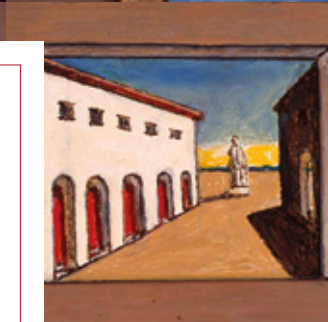
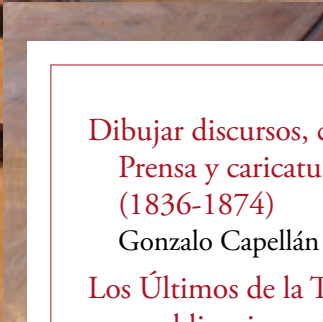
Tayikistán, donde ha cooperado como investigadora de historia oral. También ha conducido un programa de radio sobre personalidades prominentes para Radio Teherán. Su investigación se centra en los personajes eminentes en el medio cultural de Irán y países vecinos, y demuestra la influencia iraní en las culturas de Turquía y Tayikistán. Ha traducido al persa el libro de Nigel Hamilton y Hans Renders *The ABC of Modern Biography* (en editorial RITM, 2021). Está especialmente interesada en los aspectos lingüísticos de la biografía.



Victoria E. Gordo del Rey. Licenciada en Ciencias de la Educación por la Universidad Complutense de Madrid y traductora literaria de inglés a español con más de 30 obras publicadas, como: *Prisioneros de la Historia*, de Keith Lowe (2021), *Hitler. Solo el mundo bastaba*, de Brendan Simms (2021), *Carlos V. Una nueva vida del emperador*, de Geoffrey Parker (2017), *Felipe II. La biografía definitiva*, de Geoffrey Parker (2010) *Pensar el siglo XX*, de Tony Judt con Timothy Snyder (2012), *Posguerra. Una Historia de Europa desde 1945*, de Tony Judt (2006) o *Mao. La historia desconocida*, de Jung Chang y John Halliday (2006).



Junio, 2022



Dibujar discursos, construir imaginarios.
Prensa y caricatura política en España
(1836-1874)

Gonzalo Capellán (ed.)

Los Últimos de la Tricolor. Republicanos y
republicanismo durante la transición
hacia la democracia en España (1969-1977)

Jesús Movellán Haro

Gumersindo de Azcárate. Una biografía
política

Francisco M. Balado Insunza

Fisco y moneda. El uso del dinero
en las economías de los reinos hispanos,
siglos XIII-XVIII

Ramón Lanza García (ed.)

Patronazgo y educación. Las fundaciones
benéfico-docentes en Cantabria,
siglos XIX-XX

Carmen del Río Diestro

Dimensiones del conflicto: resistencia,
violencia y policía en el mundo urbano

Tomás A. Mantecón, Marina Torres Arce y
Susana Truchuelo García (eds.)

Historia de la música

Magda Polo Pujadas

Ciudades, gentes e intercambios en la monarquía
hispánica en la Edad Moderna

Roberto López Vela (ed.)

El comercio internacional castellano a través
del puerto de Laredo en la época de Felipe II

Óscar Lucas Villanueva

Hacer naciones. Europa del Sur y América
Latina en el siglo XIX

Fidel Gómez Ochoa y Manuel Suárez
Cortina (eds.)

colección



Tras años de carencias o altibajos, la biografía de nuevo está en alza. Este género todoterreno ha demostrado su capacidad de evolucionar y sobrevivir a modas historiográficas, imperativos comerciales, fronteras culturales e incluso ideologías y censuras políticas. Quizá porque sus sujetos de estudio –seres humanos braceando en su torrente vital e histórico– constituyen una fuente de atracción y aprendizaje continuo que, además, es irreductible a leyes.

En este libro se integran voces de distintas nacionalidades y especialidades; hombres y mujeres, jóvenes y veteranos, que exploran y desvelan las rutas generales del viaje biográfico o narran los vericuetos del suyo propio. Lo hacen desde ámbitos académicos (literario o histórico) o desde la creación biográfica independiente. Partiendo de perspectivas y experiencias plurales, este volumen reflexiona sobre problemas y paisajes biográficos nacionales, cuestiones o personajes relevantes, vivencias personales, metodologías de la escritura de vidas e historia. En todas las contribuciones trasciende, sin embargo, un fondo común: una pasión por las vidas escritas. La interdisciplinariedad resulta enriquecedora y gratificante, esa pasión contagiosa.



Calidad en
Edición
Académica
Academic
Publishing
Quality

Proyecto HAR2017-82500-P financiado por MCIN/ AEI /10.13039/501100011033/
y por FEDER «Una manera de hacer Europa»



ISBN 978-84-17888-53-4 21€

www.editorial.unican.es

TEMA: DNB. 3MP. 3MRB